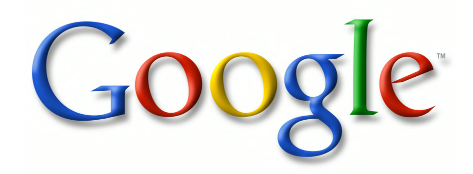
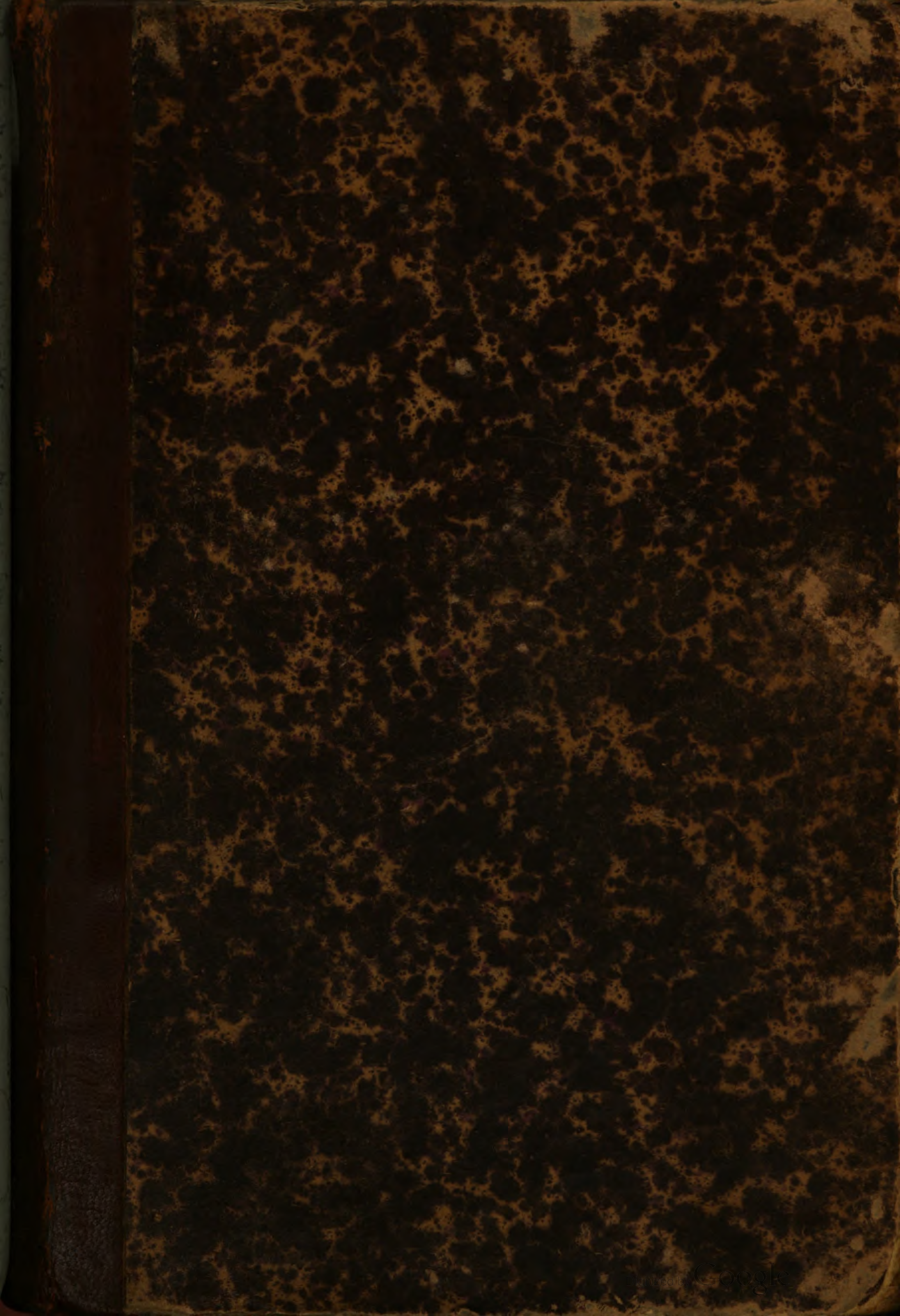
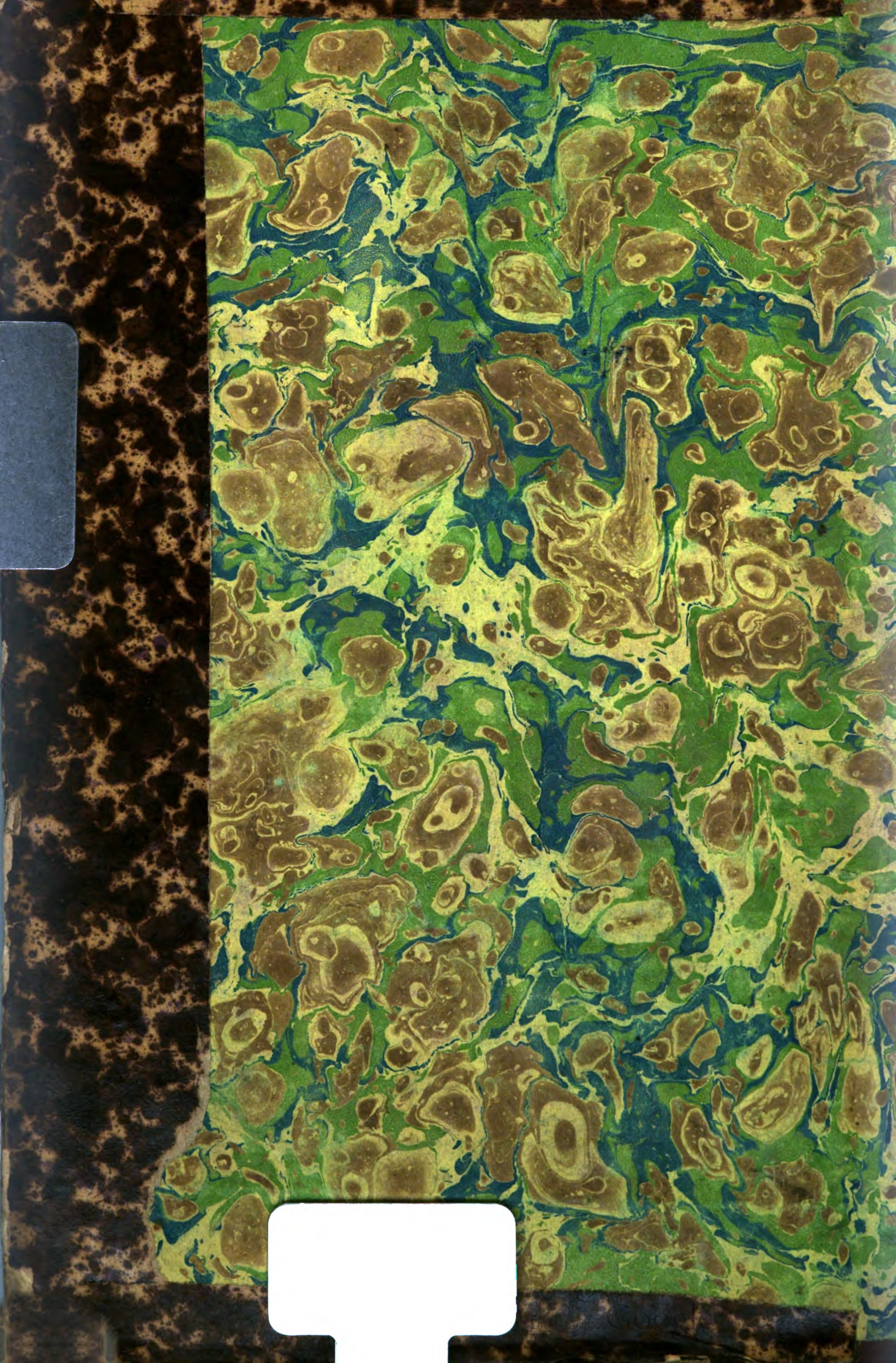
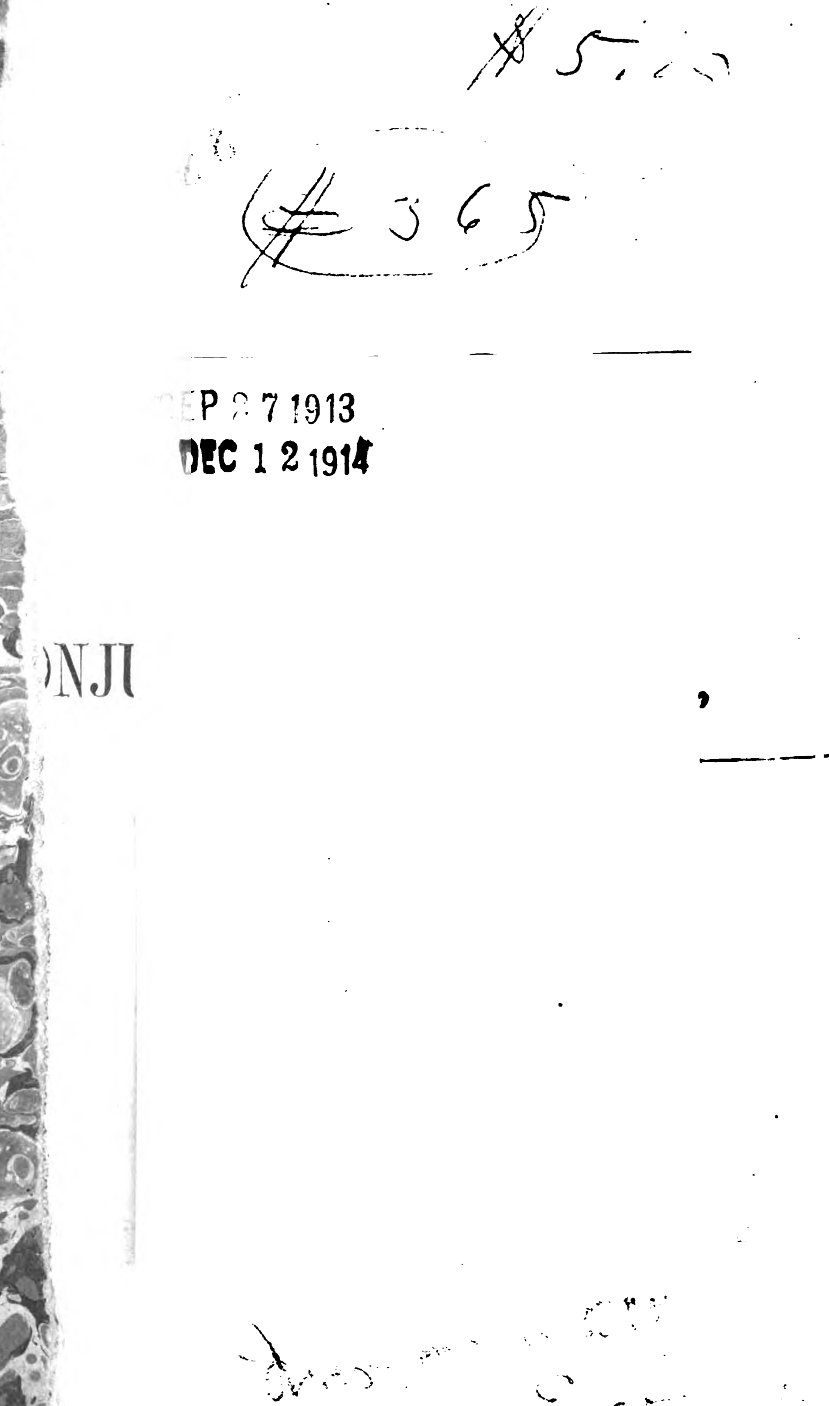








#365
EP 27 1913
DEC 12 1914
NPX

LA

CONJURACION DE MÉXICO,

ó LOS HIJOS

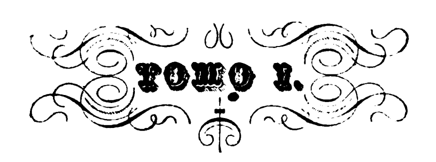
DE HERNAN CORTES.



NOVELA HISTÓRICA,

ORIGINAL

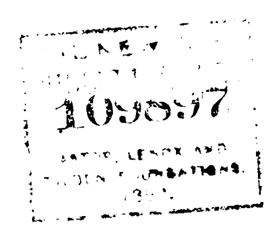
De D. Patricio de la Escosura.



MEXICO.

TIPOGRAFIA DE G. TORRES, EDITOR.

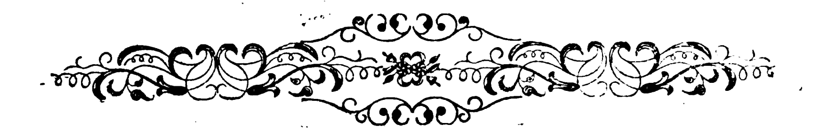
1850.


109897
LENOX AND
FOUNDATIONS.

La conjuracion de México.



HERNAN CORTÉS



INTRODUCCION HISTORICA.

CAPITULO I.

DE CÓMO HAY DESDICHAS QUE NO SON EN ESPAÑA COSA NUEVA.

SUCEDELE al tiempo precisamente lo contrario que á las mujeres: agradan y son alabadas las mozas, fastidian las viejas y murmúrase de ellas: mas en tratándose de tiempos, todos ó los mas de los hombres ensalzan los antiguos, lamentándose de los modernos, que les parecen ásperos, corrompidos y desordenados.

Sin ser erudito, ni mucho menos, que soy yo muy de mi época para quemarme las cejas leyendo libracos, tengo, sin embargo, por verdad averiguada que en todos los siglos se ha declamado contra la inmoralidad, corrupcion y calamidades de los tiempos presentes: por manera que, ó la humanidad ha sido siempre perversa, ó los declamadores constantemente injustos; ó bien, y es acaso lo cierto, atormenta tanto el dolor que por el momento nos aflije, que nos parece siempre el mas agudo é insoportable de los dolores.

Mas como quiera que sea, sirva de consuelo á nuestra asendereada jeneracion la idea y convencimiento de que las anteriores no fueron menos desdichadas que ella. Tal es la *moraleja* que me propongo deducir del presente capítulo primero de la Introduccion á la novela que voy á escribir para solaz y entretenimiento del público español.

Dicho esto, sin mas ambajes ni circunloquios, procedo á mi propósito.

Hubo en el mundo, á principios del XVI siglo de la era cristiana, un loco sublime, á quien pareciéndole estrecho el antiguo continente, que bastó, sin embargo, á saciar la ambicion de los Alejandros y de los Césares, se le ocurrió la peregrina idea de dejar á Hércules por embustero, y lanzarse á la inmensidad de los mares en busca de ignotas tierras, de incivilizadas naciones, y del *Preste Juan de las Indias*, todo con el científico objeto de verificar las jeográficas elucubraciones de Tolomeo y de Marco Polo; y el fin piadoso de reconquistar en Jerusalen.

"La joya rica
"Del sepulcro de Cristo, con desdoro
"Del frances Lusiñan, antes perdida."

Prometia el bueno de *Colon* á los que ayudarle quisieran, magníficos reinos, feraces tierras é inagotables tesoros, que de buena gana aceptaran ingleses y portugueses: mas como era necesario comenzar dándole al inmortal jenovés dos ó tres naves, los marineros y soldados para tripularlas y guarnecerlas, y en fin, los maravedises indispensables para el sustento y manutencion de unos y otros, en Portugal como en Inglaterra, tuviéronle por loco, y vínose el pobre hombre á España, donde un fraile y una muger, el Prior de la Rábida y la Reina católica, hicieron por él y por el mundo lo que reyes, ministros y doctores calificaron de delirio, y la posteridad de inmortal hazaña.

Debemos, pues, el descubrimiento de las *Indias Occidentales* á un Jeógrafo con sus puntas y collar de místico visionario, como ya dije, á una muger y á un fraile; y ahora debo añadir que á un puñado de calaveras tan resueltos á todo, tan poco amantes de sí propios, que no vacilaron en arrojarse á la inmensidad de los desconocidos mares dentro de tres cáscaras de nuez, llamadas entonces *carabelas*.

Ya tenemos la América descubierta, y llevando en vez del nombre de su ilustre inventor el de un oscuro aventurero: mas como, si solo se descubrieran las Antillas y costas de la *Tierra firme*, fuera imposible que de mi pluma saliese la novela que voy urdiendo *cálamo currente*, comprenderá el lector benévolo que lójica y forzosamente debo esplicarle cómo y cuándo se ganó para la corona de Castilla el reino de *Nueva España*.

Sucedió, pues, y va de cuento, que cierto estudiante estremeño enviado por sus padres á Salamanca á cursar Binios y trastear Bártulos, hallándose dotado de un instinto diametralmente opuesto al del raton, alimaña bibliógrafa segun todos los naturalistas, tuvo por conveniente dar de mano á los libros, y dedicarse pertinaz, ya á cultivar las gracias de las salamanquinas, buenas mozas entonces como ahora, ya á estudiar con la punta de su tizona la anatomía en los cuer-

pos de los maridos celosos, de los hermanos impertinentes, y de los rivales importunos.

Tal método de vida, alegre, bullicioso y entretenido, tiene, sin embargo, sus quiebras, entre las cuales se cuentan, como las mas importantes, las pérdidas de curso, la estenuacion del bolsillo, el deterioro de la salud, y el enojo económicamente feroz de padres y tutores. Tal aconteció á nuestro estudiante, quien mal parado en todos sentidos, y enfermo y pobre y reñido, acabó por decidirse á dejar el antiguo mundo para ir á buscar, en el entonces novísimo, la gloria y la fortuna que en su patria no encontraba.

Ni en Santo Domingo ni en Cuba, pareció serle propicia la inconstante Diosa: verdad es que el mancebo no daba tampoco muestras de haberse enmendado. Su aficion á las hijas de Eva y su insubordinada turbulencia, tan mal le pusieron con los caudillos de los descubridores, que estuvo á punto de ser ahorcado: mas en cambio, la jente alegre y regocijada, la turba multa de valientes y desesperados que en las Antillas se hacinaba, reconocia en él á su natural señor y jefe.

¡Adivinó Velazquez, adelantado y gobernador á la sazon de Cuba, al grande hombre en el indomable calavera, ó intentó salir de él, lanzándole á una desesperada empresa? Quizá fué la segunda razon la que le determinó á confiarle el descubrimiento de la *Tierra firme*, en que hasta entonces fueron infelices cuantos lo intentaron; y quizá tambien un presentimiento instintivo le movió á querer quitarle el mando apenas se lo habia entregado. Mas era tarde: el calavera habia terminado su papel, y el héroe iba á comenzar el suyo: Hernan Cortés habia resuelto hacerse inmortal y supo lograrlo.

¡Quién no ha leido siquiera á Solis? ¡Quién no sabe de memoria la quema de las naves, los grillos de Moctezuma, la batalla de Otumba, la conquista, en fin, de Nueva España, magnífica epopeya que ni la poesía misma acierta á engrandecer? Lo que se sabe menos, es la negra ingratitud con que fueron pagados tan altos merecimientos; lo que se ignora por muchos es, que aquel Hércules de nuestra historia fué acaso tan desdichado como el de la fábula; y algo es preciso que yo les diga del asunto á mis lectores, si han de comprender la narracion que despues me propongo hacerles.

Y ahora va de historia. Todavia no estaba ganada la ciudad de México, cuando á principios del año 1521, el obispo de Burgos, Fonseca, presidente del Consejo de Indias, gran partidario de Velazquez, y por tanto enemigo de Hernan Cortés, daba comision, con escándalo de todos los buenos, á su criado *Cristobal de Tapia*, á la sazon residente en la isla española con cargo de *Veedor*, para que pasando á la entonces problemática *Nueva España*, tomase por el rey su gobierno.

Sirva de consuelo á los lectores, que es añeja costumbre en esta

tierra, que los grandes señores hagan de sus criados gobernantes de los reinos, y prosigamos con nuestra narracion. Tapia no deseaba mas que tomar posesion de su gobierno *in partibus*; pero el Almirante D. Diego Colon y la Audiencia de la Española, sabiendo por una parte, y de primera mano, las dificultades inmensas que vencia y las hazañas que obraba Cortés; y temerosos por otra de que triunfando en Castilla las *Comunidades*, en aquel tiempo armadas en justa, aunque infeliz defensa de sus fueros y libertades, por la flamenca parcialidad hollados, Fonseca y sus hechuras naufragasen con los gobernadores del reino; comenzaron por aconsejar al Veedor que suspendiese el viaje á México, y acabaron por mandárselo, no sin anuncio, ya que no fuese intimacion, de prenderle, si otra cosa intentaba. Empero con la noticia de la para siempre funesta batalla de Villalar, en cuyos campos se enterraron nuestras antiguas leyes para tres siglos, cobró fuerza el poder de los gobernadores, desmayaron en su racional oposicion el Almirante y la Audiencia, y envalentonado Tapia, trasladose á Nueva España, pensando, sin duda, que con presentar allí su comision, doblarian todos la cabeza, sometiéndose á su autoridad.

Realmente Fonseca se habia despachado á su gusto, autorizando á Tapia para *procesar*, y en caso necesario *prender* á Cortés y secuestrarle los bienes, nombrando fiscal que entendiese en las actuaciones, y *sentenciando*, como lo creyese conveniente, si bien suspendiendo toda ejecucion, hasta dar cuenta al consejo, que se proponia hacer *rigorosa justicia*; y en fin, para que gobernase por sí y ante sí aquel recien conquistado territorio. Iba, pues, el Veedor armado de punta en blanco, para consumar el acto mas inicuo de ingratitud que nunca gobierno ha intentado; mas habíaselas con un hombre á la par sagaz, político, que capitan insigne y soldado valeroso, amen de gran conocedor, por instinto indudablemente, que por esperiencia no, de los artificios de la jente cortesana. Hernan Cortés, y esta es circunstancia notabilísima, desde sus primeros pasos en la conquista comprendió que Velazquez habia de tener mas raices y mejores amigos en la corte de Castilla, que el oscuro aventurero hasta entonces desconocido; y sea, como he dicho antes, natural instinto, sea, como me inclino á creerlo, que su jenio adivinase lo que no le podia sujerir su inesperiencia, ello es que procuró constante y discretamente apoyarse en el elemento popular. No quiso, al desembarcar en el suelo mexicano, que sus soldados, como tales, le aclamaran caudillo de aquella empresa; fácil le fuera conseguirlo, y pasos y tiempo economizara intentándolo. Mas no cumplia así á sus profundos designios, y prefirió fundar la *Villa-rica* ó *Veracruz*, y que su ayuntamiento y ciudadanos le elijiesen y nombraran capitan jeneral del ejército. ¡Singular homenaje rendido al antiguo poder municipal, que casi simultáneamente espiraba en la madre patria! Fiel á su

sistema, en cuantas poblaciones fundó, comenzaba Cortés por nombrar alcaldes, justicia y rejimiento, á los cuales dejaba el gobierno interior de las nacientes colonias, interesándolos de esa manera, tanto en el afianzamiento de la conquista, como en el de su propio poderio; y por eso al llegar Tapia á Veracruz, hallose con que su ayuntamiento le contestó que *obedecia* la comision réjia, difiriendo empero su *cumplimiento* hasta que Hernan Cortés, enterado de ella, dispusiese lo conveniente. El conquistador, gran capitan, pero no tan marcial en sus procedimientos como otros de nuestros dias, mucho menos grandes, pero tambien mucho mas *Bajaes* que el inmortal Estremeño, en vez de tomar por la calle de en medio contra un hombre que no llevaba mas armas que sus pergaminos, contemporizó y negoció por medio de embajadores, y para dar una idea al Veedor de su popularidad, hizo fundar á su vista cierta villa, á la cual los nuevos pobladores dieron el nombre de *Medellin*, lugar del nacimiento de Cortés. Cuán desorientado quedaria Tapia con tal recibimiento, no hay para qué decirlo: y si bien por su parte no perdia el tiempo, pues se puso en relaciones con los descontentos, que nunca faltan entre españoles, aunque sean soldados, dando por lo menos lugar con sus intrigas á que el tesorero Juan de Alderete se dispusiera á asesinar alevosamente al conquistador, y que otros intentasen volarle con pólvora en su propio aposento, hubo al fin de levantar el campo, protestando de la fuerza que se le hacia. Pudo la fuerza, en efecto, ó por lo menos el recelo de que contra él se emplease, decidirle á retirarse; pero sin duda alguna, lo que mas temor puso en su corazon, fué el notable medio que Gonzalo de Sandoval y otros, á la cuenta de acuerdo con su jeneral, propusieron para dirimir la competencia entre ambas autoridades. El espediente era sencillo: reunir los *procuradores* de todas las nuevas poblaciones, y que ellos en junta resolvieran el negocio. ¡Simplemente unas Córtes de Nueva España! Un grano mas de obstinacion, ó un tanto menos de miedo en el corazon de Tapia, y quizá México tiene en el oríjen de su civilizacion un gobierno representativo. Asombra á veces la pequeñez de las causas, comparándola á la inmensidad de sus efectos.

Una vez libre de Tapia, y aunque amenazado por Velazquez, su implacable enemigo, Cortés, enviando algunos procuradores á España para enterar al rey de la verdad de las cosas, pasó á pacificar la provincia de Pánuco, sin embargo de las pretensiones de Garay á la conquista de aquel territorio.

Entre tanto, Fonseca prendia á los procuradores, y secuestraba el cargamento de sus naves en España; pero vuelto Cárlos I de Alemania, admitia la recusacion del obispo hecha por la parte de Hernan Cortés, y nombraba una comision imparcial para que ecsaminase el negocio. Por el héroe de Medellin abogaban sus hazañas, y la comision réjia no pudo menos de serle favorable: redújose á pleito or-

dinario la reclamacion de Velazquez, y el rey, en Octubre de 1522, nombró á Cortés gobernador y capitan jeneral de la Nueva España, regularizando así su posicion, hasta entonces por lo menos anómala.

Dos años consagró el conquistador á estender la obra de la dominacion española en la tierra de Anahuac, y al descubrimiento de nuevas rejiones en las costas del mar del Sur; dos años fueron aquellos de continuas luchas, ya contra las asechanzas de sus constantes enemigos, ya contra las ecsíjencias de sus peligrosos amigos; ora con indios que mal sufrian el nuevo yugo; ora con subalternos siempre prontos á rebelarse; constantemente contra la escasez de medios para las colosales empresas que le era fuerza acometer cada dia.

Fonseca, por su parte, no perdia aquel tiempo, pues dejado el ataque directo en que la evidencia de su violenta parcialidad le hizo infeliz, emprendió, ó mejor dicho, prosiguió la lucha por un sendero tortuoso, pero seguro. Ponderábanse entonces aun mas allá de los límites de la natural ecsajeracion, las riquezas del continente ó imperio mexicano; y cuanto Cortés enviaba como perteneciente al rey por el *quinto* del botin, que era su derecho, parecia poco, sin embargo de que el conquistador, lejos de cercenar aquel tributo, tenia por costumbre acrecentarlo á costa de su propio peculio. Para el héroe de Otumba el dinero no era mas que un medio de acometer las grandes empresas: aumentar su particular hacienda fué asunto en que pensó poco por entonces: mas si su notoria liberalidad bastaba á conciliarle el respeto de los indios y el amor de sus soldados, no alcanzó á redimirle de la infame envidia de los cortesanos que sin rebozo le acusaban de villanas concusiones. A pretesto, por tanto, de poner órden en los negocios de la hacienda pública, logró Fonseca que se nombraran para México ciertos *Oficiales reales*, sus hechuras é instrumentos por de contado; y con el carácter de tales, y las intenciones mas hostiles posibles contra Hernan Cortés, llegaron en efecto á la capital de Nueva España el año de 1524, Alonso de Estrada, tesorero; Rodrigo de Albornoz, contador; Gonzalo de Salazar, factor; y el veedor Peralmindez Chirinos.

Hernan Cortés veia en la América el teatro de su alta gloria, del engrandecimiento de su patria, de la propagacion de la fé de Cristo: como capitan, como político, como civilizador relijioso, pudo cometer errores y acaso incurrió en crueldades; pero la codicia sórdida estaba tan lejos de su carácter, era tan incompatible con sus buenas y con sus malas dotes mismas, como la oscuridad con la presencia del sol en la bóveda celeste.

Por el contrario los oficiales reales, jente rutinaria, amamantada en las doctrinas avarientas del fisco, envidiosa de toda grandeza, nunca codiciosa de fama, siempre insaciable de riquezas, no veian en la Nueva España mas que la mina que habia de enriquecerlos, primero á ellos, luego á los cortesanos cuyos intereses representaban.

Para la consumacion de aquella obra de rapacidad, estorbaba Cortés, y era por tanto forzoso desacreditarle con el emperador Cárlos V., quien como gran capitan, él mismo no podia menos de simpatizar con su ilustre vasallo; pero los oficiales reales comprendieron desde luego que habia un medio seguro para conseguirlo, y ese medio el de alarmar al monarca por su poder. Así comenzaron por ecsajerar á un tiempo las riquezas de la tierra y las del conquistador, suponiéndole tesoros ocultos, ya que ostensibles era imposible justificar que los poseyese escesivos; y para llegar á sus fines encarecieron el poder que en Nueva España alcanzaba la gloria del vencedor de Tabasco, insistiendo en los inconvenientes que tal influjo produciria cuando el héroe *no quisiese ser fiel.* Estas últimas palabras, literalmente copiadas de los informes de los *oficiales*, pintan con sobrada elocuencia las torcidas intenciones que los animaban, y la infame conjuracion contra Hernan Cortés urdida. Irritarle para que diese pretesto á la persecucion, era tambien medio que pareció conducente á perderle: mas él sufrió resignado que aquellos miserables le tomasen estrecha y maliciosa cuenta de los gastos hechos en la conquista, sin embargo de que ni un solo maravedí le habia costado al real erario; ni bastó á sacarle de su estóica resignacion y noble desden que le rechazasen una partida de *sesenta mil ducados*, que justificaba haber invertido en construir y equipar naves para descubrimientos en el seno mexicano y en la mar del Sur. Mientras sus perseguidores decian á la corte que no eran de abono aquellos sesenta mil ducados, *pues habia hecho las armadas para sus malos fines*, Cortés proseguia estendiendo y afianzando la conquista. Así el jeneroso monarca de las selvas desdeña, en la conciencia de su fuerza, atender á las mordeduras del insecto imperceptible, que alentado con la impunidad acaba sin embargo por destruirle.

El insecto ponzoñoso proseguia, en efecto, su obra de destruccion, siempre indiciando á Cortés de conatos de independencia, siempre abultando sus riquezas; dando razon á los que contra él se rebelaban, llamando asesinatos á sus justicias, y sobre todo prometiendo montes de oro á los que en Castilla apoyasen la parcialidad de los oficiales. "*Favorecednos con tinta y papel* (escribia el contador á Francisco de los Cobos) *y volveremos todo lo de allá en oro y perlas para el Rey.*" Inútiles serian los comentarios á tan claro testo.

Pero hay en las acusaciones y solicitudes de los enemigos de Hernando algunos puntos que ecsijen considerarse aparte, y voy á esponerlos brevemente.

Acusábanle de que tenia mucha artillería: "*Ballestas y escopetas bas-* "*tan para aterrar á los indios.* ¡A qué, pues, la artillería? Prohíbasele "fundir mas, recójasele la que tiene en la fortaleza, y nómbrese alcai- "de independiente de su autoridad."

"Mándesele, [solicitaban] que cuanto provea sea de acuerdo con

"los oficiales reales: dese á éstos voz y voto de rejidores en los cabil-"dos." ¿Puede estar mas claro que Cortés se apoyaba en el poder municipal; que por eso se le queria hacer sospechoso de traicion; que, en fin, los verdaderos traidores pretendian introducirse en aquel elemento, entonces único de libertad civil y política, para sofocar á entrambas en su oríjen en la Nueva-España? Parece que no, y sin embargo, los oficiales mismos se encargan de probar que aun puede ponerse mas en evidencia su siniestra intencion. "*Acuden* (decian) *mu-"chos* comuneros *á las Indias; prohíbaseles el pasaje, porque en estas par-"tes trae peligro la residencia de tal jente.*"

Despues de las sangrientas ejecuciones que, en ausencia del rey emperador siguieron á la batalla de Villalar, el jeneroso monarca habia concedido amplia y sincera amnistía á los vencidos comuneros; pero por amplia que sea una amnistía, siempre el amnistiado padece en su amor propio, siempre tiene que sufrir el orgullo de los vencedores, no pocas veces las vejaciones de ajentes subalternos del gobierno. ¿Qué mucho que abundasen en la emigracion á América los desvalidos comuneros? ¿Qué mucho que fuesen unos á consolarse en lejanas tierras de la esclavitud de la suya; otros á buscar la fortuna, en España perdida en los incendios y ruinas de la civil contienda?

¿Y cómo habia de recibirlos, sino á brazos abiertos, el capitan ilustre que, estraño á las revueltas intestinas de la madre patria, y á millares de leguas de ella, no podia ver en los emigrados mas que compatriotas valerosos é infelices?

¿Pretendíase, por ventura, que á vista de los recien conquistados indios, y para darles cabal y magnífica idea de la union que reinaba entre sus nuevos señores, alzase un rollo á imájen y semejanza del de la picota de Villalar, y allí coronase sus hazañas prosiguiendo en la degollacion *de los mejores caballeros de Castilla?*

Hernan Cortés no tenia nada de la estofa de los verdugos políticos, y natural era que los enemigos de Juan de Padilla lo fuesen tambien del conquistador de México.

Este, sin embargo, ni decaia de ánimo, ni perdia de vista á sus contrarios, que íntimamente unidos para combatirle, se detestaban cordialmente unos á otros, como acontece siempre entre malvados, los cuales, como se conocen á fondo, no pueden menos de odiarse. Así sucedia entre los oficiales reales; y Gonzalo de Salazar, el mas ambicioso y astuto de todos ellos, tenia formado el designio que llevó á cabo, de deshacerse de sus compañeros para tiranizar la tierra á su arbitrio, luego que se viese libre de Hernan Cortés, de una ó de otra manera.

Y en efecto, en Honduras habíase revelado Cristobal de Olid, y perecido á manos de Gil Gonzalez y Francisco de las Casas, capitanes fieles á su jeneral, sin que por eso quedase sumisa la provincia, sino por el contrario, alborotada ya por bandos entre castellanos, ya por

sublevaciones de los indios que, aprovechando la ocasion, procuraban recobrar su independencia. ¿Creyó Hernan Cortés que su presencia era, en efecto, indispensable en las Ibueras; pareciole oportuno que por esperiencia aprendiesen los mexicanos y supiera el rey lo que sus oficiales valian; ó bien quiso, saliendo á campaña, libertarse de las insoportables impertinencias de sus enemigos? Por alguna de esas causas, si no por todas, el hecho es que resolvió partirse, y se partió de México á pesar de las súplicas de muchos de sus amigos; de las protestas que los mismos oficiales reales hicieron por contradecirle, ocultar mejor sus designios ambiciosos, ó temiéndose unos á otros; y del riesgo que á su clara intelijencia no podia ocultarse, de dejar en tales manos el gobierno del reino.

Las consecuencias ni se hicieron esperar mucho tiempo, ni dejaron de ser tan funestas como pudiera preveerlas el espíritu mas pesimista.

Cortés, porque no se dijese que favorecia con esceso á sus parciales, dejó la gobernacion encargada á los oficiales reales: ellos empezaron persiguiendo sin justicia, piedad, ni pudor, á todos los amigos del conquistador, por saquear á los ricos, por oprimir á los pobres; y aunque de acuerdo para tales iniquidades, tardaron poco en hacerse la guerra unos á otros, sobre quién habia de cojer su fruto. Vana fué la intervencion de varones prudentes, vana la en aquella época predominante de los frailes mismos: uno tras otro fué Salazar inutilizando, encarcelando, despojando y deportando á sus colegas, y acabó por quedarse dueño y señor absoluto de vidas y haciendas, con el Veedor Chirinos su esclavo y cómplice. México humillaba la cerviz á la desastroza tiranía de aquel criado del comendador Francisco de los Cobos; pero Hernan Cortés podia volver; pero sus parciales, aunque abatidos los mas por el momento, y retraidos en el convento de San Francisco los principales, podian levantar la cabeza ausiliados por los indios, que veian en el conquistador mas un Dios que un hombre, y por los misioneros de la órden seráfica, que, en honor de la verdad cumple decirlo, estuvieron siempre de parte de la razon del héroe, y en defensa del pueblo conquistado. Salazar no se paraba en barras: hizo esparcir la nueva, por él inventada, de haber sido Cortés vencido y sacrificado por los indios; prohibió que se dudase de ella; y mandó azotar públicamente á la honrada esposa de uno de los que en su espedicion acompañaban al gobernador, solo porque se negaba á creer su muerte. Dado aquel primer paso, los demas eran consiguientes. Rodrigo de Paz, primo y apoderado jeneral de Cortés en México, hombre de livianos cascos y presuncion sobrada, habiase dejado enlazar por el pérfido Factor, y contribuido no poco á su engrandecimiento; Salazar, en premio de tales servicios, faltando al juramento y pleito-homenaje que tenia hecho de respetar su persona, prendiole, y para descubrir los supuestos ocultos

tesoros del conquistador, diole tan bárbaro tormento, que el fuego le consumió hasta los tobillos, y aun no satisfecho, desenlazó el horrendo drama, haciéndole ahorcar en la plaza pública. Libre de aquel estorbo, apoderose de la casa y bienes de Hernando, que vendió á vil precio en pública almoneda; y dió rienda suelta á sus infames pasiones y brutales instintos, entregándose á todo jénero de crueldades y torpes placeres. Increible parece, pero es cierto, que en el siglo XVI y en los dominios de la católica España, aquel bárbaro usurpador, para dar mas peso á la noticia de la falsa muerte de Cortés y de sus compañeros de espedicion, no solo autorizó á todas las esposas de éstos á que pasaran á segundas nupcias, como si en efecto fueran realmente viudas, sino que obligó é indujo á muchas de ellas á que lo hiciesen, y entre otras, á su manceba y á la de Chirinos, á las cuales dió por nuevos maridos dos miserables de entre sus secuaces, y á ellos, en precio de su sacrilejio y deshonra, la facultad de robar y oprimir á los desdichados indios, con tal que fuese fuera de la ciudad de México.

En tanto luchaba Cortés con inmensas dificultades y numerosos enemigos para penetrar hasta *Trujillo*, y la corte creia recompensar sus inmortales hazañas, concediéndole el título de *Don*, el hábito de Santiago, y un escudo de armas que añadir al de sus padres, heredado, no sin imponerle por tales mercedes un cuantioso servicio en oro. ¡Qué diria *D. Hernando Cortés*, si viera cómo se premian hoy servicios y batallas, que desdeñara el último de los capitanes sus subalternos?

Pero dejando las reflecsiones, porque advierto que voy engolfándome mas de lo que debiera en las profundidades de la historia, y volviendo al pendiente episodio, digo que llegaron, al fin, nuevas al conquistador de lo que en México pasaba, siendo tan grande el sentimiento que le causaron, que en el primer momento determinó partirse á la metrópoli del por él arruinado imperio, y dejado incompleta la empresa de Honduras, sin embargo de los imponderables trabajos que ya le llevaba costados, atender personalmente al castigo de los culpables y reparacion de sus agravios. Intentó, en efecto, dos ó tres veces el viaje; pero el mar se opuso á ello con sus habituales inclemencias, y al cabo decidiose á enviar por *Martin Dorantes*, su lacayo, despachos, destituyendo del gobierno á los oficiales reales, y nombrando en su reemplazo gobernador al capitan Francisco de las Casas, á quien suponia en México, como en efecto lo estuvo algun tiempo antes, pero á la sazon habiase ausentado, por temor á las iniquidades de Salazar.

En el convento de San Francisco, al abrigo del altar, y protejidos por Fr. Martin de Valencia, superior de aquella comunidad, y varon, por su celo apostólico y caridad ferviente, de gran valía entre los indios, y de mucho respeto para los castellanos, estaban retraidos, co-

mo ya dije, los principales, entre los proscriptos, amigos de Hernan Cortés. Intentó una vez el Factor violar el sacro asilo; la comunidad, abandonando el convento, se puso en marcha para *Tlascala*, y fué tal la sensacion de ira que aquel suceso produjo en conquistados y conquistadores, que el mismo Salazar tuvo que salir de México á rogar á los frailes que regresasen, devolverles la presa que ya en su poder tenia, y someterse, no sin blasfemas protestas y sacrílegas murmuraciones, á ser absuelto por Fr. Martin de las censuras que contra él se habian fulminado. Habia, pues, en México dos focos de rebelion: uno poderoso y triunfante en las casas de Cortés, ocupadas por el Factor con sus satélites, y guarnecidas por hasta mil castellanos, y la numerosa artillería de que se hizo capítulo de culpas al Héroe; otro en la apariencia flaco, pues no pasaba de veinte hombres, si bien principales, de que hacia cabeza el capitan Andres de Tapia, pero que tenia de su parte el derecho y la razon, mas el prestijio de la gloria de Hernando, mas la sancion de los relijiosos de San Francisco, mas las simpatías de los indios ya en via de civilizarse.

Añádase á tales elementos que el tesorero Alonso de Estrada y el contador Albornoz, maltratados por su antiguo cómplice y entonces vencedor, conspiraban por su parte tambien contra él, aunque sin dejar el retraimiento que elijieron á unas dos leguas de la ciudad, y se comprenderá como ya alarmada ésta, y no menos alarmado el Factor por ciertas cartas, desmintiendo la muerte de Cortés, que los de San Francisco fraguaron, al llegar Martin Dorantes, que no lo hizo sin trabajo, con los despachos de su amo, tardase muy poco en inflamarse y estallar la preparada mina.

Gonzalo de Salazar vaciló entonces por vez primera, y de ahí su ruina: en la senda de la usurpacion la violencia es una necesidad fatal que mata satisfecha, y desatendida precipita.

Como quiera que sea, en vez de saltar por completo la valla, apoderándose de los retraidos en San Francisco para aterrar á los muchos parciales que en la ciudad tenian, y dar aliento á sus propios cómplices, comprometiéndolos en un crímen mas, el Factor creyó bastante hacer alarde de sus fuerzas y poderío, en un paseo y banquete que tuvieron lugar desde México á una huerta prócsima, el primero, y en la huerta misma el segundo. Mas de mil personas armadas formaban su séquito; Chirinos, previendo la tempestad, se hallaba en Oajaca; muchedumbre de curiosos se agregó á la comitiva, como en tales casos acontece, y Gonzalo, acatado, temido como un monarca absoluto, pudo por vez postrera hacerse la ilusion de que su poder era incontrastable.

¿Qué hacian entre tanto los veinte proscriptos de San Francisco? Comprar armas y caballos, reunir hasta doscientos amigos, y celebrada junta, en la cual, atendida la ausencia de Francisco de las Casas, nombraban gobernadores, durante la ausencia del lejítimo, al

tesorero Estrada y al contador Albornoz, sin duda para reforzarse con los que su parcialidad seguian, convocar á los alcaldes y rejidores para mostrarles los despachos traidos por Dorantes, y requerir su çumplimiento. Un alcalde y varios concejales acudieron al convento, y dado que hubieron por bueno todo lo hecho, á la luz clara de la luna lanzáronse, en fin, á la calle los conjurados, apellidando favor al rey y al gobernador, y guerra á quien su autoridad usurpaba.

Salazar, con noticia de lo acaecido regresó á México con su jente: mas, falto de resolucion, temeroso del pueblo que le detestaba, ú obcecado por el crímen, en vez de atacar en el acto á sus enemigos, diez veces inferiores en número á su tropa, é imperfectamente organizados aún, retrájose á las casas del conquistador, limitándose á ocupar las calles inmediatas con la artillería y algunos peones. Tapia, nombrado capitan jeneral por los de Cortés, tomó por el contrario vigorosamente la iniciativa, asediando la fortaleza, arengando á los que sus aproches defendian, y levantando muy alto el pendon de su caudillo. Con la flojedad del uno y la enerjía del otro, con la nueva rápidamente esparcida entre los indios y castellanos de que Cortés no era muerto, y con el odio que á todos inspiraba la tiranía de Salazar, en breve fué este batido y preso en una jaula, que como á fiera le hicieron; y muriera de mala muerte, si la jenerosidad de sus contrarios no lo estorbara.

¡Y mientras tales cosas pasaban en México, allá en España se daban tan buena maña los enemigos de Cortés, que hubo momentos en que se llegó á pensar, estremece el decirlo, en enviar á América quien le cortase la cabeza! El emperador, sin embargo, repugnaba dar ascenso á las infames calumnias que contra el insigne caudillo se reproducian incesantemente, pero celoso de su poder tomó un término medio, malo como suelen serlo las transacciones entre lo justo y lo injusto, nombrando *audiencia* para Nueva España, y dando ademas comision especial al licenciado Ponce de Leon para que residenciase á Hernan Cortés. A este se le escribió oficialmente, que la residencia tenia por objeto confundir á sus enemigos; al licenciado se le dieron instrucciones secretas para que despojase al héroe del lejítimo fruto de sus trabajos, ya que de la gloria no se encontró medio de privarle.

Cuando Ponce de Leon aportó al imperio mexicano, ya Cortés habia regresado á su metrópoli, y perdonado jenerosamente á todos sus enemigos, á escepcion de Salazar y de Chirinos, á los cuales mandó procesar judicialmente, mas que por la usurpacion del mando, y mas aún que por los agravios á su fama, bienes y persona inferidos, por el infame y cruel asesinato por ellos perpetrado, con formas jurídicas, en la persona del infelice Rodrigo de Paz. Jamas fué su poder tan grande como entonces, nunca su razon tan evidente, nunca tampoco mas clara la villanía de sus enemigos; y los indios escarmenta-

dos con la pasada reciente tiranía, no vacilaran ni un instante en sostenerle en cuanto intentase. En tales circunstancias llega un licenciado, sin mas armas que su vara de justicia, á despojarle de la autoridad, á escudriñar su vida, á regatearle el oro que le han valido sus hazañas, á disputarle palmo á palmo la tierra que él ha conquistado á centenares de leguas en cada paso, y cuyos confines trazó con su propia sangre: sus parciales indignados, y sus parciales eran los conquistadores, aquellos que habian derribado el trono de Moctezuma, acuden á él á rogarle que no se deje así maltratar, á ofrecerle sus victoriosas espadas, á mostrarle el pueblo que brama iracundo á vista de tan negra ingratitud. Una palabra suya, un ademan, su silencio mismo, bastaran á inflamar el volcan, y sabe el cielo cuáles pudieran ser las consecuencias de aquel incendio; pero Cortés dobla la cerviz ante la voluntad del emperador, contiene á sus amigos, llega hasta amenazar á los turbulentos, y allí mismo donde sus manos ligaron con grillos de oro al monarca mexicano, allí rinde su espada invicta á los piés del inerme togado.

Tal era entonces el prestijio de la autoridad, la fuerza de la ley civil, que los mas grandes capitanes comprendian la necesidad de acatarla.

Hoy hemos inventado los *Estados de sitio*, para que la bayoneta de un recluta desnivele con su peso la balanza de la justicia.

Comprendiendo Cortés que solo en España y personalmente podia conjurar aquella tempestad, dejó á Ponce de Leon proseguir su *residencia*, y él regresó á la madre patria. Oirle y absolverle, debieron ser, y fueron, en efecto, para Cárlos V una misma cosa: aquellos dos hombres, tratándose directa y personalmente, se hubieran entendido siempre; si el emperador fué ingrato con el ilustre conquistador, solo puede atribuirse á los cortesanos que entre ellos se interpusieron.

Como quiera que sea, por entonces parecia que brillaba pura y sin nubes la estrella de Cortés: hízosele marques del Valle de Guajaca; concediéronsele tierras, repartimiento de indios y riquezas; y por último, su casamiento con doña Juana Ramirez de Arellano y Zúñiga, hija y hermana de los condes de Aguilar, le entroncó con una de las mas ilustres familias de la aristocracia española. Sin embargo, la corte no desistia de sus recelos, y retardaba devolverle el gobierno de México, al cual no volvió nunca de hecho; pues si bien se le dió por algun tiempo el mando de las armas en Nueva España, poniendo el civil á cargo de la audiencia, fué con tales cortapisas y limitaciones, que le era imposible ejercerlo.

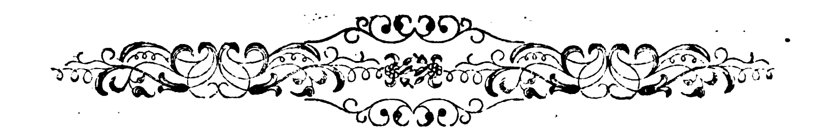
Lanzóse entonces con varia fortuna, aunque siempre con heroico esfuerzo y preclaro injenio, al descubrimiento en las costas del mar del Sur; mas allí tambien fueron á perseguirle la envidia de sus émulos y las injusticias del gobierno.

Si entraba en mi propósito dar idea á los lectores de la recompen-

sa que recibieron en el teatro mismo de sus principales hazañas los servicios de Hernan Cortés á su patria, no así hacerme su cronista en lo restante: básteme decir que, desalentado á fuerza de mezquinas contradicciones, y viendo renacer de continuo bajo sus piés la hidra que con ellos aplastaba, regresó á España el año de 1540; y catorce despues, á la edad de sesenta y nueve, terminó su carrera, olvidado de la corte y mal pagado de sus victorias, pero con la conciencia, sin duda, de su propia grandeza, y de la gloria inmortal que para su nombre habia conquistado.

De cierta conjuracion en que sus hijos se hallaron complicados, tomo asunto para esta novela histórica, y paréceme que no está demas, ni haber dado á conocer, aunque rápidamente, al padre, pues que por el árbol puede colejirse la especie del fruto; ni consolar á mis lectores demostrándoles que las ingratitudes con los buenos, las persecuciones á los inocentes, y los asesinatos jurídicos, no son cosa esclusiva de nuestra época, sino muy antigua en España.—Dios mejore sus horas.





CAPITULO II.

QUE LOS HEROES, CUANDO NO FABULOSOS, SUELEN SER CARNE Y HUESO, COMO CADA HIJO DE VECINO.

CUENTA la historia, y cuando digo que cuenta, ni afirmo que sea cuento, ni lo contrario aseguro: pero ello es que cuenta como memorable triunfo el que, dice, consiguió sobre sus propias pasiones Escipion en Cartagena. ¿Y saben mis lectores (hablo con los que no sepan la historia) á qué se reduce la tal decantada victoria? Voy á decírselos: á devolver incólume á su marido cierta dama española de peregrina hermosura, que por esa dote precisamente escojieron los soldados romanos, entre las cautivas de la recien conquistada ciudad, para ofrecérsela á su jóven y victorioso caudillo.

Ahora bien, y ruego al público lleve en paciencia mi amor incurable á la discusion: ó los historiadores son unos sándios personajes, que dan importancia á lo que en sí no la tiene en cuyo caso habremos que suprimir la famosa *Continencia de Escipion* de entre los actos memorables de los héroes; ó renunciar á una mujer hermosa, pertenezca ó no al prójimo, guste ó no guste de aquel que de ella disponer puede, es acto difícil de acendrada virtud, aun en los que llamamos héroes, porque del comun de los mortales se diferencian en la grandeza de ánimo y escelsitud de los hechos.

Y si el anterior dilema es insoluble como á mí me lo parece, me atrevo ademas á sentar que se puede muy bien ser héroe en otras materias, no obstante la disculpable flaqueza, inherente á la frájil condicion humana, de perder los estribos ante los encantos del secso que Dios formó para que el hombre no se aburriese, como se aburria sin él, aun estando en posesion de todas las delicias del terrenal paraiso.

Hizo Dios á la mujer de una costilla del hombre, y para compañera del hombre mismo; y verdaderamente los *moralistas* debieran parecernos dementes, si no supiéramos que son viejos (casi todo viejo es moralista, y pocos moralistas hay que no sean viejos), cuando cifran la perfeccion humana en huir de lo mas bello entre lo creado, en abstenerse de trato y comunicacion íntima con aquel ser que el Omnipotente formó para consuelo de nuestras penas, solaz de nuestros trabajos, y modificacion de los salvajes feroces instintos que, por desdicha, predominan en el secso *feo* mas aún que *fuerte.*

Perdonen, pues, los moralistas, y con ellos los maridos infelices, los amantes engañados, los célibes atrabiliarios, los aflijidos de enfermedades crónicas y los viejos, que tienen en sus canas, como dice cierto poeta, *unas riendas sin caballo*: perdone, digo, la turbamulta de los que, por ecsijir de las mujeres lo que á ellas no les es dado, ó por sentirse incapaces de agradarlas, maldicen sus encantos, como la zorra del apólogo desdeñaba las ubas que veia fuera de su alcance; pero ni yo comprendo la vida sin la mujer hermosa (lo cual nada prueba, porque yo no soy héroe, ni mucho menos) ni el mismo Hernan Cortés acertaba á irse á la mano en la materia, y esto ya prueba mucho; porque no sé que nadie haya tenido la audacia de negarle la heroicidad al conquistador de México.

Pintado, ó mejor dicho, deseando pintar á este, á quien desde mi mas tierna infancia profeso una admiracion que frisa en los límites del culto, escribí años hace unas octavas en cierto poema inédito, y no muy adelantado aún, y voy á reproducirlas aquí, no porque las crea buenas, sino por amenizar un tanto estas pájinas y ademas porque con esactitud completa esplican mi juicio en cuanto al héroe.

Dicen, pues, los versos á que aludo:

"Era el de Medellin alto, membrudo,
"De bello rostro y de agradable porte;
"Ajil, sereno, intrépido, forzudo;
"Como bravo en la lid, diestro en la corte.
"Blando á las damas, si á contrarios rudo,
"Amor y gloria de su vida el norte;
"Fiel á su Dios, al rey á su nobleza;
"Y casi igual á *Cárlos* en grandeza.

"Rasgados ojos, frente de alta esfera,
"Barba poblada, varonil bigote,
"Negra, abundante, hermosa cabellera.
"Breve en los rojos lábios el escote;
"Aguileña nariz de curva fiera;
"El pecho á prueba de estocada y bote,
"Morena la color, grave el semblante,
"La espalda envidia del robusto Atlante.

"Cuando á corcel fogoso el fuerte lomo,
"Blandiendo el asta, rijido, oprimia,
"Cual nunca Olimpia viera en su hipódromo
"Jinete audaz, gallardo lo rejia.
"Al silbo agudo del ardiente plomo,
"Y al hierro del venablo no temia:
"Tal se lanzaba osado en la batalla,
"Cual si vistiera impenetrable malla.
"Cuerdo en pensar; en resolver maduro;
"Discreto en el decir; sábio en consejo,
"Jamas en opiniones prematuro:
"Si en brios jóven, en prudencia viejo;
"Cauto y sagaz; en los trabajos duro;
"Nunca ante los obstáculos perplejo;
"Severo alguna vez en el castigo;
"Y muchas induljente á su enemigo.
"Tal fué Cortés; y si homenaje oculto
"A la humana flaqueza no prestara,
"*Rindiendo á la veldad sobrado culto,*
"Perfecto á nuestros ojos se mostrara:
"Halle en el juicio de la historia indulto,
"Que sombra da la luz cuando mas clara,
"Y al pecado de amor, allá en el cielo,
"Piedad le cubre con su casto velo!"

En resúmen, poesía y frases á un lado, Hernan Cortés era español castizo; por sus venas discurria ardiente la sangre meridional; sus sentidos perspicaces percibian con prontitud y enerjía los encantos de la belleza, y como en aquel hombre escepcional percibir y sentir era una misma cosa, y lo que sentia lo deseaba, y lo que deseaba lo queria, y su voluntad nunca reparó en obstáculos, aconteciole ver pocas mujeres hermosas que no apreciase, sintiera, desease y consiguiera.

Es preciso hacerle justicia: belleza y discrecion le bastaban; por lo demas, ni en la cuna, ni en la nacionalidad, ni en la relijion, ni en el traje, ni en el grado de civilizacion se detenia. Desde la serrana salamanquina hasta la india mexicana; desde la pobre hidalga espatriada hasta la princesa imperial, hay una inmensa variada escala de hermosuras, caractéres y condiciones sociales, que Hernan Cortés corrió en todas sus jerarquías, sin aristocráticos escrúpulos, ni democráticas preocupaciones: pero es de notar que, á escepcion de una mujer sola, todas las demas que poseyó fueron para él, y no él para ellas, á lo menos en saliendo de los límites estrechos del teatro de sus amores.

Fenómeno verdaderamente digno de admiracion: ni amigos, ni enemigos, ni sus panejiristas mas ciegos, ni sus detractores mas faná-

ticos, conviniendo, sin embargo, todos en su aficion un tanto escesiva al bello secso, aciertan á indicar siquiera un hecho, un momento, una circunstancia, en que, dominado Cortés por aquella su flaqueza, sacrificase los intereses de su gloria ó los designios del político, ó los deberes del jeneral y del gobernante, á la satisfaccion de cualquiera de sus frecuentes pasiones.

Mientras fué el aventurero desconocido, mientras no arriesgaba mas que su propia vida, anduvo pródigo de ella en obsequio de sus damas: pero desde el momento en que ya con la quema de las naves comprendió que habia inmortalizado su nombre, no quiso consagrarle al amor, aunque tampoco renunciar á sus deleites, mas que el tiempo, afanes y pensamientos que para la gloria le sobraban; y con ser tanta la que ganar supo, no tiene el Dios de Citerea razon para quejarse de la parte que le tocó en suerte.

No es mi ánimo, ni cumple al propósito que me puso la pluma en la mano, relatar menudamente la vida íntima del vencedor de Otumba; mas como han de ser asunto de esta novela los *hijos de Hernan Cortés*, sospecho que ni estará fuera de su lugar, ni ha de pesarle al lector hallar aquí una breve noticia de sus principales aventuras, y de las mas notables de las mujeres que lograron el envidiable triunfo de ver á sus piés postrado y manso aquel leon, cuya sola mirada hacia estremecerse al Nuevo Mundo.

Diez y nueve años de edad tenia Cortés en el de 1504, cuando dejados los estudios, en que no pasó de la gramática latina, y obtenida la venia de sus padres, no pezarosos acaso de desembarazarse de un mozo que á gobernar no acertaban, resolvió irse por el mundo en busca de sus aventuras, ni mas ni menos que un caballero andante. Su familia era pobre, aunque hidalga; *lo que en riquezas le faltaba, sobrábale en honra*, dice un historiador de las Indias; pero Hernando, que no estaba satisfecho con sola su nobleza heredada, podia estarlo, y estábalo, en efecto, mucho menos con los maravedises que heredar no podia, careciendo de ellos sus padres. Vaciló, pues, al lanzarse jóven é inesperto al mundo, entre dos senderos, al parecer entonces diametralmente opuestos: el de la gloria militar, que monopolizaba á la sazon en Italia el inmortal Gonzalo de Córdoba, y el de las riquezas que el descubrimiento reciente de las Indias Occidentales abria á la codicia de los aventureros. Una pica en Italia podia conducirle, siguiendo la rutilante estrella del *Gran Capitan*, ó á morir oscura aunque honradamente, en los primeros pasos de su carrera; ó cuando la fortuna le amparase amorosa, á conseguir una *gineta* de capitan de caballos; y contando con un prodijio de la suerte, al puesto de *Maestre de campo* y al mando de algun *Tercio*. Y para llegar á esa casi fabulosa altura: ¿Qué de reputaciones ya formadas que eclipsar? ¿Qué de rivales meritorios que vencer? ¿Qué de envidiosos émulos que reducir á silencio? Y por otra parte, en un pais esquilmado, co-

mo la Italia lo estaba por incesantes continuas guerras, ya civiles, ya estranjeras; en un ejército mandado por el hombre que contaba

De palas, picos y azadones
Cien millones:

¿Qué caudal que de pobre le sacase, podia prometerse juntar el heroico mancebo de Medellin?

Optó, pues, por el viaje á Indías, y entonces de ellas poseiamos solamente la Isla Española, si bien Cuba, algunas otras de las Antillas, y algo de las costas del Continente Americano se conocian imperfectamente. Ignorábase aún si en aquellas lejanas tierras habia imperios poderosos, ni siquiera una civilizacion medianamente adelantada; lo que de los indios, hasta el momento descubiertos se sabia, era la ferocidad salvaje de algunos, y la inocente debilidad de los mas; y por tanto, los que atravesaban el Atlántico, haciendo rumbo al seno mexicano, iban en busca de oro mas que de laureles, pues que el valor que habian menester mas era el del tenaz minero, que el del audaz soldado.

Al considerar, pues, la incomprensible preferencia de Hernando, hay que decirse que el destino previsor por una parte, no quiso que alentaran juntos en Europa dos hombres como Gonzalo y Cortés; porque para la gloria de cada uno de ellos apenas bastaba un mundo; y por otra, que en el último, la naturaleza fué como peresoza en su desarrollo y complemento. Hasta los catorce años, en efecto, aquel cuerpo que despues habia de soportar fortísimo los mas duros trabajos, increibles privaciones, heridas y golpes sin cuento, estuvo enfermizo y valetudinario. A los diez y siete solo sabia Cortés el latin, y abandonaba los estudios. A los diez y nueve, parecia mas sensible á los estímulos de la codicia que á los de la gloria; y hasta mas de veinticinco, resignose á desempeñar el humilde papel de escribano del ayuntamiento de la villa de *Azua*, en la isla Española, dedicándose con empeño á mezquinas granjerías, propias, cuando mas, de un montañés calculador.

Tal era su estado en 1512; y sin embargo, la viveza de su injenio, su gracia en el decir, su arrojo cuando la ocasion lo requeria, y mas que eso la lijereza aparente con que, acaso sin cálculo de su parte, pero con provecho positivo para su porvenir, ocultaba la profundidad de altas miras que latente jerminaba en su privilejiado entendimiento, fueron parte á que el comendador Nicolas de Ovando, entonces gobernador de la Española, el almirante D. Diego Colon, hijo del inmortal descubridor del Nuevo Mundo, Diego Velazquez, criado que fué de D. Bartolomé, tio del almirante, y en una palabra, los principales de entre los nuevos pobladores, le mirasen con particular predileccion.

Velazquez, enviado en 1512 á conquistar á Cuba con unos 300 hombres, quiso que fuese Cortés de la espedicion, y fuelo, en efecto; pero era aún tan escasa su importancia, que solo se le hizo oficial subalterno del tesorero real, Miguel de Pasamonte. ¡Por estraños caminos y con singulares disfraces, iba la fortuna acercándole al teatro de su gloria!

Entre los compañeros de Cortés en aquella espedicion, habia un hidalgo granadino, pobre y afiijido ademas por el cielo con cuatro hermanas, á la verdad hermosas, pero que por falta de dote no hallaron maridos en España. Por dicha ellas y su madre fueron recibidas al servicio de la esposa del almirante, Doña María de Toledo, hija de D. Fernando, comendador mayor de Leon, y sobrina carnal de D. Fadrique, duque de Alba; que tan pronto suplió la gloria de Colon lo que en aristocrática nobleza le faltaba á su hijo para enlazarse con aquella ilustre y poderosa familia.

Con la primera duquesa, pues, de Veragua, y á su servicio pasaron á Santo Domingo las hermanas de *Juan Suarez*, que así se llamaba el granadino; pero no hallando tampoco en aquella isla los maridos que anhelaban, tan pronto como su prisa los quisiera, pasaron á Cuba con su hermano, y en la espedicion de que Cortés formaba parte y Velazquez capitaneaba.

Una vez la isla conquistada, y fundádose *Baracoa*, su primera villa, Hernando entabló amorosas relaciones con Catalina, la mas bella, honesta y discreta de las hermanas de Juan Suarez, y con este hizo compañía para sus tratos y granjerías. Velazquez, amante de otra de las doncellas, hizo á Cortés su segundo secretario, porque en clase de primero tenia ya á *Andres de Duero*, dándole ademas repartimiento de indios, tierras que cultivar y minas que hiciese valer.

Algun tiempo marcharon las cosas á satisfaccion de todos: la actividad injénita de Hernando atendia fácilmente al despacho de los negocios del adelantado; á sus propios amores; á la esplotacion de las minas de oro; á la crianza, aclimatacion y comercio de ganados de toda clase; y á dirijir la construccion, improvisándose arquitecto, de la casa de fundicion, del hospital y otros edificios, sobrándole todavía tiempo para ejercitarse en las armas, y departir tanto con superiores é iguales, que se le acusaba de ser menos reservado de lo que á su destino de secretario convenia. En cambio, el conocimiento del latin le hacia superior á su colega Andres de Duero, hombre cuerdo, prudente, y siempre fiel amigo de Hernando.

Este, empero, amando tiernamente á Catalina, no tenia á la cuenta tanta prisa de renunciar al *estado honesto*, como la familia de la novia de salir de ella; y Velazquez, sin duda por complacer á su dama, hermana de Catalina, como sabemos, quiso con su autoridad acelerar el consorcio de su secretario. En aquel primer choque de la fuerza

contra el héroe futuro, se dejaron ya ver la enerjía que su alma atesoraba, los recursos que en su entendimiento habia, la incontrastable perseverancia de que su ánimo estaba dotado.

Apenas se inicia la lucha, apenas Velazquez intenta imponer su voluntad al secretario, y Juan Suarez precipitar la boda de su hermana, y todos los émulos de Hernando, coligados, imajinan triunfar de su voluntad: él, sin dar ni por un momento señales de plegarse á tantos y tan poderosos contrarios, ni apartarse tampoco del galanteo á Catalina (y esta última circunstancia es la mas notable), reune datos contra Velazquez y los suyos, pónese en relacion con los descontentos de la nueva colonia, y forma el temerario proyecto de atravesar en un frájil esquife, y solo en él, las diez y ocho leguas de golfo que separan á Cuba de la isla Española. A nadie, antes ni despues, pudo ocurrírsele tal idea; pero de las naves grandes disponia el adelantado, y por consiguiente solo en un barquichuelo era posible llevar ante la audiencia de Santo Domingo las quejas y acusaciones contra Velazquez, medio seguro, una vez probadas, de desembarazarse de tan poderoso enemigo. Cortés queria el fin, y no se paraba ante lo dificil de los medios.

Quizá no concibió, ó mas bien no formuló claramente en su cabeza tal proyecto en los primeros pasos de aquel negocio; pero sí es evidentemente cierto que, desde que comenzaron las hostilidades con el gobernador por causa del matrimonio á que se negaba, hizo de su casa Hernando como el cuartel jeneral de los descontentos, y en ella se murmuraba sin cesar y sin misericordia de Velazquez. Hiciéronselo saber á este sus parciales, y sintiendo, como de razon, que uno de sus secretarios precisamente fuese cabeza de aquellos que le malquerian, trató á Hernando muy mal de palabra ante numerosa concurrencia. Replicó audaz y nada menos que subordinado, el altanero mancebo, y el gobernador entonces sepultole en un calabozo, mandándole poner en el *cepo*, como le pusieron en efecto; y dispúsose, ó al menos así lo dijo á todos, á castigar con la horca una falta, grave tal vez, mas no digna por cierto del último suplicio.

Engañábase el adelantado; la Providencia reservaba á Cortés para mayores y mas altos riesgos, para ser uno de los mas bellos florones de la corona de gloria de su patria; y aquellos hombros, á que era un imperio leve carga, no estaban hechos para soportar el infame peso del verdugo.

Considérese, no obstante, que de precipitarse Velazquez, de flaquear un instante la resolucion de Cortés, ó de ocurrir un azar de esos que no se calculan siquiera, pudo resultar que, terminando entonces la vida del último en un suplicio, cambiase la faz de la conquista de México, y por consiguiente la del mundo; y mucha presuncion será menester para no confesar que los mayores efectos dependen las mas de las veces de muy pequeñas causas.

Pero, dejando aparte las reflecsiones, digamos que Cortés, comprendida toda la gravedad de su situacion, porque en las colonias, por regla jeneral, y en las recien conquistadas con mucho mayor motivo, son los gobernadores tan prepotentes, como poco escrupulosos en abusar de la autoridad delegada que ejercen, para satisfaccion de sus propias pasiones; Cortés, digo, conociendo á Velazquez, y seguro de que este hallaria testigos prontos á declarar cuanto quisiese, conoció que su hora era llegada, si no lograba huir de la prision en que yacia.

¡Oh! En aquellos momentos, solemnes para todo cautivo, en que á solas consigo mismo en la lobreguez de un calabozo, y viendo sobre su cuello pendiente la cuchilla con que sus enemigos se aprontan á suprimir su entidad de entre los vivientes; en aquellos momentos en que ya parece oirse el rechinar de las puertas de la eternidad, que prematuramente van á abrirse para el mísero indefenso proscripto; al recordar lo pasado, contemplar lo presente y pensar sobre el porvenir que se le ataja, no hay hombre, si el terror no le anonada antes que el verdugo le mate, que no sienta redoblarse su apego á la ecsistencia, sus aspiraciones á la inmortalidad; no hay hombre en quien el amor á la ya condenada vida no crezca y se desenvuelva con insólita y hasta feroz enerjía!

Y si tal acontece al comun de los mortales: ¿Qué será de aquellos á quienes el Hacedor Supremo imprimió en el alma el sello de la inmortal grandeza, que en vida los hace superiores á sus coetáneos, y despues de muertos perpetúa su nombre?

Seguramente Cortés, á vista de la horca que para él alzaban los esbirros de Velazquez, tenia, cuando menos, intuicion de que en su garganta iba el verdugo á sofocar un imperio, á estinguir en su oríjen un raudal de inmarcesible gloria para España; y la conciencia de su propio valer, mas aun que el apego natural á la vida, debió de ser la que le dió alientos, y le inspiró recursos para salvarse.

En efecto, raya en lo maravilloso que un preso á quien se trata de ajusticiar, y ya por temible puesto en el cepo, quebrante el pestillo de aquel villano instrumento; y luego, sin ser visto, se apodere de la espada y rodela del alcaide de la cárcel, con cuyas armas, descolgándose por una ventana, fué á retraerse en la iglesia de Baracoa.

Así sucedió, no obstante, segun conforme testimonio de nuestros historiadores de Indias.

Eran las iglesias en aquellos tiempos asilos impenetrables á la justicia humana, donde los criminales ó los perseguidos daban tiempo á que se mitigara el rigor de los jueces, ó la pasion de los enemigos se aplacase, ganando cuando menos, salvos rarísimos casos, libertar la vida, que si es mucho siempre, en ciertos negocios equivale á salvarlo todo: mas tal era ya la pasion de Velazquez contra su ex-secretario, que primero con halagüeñas promesas, y luego con la fuerza, trató de sacarle de sagrado. Todo fué inútil: Cortés, una vez en su ele-

mento, que lo eran los grandes riesgos, se mostró tan hábil como valiente, y ni las promesas le sedujeron, ni con la violencia se logró mas que la vergüenza de verse por él vencidos sus poderosos enemigos.

Recuérdese que toda aquella persecucion pesaba sobre nuestro héroe, solo por no casarse con Catalina Suarez; y ciertamente, quien por la superficie juzgue de los hombres, no comprenderá que Hernando, sabiendo á ciencia cierta que salir de la iglesia era entregarle el cuello al verdugo, dejara, sin embargo, aquel asilo cierta noche, sin mas escolta que su valor, sin otras armas que la espada y rodela robadas al alcaide de la cárcel. Y ¿para qué? Para rondar la calle de la misma Catalina, con la cual le bastaba casarse para vivir pacífico y tranquilo.

Mas como quiera que sea, es cierto que lo hizo, como de decirlo acabo; y aunque quizá confiaba en que estando la casa de Suarez frontera á la Iglesia, le seria fácil retraerse á ella, en caso de verse atacado por fuerzas demasiado superiores á las suyas, avínole muy mal el suceso; porque Juan Escudero, alguacil de Velazquez, que sin cesar acechaba los pasos del prófugo, apenas le vió fuera de su asilo, cuando ausiliado por otros esbirros, y usando, no de las armas, que contra Cortés aprovechaban poco, sino de la astucia y la alevosía, acertó á tomarle tambien las vueltas, que arrojándosele encima con su jente, de improviso y por la espalda, logró, aunque no sin pena, reducirle de nuevo á prision.

Como fácilmente se comprenderá, aquel lance traia tan alborotada la colonia, que Velazquez, no osando ya tomarse la venganza por su mano, entregó el preso á la jurisdiccion de los alcaldes ordinarios, quienes siendo hechuras y servidores suyos, no escrupulizaron ni mucho menos, en sentenciar á muerte al audaz ex-secretario. Apeló el reo de la inicua sentencia ante Velazquez mismo; y fuese jenerosidad de este, satisfecho ya su orgullo con la humillacion á que Cortés se sometia, reconociéndole por árbitro de su ecsistencia; ó bien que Catalina por medio de su hermana, la dama del adelantado, lograra ablandarle el ánimo, si no que la opinion de los conquistadores declarada casi unánimemente en favor de Hernando, como las crónicas lo asientan, retrajese al gobernador de consumar su venganza, el hecho es que Velazquez perdonó la vida á Hernando, conmutando la pena por los alcaldes impuesta, en destierro á la Isla Española. ¿Era su ánimo que allí quedase Cortés en libertad, ó enviábale preso ante la audiencia de Santo Domingo, solo para que aquel tribunal, ateniéndose á los datos que de Cuba se le remitian, le condenase de nuevo y con visos de imparcialidad? Dificil es hoy atinar con lo cierto, pero el interesado, viendo que en la nave en que le embarcaron comenzaban por amarrarle con una cadena al pié, como si un facineroso fuera, persuadiose de que Velazquez, retrocediendo ante la impopu-

laridad de su apasionada venganza, diferia sí el satisfacerla, pero no renunciaba á ella. Verdad es que en su segunda prision, lo mismo que en la primera, Hernando no perdió jamas la esperanza de salvarse, ni mudó su propósito de devolver á Velazquez con creces el mal que le hacia; y para ello sustrajo á las pesquisas de sus carceleros, y conservó con prodijioso artificio y no poca ventura, ciertos papeles relativos á la conquista, gobierno y repartimientos de Cuba, que publicados, podian cuando menos comprometer grávemente al adelantado.

En consecuencia de tales designios y disposiciones, el primer cuidado de Cortés, apenas se vió á solas con el criado que para servirle le dejaron, fué probar á libertar el pié de la cadena que le sujetaba; lo cual, con gran trabajo y no menores padecimientos, logró alcabo ya en las altas horas de la noche. Dueño de su persona, trocó de traje con el criado, para evitar que á bordo le reconociesen, y luego con cautelosos pasos, silenciosos movimientos y ajilidad suma, logró deslizarse por la bomba y saltar en el bote, que sin guarda, flotaba al costado del buque. Tan sereno, tan dueño de sí mismo iba, que viendo cerca del bajel que de cárcel le habia servido, la embarcacion de otro amarrada á un cable, y calculando que fuera fácil perseguirle con ella, antes de emprender su rumbo, cortó el cable y dejola suelta á la ventura. Proponíase Cortés, sin duda alguna, ganar de nuevo lo interior de la Isla de Cuba, ocultarse en ella favorecido por sus amigos y parciales, y dejar que el tiempo y las ocasiones le aconsejasen lo que hacer debia: mas para desembarcar tierra adentro habia forzosamente de remontar el rio *Macuanigua* que desagua en la playa de Baraçoa, y su corriente era á la sazon tan impetuosa, que resistió á los desesperados esfuerzos que hizo, remando el hombre mismo que mas tarde habia de dar inequívocas muestras de una fuerza física casi fabulosa.

Entonces, sin embargo, luchando contra la naturaleza, fué vencido sus lasos miembros abandonaron los remos; y, á merced el esquife de los encontrados impulsos de la corriente del rio y de las olas del mar, puede decirse que estuvo Hernan Cortés por algun tiempo entre la vida y la muerte, pendiendo la una ó la otra del capricho del mas pérfido é inconstante de los elementos. La noche huia presurosa; el dia se acercaba veloz, palideciendo ya el brillo rutilante de las constelaciones ante las primeras luces de la aurora: descubierto y preso en la bahía, empeorábase la situacion de Hernando; lanzarse en el barquichuelo al Atlántico, sin víveres, sin vela, sin aguja, sin fuerzas para remar, era lo mismo que suicidarse; luchar contra la corriente del rio, descabellada temeridad. ¿Qué hacer, pues? Entre morir sin acometer siquiera la defensa de la vida, ó procurar salvarla á nado, no habia término medio: Hernando optó por el último estremo, y despojándose del vestido, pero atándose á la cabeza con un paño los pa-

peles en que estribaba su defensa contra Velazquez, arrojose, en efecto, al mar con tan buena suerte, que arribó sano y salvo, si bien desnudo y proscripto, á la orilla inmediata.

La fortuna le protejió visiblemente para llegar hasta su propia casa sin tropiezo alguno. Vestirse y armarse en ella, pasar despues á la de su amada Catalina, y satisfecho el deseo de su corazon con verla y hablarla, personarse con el mismo Juan Suarez, y declararle que mientras él y Velazquez no desistiesen de perseguirle, jamas se casaria con su hermana, fué todo obra de pocos instantes.

Historiador imparcial, cúmpleme confesar que la declaracion de Hernando, por lo mismo que asentaba su resolucion de no ceder nunca á la fuerza brutal, contenia implícitamente la promesa de casarse en el momento en que no se le ostigase: mas con todo, paréceme admirable la constancia con que, puesto el pié, por decirlo así, en el primer escalon de la horca, luchaba el de Medellin, oscuro aún y solo, contra el poder de un favorito del almirante D. Diego Colon, gobernador y adelantado de Cuba á mayor abundamiento.

Como quiera que sea, desde casa de su amada pasó Cortés de nuevo, pero muy bien armado, á retraerse por segunda vez en la iglesia, y allí esperó sobre aviso el resultado del negocio. Juan Suarez, que hubo de convencerse de que las habia con un hombre cuya voluntad era de hierro, y que por otra parte entrevió que solo casaria á su hermana si el asunto llegaba á una solucion pacífica y conciliadora, no perdió momento para ver á Velazquez y referirle lo acaecido; y el gobernador, ó cansado de la lucha, ó dominado por el tenaz valor de su adversario, ó mas bien comprendiendo cuánto partido podia sacarse de tal hombre en aquellas tierras y circunstancias, no solo convino en dar al olvido lo pasado, sino que ofreció de nuevo á Cortés su amistad, y propúsole que le acompañara en la espedicion que, contra ciertos isleños á la sazon sublevados, proyectaba.

Parecia natural, y con cualquiera otro aconteciera así, que el retraido se apresurase á aceptar las ofertas de Velazquez; pero Hernan Cortés que habia en aquel lance descubierto su propio valer, aceptando el olvido de lo pasado, rehusó, sin embargo, la amistad del adelantado, y abstúvose de dar respuesta en cuanto á si le acompañaria ó no á la proyectada espedicion.

Lo que sí hizo nuestro héroe, porque su corazon se lo aconsejaba, fué casarse con Catalina Suarez en el momento en que en su mano estuvo dejarlo de hacer si no quisiera, mostrando así que, ni aun lo que deseaba, habia de hacer cuando por fuerza se le ecsijiese.

Su carácter empezó, pues, á desarrollarse y mostrarse tal cual era á propósito de una aventura amorosa, si no la primera, ni mucho menos en su vida, notable tanto por los riesgos á que le espuso, cuanto por la idea que de él pudo dar á quien algo entendiese de achaque de hombres; pero antes de pasar á otro punto, paréceme que no les

ha de pesar á los lectores, tener conocimiento de cómo se reconciliaron Velazquez y Cortés despues del pasado lance.

Fué de esta manera: mientras preparaba el gobernador la espedicion pasaron dias, y Hernando, novio entonces, parecia por una parte completamente absorto en la posesion de su amada y arreglo de sus negocios; y á mayor abundamiento, no fiándose gran cosa de las promesas de su enemigo, vivia en la iglesia retraido, ni mas ni menos que antes de la avenencia. En tal estado, reunida ya la jente para la jornada, y hallándose Velazquez con solos sus criados en una granja poco distante del pueblo en que se alojaba la tropa, á deshora de la noche, y en el momento en que el gobernador ecsaminaba las cuentas del gasto de su casa, sin compañía de persona alguna, apareciose Cortés en la puerta, armado de lanza y ballesta, pero demandando con urbana modestia licencia para hablar con el *señor adelantado.*

Era Velazquez hombre de valor indisputable y serenidad conocida, mas con todo eso, sobresaltole verse de súbito cara á cara y á solas con un hombre á quien tan ofendido tenia, que acababa de dar muestras de un ánimo indómito, y que, en fin, iba armado y le tenia la accion ganada.

No obstante, preguntole con entereza qué era lo que le queria; y contestándole Cortés, siempre mesurado aunque resuelto, que iba solo á *saber las quejas que de él tenia, á satisfacerle, y á ser su amigo y servidor;* entablaron la plática sosegadamente, terminándola por darse las manos en señal de renovar la amistad pasada, y acostándose juntos en prueba de mútua confianza en un mismo lecho, el que Velazquez tenia para sí preparado, y en el cual con asombro universal los hallaron profundamente dormidos á entrambos al siguiente dia los servidores del adelantado. Acompañó, pues, Hernando á D. Diego, no ya como secretario, sino como amigo y capitan en la espedicion contra los indios rebeldes, y en la misma amistad regresaron á su tiempo á Baracoa.

Catalina dió un hijo á Cortés y Velazquez le sacó de pila, dándole el nombre de *Martin*, que era el de su abuelo paterno.

Poco despues, y fundada la villa de Santiago de Cuba, fué por el gobernador nombrado Hernando su primer alcalde ordinario, y en aquel puesto, atento por entonces solo á ganar parciales, y adquirir bienes de fortuna, hízose rico para la época, pues llegó á verse dueño de tres mil *pesos de oro*; y adquirió una popularidad entre los conquistadores que fué la base de su grandeza futura.

Pero aquí dejaremos á los historiadores, seguir al ambicioso en sus afanes para elevarse, y al gran capitan en las hazañas que su nombre inmortalizaron para proseguir nosotros, aunque, por falta de datos, con menos prolijidad que en lo referido hasta aquí en la investigacion de las galantes aventuras del padre de los que serán nuestros protagonistas.

¿Murió Catalina Suarez antes de que Hernan Cortés terminase la conquista de México, y si no, cuándo? Confieso á mis lectores que no he podido averiguarlo, los cronistas no hacen mencion de ella despues de haber referido su casamiento, y aun hay alguno que duda hasta de que ella fuese la madre de D. Martin, el ahijado de Velazquez. Lo que puedo afirmar, es que Hernando se condujo en México, por lo que á la galanteria respecta, como el mas suelto de todos los viudos imajinables.

No haré, por cierto, ni mencion siquiera de las aventuras que de paso le ocurrieron con las bellas españolas, tlascaltecas ó mexicanas, que en sus distintas espediciones pudo conocer y cautivar; pero seria imperdonable omision no hacerla especial y detenida de la famosa *Doña Marina*, célebre, no solo por lo útilmente que le sirvió en el discurso de la conquista, sino por haberle ademas dado un hijo que tambien se bautizó, como su mayor hermano, con el nombre de su abuelo paterno, D. Martin Cortés de Monroy.

Ganada la batalla de Tabasco, el primero y uno de los mas notables hechos de armas de aquella para siempre memorable conquista, Hernan Cortés, para quien la victoria nunca fué mas que un medio de lograr sus profundos fines, en vez de ensañarse contra los vencidos, procuró atraerlos á sí con la jenerosidad que tan bien sienta en los fuertes; y en efecto, en parte atraido por el agasajo, en parte aconsejado por el miedo, el cacique, de cuyo nombre tomaron los españoles el especial que á la tierra dieron, entró en relaciones con los conquistadores, abasteciéndolos de víveres, y haciéndoles, entre otros regalos que pasar pudieran por tributos, el de veinte esclavas indias, todas jóvenes, todas bellas, y algunas de principal linaje. Doña Marina fué una de ellas; pero de lo que á su persona concierne, haremos capítulo aparte, si el lector no lo há por enojo.





CAPITULO III.

DONDE, PROSIGUIENDO LA MATERIA DEL ANTERIOR, SE TRATA DE LA INDIA DOÑA MARINA, Y DE VARIAS OTRAS COSAS DE SABROSO ENTRETENIMIENTO.

Entre las sencillas costumbres de los inocentes indios mexicanos, cuando por los españoles fueron descubiertos y conquistados, merece detenida consideracion la que puntualísimamente observaban de hacer esclavas á las hijas y esposas de los enemigos que vencian, despues de haber pasado á cuchillo, por supuesto, á los varones, y de comerse alegremente, ya asados, ya en diferentes salsas, que en esto el ritual no estaba esplícito, á todos aquellos cuyo estado de salud y robustez les hacia apetitosos, y singularmente, por lo tierna sin duda, á la chiquilleria de ambos secsos. De esa manera, ni al vencedor le estorbaban largo tiempo los prisioneros, ni á los vencidos, al padecer los tormentos en que, en honor de sus dioses, eran inmolados, les inquietaba la futura suerte de sus familias, pues no habia que dudar mas que entre la cacerola ó el utensilio á ella equivalente, y el asador primitivo de palo. De tan santa, filantrópica y aprovechada costumbre, esceptuábanse por regla jeneral las mujeres; y digo por regla jeneral, porque de vez en cuando, y en ocasiones solemnes, tambien se sacrificaba á muchas en las aras del culto idólatra; pero en verdad que la suerte de las míseras cautivas no era mucho menos desdichada que la de sus devorados deudos, pues descendian de la entidad de humanos seres al degradante estado de bienes muebles, de *cosas*, para decirlo de una vez sola. Cuanto mas bellas, mas pronto y con mas frecuencia se veian infamadas, amen de servir como esclavas á sus dueños, labrando en los *metates* ó morteros de piedra, el pan de maiz, suplente allí del de trigo, semilla para los indios desconocida.

Así regalaba un indio poderoso y rico una esclava, como una joya de oro ó una ropa de algodon, ó un arco con sus flechas; y las desdichadas, á tal condicion reducidas, pasaban de mano en mano, ni mas

para su cobardía; y él, fluctuante entre unos y otros, era del que en su poder le tenia por el momento.

Cuál seria su sorpresa, cuando despues del episodio que de referir acabo, porque la madre de D. Fernando Cortés fué aquella infanta entonces regalada al conquistador: cual seria, repito, la sorpresa de Moctezuma, cuando revistiéndose Cortés de su natural gravedad, hasta entonces templada, ya por deferencia á la corona, ya por su afabilidad simpática, hizo lacónica relacion del suceso desgraciado de Juan de Escalante, y quejándose amargamente del jeneral *Couahtlpopoca*, concluyó con decir, que, para que en lo sucesivo nadie osase escudarse con supuestas órdenes del emperador, en que él (Cortés) no creia, era conveniente que el príncipe habitase desde aquel momento el alojamiento de los españoles!!!

Hernan Cortés, significó, en resúmen, al monarca de México que le prendia, en su capital y palacio, rodeado de sus grandes y guardias, y eso en el momento en que por concubina acababa de darle espontáneamente á una hija; y eso cuando él acababa de esperimentar un descalabro en Veracruz; y eso, en fin, viendo en fermentacion y pronto á sublevarse á un pueblo numeroso y fanático, y contando con un puñado de hombres españoles para sujetarlo.

Tres horas resistió Moctezuma con diferentes subterfujios: ora negando tener conocimiento del hecho, ora atribuyéndoselo esclusivamente á inobediencia de sus vasallos; ya alegando razones contra razones; ya, en fin, prometiendo castigar al jeneral culpado. Todo fué inútil, y el emperador pasó en hombros de los grandes dignatarios de su corona, al alojamiento de los españoles, del cual ya no debia salir sino cadáver, por efecto de la sublevacion y desprecio de sus vasallos.

La infanta, que luego se bautizó con el nombre de Doña Isabel y que dió el ser al tercero de los hijos de Cortés, fué á poder de éste en el mismo dia y hasta en el mismo momento en que sobre la corona imperial de su padre cayó la armada mano de su nuevo dueño.

¿Cuál fué luego la suerte de aquella princesa? No lo dice la historia, pero es de presumir fundadamente que fuese una de las *cuatro hijas de Moctezuma*, que el conquistador, de acuerdo con la corte de España, casó con principales caballeros en México el año de 1529, dándoles señorío en varios pueblos, por via de dote. Son, por tanto, de ocho á nueve años los que tenemos para colocar en ellos el nacimiento de D. Fernando.

Otros hijos lejítimos tuvo el conquistador de su esposa doña Juana Ramirez de Arellano y Zúñiga, y fueron D. *Martin*, luego marqués del valle de Guaxaca: doña *Juana* que casó con D. Fernando Enriquez de Ribera, duque de Alcalá; y doña *María*, que fué casada con el conde de Luna.

Hemos terminado, por tanto, la noticia histórica que nos propusi-

mos dar en esta introduccion en cuánto á los hijos de Hernan Cortés; y parece que pudiéramos, saliendo yá de los límites de la verdad estricta, arrojarnos al ancho campo de la imajinacion, es decir en prosa, comenzar la novela. No obstante, el lector habrá de permitirnos que antes echemos siquiera una mirada sobre el que ha de ser teatro del futuro drama, y sepamos su estado al comenzar la accion de nuestro cuento.

A igual distancia prócsimamente del Oceano Atlántico que de la mar del Sur, ó lo que es lo mismo, equidistante de *Veracruz* y de *Acapulco*, y en un valle siete mil piés elevado sobre el nivel del mar, el de *Tenuchtitlan*, se encuentra en el continente norte americano la ciudad de México. "Aquella gran ciudad (dice Solís) tendria en "aquel tiempo (el de la conquista) sesenta mil familias (300,000 al- "mas) de vecindad repartida en dos barrios, de los cuales se llamaba "el uno *Tlatelulco*, habitacion de jente popular, y el otro *México*, que "por residir en él la corte y la nobleza, dió su nombre á toda la po- "blacion." Despues de interminables argumentos y prolijas investigaciones, han tenido los sabios modernos, y principalmente el ilustre Humboldt, que reconocer la ecsactitud del cálculo de nuestro historiador en cuanto al número de habitantes de la antigua metrópoli mexicana; y á la verdad que fuera curioso que los estranjeros la conociesen mejor que sus conquistadores. Sin desdeñar, pues, lo que fuera de casa encuentre digno de memoria, aténgome por regla jeneral á lo que hallo en los autores españoles.

El asiento de la antigua México, casi en el centro de la tierra inundada por los dos lagos de *Chalco y Tezcuco*, le daba un carácter de bella orijinalidad, y al mismo tiempo recordaba involuntariamente á la imajinacion la reina del Adriático, la poética Venecia. Ni las calles, en su línea central corridas por acequias ó canales; ni los *Acales* ó *Canoas*, barquichuelos de una sola pieza, y que hacian el servicio de las Góndolas; ni las calzadas, único medio de comunicacion con la tierra firme; ni los puentes, aunque de madera, sólidos y de agradable aspecto; ni las casas con sus dos puertas, una sobre la calzada, otra al canal, faltaban para completar la semejanza; pero la Venecia de los indios, mayor dos veces que el Milande entonces, y ostentando en la riqueza de los edificios la que las entrañas del suelo escondian, superaba en grandiosidad y hermosura á la Europea.

Sembradas las lagunas de innumerables *Acales* (pasaban de cincuenta mil los barquichuelos que la ciudad sola empleaba) y á trechos interrumpidas con verjeles flotantes, llamados *Chinampas*, retrataban en sus aguas innumerables palacios, quintas y alquerías, que embellecian los alrededores de la capital del imperio, sin contar con mas de cincuenta poblaciones, algunas de ellas considerables, comprendidas dentro de los límites de aquellos dos colosales estanques.

Uno de ellos, el mas alto, que es de agua dulce, desagua en el se-

gundo, que la tiene salada; en este no se cria pescado, y sí alguno en aquel, aunque chico.

Graduan los cronistas en sesenta mil el número de casas que contaba la ciudad en entrambos barrios, y en otro tanto el de las de sus arrabales y cercanías; y ponderan, aunque sin ecsajeracion, á juzgar, no solo por lo conformes que están todos ellos, sino por los vestijios, aunque escasos, que los viajeros modernos han descubierto, la magnificencia y buena disposicion de los edificios públicos, que eran muchos y espaciosos.

El Alcázar de Moctezuma, en cuyo emplazamiento edificó luego Cortés las que en su tiempo y siglos posteriores se han llamado casas del marqués, era una pequeña poblacion, que encerraba dentro de sus muros hasta cinco palacios, y en todos ellos no menos de mil estancias, entre las cuales un egrejio salon capaz hasta de tres mil personas. Allí se alojaban el emperador, sus esposas y concubinas en Serrallo murado; los principales ministros de la corona; la guardia noble, compuesta de seiscientos caballeros, el que menos con tres criados y algunos con veinte; cuatrocientos pajes, hijos de caballeros; y la servidumbre de escalera á bajo consiguiente á tal y tan numerosa comitiva.

En el mismo sitio donde hoy se levanta el convento de San Francisco, porque quiso la suerte que los pobres hijos de la seráfica obediencia ocuparan con su monasterio aquel lugar que fué escándalo del lujo imperial, tenia Moctezuma dos casas de placer con bellos jardines y deleitosos estanques, destinadas principalmente la una al entretenimiento y conservacion de pescados y peces de mar y agua dulce, y la otra á encerrar aves de variadas infinitas especies. Trescientos hombres atendian de ordinario al cuidado de pájaros y peces, y para su mantenimiento se consumian diariamente, amen de las yervas, guisante, maiz y otras semillas, mas de diez arrobas de pescado.

Allí, ademas de los pájaros preciosos por los matizados brillantes colores de su plumaje, y la pluma era mercancía de grande estima entre los mexicanos, criábanse y eran doctrinadas las aves propias para la caza que llamaban en Castilla de *Cetreria*; y aquel era tambien el cuartel de los *monteros* imperiales, y el alojamiento de los juglares, enanos y jorobados; porque aquellos príncipes, ni mas ni menos que los del antiguo mundo en la edad media, solo deponian la majestad y daban licencia á la risa para retozar en sus lábios, en presencia y compañía de los seres mas abyectos de la creacion. Tambien tenian su departamento y especial representacion las fieras cuadrúpedas del nuevo continente, y las culebras y víboras; y cada dia se inmolaba para su sustento un crecido número de pavos y venados, mientras que los desdichados vasallos del *gran* Moctezuma, abrumados por el tributo de la *capitacion*, que sin misericordia se les ecsijia, perecian á centenares en la miseria.



Los templos acababan la obra de los palacios: su fábrica suntuosa como la de estos, es decir: compuesta de mármoles, jaspes, pórfidos, y cierta piedra negra veteada de rojo, dura, brillante y peculiar de México, que se llama *obsidiana*; su fábrica, digo, tambien como la de los réjios palacios levantadá, no con el sudor bien ó mal retribuido del jornalero, sino con el trabajo forzado y alternativo de los desdichados proletarios, ofrecia en jeneral, y salvas las diferencias de magnitud y riqueza, una misma forma; la de una pirámide rectangular truncada, circuida por un muro que la encerraba en su recinto. Tal era el del mayor *Teocallí* (templo de México) que, segun Cortés, hubieran podido edificarse en el espacio interior, comprendido desde el pié del muro de circunvalacion hasta los lados del plano inferior de la cuadrada base de la pirámide, hasta quinientas cómodas y espaciosas casas. Subíase á los tales templos por escalinatas cortadas en las caras de la pirámide, y á cuyos costados se veian nichos ó capillas con imájenes de diferentes ídolos. En la base ó cara superior estaban el tabernáculo ó adoratorio del principal dios de los mexicanos, *Vizliputli*, el altar, el ara de los sacrificios, y las horribles ofrendas que se le hacian.

Un cuerpo numeroso y rico de sacerdotes de distintas jerarquías, y de ministros subalternos de aquel nefando culto, vivia en la opulencia á costa de los sudores del pueblo; y cerca de las moradas de aquellos privilejiados mortales estaban las cárceles, donde, por un refinamiento de bárbara crueldad, se obligaba á nutrirse suculentamente á los prisioneros, cuyo término habiá de ser, pasando por la negra piedra de los sacrificios, figurar humeantes en los banquetes sacerdotales.

Todos los grandes vasallos de Moctezuma, entre los cuales dos reyes coronados, aunque feudatarios; todos los próceres por nacimiento ó dignidad; todos los nobles de alguna valía, tenian obligacion de residir en México, á pretesto de ostentacion y servicio á la imperial persona, en realidad para que no pudiesen sustraerse al yugo de la corona. Agregábaseles, como de razon, un enjambre de zánganos intrigantes ó ambiciosos que, conseguido su objeto en la corte, es decir, un cargo público en las provincias, volvian á estas tan altivos cuanto fueron bajos en palacio, tan rapaces como habian aprendido que era necesario serlo para satisfacer las necesidades insaciables del príncipe, la avidez de sus áulicos, y la propia codicia.

Lujo y miseria; fanatismo y lubricidad cínica, en algunos magnates; despotismo y esclavitud; un poder débil para el bien, casi omnipotente para el mal, ese era, en resúmen, el estado del imperio mexicano, cuando Cortés arribó á sus playas; y tal, tambien en compendio, la situacion de la metrópoli.

Así y solo así se esplica que menos de mil castellanos, en dos años no cabales, conquistasen tan poderosa monarquía. La novedad del

aspecto, el terror supersticioso á los caballos, la superioridad de las armas todas, y singularmente la de las de fuego (entonces muy imperfectas), bastaria á que comprendiésemos una ó mas victorias; pero sin el odio de muchos y la indiferencia con que la inmensa mayoría de los mexicanos miraba á su emperador y gobierno, con huir no mas, acabaran aquellos fácilmente con los españoles.

Prodijios obraron el valor de aquel puñado de valientes, para siempre inmortales, y el jenio de su incomparable caudillo: pero si el pueblo, satisfecho de su gobierno, hubiera intentado al menos defenderle; si aquel pueblo no se hallase, como estaba, degradado por la esclavitud, tengo por cierto que sucumbieran Hernan Cortés y los suyos.

En prueba de ello considérese la resistencia que hizo la capital, donde, habiéndose reunido todos los privilejiados, residiendo la corte, y siendo, despues de Cholula, el emporio del culto, hubo interes verdadero en la defensa; y se verá que con pocas semanas que el sitio se prolongase, no le hubieran quedado al conquistador españoles para alcanzar la victoria

Tenaz fué el asedio: los mexicanos se defendieron con desesperacion, ya destruyendo en parte las magníficas calzadas que los unian á la tierra firme, ya inundando sus calles; ora convirtiendo cada casa en una fortaleza, y desde ella sirviéndose de cuanto tenian como proyectiles; ora lanzándose, en campo abierto y desnudo el pecho, contra las *picas* y mosquetes de sus enemigos. Cortaron los víveres, emponzoñaron las aguas, incendiaron los edificios, bloquearon á veces á los sitiadores: todo fué en vano. Rotas las calzadas, Cortés hizo construir bergantines para surcar las lagunas; sobre las inundaciones echó puentes; asaltó las fortalezas; fortificó sus estancias; ganó palmo á palmo calles y plazas; al valor opuso la temeridad, á la desesperacion el propósito impávido y frio; al incendio el incendio mismo; y triunfó al cabo; pero de la antigua México conquistó apenas algunos escombros, y de sus defensores los pocos inválidos que la piedra, el hierro, el plomo, la espada, el fuego, el hambre ó la peste dejaron con vida.

¡Triste, horrible cuadro en verdad! Pero ¿cuándo ofrece otros la guerra á nuestra contemplacion? ¿A qué se reducen, en suma, las victorias todas de los grandes capitanes, sino á campos talados, ciudades incendiadas, sangre copiosamente vertida, víctimas sin misericordia inmoladas?

Plegue al cielo que llegue el dia en que la palabra *Guerra* no tenga otro sentido entre los hombres que el de un horrible recuerdo de lejanos tiempos; pero mientras así no suceda, mientras la guerra sea el mas seguro, como el mas corto de los caminos para el templo de la Fama, no acusemos á nadie de hacer aquello sin lo cual nunca consiguiera su intento.

Y ha de saber el lector benévolo que me arranca esas esclamaciones la lectura de mas de un autor estranjero, de esos que hacen profesion de calumniar á la pobre España, en cuyas pájinas encuentro horribles diatrivas contra Hernan Cortés, porque no acertó á tomar una ciudad sino con los mismos medios que antes de él lo habian hecho todos los capitanes, desde Agamenon hasta el macedonio Alejandro; desde los Escipiones á César; desde César hasta el gran Napoleon inclusive.

Zaragoza, por ejemplo, y si no Gerona y Tarragona, pudieran responder por mí á los censores de allende los Pirineos; pero dejando esa cuestion por ahora, veamos qué hizo el heróico castellano, una vez dueño de la imperial metrópoli de Moctezuma.

La ciudad fué saqueada; cupo á los nuestros, que serian entonces unos novecientos, contando con los procedentes de la espedicion de Pánfilo Narvaez, el oro, plata y plumería; y á los indios aliados, tlaxcaltecas, cempoales y otros, cuyo número se dice que no bajaba de cien mil hombres, la ropa y despojo de los vencidos.

Despedidos y satisfechos los aliados, hizo Cortés purificar el aire, emponzoñado por la corrupcion de los cadáveres de los sitiados, por medio de fuegos encendidos en las calles, que si de dia fueron precaucion sanitaria, de noche lo eran ademas militar contra cualquier evento de los muy posibles en tales circunstancias.

El ejército español tenia concebida una idea estraordinaria de los tesoros de Moctezuma: estos no parecian, y el clamor público, las ecsijencias de los *oficiales reales*, representantes del fisco, buitres insaciables, obligaron á Cortés á dar tormento (horroriza escribirlo) al infeliz *Quauhtemotzin*, último rey de México, el *Aguila moribunda*, como con poética verdad le llamaban los suyos. Aquel crímen, de que no acierta mi buen deseo á absolver al conquistador, fué inútil: el cautivo monarca, ó no tenia que declarar, ó negóse á hacerlo con heróica constancia; y hasta hoy se ignora que fué del tesoro de Moctezuma, que muchos tienen por fabuloso, pero que sirvió de pretesto luego, como ya lo hemos dicho, á los perseguidores del mismo Hernan Cortés.

Acabábase de ganar la ciudad cuando de España llegaron á ella doce frailes de San Francisco, y á su frente el venerable Fr. Juan de Valencia (de D. Juan), varon verdaderamente apostólico. Recibiólos Cortés como él sabia, y no las hubo con desagradecidos, pues no tuvieron nunca ni él ni los suyos, ni los indios mismos, defensores mas ardientes y celosos que los individuos de la Orden Seráfica, de la cual, en honor de la verdad, cumple decir aquí que fué en Nueva España civilizadora, benéfica, y en sus tendencias ilustrada, al menos en el primer siglo inmediato á la conquista. Ya hemos dicho que Cortés dió á los franciscanos el emplazamiento de las casas de las aves, peces y fieras de Moctezuma, para que en él fundasen, como fundaron, su convento de México.

Por el momento no le fué dado á Cortés atender á otra cosa mas que al afianzamiento material de su conquista, pues aunque estaba hecho lo mas difícil, no lo estaba todo, ni mucho menos. Corrida la voz de la toma de México, muchas provincias se sometieron de grado á los españoles; los reinos de *Mechoacan* y de *Cuiocan* se rindieron mas al amago que al golpe; y con eso, y con enviar á sus principales capitanes á las rejiones que, por distantes ó belicosas, ecsijian que se emplease la fuerza, pudo ya Hernando en 1522 dedicarse á reedificar la capital de Nueva España.

Hízolo, en efecto, cuidando de que la nueva ciudad estuviese toda en tierra firme, de donde procede que carece de las calles á la veneciana que la antigua tenia, y en vez de estar enclavada en la laguna dista de ella como un cuarto de legua. Poblaron los españoles barrio aparte, en número de hasta mil doscientos vecinos, porque á los casados mandó el jeneral llevar sus mujeres, y con franquicias hábilmente concedidas, supo atraer á muchos de los aventureros que ya afluian á Cuba, Jamaica y la Española. Entre ellos habia cierto comendador llamado Leonel de Cervantes, sobre el cual descargó el cielo la plaga de siete hijas, á la cuenta pobres, y por tanto en Europa incasables. Su llegada á Nueva España causó grata sensacion en el vulgo de los célibes; y en pocos dias el noble comendador casó, y bien, á sus siete pimpollos. "*¡O fortuna!*" Esclamarán mas de cuatro demasiado fecundas madres al leer estas líneas.

Tocóles tambien á los indios mexicanos razonable parte en las concesiones y franquicias hechas á la ciudad nueva, pues para no citar, entre muchos, sino á los mas notables, dió Cortés el señorío de un barrio con cargo de poblarlo á *D. Pedro Moctezuma*, hijo del difunto emperador, y otro tanto otorgó á *Xihuacoa*, capitan jeneral que habia sido de Quauhtemotzin, y á la sazon prisionero.

En cuanto á las provincias de distritos comarcanos, salvo aquellos, como Texcuco que se dió á *D. Cárlos Iztlixuchitl*, cuyos primitivos señores eran aliados de los españoles y á la fé cristiana se iban convirtiendo, repartiéronse, no en feudo, sino en *Encomienda*, especie de gobierno vitalicio, entre los principales de los conquistadores y de los indios amigos y conversos.

Jamas se apartó Cortés de lo que la razon y la política aconsejaban, y por tanto procuraba y conseguia ligar á los naturales del pais tan estrechamente con los españoles, que anduviesen confundidos los intereses de todos, ó mejor dicho, en uno solo se refundiesen.

Sabia aquel grande hombre que la relijion es el vínculo mas poderoso de todos los lazos sociales, y era sinceramente cristiano, razon y sentimiento que esplican el afan constante con que al negocio importantísimo de la conversion de los indios atendia. Así es que todos sus repartimientos los hizo con carga y obligacion precisa al *En-*

comendero de mantener clérigos ó misioneros para la predicacion del Evanjelio, de edificar iglesias y de sostener el culto en ellas.

Diole el ejemplo á todos, atendiendo con preferencia en México á la traza y ereccion de las iglesias, y particularmente de la mayor, mas tarde metropolitana, que levantó en el solar del adoratorio capital de los indios, y enterrando en sus cimientos, con intencion significativamente alegórica, las columnas, capiteles y aun ídolos del arruinado templo pagano.

Acúsase á los españoles de intolerancia porque destruyeron los templos y los ídolos. ¡Ridícula acusacion! ¿Era posible ni mantener la conquista, ni identificar con la civilizacion europea á los mexicanos, mientras fuesen idólatras? ¿Era posible que dejasen de serlo mientras que no viesen desaperecer impunemente ante sus ojos los adminículos de su culto? Lamentemos, como arqueólogos y como historiadores, la pérdida de aquellos antiguos monumentos; mas comprendamos tambien que los conquistadores hicieron lo que era forzoso que hicieran, y no otra cosa.

Cortés fué en ese punto inecsorable: con actividad incesante derribaba y hacia derribar los adoratorios, sustituyendo en todas partes á los ídolos ridículos ó feroces el leño sublime en su sencillez, del Calvario; y castigando con una severidad nunca desmentida los humanos sacrificios.

Tambien por esto se le llama cruel, como si tan bárbara, tan horrenda costumbre, fuese llaga que pudiera estirparse mas que con el hierro y el fuego.

Inútil casi es decir que México y todas las demas villas de castellanos en tiempo de Hernando, y bajo su dominacion fundadas, tuvieron desde su oríjen alcaldes ordinarios, rejidores, procuradores síndicos, alguaciles mayores y todos los demas oficios de república que en aquella época constituian el en España moribundo poder municipal.

¿Seria la tendencia innegable de Cortés á establecer sólidamente en Nueva España la autoridad y fueros municipales, una de las causas porque siempre fué mal visto en la corte? Averígüelo Vargas.

Ya dijimos que el palacio de Cortés se edificó donde antes estuvo el de Moctezuma, en la actual plaza mayor de México, y enfrente á la Catedral; añadiremos ahora que á él se le deben tambien la apertura del camino de Veracruz á México, la introduccion en la ciudad de las manufacturas de seda, lana (paño) y vidrio; la fundacion de su primer *estudio* de humanidades, la casa de moneda, y el establecimiento de la primera *imprenta* del Nuevo Mundo, que se llamó *la Estampa*, todo en el año mismo de 1522.

A esas importantísimas creaciones agregó la introduccion, aclimatacion y cultura de semillas, plantas, árboles y ganados europeos, sin abandonar los indíjenas en manera alguna; de modo que aquel hombre prodijioso, á un tiempo mismo hacia que México renaciese,

ni menos que bolsa de titiritero, variando de yugo, pero siempre oprimidas, y nunca sino como máquinas domésticas, ó instrumentos de brutales placeres consideradas.

No quiero yo ciertamente provocar á singular batalla á los partidarios del estado primitivo de la sociedad, ni mucho menos habérmelas con los que, émulos y sucesores de Daniel y Jeremías, levantan hoy su voz contra *la gran Prostituta*, la moderna civilizacion, prediciendo en fatídicos acentos el prócsimo fin del mundo, solo porque los mozalvetes no siempre respetan la mujer del prójimo, ni las esposas las cabezas de sus cónyuges; porque se ha inventado el caminar á impulso de una olla de agua caliente; porque, en fin, los que trabajan y no comen, han dado en la flor de preguntar por qué comen los que no trabajan.

Respeto tanto la fé cándida y poéticas, ilusiones de los *patriarcales*, como temo el espíritu ferozmente pacífico de los *conservadores;* y aunque no puedo irme á la mano en esto de las digresiones, no trato de romper lanzas con nadie. Por tanto, dejo que cada cual piense como le convenga, y solamente pido permiso, y lo que es mas, me lo tomo, para declarar aquí como opinion mia, inofensiva y personalísima, que no me haria gracia ninguna pertenecer á una sociedad, en la cual tuviese que temer de continuo caerle en gracia á algun gastrónomo aficionado á huesos (pues en cuanto á carne no soy gran cosa), el cual, á pretesto de blanco ó de negro, diese un dia con mi persona en manos de su diestro cocinero. Malo es andar de calabozo en calabozo, y de emigracion en emigracion; malísimo ser vecino de Ceuta sin desearlo y por determinado tiempo; ó ir sin ganas hasta Manila: pero todo eso lo prefiero, y cada cual tiene su gusto, á la perspectiva de que me sirviesen en *pepitoria*, á la mesa de cualquier Senescal, un dia de regocijo para S. E. y sus favorecidos.

Creo, ademas, que nuestra moderna civilizacion, que tiende hasta á abolir la pena de muerte, y que ya de hecho la escasea mucho, no es menos digna de la tolerancia del cielo que la incivilizacion antropófaga, la de las guerras á sangre y fuego, la de los tormentos judiciales, y la de las hogueras de la Inquisicion, que nos precedieron; y tomándome, en consecuencia, la libertad de no creer en el prócsimo fin del mundo, sobre todo tan prócsimo que no me permita concluir este relato, voy á proseguirlo sosegadamente.

¿Y á propósito de qué me he estraviado, engolfándome en las azarosas cuestiones que ajitan hoy el orbe civilizado al compás de la Polka y la Redowa?.... Ya lo recuerdo: á propósito de la costumbre que tenian los mexicanos de comerse á sus prisioneros y hacer esclavas á sus prisioneras; costumbre que de mis lectores conocen, sin duda, *los leidos*, pero que ni estará demas recordársela á ellos, ni hacérsela conocer á los que por amor al *dolce non far niente*, ó por

desden al maravilloso invento de *Guttemberg*, no se han tomado la molestía de estudiar la historia.

¿Y qué les importan á los lectores de novelas las costumbres de los indios? Me diria algun crítico severo, dado que en España hubiera críticos.

Impórtanles, en cuanto si en ese dato mal podrian comprender que una señora de principal linaje, belleza insigne, claro injenio y varonil esfuerzo, se contase en el número de las esclavas que para amasarles el pan de maiz, regaló á Cortés el cacique Tabasco, despues de perdida la batalla que aquel nombre lleva; y tal era el caso de doña Marina.

Habíala dotado, en efecto, la naturaleza de estremada simpática hermosura, sin duda en compensacion del fatal signo en que fué concebida; y así como al ciervo dió lijereza para huir de sus adversarios, al tigre la flecsibilidad, y al leon la fuerza, á Marina el don, por decirlo así, de lenguas, la perspicuidad de los sentidos, la agudeza de entendimiento que menester habia para conllevar sus desdichas, y elevarse en medio de ellas y sin embargo de todo jénero de obstáculos.

Nació, segun Gomara y otros autores, en *Xalisco* y de su alta nobleza, como supo acreditarlo mas tarde de un modo evidente para que en la órden de Santiago se cruzase su hijo D. Martin: pero aquel, hoy Estado de la República Mexicana, era en los tiempos de Moctezuma, y aun relativamente á la civilizacion que su imperio alcanzaba, un distrito semibárbaro, cuyos naturales, de recia complecsion, nervudos miembros, y rústicas costumbres, de tal manera recordaron á los descubridores nuestras provincias septentrionales que dieron aquella tierra y á sus adyacentes los nombres de *nueva Galicia* y *nueva Vizcaya*.

Confinante con los *Zacatecas*, cuyo territorio es abundante en ricas minas de plata, y por tanto dificil y agreste, y con los *chichimecas*, montaraces guerreros, rara vez gozaba Xalisco de las dulzuras de la paz, de continuo se hallaba en relaciones hostiles con el resto del imperio.

Tales circunstancias esplican la especie de contradiccion aparente que á nuestros ojos pudiera hallarse entre el aristocrático indudable oríjen de Doña Marina, y las dotes que ya en ella hemos enumerado; y aun mas que con esas, con su habilidad en toda clase de trabajos domésticos. Téngase en cuenta que el refinamiento que escluye á las mujeres de cierta cuna de las faenas interiores de la casa, llega muy tarde, y por decirlo así, solo en el punto culminadente las civilizaciones. Nuestras abuelas hacian todas, por lo menos, almíbares y conservas; la mayor parte de nuestras visabuelas presidian á la matanza; y si nuestras madres ya han desdeñado la cocina, y nuestras mujeres ignoran hasta la situacion jeográfica del hogar doméstico, no por eso hemos de negarle á la india que nos ocupa, la nobleza del oríjen.

Como desde un territorio situado á mas de ochenta leguas al noroeste de México, fué á parar la cautiva á Tabasco, ó lo que es lo mismo, á Yucatan, península que internándose en el seno mexicano, lo limita al sudeste, y está tan inmediata á la isla de Cuba que parece darse con ella la mano, es lo que la historia no dice, ni yo puedo esplicar por conjeturas siquiera.

Quizá hecha esclava por los *chichimecas*, fué vendida á algun mexîcano, que la revendió á su vez á los de Tabasco; quizá, y no es menos probable, algun guerrero de Yucatan, de los que por continjente iban á servir en el ejército imperial, la hubo en su parte de presa; pero sea lo que fuere, el hecho es que el año de 1519 la halló siendo del cacique Tabasco, al aportar Hernan Cortés por vez primera á las playas continentales de Norte-América.

Una historia manuscrita que se conservaba, con otros curiosísimos documentos, en la librería del colejio de San Pedro y San Pablo de los jesuitas de México, hace á doña Marina natural de *Huilotla*, pueblo de la provincia de *Coatzacualco* en el imperio de Moctezuma; y le da por padre á un cacique feudatario de aquel príncipe. Muerto el cacique, su viuda, madre de Marina, casó en segundas nupcias con otro noble, del cual hubo un hijo varon; y para asegurar á este la herencia de todos los bienes, así paternos como maternos, la desnaturalizada madre, de acuerdo con su nuevo esposo, vendió secretamente su hija á ciertos mercaderes de *Xicalanco*, ciudad confinante con el estado de Tabasco.

Esplicada así la esclavitud y traslacion de Marina al Yucatan, añade el manuscrito á que nos referimos, por testimonio del sabio Clavijero, que cuando la noble india acompañando á Hernan Cortés hizo la jornada de México á Honduras, acertó á pasar por el pueblo de su naturaleza donde aun vivian su madre y medio hermano. La elevacion y grandeza en que Marina se hallaba entonces, si no despertaron en el corazon de su perversa madre los sentimientos de la naturaleza, quizá desarrollaron los jérmenes de la ambicion, y ya por ella, ya porque temiendo el merecido castigo, contase con la jenerosidad de su hija para eludirlo, el hecho es que con el hijo de su segundo matrimonio, deshecha en lágrimas y con apariencias de sincero arrepentimiento, fué á echarse á los piés de la ilustre cautiva, implorando el perdon de su delito. Una palabra, un jesto, la indiferencia sola de Marina, bastaran á que Hernan Cortés vengara severamente los agravios de su dama: mas para el noble corazon de la india era la venganza un sentimiento desconocido. Perdonó, pues, y no solo perdonó, sino que recibió á su madre y hermano con tanta ternura, como si solo beneficios y sentidas caricias les debiera.

Dice el mismo autor, que despues de la conquista fué casada doña Marina con Juan de Jaramillo, uno de los conquistadores, capitan, en



tre ellos, y que se hizo notable así en la espedicion contra *Pánfilo Narvaez*, como en la retirada de México á Veracruz el año 1520, en la cual mandó la vanguardia. En el reparto que se hizo despues de la conquista de las provincias de México, tocóle á Jaramillo en encomienda la de *Xilotepequec* que está al noroeste de la capital.

Adopte el lector la que mejor le cuadre de las dos versiones que acabamos de apuntar de la historia de Marina: nosotros por la última estamos, y ahora por proseguir el cuento de la esclavitud de nuestra india.

¡Singular destino el de aquella infeliz hermosura! Al verse entregada á seres de cuya naturaleza misma dudaban los indios, tanta era la desemejanza de sí propios que en ellos advertian, tan honda y sobrehumana impresion la que en sus ánimos produjèron, y producir debieron los rostros barbados, el aspecto marcial, el hierro, en aquel clima desconocido, de que se armaban, el culto relijioso de que hacian estudiada y conveniente ostentacion, los caballos que renovaban con visos de realidad la ya en Europa olvidada fábula de los centauros, y las armas de fuego, en fin, que al parecer ponian en sus manos el rayo celeste; al verse, digo, en manos de aquellos entes prodijiosos que, en número apenas de quinientos, acababan de vencer fácilmente á un ejército de sesenta mil hombres, y en seguida al son del canto monótono de un anciano sacerdote, rendian humildes las armas, doblaban las rodillas, y hundian en el polvo las victoriosas frentes ante una tosca cruz de mal labrados leños. ¿No debió Marina creerse la mas desdichada de las humanas criaturas, y maldecir una y mil veses el instante que fecundó á su despiadada madre? Cierto que, bien puede compararse lo que entonces pasaria en su espíritu, á la horrible angustia de las vírjenes Atenienses destinadas á ser pasto del monstruo de Creta, cuando al pisar en el Pireo el puente de la fatal Galera, viesen tenderse á un tiempo la negra vela, y desaparecer para siempre ante sus ojos las caras orillas de la madre patria. Tambien la india era entregada al *monstruo*, tambien en las naves de los conquistadores iba.... Ni calcular podia siquiera á dónde iba. ¿Y qué Teseo podia esperar que de las manos de aquellos entes sobrenaturales la libertase?

Hay que considerar, sin embargo, que Cortés y los suyos no llegaban á usar de las armas sino en casos estremos, y que como su objeto no era esclusivamente el de talar la tierra, pues que asentar en ella la dominacion española pretendian, procuraban conciliarse el afecto de los naturales, tratándolos blanda y amorosamente siempre que con su propia seguridad les pareció compatible la dulzura. Tales circunstancias, unidas á la de que los españoles de aquella época, en la cual el espíritu caballeresco estaba muy lejos de haberse estinguido, eran mas galantes que nosotros con tercio y quinto, deben ha-

cernos presumir con fundamento que el susto de las regaladas esclavas, si bien grande, debió ser al menos de corta duracion; porque el agasajo de sus nuevos dueños, tengo para mí que hubo de consolarlas muy presto.

Cortés, que á la sazon no era en resúmen mas que un subalterno de Velazquez, á sus órdenes inobediente, y que por tanto no tenia mas poder que el que su moral superioridad le daba sobre los capitanes de sus tropas, hombres todos de fogosa condicion, inquietos ánimos é insubordinada voluntad, comprendió desde luego toda la importancia de tenerlos satisfechos, y que ningun medio mas á propósito para conseguirlo podia presentársele que el de mostrarse liberal y desinteresado, no solo en cuanto al oro, sino en aquello en que el egoismo es siempre mas ecsijente y esclusivo, quiero decir: en lo que á la posesion de las mujeres toca.

Como habia cursado las humanidades el conquistador, aunque no mucho, debió de acordarse de la discordia que entre los sitiadores de Troya produjo la contienda de Aquiles con Agamenon sobre la posesion de la esclava Briseida; y esperando, ademas, con fundamento que no le faltarian ocasiones de proveerse de aquel jénero, renunciando á la parte que en el regalo de Tabasco pudiera reclamar, repartió las esclavas entre sus capitanes.

Tocóle Marina en suerte á *Alonso Hernandez de Portocarrero*, hombre de buen linaje y ánimo esforzado, uno de los primeros á quienes el rey concedió vecindad, caballería y repartimiento de 150 indios en la isla española, el cual, habiendo pasado á Cuba con Velazquez, embarcóse á las órdenes de Hernan Cortés, mandando una de las compañías de aquel pequeño ejército. Distinguíale el conquistador, y debia ser persona tan de cuenta en lo político como en lo militar valeroso, pues no solo se le hizo alcalde de Veracruz, al fundar aquella villa para que por su medio fuese aclamado Hernando capitan jeneral, sino que mas tarde fué enviado como procurador del mismo á Castilla, donde, venciendo preocupaciones y allanando obstáculos, ajenció bien los asuntos de su principal, y no mal los suyos, pues obtuvo plaza de rejidor en México y la tenencia de la villa de Segura de la frontera.

Marina, sin embargo de ser su dueño persona tan principal, debió de sentir, ya que esclava la hizo su mala suerte, no pertenecer desde luego al que allí descollaba como el cedro del Líbano sobre los árboles que le circundan, por lozanos que ellos sean; y su proceder en lo sucesivo justifica, á mi entender, la conjetura de que se propuso ser de Hernando á toda costa.

La fortuna tardó poco en ofrecerle ocasion de hacerse útil, ó mas bien indispensable para la conquista, y por lo mismo de llamar la atencion del caudillo de los españoles.

Desde Tabasco pasaron estos á San Juan de Ulúa, y entablando re-

laciones, por el momento solo mercantiles con sus naturales, echaron luego de menos un intérprete que los tratos facilitase. *Gerónimo de Aguilar*, que hasta entonces habia hecho aquel oficio, sabiendo el dialecto de Yucatan, ignoraba completamente la lengua mexicana.

Dos palabras sobre aquel primer intérprete: era natural de Ecija, ordenado de evanjelio, y habiendo naufragado en cierta espedicion desde el Darien á la isla española, con el capitan *Valdivia*, cayó con aquel y otros compañeros en poder de cierto cacique de Yucatan. Tuvo Aguilar la fortuna de estar flaco á la sazon, lo que le valió que, con otros cuatro que se hallaban en igual caso, no se le sacrificase y comiese desde luego, como aconteció á los demas; sino que le encerrasen en una *caponera* (así lo dijo) para cebarle ni mas ni menos que á un pavo en vísperas de Navidad. Ante tan lisonjera perspectiva no vacilaron los cautivos en intentar una empresa desesperada: rompieron, en efecto, los palos de su jaula, y volaron como pájaros espantados á ocultarse en los montes vecinos. Allí deparóles la fortuna otro cacique enemigo del que huian, y mas que él humano ó menos antropófago, quien los redujo á servidumbre, pero renunció á comérselos. Tres, incapaces de soportar la aspereza de la vida salvaje, murieron pronto. Aguilar y otro español lograron aclimatarse, soportar el peso de la esclavitud, y con el tiempo hasta hacerse importantes entre los indios. El compañero de nuestro diácono, cediendo por completo á la fortuna, horadóse orejas y narices para adornarlas con pendientes; y ya á favor de aquella carta de naturaleza, pudo casarse, y se casó con una señora principal de la tierra. En cuanto á Aguilar, vistiose, ó mas bien desnudóse á usanza del pais; peleó con los enemigos de su dueño y venciólos; pero segundo José en la ejemplar castidad, resistió tentaciones y hasta provocaciones directas que de órden del amo le hicieron varias indias, y entre otras una, hermosa y de catorce años de edad, ofreciéndole á solas, de noche, y en la orilla del mar, y haciendo frio (circunstancia agravante), la mitad de su hamaca, único asilo que la playa ofrecia. Mas tarde, y por efecto de una casualidad felicísima, reunióse á los españoles en la isla de *Cozumel*, y sirvióles de intérprete, como dije, en el *Yucatan*; pero una vez en las costas de México propiamente dichas, su ignorancia de la lengua del pais parecia hacerle inútil.

Si se atiende á lo escaso de la fuerza que intentaba la conquista, se comprenderá que el no entenderse con los naturales equivalia á hacerla imposible; porque la palabra era allí instrumento aun mas poderoso que las armas mismas.

En grande apuro estaba, pues, el caudillo castellano, cuando su buena suerte quiso que se echase de ver que la india *Melinche* (con perdon de mis amables lectoras, tan ingrato nombre parece que era el de la que bautizada despues se llamó Marina) conversaba y se en-

tendia con las de las vecinas costas que á las naves venian á trocar por cuentas de vidrio, tijeras, espejuelos y otras tales brujerías, el oro de sus ricas minas. El descubrimiento de las del Potosí no fué acaso tan celebrado, y contribuyó menos seguramente á la conquista de América, que el azar de encontrarse entre las esclavas una que supiera el idioma mexicano; y tal importancia dieron, con justicia, los nuestros á aquel acontecimiento, que desde entonces llamaban á Marina *la Lengua;* porque, en efecto, ella fué por mucho tiempo la del ejército y su jeneral.

Es cierto que á la sazon ignoraba la esclava el idioma de Castilla; pero traducia á Gerónimo de Aguilar en dialecto del Yucatan lo que en mexicano le decian, y á su vez el diácono se lo repetia á Cortés en nuestro romance: método largo y embarazoso sin duda, mas al cabo preferible al imperfecto lenguaje de la pantomima.

Lo importante para nuestro cuento, es que desde el instante en que *Melinche* fué el medio de comunicacion forzoso entre los españoles y mexicanos, no solo dejó de pertenecer á un dueño para ser, como la Providencia, de todos, sino que de la condicion de esclava pasó á la altura de ministro y confidente inevitable del conquistador. No señala la historia el momento en que de la privanza saltó á ocupar mejor puesto aun en el corazon de Cortés: mas siendo él, como era, galan seductor y de corazon tierno; y ella jóven, hermosa, y al fin esclava, de presumir es que ni el ataque se hiciese esperar, ni la defensa fuese obstinada.

Como quiera que sea, la posicion de Marina desde los primeros pasos de la conquista revela con evidente claridad: primero, que poseía la confianza completa de Hernando; y segundo, que amaba sincera y apasionadamente á su dueño, pues no solo le servia con celo intelijente en lo que se la encomendaba, no solo hacia por sí todo aquello que á la gloria é interes de los españoles era conveniente, sino que con esa vijilancia esquisita y delicada que únicamente el amor inspira, para que la pasion esclusivamente da fuerzas y facultades, velaba por la seguridad de Cortés dia y noche, como la mas tierna de las madres por el hijo de sus entrañas.

Digna en todo del héroe con quien por tan estraña senda la enlazó el destino, Marina supo en breve hacerse popular y considerada entre los españoles; y entre los indios adquirir tal prestijio, que mas como á diosa que como á criatura de su propia raza, la consideraban. Verdad es que ella, con el trato de la jente civilizada, rápidamente desarrollado su injenio eminente, no desperdiciaba ocasion de herir, ya con predicciones fundadas en datos de que los demas carecian, ya con ostentar un valor en su secso insólito, la imajinacion supersticiosa de sus compatriotas. Y al propio tiempo, utilizando la facilidad que la posesion del idioma y el conocimiento del carácter y costumbres de los mexicanos le proporcionaban, espiábales palabras, acciones

y hasta los ademanes, para referírselo todo puntalmente á Cortés entre caricia y caricia. Quizás entonces agradecia el héroe los importantes servicios de *la Lengua;* pero mas tarde, amen de continuas infidelidades que en su carácter no son de tomar en cuenta, la ambicion le decidió á casarse por segunda vez en Castilla. Cortés vió siempre en las mujeres, ademas de seres para él hechiceros, un medio de llegar á otros fines mas importantes.

Así, en *Cempoala,* de una señora ilustre hizo su mas fiel aliado, su mas celoso ajente; y en Marina tuvo, no obstante, su primer ministro para con los indios.

Ella, antes de que hiciesen alianza los nuestros con los Tlaxcaltecas, y hallándose el ejército de Cortés sin víveres y cercado por innumerable multitud de aquellos esforzados guerreros, fortalecia la fé de los ya vacilantes Cempoales, y así hacia posible la victoria que al fin coronó á los españoles con sus laureles.

En recompensa de tan insigne servicio, el conquistador, de trescientas mujeres de que le hizo don la república de Tlaxcala, tomó solas algunas, y esas para dárselas por sirvientas á Marina, tratándola ya como á principal señora. ¡Tan poco tiempo hubo menester *la Lengua* para encumbrarse á una altura envidiada de las mas ilustres mexicanas!

Mas ni sus servicios en la ocasion ya citada, ni la destreza y habilidad verdaderamente diplomáticas con que Marina, conocida ya la intrínseca debilidad del ejército á cuyo jeneral amaba, supo sin embargo inspirar al pueblo y nobleza tlaxcaltecas la mas alta idea del poder, fuerza y recursos de los españoles; con ser cosas grandes y de suma importancia, pueden compararse siquiera con su conducta en *Cholula.*

La ciudad de este nombre era una especie de *Roma* en el imperio mexicano, por lo que á la relijíon respecta, siendo en ella donde radicaban esencialmente los misterios del culto, los colejios de los sacerdotes y sacerdotizas, los ídolos milagrosos; en una palabra, cuanto á las creencias populares afectaba.

Cortés, resuelto á marchar sobre la metrópoli, porque antes que el gran Napoleon, descubrió aquella máxima de que atacar el centro de los paises, equivale á tirar al corazon en vez de entretenerse en destruir miembro por miembro, tenia por una parte que pasar por Cholula, y comprendia por otra cuán importante le era no dejar á su espalda, sino competentemente asegurado, el foco del fanatismo relijioso, enemigo el mas temible de cuantos á su empresa se oponian.

Procuró, por tanto, llevar las cosas por pacíficos trámites; pero apenas anunció la idea de tal jornada, cuando los tlaxcaltecas mismos, con ser no solo enemigos de Moctezuma, sino tambien de los cholulenses, intentaron disuadirle de aquel designio, ya porque el vulgo participaba de las en aquella tierra universales preocupacio-

nes, ya porque los magnates temieron que á la voz de relijion y en nombre del interes de los ídolos, habian de provocar los sacerdotes de la ciudad santa, una sublevacion jeneral contra los españoles y sus aliados. Permítaseme, de paso, observar cuán dificil era la posicion de Cortés, habiendo por fé y necesidad de hacer forzosamente la conquisto en provecho de la relijion cristiana, y por tanto, viéndose en la precision absoluta de herir al pueblo, que con tan escasas fuerzas someter pretendia, en lo mas sensible para todos, en las creencias de sus padres y abuelos heredadas. Y no se trataba allí del culto puramente esterno, de la belleza plástica casi esclusivamente, que era la base y fundamento de la jentílica fé greco-romana. Nada de eso: el paganismo mexicano, por una singular coincidencia, era una relijion, de la cual puede decirse muy bien que parecia la parodia en serio de nuestra verdadera creencia.

En efecto: los ritos, los ayunos, el Carnaval, la Cuaresma, la confesion auricular, una especie tambien de comunion, en lo esterno y en cuanto á prácticas; la tradicion sacra de los viajes de *Quetsacoatl*, su dios mas importante, que ofrece notabilísima analojía con lo que de Moises refiere la Biblia, en lo que respecta á la historia sacra; lo místico del razonamiento, lo singular del traje, la afectacion ascética en las costunbres y la influencia poderosa del sacerdocio, en fin, daban á la relijion mexicana, por supuesto humanamente, y no mas que humanamente hablando, un poder análogo sobre aquel pueblo, al que en sus mejores tiempos ejerció el catolicismo en Europa.

Cortés, no obstante, resolvió pasar y pasó en efecto á Cholula con su pequeño ejército, y solo tres mil ausiliares tlaxcaltecas, pues aunque aquellos fieles aliados, previendo los sucesos, quisieron hacerle acompañar por hueste mas numerosa, ni el caudillo español queria que la importancia del refuerzo eclipsara el brillo de los suyos, ni acaso se fiaba todavia lo bastante de los tlaxcaltecas para ponerse en sus manos enteramente.

Cholula, grande y bella ciudad, que en el asiento y jeneral aspecto recordó con su vista á los castellanos la de Valladolid, en la época principalísima en España, constaba de seis distintos barrios ó cuarteles, tres de los cuales eran independientes á manera de las ciudades anseáticas en Europa; y los otros tres, vasallos de Moctezuma. Era, como ya hemos dicho, principal sede de la relijion mexicana y árbitra de sus ritos; y sus pobladores, con pocas escepciones, pertenecian ó al sacerdocio y sus inferiores ministerios, ó á la clase de tratantes y mercaderes.

Ascendia á mas de cuarenta mil almas el número de las que le tributaban vasallaje, y tenia su señor ó regulo particular que el Estado mismo elejia, elevándole en vida de su antecesor á una dignidad equivalente á la de los *césares augustos* en los últimos tiempos del imperio de Occidente, y consagrándole, á su tiempo, con ceremonias relijio-

sas, asombrosamente parecidas al unjimiento de los reyes en Europa durante la edad media.

Dada esa idea jeneral y sumaria de Cholula, comprenderáse fácilmente que una república de sacerdotes y mercaderes, luego que vió agotados en vano sus recursos fantasmagóricos (pues que Hernando no se curó de las amenazas de asombros y prodijios con que en nombre de los ídolos le conminaron), ni estaba en el caso de acudir á los medios de fuerza, oponiéndose con las armas á la entrada de los españoles, ni era probable que se resignase de buena fé á dar paso y albergue á los enemigos de la relijion que, por decirlo así, personalizaba. Cholula, pues, abrió sus puertas á los nuestros, pero con ánimo resuelto de encomendar á la alevosía la venganza que en buena guerra ni intentar osaba.

Civilizados políticos, no hubieran inventado mas que los cholulenses para encubrir sus designios y preparar habilmente el logro de sus traidores fines. Ellos enviaron embajadores para aplacar á Cortés; ellos rindieron solemne y oficialmente (por auto ante escribano) vasallaje á los reyes de Castilla y de Leon; y ellos, hombres y mujeres, ancianos y niños, sacerdotes y seglares, salieron á recibir á los nuestros á dos leguas de la ciudad, en número de hasta diez mil, repartidos en tantos escuadrones ó tropas como barrios contaba aquella, llevando en las manos flores, frutas, pan de maiz, aves, ídolos, incensarios, ó diversos instrumentos, como cornetas, atabales y otros, con los cuales hacian estrepitosa ya que no agradable música. Así entraron los nuestros por las puertas y recorrieron las calles de Cholula, adornadas todas como en dia de festividad solemne, de la misma manera que en Jerusalen fué recibido el Redentor del mundo. La segunda parte de aquel drama debia de ser, segun el ánimo de los sacerdotes idólatras, no menos sangrienta que lo fué la catástrofe sublime del Calvario; y en efecto, no se engañaron sino en la designacion de las víctimas.

Hernan Cortés no era hombre á quien las apariencias pudiesen deslumbrar del todo por hábilmente combinadas que estuviesen; y á la cuenta, ya de niño aprendió en Salamanca, que para tratar con doctores y teólogos no está nunca de mas cierto prudente recelo, porque son hombres habituados á sutilizarlo todo, y la verdad honrada es en jeneral incompatible con las sutilezas.

Mas fuese lo que fuese, el conquistador se condujo desde los primeros momentos en Cholula de distinto modo que en Tlaxcala: todo confianza en medio de los que valerosa, aunque infelizmente, acababan de medir con él las armas: una vez su aliado, consideróse como en pais completamente amigo; y por lo contrario, en la ciudad clerical que con palmas y ovacion triunfal le recibia, obró, y cuerdamente, como si al frente del enemigo se encontrase. Hízose, pues, alojar con todos los españoles y ausiliares tlaxcaltecas en un mismo

edificio; y no fué poca fortuna, ni debe considerarse como escasa muestra de la grandeza que alcanzaban á la sazon la civilizacion mexicana en jeneral, y el estado de la ciudad en particular, el que se hallase albergue capaz de contener acerca de cuatro mil personas, amen de la artillería y bagajes, y eso sin ser palacio de rey, ni templo de los dioses.

Alojado, ó mas bien atrincherado así, atendió Cortés á proseguir las armadas negociaciones pendientes con Moctezuma, sobre la ida que los nuestros pretendian á la capital del imperio.

Habia hasta entonces el emperador prodigado los presentes y adulaciones á Cortés por medio de sus embajadores, oponiéndose constantemente, bajo diversos pretestos, á lo que solicitaba aquel; y ora empleando el razonamiento, ora haciendo ostentacion de su gran poderío. Pero mientras Cortés estuvo en Tlaxcala y con cien mil hombres de aquellos valerosos indios, no solo disponibles, sino impacientes de combatir al monarca su, enemigo, Moctezuma ni quiso irritarle, ni acaso creyó indispensable llegar á un rompimiento definitivo, que por otra parte repugnaba á su carácter irresoluto.

Mas luego que vió á los españoles burlarse de las amenazas que en nombre de los dioses se les hacian, y ocupar la ciudad santa, sin mas causa que la de hallarse en su camino á México, hubo de comprender, ó el cuerpo sacerdotal con él muy influyente hubo de persuadírselo, que el esterminio de Hernando y los suyos era indispensable á la quietud y conservacion del imperio.

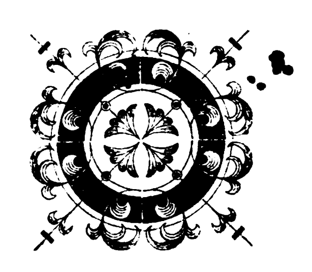
En consecuencia, sus embajadores, atentos solamente en la apariencia á las negociaciones con el caudillo español, ocupábanse en realidad y con muy buen écsito en los preliminares, en conspirar de acuerdo con los sacerdotes, con la aristocracia de la ciudad y con su pueblo mismo, para concluir en solo un golpe de mano con aquellos audaces estranjeros.

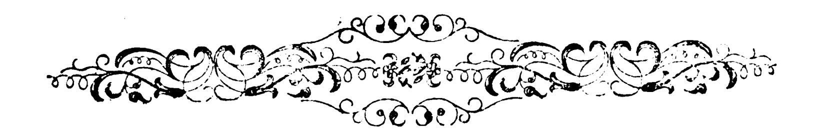
El nuevo mundo estuvo muy prócsimo á ver en su suelo repetida la sangrienta escena de las famosas *Vísperas Sicilianas*, y preciso es confesar que los europeos pudieran envidiar a los indios la astucia, la actividad y el secreto con que en brevísimo plazo hicieron sus preparativos todos.

Unas tras otras y como por encanto, fueron viéndose atajadas las calles con diversos obstáculos, que podian pasar por casuales accidentes, y no eran sino *barricadas* en toda regla; en las azoteas de las casas se acumulaban montones de piedras y otros proyectiles, que hubieran bastado á triturar á los nuestros; los templos, y singularmente el mayor, se llenaban de armas y servian de fortalezas á los guerreros de la ciudad, capitaneados por su gobernador y caciques: y en tanto, treinta mil hombres del ejército imperial iban silenciosamente aprocsimándose á Cholula. De tal forma estaban dispuestas las cosas, que si la Providencia no hubiera, casi milagrosamente, salvado á

os españoles, los que hubiesen logrado libertarse de los proyectiles de las azoteas, de los fosos de las calles, de las flechas de las barricadas, y de las armas de los guerreros en los templos alojados, perecieran indudablemento á manos de los treinta mil hombres que la ciudad bloqueaban.

Y sin embargo, tal era el espanto que en los indios ponia el aspecto varonil y á sus ojos, estraordinario de los nuestros, que con ser tan superiores en número, haber tomado tan esquisitas precauciones, y acometer la empresa casi á mansalva, pues que traicioneramente la intentaban, todavia, ó no creyéndose seguros, ó temiendo con razon sobrada lo desesperado de la defensa de sus contrarios, antes de dar el golpe, hicieron sucesiva y disimuladamenle salir de Cholula á los ancianos, niños y mujeres, al menos en su mayor parte, y pusieron á buen recaudo lo mejor de sus haciendas.





CAPITULO IV.

DEL CASTIGO DE CHOLULA.

En tanto que así se les minaba la tierra bajo sus plantas, ni castellanos ni tlaxcaltecas se apercibian del abismo pronto á devorarlos; tanto les deslumbraban los mentidos agasajos, las falaces lisonjas y las continuas fiestas con que hábilmente supieron los cholulenses ocultar su traicion. Dos personas solas en el ejército, ignorantes en realidad, como los demas, de lo que se preparaba, tenian sin embargo uno de esos vagos presentimientos que á ciertas naturalezas escepcionales y privilejiadas avisan, por decirlo así, del riesgo que les amenaza. Verdad es que á entrambas tenian en un estado de sobreescitacion perpetua sus propios sentimientos: á Cortés la alta ambicion, la sed de gloria; á Marina el amor apasionado que al héroe tenia; porque, en efecto, Marina y Cortés eran los únicos que en alarma vivian en Cholula.

Al primero, el aspecto preocupado de los ciudadanos y el material de la ciudad, unidos al cambio de tono de los embajadores de Moctezuma, le hicieron desde luego sospechar una celada; á la segunda, su trato con las damas cholulenses le proporcionó descubrirla.

Marina, por su posicion en el ejército conquistador tenia, ya lo dijimos, gran prestijio entre los indios; pero ese prestijio le sirviera de poco, si ella, naturalmente sagaz y simpática, no cautivase, como cautivaba con su trato, los corazones de cuantos la frecuentaban, y sobre todo los de las personas de su propio secso. ¡Dote rara en una hermosura, la de ser bien quista de las mujeres mismas!

Pero teníala Marina, y merced á ella arrancó el secreto de la conjuracion á una señora de Cholula que, doliéndose del peligro á que la veia espuesta, fué á ofrecerle un asilo en su propia casa.

Si aun entre amantes vulgares, hay no solo placer sino necesidad de que hasta los pensamientos mas insignificantes sean comunes, figúrese el lector lo que la noble esclava tardaria en dar noticia á Cortés de la importantísima revelacion de la india su amiga.

Una palabra bastó para que la vista de águila del ilustre estremeño apreciase la profundidad de la sima en cuyo borde se hallaba; y tomada instantáneamente su resolucion, procediese sin demora á ejecutarla. Dos sacerdotes indios, jefes de la conjuracion, se hallaban á la sazon en el alojamiento de los españoles; hízolos prender Cortés, y habiéndolos, y no blandamente ecsaminado por sí mismo, y con separacion al uno del otro, obtuvo de entrambos la confirmacion del dicho de Marina, y cuantos pormenores apetecer podia sobre la proyectada traicion.

Entonces, sin perder tiempo, ni darse tampoco aun por entendido de lo que sabia, convoca y reune á los principales sacerdotes y seglares de la ciudad; y declarándoles su resolucion de proseguir á México la jornada, sin embargo de las protestas de los embajadores de Moctezuma, y burlándose de los ejércitos, fieras y prodijios con que aquellos le amenazaban, concluye diciendo á los cholulenses: "Conmigo las disimulaciones son inútiles: si sois mis amigos, servidme; si mis enemigos, declaradlo de una vez."

Ignoraban los conjurados la prision y confesiones de sus dos cómplices, por lo cual, mas firmes que nunca en su propósito, respondieron á Cortés: "que eran muy servidores suyos y estaban prontos á probárselo proporcionándole cuantos ausilos de ellos requiriese para la jornada de México, y aun acompañándole armados para defenderle de los mexicanos, si necesario fuese." Nadie mas pródigo de juramentos, protestas de lealtad y jenerosas ofertas, que lo son los traidores en el momento mismo de consumar su alevosía.

El caudillo español declaró que al siguiente dia habia de partirse, y enumerando, como si en la sinceridad de las palabras de aquellos hombres creyese, los bastimentos é indios de carga que requeria, señaló hora para emprender la jornada, y despidió la junta. Los indios se fueron satisfechos de haberle engañado, y concertáronse para ejecutar su hecho cuando ya fuera Cortés y los suyos del alojamiento, estuviesen enredados en el laberinto de fosos y barricadas que en las calles les tenian dispuesto.

Hasta entonces, y era ya la noche víspera del crítico dia, Hernan Cortés y Marina sabian solos la situacion peligrosa del reducido ejército español: mas una vez cerradas las puertas del alojamiento, convocó el caudillo á consejo á sus capitanes todos, y refiriéndoles el suceso, pidióles su parecer. El asombro en unos, el espanto en otros, y la sorpresa en todos, paralizaron las lenguas y entorpecieron los entendimientos. "*Que el jeneral disponga:*" ese fué el parecer unánime, esa la única resolucion del consejo. ¿Ni cómo habian de ser



EL CASTIGO DE CHOLULA

otros? Hernan Cortés, como todos los hombres de primer órden, era mas bien el alma que el cabeza de los suyos, y no le sorprendió sin duda la respuesta de sus capitanes. Sin embargo, como el caso era gravísimo, comun el riesgo, y de la resolucion que se adoptora dependia, no ya solamente el écsito de una empresa tan temeraria como gloriosa y con faustos auspicios comenzada, sino la vida misma de todos, compréndese, y con harta evidencia, que debia Hernando de asociar, como asoció, á sus capitanes en la responsabilidad del acuerdo allí tomado.

Por otra parte, Cortés presintió, sin duda, que el mundo que apenas tenia entonces noticia de su ecsistencia, andando el tiempo y no mucho, habia de fijar en él los ojos, de escudriñar sus acciones y de juzgarlas severamente; y creyendo necesario hacer en Cholula un ejemplar castigo, no tanto para vengarse, cuanto con objeto de que lo terrible del escarmiento apartase para siempre á los indios hasta de la tentacion de conjurar alevosamente contra su ejército y persona, claro está que ninguna precaucion de forma debió de parecerle escesiva.

Castellanos y tlaxcaltecas le aprobaron la resolucion, y al siguiente dia alumbró el sol una escena de esas que la guerra enjendra forzosamente, y que, si á los corazones sensibles ofende, no han de juzgarse, sin embargo, mas que tomando en cuenta las circunstancias todas en que ocurren.

¿Qué podia hacer Cortés en las que se hallaba? Su ejército llegaba apenas á quinientos hombres; la alianza de los tlaxcaltecas, fruto combinado de su derrota por los españoles y de sus inveterados odios á Moctezuma, era ausilio harto precario por el momento; millares de leguas le separaban de la madre patria; su resolucion heróica al quemar las naves le habia colocado en la forzosa alternativa de morir ó vencer; y aun cuando naves, tuviera, ¿qué hiciera con ellas, careciendo de amigos en la Española, y sobrándole poderosos enemigos en Cuba? En la desesperada y desigualísima lucha en que se hallaba empeñado, no vencer era morir, y morir, dejar consignados en la historia el nombre y fama de un temerario aventurero. ¿Y cómo vencer, cómo no morir, cómo no pasar por locamente temerario, sino cortando de raiz, estirpando y para siempre, en lo posible, el jérmen de las traiciones entre las indios, tan humanos, tan filantrópicos, tan cándidos en su ignorancia, que, como dogma de su relijion, profesaban la práctica de los sacrificios humanos, coronándola con la abominacion de sus nefandos banquetes?

Que si Cholula opusiera las armas á las armas, que sin en defensa de su independencia pelease hasta desesperada, pero lealmente, hubiera sido bárbara crueldad y crímen indisculpable castigarla, una vez vencida, con el hierro inflecsible. ¿Quién ha de negarlo? ¿Quién se atreverá ni á ponerlo en duda? Pero Cholula que abre sus puer-



tas despues de haber hecho pleito homenaje á la corona de Castilla, que siembra de flores la senda que han de hollar nuestros soldados, que les tiende los brazos, que parte con ellos el *pan y la sal*, como dirian los Arabes, y que adormeciéndolos al son de sus instrumentos músicos, y embriagándolos con el humo del quemado nopal, y prodigándoles los festines, afila el puñal alevoso en los propios espaldares de los invictos guerreros; Cholula es una ciudad traidora, digna siempre de ejemplar castigo; y en la posicion y circunstancias de Hernan Cortés, dejarla impune equivaliera, no solo al suicidio del héroe, sino á lo que de su parte fuera peor aún; entregar inermes á los suyos en manos de los asesinos.

Si te escandalizan, lector benévolo, tan sérias incursiones en el terreno puramente histórico, ruégote que para disculparme tomes en cuenta: primero, que estos renglones no son aun de la prometida futura novela, sino de su introduccion, que de propósito y por necesidad del asunto hago *histórica*; segundo, que los españoles de hoy se curan poco de las hazañas de sus gloriosos ascendientes, y no me parece que está de mas, ya que no quieren libros serios, darles en los de puro solaz y entretenimiento alguna noticia de lo que se obstinan en no aprender; cumpliendo yo así con aquel precepto de Horacio que habla de la mezcla de lo útil con lo dulce; y tercero y último, que como acá nosotros damos escasa importancia á lo que nos atañe, y los estranjeros no pierden ocasion para pintarnos como un pueblo salvaje, como una congregracion de bárbaros bandidos, hay libros, que se llaman de *historia*, en los cuales se trata á Hernan Cortés, uno de nuestros mas esclarecidos varones, poco menos mal ó mucho peor que si fuera un Atila (no el de la ópera, sino el rey de los Hunnos), y eso por varios de sus hechos en jeneral, y principalmente por el castigo de Cholula. ¿Era ó no mi obligacion el defender su fama, pues que de sus cosas trato? Tú, amigo lector, eres libre de absolverme ó de condenarme: yo escribo como bien me parece, que en todo caso, con saltar algunas pájinas estás fuera del paso.

Digo, pues, que el castigo de Cholula fué una dura necesidad, pero al cabo necesidad; y considerando los saqueos, incendios y matanzas que en la culta Europa y en nuestros mismos dias hemos presenciado, aquellos de que nuestros padres en la época del *gran Napoleon* fueron testigos, cuando no víctimas; los hechos del ejército frances, el primero entre los civilizados, en la recien conquistada Arjelia; y los bombardeos de ciudades, por causas políticas, afirmo que Cortés no solo no fué cruel, sino que anduvo piadoso en su venganza y escarmiento.

Voy en breves palabras á referirla. Durante la noche y despues del consejo, habíase ocupado el jeneral español en disponer su jente, armándola y preparándola convenientemente para el combate; y los indios en hacer por su parte los últimos aprestos para el esterminio



de los castellanos. Antes de romper el alba, ocupando ya cada cual su puesto, y en el templo mayor, especie de pirámide truncada, á la cual se subia por competente número de gradas, y en cuyo plano menor que, como se concibe fácilmente, era tambien el superior, estaba el adoratorio ó tabernáculo, reunidos los principales conjurados con los embajadores de Moctezuma y el cuerpo sacerdotal, dieron principio á la empresa, como entre espíritus relijiosos se acostumbra, invocando el ausilio de los dioses. ¿Y quiere saber el lector cómo presumian conciliarse el favor del cielo aquellos fanáticos? Para decírselo dominaré, si puedo, el horror que mi corazon estremece: comenzaban sacrificando en aras de los ídolos, con increíble, pero en ellos habitual barbarie, *diez niños*, mitad varones y mitad hembras!!! No lo dice la historia, pero es mas que probable, atendido el uso constante del imperio mexicano, que al sacrificio siguiese el banquete; y seguro que en él se servirian condimentados los restos de las inocentes víctimas. ¡Digno alimento de traidores asesinos!

Terminado el *acto relijioso* acudieron todos, con mentidos semblantes de amistad, al alojamiento de los Españoles, en son de despedirlos, y llevando consigo los bastimentos y los indios de carga (conjurados tambien) que el conquistador habia pedido. Cuatro puertas tenia el alojamiento, y en ellas repartidos se apostaron los capitanes de los conspiradores con sus guerreros, ocultas empero las armas, y como si respecto á sus huéspedes ó curiosidad sola les llevase á aquel sitio. Las azoteas estaban ya guarnecidas de jente; los mas notables soldados de la ciudad en el templo; y el ejército imperial marchando sobre Cholula.

Así las cosas, formadas en buen órden la infantería castellana y la tlaxcalteca, á caballo y lanza en ristre los jinetes, Hernan Cortés acompañado solamente de su *Lengua* y de pocos soldados, recibió con muestras de agasajo y como si cuanto pasaba ignorase, tanto á los embajadores de Moctezuma, como á los sacerdotes y principales señores de la ciudad; pero apenas los vió en las estancias del alojamiento, dejando en una á los embajadores, y reuniendo en otra á los otros conjurados, con voz de trueno y semblante airado, hízoles saber que su traicion conocia y que el momento de castigarla era llegado.

Al oirle temblaron los criminales: "Es (decian) *como los Dioses, todo lo sabe: no hay para que negarle nada.*" Y en efecto, confesaron de plano su delito, si bien disculpándose con las sujestiones y preceptos de Moctezuma, por medio de los embajadores trasmitidos.

Pasando entonces Cortés á la estancia en que estos le esperaban tan impacientes como temerosos, refirioles lo que acaecia, como si creyese que ellos lo ignoraban, y aunque tambien les dió cuenta de la acusacion de los cholulenses contra su señor, fué añadiendo que no le daba crédito. Confundíanse en protestas de inocencia y lealtad

los aterrados embajadores: "*Os creo*, decia Hernando: *¿Cómo habia yo "de presumir esa infamia de un tan gran príncipe, á quien tengo por se- "ñor y amigo? La ciudad ha delinquido; ella será la castigada; vosotros no temais, que ya sé que estais inocentes.*"

Adviértase que Marina era el instrumento forzoso, la compañera necesariamente inseparable del caudillo en aquellos críticos momentos, y se comprenderá, sin dificultad, toda la importancia de sus servicios, toda la razon con que Cortés debiera amarla constante, ya que no fielmente.

¿Pero llamaremos cruel al hombre que, no solo no estiende el castigo mas allá de los culpables, sino que de entre los mismos ahorra toda la sangre que le es posible? No por cierto: un hombre verdaderamente cruel, hubiera comenzado por inmolar á los embajadores, verdaderos cabezas de la conjuracion; porque la saña le privara de la sangre fria, necesaria para calcular que la venganza podia costarle un imperio. Hernando fué severo, pero justa y friamente severo, haciendo en los de Cholula un indispensable escarmiento, y dejándose el camino espedito para México, cuya posecion era su definitivo objeto.

Llegamos á la catástrofe: al disparo de la escopeta de Cortés, que era la señal convenida, suenan los clarines y los tambores de los castellanos; lanzan los tlaxcaltecas al aire su tremebundo alarido de guerra; la infantería, pica y espada en mano, rompe el movimiento; la caballería, lanza en ristre, se arroja á rienda suelta fuera del alojamiento; hace fuego la mosquetería, truena la artillería y en un instante, sorprendidos los que á sorprender á los nuestros se preparaban, Cholula, la ciudad mística del imperio mexicano, se convierte en teatro de encarnizado combate y horrible matanza. Cortés habia mandado que ni á mujer, anciano ó niño se tocase; y su órden—¡cosa maravillosa!—fué puntualmente observada. ¡Mas ay del varon armado que en las calles, en las azoteas ó en los templos se encontraba! Su muerte era inevitable. La descripcion del incendio de Troya, tan majistralmente hecha por el inimitable cantor de Dido, bastara apenas á dar una idea de la escena de Cholula. Peleábase allí á la luz del dia, para que nada ocultase las angustias del moribundo, las convulsiones del herido, la palpitacion de los desechos miembros del despeñado, la faz lívida y demoniaca del que en las llamas perecia, la ira del vencedor y el miedo del vencido. Cada torre, cada casa de alguna apariencia, cada capilla ó templo, eran otras tantas fortalezas desesperadamente defendidas, con furor incontrastable atacadas. La pólvora, el plomo, el hierro, la piedra, la flecha y la bala de cañon; las manos y los dientes; la cabeza y el corazon; cuantas armas se conocian ó la ocasion inventaba, cuantos medios de accion tiene el hombre para ofensa y defensa, todo lo que el injenio, en fin, y los sentimientos pueden inspirarle de saña y venganza, otro tanto se empleaba en

aquella lucha carnicera, y todo parecia poco, nada alcanzaba á satisfacer el furor de los combatientes.

Seis mil cholulenses fueron pasados á cuchillo en las calles; matanza horrible, sin duda; pero, no lo olvidemos, aquellos desdichados estaban allí y armados para asesinar alevosamente á los españoles.

Al templo mayor se retrajeron los mas principales y esforzados que de la matanza primera se salvaron. Allí se les puso cerco, y no habiendo querido rendirse murieron abrasados; porque asaltar el templo, fuera malgastar tiempo y prodigar la sangre de los nuestros.

Llegaban los alaridos de los moribundos, envueltos en el estruendo del cañon y en el rechinar de los abrasados edificios, hasta los sacerdotes y señores presos en el alojamiento español; y no hay para qué decir si pondrian espanto en sus corazones y terror en sus conciencias. ¿Cómo no habian de temer que se coronase el castigo de los conjurados con el suplicio de aquellos que ya se habian confesado jefes y fautores de la empresa, aunque seducidos por los embajadores? ¿Y aquellos ministros de Moctezuma podrian estar tranquilos? No lo presumo: si no los remordimientos, debia el miedo de tenerlos inquietos. Pero los de Cholula que veian perecer á sus conciudadanos, valiéndose del piadoso ministerio de Marina, con lágrimas de arrepentimiento, protestas de fidelidad y humildes de razones, consiguieron de Cortés no solo su personal indulto, sino que pusiera término al castigo de la ciudad y permitiera á dos de ellos, personas de grande autoridad, salir á pacificar la parte del vecindario que las armas no habia tomado.

¿Fué aquel acto de hombre cruel, ó de político á la par humano que sagaz? Dígalo el juicio imparcial de la historia.

Al siguiente dia la ciudad estaba poblada de nuevo, y del combate del anterior solo quedaban la sangre en las calles, las ruinas en los edificios, el terror en los vencidos, una preocupacion grave en el ánimo de los vencedores mismos.

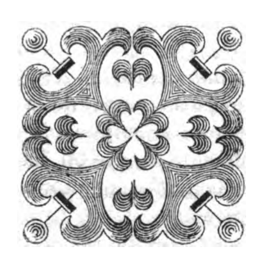
Hernan Cortés, respetando los fueros de Cholula y su territorio, hizo elejir, segun las tradicionales acostumbradas formas, un nuevo señor, por haber muerto el que antes lo era: concertó las pases entre tlaxcaltecas y cholulenses, y prosiguió á México su jornada, sin que ni estorbárselo intentasen los treinta mil imperiales que, vergonzosamente, puede decirse que asistieron á la matanza de Cholula sin disparar ni una flecha en defensa de sus cómplices y compatriotas.

Moctezuma, lanzando á la ciudad santa del Anáhuac en la conjuracion contra los españoles, y abandonándola con impasible egoismo á la venganza de los mismos, dió el primero y mas trascendental de los pasos que, de debilidad en debilidad, le condujeron á su ruina y al desprecio de sus súbditos. Cortés, hiriendo de muerte el foco de la relijion mexicana asentó los cimientos del catolicismo en América, y en virtud de la hábilmezcla de severidad é induljencia con que

entonces se condujo, hizo posible la conquista. Doña Marina, la madre de D. Martin Cortés, ganó en aquella jornada el título y derechos de lejítima esposa: pero merecer casi nunca es lograr, y su mala estrella la condenó á no pasar de dama del héroe, á cuya fortuna contribuyó tan poderosamente.

En cuanto á Cholula, la ciudad santa, la de las veinte mil casas en su casco, con otras tantas en la campiña, la de los cuarrenta mil vasallos, y tantas torres de otros tantos templos como dias tiene el año, la Jerusalen, en fin, del Occidente, su importancia acabó en el para ella funesto dia en que fué descubierta y castigada su conjuracion.

Hoy es una modesta poblacion de diez y seis mil almas en el estado mexicano, que lleva el nombre de la *Puebla de los Anjeles*, antigua capital de la diócesis del mismo nombre, en la que fué Nueva España.





CAPITULO V.

QUE SUPONE LEIDOS LOS CUATRO ANTERIORES Y, TENIENDO TODAVIA MAS DE HISTORIA QUE DE NOVELA, TERMINA ESTA INTRODUCCION.

Poco á poco, y no sin trabajo, hemos ya dado á luz dos de los hijos de Hernan Cortés, ambos llamados Martinez, naturales de la isla de Cuba el primero, del imperio mexicano el segundo. En cuanto á las épocas de sus respectivos nacimientos, no poseyendo el novelista dato alguno positivo, se vé en la necesidad de fijarlas por conjeturas, si es que puede decirse que se fija una fecha dejándola entre límites de no poca estension. En efecto, del D. Martin I, el hijo de Catalina Suarez, solo podemos decir que hubo de nacer forzosamente el año de 1513 á la mitad de 1519, pues que sus padres se casaron en el duodécimo de aquel siglo, y Hernan Cortés no volvió á reunirse con su primera esposa, desde que la dejó en Santiago de Cuba al emprender el descubrimiento y conquista de Nueva España. Y todavía son mas vagas las conjeturas que nos es lícito formar con respecto al *D. Martin* II; porque Marina era ya del conquistador á principios del último tercio del año de diez y nueve, y en su espedicion á Honduras, que fué seis mas tarde, y despues todavía le acompañaba, viviendo en su intimidad como hasta entonces. No consta tampoco, ni hay razon plausible para suponerlo, que Cortés se apartase de Marina hasta que en 1528, comprendiendo, en fin, que le era necesario jestionar sus negocios personalmente en la corte, se trasladó á España, casándose á poco en Sevilla con Doña Juana Ramirez de Arellano y Zúñiga, por

manera que tenemos nada menos que diez años de tiempo disponibles para colocar en ellos el nacimiento del hijo segundo del marqués del Valle de Guaxaca.

Protesto, ante todo, que lejos de afirmar que no haya persona mejor informada en el asunto, supongo que sí habrá quien al dedillo sepa, y aun tenga olvidado lo que yo ignoro; y creo, ademas, que lanzándose á cuerpo perdido en el piélago de archivos y bibliotecas, á fuerza de consultar crónicas, ojear códices y revolver documentos, se resolverian con trabajo, pero al cabo con buen écsito, las dudas cronolójicas á que yo tengo que resignarme; pero el hecho es que á mí me faltan nada mas que el tiempo, la paciencia, y el dinero, necesarios para dedicarme á tan prolija indagacion, que por otra parte importa poquísimo á los aficionados á novelas. Bástelcs saber que les daremos la edad que nos convenga á los dos *Martinez*, respetando, no obstante, para cada uno de ellos los límites que de indicar acabo.

Todavía tuvo Cortés otro hijo fuera de matrimonio, ademas del de Marina, y no digo que no tuviera mas, sino que de ese conservamos recuerdos históricos, aunque harto escasos, pues que á decirnos su madre y nombre se limitan; pero á bien que el novelista suplirá lo que los historiadores omitieron. Digamos ahora algo sobre las circunstancias á que debió la vida.

Cortés estaba en México por vez primera (1519—1520) con harto disgusto de grandes, sacerdotes y pueblo: solo Moctezuma, al parecer, le miraba bien, mas no porque se le ocultasen las ambiciosas miras del castellano, sino porque no osaba combatirle de frente. Por su parte, el caudillo español no podia hacerse ilusiones en cuanto á la sinceridad del cariño que el emperador indio le manifestaba; pero á su vez no osaba tampoco precipitar un rompimiento, cuyo écsito final era, cuando menos, harto dudoso, atendida la ecsigüidad del número de los nuestros y la muchedumbre del de los contrarios.

En tal estado de cosas, indecisas y en recíproca observacion una de otra, ambas partes esperaban un suceso cualquiera que les marcase la senda que seguir debian; porque en política las situaciones de equilibrio por irresolucion del ánimo ó equiponderacion de fuerzas, ni son ni pueden ser duraderas.

Cortés era él solo, por entonces, toda su ecsistencia: lo crítico del estado en que el pequeño ejército castellano se encontraba, escluia del pensamiento de capitanes y soldados, hasta la idea de la posibilidad de pensar distintamente que su caudillo; porque cuando el peligro es grave é inminente, nadie disputa al que la tiene la superiridad en el valor y el talento.

Moctezuma, por el contrario, siendo en tiempos bonancibles un monarca absoluto, señor de vidas y haciendas con harto escasas restricciones, en la crísis que su imperio y corona atravesaban, veíase reducido por una parte á ser juguete y víctima de las circunstancias,

y por otra á que la aristocracia, el sacerdocio y el pueblo mismo, achacasen á su impericia y falta de carácter, no solo sus errores, sino los acontecimientos de su voluntad independientes. Todos eran vencidos por los españoles en las batallas, pero al emperador solo culpaban de sus derrotas. Los ídolos dejábanse insultar impasibles; y á Moctezuma se acusaba de impío. Las estratajemas de los hombres de estado eran tan inútiles contra Hernan Cortés, como los ritos de ecsecracion de los sacerdotes idólatras; y tambien Moctezuma era responsable de la torpeza y desdicha de sus ministros y los del culto.

Vese, pues, que cuanto de menos tenia en número y fuerza física el conquistador, compensábalo la falta de unidad é intelijencia en la accion de sus contrarios.

Tales eran las situaciones relativas cuando dos tlaxcaltecas llegaron secretamente á México con la triste noticia de haber muerto, durante la jornada de Cortés, Juan de Escalante, su teniente, alcaide y alguacil mayor en la Villa-Rica ó Veracruz, á consecuencia de las heridas que recibió en una desigual batalla contra el ejército de Moctezuma mandado por el jeneral *Couahtlpopoca.* De éste aseguraban, y con datos demostraron los tlaxcaltecas y cempoales aliados de los nuestros, que nunca rompiera la paz por su Señor asentada con los castellanos, si el emperador mismo no se lo mandase espresamente.

Era, pues, ó parecia por lo menos evidente, que Moctezuma, mientras con mentidas caricias y continuos dones se mostraba grande amigo de Hernan Cortés, procuraba por insidiosos medios la destruccion parcial y sucesiva del ejército castellano; y lo reducido de éste no consentia, so pena de perecer á manos de los indios, que tal estado de cosas se prolongase ni un solo dia.

Pero ¿cómo salir de tan angustiosa situacion? ¿Cómo con un puñado de hombres, perdido ya con la evidencia de los hechos el prestijio de la inmortalidad, lanzarse desde el centro mismo del imperio á lidiar contra todas las fuerzas mexicanas? Grande fué la consternacion de los nuestros: pesoles á muchos haberse aventurado en tan temeraria empresa; y los amigos de Velazquez, que algunos habia, comenzaron á levantar la voz mas de lo que solian. Otro riesgo, otro inconveniente mas para aquel grande hombre predestinado á conquistar su gloria á costa de sobrehumanos esfuerzos. Despues de Dios solo su jénio podia salvarle: mas no le faltó en tan críticos momentos, antes supo inspirarle un designio de aquellos que, aun despues de realizados, sobrepujan la verosimilitud racional de las cosas.

Cortés consultó al consejo de sus capitanes: algunos fueron de opinion de que el ejército se retirase de México á la costa, que equivalia á abandonar la empresa y ponerse á merced de Velazquez: el conquistador les demostró fácilmente que ni uno solo llegaria con vida á las playas de la Veracruz. Los fieles, los creyentes, por decirlo así, se entregaron á discrecion en manos de su caudillo, que tantas

veces los habia salvado de graves riesgos, y él entonces reveloles su proyecto. ¿Hubo alguno que bien lo comprendiese? Quizá no; pero subyugados por el ascendiente de aquel hombre superior, cuya estrella era su norte, ofrecieron ayudarle sumisos y celosos.

Todos los dias pasaba Cortés con algunos capitanes á visitar á Moctezuma, y departir con él sobre la sumision que al emperador Cárlos V le ecsijia aquel dispuso que le acompañasen hasta treinta guerreros bien armados, y que todo el ejército, evitando sin embargo llamar con estraordinarias precauciones la atencion de los indios, se mantuviese dispuesto á lo que acontecer pudiese en el alojamiento.

La presteza en el obrar, importa siempre en las empresas aventuradas; pero entonces era urjentísima, porque con las nuevas de la desgracia de los castellanos en la Veracruz, envalentonados los indios, trataban ya de romper los puentes y calzadas, únicos pasos en las lagunas que la ciudad rodean, privando así hasta de la posibilidad de retirarse á los nuestros. Por eso Cortés no quiso perder un instante solo.

Entró, segun acostumbraba y como decíamos, en la réjia estancia de Moctezuma, donde el monarca indio no solo le hizo grato recibimiento, sino que para ocultar mejor, sin duda alguna, los sangrientos designios en que los suyos le empeñaban, ofreciole ricos dones en oro y joyas; y á mayor abundamiento varias señoras, y entre esas *una hija suya* para que con ella casase.

Cualquiera otro menos cauto que Hernan Cortés hubiera caido en el lazo; cualquiera otro menos leal á su patria hubiera asido aquella ocasion propicia que la fortuna le deparaba para allanarse el camino á la imperial diadema; porque ¿cómo no creer que Moctezuma al darle una hija, su carne y su sangre, estaba de buena fé en su amistad? ¿Ni cómo podia ocultarse á injenio tan claro como el de Hernando, que una vez aliado á la familia del emperador, con poco que á las preocupaciones idólatras concediese, le fuera fácil ser declarado heredero del trono, con tal que al servicio de la independencia mexicana consagrase su invicta espada? Los que despues recelaron ó aparentaron recelar de su lealtad á la madre patria, fueron tan ilójicos como injustos.

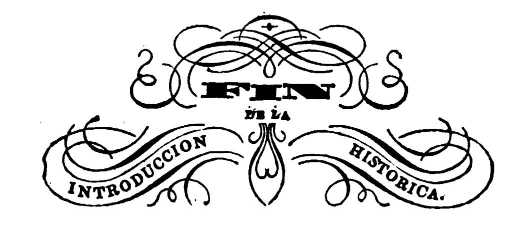
—"Estoy casado ya, y mi relijion no consiente mas que una sola mujer lejítima á cada hombre:" contesta Hernan Cortés á Moctezuma.

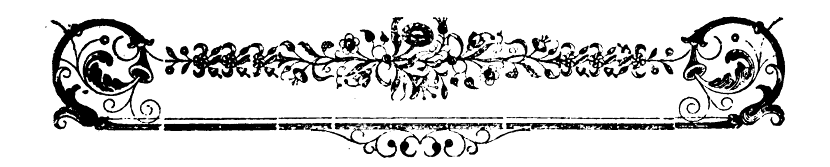
—"Con todo eso, replica Moctezuma, llévate mi hija, que quiero tener nietos de tan grande hombre."

A vista de tales frases, es lícito dudar de la mala fé absoluta del emperador: su conducta no admite mas esplicacion que la debilidad injénita de aquel carácter. Hernan Cortés, le dominaba fascinándole con su grandeza; sus sacerdotes le aterraban amenazándole con el enojo de los ídolos; sus grandes vasallos le escitaban echándole en

como el Fénix, rejuvenecida de sus propias cenizas; organizaba un reino y conquistaba otros; destruia una falsa relijion para asentar la verdadera; atendia á la industria, agricultura y comercio, y al adelantamiento de las letras; conciliaba, en fin, reuniéndolos en solo un pueblo á vencedores y vencidos; y como si tales maravillas fuesen para sus colosales fuerzas carga liviana, una mano la tendia á Castilla para defenderse contra la envidia, y la otra á las costas del mar del Sur para incorporarlas á los dominios españoles.

Pongamos aquí término á nuestro trabajo histórico, aunque superficial é incompleto, mas vasto ya de lo que la índole de este libro consiente; y rogando al lector que no desdeñe el humilde tributo que á la inmarcesible gloria de Hernan Cortés hemos pagado en la introduccion que se termina, preparémonos á contar las vicisitudes de sus hijos en la *Conjuracion de México.*





LA
CONJURACION DE MEXICO.

PARTE PRIMERA.



CAPITULO I.

QUE DA PRINCIPIO Á LA NOVELA HISTÓRICA.

"CUARENTA y cinco años hace en este mismo dia (era el 23 de "Abril de 1566), cuarenta y cinco años hace justos y cabales, hijo D. "Fernando, que la cabeza de tu padre, milagrosamente salva en la "batalla, fué proscrita en Castilla! Cuarenta y cinco años, sí, cua-"renta y cinco han pasado desde aquella sangrienta catástrofe; y tén-"gola tan presente, tan vivo es mi dolor, tan fresca la herida como si "de ayer fuese!!!"

Así decia con varonil, aunque amargo acento, un hombre que no bajaba de los setenta años realmente, pero cuya complecsion enjuta y nervuda, grave aspecto, mirar severo, y resuelto continente, le daban un aire, si no de juventud, al menos de vida y fuerza, poco comun en edad tan avanzada. Escuchábale atento un mozo de hasta veinte primaveras, poco mas ó menos, en el cual se retrataban las formas del anciano, como en el capullo se presienten las de la rosa, ó en el vástago las del árbol se reproducen, contorneadas, mórbidas,

jóvenes, en fin, que la juventud es, bien ecsaminado el negocio, la fuente y artífice de toda humana belleza. *D. Fernando*, que así se llamaba como á su padre acabamos de oírselo, era uno de esos privilejiados mortales en quienes la naturaleza se complace en reunir circunstancias y condiciones, al parecer entre sí opuestas, pero cuyo conjunto constituye, como acontece con ciertas disonancias músicas, un todo armónico, seductor é indefinible. Ni era bonito, ni atlético; pero en su varonil semblante todos los lineamentos estaban en perfecta consonancia; sus ojos pardos, elegantemente rasgados, por largas pestañas defendidos, con castañas pobladas cejas coronados, parecian como dormidos en circunstancias ordinarias, y cuando la belleza da una mujer contemplaban, deshacíanse en un mar de voluptuosidad mas fácil de sentir que de esplicar; pero sí en el corazon ó en la cabeza vibraban, heridas por pasion ó recuerdo, las irritables cuerdas de su esquisita sensibilidad. ¡Oh! entonces un fuego eléctrico irradiaba de ellos como de un foco ardiente, y pocos hombres eran capaces de soportar serenos sus miradas de leon colérico.

Entonces era cuando mas semejanza tenia con su padre; entonces cuando éste, palpitante el corazon, tirantes los músculos de su ya macerado rostro, y acariciando convulsivo el cano y ralo bigote, creia verse reproducido esactamente en aquel su hijo único, á quien amaba como tal, y como á la sola prenda que de sus últimas ilusiones le quedaba.

En el momento en que á entrambos los hemos puesto en escena, serian las ocho de la noche del dia 23 de Abril del año del Señor de 1566.

Padre é hijo estaban de luto rigoroso, las puertas de la casa cerradas, y una sola lámpara de plata, descansando en una mesa de madera, limpia aunque antigua, alumbraba el patio adornado de macetas en torno de la fuente de su centro, cerca de cuyo pequeño estanque, de pececillos poblado, parecian sentados en sendos sillones con asiento de labradas palmas, nuestros dos interlocutores.

En el fondo del cuadro veíase una dueña con blancas y minuciosamente plegadas tocas, que cerca de la lámpara leia atentamente en su devocionario; y paseándose, cruzados los brazos, baja la cabeza, á compás como centinela, un servidor encanecido, cuyos años debian de correr parejas con los del dueño de la casa.

Por último, en un ángulo del patio y tendidos sobre un petate ó estera de palma, un lebrel y un indio, éste envuelto en su manga de algodon, dormian ó cuando menos reposaban profundamente.

El padre y el hijo hablaban en voz alta como si solos estuviesen, porque en la época á que nos referimos, y mas aún que en la antigua en la Nueva España (el lector sabe que estamos en México), los criados eran parte integrante de la familia y con sus intereses identificados.

D. Fernando, al terminar D. Pedro, que así se llamaba el anciano, la dolorosa esclamacion que dejamos referida, alzó enternecido los ojos al rostro venerable de su padre, tomole respetuosamente la mano, y besándosela con fuego, dijo:

—"Y bien, padre, ya yo tengo veinte años cumplidos; ya mando un "caballo, enristro una lanza, manejo la espada, y empuño la daga á "satisfaccion de vuestra merced; la hora de la venganza ha llegado."

—"¡La hora de la venganza! esclamó el viejo; no, D. Fernando, no; esa venganza ya Dios la habrá tomado: ya hoy todos ó la mayor parte de los verdugos fueron por él juzgados. ¡Paz á los muertos, y perdonemos á nuestros deudores para que nos sean perdonadas nuestras deudas!

—"¡Amen!" dijo en voz temblona y contrita la dueña; el indio del petate levantó la cabeza un tanto, mostrando sus blancos apiñados dientes al sonreirse sardónicamente; y el anciano servidor, deteniéndose en medio de uno de sus paseos, y gruñendo, como le estuviera bien al lebrel, cambió con el jóven D. Fernando una significativa mirada de intelijencia.

La palabra de la dueña, la sonrisa del indio, la mirada del servidor y de su hijo, todo lo oyó, todo lo vió D. Pedro; mas sin darse por entendido, y despues de una breve pausa, durante la cual, por el movimiento de sus labios, pudiera creerse que rezaba, prosiguió diciendo en voz sosegada:

—"A vuestros años, D. Fernando, tampoco podia yo escuchar la "voz *agravio*, sin que mi boca pronunciase inmediatamente la pala- "bra *venganza*, sin que mi mano empuñase involuntariamente el ace- "ro. La edad y con ella la esperiencia, las penas y el santo temor "de Dios que ellas enjendran, han hecho de mí otro hombre; y si el "cielo me asiste, espero preservaros de mas de un error en que yo "he incurrido."

—"¡Ah! si Padilla, si Bravo, si los Maldonados, pensaran como vuesa merced, padre mio....

—"Mancebo, replicó, no sin visibles muestras de violenta emocion el anciano. ¿Quién os ha revelado como yo pienso? ¿Quién os ha dicho á vos, nacido y criado en este pais de conquista, entre indios casi esclavos, aventureros codiciosos, y conquistadores brutales, cómo se pensaba en Castilla, cuando en Castilla habia leyes; cómo pensaban, sobre todo, esos gloriosos mártires de los patrios fueros, cuyos nombres pronunciais sin comprenderlos?"

Mientras su vehemente apóstrofe pronunciaba D. Pedro, los ojos centelleantes, encendido el rostro, en tension los músculos, nerviosamente contraidas las manos, y asiendo los brazos del sillon en que sentado estaba, contemplábale su hijo, con respeto sí, mas sin señal de temor alguno; la dueña, doblando, para marcarla, la pájina del devocionario que leia, cerraba el libro y calábase bien las gafas para

escuchar mejor; el criado viejo, siempre los brazos cruzados sobre el pecho, acercábase resueltamente á sus amos; el indio, moviéndose como la culebra entre la yerba, con flecsibilidad silenciosa, tendia la oreja para no perder una sílaba de lo que decirse podia; y el lebrel mismo, cual si le revelase su instinto la importancia de aquella conversacion, alzaba el cuello y alargaba el hocico, como si la pista de la caza oliese.

Tendió el anciano la vista sobre los circunstantes, y prosiguió diciendo:

—"¡Pensar en venganzas, Padilla! No, D. Fernando, no: en aquel noble corazon, en aquella alma cándida no cupo nunca sentimiento tan egoista. Si empuñó las armas, si llamó en torno del pendon de Castilla á las *Comunidades*, si solo abandonó su empresa cuando le faltó la vida, hízolo en pró de los fueros y libertades de su patria, no para servir sus propias pasiones. ¿Sabeis los que se alzaron para vengar agravios personales? Pues fueron los Girones y los Lazos, D. Fernando; y esos, cuando vieron que no era aquel alzamiento lo que la *Santa liga* en otros tiempos, un medio de amenguar el poder de la corona en pró de los grandes, retiráronse de la empresa, y bien hicieron, hijo; porque la libertad y la ley solo con desinteresado corazon defenderse pueden. ¿Sabeis quién nos tenia ya vendidos antes de la funesta jornada de Villalar, cuyo triste aniversario celebramos hoy con mas luto en el corazon que en las vestiduras? Pues fueron los que á nosotros se habian unido, ó para vengar ofensas, ó con ambiciosas miras. ¡Ah, D. Fernando! *El mejor caballero de Castilla*, y los que con él dejaron sus cabezas en la picota de Villalar, solo aspiraban á libertar á su patria de la rapacidad flamenca, de las demasías de mercenarios áulicos, y de la pérdida de sus fueros y libertades, durante siete siglos de encarnizada lucha contra los sarracenos conquistadas. Llamoles traidores al degollarlos el verdugo: la fama proclamará heróicos sus nombres en los futuros siglos!!"

Lágrimas de entusiasmo bañaban las áridas mejillas del anciano al pronunciar esas palabras; lágrimas de ternura al escucharlas, corrian por el sonrosado rostro del jóven; la cólera centelleaba en los ojos del servidor; la dueña tomaba un aspecto compunjido; y el indio, con aire de satisfaccion visible, acariciaba el cuello del lebrel su compañero. Despues de una breve pausa continuó D. Pedro diciendo:

—"Veinticinco años tenia yo entonces, D. Fernando; era rico, llamábanme galan, y acababa de unirme á una doncella de noble linaje, modesta hermosura, y de cristianas costumbres, en Valladolid mi patria y la suya. ¡Pobre Magdalena! ¡Dios la tenga en su gracia! (La dueña suspiró, llorando entonces sinceramente).

"Mi corazon, como el vuestro ahora, hijo mio, palpitaba al solo nombre de gloria y nombradía: parecíame que para merecer los heredados blasones, era menester conquistar otros que los igualasen, si

no los superaban; y criado en el amor á las costumbres y tradiciones castellanas, no era posible que fácilmente me avezase á las flamencas ceremonias, ni menos á que la corte tratase á nuestras ciudades como á lugares de villanos pecheros poblados.

"Tomé, pues, parte, sin que lo fuesen á estorbármelo las instancias del conde de Benavente y del almirante de Castilla mis convecinos, en las comunidades, y muy desde sus principios. Valladolid me hizo capitan de una de sus compañías, cuyos valerosos soldados perecieron casi todos en los cenagosos campos de Villalar. D. Fernando, de aquellos hombres unos eran ó habian sido criados de mi casa, otros labraban mis heredades, de todos sabia los nombres, de la mayor parte conocia tambien sus familias....¡Y tuve que verlos sucumbir uno á uno al plomo ó al hierro!....¡Y tuve que obligarles á esperar en su puesto la muerte!....Pero Padilla nos veia, y lidiábamos por nuestras leyes....Un arcabuzazo y tres lanzadas me tendieron como muerto en el campo, donde para pasto de los buitres abandonó el vencedor los cadáveres de los vencidos; y allí pereciera vuestro padre, antes de que vos ecsistiérais, sin la lealtad de Millan....

—¡Bah! ¡bah! Esclamó entonces el viejo servidor, con rudo pero enternecido acento.

—"Silencio, replicó D. Pedro con gravedad templada por la gratitud; silencio, Millan; bueno es que sepa mi hijo....

—Pero señor, vólvió á decir el escudero, si todos los años, hace cerca de veinte, le cuenta vuesa merced en tal dia la misma historia....

—Y todos, interpuso el jóven, la escucho como nueva. Siga vuesa merced, padre, si le place.

Agradeció el padre con una benévola mirada á su hijo aquella complacencia, y prosiguió, en efecto, de esta manera:

—"Millan, herido, aunque levemente, al verme en tierra y ecsánime, dejóse caer á mi lado haciendo el muerto; y apenas alejados del campo los del ejército contrario, olvidando sus propios padecimientos, cargó con mi inerte cuerpo y me condujo á la casa de cierto labrador honrado, donde mi juventud y la cordial asistencia que tuve, triunfaron de la gravedad de mis heridas.

"Mi cabeza fué proscrita y confiscados mis bienes, sin que el *perdon* que dió en Valladolid el emperador me alcanzase tampoco. Magdalena, mi primera y santa esposa, vendió sus joyas, y con el importe de ellas y el favor de algunos amigos, nos embarcamos ambos en Sevilla, bajo nombres supuestos, para este reino de Nueva España, que el inmortal Hernan Cortés conquistaba entonces. Habíamonos conocido en Salamanca Cortés y yo; y merced á su amistad jenerosa, hallé aquí un albergue en que llorar tranquilo mis desgracias, y medios para labrarme el caudal que hoy en decente medianía nos sustenta. Perdí en el mar á Magdalena; y hace veintidos años uníme

con vuestra madre, principal señora tlaxcalteca, como sabeis, D. Fernando. Tambien ella me ha dejado en la tierra, y goza, sin duda, en el cielo el premio de sus virtudes, mientras yo ni aun el apellido de mis padres á llevar me atrevo.—¡Y decisme, padre, que no piense en la venganza!!—Os lo mando, D. Fernando, os lo mando. Cuarenta y cinco años han devorado casi entera la jeneracion á que pertenezco y de que soy deplorable resto. Mi nombre se ha olvidado en Castilla, y en México solo se conoce el que para ocultarme en mis desgracias me ha servido. ¿Quereis resucitar los muertos para inmolarlos de nuevo á vuestra venganza? ¿Quereis que paguen los hijos las culpas de los padres? ¿Y lo podrias cuando lo intentárais?

"Lloremos en la soledad del hogar doméstico la triste suerte de los desdichados y heroicos defensores de las libertades de Castilla: pero pensar en vengarlos es un delirio.

—¿Y esas libertades perdidas, no puede reconquistarlas el reino?

—No me prive el Señor de la esperanza que tengo de que así suceda en lo futuro: mas hoy.... D. Fernando, con un pié ya en el sepulcro, las ilusiones me son imposibles: hoy no puede acontecer lo que yo espero de los siglos, y vuestra impaciente juventud quisiera realizar instantáneamente.

"La gloria de Cárlos V ha encadenado á España; y la devocion de su hijo le remacha los grillos; mientras el oro del Nuevo Mundo corrompe las costumbres, las hogueras de la Inquisicion sofocan el pensamiento. D. Fernando, os lo repito, para que renazcan los fueros de Castilla han de trascurrir siglos: para que la España se rejenere, ha de purificarse antes en el crisol de la desgracia.

—Pues bien, padre, si en el antiguo mundo, como vos me habeis dicho muchas veces, no quedan ya mas que áulicos y soldados; si el ócio y la riqueza han corrompido á los castellanos; si, en fin, no le es dada en España á una alma hidalga y entusiasta, como lo fué, como lo es aún la vuestra por mas que pretendais ocultarlo, si no le es dada la esperanza de vivir como nuestros abuelos vivieron, ¡hemos por eso de renunciar para siempre á quebrantar el yugo que nos oprime? ¿Bajareis á la tumba sin llevar antes á la faz del mundo vuestro noble y lejítimo apellido? ¡Moriré yo sin haberme envanecido nunca con él!"

Oyendo á su hijo espresarse con candoroso entusiasmo y respetuoso vigor, esperimentaba el corazon de D. Pedro un sentimiento que solo un padre, y un padre del temple de aquel viejo comunero, acertará á comprender cumplidamente: mas al mismo tiempo su ecsistencia yá solo pendia de aquel lozano vástago, y la sombra siquiera de un riesgo que al jóven amenazase, hacíale estremecerse.

Espliquémonos, sin embargo: si un agravio en la honra, si una obligacion lejítima ecsijieran del mancebo hasta el sacrificio de la vida, fuera su padre el primero que en brazos de la muerte le arrojara;

porque no cabia en su mente que un hidalgo viviera sin honra. Lo que D. Pedro temia, y sin embargo fomentaba involuntariamente con sus relaciones incesantes de lo pasado, y sus mácsimas de pertinaz comunero, era el espíritu que hoy llamariamos *revolucionario*, espíritu que fermentaba de continuo en el corazon del muchacho.

Hijo de una señora tlaxcalteca de noble sangre (mas adelante hablaremos de ella otra vez), y de un proscrito castellano, habíase el jóven D. Fernando criado en singulares ideas. Decir que era enemigo de Castilla seria calumniarle; pero debemos confesar que la *Castilla* de su imajinacion, no era el pais real, sino la *Castilla* tal como los comuneros de buena fé la querian, un agregado de municipalidades con fueros y libertades, con hidalgos y pecheros, con su monarca y sus córtes, en una palabra: otra cosa diametralmente opuesta á la real y positiva. Castilla, pues, no ecsistia para aquel mozo, y México sí, con su templado clima, su vejetacion lozana, sus entrañas en plata abundantes, sus indios comenzando apenas á civilizarse á lo europeo, y esos indios mirándole á él con respeto y veneracion, como á descendiente de uno de sus antiguos nobles; y esa antigüedad no pasaba de cuarenta y algunos años....!

Así, pues, fermentaba, como dijimos, en su espíritu la levadura revolucionaria, y el padre, á cuya tierna perspicacia no pudieran ocultarse los síntomas de tal fenómeno, aun cuando el mozo pretendiera escondérselos, que no lo pretendia, ni mucho menos, temblaba que sus ya casi amortiguados ojos volviesen á contemplar el siniestro brillo de la cuchilla de Villalar, y para la prenda á su corazon mas cara. Díjole, pues, en tono severo:

"D. Fernando, hay pensamientos que son tentaciones del enemigo comun; y hay tentaciones que llevan al cadalso: mirad las canas de vuestro padre, contemplad sus ya caducos miembros, y ellas y ellos os dirán que no tendreis mucho que esperar para hacer lo que os plazca, sin amagarle sus últimos dias."

La dueña abrió de nuevo el devocionario, Millan volvió á sus paseos; el indio cerró los ojos que durante los últimos instantes de la conversacion referida le brillaban como encendidas brasas; y el mancebo, doblando una rodilla ante su padre y llevándose á la boca su mano, esclamó enternecido:

—"Yo no tengo mas voluntad que la de vuesa merced, padre y señor mio, y no creo merecer que me aflija con recordarme que puedo perderle."

Abrió los brazos el padre, arrojóse en ellos el hijo, y en el mismo instante sonaron en la puerta de la casa tres golpes con el aldabon descargados, por mano á la cuenta forzuda, y de seguro poco cuidadosa de humanos respetos.



CAPITULO II.

DONDE SE PRESENTA EN ESCENA UN NUEVO E INTERESANTE PERSONAJE.

DIFÍCIL es que el lector del siglo XIX comprenda, si á reflecsionar no se detiene, todo lo que en el XVI tenia de irregular, y sobre todo en la casa de D. Pedro de Valdestillas, interrumpir pasada la oracion, el sosiego claustral de la metódica vida de familia. Hoy no tenemos horas para nada, ni respetos á personas, ni consideracion á los hábitos establecidos: entonces, por el contrario, el curso de la ecsistencia era como el de un relox, acompasado y simétrico; cada periodo del dia y de la noche, cada dia del mes, cada mes del año, tenian previstos y señalados placeres, tareas ó descanso, como traje y alimentos; cada clase en la sociedad, encerrada en los límites de su relativa categoría, cuidaba de no entrometerse en las mas altas, lo mismo que de no permitir en su esfera intrusion alguna de las inferiores; y por lo mismo que la vida política era nula para casi todos, y la relijiosa una necesidad sin escepcion, cualquier novedad, por pequeña que fuese, en lo puramente social, alteraba y descomponia los ánimos.

Y si por regla jeneral la llegada y ruidoso anuncio de un estraño á cualquier casa de México, precisamente á la hora del *Rosario* ó poco despues, hubiera causado sensacion y sorpresa en sus moradores, para la familia de que hemos procurado dar suscinta idea en el capítulo anterior, fué aquel un acontecimiento verdaderamente estraordinario. D. Pedro, en efecto, desde que á Nueva España llegó á fines del año de 1521, y por Cortés fué nombrado capitan de una compañía de su ejército con el supuesto apellido de *Valdestillas*, en parte por necesidad y para asegurar su proscrita cabeza, en parte porque los reveses

políticos y la pérdida simultánea de su hacienda y primera esposa naturalmente le inclinaban á la melancolía, adoptó un método de vida tan solitario y abstraido, como se lo permitian sus militares obligaciones y sociales deberes. Advirtamos, de paso, que la graduacion de capitan de infantería con que, en la época presente, se satisface apenas la pueril ambicion de los imberbes hijos de nuestros improvisados próceres, era en aquellos tiempos, ó el término de una larga y meritoria carrera, ó la recompensa de altos servicios, ó el escándalo del ejército, cuando al nacimiento ó al favor se concedia. Verdad es, y no para omitida, que tambien aquellas compañías constaban de una fuerza equivalente á la de un pequeño batallon, que cada una tenia su bandera, y que reclutarla era cargo y carga de sus respectivos capitanes.

Estos, pues, sobre todo, en el Nuevo Mundo, tenian entonces toda la consideracion é importancia que deseáramos tuvieran hoy, militarmente hablando, nuestros actuales coroneles, y algunos quizá mas de la que ya goza el comun de los oficiales jenerales. Volvamos á Valdestillas: empleado por Cortés en todas las espediciones de alguna importancia, supo por su gravedad, valor, intelijencia y circunspeccion, granjearse el respeto de los soldados, la estimacion de sus compañeros, y la consideracion de sus caudillos. Estraño á las pasiones y ambiciosas miras de las pandillas que dividian á los poseedores del Nuevo Mundo, y atento solo á su obligacion de soldado, fué gran protector de los indios en los diferentes puntos en que ejerció autoridad, y habiendo reunido honrada y laboriosamente un razonable caudal, estableciose definitivamente en la metrópoli del *Anáhuac*, hácia el cuadrajésimo año de aquel siglo, con Millan, mas su amigo que su criado, y con Doña Gomez, dueña que habia sido de su primera esposa. La lectura, la devocion y la caza, fueron entonces sus esclusivas ocupaciones; pero su vigorosa constitucion, que á los sesenta y dos años le daba el aspecto de un hombre que apenas contase cincuenta y cinco, no le consentia con veintiseis menos vivir en eremítico celibato, ni física ni moralmente. Quiso ademas la fortuna que á la iglesia del convento de San Francisco, á que concurria diariamente Valdestillas, ya para sus devociones, ya por amistad con alguno de aquellos relijiosos, en su época representantes del posible liberalismo en América, asistiese tambien con frecuencia, entre otros indios á quienes los frailes esplicaban el santo Evanjelio, la viuda de un noble tlaxcalteca de los que asistieron á Hernan Cortés en el sitio de la ciudad de México. Aquella señora, á quien el jeneroso conquistador habia procurado consolar de la pérdida de su marido, muerto durante el sitio, con ricos presentes, tenia sola una hija, tan bella, que en la lengua de su pais era conocida con el nombre de la *flor del Chalco* (una de las lagunas de México), y tan modesta, tan recatada, que pudiera servir de modelo á las mas santas,

doncellas. Candorosa y alegre, ademas, encantaba á Valdestillas con sus inocentes libertades, por manera que á poco el comunero pidió su mano como un don celestial, y recibióla lleno de amor y gratitud. Veinte años eran los de doña Blanca, tal fué el nombre cristiano de *flor del Chalco*, cincuenta tenia su esposo, y sin embargo vivieron felices entrambos diez años que duró su enlace: prueba innegable de la virtud de ella y de la discrecion de entrambos. D. Fernando, á quien ya conocemos, fué el único fruto de aquella union que deshizo la parca despiadada, arrebatando á Blanca en la flor de su edad, y dejando solitario y triste en este valle de lágrimas al castellano proscrito. Su sólida piedad y el tierno cariño que le inspiraba la inocente prenda de aquel su último amor, bastaron á libertarle de la desesperacion, pero no á evitar que creciendo ó desarrollándose la melancólica tendencia de su espíritu, acabase de retraerse casi absolutamente del trato y comunicacion con las jentes.

La iglesia y el convento de San Francisco diariamente, el campo pocas veces, y su casa en lo restante del tiempo, eran los únicos parajes que le veian; los ejercicios piadosos y la enseñanza de su hijo, sus esclusivas ocupaciones. Entre D. Pedro y Millan hicieron del hijo de Blanca un cumplido caballero, que á los veinte años era notable en todo cuanto á la equitacion, manejo de las armas y ejercicios jimnásticos correspondia; verdad es que en la última parte habíale tambien doctrinado el indio Cristobal (el que hemos visto tendido en el petate), antiguo y fidelísimo servidor de su familia materna. Por lo que respecta á la instruccion literaria, debió el jóven á un fraile franciscano, Padre Maestro jubilado, abundante doctrina en las humanidades, y á su padre no poca en punto á historia y política.

Aquel mancebo era, por consiguiente, para su tiempo un jóven notable; su figura simpática y su carácter apasionado; sentándole maravillosamente cierta tinta melancólica que de su padre heredara, mezclada con la poética sensibilidad que á su madre debia. Por lo demas, hacian en él los pocos años su oficio como en todos, y su padre le daba juiciosamente aquel ensanche que su edad necesitaba, sin perjuicio de la compasada disciplina doméstica en su casa establecida.

Con tales antecedentes ya se comprenderá fácilmente que, al escuchar la estrepitosa salva de aldabonazos de que hablamos, se suspendiesen y maravillasen el anciano, la dueña, el jóven, el escudero y hasta el indio mismo; si bien éste, fiel á las tradiciones de su pueblo, reprimió y contuvo dentro de sí mismo el efecto que aquel estruendo le causaba.

—¡Jesus, María y José!! Esclamó Doña Gomez persignándose simultánea y velozmente.

—¿Quién diablos llama así á estas horas? Gruñó Millan, como el perro de guardia cuando siente á deshora insólitos pasos.

—Abrid y lo veremos; dijo el amo de casa gravemente; y luego: "Abre Cristóbal."

Entonces, el indio, levantándose perezosamente, se encaminó al zaguan, siguiéndole con la vista todos los circunstantes; y á poco volvió á parecer precediendo á un caballero de gallarda apostura y desembarazado continente, quien con jentil donaire y suelta cortesanía, hizo al anciano un profundo respetuoso saludo, y estrechó afectuosamente la mano á D. Fernando.

Era el visitante un hombre á quien de noche, sobre todo, y á primera vista nadie daria arriba de veinticinco años; pero que consideradas ciertas ojeras de color entre violeta y negro, y unas malhadadas arrugas inmediatas á las sienes, que llama el vulgo *patas de gallo*, bien pudiera tener pasados de treinta. Su rostro mas varonil que regular, sus ojos menos tiernos que voluptuosos, una sonrisa con sus puntas y collar de sardónica, y una espresion en el conjunto de la fisonomía de suficiencia y neglijente desden, á que no contribuian poco, por cierto, sus negros bigotes alzados y retorcidos á la *borgoñona*, su barba puntiaguda, y sus cabellos cortados á cepillo, como hoy se dice, eran otros tantos síntomas de que un fisonomista intelijente dedujera que aquel hombre debia de tener mas de *D. Juan Tenorio* que de los padres del yermo. Y en efecto, era así, que la naturaleza y el arte le habian hecho el prototipo en México de los que entonces se llamaban burladores, y ahora conocemos con los varios nombres de *Lovelaces*, leones, &c. &c.

D. Alonso de Avila, así se llamaba, era galan, valiente, entendido, jugador, gran caballero con los hombres, y el mas temible de los mortales para las mujeres; porque, cual otro Proteo, sabiendo afectar todas las formas, ser aquí tierno y allí imperioso, con unas tímido, si con las otras osado, para esta rendido y para la de mas allá inconstante, decia la fama (pero la fama siempre ecsajera) que aquel hombre era para padres, maridos y dueñas mas temible, que para los indios las viruelas que horriblemente los diezmaban.

No puede, sin embargo, decirse que D. Alonso fuese un Adónis en lo lindo, ni un Apolo en la perfeccion de las formas, pero habia en el conjunto de su figura y modales ese encanto sin nombre, ese *no sé qué* de indefinible gracia, de natural elegancia, de magnético atractivo, de que el cielo dota en sus dias de jenerosidad á ciertos hombres privilejiados, que seducen y cautivan sin hacer para ello estraordinarios esfuerzos.

Y aconteciale al que nos ocupa, lo que suele ser triste compensacion tales dotes: que, satisfechos con ellas los que las logran, y avezándose á respirar la voluptuosa femenina atmósfera, si adquieren tacto especial y esquisita destreza en amorosos lances, y en los duelos que son su natural resultado, pierden tambien el hábito, y con frecuencia hasta la aptitud, para los negocios serios de la vida. Los Alcibiades son raros; y para el comun de los mortales la regla es: que aquel que á la molicie se entrega, sea rara vez útil en las empre-



sas que, no solo requieren el valor de un instante, sino la perseverancia de muchos y la entereza de ánimo en todos.

Así D. Alonso de Avila, á quien aquejaban en ocasiones los instintos de la ambicion, sentimiento tan natural en la edad madura como el amor en la juventud, era capaz de cualquier temeridad mientras el acceso le duraba, pero en pasándole, que no se tardaba, ante el mas leve obstáculo retrocedia su pereza, ya que su valor no desmayase.

La noche de que tratamos, vestia, bajo un lijero y elegante gaban de seda, un coleto de ante perfumado, pero duro aunque flecsible; llevaba en la cinta dos escelentes hojas de Toledo, una en la espada de taza y gavilanes, y otra en la daga, instrumento de razonable lonjitud; y con eso, las botas sin espuelas, el guante fuerte, el sombrero de castor con cintillo de diamantes y una airosa pluma, y su ademan resuelto y placentero, pudiera tomársele por el mas acabado modelo de los calaveras de aquel siglo, revelando en su traje que se preparaba á una nocturna aventura galante con asomos y probables indicios de terminarse en pendencia. No olvidemos, porque eran circunstancias esenciales en aquel siglo, lo fino de la holanda en la camisa, cuyas mangas se descubrian por las cuchillacas del jubon, ni lo esquisito de los encajes de *Brujas* en valona y vuelos, ni, en fin, el suave olor á ámbar que de toda la persona de D. Alonso se desprendia; y hecho conocer así el sugeto, digamos todavia dos palabras antes de que á hablar comience.

D. Alonso, como la mayor parte de los hombres de su siglo, combinaba la mas sincera creencia en los dogmas de la relijion cristiana, con la sistemática habitual infraccion de los preceptos de su moral divina. El, como los demas, llevaba escapulario, no faltaba á misa los dias de precepto, confesaba una vez al año *por Pascua florida*, y hasta cumplia puntualmente la penitencia impuesta por su director espiritual; pero con el escapulario al cuello aprovechaba las ocasiones, en misa ojeaba las damas, y la víspera de cumplir con la Iglesia, como el dia despues de haberlo hecho, atendia solícito á la prosecucion de sus amorosas aventuras.

No estrañe, pues, el lector, que el jóven D. Fernando y D. Alonso de Avila, se hubiesen conocido en el convento de San Francisco, y que bajo el patronato, por decirlo así, del director espiritual de aquel, se hubiese trabado entre ellos íntima amistad.

A D. Alonso encantábanle y servíanle como de cordial y confortante en la estragada vida que llevaba, la varonil inocencia, la candidez de las ilusiones del mancebo; á éste le sorprendian y cautivaban la mordacidad cáustica, la despreocupacion en cuanto á mujeres, el punto de vista singular desde el cual contemplaba D. Alonso las cosas del mundo.

D. Pedro habia vivido demasiado para no hacerse cargo de que á

los veinte años no le cuadraba á su hijo la vida de un cenobita, y por tanto, aunque algo recelaba mas bien que sabia, de las desordenadas costumbres de Avila, como al fin *era caballero,* y nunca en sus aventuras hubo lance que le desdorase, resignose el comunero á que el hi jo de Blanca frecuentara su trato.

El 23 de Abril de 1566 fué, sin embargo, la segunda ó tercera vez que D. Alonso puso los piés en la casa de los Valdestillas, y como en sus anteriores visitas anduvo mas atinado en escojer las horas, no hay razon para estrañar la sorpresa que aun despues de verle causó en la familia toda.

—Guarde el cielo al Sr. D. Pedro, dijo, saludando D. Alonso.

—Sea vuesa merced muy bien venido, le respondió cortés el anciano, aunque mirándole con cierta significativa atencion.

—Adios, valiente mancebo, prosiguió el elegante.—Doña Gomez, buenas noches.

Millan, parece que no estamos hoy de buen temple.—¡Eso, Cristóbal! Tiéndete, hijo, que Dios hizo la noche para dormir, y el dia para descansar!

—*¡Ya bebí!* repuso lacónica y gravemente Cristóbal, dando á entender en esa frase proverbial entre los indios, que por aquel dia se habian terminado sus faenas. Cuando un indio dice: *ya bebí,* inútil es ofrecerle nada para que trabaje: sus necesidades del momento están satisfechas, y no comprende por qué ó para qué ha de molestarse.

En cuanto á los demas interpelados, cada cual hizo su ademan ó su jesto para responder á D. Alonso, sin duda porque éste sin darles tiempo para desplegar los labios, tal era la volubilidad con que hablaba, prosiguió diciendo á su jóven amigo:

—No os he visto ni en San Francisco, ni á caballo en el campo, ni en el juego de la pelota esta tarde, y dije para mi sayo: ¿A que está enfermo, ó su padre y señor nos le secuestra? Y cuando á mí me ocurre duda sobre la salud ó la libertad de un amigo, no sociego hasta disiparla. Por eso he venido, Sr. D. Pedro, á hora tan intempestiva....

—Cualquiera hora es buena para quien viene á honrarnos, contestó ceremoniosamente el comunero, á quien D. Alonso correspondió con un saludo profundo; y luego volvió á decir, dirijiéndose á D. Fernando:

—La noche está magnífica. ¿No rondaremos algunas horas? ¡Ea! ¡Fuera pereza: vestíos el coleto, tomad la tizona, y con la venia de mi señor vuestro padre, venios conmigo, D. Fernando! ¿Pero qué lutos son esos?

—Hoy, interpuso el viejo sin dar lugar á que su hijo contestase, es un dia de tristes recuerdos en esta casa, Sr. D. Alonso.

—En ese caso, perdonad á mi ignorancia de vuestras penas lo intempestivo de la visita.—Y con vuestra licencia....

—"No, D. Alonso, no; suplicoos que no os vais, y solo, sobre todo. Precisamente cuando veníste is á favorecernos, estaba yo pensando

que no conviene á los pocos años y ardiente sangre de mi hijo, la soledad en que vive. Que salga, pues, con vos; que salga por lo que he dicho, y porque cuando un caballero requiere á otro su amigo para que *con armas* le acompañe, no es bien visto que el *requerido* dilate un momento siquiera la compañía. Id, pues, con Dios entrambos: vos, D. Fernando, tened presente que antes que á todo en el mundoos debeis á vuestra honra; y vos, D. Alonso, pensad que os llevais mi tesoro."

Pronunciadas las últimas palabras con mal reprimida emocion, levantose el anciano, y despidiéndose con ademan tan noble y elevado que no daba lugar á la réplica, entró en su aposento, sin que ni D. Alonso ni su hijo tuviesen tiempo de proferir un solo acento. La dueña y el escudero siguieron á su amo; el indio permaneció inmóvil en su estera.

—¿Adivinó mi padre? Preguntó el jóven á su amigo. ¿Necesitareis de mi espada?

—¡Qué diantres de viejos! Todo lo olfatean, nada se les escapa.

—¿Con qué?....

—Sí, y no: sí, probablemente; no, porque no es, en efecto, seguro que andemos á cuchilladas, aunque....

—Voy, pues, á armarme.

—No perdais tiempo.

D. Fernando se dirijia ya á lo interior de la casa cuando le atajó los pasos Millan saliéndole al encuentro con una especie de *jaqueta* ó casaca de algodon acolchado; llamábanla los indios *Ichachuepilli*, y los primeros conquistadores *Escaupil*, y por burla, *albardilla*, sin embargo de que les fuese utilísima como arma defensiva contra las de filo y punta, así como contra las flechas. Vestida aquella cota, ciñole Millan, con su ancho cinturon de búfalo mexicano, una espada que en Villalar hizo justicia, antes de que su dueño sucumbiese, de algunos soldados de los rejentes; y entregole la daga correspondiente. Cubierto aquel arsenal con una gran capa negra, y puesto airosamente en la cabeza de D. Fernando el sombrero, asidos del brazo salieron á la calle nuestros dos amigos.

El escudero, que al armar á D. Fernando lo habia hecho, no solo con toda la intelijiencia de un hombre hábil y esperimentado, sino ademas con un esmero solícito, claro indicio del amor casi paternal que le profesaba, al verle atravesar el dintel de la cancela ó berja de hierro que del zaguan separaba el patio, con aire resuelto y cierta afectacion de varonil desenvoltura que caracteriza de ordinario el tránsito de la adolescencia á la juventud en los hombres que han de ser algo andando el tiempo; el escudero, decimos, contemplando al mancebo con cariñoso interes, y moviendo su encanecida cabeza en son de no estar muy satisfecho, murmuró entre dientes, pero intelijiblemente, estas palabras:

—Este D. Alonso, este D. Alonso no me gusta gran cosa: es caba-

llero, es valiente; pero tiene unos sesos de chorlito, y una aficion á las hijas de Eva, que pueden costarle caro, y que por de pronto....

Aquí llegaba Millan de su monólogo, cuando volviendo la vista al petate, echó de ver que Cristóbal tenia en él clavados sus penetrantes ojos con espresion tan intensa, que claramente probaba no haber perdido ni una sola sílaba de sus palabras.

—¡Ola! (esclamó entonces entre colérico y socarron el anciano escudero.) ¿Con que el bueno de Cristóbal me estaba escuchando?

El indio, como la serpiente de su clima pisada acaso por algun imprudente viajero, al oir aquel apóstrofe, replegándose súbito sobre sí mismo, púsose en pié de un solo salto, y acercóse á Millan; pero eludiendo la pregunta de aquel, díjole:

—*¡Amo chiquito*, no estar bien con D. Alonso!

—¡Vaya en gracia! El Sr. Cristóbal censura lo que el amo anciano consiente!

—Sr. Millan, tambien censurar amo viejo.

—Sr. Millan tiene una daga con que cortarles la lengua á los que repitan palabras que no debieran haber escuchado.

—Indio Cristóbal, aprender de padres Franciscos á no temer sino á Dios del cielo.

—¡Cristóbal, tengamos la fiesta en paz! Si me has oido, olvídalo, y buenas noches.

—Sr. Millan, pensar y hablar: Cristóbal, pensar y hacer.

—¡Indio! ¿Qué quieres decir?

—Que si amo chiquito no estar bien con D. Alonso, ser bueno que Cristóbal seguir á D. Alonso y amo chiquito.

—Eres un hombre de bien, Cristóbal; y yo un basilisco que me encolerizo sin causa alguna. Tienes razon; sigue á *nuestro hijo*: pero antes venga esa mano de amigos.

—Sr. Millan, estar un buen español, como Cortés, como amo viejo; y Cristóbal un buen indio de Tlaxcala.

—Bien, bien: anda y no pierdas tiempo, aunque ya ¿cómo has de dar con ellos?

—Cristóbal ser, antes de cristiano, la *Serpiente* de Tlaxcala; serpiente muy astuta....

—¿Con que sabes dónde van?

El indio sin responder palabra, sonrióse maliciosamente, estrechó la mano de Millan que conservaba entre las suyas, y de un salto salió de la casa seguido por el lebrel su inseparable compañero.

D. Pedro, que desde la galería ó corredor que el patio coronaba, fué mudo testigo de la escena entre sus dos criados, suspiró desahogando el pecho al ver la salida de Cristóbal; porque, en efecto, si sus ideas severas en puntos de honra, si su conviccion de que á la juventud es preciso aflojarle la rienda mas que tirársela, le obligaban á consentir la amistad entre Avila y su hijo, costábale el resignarse á ello lo que solo el corazon de un padre amante comprenderá cabalmente.



CAPITULO III.

QUE COSA ERA EL PUEBLO DE MEXICO EN AQUELLOS TIEMPOS, Y CÓMO SE PASEABAN POR SUS CALLES LOS GALANES NOCTURNOS.

Las calles de Madrid, Valladolid, Toledo, Sevilla y demas ciudades de primer órden en España eran, no solo en el siglo XVI, sino tambien mucho mas tarde, unos tan estrechos como oscuros y mal empedrados callejones, de cuya suma y conjunto resultaba cierta especie de confuso laberinto lleno de riesgos, sembrado de accidentes, y fecundo en aventuras, no siempre amorosas, con frecuencia sangrientas. Desconociéndose, ó poco menos, el público alumbrado, cuando no hacia la triforme diosa rodar su arjentado carro en los cielos, quiero decir, cuando no estaba visible la luna; para andar de noche por las calles no se conocia entonces otro arbitrio que el de hacerse acompañar por criados con hachones de viento ó faroles, salva la modestia de llevar uno mismo su linterna, cuando no se contentaba con las tinieblas naturales, y dejaba á la suerte que dispusiese de su vida. De tal estado de cosas era lejítima consecuencia la de retirarse á sus casas, cuando el sol lo hacia del horizonte ó poco mas tarde, las mujeres y demas personas de buen vivir; quedando solo en las calles, con los enamorados y los *serenos*, donde los habia, la jente alegre y regocijada, la turba multa de calaveras, valientes, tahures, rufianes, y las hembras de las respectivas especies. Fácil es que se comprenda que las armas ofensivas y defensivas eran, en tal época, sazon y hora, elementos tan indispensables como cualquiera prenda del traje; y que para salir pasadas las nueve de la noche á la calle,

sin llevar cuando menos espada y daga, requeríase ó estar loco, ó ser mujer, cura ó fraile, secsos todos respetados entonces.

Prévia la anterior y rápida noticia de las costumbres nocturnas de la época en España, noticia quizá no intempestiva, para que no juzgue el lector capricho nuestro las precauciones que para salir tomaron Valdestillas el mozo y su amigo D. Alonso de Avila, bueno será añadir tambien, que los españoles pasaron el Atlántico llevando consigo y trasplantando al suelo mexicano los hábitos buenos y malos, quizá mas los malos que los buenos, de la madre patria.

Así, pues, aunque las calles de México eran anchas, tiradas á cordel, y formadas por manzanas de casas de regular construccion y agradable aspecto, por los miradores y azoteas que las coronaban; aunque su piso superaba en bondad con tercio y quinto al de Madrid, dejáronlas á oscuras sus pobladores, ni mas ni menos que las de España, y convirtiéronlas tambien durante la noche en teatro de aventuras como las de nuestra Europa.

México, entonces, ganaba la palma á la metrópoli por los elementos de que su poblacion se componia; elementos heterojéneos y entre sí opuestos; elementos aptos para toda especie de fermentacion; elementos, en fin, como todos los de un pueblo formado, ó mejor dicho, improvisado, á la manera con que los aluviones talando unas tierras forman otras.

Los hijos de los conquistadores y los pocos que de ellos mismos quedaban el año de 66; los soldados y capitanes que sucesivamente habian ido retirándose de los descubrimientos á gozar de sus ganancias, ó á vivir de su industria en la capital, y algunos nobles arrojados de España por vicisitudes diversas, constituian la aristocracia europea, que despues se llamó de los *Godos* ó *Gachupines*.

Rivalizaba con esta en la importancia de representacion, y positivamente la escedia en influencia sobre los indios, la clase compuesta de las familias de la antigua nobleza mexicana, que la profunda política de Hernan Cortés quiso, con razon sobrada, refundir y aunar con la española; pero que la falta de habilidad ó los errores de la corte contribuyeron á tener harto descontenta.

De lazo y medio de comunicacion entre ambas citadas clases, servia la raza de los mestizos, esto es, la compuesta de aquellas familias en que uno de los cónyujes era español de nacimiento y el otro indíjena. Algunas de esas familias se han perpetuado hasta nuestros dias.

Siempre los letrados, jurisconsultos y jueces, formaron clase distinta de las demas en la monarquía española; pero en México, durante la época á que nos referimos, puede decirse que componian una especie de tribu aparte, como en el pueblo de Israel la de los Levitas, con hábitos, costumbres, trajes, y lo que era peor, intereses opuestos á los de las restantes. Esto es grave y requiere esplicacion.



Hemos visto en la introduccion que, aun no concluida la conquista, los *oficiales reales* (empleados de hacienda en nuestro nuevo lenguaje), se pusieron en abierta pugna con Hernan Cortés, y que las cosas llegaron á tal punto, que el factor *Salazar* ejerció una real y funesta dictadura en Nueva España. A consecuencia de tales escesos, y porque en España, desde la fundacion del consejo de Castilla en tiempo de San Fernando, la preponderancia del elemento judicial-administrativo (entonces aun indiviso) habia ido siempre en aumento, creyendo la corte que era llegado el caso de organizar definitivamente la gobernacion de México, se creó la audiencia de Nueva España. Aquella institucion encontró las dificultades y obstáculos que no podia menos de hallar en un pais que, como recien conquistado, estaba á merced de la espada de sus vencedores; estos, escepcion hecha de su caudillo, quien, como se dijo, á todo se sometió, sufriendo con dificultad la autoridad ríjida, aunque compasada, de los jueces; y los jueces, desconociendo el carácter de su santo ministerio, haciendo cuestiones de orgullo personal de las que debieran serlo solo de razon y oportunidad; apasionándose, en fin, que vale tanto como decir, arrojando la toga para armarse la coraza, comprometieron mas de una vez el sosiego público, dando lugar á quejas, murmuraciones, asonadas y bandos.

Por manera que, ademas de las diferencias de oríjen, ó nacionalidad como ahora diriamos; ademas de la diversidad de las castas y de la aristocrática importancia de las familias, estaba la nobleza profundamente dividida en dos banderías, poco numerosa y menos considerada la una, que se inclinaba á los oidores por intereses mas ó menos mezquinos; grande, rica, altanera, mas poderosa de lo que ella misma imajinaba, la otra, que seguia la parcialidad llamada *del Marqués*, del Marqués del *Valle de Guaxaca*, hijo de Hernan Cortés y su segunda mujer lejítima, doña Juana Ramirez de Arellano de Zúñiga, y heredero de sus títulos y rentas.

Habia, y es de notar, una gran diferencia en la índole respectiva de cado uno de esos bandos; porque el de la audiencia, moralmente el mas flojo, poseia la autoridad y la fuerza pública; y por conservarlas y utilizarlas luchaba; mientras que el del Marqués, aunque mas numeroso y bien quisto, tenia por una parte que doblar la cerviz ante la vara de la justicia, y por otra no sabia á punto fijo á lo que aspiraba. Su querer era, por decirlo así, negativo: *no queria* que se le vejase; *no queria* que los oidores absorbiesen la autoridad pública; *no queria* que se le privara de sus fueros: mas si se les preguntara cómo presumian que pudiera conseguirse que nada de lo que les repugnaba aconteciese, ó qué harian una vez vencidos sus enemigos, puede asegurarse que ninguno de los parciales del *Marqués*, jeneralmente hablando, hubiera sabido qué responder. Sin anticiparnos á los sucesos, bien podemos decir aquí, que sola la *fé* es fecunda, y que par-

tidos que al lado de la *negacion* de las doctrinas contrarias, no tienen un símbolo que *afirme* las suyas; partidos, en fin, que no visan clara y distintamente á un blanco, no son partidos á los cuales el porvenir guarda el triunfo.

Como en el discurso de este libro hemos de ver, Dios mediante, desarrollarse los elementos del bando á que aludimos, contentarémonos por ahora con lo dicho, y prosiguiendo la pendiente tarea de dar al lector suscinta idea de los habitantes de México en 1566, asentaremos, sin temor de engañarnos, que por bajo de la aristocracia ya descrita, bullian y se ajitaban, creciendo y formándose el uno y disolviéndose el otro, dos pueblos diversos: el español y el mexicano.

Aventureros de todas especies, profesiones y procedencias, cándidos pocos, arrestados los mas, bastantes con criminales antecedentes, muchos dispuestos á vender su dudosa honradez por menos que una lenteja, codiciosos todos, con rarísimas escepciones, formaban la masa del pueblo castellano, importando poco para invalidar nuestro juicio, que en ella estuviesen, como incrustadas suelen estar en las rocas las plantas submarinas, algunas individualidades escepcionales en uno ó varios conceptos.

Por lo que respecta á los indios, cuya principal mansion era el barrio ó arrabal de *Tlatelolco*, ó sea de *Santiago*, ofrecian entonces el aspecto tristemente curioso de una raza que se descompone y trasforma, no por la accion lenta y sucesiva del tiempo y de la civilizacion, sino por la prematura y violenta de la conquista. En honor de la verdad las leyes de Indias, muy desde el oríjen de la conquista, atendieron cuidadosamente á la proteccion de aquellos indíjenas; y las declamaciones del padre Lascasas, juzgadas ya hoy con imparcial criterio, están muy lejos de ser la copia fiel de lo que en México, al menos, pasaba: pero el hecho es, que los indios, perdiendo en meses su nacionalidad y relijion, eran un pueblo condenado por ello solo á perecer por completo. Los unos se refujiaron á montañas y bosques impenetrables, retrocediendo en civilizacion todo lo que hasta Moctezuma habian adelantado; los otros convirtiéndose á la fé de Cristo, y acomodándose á las leyes y costumbres de sus vencedores, aceptaron la servidumbre.

Como quiera que sea, no solo no se les maltrataba, jeneralmente hablando, en Tlatelolco, sino que tenian en los misioneros dedicados á su conversion y enseñanza, y particularísimamente en los frailes franciscos, ademas de catequistas celosos, maestros benévolos y directores gratuitos, los mas ardientes y osados defensores cerca del gobierno, de la corte y del monarca, que fuera posible hallar en aquella época.

Los indios de Tlatelolco iban combinando sucesivamente los hábitos antiguos con las costumbres castellanas; y baste por ahora de jeneralidades en la materia.



Réstanos solo que hablar, y completaremos nuestro bosquejo, de la situacion relijiosa de México en la época á que aludimos.

Los estranjeros, apoderándose con supina ignorancia é insigne mala fé, de algunos hechos verdaderamente atroces que manchan, como feos lunares, la grandeza de la conquista, pero que lunares y solo imperceptibles lunares son, por mas que el doblado lente de la envidia procure abultarlos; los estranjeros, repito, pretenden que la fé de Cristo fué introducida en América con el hierro y el fuego, queriendo hacer de Cortés un Omar, y de los suyos una horda de fanáticos.

Nada mas contrario á la verdad histórica: los rigores del conquistador se ejercieron, en materia de relijion, contra las cosas, nunca sobre las personas, fuera de los casos de reincidencia por parte de los indios en sacrificar víctimas humanas, práctica abominable que se propuso estirpar con severidad inevitable. Los templos fueron arruinados, los ídolos desechos, es cierto, y fué necesario; pero la fuerza no intervino, en la forma que se pretende al menos, en la conversion de las conciencias. Los indios eran un pueblo infante, sus ideas y sentimientos relijiosos estribaban mas en las sensaciones esternas que en el convencimiento íntimo; y al ver que sus dioses toleraban pacientes la profanacion de sus santuarios, al contemplarlos incapaces de protejer á los que humilde culto les tributaban, despreciáronlos y no sin visos de fundamento. Ya así dispuestos, la predicacion ardiente de los misioneros reclutados en la democracia española, hijos esclusivamente de sus obras, ascéticos por sentimiento, colocados en la única senda por donde entonces se llegaba á todo, sin que á nadie se le preguntase, *¿quién fué tu padre?* produjo, y no podia menos de producir, ópimos frutos. ¡Y cuál fué la conducta de los primeros apóstoles del cristianismo en México, y singularmente siempre la de los franciscanos? La que no podia menos de ser: hijos de un pueblo pobre, los frailes comprendian las miserias de aquel pueblo conquistado, las compadecian, las consolaban y muchas veces se alzaron entre el opresor y el oprimido, teniendo el acerado casco del noble que humillarse ante la cogulla del hijo de San Francisco. Allí y entonces los frailes fueron buenos, porque eran necesarios.

Por lo demas, ni Hernan Cortés ni sus capitanes participaban en jeneral del espíritu de intolerancia que dominaba en España; y la razon es obvia: lejos de Europa no podian sentir por entonces la influencia de las pasiones político-relijiosas que durante el XVI siglo abrasaron el continente.

Por eso, lo mismo que los comuneros, huyeron á ocultarse en el Nuevo-Mundo, y en número considerable, varios españoles, portugueses, y otros estranjeros que, por profesar las doctrinas de Lutero y Calvino ó la relijion de Moisés, eran en Europa sin misericordia perseguidos.

Hasta el año de 1532 no se encuentra vestijio siquiera de que nadie

en Nueva España pensara en inquietar la libertad de las conciencias; y aunque entonces el obispo D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, presidente de la audiencia de México, ya dijo *que habia gran necesidad de que se pusiese el Santo oficio de la Inquisicion, por el comercio de los estranjeros y por los muchos corsarios que platicaban por las costas, que podian introducir sus malas costumbres en los naturales y en los castellanos*, como todavia la influencia de Cortés no se habia anulado por completo, quedóse todo en el dicho obispo presidente.

Lo singular es que durante el poderío del cardenal, despues papa Adriano, y entonces inquisidor jeneral en España, se estableció el famoso tribunal de la fé en la isla Española; y que, sin embargo, no pudo penetrar en Nueva España por aquel tiempo: prueba inequívoca del espíritu tolerante del conquistador estremeño.

Así permanecieron las cosas, hasta que en el año de 1570, cuatro despues de la época en que nuestra novela comienza, Felipe II á los catorce de su reinado, y no antes á pesar de su innegable funesto fanatismo, decretó el establecimiento de una *audiencia del Santo Oficio de la Inquisicion* en las respectivas capitales de cada uno de los vireinatos de México y del Perú: mas hízolo con cláusula espresa *de que no conociese* (la Inquisicion) *de las causas de los* INDIOS APÓSTATAS, *sino solamente de los castellanos y otras naciones que se hallasen en Indias.*

Resulta, pues, probado con evidencia que, no solamente no se martirizó á los indios de México para que abrazasen la fé de Jesucristo, sino que á los cincuenta años de conquistados se trataba con mas induljencia aun á los APÓSTATAS, que á los naturales súbditos de la corona, acusados de la mas leve omision en las prácticas esteriores del culto.

Gozábase, por tanto, en México de envidiable sosiego en punto tan importante como lo es la conciencia relijiosa, y aunque habia rivalidades de comunidad á comunidad, de órden á órden, y entre clérigos y frailes, como es de costumbre, no se alteraba por eso el órden público con frecuencia.

Sin embargo, el alto clero y en jeneral los domínicos, se inclinaban al bando de la audiencia, al paso que los franciscanos, haciendo su papel de misioneros y protectores de los indios, eran de la faccion del Marqués del Valle. Porque es de notar que, con haber sido Hernan Cortés el autor esclusivo de la ruina del imperio de los aztecas, profesaban no obstante los indios á su memoria un culto casi idólatra, á su familia una veneracion supersticiosa.

Tal era bajo su aspecto moral considerado el pueblo á cuyas calles se lanzaron, en medio de la oscuridad de la noche, Fernando de Valdestillas y Alonso de Avila, y en pos de ellos el indio Cristóbal.

Hasta diez minutos andarian los dos amigos, el uno al lado del otro, con paso uniforme y no perezoso, y sin decirse palabra: Avila fue quien al cabo de aquel tiempo entabló la conversacion siguiente:

—¿No os mueve la curiosidad á preguntarme á dónde vamos, D. Fernando?

—¿Para qué, D. Alonso? Vos debeis curaros de eso, que á mí bástame saber que habeis menester mi compañía.

—¡Viven los cielos, que vuestro padre es, en carne y hueso, el *doctrinal de caballeros*, y vos el mas aventajado discípulo de tan buena escuela! Con ser tan mozo, podeis darnos lecciones á los que ya empezamos á dejar de serlo.

Al llegar á esta reflecsion lanzó D. Alonso un sincerísimo suspiro; y prosiguió diciendo:

—Mas, dejando aparte por un momento vuestra discrecion, decidme, si os place, qué conjeturais de esta nuestra nocturna espedicion.

—Conjeturo, D. Alonso, que tenemos en campaña nueva dama con padre, hermano, ó tal vez marido, porque vos no os parais en barras, de condicion zelosa y lijeras manos.

—¡Válate Dios por mancebo, y cómo aprovecha el tiempo en cuanto aprende! Por el santo de mi nombre, que comienza á conocerme tan bien ó mejor que yo propio me conozco.

—¿Quiere eso decir que no me engaño?

—No es eso; pudiérais engañaros en la ocasion presente; y ser, sin embargo, acertada vuestra conjetura en lo jeneral.

—Ya sabeis, D. Alonso, que no soy diestro en retóricas sutilezas; así esplicaos, si os conviene esplicaros, y si no guardad en buen hora vuestro secreto; pero no pretendais que adivine complicados enigmas.

—Bien, D. Fernando; así ha de ser el caballero: prudente, lacónico y poco amigo de perder el tiempo en conversacion, con los hombres se entiende, que con las mujeres suele ser recurso indispensable cuando las citas se prolongan."

Habituado Valdestillas al estilo de la conversacion de Avila, sembrado, á semejanza del que usa el Ariosto, de digresiones y episodios; y como jóven deleitándose sin poder remediarlo con la tinta de picante pero culta mordacidad de sus reflecsiones, importábale ademas poquísimo saber ó no el objeto del comenzado paseo; y por eso le dejó que á su sabor soltara la rienda á la imajinacion y á la lengua.

—"Bien hecho noble mancebo, bien hecho; y solo os falta para ser un galan modelo, perder algo de ese aire pudoroso y encojido de doncella recatada, que tomais en presencia de cualquiera mujer.... Y á propósito, la mia se queja de no veros por casa, y á fé que la razon le sobra. ¿Qué diablos os hemos hecho que así nos abandonais?"

Si la noche no estuviera oscura y D. Alonso se cuidara de ello, fuérale fácil haber observado que un subido color de carmin enrojecia las mejillas de su amigo, quien, evitando contestar directamente á la pregunta, y haciendo un esfuerzo para que en su acento no se notase la menor emocion, respondió:

—¡No sé, Avila, como en tales momentos teneis valor para hacer mencion de *mi señora* vuestra esposa: basta y aun sobra que la ofendais, sin que la profanacion de su nombre agrave el delito!

—¡Dios nos asista! Tendísteis el paño, y descargásteis sobre mi pecadora cabeza el rayo de vuestra santa indignacion! Todo lo que con la espada en la mano y en lances de honra teneis de varonil espíritu, sois de inesperimentado y de niño cuando se trata de estas cosas. ¿De dónde diablos habeis sacado que hemos de ser los maridos, pues que marido soy ya mal que me pese, como las severísimas matronas de que nos hablan las crónicas, y cuya raza tengo para mí que, si no se agotó por completo, escasea tanto, que no se hallarán tres de ellas en México, ni para un remedio?

—¡Por el cielo santo que no seais así, D. Alonso! ¡Cómo! ¿Vos que procedeis de tan honrado linaje; vos, hijo, segun la fama, de una santa madre, hermano de una dama de piadosas costumbres, y esposo de una señora de perfecta hermosura, aventajada discrecion y pundonor tan sólido, que con ser vos lo que sois, no consiente su conducta ni las mordeduras de la envidia, ni las invenciones de la calumnia, vos negais así la virtud de las mujeres?

—¡Soberbio, por quien soy! Si alguien nos oyera diria que, resucitado mi difunto padre (Dios le tenga en su gloria), entreteníase en predicarme uno de los edificantes y, siento decirlo, inutilísimos sermones con que *su merced* acostumbraba á favorecerme!.... ¿Cómo he de creer en lo que se llama la virtud de las mujeres, yo, que de mozo, y de casado tambien (pésame escandalizaros), las he cursado y las curso mas años ha de lo que á mi ya prófuga juventud conviniera?.... Las he visto libres é independientes, con galan ó galanes. Las he visto en clausura de celosías, dueñas, escuderos, padres, hermanos y maridos: con galan ó galanes. Las he visto hasta en poder de una suegra, y siempre con galan ó galanes. Las esposas del mancebo mas ardiente, apetecen el canónigo reposado....

—¿Ni la Iglesia se libra de esa terrible lengua?

—La Iglesia de Dios es una cosa, y otra son los clérigos y frailes. Esos lo entienden, que tienen el celibato por privilejio, no por privacion ciertamente.

—¡Silencio, por Cristo, D. Alonso! ¡Si nos oyeran!

—A bien que por acá no tenemos todavia el Santo Oficio.

—Pero, en fin, ¿dónde vamos? Porque al cabo escitásteis mi curiosidad.

—En castigo del sermon que me habeis predicado, tendreis que adivinarlo. Veamos.

—¡Gran dificultad por cierto!

—Pues adivinad, ya que tan fácil os parece; y si entre tanteos no dais con ello, perdereis....

—El potro alazan, de que me parece os pagasteis el otro dia.

—Sea; y contra él os juego.... ¿Quereis una de mis damas, á escojer?

—Lo agradezco, pero no me conviene.

—¿La coraza y armadura que compré últimamente á los mercaderes milaneses?

—Que me place.

—Pues á lid. ¿A dónde vamos?

—Vamos á rondar á Beatriz.

—¡La mujer del Oidor! No por cierto: esa cuenta ya tres semanas de fecha, y no me molesto yo por dama tan antigua á estas horas de la noche.

—¿Tres semanas son mucho tiempo?

—¡Pecador de mí! Quince dias hace ya que estoy cansado de ella, y solo por no desmentir mi bien sentada reputacion de *constancia*, no la he dejado: pero así que cumpla el mes la despido. Va una, mas os la perdono, aunque el potro me agrada sobremanera.

—Aguardad.... Ahora sí que lo acerté.... ¿A que es Inés la que á rondar vamos?

—Punto para mí.

—Pues esa no es antígua.

—No en rigor: quince dias.

—Linda, modesta, entendida....

—Demasiado entendida; sabe casi tanto como el doctor su padre; sublima y sutiliza los afectos; llora con mas facilidad que nuestro cielo se nubla en verano; si ve un raton se azora; si toso fuerte se desmaya....Preveo que no llega á doblar. Otra y os faltan dos solas.

—Todas las demas que os conozco son anteriores á esas dos. ¿A no ser aquella que antigua y todo os cautiva por mas que digais? ¡Y es alhaja por vida mia!

—¿Hablais de Catalina?

—De la misma.

—Y bien, teneis razon: Catalina es la imájen y resúmen de mi juventud; de la época en que yo tenia, como vos ahora, fé en la virtud de las mujeres, esperanza en el amor....

—¿Y caridad con los maridos?

—No fué nunca esa mi virtud favorita: mas Catalina, volviendo á ella.... ¡Si la hubiérais conocido de niña! Era una flor en capullo, cuya belleza mas bien se adivina que se contempla, cuyo suave aroma es solo perceptible para las organizaciones privilejiadas! ¡Alegre como una mañana de primavera, triscadora como la Vicuña de los Andes, charlatana como la fuentecilla en los prados, y cariñosa como la hiedra!.... Fué mi primer amor, y me inspiró un sentimiento, de cuya posibilidad hoy dudo, á pesar de haberlo esperimentado, D. Fernando.... ¿Qué quereis que os diga? Luzbel era el mas bello de los querubines antes de ser el príncipe de las tinieblas: Catalina fué tam-

bien ánjel antes de ser una mujer como.... como todas, en resúmen.... Algun dia os contaré la triste historia de.... de mi perdicion, Valdestillas; por hoy baste confesaros que tiene esa maldita hembra para mí un atractivo como el que cuentan de ciertas serpientes de las Indias orientales, fascinador, irresistible.... ¡Ah, si ella hubiera sido buena conmigo!

—¿Es decir que la armadura es mia?

—¡No, vive Dios! Que no es á rondar á Catalina donde vamos.

—Pues digo que me tratais ni mas ni menos que la Esfinje á Edipo, y que yo soy menos afortunado que el hijo del Laio.

—¡Por el alma de mi padre, que no me hableis á mí de esos personajes *romanos!* Ya os tengo dicho muchas veces que fuí tan mal estudiante, que nunca acerté á pasar del *puente de los asnos.*

—Direos entonces, en buen romance, que me doy por....Pero no, pesia á mi vida! Ya dí con ello: á donde vamos es á la calle de Leonor.

—Tan errado andais ahora como antes.

—¡Imposible! A Leonor la visteis por vez primera el último domingo al salir de misa; es una niña de quince años....

—Sí, pero andaluza; y aquellos ojos negros, aquella color trigueña, aquella sonrisa de sirena, encierran ya mas tretas que nunca supo tahur. El aspecto de la flor es bellísimo, pero sus emanaciones matan....

—Sin embargo....

—Cierto: prendeme de ella, rondé su calle, pero....

—Hicisteis inútilmente largo *terrero.* ¡Loado sea Dios, que al cabo encontrásteis una!....

—¡Como las otras, mancebo, como las otras! Encontréme con una que, cuando yo llegué á su calle, ya llevaba ella una hora detras de la celosía esperándome. Seis cartas tengo suyas recibidas en tres dias....

—¡Entonces!....

—He presentido la víbora entre las flores; no me dejo alucinar por sus pérfidas cariçias, y pienso romper así que se me presente ocasion propicia para ello.

—Perdí el potro, ó mas bien lo gané, pues que á tan buenas manos pasa.

—No seré yo quien le prive del mas gallardo jinete del suelo mexicano.

—Ni yo quien lo conserve, ya una vez perdido.

—Perdonadme; pero en toda apuesta hay que salvar la evidencia; y yo la tenia de que ni vos ni nadie adivinara á donde vamos.

—No os entiendo.

—Ni es maravilla, porque, en verdad sea dicho, tampoco yo me entiendo mucho. D. Fernando, voy á daros una singularísima prueba



de confianza revelándoos lo que á mi propio hermano no diria, aunque en México estuviera.

—Yo os agradezco la merced, y espero en Dios que acertaré á cumplir con la obligacion de honra que haciéndola me imponeis.

—Así lo creo, que magüer que mozo, no sé en México de hombre mas caballero, ni de mayor discrecion que vos, como vuestro padre no sea.

—Por Cristo, D. Alonso, poned término á las lisonjas y concluid de una vez de confiarme vuestro secreto.

—Antes habeis de empeñarme vuestra fé de caballero castellano de guardar en ello eterno, inviolable secreto.

—Yo lo prometo á fé de caballero.

—Mas os pido: juradme por la fé de Cristo, que entrambos profesamos, que ni al confesor en la hora de la muerte revelareis mi secreto.

—Ved, D. Alonso, que ya tocais en lo vedado. A mi cuerpo ponedle en los riesgos que os plazca; pero de la salvacion de mi alma á Dios le debo cuenta, y....

—Yo os prometo que no se arriesga, por guardarme el secreto que pido, vuestra salud eterna.

—Siendo así yo lo juro como vos lo deseais.

—Pues bien, D. Fernando, la calle que vamos á rondar.... Es la mia.

—¡La vuestra! ¡En ella teneis dama!

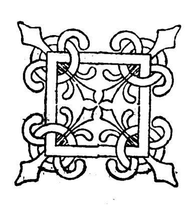
—Tengo á mi *esposa*.

—¡D. Alonso!!

—¡Y tengo zelos!

—¡De doña Elvira!!

—Silencio, que hemos llegado á donde habremos menester mas de las manos que de la lengua. No repitais lo que acabo de deciros á nadie, ni á mí propio; porque con amaros como os amo, pudiera.... En fin, silencio y requerid la espada.





CAPITULO IV.

DE COMO DIOS CASTIGA SIN PALO NI PIEDRA; Y EN LAS CALLES DE MEXICO SE ANDABA A ESTOCADAS ALGUNAS VECES.

PARA comprender cabalmente la importancia del secreto confiado por Avila á Valdestillas, y la impresion que al escucharle produjo en éste, necesario y hasta indispensable es que con la imajinacion retrocedamos á la época en que ocurrieron los sucesos de esta verídica aun mas que entretenida historia; porque de otro modo no es posible que demos á las cosas, el valor que en sí realmente tenian entonces.

La naturaleza humana es siempre la misma; pero el medio en que habita, variando á lo infinito, segun los grados que la civilizacion alcanza, modifica, no las ideas solas, sino que tambien los sentimientos mismos. Sucede así que tal azar de la vida que hoy lastima solo el corazon, hubo tiempo en que mancillaba la honra: ese criterio impalpable de las acciones humanas; esa ley tan vaga como severa á que, en la apariencia al menos, procuramos todos ajustarnos; ese poder invisible que nadie rije y á todos toca ejercer; ese yugo férreo, por último, que solo se sacude á costa de toda consideracion social, y que sobre el hombre pesa hasta mas allá del sepulcro. El dolor arranca á los corazones bien templados lágrimas, en ocasiones, muy amargas; pero las heridas que la honra recibe tienen de malo sobre todas, que ni llorarse pueden, y que pocas veces ó ninguna se cicatrizan, ni aun con el fuego de la venganza.

En el siglo XVI y entre jente hidalga, la honra era un ídolo de vidrio que con el aliento se empañaba, y solo con sangre podia lim-

piarse. Preocupacion sin duda: pero ¿cuándo las preocupaciones no han tiranizado el universo? ¿Cuándo no les han sacrificado los hombres su vida y sociego?

D. Alonso de Avila era en su tiempo lo que mas tarde se llamó un espíritu fuerte, un hombre despreocupado; D. Alonso de Avila, estimando y respetando á su esposa doña Elvira, no la amaba, con ser ella en efecto hermosa y discreta mas allá de todo encarecimiento; la razon no tardaremos en decirla, baste por ahora consignar que no la amaba, para que se advierta el contraste de su indiferencia con los zelos reales, positivos, ardientes, dignos de Otelo, que le devoraban.

Paréceme ver en los labios de alguna de mis bellas lectoras (porque cuento con lectoras y lectoras bellas) una burlona significativa sonrisa que, traducida á mi humilde prosa, quiere decirme:-"Cándido autor, ¿pues no sabes tú que el riesgo de perder la joya despierta en su dueño la "codicia de poseerla? Por eso nosotras todas, cual mas cual menos, "os condimentamos la salsa del amor con su agri-dulce de coquete-"ría....—Lo sé, lo sé, señora mia, y sé mas, el agri-dulce acaba ordi-"nariamente por convertirse en un ácido concentrado de...."

Pero no es eso de lo que ahora tratamos, sino de que los zelos de Avila no eran de amor, ni de miedo á perder una joya cuyo valor no apreciaba, sino zelos de su honra, y por lo mismo zelos de tigre.

Zelos de tigre, sí, aunque cuidadosamente ocultos en lo mas íntimo del alma durante dias y meses; tan ocultos, que ni doña Elvira misma acertó á sospecharlos. D. Alonso conocia su merecida reputacion de libertinaje, y tambien la aureola de santidad y martirio de que el público habia rodeado á su esposa; D. Alonso comprendia, por tanto, que la opinion pública en cualquiera desavenencia conyugal habia de serle contraria. Y por otra parte, aunque las apariencias parecian pruebas, ¿no era fácil, ó al menos posible, que fuesen solo falaces indicios? Bastaran esas razones á aconsejarle profunda reserva, mas era máxima en su siglo, á mayor abundamiento, aquello de que los *agravios bien callados ó bien vengados*, y por conformarse á ella, resolvió guardar silencio profundo en cuanto á su presunta desdicha.

¿Por qué, entonces, se franqueó con Valdestillas, con un niño sin esperiencia de las cosas del mundo? Franqueose porque le era absolutamente indispensable un confidente; y elijió para tal al hijo del comunero precisamente por su juventud é inesperiencia, amen de las cabellerosas dotes que en él reconocia.

Necesitaba un confidente, y diremos por qué, refiriendo el oríjen de sus zelos.

Las horas de Avila eran tales como su jénero de vida las requeria: unas noches consumia el juego, otras el amor, y rara vez dejaba ya de apuntar el alba al tiempo mismo que D. Alonso se retiraba á su casa. Aconteciόle, empero, pocos meses antes de aquel en que nues-



tra accion comienza, que por accidente en la salud ó capricho de su varia condicion, se le antojase cierta noche regresar al hogar doméstico antes de la hora en que canta el gallo, y con no poca sorpresa encontró la calle ocupada por tres hombres, uno en cada estremo de ella, y el restante dentro.

En el primer momento pensó que cualquiera de las damas sus vecinas tendria, como á su entender le tenian todas las mujeres, menos doña Elvira, su correspondiente galanteo; y pacífico aquella noche, por escepcion en su carácter, al *¿Quién vá?* del que guardaba el estremo de la calle por donde él iba á entrar en ella, respondió sosegadamente:—"*Un caballero, D. Alonso de Avila, que se retira á su casa, Hidalgo: hágale paso vuesa merced, que se lo agradecerá de veras.*"

A tan mesurada respuesta era de esperar que correspondiese el embozado dejando el paso libre, ó ya que á toda costa buscase camorra, disputándolo espada en mano; y sin embargo no hizo ni una ni otra cosa, sino que, dando una gran voz, esclamó:—"*¡D. Alonso de Avila!!*" Y profiriéndola todavía echó á correr con la lijereza de un gamo. Otro tanto hicieron su dos compañeros; y D. Alonso, que sin perder mas tiempo que el indispensable para desembarazarse del embozo de la capa y tirar de la espada, los seguia, pudo ver distintamente los tres bultos al revolver de la esquina, mas no alcanzarlos aunque lo procuró con dilijencia. Volvió, pues, piés atras para su casa, alarmado por la conducta de aquellos hombres primeramente; mas por haberles servido su propio nombre de voz alerta, y mas aún por parecerle haber oido distintamente, al pasar por delante de su habitacion, el ruido de una ventana que con prisa y estrépito se cerraba. No le ocurrió, sin embargo, recelar por entonces de su esposa, sino de las doncellas y demas criadas que la servian; y, como en tal supuesta, el lance no afectaba á la honra, sino simplemente el decoro de la casa, conservó toda la sangre fria necesaria en semejantes casos. Nada dijo de lo acaecido, ni aunque quisiera, encontrara á quien decírselo: la señora estaba recojida; doncellas, criadas y esclavas, todas en sus aposentos; y los criados durmiendo igualmente, á escepcion de un negro sordo-mudo que á D. Alonso esperaba siempre. Al dia siguiente observó en vano con escrupulosa atencion todos los semblantes femeninos de la familia: en ningun rostro advirtió el menor síntoma de turbacion ni recelo. Para hombre tan ducho, aquellos indicios de serenidad valian poco; ya sabia él que con cinco minutos tiene de sobra la mas cándida de las hijas de Eva para ajustarse al rostro una máscara tan impenetrable como si de acero fundido fuera.

Calló, por tanto, pero durante una semana entera hizo á su calle, secera, vijilante y cautelosa ronda: fué en vano, porque nadie pareció que su habitual sosiego perturbase. Desvaneciéronse en consecuencia las sospechas de D. Alonso, ó mejor dicho, confirmose en su

primera opinion de ser aventura de lacayo y fregona la que alarmado lo habia; y volvió de nuevo á su antigua vida.

De cuando en cuando, sin embargo, sentia allá en lo recóndito de su corazon la mordedura, acre y punzante como la del áspid, del recuerdo de aquella escena que, sin que él por qué acertase, pesaba como un remordimiento sobre su conciencia. Mil veces, haciendo terrero á una dama, escalando un balcon, ó desembarazando de curiosos á cuchilladas una calle, ocurríasele de repente que tal vez en la suya, y en su balcon, y con alguna de las mujeres de su casa, podia estar sucediendo otro tanto; y amargábasele el gusto de todos sus placeres. ¡Fenómeno á primera vista incomprensible, y natural sin embargo! Aquel desasosiego, aquella inquietud que por el decoro de su casa tenia, descargábalos de rechazo en las damas que galanteaba, siendo con ellas tanto mas ecsijente y mal humorado, tanto menos rendido y tierno, cuanto mayor era la intensidad de sus recelos. Las flaquezas, los estravios, los vicios, llevan todos consigo su propio azote.

Tal era la situacion del espíritu de Avila, cuando un mes antes del 23 de Abril, encontró su calle segunda vez ocupada; pero entonces, mas vijilante el centinela, dió la alarma con un silbido, y antes de que frente á su morada llegara D. Alonso, todo habia desaparecido, menos una luz que, detras de la ventana del cuarto de doña Elvira, brilló á los ojos de su marido como el primer resplandor del fuego del averno á los de un réprobo. Todas las demas ventanas estaban cerradas; no se oyó ruido en ninguna; solo la de Elvira se veia abierta y con luz; á ella, pues, buscaban los prófugos; y ella, cuando menos por curiosa, se interesaba en los que su calle rondaban.

Si el vecino volcan de *Popocatepec* se desvaneciera un dia súbitamente ante sus ojos; si la laguna mexicana amaneciese enjuta; si una de las imájenes de la catedral, dejando su nicho, como la del comendador famoso, le propusiera acompañarle á sus orjías, aun no fuera tanto el asombro de nuestro caballero, como lo fué al aparecer en su fantasía, al mismo tiempo que su vista hirieron los rayos de la malaventurada lûz, la idea de que su esposa podia ni pensar en galanteos.

Doña Elvira, en efecto, era para su marido mas bien un tipo de estatua romana que una humana hermosura. Sus formas de una perfeccion irreprensible, el reposo de todos los lineamentos de su figura, y cierta inflecsibilidad majestuosa en el aire y porte de su persona, primero imponian respeto que amor inspiraban; y la rubicundez de su dorado cabello, la blancura de un cútis colorado de nieve y grana, al traves de cuya trasparente contestura parecia verse circular en azuladas venas su noble sangre, la distinguian por último completamente de todas las damas mexicanas.

Y si pasamos de lo físico á lo moral, hallaremos diferencias no me-

nos notables; porque la esposa de Avila era mujer de pocas y medidas palabras, de pasiones ó muy profundas ó de actividad escasa, de trato ceremonioso, de índole reservada, y todo, menos comunicativa.

Su padre y ella aparecieron en México con mas pretensiones de hidalguía que abundancia de dineros; pagose de ella D. Alonso, en momentos para él crueles, y de que á su tiempo hablaremos; y hallándola insensible, como si de mármol fuera, á todos los encantos de la seduccion, hubo de optar entre renunciar á su posesion ó pedirla por esposa. Decidiose á lo último por no quedar desairado: recibiole el suegro á brazos abiertos, y la novia dijo *que obedecia sin repugnancia á su padre.* Con esto se hizo la boda; pero Avila se encontró poco mas ó menos como antes de casarse. Aquella mujer tan hermosa, ó mas bien aquella estátua tan bella que, cual otro Prometeo, se prometia D. Alonso animar con el fuego celeste del amor, no le rehusaba los brazos, porque la epístola de San Pablo se lo prohibia; mas permaneció en ellos tan de hielo como antes era. Durante mas de un año apuró en vano Avila, el D. Juan Tenorio del Nuevo Mundo, cuantos recursos pudieron sujerirle el amor propio escitado, los deseos mal satisfechos, su claro injenio, y la práctica que en galanteos tenia, que era ya consumada. Ni la ternura, ni la esquivez, ni el rigor, ni el halago, ni el lujo, hicieron mella en Elvira.

D. Alonso, bramando ya de ira, acudió, en fin, al remedio heróico, al que suele hacer brotar el amor aun en los mas áridos corazones: á los *celos*, digo; y tampoco á los zelos halló sensible á su mujer.

Los desórdenes del marido eran notorios, y doña Elvira no ignoraba ni uno solo de los mas insignificantes pormenores de sus galantes aventuras; pero jamas con él se dió por entendida; nunca, no diremos una queja, pero ni tampoco uno de esos lijeros sarcasmos con que las mujeres mas indiferentes significan que conocen las infidelidades de que son víctimas, salió de aquellos lábios, perfectos, pero helados. Siempre cortés, nunca afable, su vida era regular y compasada, como el movimiento de un péndulo; el lujo que la opulencia de su marido le permitia y aun mandaba, templábalo su metódica economía; el réjimen interior de su casa diera envidia al monástico; y, en una palabra, *frialdad* y *órden*, resúmen el carácter y vida de doña Elvira, relativamente á su esposo por lo menos.

Producto y resultado de los antecedentes que dejamos escritos, fué para nuestros dos esposos un estado, mas comun hoy que entonces, intermedio entre el divorcio y la vida conyugal. Doña Elvira ocupaba con sus criadas el piso bajo de la casa, y D. Alonso con las personas de su servicio el superior. Veíanse poco, y tratábanse con mas ceremonia que cordialidad; pero las apariencias del decoro quedaban á salvo, y eso parecia bastante entre jentes que á tal punto eran llegadas.

En tal estado de cosas y con tal mujer, comprendió D. Alonso que,



de darse por entendido con ella de las harto fundadas sospechas que en su corazon engendraban los dos encuentros que el lector conoce, habia de suceder infaliblemente una de dos cosas: ó que ella se resolviese á divorciarse de él por completo, para lo cual le sobraban razones y pruebas, ó que se contentase simplemente con encerrarse en su desdeñoso habitual silencio.

En una como en otra hipótesis, amen del escándalo en la primera y del desaire en la segunda, escapábasele á D. Alonso el asesino de su honra; porque imajinar que Elvira habia de declarar el nombre de su cómplice, fuera notorio dislate; y lo esencial (en las ideas de Avila), lo esencial era comenzar por vengarse en el adúltero amante, sin perjuicio del castigo de la culpable esposa.

Tomó, pues, sobre sí la no fácil resolucion de imponer silencio á su ira inmensa, de no decir una sola sílaba á su esposa, y aun de dejar que corriesen, sin hacer en su vida novedad alguna aparente, cuatro ó cinco dias, para que creyéndole aún ciego los amantes, procediesen como de costumbre lo tenian.

Mas para llevar á cabo su plan, necesitaba la cooperacion de segunda persona, porque ya dos veces se le habian huido sus enemigos por una bocacalle, mientras él desde la otra los perseguia; y esa persona no podia, no debia ser un criado, tanto por ecsijir el papel que le destinaba mayor y mas espontáneo esfuerzo del que entonces á la jente comun se suponia, cuanto porque en medio de todo conservaba D. Alonso cierta esperanza remota, vaga, indefinida; pero esperanza al cabo, de que las apariencias le engañasen. Así es, así ha sido siempre el corazon del hombre.

Probada ya la necesidad del confidente, justifiquemos la eleccion que D. Alonso hizo de Valdestillas el mozo, considerando la situacion de Avila desde su propio, personal y especialísimo punto de vista.

Amigos valientes le sobraban: la raza española no escaseó nunca los hombres que tratan su vida como si fuera alhaja fácilmente reemplazable; y en México no estaban, ademas, estinguidos, ni mucho menos, el espíritu aventurero, la audacia temeraria, el desprecio á la muerte que caracterizaron á los conquistadores.

Tampoco carecia de amigos de los que se llaman íntimos, unos por la similitud de los caractéres, otros por la antigüedad de sus relaciones; pero este era indiscreto, burlon aquel, los mas jente alegre y regocijada, todos de profesion galantes....¿Cómo confiarles secreto de tal gravedad, sin correr el riesgo de que un dicho le comprometiera, una maliciosa sonrisa le agraviase, ó un *tolle-tolle* jeneral le pusiese en ridículo?

A la verdad tenia trato con algunos caballeros de formalidad notoria y discrecion á toda prueba: mas de esos era precisamente de los



que menos osaba confiarse; porque la galantería en aquellos tiempos no era incompatible con las enumeradas dotes; y, á juzgar por las apariencias, en la familia de los *mesurados* era precisamente donde Elvira debia de haber elejido su amante.

Entre otros pensó, y con mas fijeza que en ninguno, en D. Bernardino Pacheco de Bocanegra, caballero de gran linaje, y hombre por su reserva notable: pero la fama decia que, abrasado en amores por una dama cuyo nombre era para todos impenetrable misterio, á pesar de sus cuarenta años y de su gravedad, vivia al culto de Citeres consagrado.

"Ese misterio (pensó D. Alonso), las esquisitas precauciones que "Bocanegra toma para que sus aventuras sepulten el secreto mas pro-"fundo; y el ignorar quién sea su dama, yo mismo, yo, que sé de me-"moria los lances de amor pasados, que conozco los presentes y adi-"vino los futuros: ¿No me están á voces diciendo que ese hombre es "el que mi honor me roba?"

Dominado por esa idea, temeroso de todos, desconfiado hasta de sí propio, y en la necesidad, sin embargo, de abrir su pecho á otro hombre, pasó cerca de una semana en ansiedad indefinible, hasta que, al fin, la tarde que precedió inmediatamente á la noche en que á nuestros lectores le hemos presentado, tuvo la feliz ocurrencia (así lo creyó) de acordarse del jóven Valdestillas.

Este daba entonces su primer vuelo al mundo, sustrayéndose apenas á la férula de sus preceptores; las dotes de su alma noble y candorosa se revelaban sin artificio alguno; y en su inesperiencia era seguro que, lejos de burlarse de la angustia de su amigo, habia de compadecerle hondamente. Era ademas, D. Fernando, valeroso y discreto; aun no tenia dama, sabíalo muy bien Avila; y por consiguiente reunia todas las prendas necesarias para confidente de un marido *presunto infeliz*, y para segundo de un caballero que se proponia esterminar á sus enemigos *in virga férrea*.

Esplicadas las situaciones relativas de los principales actores, tiempo es ya de que al drama volvamos la vista de nuevo.

Al terminarse el diálogo con que dimos fin al precedente capítulo, hallábanse Avila y Valdestillas en una calle á la cual era perpendicular la que el primero habitaba, y á distancia de unos doscientos pasos de su entrada, precisamente en la esquina de otra á aquella paralela. Allí D. Alonso dijo á su jóven amigo:

—Marchad, D. Fernando, por aquí; dad la vuelta á la manzana; y colocándoos en la salida de mi calle, impedídsela á toda costa á los que huyendo de mi persona y espada se dirijirán, como de costumbre, por aquel punto. Pésame el comprometeros....

—No prosigais, le interrumpió el mancebo con voz entre iracunda y trémula; no prosigais, pues ¡viven los cielos! que aun cuando vos

no quisiérais habia yo de acompañaros y serviros en esta empresa con alma y vida.

—Sois el Fénix de los amigos. ¡Ea! Marchad, y por el cielo santo que no se os huyan los malsines.

—No harán tal, como sobre mi cadáver no pasen.

Con esto y apretarse estrechamente las manos, separáronse los dos amigos: D. Fernando á paso largo, requiriendo ya daga y espada; D. Alonso con las mismas precauciones, pero con menos prisa, aunque no con mas sosiego, para dar tiempo á que su segundo ocupase el puesto que señalado le habia.

Era la noche, como creo haberlo dicho, profundamente oscura: la caliente humedad del viento anunciaba una prócsima tempestad, y las calles estaban desiertas de jente pacífica.

Cuando Avila juzgó que ya D. Fernando debia de haber llegado á su destino, desembarazóse de la capa echándosela á la espalda, acabó de sacar la espada, y con la daga en la mano izquierda, por medio del arroyo, encaminóse resuelto á su calle y casa.

En la esquina se hallaba el centinela de costumbre que, apenas divisó el bulto, y echando á correr, dió un agudo silbido, el cual, como si eco tuviera, se oyó repetido en la opuesta bocacalle.

Valdestillas, que en efecto se hallaba ya á la altura conveniente cuando su amigo rompió la marcha, oyó el primer silbido, y distinguió la sombra del que en su esquina lo repetia: pero en vez de verse acometido como lo esperaba, tuvo que seguir al embozado que se internó en la calle de D. Alonso. Nada mas fácil de comprender que aquella maniobra: el principal personaje estaba, segun todas las probabilidades, dentro de la calle, departiendo amorosamente con doña Elvira; los dos acompañantes, amigos ó criados que le guardaban las espaldas, al dar el uno y oir el otro la señal de alarma, se replegaban al centro de su línea de operaciones para protejer al que mas importaba; pero sí, mientras D. Alonso se presentó solo, les fué útil semejante táctica, porque una vez reunidos los tres, emprendian juntos y sin obstáculos la retirada, desde el momento en que por ambos flancos fueron atacados simultáneamente, no les quedó mas arbitrio que el de acudir á las armas.

Y en efecto, mientras Avila en voz de trueno clamaba: *¡Sus! A ellos D. Fernando!!*—y el mancebo le respondia:—*¡Qué mueran ó se rindan!*—los tres incógnitos, desnudando con presteza los aceros, y agrupándose de espaldas unos á otros, se ponian resuelta y silenciosamente en defensa.

No omitamos una circunstancia importante: abierta estaba la reja, iluminada la estancia de doña Elvira, y ella detras de los hierros escuchando, ya que viendo no era posible, la escena de la calle con serenidad impávida.

Viéronla nuestros dos amigos, y á entrambos llenó de asombro tan pasmosa sangre fria, tan inverosímil cinismo; pero como la ocasion requeria mas la obra de las manos que las consideraciones del entendimiento, despues de un instante de inevitable indecision, acometieron denodadamente á sus tres adversarios. Resistiéronse estos con valeroso esfuerzo, y con la ventaja ademas de una espada, pero sin proferir un solo acento; y como ni D. Alonso, ni D. Fernando, ni doña Elvira, movian tampoco los labios, al que súbito contemplara aquel combate, pareciérale cosa de encantamiento mas que efecto de humanas pasiones.

Desde los principios de la lucha comprendieron Avila y Valdestillas que las habian con caballeros tan diestros en el manejo de las armas, tan serenos en el peligro, como ellos mismos: porque ni bravos, ni mercenarios, guardaran riñendo tan profundo silencio, ni esgrimieran los aceros con el conocimiento del arte y menos con la nobleza en el ataque y defensa que ellos lo hacian.

En la penumbra que el dudoso resplandor de una sola lámpara de plata producia en la estancia de doña Elvira, dibujábase severa y majestuosa la figura de aquella dama, pálida como un cadáver, inmóvil como una estátua, impasible como el Destino: tales nos pinta la escandinava mitolojía á sus sombrías deidades, apareciéndose en la atmósfera, oscuramente luminosa, de la luna en noches tempestuosas.

A los tres minutos de combate un *¡ay!* casi indistinto, y el sordo golpe de un cuerpo que al suelo caia, revelaron que ya el acero habia hecho fructuosamente su oficio; y, en efecto, uno de los tres enemigos de D. Alonso cayó herido por la espada de D. Fernando.

Entonces la esposa de aquel, no sin vacilar antes mas de una vez, llevose á los lábios el silbato de plata que pendiente de una cadena de oro llevaba al cuello, y era prenda que entonces suplia á nuestras modernas campanillas para llamar á los criados. Tres veces en tono agudísimo y particulares notas hirió al aire el son del silbato.

—¡Elvira!!! Esclamó al oirlo, en voz ronca de indignacion, uno de los dos combatientes contrarios de Avila; y este dijo al mismo tiempo á su segundo:—"¡Vitor, mancebo esforzado: ahora ya somos tantos á tantos!"

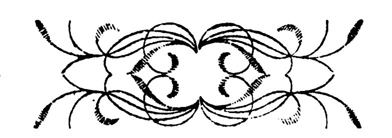
Doña Elvira, mientras los de la calle esgrimian sin descanso las armas, repitió hasta dos veces mas sus tres silbidos, que eran, á no dudarlo, señal convenida, aunque por ahora no sepamos con quien, y fueron alarma para los criados de su casa, pues que despertando sobresaltados, comenzaron á dar tales voces como si ardiese el barrio entero. Al mismo tiempo por entrambas las bocas de la calle acudieron armados y presurosos, en número prócsimamente de doce, varios desconocidos.

Hasta aquel momento los dos enemigos de D. Alonso habíanse limitado á la defensa de sus vidas, mas al ver ya herido de gravedad, al



parecer, á su compañero, al oir las voces de los criados, sentir los pasos de los que llegaban, y advertir que con luces comenzaban á asomarse á rejas y balcones los vecinos, comprendiendo sin duda que era llegado el momento de poner término á tal conflicto, hiciéronse á su vez agresores, y con tal denuedo, con habilidad tan consumada en el manejo de las armas, que nuestros dos amigos hubieron menester toda su destreza y serenidad para no sucumbir en el acto. Instantánea pero terrible fué la crísis: su término el mas inesperado de los desenlaces. La espada del que con D. Alonso reñia, manejada por un brazo de vigor estraordinario, en un mismo golpe desarmó al esposo de Elvira, y atravesando el recio coleto como si un delgado papel fuese, hízole sentir su helado contacto en el pecho. Caer D. Alonso herido á tierra; sentirse D. Fernando levantar del suelo por dos férreos brazos que le arrebataron tan fácilmente como el huracan á las secas ojas por el suelo esparcidas; llegar los desconocidos todos espada en mano al lugar del combate; decirles el vencedor de Avila: "*Ya es inútil: retirarse;*" y oirse una voz que clamando: "*¡La justicia, la justicia!*" hizo el mismo efecto en combatientes y curiosos que causa la esplosion de un tiro en una banda de palomas, todo fué obra de un instante.

D. Fernando, á quien las armas se le cayeron de las manos en el momento en que su invisible conductor se apoderaba de él, iba haciendo inútiles y desesperados esfuerzos para desasirse de las garras que aquel que llegó á juzgar demonio, por las calles de México, y llevado sin saber á donde; los vecinos retiraron luces y personas de las ventanas; los desconocidos llevándose el cuerpo ó el cadáver de su compañero, huyeron de la calle; doña Elvira cerró su ventana; y al llegar, porque en efecto la justicia acudia, al llegar, decimos, *Manuel de Villegas*, alcalde ordinario de la ciudad, con *Juan de Sámano* su alguacil mayor, solo encontraron al infeliz D. Alonso de Avila en su propia sangre bañado; porque sus criados, gritaron sí, mas no pudieron acudir en su ausilio, por hallarse cerradas las puertas de la casa, no parecer entre ellos las llaves, y haberles faltado el tiempo necesario para pedírselas á doña Elvira.





CAPITULO V.

MUTACION DE ESCENA Y PERSONAS.

LA misma noche del 23 de Abril de 1566, en que tuvieron lugar las ocurrencias que referidas dejamos, y poco mas ó menos mientras aquellas pasaban, comenzaron á reunirse en los salones de la casa, ó mas bien palacio, del Marqués del Valle de Guaxaca, algunas y principalísimas personas de México, que componian la habitual sociedad del hijo lejítimo y sucesor de Hernan Cortés, y de su esposa y sobrina la señora doña Ana Ramirez de Arellano.

Era el Marqués á la sazon un hombre de treinta á treinta y cinco años, parecido á su ilustre padre, mas como la traduccion en prosa se parece al orijinal poema; soldado valiente, pero sin jenio; aunque gran señor por su nacimiento y en sus maneras, hombre de los comunes en los pensamientos y preocupaciones; caballero por orgullo, y liberal por ostentacion; ambicioso de honores mas que de gloria; y de aquellos, en fin, que imajinan haber hecho de mas, por sí y por el mundo, con tomarse el trabajo de nacer y vivir. Criose en Castilla, sirvió en sus mocedades en Flandes, y habiendo allá alcanzado la graduacion de *Maestre de Campo*, equivalente á la actual de nuestros jenerales, y mas importante por menos prodigada, casose con doña Ana, hija de un pariente de su madre doña Juana Ramirez de Arellano y Zúñiga, y se retiró á México poco antes de la época á que en este cuento nos referimos, para gozar en paz de la consideracion y riquezas que, á costa de heroicos esfuerzos é increibles hazañas, conquistó su glorioso padre.

¿Es ventura ó desdicha hallarse el hombre así colocado en una posicion tan superior á sus propios merecimientos y personal capacidad? Para el necio, declaradamente necio, no hay desdicha posible mientras come y bebe; mas para esas intelijencias medias que entreven lo grande sin llegar á comprenderlo; que sienten su pequeñez sin acertar con los medios para ilustrarse, paréceme que la opulencia y la grandeza deben ser pesada carga. Eso no obstante, como el pasarlo bien será siempre el medio menos malo de pasarlo mal en este mundo, la verdad es que los caprichos de la fortuna, cuando injustamente eleva á alguno, son fatales realmente, no para el elevado, sino para aquellos que de él dependen, que en él esperan, y que su yugo moral ó efectivo á quebrantar no aciertan, ya por propio interes, ya por invencible afecto.

Tal era el caso para muchas personas en México con el marqués del Valle: su nombre representaba allí una gloria reciente y mal pagada; su persona era una especie de animado monumento de la conquista; y si, como á la columna de Trajano, como á todos los trofeos posibles, le faltaba el fuego sacro, su sola presencia bastaba á encenderlo en muchos corazones, y servia de pretesto á los ambiciosos para esplotar el comun descontento.

Bandera mas que jefe de un bando, complacíanle los honores que se le tributaban, y ante sus contrarios, justo es decirlo, representaba su papel digna y noblemente: pero en la intimidad con los suyos disimulaba mal cuán pesadas le eran las contradicciones inseparables de toda lucha, y por pereza ó debilidad, ya que no abandonase el baston de mando, asíalo floja y neglijentemente. En medio de eso, quisquilloso en puntos de etiqueta, como todo hombre de pocos alcances, no toleraba que se le faltase en lo mas mínimo á los ceremoniosos respetos que creia serle debidos; y con dejarse las mas veces guiar por sus áulicos y consejeros, afectaba con ellos mismos en ademanes y palabras, una superioridad de que estaba muy lejos.

Doña Ana, su esposa, era una mujer principal, como las mas de las principales de su época: ignorante, devota, de modales aristocráticos, entendimiento natural, ni grande ni escaso, condicion altiva aunque piadosa,

"*Y hermosura para el gasto,*
"*De su marido no mas,*"

como ha dicho cierto poeta. Jóven ademas y recien casada á la sazon, resentíase de cierto encojimiento que las mujeres solo pierden cuando, al pasar de capullos á desarrolladas flores, va el velo del pudor desvaneciéndose en su espíritu.

En el momento en que ante el lector la presentamos, hallábase la Marquesa en el sesto mes de su primer embarazo, abultada con esceso, y torpe y desazonada en consecuencia.

No crean los que en estas líneas fijen su atencion, que en el siglo XVI eran las tertulias diarias una costumbre admitida como en nuestros dias. Los castellanos, en siete siglos de continuas luchas con los hijos del desierto, habíanse contaminado con muchas de sus preocupaciones, y admitido no pocos de sus hábitos, así como los moros á su vez, tomaron algo de lo bueno y bastante de lo malo de los cristianos. Así en Castilla las casas particulares y el método de vida de las mujeres se resintieron no poco del réjimen del *Harem* musulman, y en Granada el *Harem* abrió sus celosías y relajó su claustral rigor para asemejarse á las mansiones de Toledo y Burgos. En resúmen: las damas españolas, cuanto mas nobles y ricas, mas retiradas vivian, por lo menos en la apariencia. Cuando no las arrastraba el coche, ó la silla de manos las trasportaba, un negro y tupido manto las envolvia en la calle; la dueña y el escudero eran de rigor en su acompañamiento; la morisca celosía interceptaba en sus ventanas los rayos del sol, ya que no el billete ni la persona, á veces, del amante: las visitas, fuera de los casos de solemnidad de antemano prevista y arreglada, eran entre mujeres sin mezcla de galanes; y, en una palabra: solo á hurtadillas en calles y paseos, solo de contrabando á la entrada ó salida de la iglesia, solo con riesgo del crédito en el terrero nocturno, se trataban los dos secsos fuera de la corte ó de los saraos de grande importancia.

La reunion, pues, ó la tertulia de los marqueses del Valle, era una novedad novísima y audaz por ellos introducida en México; novedad que acaso no osaran intentar ellos mismos en Castilla; y novedad, en fin, que servia de arma á los del contrario bando, de motivo de sospecha á los gobernantes, de causa de escándalo á los espíritus timoratos, de perjuicio á las casas de *conversacion* (*casinos ó clubs* de la época), y de gran contentamiento á los jóvenes de la nobleza en el bando del marqués afiliados.

D. Martin Cortés, como ya dijimos, habia servido en Flandes en sus mocedades, y añadiremos ahora que conocia tambien la Italia y la Francia. De los tudescos aprendió á comer y beber, como la sobriedad castellana no consentia mas que á los magnates que todo pueden osarlo; de los italianos tomó aficion á la música, al campo y á las fiestas nocturnas: de los franceses, en fin, el amor á la sociedad culta, al trato fácil y elegante. Con tales inclinaciones, una vez en México donde su posicion era casi réjia y, por tanto, permitia sacudir hasta cierto punto el yugo de las vulgares preocupaciones, montó su casa como la de un príncipe, dió en ella suntuosos banquetes y espléndidos saraos; tuvo fiestas de campo que deslumbraron á la muchedumbre, y estableció, por último, la diaria tertulia que ha de ocuparnos.

A ella, por decontado, no era admitido el *comun de los fieles*, sino los predilectos por su importancia aristocrática, ó su popularidad notoria,



ó su celo fanático por el bando; y en ella no reinaban, por cierto, la franqueza urbana, la cordialidad cortés que hay en alguno que otro privilejiado salon madrileño.

Nada de eso, lectores mios: en aquel tiempo cada cual representaba lo que era, no era ni mas ni menos de lo que representaba, y lo era y lo representaba desde que á la luz abria los ojos por la mañana, hasta que por la noche de nuevo se arrojaba en los brazos del sueño. Ahora nosotros consideramos que cada ciudadano tiene dos entidades: una *oficial* que le sirve para desempeñar en el Estado ciertas funciones, otra *social y real* dependiente esclusivamente, supuesto ya su ingreso en la sociedad culta y los medios de fortuna necesarios para sostenerse en ella, de su injenio, educacion y buena suerte. Pero en el siglo XVI ser marqués no era nunca, en ningun caso, lo mismo que no serlo: el tratamiento, el paso, el asiento, eran accidentes esenciales é inseparables de la persona; y la etiqueta dominaba en los actos mas íntimos de la vida, como en las ceremonias de la corte

Por eso el magnífico salon en que los marqueses del Valle recibian, adornado con el gusto caprichosamente clásico de la época del renacimiento, estaba dividido en dos partes desiguales: la mayor, desde la puerta de ingreso, á los piés de él, hasta los dos tercios de su lonjitud total, enlosada de jaspes indíjenas de estraordinaria belleza, y con taburetes rasos por asientos. En cuanto á la menor, el *estrado*, merece la pena de que para ella hagamos párrafo aparte.

Una tarima, elevada poco menos de media vara sobre el nivel del piso del salon, con dos gradas de lonjitud igual á la anchura de este para facilitar el ascenso á ella, defendida por una barandilla de plata maciza y cincelada por algun discípulo ó émulo de los *Arfes* de Córdoba, y cubierta con ciertos *Petates* ó esteras de paja y pluma, labrados con primor tan esquisito que los ojos y aun las manos se engañaban creyéndolos de fina seda, constituia la esencia del estrado, paraje reservado á las divinidades de aquel templo, y á los visitantes de alta esfera ó en estremo favorecidos. Todo al rededor de los muros corrian pilas de morunos almohadones, en damasco de seda aforrados, que servian de asiento y respaldo á un tiempo, y de cómodo lecho servir pudieran tambien en caso necesario.

En el testero del salon y estrado, un gran cuadro, de mano maestra por cierto, representaba, revestido de su armadura, con el baston de mando en la diestra, descubierta la cabeza, y la mano izquierda apoyada en la cimera del casco, que sobre un mapa de Nueva España se figuraba sobre una mesa, al gran conquistador de México, ya nevado el cabello, ya de profundas arrugas surcada la egréjia frente, pero siempre aquella mirada límpida, serena y trasparente, de águila imperial, siempre con aquella simpática espresion en el rostro que cautivaba á cuantos le conocian. A la derecha del de su padre estaba el retrato del marqués, tambien armado, mas á la Chamberga; y á

la izquierda otro, tan parecido al de Hernando, que sin la diferencia de los años, y la *barra de bastardía* que el blason de la casa cruzaba, fuera fácil confundirle con aquel. Era el último el retrato de D. Martin Cortés, el hijo de Marina, ya caballero del hábito de Santiago, comensal y amigo, ademas, de su menor y lejítimo hermano.

D. Martin hubiera sido un fiel trasunto de aquel á quien el ser debia, si la sangre mexicana de su madre no le diera mucha mas reserva, mucha menos espansion, mas gravedad aparente, menos vuelo en la fantasía que tuvo el ilustre estremeño. Callado, grave, paciente como indio; altivo, esforzado, perseverante como castellano, mirábanle igualmente bien los indíjenas, los mestizos y los castellanos. Su tierna madre le habia educado en sentimientos de amor y respeto á Hernando, tan profundos, tan intensos, que frisaban en los límites de la idolatría; y así D. Martin recibió como graciosos dones las pocas muestras de deferencia paternal que debió al conquistador, en sus últimos años con esceso aristocratizado, y como vergonzoso de las aventuras galantes de su juventud y edad madura, D. Martin, fiel administrador del marqués durante su ausencia, sin esfuerzo, sin trabajo alguno, se convirtió desde la llegada de aquel en una cosa como un primer ministro, ó si tan alto no queremos volar, algo como gran senescal, ó mayordomo mayor de su palacio. Por su parte el marqués, cuya índole era noble y buena, viendo á salvo el respeto debido á su persona y posicion, trataba y queria, en efecto, al hijo de la *Lengua*, como á los vínculos del estrecho parentesco que los unia era en razon debido.

Otro retrato del marqués, y al lado el de su ilustre esposa, figuraban (volviendo al salon) en el lienzo izquierdo, mirando al estrado, y por tanto delante de los balcones abiertos en el derecho, y que caian sobre la plaza mayor frente á la iglesia catedral.

He dicho que en derredor del estrado corrian pilas de almohadones, mas conviene advertir aquí dos circunstancias, á saber: primera, que habia ademas algunas sillas y taburetes sueltos para las visitas; y segunda y principal, que bajo del retrato del gran Cortés, que á sú vez, se hallaba so un pabellon que pudiera pasar por réjio dosel sin grandes esfuerzos de imajinacion, figuraban dos magníficos sitiales, esto es, sillones con banquillos y almohadas á los piés, aquellos cubiertos con paños de seda, y de terciopelo los últimos.

Conviene fijar un poco en esto la atencion; porque, si hoy cada cual es dueño de arreglar su casa como le parece, y disponer para su persona, si á mano viene, un altar con tabernáculo, salvo el pasar por loco, en los dominios del rey *Prudente* era cosa peligrosísima, en vida de aquel monarca poco amigo de burlas, darse mucha importancia sus felices vasallos. Y, para decir verdad, dos sillones de madera preciosa, tallados como por *Berruguete*, con dorados adornos enriquecidos, con franjas y pasamanos tambien de oro en los asientos; los



banquillos cubiertos, y encima las almohadas de terciopelo, cada cual con sus galones y borlas de áureo hilo igualmente; y todo eso sobre un estrado como aquel, y bajo el pabellon que hemos dicho, constituian un aparato que se parecia lo bastante al réjio sólio para que un inocente se engañara á primera vista, y un esbirro lo esplotase despues de bien considerado.

El alumbrado del salon consistia en bujías de esperma, cuya lùz se reflejaba en cornucopias con venecianas lunas enriquecidas; y en los dos ángulos opuestos á los del estrado ardia en braserillos de oro la aromática goma del *Copalli* (*copal* le llamaban los castellanos), embalsamando suavemente la atmósfera con sus ecshalaciones.

Sentada la Marquesa debajo precisamente de su propio retrato, conversaba con dos damas que á su lado tenia: la de su derecha, jóven de pocos abriles, graciosa trigueña, en cuyos negros ojos brillaba la fosfórica llama de sus nacientes pasiones; la de la izquierda una mujer que pasaba de los veinte y cinco años, de belleza indisputable, pero revelando en la aguileña forma de su nariz, como en el concentrado fuego de sus penetrantes miradas, una alma volcánica, un corazon enérjico, un carácter incapaz de yugo alguno.

Llamábase la primera *Leonor*, era andaluza, y aun no habia mes y medio ó dos meses que á México llegara, recien casada con Juan de Sarmiento, hidalgo ya secsajenario y antiguo capitan de caballos en Flandes, donde tuvo grande amistad con el Marqués del Valle. La razon que á pasar á la Nueva España le movió, fué que en la antigua tenia Leonor, antes de casarse con él, cierto galan de pocos años y muchas gracias, á quien los padres de la doncella no quisieron dársela porque era pobre; y como á Sarmiento no se le ocultaban sus muchos años, ni la juventud de su esposa, creyó conveniente interponer los mares entre ella y su barbilindo antecesor. Obtuvo, pues, de la corte que sobre las cajas de México se le consignase la módica pension que cuarenta años de buenos servicios le habian valido, y confiado ademas en el favor del marqués, dió consigo y con la linda andaluza en la América del Norte. El hijo de Hernan Cortés le recibió con cordial agasajo y particular distincion, y como marido y mujer eran, cual entonces se decia, de buen linaje, fué la última sin dificultad admitida en la sociedad de la marquesa.

En cuanto á la segunda de las damas de que queda hecha mencion, diremos que su nombre era el de *Catalina*, y su marido *Juan Ponce de Leon*, un caballero de gran familia, y *Encomendero* del pueblo de *Acama*, que quiere decir tanto como su señor vitalicio.

Pasando ahora á los hombres, el marqués, en cuerpo y descubierta la cabeza, paseábase fuera del estrado, llevando á su derecha un eclesiástico y á su izquierda un seglar. Era aquel *D. Juan Chico de Molina*, Dean de la santa metropolitana Iglesia de México, sacerdote con algo mas que asomos de profano, persona de buen diente y cabeza á

prueba del zumo de la vid, decidor entre hombres, galan á lo teólogo con las damas, flecsible, astuto, ambicioso, y ocultando bajo frívolas apariencias profundos designios.

En el seglar, cualquier mexicano de la época hubiera desde luego reconocido á *D. Luis de Castilla*, uno de los caballeros mas ricos y poderosos de aquel reino; pero solo tratándole con intimidad era posible descubrir bajo la helada corteza de su ceremonioso compasado aspecto, todo el calor que su alma atesoraba, todos los altos pensamientos que en su cabeza fermentaban. Aquellos dos hombres eran para el marqués, despues de su hermano D. Martin, absolutamente indispensables; ellos puede decirse que le gobernaban, pero como el vasallo á su señor, salvando siempre las apariencias de la sumision, guardando escrupulosamente las reglas de la etiqueta.

El eclesiástico vestia sus manteos de sarga de seda; D. Luis el traje severo del tiempo de Felipe II, cuya descripcion omitimos por innecesaria; el marqués, afectando siempre los hábitos de soldado, y usando de la liberaliad de un príncipe en su casa, iba de color á la flamenca.

Aquellas seis personas, dispuestas, como queda dicho, en dos grupos, el femenino en el estrado, y paseándose sobre el resbaladizo jaspe del pavimento el de los hombres, componian la tertulia y conversaban en voz baja en el instante en que rogamos al lector nos siga invisible, como el autor, á escuchar su plática.

—Por mas que otra cosa pretendais, señor Dean (decia el marqués entre mohino y dudoso), lo que habemos de hacer es conformarnos con la suerte, y dejar que el *Doctor Ceinos*, el *Doctor Villalobos* y el *Doctor Orozco*, gobiernen el reino segun mejor les parezca....

—Pero, señor Marqués, replicó el Dean....

—No hay *pero* que valga: eso hacen desde el año pasado de 64 en que murió el virey D. Luis de Velasco (Dios le tenga en su gloria); y eso harán hasta que el rey nombre quien le reemplace.

—Sí harán, interpuso gravemente D. Luis de Castilla, sí harán los señores de la audiencia, amen de humillar á la nobleza, y oprimir á los pecheros, y vejar á los indios, y escarnecer la memoria y descendencia del conquistador inmortal....

—¡Por el alma de mi ilustre padre! (esclamó colérico el del Valle) que si de otros labios que de los vuestros saliesen tales palabras, habian de costarle muy caras al que las profiriese en mi presencia."

Hizo Castilla como si no hubiera oido, y el Dean, tomando de nuevo la palabra con una sonrisa indefinible, dijo:

—Pues, señor marqués, ya que no en presencia de vueseñoría, al menos en la audiencia y en la plaza, donde puedan oirlo muchos, y repetirse en todo el reino, los oidores no se muerden la lengua para decir en voz alta que se engaña el marqués del Valle, si presume que la vara de la justicia no alcanza hasta su cabeza.

—Dean, la justicia no tiene que hacer con un caballero tan fiel súbdito como yo lo soy del *rey nuestro señor*.

—La justicia suele ser muchas veces la injusticia; y Felipe II está muy lejos de Nueva España para gobernarla bien. Ahora no tiene México mas rey que la junta de esos tres *sopistas capigorrones* que, salidos del polvo, quieren hacernos pagar á todos su inesperado engrandecimiento. Marqués, aquí no hay medio, ó doblar la cerviz ante la vara de los doctores, ó....¿Por qué he de decirlo yo, si vos no quereis oirlo?"

Al terminar D. Luis esas palabras, pronunciadas en voz baja, pero con enérjico persuasivo acento, el marqués, que estaba como en brasas, escuchando tan peligroso discurso, destacose súbito del grupo de los hombres y encaminose al de las damas.

Castilla, mirándole ir, con lástima y desprecio, dijo al Dean:

—"¡Es inútil! ¡Tiempo perdido! ¡Ah, si ese hombre tuviera los alientos del bastardo, ó el bastardo fuera lejítimo....!!!

—Tambien ese deseo es inútil, contestó imperturbable el clérigo; hay que tomar los hombres y las cosas como son. El entrará por vereda: la grandeza de nuestro plan le perturba el ánimo y ofusca los sentidos; pero cuando, poco á poco, le vaya perdiendo el miedo, vuesa merced verá que será preciso contenerle.

—¡Quizá! ¡Dios nos libre del valor de un cobarde!

—Silencio, D. Luis, no manchemos nuestra propia bandera.

Mientras los diágolos escritos tenian lugar, versaba el de las damas sobre cosas propias de su secso; pero si la marquesa las trataba, por decirlo así, de buena fé y con toda su alma, era fácil advertir que sus dos interlocutoras hacian visibles y no siempre útiles esfuerzos para dominar su distraccion y preocupaciones.

Leonor se movia de continuo en su almohadon, sin hallar postura que le conviniese, y daba tales vueltas á su abanico, que las aspas de un molino de viento pudieran envidiarle la lijereza.

Catalina, mas dueña de sí misma, pero tambien mas profundamente afectada, mordíase los delgados labios hasta hacerse sangre, volviendo como á su pesar y repetidas veces la vista hácia la puerta, cual si esperase á persona determinada.

En tal situacion se hallaban las damas, cuando el marqués se llegó á ellas con aire altaneramente galan y protectora cortesía, diciendo:

—Quisiera saber, señoras mias, de qué grave asunto tratan.

—¿Y quien le ha dicho al Sr. Marqués, contestó la andaluza, que tratamos de asuntos graves?

—El marqués (repuso éste, que lo que deseaba era una conversacion cualquiera para ponerse á cubierto de las saetas del Dean y de las apasionadas razones de Castilla), el marqués lo presume, bella Leonor, por el secreto con que ve hablar á las damas.

—Con eso no direis de aquí en adelante, se dignó esclamar la ilustre doña Ana, que las mujeres somos indiscretas y alborotadoras.

—Nunca tal dije de vos, esposa y señora....

—¿Con que las demas....? Preguntó, en son de picada y haciendo un jestecillo hechicero, la bella Leonor.

—Ni de vos bella niña, prosiguió el marqués, ni mucho menos me atreveria á decirlo de mi señora doña Catalina, que todavia no nos ha favorecido esta noche con sola una palabra de sus bellos labios."

En efecto, doña Catalina completamente abstraida en sus propios pensamientos, ó tal vez dominada por alguna involuntaria preocupacion, estaba, como vulgarmente se dice, á muchas leguas de la tertulia y estrado de los Marqueses del Valle; pero volviendo en sí, á la manera de quien de un pesado sueño despierta, esclamó:

—¿Qué deciais, señor Marqués? Perdonadme, pero estaba tan distraida....

—Cabalmente eso decia, señora; que esta noche vuestro hermoso cuerpo con nosotros está, pero el alma vagando por los espacios imajinarios.

—Doña Catalina, interpuso el Dean, que con Castilla acababa de subir al estrado, tiene siempre tan altos pensamientos que apenas se digna fijar la vista en nosotros, pobres mortales.

—Por Dios, señor Dean (replicó la interpelada, siempre con los ojos fijos en la puerta), que tenga vuesa merced caridad con una pobre mujer....

—¡Oh! Eso de pobre, dijo entonces D. Luis, mas por decir algo que porque la conversacion le interesase mucho; eso de pobre no pasa, señora mia, que pocas en México, fuera de las damas presentes, os igualan en belleza, que es el tesoro de las mujeres.

—¡Vitor por D. Luis! gritó el marques, gozoso con el jiro que la plática tomaba. Miren si es galan y en el decir injenioso, á pesar de su aire á veces adusto y siempre grave.

—Mas á todo esto, dijo la marquesa, aun no sabemos lo que tiene a nuestra doña Catalina tan pensativa.

—Y con la vista siempre clavada en la puerta, añadió maliciosamente la trigueña andaluza."

El efecto que en Catalina produjo tan brusco y directo ataque debió de ser grande, á juzgar por la palidez mate que cubrió instantáneamente su rostro, por el trémulo involuntario movimiento de sus blancos y sutiles labios, y por la mirada de víbora herida que lanzó á Leonor, la cual le hizo frente con una sonrisa que pudiera envidiar la Esfinje misma.

Aquellas dos mujeres, adelantada la una en la carrera de la vida, pisándola apenas la otra, se habian adivinado mas bien que conocido; aquellas dos mujeres, entre las cuales no mediaron, hasta el momento á que con nuestro cuento hemos llegado, mas relaciones que tro-



car pocas veces la palabra entre sí, y eso en presencia de tercera persona, y de cumplimiento, se sabian una á la otra de memoria, apreciaban con esactitud sus respectivas fuerzas, y se detestaban con toda el alma. ¡Cómo? ¡Por qué? Ellas mismas, aunque lo intentasen, no pudieran decirlo. En la mujer hay mas de sensibilidad, de instinto, de intuicion, por decirlo así, que de raciocinio y reflecion: la mujer ama ó aborrece, rara vez estima ó desprecia; sus pasiones no están por regla jeneral sujetas á cálculo; y en cambio todos sus cálculos son apasionados.

Mas, como quiera que fuese, el hecho es que la mirada de Catalina, y la sonrisa de Leonor, equivalian, y para ellas por lo menos equivalieron entonces, á una formal declaracion de guerra, y de guerra á muerte; pero, por lo mismo, entrambas pusieron cada cual su cara la mas amable, buscaron entre los tonos de sus respectivas voces el mas suave y melodioso, para continuar la conversacion pendiente.

—¿En qué pienso, y por qué miro tanto á la puerta, se me pregunta? Dijo la mujer de Ponce: voy á confesarlo. Pensaba en que ya se avanza la hora, y faltan los mas de nuestros amigos.

—Cierto, faltan casi todos, esclamó no sin visos de recelo el marqués. Castilla y el Dean cambiaron una mirada de intelijencia, y doña Catalina prosiguió:

—Ni vuestro hermano D. Martin, ni Carvajal, ni Estrada, ni Cabrera, ni Córdoba, ni....

—Es decir, ninguno de *nuestros* amigos, interrumpió apresuradamente el Marqués, ocultando el rostro al ecsámen de la impávida dama, cuyos ojos se fijaban malignamente en él al hacer su enumeracion; y ella entonces encarándose con Leonor, como un duelista cuando se prepara á tirar á fondo la estocada predilecta, añadió:

—Sobre todo, echo de menos al galan de los galanes....

—¡Ah! no pudo menos de esclamar la andaluza, cuya estremada juventud carecia aún del aplomo necesario en lides tales como la que imprudentemente habia provocado. Su enemiga, aprovechando diestra la ocasion, continuó diciendo:

—Y no soy yo sola quien le echa menos. ¿No es cierto, doña Leonor?

—Yo, señora, no sé de quien hablais.

—¡Ah! ¿No sabeis de quien hablo? Pues voy á decíroslo.

—No digais, no digais, interpuso el Dean: el galan de los galanes no puede ser otro que *D. Alonso de Avila.*

—Precisamente, contestó Catalina, guiñando graciosa é imperceptiblemente el ojo izquierdo, para que los circunstantes fijaran la consideracion en la grana que teñia las mejillas de Leonor, porque todavia en ella la sangre ejercia su natural oficio. Sin embargo, eran tan felices las disposiciones de la jóven esposa del anciano Sarmiento,

que recobrando su serenidad en breve tiempo, lanzóse resueltamente á la arena de este modo:

—Cierto que D. Alonso parece galan, pero no es estraño que mi inesperiencia no le reconociese aun por el retrato que de él se hacia, aunque debe de ser esacto saliendo de mano tan esperimentada y diestra como la de *nuestra* doña Catalina.

—En vos, Leonor bella, replicó la de Ponce de Leon, la natural perspicacia del injenio suple ventajosamente á los *pocos años* que de ventaja os llevo.

Parecióle al Dean, único hombre que á la sazon quedaba en el grupo de las damas, habiéndose Castilla de nuevo apoderado del Marqués, que la conversacion tomaba un jiro peligroso; y deseando por razones obvias que la discordia no penetrase bajo forma alguna, y menos que en otra cualquiera en la mujer hermosa, en el bando del Marqués del Valle, creyòse en el caso de terciar, diciendo:

—¡Válate Dios por niñas, y qué poca consideracion tienen con los que ya doblamos el cabo de la vida! ¿Quién habla de años, señor, en presencia de un hombre, que si no es viejo, tampoco mozo, ni mucho menos? Pero el hecho es que esta noche estamos demasiado solos para que sea sin causa.

—Habránse entretenido en la *conversacion*, con el juego; dijo la marquesa.

—Alguno se comprendería, pero todos es imposible, contestó Catalina, cada vez mas pálida, cada vez mordiéndose los labios mas sin misericordia.

—Ya lo oís, Marquesa, esclamó la andaluza; doña Catalina sabe que es imposible que *todos* se hayan olvidado de nosotras para atender al juego; lo cual prueba que le consta que *alguno*....

—¿Y quién, señora, si os place? Replicó Catalina irguiendo el cuello como el áspid á quien oprime planta imprudente....

En el mismo instante un lacayo del Marqués, abriendo de par en par las puertas del salon, como solo se hacia entonces para los personajes de mas importancia, dijo en voz sonora:

—¡D. Martin Cortés!

Los del estrado volvieron la vista al hijo de doña Marina que, con paso grave, pero con semblante alterado se les acercaba; el lacayo volvió á decir:

—¡D. Martin Suarez de Monroy!

Un caballero de bello aspecto y digno porte, pero ya en las canas denunciando que contaba mas dias que medio siglo, entró en pos del hermano del Marqués; y el lacayo por tercera y entonces última vez, dijo:

—¡D. Bernardino Pacheco de Bocanegra!

Entró el anunciado, cerráronse las puertas del salon, y mientras todos miraban á los recien llegados, doña Catalina, roja como una amapola, procuraba ocultarse el rostro con el rico pañizuelo que en las manos llevaba.



CAPITULO VI.

EN EL CUAL HALLARA QUIEN LO LEYERE, QUE SE VA TRABANDO LA MASA GRADUAL Y SUCESIVAMENTE.

La vida la pasan en conversacion todos aquellos de entre los humanos á quienes no condena su mala suerte á ímprobo manual trabajo, y aun los últimos tambien hablan mientras trabajan; por manera que, descontando á los sordo-mudos....—pero tampoco á estos, pues se entienden por señas—resulta que el hombre pasa la vida en conversacion, y cuando eso digo del hombre, figúrese el lector lo que pensaré con respecto á la bella mitad de nuestro feísimo secso.

Repito, pues, que la vida es una conversacion, y añado que, como una novela, no viene á ser, ó no debe ser por lo menos otra cosa que un verosímil remedo de la vida de ciertos personajes, ya históricos, ya parto esclusivo de la fantasía de su autor; quien escribe novelas hace conversaciones, compone dramas; y se sigue que la novela es un drama que solo se distingue de los que en público teatro se representan, en lo complicado y vario de la accion, lo largo del tiempo, el mayor número de actores, la libertad en los episodios; y sobre todo, en que la estension de las *acotaciones*, es decir, la *narracion*, escede en jeneral al diálogo.

Paréceme que he razonado bien, tan bien como si fuera abogado, que no lo soy por desdicha; y partiendo de las premisas que sentadas dejo, concluyo que, habiendo de referir á mis lectores una larga conversacion entre muchas personas, las reunidas en el salon del marqués del Valle, tengo por preferible la forma puramente dramática á la ordinaria de la narracion, en la cual no me es posible desaparecer



tan completamente de la accion que refiero como yo quisiera y á la ilusion conviene, y por otra parte habria de repetir incesante y molestamente las inevitables frases de *dijo fulano, replicó mengano, esclamó aquel, interpuso éste*, &c. &c.

En consecuencia, pues, ahora y siempre que necesario lo crea, me tomaré la libertad de dar forma puramente dramática á este escrito, que no por eso dejará de ser novela, buena ó mala segun lo dé el asunto de sí y mi escaso injenio alcance á escribirla.

Conocemos ya el teatro, y sabemos cuántos y cuáles son los actores que figuran en la escena, á escepcion de dos solos, cuyos retratos vamos á bosquejar lijeramente.

D. Martin Suarez de Monroy era un caballero, segun se decia, *criollo* de la Isla de Cuba, esto es, nacido en ella, de padres españoles, y que llegó á México unos dos años antes del de 1566, en que vamos con nuestra narracion. Hombre de unos cincuenta á cincuenta y dos años, de complecsion robusta, barba poblada, negra en sus tiempos y á la sazon entre cana, abundante cabellera tambien canosa, los ojos de águila, la mirada profunda aunque benévola, la boca chica y algo vueltos hácia fuera los labios, la frente espaciosa, y con un aire de cristiana conformidad, de melancólica resignacion en el conjunto de la fisonomía, que, con frisar ya el sugeto en los límites de la ancianidad, cautivaba, sin embargo, el afecto y hasta la veneracion de cuantos le veian. Debia de ser rico á juzgar por su casa, tren y liberalidad, sobre todo con los indios y los frailes de San Francisco. Jamas hablaba de su linaje, pero vestia el hábito de Santiago constantemente; conocia la Europa, la América y parte del Asia, como solo pueden conocerse los paises viajando por ellos con talento de observacion y grandes caudales; su conversacion era agradable, instructiva y siempre grave; sus relaciones con los grandes pocas, con el comun, y en particular con los indios, muchas. D. Martin Cortés y el marqués del Valle le conocieron en la celda provincial de San Francisco, cuyo prelado le trataba, no ya y solo con particular benevolencia, sino ademas con profundo respeto; y en breve Suarez de Monroy fué de los mas íntimos de la casa del conquistador.

El apellido Monroy era el de la abuela materna de Hernan Cortés, y el heredero de este, como gran señor de su época, muy dado á jenealójicas indagaciones, díjole un dia á la persona que nos ocupa:

—Debemos de ser parientes, D. Martin, pues que vuestro segundo apellido es el cuarto mio. Mi visabuela paterna era de la familia de los Monroies; con que, repito que debemos de ser parientes.

—Mucha honra fuera esa para mí contestó D. Martin Suarez, haciendo una profunda reverencia; pero pariente ó no de useñoría, es lo cierto que nunca tendrá el marqués del Valle ni amigo mas sincero, ni servidor mas resuelto que mi humilde persona."

Chocole al Marqués que aquel hombre no le diese mas importan-

cia á la posibilidad que él admitia de contarle entre sus parientes, pero la conversacion no pasó por entonces mas adelante; y como el provincial de San Francisco y su hermano D. Martin se deshacian sin cesar en elojios de Suarez, y este, como dijimos, tenia en sí el indefinible magnético don de la simpatía, el heredero de Hernan Cortés acabó por aficionarse sincera y profundamente á su persona. En cuanto al hijo de doña Marina, solo diremos que trataba á su tocayo el de Suarez y Monroy con tanta ó mayor deferencia que á su lejítimo hermano.

Dos palabras ahora en cuanto á D. Bernardino Pacheco de Bocanegra, que era un caballero de esclarecido linaje, y cortado como de intento para protagonista de una novela inglesa del jénero sentimental.

Alto, bien formado, de cuerpo flecsible, y con maneras tan llenas de gracia en los salones, cuanto varolines en la arena de un torneo; pálida la color, negros y rasgados los ojos, melancólica la mirada, voluptuoso el acento, poco hablador y menos sufrido, D. Bernardino hubiera podido rivalizar y quizá ventajosamente con Alonso de Avila, si su corazon volcánico y su ecsaltada fantasía no le predestinaran á ser víctima de las propias pasiones mas que á sacar provecho de las ajenas.

Hasta poco tiempo antes de aquel en que pasaban los sucesos que referimos, Avila y Bocanegra habian sido íntimos amigos; repentinamente, y por parte de éste, comenzaron á enfriarse sus relaciones. ¿Por qué? Ignorábalo D. Alonso, y no lo esplicaba D. Bernardino, negando ademas el hecho, y atribuyendo, ora á forzosas ocupaciones, ora á falta de salud, y otras veces á su habitual melancolía, el retraimiento que en él se notaba. La voz pública lo atribuia, y con visos de probabilidad, á una profunda pasion: mas quién era el ídolo de su culto, todos lo ignoraban.

Aparte de las dotes y singularidades que en él hemos enumerado, Bernardino de Bocanegra era hombre en México muy principal por su familia, riquezas y personal importancia: en la casa y bando del marqués del Valle mirado con particular predileccion.

Tales eran los dos caballeros que en pos de D. Martin Cortés dejamos entrando en el salon, al concluir el precedente capítulo de esta interesante, curiosa y verídica historia.

Cambiados con damas y caballeros los ceremoniosos saludos que entre jentes aristocráticas y de buena crianza ni escluyen la franqueza, ni por ella se dispensan, entablose desde luego la conversacion siguiente:

LA MARQUESA.

¡Tarde venis esta noche, hermano D. Martin!

DON MARTIN CORTÉS.

(Besándole la mano). Tarde, hermana y señora mia, y con malas nuevas que es lo peor del cuento.

EL MARQUÉS.

(Azorado). ¿Qué es eso de malas nuevas, D. Martin? Siempre he dicho yo que al cabo las habladurías....Pero nadie me hace caso, y hasta que yo....

DON LUIS DE CASTILLA.

Permítanos vueseñoría que oigamos al Sr. D. Martin, y luego podrá formar su juicio.

EL DEAN.

(Moviendo la cabeza en señal de disgusto). ¡Nuevas que D. Martin califica de malas....! ¡Dios nos asista!

EL MARQUÉS.

Hablad, pues, hermano, ¿á qué aguardais?

DON MARTIN CORTÉS.

Esperaba vuestra venia, señor mio.

EL MARQUÉS.

Por el alma de nuestro padre (Dios le tenga en su gloria) que no prolongueis el suplicio de la incertidumbre en que me tienen vuestros anuncios.

DON MARTIN CORTÉS.

La casa de nuestro glorioso padre, que su espada victoriosa hizo edificar sobre las ruinas del palacio de Moctezuma, se halla en este momento.... *(Mirando á las damas y señaladamente á la marquesa.)* Perdonadme; pero no sé si debo decirlo....

LA MARQUESA

(Poniéndose en pié con dignidad). Decid, decid: Doña Ana Ramírez de Arellano, aunque mujer, siente circular en sus venas la noble sangre de los condes de Aguilar, y en su pecho un corazon que hará frente á cuantos riesgos puedan amenazar á su esposo.

EL MARQUÉS.

(Enternecido, se acerca á su esposa, la ase por la cintura, y suavemente la obliga á sentarse de nuevo). Bien, mi dulce señora, bien: nadie, y yo menos que nadie, duda aquí de vuestro esfuerzo; pero el estado en que os hallais....

LA MARQUESA.

La serenidad de ánimo en los nietos de Hernan Cortés debe preceder á la vida misma."

Diciendo así, la marquesa apoyaba sobre su abultado vientre la mano derecha, y con la izquierda correspondia á la cariñosa presion de las de su marido que, en pié á su lado, la contemplaba en écstasis. D. Martin Cortés, por un movimiento involuntario, doblaba ante ella la rodilla; Suarez hizo el ademan de estrecharla contra su pecho, conteniéndose á duras penas y con los ojos arrasados en lágrimas; Castilla y el Dean mismo estaban hondamente conmovidos; Leonor y Catalina cuando menos lo aparentaban.

Es de advertir que aquel rapto de heróico esfuerzo de la marquesa era para los circunstantes tanto mas sorprendente, cuanto que en jeneral doña Ana vivia en prosa lisa y llana; pero si se atiende á las ideas poético-aristocráticas de la jente de alto linaje en su época, al justo orgullo que debia inspirarla la esperanza de perpetuar el linaje del vencedor de Otumba, y á la ecsaltacion santa que el amor maternal enciende siempre aun en los mas helados de los femeniles pechos, comprenderáse fácilmente lo que de otro modo pareciera inverosímil prodijio.

Algunas lágrimas de ternura, unas cuantas espresivas miradas, y tal cual suspiro, desahogaron los pechos; y restablecida la calma prosiguió el diálogo.

DON MARTIN CORTÉS.

Pues bien, hermana, vuestra casa se halla en este momento poco menos que cercada por los alguaciles, bravos, y otros esbirros de los oidores y sus parciales.

EL MARQUÉS.

¿Qué decis, D. Martin? Eso no es posible.

DON MARTIN SUAREZ.

Lo es, y tanto, señor marqués, que Bocanegra ha tenido que romperle los dientes á uno de ellos con el pomo de su daga.

CASTILLA.

¡Cómo! ¿Don Bernardino, han osado amenazaros?

BOCANEGRA.

(*Volviendo en sí de su profunda distraccion*). ¡Amenazarme! ¿Quién impunemente?

DEAN.

¡Por Jesucristo vivo, que atendais ahora á lo que se dice! Tiempo os queda despues para....



DOÑA CATALINA.

(*Interrumpiendo bruscamente*). Sí, D. Bernardino: contadnos lo que al entrar aquí os ha pasado.

BOCANEGRA.

La cosa, en mi entender, no vale la pena de que se hable de ella; al volver la esquina un hombre embozado se atravesó en mi camino: "*¿Quién va?*" le pregunto; y él, mostrando una vara, me responde: "*La justicia: deteneos.*" Era tarde, veniamos de prisa, seguí andando, tropezaron sus dientes con el pomo de mi daga, y deben habérsele roto algunos, porque el hombre salió bramando y á la carrera como un ciervo herido.

EL MARQUÉS.

¡Locuras, locuras, que acabarán por perderme!!!

SUAREZ.

D. Martin, que venia de hácia la parte de la catedral, tambien ha tropezado con una ronda; y yo, señor Marqués, que he llegado aquí por distinto camino que esos dos caballeros, he visto tambien alguaciles y jente armada.

CASTILLA.

Pues no sin causa, ó al menos sin pretesto, hace ese alarde de sus fuerzas el doctor Ceinos.

DEAN.

El doctor Ceinos es un maniquí que nuestros enemigos, es decir, los del marqués, manejan á su guisa.

MARQUÉS.

Pero señor, ¿por qué he de tener yo enemigos, si vivo en paz con Dios, con el rey y con su justicia?

SUAREZ.

Porque sois el heredero y representante del inmortal Hernan Cortés.

DON MARTIN CORTÉS.

Porque en vos vive y se refleja la gloria de nuestro padre.

CASTILLA.

Porque sois el príncipe de la nobleza mexicana.

BOCANEGRA.

Porque de vuestra parcialidad son todo lo noble, lo grande y lo bello de este reino.



LEONOR.

Los mas cumplidos caballeros.

CATALINA.

Los mas leales amadores.

LA MARQUESA.

Y porque en breve tendreis asegurada la descendencia.

MARQUÈS.

Bien, sí, todo eso está bien: pero con la alteza de mi alcurnia, la gloria heredada y la adquirida, la amistad de los nobles, el afecto de los buenos, y el favor de las damas, la verdad es que no tengo un instante de sosiego; que en mis propios Estados vivo como un bandido, siempre con zozobra, de continuo en alarma! Esta vida es insoportable, y si prosigue así me vuelvo á Castilla."

Miráronse unos á otros todos los circunstantes al oir las últimas palabras del marqués, como si dijesen:—*¡Qué hombre! ¡Qné hombre tan inferior á su posicion!*—Mas ninguno osó romper el silencio, sabiendo por esperiencia que, cuando el marqués se hallaba en tal situacion de espíritu, era inútil obstinarse en convencerle. Su ánimo, como el de todos aquellos con quienes no anduvo el cielo muy pródigo de injenio, una vez en él ecsaltado el sentimiento de la propia conversacion, encerrábase en el egoismo como la tortuga en su concha, y los tiros de la elocuencia mas sublime se estrellaban en aquella natural coraza, cual las olas del mar en la dureza de las abruptas rocas.

Callando, pues, todos, y paseándose ajitado y descontento de sí propio, como del resto del universo, el ilustre Marqués del Valle, abrióse de nuevo la puerta del salon, mas aquella vez de una sola hoja, y el consabido lacayo anunció á *D. Juan Ponce de Leon,* el Encomendero de Acama, el marido de doña Catalina allí presente.

Diremos en tiempo oportuno algo sobre aquel matrimonio, limitándonos ahora á indicar que vivian entre sí los dos esposos algo mas que tibiamente, y que él pasaba en el campo ó en su encomienda la mayor parte del año, mientras doña Catalina, por el contrario, rara vez salia de México. Ponce de Leon era honrado y caballero, mas poco cortesano: doña Catalina, superior á su marido en talento y en instruccion, complacíase en las intrigas palaciegas y detestaba las dulzuras del campo. Así, con ser Ponce parcial del marqués, ó pasar á lo menos por serlo, no se le admitia á la intimidad que á su mujer, la cual era tenida en tales asuntos por mucho mas importante que el marido. D. Juan, que por algunos dias era venido á México entraba en casa del marqués sin mas objeto que el de recojer á doña Catalina y retirarse á su casa, pues solo faltaba media hora para que la campana de la catedral sonase la *queda,* señal antigua de apagar

los fuegos, y entonces ya hora convenida para recojerse la jente casada y de buena vida.

Al entrar Ponce cada cual procuró desechar el aire de profunda preocupacion á que antes se abandonaba; Bocanegra palideció espantosamente, la bella Leonor que no le perdia de vista, sonrióse como ella sabia sola sonreirse, y Catalina se mordió sangrientamente los labios. El marqués, que no se creia obligado á dominarse por mundanales consideraciones, saludó lijeramente al recien llegado, y prosiguió paseándose sin disminuir ni una sola de las arrugas de su torvo ceño.

En aquel momento hubiera dado el hijo de Hernan Cortés una buena parte de su hacienda por hallarse en Flandes ó en Lombardía.

Dejémosle rabiar á sus anchas, y atendamos á la conversacion que se entabló en el estrado.

LA MARQUESA.

¿De dónde bueno, Sr. D. Juan?

PONCE DE LEON.

De aburrirme en la *conversacion*, señora marquesa.

MARQUESA.

¿Pues cómo así?

PONCE DE LEON.

Yo, señora, ya sabe vueseñoría que no soy muy cortesano: la conversacion me cansa, el juego no me divierte.

LEONOR.

¡Tanto os gusta el campo!

PONCE DE LEON.

Mas que nada: el aire allí es puro, la jente sencilla, la vida activa y compasada.... En fin, señora, si no temiera ofender á mis abuelos, diria que he nacido para labrador, mas que para caballero.

DEAN.

Amigo Ponce, no estais galante.

PONCE DE LEON.

Ya lo sé, y por eso le temo á venir á México, donde hay sobra de galanes intrépidos, discretos y afortunados!"

Ponce, hablando así, lo hacia con un acento de amarga ironía, tan mordaz y marcada, que llamó á todos la atencion. Su mujer clavó en él los ojos, no acertaremos á decir si con ira ó desprecio, pero sí que fué aquella una de esas miradas de mal agüero para quien

de blanco les sirve, de que rogamos á Dios nos ponga á cubierto.

El Dean viendo el jiro que aquello tomaba, que él solo entre los hombres atendia á la conversacion, y sintiendo la necesidad de evitar una escena conyugal de mala especie, tomó la palabra y dijo:

DEAN.

¿Y qué se dice de nuevo en la *conversacion?*

PONCE DE LEON.

Ahora mismo acaba de entrar Juan de Villafaña contando estupendas novedades. ¡Delicias de las ciudades! Galanteos que á unos cuestan la vida y á otros la honra.

MARQUESA.

¿Y qué novedades son esas? Contádnoslas por vida mia.

PONCE DE LEON.

Procuraré complacer á useñoría, aunque á decir verdad no presté grande atencion á lo que decian.

CASTILLA.

(*Acercándose al grupo de las damas rápidamente*). Contad, contad, quizá eso nos esplique....

PONCE DE LEON.

No podrá esplicaros mas que lo que de memoria debeis ya de saber, D. Luis amigo: que no hay en México casa sin reja, reja sin dama, dama sin galan, ni galan sin espada y daga. De los maridos no quiero decir....

MARQUESA.

Pero, en fin, D. Juan, ¿quereis ó no contarnos esas novedades?

PONCE DE LEON.

Juan de Villafaña dijo allí que acababa de encontrarse al alguacil mayor de la ciudad, Juan de Sámano, el cual le refirió que en la calle que habita D. Alonso de Avila....

LEONOR.

(*Involuntariamente*). ¡En su calle!

PONCE DE LEON.

Pues, en su calle; habia habido voces y cuchilladas, pero que al llegar Sámano y el alcalde con la ronda, solo hallaron al mismo D. Alonso bañado en su sangre y mal herido al parecer.

LEONOR.

(*Perdiendo el color*). ¡Ah! ¡Infeliz!

CATALINA.

(*Sonriéndose y con afectada ternura*). ¿Qué teneis, señora?

LEONOR.

(*Mordiéndose á su vez los labios*). Nada, señora: proseguid, D. Juan.

PONCE DE LEON.

Poca cosa es lo que por decir me queda: las indagaciones de la justicia han sido hasta ahora inútiles: los maestros han dicho que D. Alonso de Avila no se halla en estado de declarar; y se le ha dejado en su propia casa preso con alguaciles de vista. La ciudad se ha puesto en vela.

EL MARQUÈS.

(*Suspirando como si de un gran peso le libertaran*). Ahora ya se esplica vuestro encuentro con los alguaciles, y gracias al cielo nada tiene que ver conmigo: D. Alonso de Avila vive no lejos de esta casa. ¡Pobre mozo! Dios le saque con bien.

CATALINA.

¡Y no se ha sabido nada del oríjen de esa desgracia?

PONCE DE LEON.

Una mala lengua dijo allá en la conversacion, que en México quien habia de velar no era la *ciudad*, sino los maridos.

SUAREZ.

Bien decis llamando mala lengua á quien tal blasfemó en esta ocasion. La mujer de D. Alonso es incapaz hasta de un mal pensamiento.

PONCE DE LEON.

Creolo porque vos lo decis, y porque basta ser él mal marido para que ella sea buena esposa.

SUAREZ.

(*Aparte al marqués*). Despedid, si podeis, á Ponce y á las damas, que hay mas en el negocio de lo que parece, y no es para dicho, sino con gran reserva.

MARQUÉS.

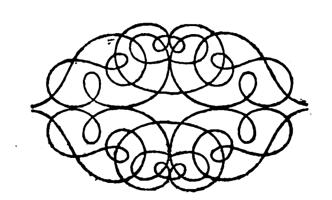
(*Aparte á Suarez*). ¡D. Martin! ¡Tambien un hombre de vuestra cordura y años pretende....

SUAREZ.

(*Siempre aparte*). Pretendo solo serviros y ensalzaros. Haced lo que os digo, señor marqués, que ha de estaros bien.

Precisamente en aquel punto de la conversacion comenzaron á sonar los compasados golpes de la *queda*: Ponce de Leon y su mujer se retiraron los primeros; Leonor, cuyo marido estaba á la sazon ausente, lo hizo en seguida en una silla de manos, alumbrada y escoltada por los criados del marqués; la esposa de éste se retiró á su estancia mientras se disponia la cena; y los hombres se quedaron, en fin, solos en el salon.

Suarez, que esperaba impaciente aquel momento, tomó la palabra y dijo.... Pero antes de referirlo, ¿no será conveniente que nos informemos de la suerte del jóven D. Fernando de Valdestillas á quien dejamos en tan singular posicion, capítulos hace? Sí, vive Dios: razon es que á él volvamos, siquiera por ser jóven, galan y valiente.





CAPITULO VII.

DE UN PASEO FORZADO A HOMBRE O A DIABLO, Y DE UNA CONFESION IN ARTICULO MORTIS.

Diferentes, variados é injeniosos medios artificiales de locomocion ha inventado el hombre, desde que de su historia conserva recuerdo hasta los venturosos tiempos que alcanzamos, con el objeto ya de economizarles trabajo á sus piernas, ya de suplirlas cuando mal ó torpemente funcionan, ora para ganar en la celeridad de la marcha lo que en la lonjitud del viaje se perdiera de tiempo, ora, en fin, simplemente para tener el gusto de variar de sitio y hasta de pais sin esfuerzo alguno.

Los pobres patriarcas, para viajar, arregazábanse la túnica, apretábanse la cinta á las caderas, calzaban las sandalias (hoy alpargatas), asían del báculo, y llevando las provisiones en un morral, ya estaban listos; despues el asno, el caballo, el camello, la mula y hasta el elefante, cargaron con el hombre; las andas, el palanquin, la litera, la silla de manos, mas ó menos imperfectas, precedieron á los carros; estos, insistiendo sobre su eje, y con dos ruedas solas, han campeado siglos sin rivales, hasta que aparecieron los coches, primero modelados sobre el arca de Noé, y ya en nuestros dias cómodos, lijeros y elegantes, salvo los de alquiler; en fin los ferro-carriles han convertido al hombre en poco menos que proyectil, que, lanzado en un wagon de Paris, se encuentra, sin haber tenido tiempo para comprender que viajaba, á las doce horas en la populosa capital de la soberbia Albion.

Pero á todos esos medios de locomocion ha precedido otro, destinado casi esclusivamente al uso y comodidad de la infancia, quiero de-

cir: los brazos del hombre y mas frecuentemente los de la mujer, que han servido, sirven y han de servir á los niños de carroza y cuna, desde el oríjen de los siglos, hasta que se invente el medio de hacer entender razon á nuestros débiles cuanto ecsijentes tiranuelos, los humanos en fárfara.

D. Fernando de Valdestillas, sin ser erudito, ni mucho menos, en punto á mecánica aplicada á la locomocion de los seres racionales, sabia, sin embargo, todo lo que dejamos escrito en la materia, á escepcion de lo relativo á los ferro-carriles, que aun no se habian entonces inventado: pero creyendo que los *brazos* no debian de emplearse para llevar á niños de su edad y corpulencia, no solo se desesperaba viéndose, como si fuera de leve pluma, trasportado de calle en calle y á paso de correo, sino que, dudando en su orgullo de que á criatura racional le fuera dado obrar aquel prodijio, al cabo de algunos minutos llegó á imajinar que de él se habia apoderado alguno de los ministros del enemigo comun del linaje humano.

Semejante idea, que hoy avergonzara al mas menguado de los habitantes de nuestro suelo, era en aquel siglo moneda corriente y tan recibida que, con formas judiciales, relijioso aparato y cristiana edificacion del vulgo, se encausaba, se daba tormento, y se quemaba en público brasero á no pocos infelices, *convictos y confesos*, que es mas, de pacto con Satanás, de volar por los aires montados en palos de escobas, y otros crímenes de no menor cuantía y verosimilitud.

Para consuelo del lector filantrópico y tierno de corazon á quien horroricen las inquisitoriales matanzas, debo decir que, como nada hay tan malo que de algo bueno carezca, tenia aquel sistema la ventaja indudable de disminuir considerablemente la plaga social conocida con el nombre de *viejas;* porque en ellas con especialidad se reclutaba el escuadron de las encorozadas, relapsas é impenitentes brujas, al brazo seglar relajadas.

Pero, volviendo á mi asunto, Valdestillas, que no sin razon presumia de sus fuerzas y ajilidad, me parece disculpable dejándose dominar en la situacion en que tan sin misericordia le tenemos, por las supersticiosas ideas de su siglo, y el lector hará bien en no reirse del pobre mancebo cuando le digamos que, vista la inutilidad de sus esfuerzos para desasirse de los brazos que, como en un cepo, le sujetaban, acudió fervoroso á implorar el favor del cielo, y especialísimamente el de la *dulce señora, abogada nuestra,* de quien era particular y sincero devoto.

No avergonzaba entonces el temor de Dios á los mas valientes; la devocion, por regla jeneral, ni se ostentaba ni se escondia, porque era el pan cotidiano, la manera de sér de todos, lo mismo del católico que del protestante, que del judio, que del mahometano. Variando la forma de espresarlo, el sentimiento en su esencia era uno mismo; la humanidad era creyente; la fé el elemento y vínculo social

mas poderoso; y el fanatismo, la intolerancia, los horrores mismos de las guerras de relijion, si prueban el estravío de aquel sentimiento, no contradicen por cierto su ecsistencia. Si hemos ganado ó perdido en que el *escepticismo*, es decir, *la duda*, reemplace á la *fé*, que es lo mismo que la *certidumbre*, esacta ó equivocada, eso al novelista no le toca resolverlo: bástele para su propósito indicar los hechos y sentar las premisas, deduzca cada cual á su placer las consecuencias.

Ello es que D. Fernando, despues de haber peleado valerosamente al lado de su amigo D. Alonso de Avila, y de hacer, aunque inútilmente, cuanto en su mano estaba para libertarse del hombre ó demonio que en sus brazos le tenia preso, todo menos dar voces, porque tal recurso le pareciera con razon indigno de hombre casi barbado, puso en Dios la confianza, y abandonando el cuerpo á su estraordinario conductor, dirijió en voz baja sus plegarias á la reina de los ánjeles, amparo y consuelo de todos los aflijidos.

Pero ¿cuál seria su sorpresa, cuando al terminar la primera oracion, rezada, como dijimos, en voz baja, mas no tanto que quien en brazos le llevaba no pudiese oirla, el que á juicio de D. Fernando debia de ser espíritu de tinieblas, pronunció un devoto *amen* que pudiera envidiarle el mas cristiano de los sacristanes de México?

—"Hombre, esclamó entonces Valdestillas; pues que tal eres, y cristiano ademas, conjúrote por todos los santos del cielo, á que en tierra y libre me dejes; que yo te prometo no tomar venganza del agravio que me haces."

Al oir aquel apóstrofe, que involuntariamente nos recuerda al portugués que, embarrancado en un pantano, le ofrecia á un castellano *perdonarle la vida*, si á tierra firme le sacaba, hizo alto un instante el portador de D. Fernando, y creyó este que el momento de su libertad era llegado; mas el desconocido, ó lo reflecsionó mejor ó no habiéndose parado mas que para tomar aliento, al cabo de pocos segundos emprendió de nuevo su carrera.

De diez minutos á un cuarto de hora duró aquella en su totalidad, y verdaderamente parecerá imposible que humano pulmon la resistiese con carga tan pesada y poco manuable como un robusto mozo de veinte años, mal su grado sujeto y conducido; pero tenga el lector un poco de paciencia, que á su tiempo le satisfaremos las dudas y disiparemos los escrúpulos con hechos y razones bastantes á convencerle.

Al cabo del tiempo que indicado dejamos, en cierta oscura y no muy ancha calle del arrabal de *Tlatelolco*, cuando menos lo esperaba D. Fernando púsole en tierra su conductor con el mismo esmero y delicadeza que una cariñosa nodriza al niño que comienza á echar los primeros pasos; y dando simultáneamente un salto atras con toda la flecsible lijereza del tigre mismo, quedó fuera del alcance de los brazos del hijo del comunero.

Si aquel fuera entonces dueño de su espíritu y fuerzas, es posible que el desconocido pagase cara la burla, á no salvarle la lijereza de

los piés: mas Valdestillas tenia el ánimo preocupado, la cabeza trastornada, las piernas entumidas y los brazos como paralizados.

Tuvieron, pues, la razon para hacer su oficio, y la prudencia para que su voz fuese atendida, el tiempo necesario; y así D. Fernando, despues de un minuto de reposo rompió el silencio diciendo:

—"¿Quién eres tú que de tan estraña manera me has sacado de en medio de mis enemigos? ¿Por qué lo has hecho? ¿A dónde me has traido? Esplícate de una vez, y sepa yo cómo he de tratarte, si como favorecedor ó como adversario."

Aunque la noche era oscura y el desconocido estaba á cuatro pasos de distancia del que le hablaba, podia este distinguir el perfil, la *Silhouette* dirian los franceses, de un hombre apenas vestido, que apoyándose sobre sus delgadas pero nervudas piernas, á medio doblar entonces como las del silvestre Danta cuando á saltar de borde á borde de un precipicio se prepara, con los brazos caidos, las manos cruzadas, y encorvado hácia delante el cuerpo, le contemplaba fijamente con ojos cuyas pupilas, dilatándose á la manera de las del gato en las tinieblas, parecian encendidos carbones.

—"¿No me respondes? Insistió el mancebo. ¡Ah si yo tuviera mis armas!"

Apenas habia pronunciado tales palabras, cuando sintió á sus piés un sonido metálico, y bajándose recojió, con la sorpresa fácil de imajinar, sus propias daga y espada, que indudablemente acababa de arrojarle el desconocido.

—"¡Mis armas! esclamó: ¿Y eres tú quien en esta soledad y al parecer desarmado me las devuelve? ¡Hombre ó demonio, quien quiera que seas, habla de una vez ó...." Un ademan de amenaza suplió la interrumpida frase; pero el desconocido ganó terreno á retaguardia, dando un enorme salto, sin perder de vista al mancebo; y este, comprendiendo que de nada la servirian los fieros con aquella criatura singular, si no ser fantástico, contúvose súbito, diciendo:

—"Detente, detente y nada temas de mí. Confiésote que hice mal en amenazarte con las armas que acabas de devolverme jenerosamente; pero ¿por qué te obstinas en guardar silencio? ¿Por qué no quieres completar el beneficio que probablemente acabas de hacerme, aunque por estraños modos?"

Dió la figura incógnita dos ó tres pasos á su frente acercándose á D. Fernando, mas sin mover los labios, y sin perderle de vista ni un solo instante.

—"Bien, veo que vas teniendo en mí mas confianza; pero nada adelantamos si no me hablas. Escucha: á fé de caballero te prometo respetar tu persona, y desde ahora te otorgo la recompensa que me pidas, como esté á mi alcance, no empezca la honra, y á la salvacion de mi alma no perjudique.

—¿Juras? Murmuró entonces mas bien que dijo el desconocido.



—Sí, respondió D. Fernando, gozoso ya con la esperanza de aclarar aquel misterio; sí, lo juro por mi fé y por mi honra."

Apenas habia acabado el noble mancebo de pronunciar esas palabras, cuando ya el desconocido estaba á sus piés, humilde y de rodillas, diciendo en vos sumisa y con acento contrito:

—¡Amo chiquito, perdonas á pobre Cristóbal?

—¡Cómo! prorumpió mas asombrado que nunca Valdestillas. ¿Eres tú, Cristóbal? ¿Tú has osado?.... En fin, levántate y sácame del laberinto de confusiones en que me has puesto; que yo sé de tu cariño y honradez que al menos las intenciones buenas las habrás tenido.

—Cristóbal, quieres al amo chiquito, como á niño de Dios de franciscos.

—Mal hecho, pobre ignorante; Dios ha de ser siempre antes que la criatura; pero dime, ¿cómo supiste donde yo me hallaba esta noche?

—¡Oh! Serpiente muy astuta; la serpiente arrastra por suelo, siente pista....

—¡Cristóbal, tengamos en paz la fiesta! ¿Cómo supiste donde estaba?

—Eso estar secreto de Cristóbal.

—¡Secretos para tu amo, miserable!

—Cuando indio jura, indio cumple, aunque das fuego amo chiquito.

—¿Y has jurado no revelarme cómo supiste mi paradero?

—Cristóbal jura no revelar á nadie.

—Bien, no quiero yo que por mí faltes á tu juramento. Lo que no entiendo es cómo han podido decirte lo que yo mismo ignoraba.

—D. Alonso saber.

—A nadie mas que á mí se lo dijo.

—D. Alonso rondar calle suya muchas veces solo; hombre de calle escapar siempre porque D. Alonso solo: y cuando D. Alonso venir hoy á buscar amo chiquito, serpiente que estar astuta, comprender que D. Alonso quieres que amo chiquito acompaña....

—Bueno es saber que la serpiente tiene tales oidos y tan prespicaz olfato para guardarse de ella. ¿Y por qué me has seguido?

—¡Oh! Serpiente saber que D. Alonso y amo chiquito encontrar con hombres que estar, como el *Tlacocelotl* (1) bravos y fieros, y querer defender amo chiquito; pero Sr. Millan querer tambien....

—¿Con que Millan te mandó seguirme?

—¡Señor Millan, mucho bueno con amo viejo y amo chiquito!

—Bueno está; prosigue tu relacion.

—Cristóbal llegar tarde, pero ver llegar hombres armados contra amo chiquito: Cristóbal oir justicia viene, y como justicia prende, sacar amo chiquito....

—¿Y mis armas?

(1) El *Tlacocelotl* es un cuadrúpedo indíjena de Nueva España y casi déntico al tigre africano.

—Cristóbal cojer del suelo al escapar; porque guerrero noble no dejar armas en el campo nunca.

—Bien, Cristobal; pero, ¿dónde estamos?

—Estar en *Tlatelolco*, amo.

—¡En el arrabal! ¿Y por qué tan lejos?

—Alguaciles y señor alcalde correr la ciudad.

—Todo lo has previsto; y aunque no he quedado muy airoso abandonando á un amigo herido.—¡Pobre D. Alonso! ¿Quién sabe si muerto?—te lo perdono en gracia de las buenas intenciones. Vamos á México.

—Mucho pronto, amo: alguaciles no recojer todavía, y si encontrar amo chiquito armado....

—¿Qué tienen que ver conmigo los alguaciles, no habiéndome encontrado en la pendencia? ¿Soy yo, por ventura, algun bandido, para no poder andar por las calles de México?

—Amo chiquito mandar, Cristóbal obedecer; pero señor alcalde no querer amo chiquito.

—¡Ola! ¿Tambien sabes eso, serpiente? ¿Quién te lo ha dicho?

—Secreto, secreto: señor alcalde saber que amo chiquito hablar mal de audiencia, y estar amigo de señor marqués; y señor alcalde sospechar que amo viejo....

—¿Qué estás diciendo, Cristóbal? ¿Manuel de Villegas se atreverá á poner la lengua en mí y en mi padre?

—¡Oh! ¡oh! Señor alcalde querer poner manos, y poner grillos en amos; porque decir que estar *desleales*, como señor marqués....

—¡Infames! Acabarán con nosotros, si antes....

—Antes, amo chiquito, antes acabar con señor alcalde y con audiencia; y ya estar tarde....

—Silencio, Cristóbal, que eso ya de astucia de serpiente pasa á audacia de leon jeneroso.

—México estar muy grande imperio, si México tener emperador.

—Pero no le tiene.

—¡Oh! ¡Hernan Cortés estar mas grande que Moctezuma!

—¡Hernan Cortés ya no vive!!!

—Marqués estar hijo de Hernan Cortés.

—¿Y dónde está el ejército de los conquistadores?

—Valientes caballeros tener el marqués por amigos: en Anáhuac haber indios guerreros.

—Basta, Cristóbal, que las paredes oyen. Veamos ahora á donde vamos, que es lo que importa."

Si el lector estraña la importancia de la conversacion á que se prestó D. Fernando con el pobre Cristóbal, rogámosle reflecsione que el indio habia, por decirlo así, criado al hijo del comunero, siendo su acompañante y protector desde que salió de los brazos de la nodriza hasta que, pocos meses antes de la noche en que nos hallamos, fué

por su padre emancipado hasta cierto punto. Por otra parte, Valdestillas el mozo era como todo jóven, espansivo, y él de suyo de blanda y apacible condicion; y á mayor abundamiento en aquella época, por lo mismo que las categorías sociales estaban poderosamente limitadas cada una á su esfera, sin que la confusion fuese fácil, los altos huian menos de los bajos, los grandes nada arriesgaban en familiarizarse con los pequeños. Pero hay mas: la familia conservaba entonces todavia mucho de las costumbres patriarcales, y los criados, perpetuándose, ó poco ménos, en el servicio doméstico, formaban parte integrante de ella, adquiriendo así mayor libertad en el trato con mas profundo afecto á sus amos. Hoy la servidumbre doméstica es una profesion accidental en quien la ejerce, un medio de llegar á ciertos fines; y por eso el criado considera á su amo como una mina que esplota, ó una venta donde hace alto en el camino de la vida; el amo al criado como á inescusable enemigo.

Pero basta de razonamientos y digamos que, despues de una breve conferencia con Cristóbal, enderezó D. Fernando los pasos, no á México, sino á una casa de campo que en las cercanías poseía el comunero; mientras el indio, lijero y con andar cual el del gato cauteloso, regresaba á la casa paterna para tranquilizar al anciano Valdestillas sobre la suerte de su hijo.

Ahora, usando de nuestro imprescriptible derecho de vagamundos, á son del silbato, mudamos súbitamente la decoracion y nos trasladamos á lo interior de cierta casa de México, no muy distante por cierto de la de D. Alonso de Avila; y en un retirado aposento de ella, hallaremos sobre cierto lecho, ni aseado ni rico, tendido á un hombre con el pecho cubierto de sangrientas vendas, trabajosa la respiracion, contraidos los músculos del semblante, lívida la color, apagado el fuego de los ojos, cárdenos los labios, con todos los síntomas, en fin, precursores de una prócsima agonía.

Una sola lámpara de azófar iluminaba la estancia, emponzoñando su atmósfera con las fétidas ecshalaciones del malísimo aceite que la alimentaba. A la cabecera del doliente una especie de dueña, con todas las trazas posibles de mercenaria, repasaba entre sus descarnados dedos las cuentas de un grueso rosario; y en frente al lecho, de pié, con los brazos cruzados y oculto el rostro por un antifaz negro de tafetan, habia un hombre á quien el enfermo contemplaba con el mismo espanto que si viese á Luzbel, esperando el instante del triste apartamiento del alma y el cuerpo, para apoderarse de aquella.

Esto sucedia, poco mas ó menos, á la hora de *la queda*, es decir, cuando las damas abandonaban el salon del marqués del Valle, quedando solos en él los caballeros.

Los sordos lamentos del herido, la compasada respiracion del hombre del antifaz, acompañada de cierto movimiento acelerado de su pié izquierdo, signo visible de mal reprimida impaciencia, y una es-

pecie de graznido subterráneo con que amenizaba la dueña el repasar de las cuentas del rosario, eran los únicos rumores que el sepulcral silencio de la estancia en que ahora nos encontramos interrumpian; en el resto de la casa no debia de haber habitantes, ó si en efecto los tenia, eran jentes, como los cartujos, silenciosas.

Sentíase, pues, como se dice vulgarmente, volar una mosca, y así cuando ya despues de media hora de aquel tristísimo sosiego, sonó el rechinar de una puerta, y luego se oyeron en la escalera los pasos de dos personas, aunque aquel rumor fué casi imperceptible, y los pasos tales como un ladron nocturno los procura; el hombre del antifaz, la dueña y el herido, fijaron simultáneamente los ojos en la entrada de la tenebrosa estancia. Sus temores ó esperanzas no salieron fallidos: pocos segundos habian pasado cuando entraron, en efecto, delante un segundo embozado con su antifaz correspondiente, detras un relijioso domínico con el hábito de su órden, y demostrando en el semblante mas inquietud por su persona que por la salud de aquel á quien á visitar iba.

—¡A Dios gracias! Dijo en tono brutal, pero en voz baja, el primero al segundo embozado. Creí que la tierra se te habia tragado, ó la semilla de los frailes desaparecido de México.

—He tenido que ir lejos; á San Francisco ya sabes que nos prohibieron....

—Bueno, pero en cerca de dos horas, voto á Cristo....

—Los reverendos padres dormian todos á pierna suelta....

—Echar la puerta abajo.

—¡Eso y alborotar el barrio, y traer sobre mi alma la ronda! Y á fé que faltan alguaciles y soldados esta noche en las calles de México! No, amigo, no: he tenido que tomar el negocio blandamente, y ya ves que no me ha salido mal, pues aquí está el fraile.

—¡Maldita la necesidad que de él teniamos!

—Tú y yo, á Dios gracias, ninguna; pero ese pobre....

—Lo mismo se morirá con él que sin él.

—Cierto; pero entre salvarse ó pasar la eternidad en las calderas de *Pedro Botero*....

—¿Qué importará un condenado mas ó menos?

—¡Impío! Los herejes de Flandes te han contaminado....

—¡Hipócrita! ¿Cuántas veces te has bautizado?

—Tres ó cuatro, no lo tengo ahora presente; pero ya sabes que soy buen soldado en esto de cumplir las órdenes de mis cabos y capitanes. Nuestro príncipe, que príncipe es para mí quien puntual y jenerosamente me paga, nos ha prevenido que no dejemos morir á ese pobre diablo sin confesion, y antes se hubiera hundido México que le faltara un fraile en sus últimos momentos."

Mientras en un ángulo de la estancia, con voz sumisa, y sirviéndose de una especie de lengua franca, que en las guerras de Flandes y

de Italia habia adoptado para su uso la jente menuda de los ejércitos belijerantes, pasaba el diálogo que escrito dejamos, habíase el domínico acercado, no sin muestras inequívocas de inquietud, à la cabecera del doliente, y ocupado el asiento que le cedió la dueña con respetuosa atencion.

Incapaz el herido de mover el cuerpo, volvió la cabeza al lado del fraile, y fijó en él los débiles ojos con una espresion de angustia y espanto que suponian tanta perturbacion, por lo menos, en el alma, como daño en la parte física. Correspondióle el reverendo con una mirada entre evanjélica y temerosa, mas en vez de hablarle en las cosas santas como parecia natural, asióle el pulso á guisa de médico, y quedóse en contemplacion de sus alteraciones. La verdad es que el bueno del fraile, sin que digamos que no hizo caso del enfermo atendia mucho mas á los dos embozados, cuyas siniestras figuras le inquietaban, y no sin razon, justo es decirlo.

Imajínese el lector á un fraile que, rezadas ya sus horas canónicas con la cena en el cuerpo, seguro de la pitanza al siguiente dia, contando con la complacencia sentimental de mas de una devota, y sin cuidados ningunos que le turben el sueño, se entrega á él en su solitaria cómoda celda; y que súbito tiene que saltar del lecho, revestirse los hábitos, tomar el breviario, y seguir por las calles de México á un desconocido, todo en virtud de la ley de *santa obediencia*, todo, ademas, con circunstancias de suyo poco amenas y menos propias para tranquilizar el ánimo.

Ya hemos dicho que en México los frailes eran entonces otra cosa que en la antigua España: eran, al menos en su inmensa mayoría, la vanguardia de la civilizacion al mismo tiempo que los apóstoles del catolicismo; eran los tribunos de aquel pueblo, sus mediadores para con la raza castellana, sus maestros y sus espirituales directores. Viviendo de la caridad pública, aspirando en consecuencia á la popularidad, y en rivalidad unas comunidades con otras, aunque acordes todas en dar importancia y hasta hacer preponderante el elemento teocrático en aquel naciente reino, comprenderáse fácilmente que se veian precisados los frailes á sacrificar en América de continuo el reposo regalado, que comenzaba ya entonces en Europa á ser la esencia de la vida claustral, á las ecsijencias de su propio interes bien entendido, y de la pública opinion. Por otra parte, y fuera injusto no consignarlo aquí, los mas de los eclesiásticos regulares que al Nuevo Mundo pasaban, hacíanlo movidos por el evanjélico espíritu de la predicacion, por un celo apostólico, ferviente y sincero, y no reparaban ni en riesgos, ni en trabajos, siempre que del bien y gloria de la relijion se trataba.

Eso en jeneral: por lo que respecta en particular á los domínicos, hay que tener primeramente en cuenta su rivalidad constante con los franciscanos; y á mayor abundamiento, que estos, los primeros llega-



dos á México, bajo la direccion del santo é ilustrado Fr. Martin de Valencia, siempre y especialmente protejidos por Hernan Cortés y sus parciales, y en fin, muy populares entre los indios por su pobreza y tolerancia, llevaban á sus émulos grandes ventajas en Nueva España.

Y no es de estrañar que tal sucediése, nó solo por las causas que apuntadas dejamos, sino por otras dos que no menos concisamente indicaremos.

En primer lugar, por lo mismo que la parcialidad del marqués del Valle patrocinaba á los franciscanos, el bando de la audiencia era mas afecto á los domínicos, y estos, á su vez, no ocultaban su inclinacion á la parte de los oidores, quienes, como sabemos, gozaban de escasa popularidad en México.

La segunda y mas poderosa causa del menos crédito de los frailes de la órden de predicadores, al paso que mas profunda, era tambien mas eficaz y trascendental.

Todo el mundo sabe que el *Santo Oficio de la Inquisicion* (del cual Dios nos libre á todos) tuvo su oríjen en Francia durante la guerra contra Raimundo, conde de Tolosa, gran protector de los Albigenses; y que el bienaventurado Santo Domingo de Guzman, por entonces canónigo, mas tarde fundador de la órden mendicante que lleva su nombre, se distinguió allí por un celo en verdad *ardiente*, tan *ardiente*, que se tradujo en abrasadoras hogueras para los desdichados herejes. A eso debió la órden de predicadores que el pontífice Gregorio IX, de terrífica memoria, cometiese esclusivamente el año de 1232 á los domìnicos el conocimiento de las causas de fé, en las cuales, por costumbre inmemorial de la Iglesia de Occidente, habian hasta el siglo XIII entendido esclusivamente los obispos.

Pero el celo de los prelados, sucesores directos de los apóstoles en el ejercicio de su espiritual majistratura, por el Redentor mismo instituida, y por el Espíritu Santo solemne y milagrosamente confirmada en las personas de los doce primeros entre los discípulos predilectos, no pareció al pontífice bastante *ardiente;* y, como hemos dicho, cometió á los hijos de Santo Domingo el cuidado de encender y atizar el fuego de los santos braseros, que desde principios del siglo XV echaron eterno borron en las pájinas de nuestra española historia.

Basta lo dicho para que el lector entienda que la intolerancia relijiosa estaba como vinculada en los domínicos: era su espíritu tradicional y hereditario; el alma, por decirlo así, de aquel cuerpo místico.

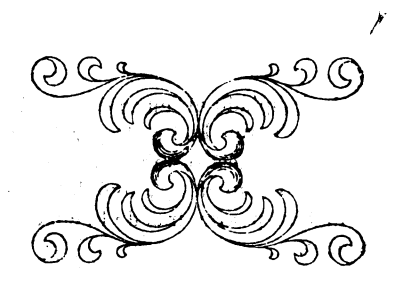
¿Cómo, pues, habia de ser popular allí donde se refujiaban los proscriptos judíos y herejes de Europa, sabiéndose seguros mientras no escandalizaran faltando á las esternas prácticas del culto?

¿Cómo habian de mirarla los indios, que por versatilidad en el carácter, por irresistible inclinacion á los hábitos de sus mayores, y por falta de fijeza en las ideas, apostataban recien convertidos, para convertirse de nuevo y apostatar otra y otras veces?

Eran, por tanto, los domínicos, mas temidos que amados, y sentíanlo ellos; y sintiéndolo, como entendidos, aprovechaban con ansia cuantas ocasiones se les presentaban de popularizarse, evitando con justa escrupulosa nimiedad, dar el mas mínimo pretesto á que su conducta se censurase con visos de fundamento.

Por tanto, así que el prelado supo que se le pedia confesion para un moribundo, mandó á uno de sus relijiosos que al embozado siguiese; y el bueno del padre, con ser de los mas meticulosos, y no sentir gran vocacion al martirio, hubo de resignarse á la obediencia.

En el siguiente capítulo verá el que lo leyere lo que al relijioso en su espedicion le avino.





CAPITULO VIII.

DE COMO NO HAY CAMINO SIN TROPIEZO, Y SÍ HOMBRES QUE NO SABEN NIMORIRSE DECENTEMENTE.

SOÑOLIENTO aún, destemplado el cuerpo, con el espíritu mas dispuesto al egoismo que á la caridad, el padre Fr. Domingo de la Anunciacion, (que así se llamaba nuestro fraile) atravesó de malísima gana los umbrales de su pacífico convento, y oyó detras de él rechinar en sus goznes la pesada maciza puerta, tras de la cual quedaban sus compañeros en santo sosiego.

"¿Quién diablos se muere á estas horas, ó no se confiesa antes? Pensó el fraile: siempre será algun mala cabeza de pendenciero, y paréceme que no habia necesidad de molestar á un buen relijioso para quitarle al diablo lo que es suyo."

Por causas diferentes, caminos distintos y con fórmulas encontradas, el relijioso y el embozado que primero vimos en la estancia del herido, llegaban á esta misma conclusion: "El moribundo es presa lejítima de Satanás, y la confesion para él superflua." Para el bravo encallecido la impiedad; para el fraile egoista su propia comodidad, eran razones concluyentes.

Como quiera que sea, ya una vez en la calle, á oscuras, profundamente á oscuras, y á solas con el embozado que inmediatamente le precedia, no tuvo el padre Domingo mas recurso que resignarse con la voluntad de Dios, y calándose bien la capucha para que el rocío de la noche no traspasara su afeitado cráneo, apretar debajo del brazo el breviario, y el paso ademas, porque su conductor caminaba de prisa.

Anduvieron así hasta trescientos ó cuatrocientos pasos en santa paz y armonía; mas ya á tal distancia del convento y en calle solitaria, parose de repente el embozado, jiró sobre sí mismo con militar desenvoltura, y encarándose con el atónito fraile, díjole en voz mas resuelta que cariñosa:

—*¡Alto, padre!*

Parose Fr. Domingo, como si súbitamente echaran sus piés raices en el suelo, y tartamudeó estas palabras:

—"Bien, hijo, bien; ya hice alto. ¡Pero qué ocurre! ¿Qué me quiere? Yo no tengo una blanca, soy un pobre mendicante, y no faltan ricos en México...."

Echose á reir el embozado, mas que del miedo del fraile, de la singularidad de indicarle él mismo, creyendo que de robarle trataba, que en otra parte podia hacerlo con mas fruto.

Fr. Domingo, animado por el buen humor de su acompañante, prosiguió diciendo:

—"¡Vamos! Ya comprendo: ha sido una burla. La mocedad gasta buen humor siempre, y aunque ni el paraje, ni la hora, ni la ocasion son para burlas, vaya en gracia, y prosigamos nuestro camino.

—Vamos á proseguirlo, contestó gravemente el desconocido; pero antes vuesa paternidad habrá de permitirme que le vende los ojos.

—Hijo: ¡por nuestro Santísimo Redentor Jesucristo, que se deje de chanzas intempestivas!

—Padre mio, yo me chanceo poco, y mis chanzas son pesadas cuando las gasto.

"El tiempo vuela, nuestro hombre se muere á toda prisa, y si llegamos tarde, vuesa paternidad tendrá la perdicion de un alma sobre su conciencia. Con que déjese vendar...."

El embozado, acompañando la palabra con el ademan, acercose, desplegando un pañizuelo de seda de razonables dimensiones, al temeroso fraile, quien mas mecánica que deliberadamente, tendió adelante los brazos, y dió á sus espaldas dos ó tres pasos, esclamando trémulo:

—"Por los méritos de mi padre el bienaventurado Santo Domingo, hermano, que respete mi persona; mire que soy sacerdote y quedará escomulgado si me ultraja.

—Padre mio, otra vez le digo que no perdamos el tiempo. Si V. P. se deja vendar los ojos graciosamente, yo seré muy servidor suyo; si se resiste, emplearé la fuerza que Dios me ha dado....

—¿Y la escomunion, hijo? ¡Escomunion mayor!

—Ya buscaré quien me absuelva. Con que, padre, basta de retórica ó...."

Como el embozado empuñó y sacó á medias de su vaina una daga, que pudiera pasar por yatagan moruno, y eso con aire tan resuelto que no daba lugar á dudas de ninguna especie, comprendió el domí-



nico que lo mas cuerdo era resignarse con su suerte; y en efecto, ecshalando del pecho un hondo suspiro, dijo:

—"¡Pues vende, hermano, y sea todo por Dios!...... Con caridad, no apriete tanto, que si lo hace para que el camino no vea, con la oscuridad de la noche (y el miedo que llevo, pudiera añadir) sobra para que lo ignore, como si en las montañas de los *Chichimecas* estuviésemos!"

Mientras así decía, ya estaban convenientemente vendados sus ojos, verificado lo cual y asiéndole del brazo el embozado, rompió el silencio diciéndole:

—"Ande sin miedo, padre; que yo le guio y sostengo.

—En mal hora, murmuró para sus adentros el desorientado fraile, dejándose llevar mas bien que andando; en mal hora caí en la tentacion de venir á esta tierra de bárbaros. ¡Ya se ve, contaban de ella tales maravillas! En fin, si de esta salgo y no muero....¡Mi padre Santo Domingo me ampare y proteja! En el primer navio que salga de la Veracruz, me vuelvo á mi convento de España....Que convierta indios el que quiera; yo allá quemaré herejes y judaizantes, que es obra á los ojos de Dios mas meritoria!"

En estas y otras análogas reflecsiones, llegó el fraile á la casa donde yacia el herido; y una vez dentro del zaguan, su conductor le quitó la venda, tratándole con toda la deferencia que su carácter sacerdotal requeria.

Ya en la estancia del doliente, lo primero que se le ocurrió al bueno de Fr. Domingo fué escojitar un medio oportuno para regresar á su convento lo mas pronto posible, y por eso quiso tomarle primero el pulso á la salud, que á la conciencia del herido. La práctica de agonizar por una parte, y el amor á su individuo por otra, eran causa de que Fray Domingo, como otros muchos relijiosos, tuviera ciertas ideas mas que superficiales, aunque no muy profundas, del arte y ciencia de *Esculapio;* por manera que nuestro fraile echó de ver desde luego, y no con poco sentimiento suyo, que en efecto, si aquel hombre no se confesaba pronto, habria de irse al otro mundo con el alma como la tuviese entonces, limpia ó sucia.

Que si hubiera podido Fr. Domingo endosarle la comision á cualquiera de entre sus compañeros, lo habria hecho de buena gana; que si previera la vendadura de los ojos, no le sacara del convento la cristiandad entera, cuando para eso solo se reuniese: que, en fin, prefiriera ayunar al traspaso una quincena, siendo gloton como pocos, á verse en aquel trance, parécenos proposiciones inconcusas; pero si era egoista y cobarde, no por eso impio, ni aun tibio en sus creencias.

Así, una vez convencido de la urjente necesidad de su ministerio, la procsimidad de la muerte del mal herido pecador que ante sus ojos veia, y el presentimiento de la eternidad que le esperaba, purificando

instantánea, aunque pasajeramente su alma de las fétidas ecshalaciones de la levadura del viejo Adan trocaron sus disposiciones y hasta su aspecto de una manera maravillosa.

Levantose, pues, al terminarse el diálogo de los dos embozados, abrió su breviario, y sacando de la manga una pequeña imájen del Redentor crucificado, dijo, echándose á la espalda la cogulla:

—"Hermanos, despejen, que voy á administrar á este hombre el sacramento de la penitencia."

No debia la dueña de ser sorda, pues apenas terminaba el padre Domingo su apóstrofe, cuando ya ella echó á andar hácia la puerta de la estancia; mas detúvola, asiéndola brutalmente del brazo, el primer embozado, diciendo:

—Quieta, tia *Garduña*: aquí no entra ni sale nadie sino con mi vénia!

—¡Deslenguado! replicó la vieja: Tomasa me llamo:

—Silencio, interrumpió el fraile, silencio en presencia del ãnjel de la muerte que ya tiende sus alas sobre este desdichado.

—¡Confesion! ¡confesion! Esclamó en voz ronca el moribundo.

—¡En el nombre de Dios, si sois cristianos, os mando que desocupeis esta estancia!

Volvió á decir el fraile, efímeramente animado por la inspiracion evanjélica; mas por efecto de una de esas reacciones irresistibles de la natural índole de cada individuo contra las ideas adquiridas y los sentimientos, por decirlo así, artificiales, viendo inmóviles á los embozados, y que el primero de ellos, sobre todo, se encojia de hombros con soberano desprecio, no pudo menos de añadir:

—"Y si no quieren irse, déjenme á mí volver á mi convento: que confesar á este hombre en público fuera sacrilejio, y yo no quiero cometerlo.

—Dejen al padre hacer su oficio, gruñó irritada la vieja; ó si no yo le diré quien son los...."

La mano férrea del primer desconocido cayó, como un rayo, sobre la boca de la dueña, sin dejarla concluir la frase; el segundo, como si aquella escena estuviera prevista, le hizo y puso una especie de mordaza con el mismo pañizuelo con que al fraile habia vendado los ojos; y en seguida entrambos le ataron los brazos con el cinturon de uno de ellos. Concluida tal maniobra cargó el segundo embozado con la vieja, que pataleaba como tres ahorcados juntos; salió de la estancia con ella acuestas, y volvió solo un instante despues, diciendo:

—"Está á buen recaudo."

El enfermo, en quien visiblemente la presencia de aquellos dos hombres paralizaba lo poquísimo que de sus facultades mentales dejaba libre la muerte que, con veloces pasos, se le iba apoderando de alma y cuerpo, cerró convulsivamente los ojos; y Fr. Domingo, dejándose caer en la silla, tapose el rostro con ambas manos, poniéndo-

se á rezar fervorosamente, y como si él fuera el moribundo, el salmo *Miserere mei Deus.*

Todo lo que últimamente hemos referido, pasó en mucho menos tiempo que en leerlo invertirá el curioso, porque los embozados se conocia que eran hombres avezados á tales aventuras y diestros en toda la estension de la palabra.

—"¿Qué hacemos ahora? preguntó al primero el segundo de los desconocidos, al regresar de su espedicion con la vieja.

—Que se vaya el fraile ó le confiese delante de nosotros.

—¡Buena confesion será con testigos! ¡Esas solo se usan en el potro!

—¿A qué diablos es hablar del potro, cuando en tan buen camino estamos para llegar á él?

—No hay justicia en la tierra, dijo allá para sus hábitos el fraile, si no os veo pronto á los dos en tan buena cabalgadura!

—En fin, replicó á su compañero el segundo embozado; los *Señores* quieren que se confiese, y confesarse en tan reducida estancia, estando nosotros en ella, es cosa imposible. La ventana tiene reja y candado; puerta no hay mas que una....

—¿Y si ese gallina se asoma?

—La ventana cae al patio, y ademas, si el padre cayera en la tentacion de levantar la voz demasiado, debe tener por seguro que no vuelve al convento.

—¡Oh, eso yo le juro que la oreja habia de ser su mayor tajada!

—¡El Señor me asista! murmuró el fraile estremecido hasta la médula de los huesos.

—Con que, prosiguió el segundo embozado: padre, nosotros nos vamos, pero á la cuadra inmediata. Confiese, en buen hora á ese infeliz, pero haga las cosas pronto y silenciosamente como hombre cuerdo.

Hizo el padre Domingo una señal de aquiescencia con la cabeza, y comenzaba á respirar con algun desahogo viendo que aquellos dos energúmenos volvian la espalda para salir de la estancia, cuando antes de llegar á la puerta el primero, variando de propósito, se acercó con paso firme á la cabecera del lecho; y allí poniéndole la mano sobre el hombro al atribulado fraile, le dijo:

—Si por mí fuera, padre, no se le molestara tan á deshoras....

—¡Ojalá! esclamó tan involuntaria como sinceramente el interpelado; y el embozado prosiguió:

—Si ese hombre tiene de que arrepentirse, y hay algo en la otra vida....

—¡Blasfemo!!!

—¡Eh, silencio! Y no me venga á mí el fraile con alharacas. Digo que con un *¡Señor pequé!* le bastaba. Pero han querido que se confiese, y probablemente lo lloraremos todos. En fin, donde hay patron no manda marinero, que se confiese y buena pró.





MUERTE DE GARCI-PEREZ

—¡Vámonos! interrumpió impaciente el segundo embozado.

—Espera, repuso el primero; tengo que hacerle al padre una advertencia. Dicen que la confesion no se revela nunca: pero como hay bulas hasta para difuntos....

—¡Sacrílego!!!

—Menos palabrotas, si homos de ser amigos. Si en cualquier tiempo que sea se le escapa una sola palabra de las sandeces que probablemente le va á contar ese menguado, puede estar seguro el padre de que, aun cuando nunca se desnude la casulla, ni viva mas que en el altar, allí le he de arrancar la lengua y sacarle el corazon por la espalda. ¿Estamos?

—"Y tú, añadió, encarándose con el herido; tú que has vivido como un hombre, y acabas como una mujercilla, si se te va la lengua, harás bien en morirte seguidamente, porque si no....Ya tú me conoces....Cuidado con los nombres propios.... pronunciar el mio puede costarles caro á tus hijos! Adios."

Dichas esas tremendas palabras con un acento, mas horrible aun que ellas, de cínica frialdad y endurecido corazon, aquel hombre de hierro salió de la estancia con la misma serenidad, con el sosiego mismo que si ceremoniosa y cortesanamente se hubiera despedido.

El moribundo lanzó un grito de horror profundo; el fraile besó contrito el crucifijo que en las manos tenia; y hasta el segundo embozado sintió entorpecerse en sus venas el ordinario curso de la sangre, y cubrir sus miembros todos un sudor frio como el precursor de la muerte.

¡Triste privilejio el de las naturalezas satánicas! Ellas dominan alguna vez por efecto de especiales circunstancias; pero no solo á los buenos sino á los malos tambien, á los propios cómplices inspiran horror invencible.

Volviendo ahora á la relacion de los sucesos, no puede dudar el lector de que con gran deleite le refeririamos aquí punto por punto, con el esmero y prolijidad que ya debe haber advertido en cuanto escribimos, lo que pasó entre el herido y el padre Domingo, así que libres se vieron de dos tan peligrosos testigos como lo eran los embozados: pero encontramos para verificarlo dos obstáculos insuperables. De ellos el primero es un escrúpulo de conciencia, pues nos parece que, aun estendiendo á los novelistas, y en su acepcion mas lata, el privilejio del *Quidlibet audenti* que Horacio ha otorgado á poetas y pintores, todavía no debe de alcanzar la licencia en las osadías á tanto que pisen la vedada tierra de las cosas santas. La confesion no es un grano de anís, y revelarla, ó suponer que se revela, aun en libros de invencion fantástica, fuera accion impropia de un católico, apostólico, romano.

Pero á mayor abundamiento, y aquí entra el segundo obstáculo, carecemos absolutamente de datos ciertos por lo que á la conferencia

del domínico con su penitente respecta: por manera que, aun siendo menos timoratos y escrupulosos, que realmente lo somos, no pudiéramos cometer la punible indiscrecion que acaso ecsijiera de nosotros algun curioso.

Habremos, por tanto, de limitarnos á referir lo poco que desde la cuadra inmediata á la estancia del doliente oyeron nuestros embozados, sentados en ella, el primero sobre una mesa y hechas sus piernas dos péndulos, que acompasadamente movia, y el segundo en una silla, entre dormido y absorto.

Algunos minutos de silencio siguieron al momento en que la estancia mortuoria quedó libre de curiosos; sin duda el fraile en voz baja ecshortaba al enfermo, ó este con apagado acento comenzaba su confesion: el hecho es que afuera nada se oia.

—¡Qué callados están! dijo el segundo embozado.

—¡Quizá se confiese por señas! replicó el primero con su sarcástico acostumbrado tono.

—¡Pobre Garci-Perez! ¡Qué estocada!

—¡Oh, eso sí, famosa! ¡De las que no han menester maestro!

—Si nos hubieran llamado antes....

—Nos llamaron cuando se creyeron en peligro, como siempre. Creeme, *Absalon*....

—*Felipe* me llamo ahora, como nuestro católico monarca; no lo olvides *Alma-negra*.

—Absalon ó Felipe tanto monta; pero.... calla.... Parece que ya dan señales de vida por allá dentro."

En efecto, habíase sentido, primero el acento monótono del fraile, aunque las palabras no se distinguian; despues un lamento del herido, y luego otra vez la voz del domínico mas elevada que antes, aunque siempre indistinta.

Absalon, dijo entonces:

—"Debe de estarle recomendando el alma; en Italia me la recomendó á mí há diez años un Teatino....

—Que perdió el tiempo probablemente.

—Tú, Alma-negra, como no tienes relijion....

—Para eso tú, Felipe ó Absalon, las has tenido ya todas....

—¿Y qué mal hay en eso? Por mucho pan....

—¡Misericordia!!! Misericordia!!! Clamó, cuando los dos malvados llegaban á ese punto de su impío diálogo, la voz cabernosa del herido, con una fuerza de que no parecia estar capaz.

—"¡Arrepiéntete sinceramente, ó no esperes misericordia!" Replicó el fraile en un tono que revelaba el inquisidor á cien leguas.

Entonces Alma-negra, poniéndose de un salto desde la mesa que le servia de asiento en la puerta de la estancia, entreabrióla, pasó por la abertura la cabeza, y dijo:

—"No den voces, que alborotarán la vecindad, y ademas harán inútil que nos háyamos salido nosotros de la estancia."

Dichas estas palabras, retiróse, pero mas grave, menos cínico en su ateismo que antes, pues á pesar de su invencible endurecimiento habia contemplado un cuadro de esos á que no resiste en el fondo, aunque en las apariencias lo afecte, humano ninguno.

¿Qué vió, pues? Al abrir la puerta al herido mas cárdenamente lívido que nunca, con los ojos desencajados, las facciones todas descompuestas, rechinando convulsivamente los dientes, y á medio incorporar sobre su sangriento lecho; al fraile de pié, doblado el cuerpo hácia el paciente, con su mano derecha asiendo la de éste, en la izquierda mostrándole el crucifijo, y fijando en él (el herido) una ardiente mirada, mas de buitre á su presa, que de cristiano á moribundo.

Sin embargo, Alma-negra, no queriendo dar á torcer su brazo, sentóse de nuevo sobre la mesa, y dijo á Felipe:

—Absalon, parece que la cosa se enreda por allá dentro; ya han llegado á las manos.

—¿No tienes lástima de un camarada, de un amigo?

—Por lo que toca á los amigos, no tengo otro mas que el dinero; ahora, en cuanto á los camaradas, yo que lo he sido en Francia de los Hugonotes y de los del rey; en Flandes de los castellanos y de los tudescos; en Italia de los franceses y de los españoles, ni mas ni menos que tú, piadoso Absalon, á quien he conocido, ademas de todas esas cosas sucesivamente judío, católico, hereje, protestante, esbirro de la Inquisicion, y qué sé yo qué mas. ¿No comprendes que si me lastimara de todos aquellos de mis camaradas á quienes he visto y he de ver morir, de piedra, palo, plomo, cuerda y fuego, tendria el corazon como una criba, y de nada serviria hoy para la empresa en que nos hemos embarcado?

—Silencio: el fraile puede oirnos, y los domínicos son nuestros enemigos.

—¿Por qué, ya que se han empeñado en traer un fraile, no ha sido un franciscano?

—Porque esos son, segun parece, amigos, pero no cómplices.

—Que doscientos mil demonios carguen conmigo si los entiendo. ¿No comprenden que si ese hombre habla puede perderlos?

—No sé, pero el *Mártir* es hombre que en tratándose de relijion...."

Aquí llegaban los dos aventureros cuando por segunda vez, olvidando sin duda la pasada advertencia, moribundo y agonizante les interrumpieron con sus voces.

—"La absolucion, padre mio, que me muero; la absolucion!" decia el herido.

—"*Otorga*, ó no te absuelvo!" replicaba el confesor.

Al oir tales palabras, pusiéronse en pié los dos bravos, y Alma-negra, desenvainando el puñal, dijo á Felipe Absalon:

—¿No te lo dije? Es preciso que ese fraile no salga de aquí vivo ó el *Mártir* lo será muy de veras por sus necedades, y nosotros por no remediarlas.

—Detente, repuso Absalon; "para matar siempre hay tiempo."

Sin embargo, ya entonces Felipe comenzaba á participar sériamente de los temores de su camarada, y como su mayor aparente respeto á las cosas santas no pasaba de hipocresía, resolvió entrar con él en la estancia, donde, á juzgar por lo que de oir acababan, tenia lugar una terrible escena.

Y era así realmente: el enfermo, á quien la sobreescitacion nerviosa producida por las angustias horribles de su ánimo, prestaba por el momento fuerzas impropias de su estado, revolcábase en el lecho, movia los brazos y bramaba, arrojando sanguinolenta espuma por la boca, como un verdadero energúmeno. Mientras el fraile, siempre de pié, y sin apartarse de la cabecera, pero con los brazos cruzados, y con una espresion indefinible de cruel obstinacion en el semblante, seguia los movimientos del infeliz sin perderle un instante de vista, ni dar muestras de conmoverse.

En aquel momento Fr. Domingo no era el domínico, por regla jeneral, indolente y bonachon, sino el inquisidor en funciones, y en funciones importantísimas, de cuyo buen desempeño pendia, á su entender, nada menos que el definitivo triunfo en Nueva España de la órden de predicadores sobre la de los franciscanos.

Así, ni su egoismo, ni la vista de las horribles angustias del moribundo, ni la entrada de Absalon y Alma-negra en la estancia, fueron parte á turbarle ni á distraerle del objeto importantísimo á que se dirijia.

No respondemos, sin embargo, de que no flaqueara el fraile á prolongarse mucho en aquella deplorable escena; pero felizmente para él, al entrar los dos bravos, tocaba ya á su término.

—"¡Absolucion! ¡Misericordia! ¡Absolucion!" Repetia el moribundo, acompañando ya á sus mal formadas voces en la garganta el estortor, en los ojos el ceniciento velo de la muerte.

—*¡Otorga! ¡Otorga!* O arderás en las eternas llamas! Repitió tambien con mas dureza que nunca el implacable domínico.

Entonces el herido, despues de un instante brevísimo de perplejidad, haciendo un desesperado y último esfuerzo, levantó el cuerpo del lecho, como la culebra el suyo de la tierra, apoyándose en la cabeza y piés á un tiempo, y tendiendo los brazos á su confesor, clamó:

—¡Mis hijos! ¡Mis hijos!

—*¡Otorga,* ó te condenas! Dijo de nuevo el fraile.

—*¡Otorgo, otorgo!* La absolucion, que me muero! La absolucion!!"

—*¿Ha otorgado?* preguntó el fraile con aire satisfecho á los bravos, y al propio tiempo levantaba el brazo para bendecir, sin duda, al agonizante.

—Sí *ha otorgado*; respondió Alma-negra en voz sorda; pero ¿qué es lo que ha otorgado? Yo quiero saberlo."

Y diciendo y haciendo asió el brazo derecho del dominico.

—"¡La absolucion!! No cesaba de clamar el moribundo.

—¡Déjale que le absuelva! Murmuró Absalon al oido de su compañero, que luego veremos."

Entonces Alma-negra soltó, en efecto, el brazo del fraile; mas ya era tarde: el pecador habia espirado sin absolucion y desesperadamente.

Durante algunos minutos, el estupor de la muerte aplanó á los tres vivos que en la estancia habia, no menos que al aun caliente cadáver que contemplaban. El domínico, de rodillas, rezaba. ¿En accion de gracias por el triunfo que habia conseguido, en espiacion de su falta por no haber absuelto al pecador arrepentido, ó implorando la misericordia de Dios para el alma del infeliz que de espirar acababa? No sabemos por qué, pero él rezaba.

En tanto, Alma-negra y Absalon, celebraban consejo en voz baja, sobre si habian de *despachar al fraile*, que era la opinion del primero, ó de volverle á su convento como lo queria el segundo.

Ni uno ni otro carecian de razones en que apoyar su sentir. Alma-negra decia: "¿Qué cosa ha podido otorgar el muerto que al fraile interese, como la licencia para revelar su confesion no sea? Y si es así, entre que perezca el fraile ó nos perdamos todos, no cabe vacilar ni un instante."

Absalon replicaba: "podrá ser eso, pero puede no serlo tambien, y si desaparece un domínico, los otros frailes son capaces de demoler á México piedra á piedra, hasta encontrar su cadáver, y descubrir á los matadores. Entre un peligro cierto y otro continjente, escojer el segundo es lo mas cuerdo."

Divididos así los pareceres, y no habiendo quien la discordia dirimiese, dijo Alma-negra: "Que la suerte decida! Aquí tengo dados!

—Qué me place, replicó Absalon; el que saque mayor punto dispondrá del fraile, y el otro ha de ayudarle.—Sí á fé de Alma-negra!"

Y dicho y hecho: cada cual tomó su dado, y á la luz de la lámpara arrojáronlos sucesivamente sobre la mesa. Alma-negra fué el primero, y echó un *cinco.*

—"¡Buen punto!—esclamó Absalon riéndose; á muerto me huele el padre!"

El fraile que, hasta entonces embebido en sus oraciones, no habia prestado atencion ninguna á los dos bravos, al oir la esclamacion del ex-judio, volvió en sí como si un alacran le picara, y dijo:

—"¿Qué es eso hermanos? ¿Qué mala tentacion les acomete?

—Calle y rece, contestó brutalmente Alma-negra, que quizá le quede poco tiempo.

—¡Vírjen santísima, valedme! esclamó el padre Fr. Domingo, justamente alarmado.

—Rece, le dijo con su habitual suavidad Absalon, moviendo en la mano su dado: rece para que yo gane, padre, que le va la vida en ello."

Sin acabar de comprender la horrible burla de que era objeto, dejose sin embargo caer de nuevo sobre las rodillas el fraile, y aquella vez, sí podemos asegurar que oró fervorosamente *pro vita sua.*

En tanto, el tocayo del príncipe de los largos dorados cabellos, con una calma y un sosiego como si de jugar algunos maravedís se tratase, arrojó su dado sobre la mesa diciendo:

—"¡Pobre fraile si tengo la suerte que acostumbro!"

Sonó en la mal cepillada tabla el cubo de hueso, y pareciole á Fr. Domingo que aquel golpe le abria las puertas de la eternidad; Alma-negra ecsaminaba la punta de su puñal, como un cirujano el corte de los instrumentos con que á operar se prepara.

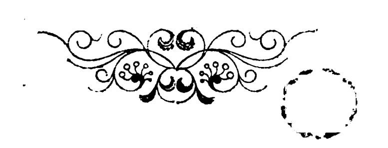
—"Gané, gritó súbito Absalon: un *seis*. ¡Ea, padre, respire!

—*Te-Deum laudamus*, murmuró el fraile, aun no muy tranquilo.

—¡Qué lástima! dijo en forma de aparte Alma-negra: ese punto mas puede costar muchas cabezas honradas, y solo salva la fanática mal trasquilada de ese frailuco!"

Fiel, no obstante, á lo pactado, consintió que Absalon condujese al Padre Domingo con los ojos vendados, como le trajo, hasta cerca del convento, donde le dejó proseguir su camino.

¿Y la vieja? Cierto: ya me olvidaba de ella. La vieja, á quien atada y cerrada con llave dejó Absalon en la cocina, recobró su libertad, para amortajar al muerto en una de las sábanas de la cama, á fin de enterrarle con la posible decencia en el patio de la casa misma donde ocurrieron los referidos interesantes sucesos.





CAPITULO IX.

DE UN HERIDO MAS CARITATIVA Y AMOROSAMENTE ASISTIDO QUE EL INFELIZ GARCI-PEREZ, Y DE UN DONCEL ENAMORADO Y PUDOROSO.

SI todos aquellos á quienes la suerte de las armas condena á sucumbir en un combate, hubiesen de terminar su carrera mortal asistidos por viejas de mala catadura, bravos sin conciencia, y domínicos fanáticos, el oficio de valiente seria perro en todos conceptos: mas, por ventura, si bien hay escuderos que son el rigor de las desdichas, no faltan caballeros que como el buen *Lanzarote*

"*Cuando de Bretaña vino,*"

tienen para cuidarlos á ellos jentiles damas y apuestas doncellas, dejando á cargo de las dueñas el regalo de sus *rocinos.*

Vamos, pues, para que se esparza el ánimo del lector benévolo, á variar de vista en esta série de cuadros de muertos que al público ofrecemos, retratando la estancia y situacion de nuestro D. Alonso de Avila, herido como sabemos, y gravemente, en el encuentro que con los desconocidos tuvo á la puerta misma de su propia casa; Manuel de Villegas y Juan de Sámano, que andaban alarmados con las bravatas y fieros de los parciales del marqués, y á quienes, á mayor abundamiento, el doctor Ceinos y sus colegas de la audiencia habian inoculado buena parte del sobresalto y saña que los dominaban, acudieron, ya se dijo, con ronda numerosa á la calle de D. Alonso, apenas llegó á su noticia el estrépito que en ella habia; pero con anticipacion bastante retiráronse los incógnitos, y la serpiente de Tlaxcala

arrebató á D. Fernando de Valdestillas, quedando solo y tendido en el campo de batalla el D. Juan Tenorio mexicano.

Mientras parte de la ronda, á fuerza de golpes é intimaciones en nombre del rey y de la audiencia de Nueva España, hacia que se abriesen las puertas de la posada de D. Alonso, llegó por la justicia requerido un *maestro*, como entonces llamaban á los cirujanos, el cual manifestó, prévio un lijero reconocimiento, que ni era posible tomar declaracion al herido, ni tampoco trasladarle, cual quisieran el alcalde y alguacil mayor, á la casa de la ciudad en calidad de preso. En consecuencia, sus propios criados llevaron el sangriento cuerpo de Avila hasta su lecho de aparato, donde, hecha la primera cura, quedó en poder, en cuanto á la asistencia, de las criadas de su esposa, y bajo la guarda y vijilancia de dos alguaciles, centinelas de vista, para incomunicarle en lo posible.

Casi por demas nos parece decir que, aun cuando otra hubiera sido su voluntad, no le permitiera la decencia á la bella doña Elvira permanecer estraña á la trajedia en que tan principal papel representaba su esposo; pero lo que acaso sorprenda á alguno de nuestros lectores, será el decirle que aquella dama, si no era en el arte de finjir maestra consumada, se condujo en la ocasion que refiriendo vamos, como debiera la mejor de las esposas. Verdad es que las lágrimas asomaban á sus ojos como furtiva y vergonzosamente; que lloraba á la manera de los hombres esforzados, y no como débil mujer; que no dió gritos agudos, ni se entregó á descompuestos ademanes; pero habia tan intenso dolor retratado en su bellísimo rostro, que á saber la mitolojía los circunstantes, tuviéranla por una fiel reproduccion de la desdichada Niobe.

La entereza varonil de su carácter no se desmintió, sin embargo, ni un solo instante; ella asistió, alumbrando al maestro con una bujía, al reconocimiento de la herida; ella dió y ayudó á apretar las vendas de fina holanda, por sus blancas manos cosidas, con que se sujetó el primer apósito; y ella, en fin, retirado el facultativo, quiso, y no hubo ruegos que desistir la hicieran de tal propósito, pasar el resto de la noche al lado de D. Alonso para administrarle, como le administró en efecto, á las horas marcadas, cierto cordial que el cirujano habia dispuesto. D. Alonso, privado por entonces de todo conocimiento, ignoraba cuál era su propia situacion, y mas, quién le cuidaba. Quizá, si le fuera dado por arte de encantamento verse á sí propio tendido en su lecho, máquina de maciza tallada caoba, con adornos embutidos y clavazon de plata y oro, su gran colcha de damasco rojo, y en vez de colgadura un mosquitero de gasa sutil; si se viera, decimos, en aquella alcoba (la conyugal) muchos meses hacia desierta, y á la cabecera del tálamo á Elvira, cubierto el rostro de palidez, y fijando alternativamente los ojos, ya en el libro de horas con preciosas miniaturas enriquecido, que en la mano izquierda tenia, ya en el herido,



cuyo pulso tomaba con la diestra, no sin señales de tierna inquietud, dijera D. Alonso: "No hay cosa como estar en peligro de muerte un marido para conquistar el afecto de su esposa." ¿Mas era aquello humanidad, compasion, amor, simple amistad, tributo ó la obligacion pagada, ó respetos mundanos puramente? Dios solo puede saberlo; nosotros pobres mortales, por lo esterior juzgando, no podemos menos de consignar aquí que doña Elvira se condujo en todo como á dama de tan alta posicion y buena fama cumplia.

El enfermo pasó la noche en grande ajitacion, y poco antes del alba se le declaró una furiosa calentura; doña Elvira atendia á su asistencia, sin que lo avanzado de la hora, el cansancio, ni la pena, la hiciesen desmayar un solo instante.

Las criadas iban y venian, relevándose, hasta la puerta esterior del salon contiguo á la alcoba, punto del cual no dejaban los alguaciles pasar, ni para dentro ni para fuera, á los sirvientes, habiéndose declarado aquella habitacion cárcel de D. Alonso.

Poco despues de amanecido volvieron el alcalde, el alguacil mayor y un escribano á ver al herido, con el cirujano que le habia curado: movió éste la cabeza con aire de gran desconfianza luego que hubo pulsado al paciente, y dijo:

—Ni hoy, ni en tres dias, podrá vuesa merced, señor alcalde, tomar declaracion á este caballero.

—Pero, maestro, la justicia del rey....

—La justicia de Dios, señor alcalde, es antes; y ahora pesa su vara sobre D. Alonso. En este momento la calentura es tal, que le tiene incapaz de oiros y mucho mas de contestaros.

—¿Tan de peligro se halla? Preguntó doña Elvira, haciendo sobre sí misma un esfuerzo sobrehumano para suprimir las lágrimas que á sus ojos se agolpaban.

—Señora, contestó el cirujano, pronunciando las palabras que decia con esa solemnidad de mal agüero que usan los facultativos para anunciarnos las infaustas nuevas: la herida es grave; en mi entender ha interesado uno de los pulmones.... Segun los síntomas hay estravasacion de sangre, y si se forma un *enfisema*....

—¡Maestro, por Cristo que calle! Le interrumpió Juan de Sámano, observando que la palidez de doña Elvira se iba haciendo horrorosa á medida que el cirujano soltaba impertérrito palabras técnicas; y luego volviéndose á Villegas, añadió:

—No hay mas que mirar á D. Alonso para convencerse de que perdemos aquí el tiempo.

—Verdad es; pero la audiencia....

—La audiencia no puede pedirnos lo imposible. Oidme aparte.

Salieron, en efecto de la alcoba, el alguacil mayor y el alcalde, y entrándose en el alfeizar de una de las ventanas del salon, sin duda



para hablar con mas seguridad de no ser oidos, entablaron, comenzando aquel, el diálogo siguiente:

—"Erramos el golpe, Villegas; y no hay mas que resignarnos.

—Vive Dios, Sámano, que no hay quien me persuada de que la pendencia de anoche no se enlaza con la traicion cuya pista seguimos.

—Es muy posible, y como vos, lo creo; pero ¿qué haremos ahora? Por la ciudad se dirá que damos importancia á lo que en sí no la tiene; que todas las noches hay cuchilladas sobre mujeres ó juego, sin que por ello nos movamos, reservando el alarmarnos y dar una campanada para el momento en que vemos que nuestros enemigos andan en la danza. ¿No comprendeis que damos armas á los descontentos, cansándonos ademas sin fruto?

—Demasiado que lo comprendo; pero el doctor Ceinos....

—Al doctor Ceinos es preciso hacerle entender razon. Esos oidores, por hacer un proceso y acumalar autos se mueren; y aquí, créedmelo Villegas, aquí al cabo y al fin tendremos que acudir á la espada.

—¿No hemos de tomar, al menos, declaracion á D. Alonso?

—Lo primero, es cosa imposible tomársela en el estado en que se encuentra; y lo segundo, decidme; ¿qué sacariamos en limpio? Nos dirá que quisieron robarle, ó que no sabe por qué ni quién le acometió.

—No podrá negar que habia mas de una docena de hombres en la calle.

—¡Y medrados quedamos con que lo confiese!

—¿Qué haremos entonces?

—Retirar los alguaciles antes de que corra la nueva y se escandalice la ciudad, sabiendo que así se trata á tan principal caballero; hacer entender al doctor Ceinos, que á él, á nosotros y á la justicia del rey, conviene que esta aventura se ponga en olvido, sin perjuicio de no perder de vista á los del marqués que, confiados en nuestra aparente incuria, han de largar la rienda á sus pasiones.

—Digo, Juan de Sámano, que sois hombre de tan buen consejo en los lances que requieren cordura, como de ánimo resuelto cuando no hay mas razon que la espada.

—Y yo, Manuel de Villegas, que mientras vos seais alcalde, y yo alguacil mayor en México, segura tiene el rey á Nueva España."

Con esos recíprocos elojios y apretarse las manos, volvieron nuestros dos interlocutores á la alcoba de D. Alonso.

Allí, porque doña Elvira se negó resueltamente á separarse ni un instante de la cabecera del herido mientras en tan grave peligro continuase, el alcalde y el escribano, por no perder del todo el viaje, tomaron sumaria declaracion á la bella aflijida señora; la cual limitose á decir que, rezando en su aposento, oyó voces y cuchilladas en la



calle; pero no pudiendo ni remotamente imajinar que en la pendencia figurase su marido, *á quien creia recojido hacia ya horas* (el escribano mismo no pudo menos de sonreirse oyendo decir tal cosa de un hombre como D. Alonso), lo primero de que habia cuidado era de que se cerrasen las puertas, tanto para preservarse de cualquier tropelía, cuanto para impedir que su esposo, valiente de sobra (un signo de aquiescencia de Sámano y Villegas confirmó la opinion de doña Elvira), ó los criados saliesen á tomar parte en aquel escándalo.

Preguntóle el alcalde si no se habia asomado á la reja de su habitacion, y conocido á alguno de los que reñian en la calle; Elvira concedió lo primero, mas negó lo segundo, esplicando y confirmando su dicho con la oscuridad de la noche, la confusion de la escena, y el sobresalto consiguiente en que se hallaba.

No crea el lector que omitió el escribano el preguntar á la dama si sabia ó sospechaba que su marido tuviese enemigos á quienes pudiese achacarse haberle provocado, ó el propósito de asesinarle alevosamente.

—No le faltarán enemigos á D. Alonso, respondió altiva doña Elvira: ¿Que caballero, de buen linaje y prendas como las de *mi señor* y esposo, no los tiene en México? Pero los que yo le conozco, no son jentes de acometerle con la espada, ni aun alevosamente."

Para pronunciar esas palabras habíase puesto de pié la hermosa señora, apoyaba la siniestra mano en la mesa donde el escribano emborronaba el papel, tendia la diestra majestuosamente hácia Villegas y Sámano, y con una mirada de reina contra rebeldes súbditos en ira encendida, obligábales á que bajasen los ojos á aquellos dos hombres tan poco poéticos como accesibles, jeneralmente hablando, á temor alguno.

El maestro, que á quien atendia era á su herido, creyó notar cuando hablaba doña Elvira alguna ajitacion en su pulso; mas no osó afirmar que fuese casual efecto de oríjen desconocido, ni negar que pudo, en un breve lucido intervalo de la fiebre, oir D. Alonso como su esposa trataba á los de justicia.

Estos, como quiera que sea, no hallando que objetar racionalmente á la declaracion de aquella señora, declaracion que, sobre ser en sí verosímil, estaba de todo punto conforme con las de sus criadas y criados, así como con las que prestaron los vecinos todos de la calle, hubieron al fin de resolverse á retirar los alguaciles de vista y dejar libre á D. Alonso en su casa, si libre puede llamarse al hombre, cuando, esclavo del dolor, yace por él postrado.

No pienso que haya español ninguno á quien asombre que entre tantos testigos presenciales del lance en cuestion como fueron por el alcalde ecsaminados, ni uno solo hubiera que se prestase á darle algun indicio de cosas ó personas á la justicia: esta ha sido tal entre nosotros, hasta los felicísimos tiempos que corren, que hay hombre

que no se moviera para huir de un ladron, y quisiera tener las alas del Boreas para que no le alcanzasen nunca los ajentes de la fuerza pública.

¡En qué consistirá? Indudablemente en lo cortés de las formas, lo blando de las costumbres, y lo suave de las maneras de los ministros subalternos de los tribunales; y en la seguridad que tuvo siempre en España el inocente de libertarse mas dificilmente de las garras de la justicia que si culpable fuera.

Entiéndase que nos referimos á tres siglos hace, pues ahora.... lo que es ahora hay quien dice que la justicia se ha suprimido como artículo de lujo en la moderna sociedad; por eso nadie la teme ni la espera tampoco.

Pero volvamos á nuestro cuento: mientras la justicia estuvo dentro de la casa de Avila, ni pariente, ni amigo, ni curioso, que es mas, hubo que osara acercarse á sus umbrales: á la hora de haberse retirado los alguaciles, la calle pudiera pasar por una romería; la casa por un jubileo. Todo México, sin distincion de clases y ni aun de bandos, se creyó en la obligacion de acudir, personalmente los amigos, por medio de criados los contrarios, á informarse de la situacion del herido y como aun se habia inventado el espediente del papel ó lista en que cada cual apunta su nombre, y que se encabeza con el boletin oficial del estado de la salud del enfermo, no se daban mano los criados á responder á unos y á otros, y á todos, y veinte veces en un minuto;

—"Su merced está bastante grave.—El maestro no se aparta de su lado.

—La señora le ha velado toda la noche, y aun prosigue á su cabecera.

—Dios nos conserve tan buen amo, &c., &c."

En cuanto á doña Elvira, negose á recibir visitas rotundamente, aunque por la ausencia de su cuñado Gil Gonzalez de Avila, hermano de su marido, no tenia á la sazon quien en aquel cargo la reemplazase.

Dejémosla, abatida por el cansancio y los padecimientos, aletargarse un momento, reclinando la cabeza sobre el estremo de la almohada misma en que la suya apoyaba el herido; y hablemos, si el lector no lo ha por enojo, de nuestro jóven D. Fernando de Valdestillas, á quien dejamos al separarse del indio Cristóbal, su fidelísimo criado.

Fácilmente se comprenderá que no halló el mancebo medio de reposar aquella noche: lo ocurrido con Alonso de Avila le ajitaba en mas de un concepto, poniendo en sordo movimiento y mal reprimida efervescencia los jérmenes todos de sus violentas pasiones; y por si algo le faltaba para llegar al apojeo de la irritabilidad nerviosa, la última parte de su diálogo con Cristóbal habia herido una de sus fibras mas sensibles.

—"¡Qué será de D. Alonso? ¡Qué se dirá de mí cuando se sepa

que sano y salvo he salido dejándole á él, que me habia confiado la mitad de su honra, tendido en el campo de batalla? ¿Es posible que doña Elvira sea culpable? Tanta belleza, tan serena frente, porte tan majestuoso, no son compatibles con crímen alguno; y sin embargo, mis ojos, mis propios ojos, han visto abierta su reja, un hombre al pié, con todosl os visos posibles de galan favorecido, y á ella contemplando impávida el combate! ¿No fué tambien ella quien llamó sobre nosotros el aluvion de los embozados? ¡Oh! sí, es culpable.... Imposible, Dios no puede haber encerrado un alma pérfida en tan bello cuerpo!!!"

Dado el tema, conocido el hombre, sabiéndose que tenia pocos años, corazon ardiente, ecsaltada fantasía y caballerosas ideas, ¿habremos menester detenernos á encarecer, ni á pintar siquiera el horrible tormento que padeció en aquella funesta noche el hijo del comunero? Inútil nos parece de todo punto insistir mas en la materia. Baste decir que si por temor, santo y noble temor ciertamente, á causar un profundo disgusto á su anciano padre no fuese, nada en el mundo hubiera podido impedirle que aquella misma noche penetrase en la casa de Avila, tanto para asistirle á él, cuanto para pedir á su mujer esplicaciones á que no tenia derecho, sin duda alguna, pero que para vivir necesitaba.

Porque D. Fernando estaba enamorado de Elvira; mal decimos: idolatraba con ecsaltado delirio á la esposa de su amigo. Aquella altiva hermosura fué la que con la honda impresion que en él produjo, le reveló que habia salvado la distancia que separa á la infancia de la juventud; distancia que parece breve y es inmensa: la que hay del Limbo de los justos ó el Eden de los elejidos, al Tártaro de los réprobos.

En verla se cifraba para D. Fernando el bien supremo, cuando lejos la tenia; y viéndola, era el mas desdichado de los hombres. Piadoso mas todavía que devoto, consideraba su amor, aunque esento de toda impureza, como un crímen contra Dios, como alevosa ofensa á su amigo. Por eso huia de Elvira y de su casa; por eso, cabalgando con frecuencia al amanecer, dejaba el hogar paterno y llevaba durante dias y semanas sus tristezas, no á esparcirlas, sino á cebarse en ellas en la soledad majestuosa de los campos del Nuevo Mundo.

Por eso otras veces intentaba lanzarse á cuerpo perdido en las disoluciones mismas de que Alonso de Avila le daba deplorable ejemplo: mas todo era inútil. Ni el campo tenia para él encantos, ni las cortesanas atractivos, ni la equitacion placeres, ni la sociedad distracciones. La imájen severa al par que bella de Elvira, sus miradas penetrantes, sus acentos graves y sonoros, hasta aquella especie de embalsamada atmósfera que rodea siempre al objeto amado, y cuya aspiracion nos embriaga y emponzoña el alma, perseguian al jóven donde quiera, y siempre, y á todas horas, cuando despierto, como vision fantástica; cuando dormido, como tenaz pesadilla.

No era aquello solo amar, y amar, sin correspondencia, y hasta sin esperanza de conseguirla; era amar contra la propia voluntad; era arrojarse con los ojos abiertos al precipicio; era, en fin, delinquir, idolatrando la virtud, sin embargo.

Con tales antecedentes, es fácil comprender cuán profundo y cruel efecto causaria en Valdestillas la confidencia de D. Alonso, y realmente no sabemos á quién compadecer mas en aquel lance, si al esposo en la honra ofendido, ó al amante en sus ilusiones engañado.

Pasó, pues, la noche en la mas amarga de las situaciones imajinables, luchando consigo mismo para arrancarse del corazon el emponzoñado dardo que se lo destrozaba, y consiguiendo solo con sus inútiles desesperados esfuerzos, hacer mas honda, mas dolorosa la herida. ¡Oh! Cuando con el alma inesperta, cuando con el corazon aun entero, somos presa de una pasion sincera y profunda; cuando esa pasion hace que se rebelen los naturales instintos contra las barreras que la moral, las leyes y las costumbres han elevado entre el hombre y sus aspiraciones; cuando, en fin, eso nos acontece no habiendo todavía abierto brecha la práctica del mundo en el santuario de la conciencia, entonces la vida es un anticipado infierno.... ¿Y qué es la vida cuando callan las pasiones en el pecho, y el cálculo domina la fantasía? Tambien un infierno; pero un infierno en que el hielo reemplaza al fuego. ¡Donosa alternativa, por cierto! Arder ó helarse. ¡La vida es una gran cosa, digan lo que quieran!

En fin, el pobre Fernando maldijo cien veces á Elvira, y otras ciento se arrepintió de haber blasfemado de su ídolo: juróse á sí mismo no amarla ya, y simultáneamente defenderla de la ira de D. Alonso, aun á costa de su propia vida; y creyendo haber hallado con tal resolucion el *non plus ultra* de la humana filosofía, destrozado el cuerpo, abatida el alma, y en pedazos deshecho el corazon, á las primeras luces de la aurora montó á caballo para regresar á México y al hogar paterno.

Sin que la causa sepamos, es fenómeno constante que la casa de la señora de sus pensamientos está siempre, para todo enamorado, en buen camino para todas partes. De hombre sabemos en Madrid que, teniendo que ir desde la Puerta del Sol á palacio, sostenia que el camino mas corto y mas directo era pasando por la puerta de Santa Bárbara; y lo mismo sostuviera de Cádiz, si allá viviese su amada: D. Fernando, pues, creyendo de buena fé que por Elvira no lo hacia, dirijióse á la calle de Avila, aunque llegara mucho mas pronto á casa de su padre por cualquiera de otros dos ó tres caminos: pero todo estaba desierto en torno de la mansion del herido, esceptuando dos ó tres alguaciles que, á manera de los cuervos cuando huelen carne muerta, daban incesantes vueltas en torno de la posada del mal trecho D. Alonso. Todas las ventanas tambien estaban cerradas, y Valdestillas se sintió indignado al contemplar el sosiego, la frialdad de

cuanto miraba; mientras en su corazon se concentraba un fuego inmenso. No otro fuera el sentimiento de un volcan si animado fuese, al considerar la injénita frialdad de las rocas que en su centro le aprisionan. Volviendo á nuestro D. Fernando, no comprendia el pobre niño aún, que el mayor de los suplicios de un pecho apasionado, es la absoluta jeneral disonancia en que se encuentra con los objetos esternos. ¿Cuántas veces, bella lectora, te habrá acontecido asistir á un baile, cubierta de rosas, de gasas vestida, aparentando la insustancial alegria que es de rigor, y con el alma angustiada por una reciente perfidia, un amor contrariado, ó un remordimiento invencible? Y entonces, dime, así tal desdicha no vuelva á acontecerte, aquella muchedumbre bulliciosa, la música, los perfumes, las galanterías mismas, ¿no te han parecido otros tantos sarcasmos á tu pena? ¿No has odiado cordialmente á los alegres, detestado á los indiferentes, y aborrecido hasta los objetos materiales é inanimados? Pues tal era la situacion de D. Fernando, no como quiera insensible á las bellezas de la aurora al tender sus dedos de rosa sobre los verdes lozanos campos del clima mexicano, no como quiera indiferente á la majestad de los edificios de la metrópoli del Anáhuac, sino indignado de que la ciudad no se estremeciese, las piedras permanecieran frias, y el sol osara lucir, cuando en su alma se eclipsaba la estrella del porvenir, y para el mundo la virtud de Elvira. Y consistia en que la pasion de Valdestillas no era un deseo de los sentidos, ni una preferencia del gusto, ni una aspiracion del orgullo, sino toda su vida y alma, un destello del fuego celeste, una fórmula en que toda la poesía, toda la grandeza, toda la abnegacion posibles en un sér humano se concentraban.

¿Sabia doña Elvira que de tal culto era objeto? Aunque jóven, pues apenas contaba algun año mas que el mismo D. Fernando, su secso, carácter y posicion la hacian capaz de mas esperiencia y penetracion en la materia, que la que el jóven podia tener.

D. Fernando, considerado por Avila casi como un niño, aunque precoz y caballeresco, entraba y salia en casa de aquel con libertad raras veces concedida en aquella época aun á los parientes mas cercanos. Doña Elvira se complacia en departir con él, porque Valdestillas, creyente en todo, y en todo tambien entusiasta, conversaba como agrada en jeneral á las mujeres, y debia agradar singularmente á la altiva dama, vaciada sin duda en el molde de aquellas que, para mirar benévolas á un hombre, le ecsijen antes (segun los libros de la caballería) hazañas prodijiosas, pruebas increibles de discrecion, y en resúmen, que sean en todo entes escepcionales. Poco le faltaba á D. Fernando para realizar un ensueño de esa especie; muy poco, quizá solo que la fortuna le deparase ocasion oportuna para revelarse al mundo; pero esa ocasion no era llegada, y lo mas que podemos suponer es que Elvira adivinase en él los jérmenes de la heroicidad.

Por eso, ó por natural induljencia con sus pocos años, tratábale benévola, aunque con cierta afectacion de maternales aires, que á veces irritaba al enamorado mancebo. En tales ocasiones, el orgullo irritado sobreponíase al temor de revelar su secreto, y parécenos imposible que de las muchas indiscreciones del doncel, así como de su aspecto turbado y de sus ojos fijos de ordinario en el suelo, pero alzados alguna vez involuntariamente, y entonces lanzando ardientes miradas, no dedujese doña Elvira que el jóven amigo de su esposo no era nada menos que indiferente á sus encantos. Todavía nos atrevemos á arriesgar otra conjetura, á saber: que la altiva, belleza, segura de que aquel niño jamas osaria pronunciar una sílaba ó hacer un ademan que su pasion confesara, pudo muy bien divertirse, inocentemente sin duda, lo mas inocentemente del mundo; pero divertirse en atizar el fuego de la mal oculta hoguera, ya con insignificantes favores, ya con infundados desdenes. En resúmen, no estamos lejos de presumir que *coquetease* digna, grave, compasadamente; pero en fin, que *coquetease* con el pobre hijo del comunero.

No sabemos mas en la materia: el curioso lector deducirá lo que á su juicio parezca bien.

El hecho es que D. Fernando llegó á su casa, donde ya levantado, vestido, y disponiéndose para salir á misa le esperaba su padre, quien despues de haberle dado á besar la mano, le dijo:

—Sé que habeis cumplido vuestra obligacion como buen caballero, D. Fernando; y aunque me pesa de que arriesgueis así la persona sin causa justificada y grave, no quiero reñiros, que al cabo no pudisteis negaros á un amigo: supongo que el motivo de la pendencia no será....

—Ruego á vuesa merced, padre y señor, que no me lo pregunte: D. Alonso tuvo razon bastante para tirar la espada, y yo para asistirle con la mia; pero la causa es un secreto....

—Basta, hijo; y aun habeis dicho de mas, revelándome que hay secreto. Lo que se ha de callar, callarlo por entero.

—Está bien, señor.

—Idos á descansar, que traeis descompuesto el semblante. ¿Llamaremos al doctor, D. Fernando?

—No se acuite vuesa merced, que no he menester doctores, ni aun sosiego del cuerpo.

—Si el ánimo traeis turbado, ya que la obligacion del secreto no os da licencia para desahogaros con vuestro mejor amigo, D. Fernando, con vuestro padre, acudid al que lo es de todos, que como le pidais con humilde ruego, él enviará su santa paz á vuestro espíritu.

—Para decir á vuesa merced la verdad, padre, no me siento ahora en disposicion de orar: las cosas del mundo me ocupan demasiado, y....

—Yo oraré por entrambos, mancebo: en tanto, reposad y esperadme en casa.

—Quisiera, con vuestra licencia, ir á informarme del estado de la salud de D. Alonso.

Millan, presente á la conversacion, enteró á D. Fernando de la ocupacion de la casa del herido por la justicia, añadiendo:

—Cristóbal ha tomado á su cargo espiar lo que por allá pase, y venir á dar cuenta de ello á vuesas mercedes cuando la cosa merezca la pena.

—¡Buen Cristóbal! Dijo D. Fernando, gozoso de que el indio le hubiera adivinado el pensamiento.

—¡Es un fiel servidor, D. Fernando, ó mas bien un amigo á toda prueba, á ejemplo de nuestro Millan; pero el uno y el otro son con vos de sobra complacientes, replicó D. Pedro; á lo cual el mancebo, abrazándole cariñosamente, repuso á su vez:

—¿Y qué han de hacer, padre mio, sino aprender del ejemplo que les da vuesa merced?

¿Y qué habia de hacer, preguntamos nosotros, el bueno del padre, mas que dejarse abrazar, y ocultando su enternecimiento por conservar la compostura y gravedad, salir á buen paso, camino del convento de San Francisco? Eso hizo, y no sabemos qué otra cosa hacer pudiera.

Por lo que respecta á D. Fernando, *velis nolis*, tuvo, entregándose á discrecion en poder de Millan, que dejarse desarmar, vestir de nuevo, y hasta.... Casi no nos atrevemos á decirlo.... Tuvo que almorzar, y bien, á pesar de sus melancolías. A los veinte años, el estómago reclama y sostiene sus derechos con una enerjía verdaderamente revolucionaria.

Pero hay mas: una vez cometido el delito de almorzar, obligóle su tirano á tenderse sobre un mullido lecho, donde con mil protestas de no cerrar los ojos, hallóse dormido sin saber cómo, y soñando que Elvira era inocente y soltera, y que le amaba.

Dejémosle dormir, y quiera el cielo que tarde en salir de tan venturoso sueño.





CAPITULO X.

EN QUE SE PRUEBA QUE EL HAMBRE Y EL SUEÑO SON COMPATIBLES CON EL AMOR, Y QUE EN MEXICO ABUNDABAN LAS TAPADAS.

Por qué razon habrá un célebre poeta castellano, llamado *cruel* al sueño, en el mismo verso en que dice ser *imájen de la muerte*, no lo alcanzamos; porque si el *sueño* en verdad es remedo de la muerte en cuanto para los *despiertos*, el *dormido* se asemeja mucho á lo que es el *muerto* para los *vivos;* el momento de dormirse, lejos de ser penoso, es uno de los mas puros goces que el hombre tiene, y la accion de dormir en sí misma, conforta el cuerpo y vigoriza el alma, reparando las gastadas fuerzas de aquel, y apartando el espíritu de la consideracion de los propios males.

Verdad es que hay ensueños crueles; mas esa es la escepcion, no la regla; y por tanto, anduvo errado nuestro poeta, célebre y todo; y tenemos razon nosotros, oscurísimos escritores, en decir resueltamente que el sueño es un don celeste que la omnipotente paternal sabiduría nos ha otorgado para hacernos mas llevadera ó menos penosa la peregrinacion por este escabroso y lóbrego valle de lágrimas que llamamos *la vida.*

¿Quién muere de sueño? Los bienaventurados en un éstasis; los gastrónomos en una apoplejía.

¿Quién de vijilia? Los hambrientos, las víctimas de las pasiones, y los dementes.

Digámoslo, pues, otra vez: el sueño es un celestial presente, y Dios nos lo conceda siempre, profundo, largo y tranquilo, ó amenizado

con visiones como las que acariciaban la virjinal fantasía del hijo del comunero.

Y no quisiéramos desprestijiarle con nuestras amables lectoras; pero el pobre mozo, que sin cenar ni dormir habia comenzado la noche con una racion mas que mediana de tajos y mandobles, estocadas y quites, y terminádola con un paseo nocturno de mas de media legua á pié y andando, con los vapores del suculento almuerzo, en el cual figuró como debia cierto vino castellano poco comun entonces en Nueva España, cayó en letargo tan profundo, que era pasado el sol del Meridiano cuando despertó, ó mejor dicho, le despertaron para acompañar á su padre en la mesa.

Hagámosle justicia: fué su primer movimiento el de una santa indignacion contra sí mismo por haber cedido cobardemente á la fuerza de los brutales apetitos de la carne. El segundo ponerse, empero, de pié, y sentirse, con involuntaria satisfaccion, ájil, robusto, con alientos bastantes á emprenderlo todo.

—¿Ha venido Cristóbal? Fueron sus primeras palabras.

—No ha venido aún, le contestó Millan; de venir, ya os hubiera despertado, D. Fernando.

Consoló aquella respuesta al mancebo, porque, en efecto, seguro de la lealtad y astucia del indio, díjose que cuando él no habia vuelto, la entrada en casa de D. Alonso debia de ser aún cosa imposible.

Seguro, pues, de no estar en retraso con aquella principal obligacion, resignóse á comer con su padre, y siguiendo los consejos de éste, acabada la comida salió, para no llamar la atencion con afectado intempestivo retiro, á dar una vuelta por la plaza mayor, como era costumbre de la jente moza á la hora de vísperas. Millan prometió enviarle á Cristóbal apenas á casa regresara; y con eso fuese en lo posible tranquilo nuestro enamorado.

Para que el lector no estrañe la tardanza del indio, ó de indolente le culpe, bueno será advertir aquí que el alcalde ordinario de México no levantó el bloqueo de la casa de D. Alonso, sino prévias dos circunstancias que omitimos al hablar del asunto especialmente, y son: primera, tomar y formalizar, ademas de la declaracion de doña Elvira, las de toda su servidumbre, que era numerosa; y segunda, consultar, por medio de mensajero, con el doctor Ceinos, presidente de la audiencia. Para lo uno y lo otro hubo menester tiempo, y así se esplica que habiendo comenzado sus operaciones al rayar el dia, no las terminase hasta la misma hora de vísperas, poco mas ó menos. A esta salia D. Fernando de su casa, y á la misma Cristóbal, despues de asegurarse de que estaba espedito el campo, iba tambien á darle el oportuno aviso.

D. Fernando halló en la plaza á varios caballeros de México paseándose delante de la iglesia mayor, situada donde actualmente la catedral; todos trataban de las ocurrencias de la noche anterior, con

mas ó menos fuego, segun la condicion y circunstancias de cada uno de ellos. Hízose el mozo de nuevas, diciendo con naturalidad que habia pasado tarde y noche en el campo, y disputáronse dos ó tres *noticieros* el placer de referirle lo acaecido. Triunfó el de mas pulmones, y dueño del campo, hizo un relato tan ecsajerado, tan burlescamente poético, que llegó D. Fernando á preguntarse á sí mismo si el lance de que se hablaba era ó no aquel en que tan principalmente habia él figurado:

Asegurábase que las cuchilladas duraron *dos horas*, que los muertos *no bajaban de cuatro*, y los heridos ascendian á una *docena;* que los frailes domínicos habian confesado á *siete ú ocho* de ellos, y que hasta dos relijiosos estaban de resultas gravemente enfermos.

Pero eso era tortas y pan pintado para el resto; porque los *noticieros* de alta esfera, los que remontaban al oríjen de las cosas, desdeñando los accidentes esteriores, habian descubierto las causas de aquel *gran suceso.*—¡Causas gravísimas! Segun unos (partidarios de la audiencia), el marqués del Valle, de quien Avila era *ajente* (*ajente*, en vez de *amigo*), tenia dispuesta la sublevacion jeneral de los indios de *Tlaltelolco:* pero los oidores, que tenian noticia de aquel designio, al salir de su casa D. Alonso para ir á ponerse al frente de la rebelion, mandaron una ronda que le prendiese: resistióse, pelearon, y de ahí los muertos, heridos y frailes maltratados, que ya sabemos.

La version de los parciales del marques era distinta: D. Alonso se retiraba pacíficamente á su casa, pero atacado de improviso por *diez bravos*, enviados al efecto por los oidores, que se habian propuesto acabar así con la nobleza mexicana, tuvo que defenderse, y en consecuencia tambien los muertos, los heridos y los frailes moribundos.

La verdad nadie la sabia, ni sospechaba siquiera: á nadie se le ocurrió que la causa mas natural de la riña, tratándose de un libertino de oficio, eran las mujeres: menos todavía pensó ninguno, y esto con gran satisfaccion de Valdestillas, en pronunciar para nada el nombre de doña Elvira.

A mayor abundamiento, así los jefes del bando del marqués como los del de la audiencia, habíanse propuesto guardar sobre el lance que nos ocupa, profundo silencio; aquellos, por no aparecer en él complicados, los últimos, desesperando de dar con los verdaderos culpables; y en la esperanza de que ellos mismos se vendieran.

Por tanto, libre completamente el campo á las conjeturas y aun á la invencion, despacháronse á su sabor los noticieros, y tuvo el jóven D. Fernando el placer de oir cosas estupendas sobre sus propias nocturnas aventuras, pues nadie sospechaba que en ellas tuviera parte.

Así las cosas, y terminadas las vísperas, salió de la catedral el Dean con paso dilijente y aire risueño, contestando ya con un: *No sabia nada;* ya con un simple *¡Bah!* á las preguntas ó reflecsiones que sobre el asunto del dia se le hicieron; y al mismo tiempo de las casas del mar-

qués del Valle una magnífica, dorada y estofada silla de manos, llevada por cuatro robustos indios *Tamenes*, ó de carga, y escoltada por el marqués mismo y su hermano D. Martin, que á caballo entrambos iban á sus portezuelas, siguiéndoles cuatro criados tambien jinetes y ademas armados. Dentro de la silla presumieron, y con razon los circunstantes, que iria, como iba, la marquesa del Valle.

Escusado es decir si llamaria la atencion de los ociosos aquella comitiva; y no por su pompa y armas, que pocas veces se mostraban en público los marqueses sin tal acompañamiento, sino por lo inusitado de la hora y por ignorarse completamente su destino.

El dean, que en aquel momento daba la mano y acariciaba á nuestro doncel, conocido en el *bando* por su celo y resolucion, díjole al oido: Mucho me engaño si los marqueses no van á visitar á D. Alonso!

—¡Cómo! contestó con viveza, pero en el mismo tono en que se le hablaba, D. Fernando: ¿Es ya posible verle?

—¡Hola! ¿Conque sabíais que le tenian preso? Esclamó el clérigo, fijando en los ojos del jóven una mirada escudriñadora. ¡Vaya, vaya, D. Fernando, vos fuísteis de los de la pendencia de anoche!

—Sr. Dean, ahora lo que deseo saber es si la casa de D. Alonso está libre de alguaciles.

—Lo está hace apenas un cuarto de hora: á mí me lo han avisado: quiero decir, lo he sabido en el coro, y es probable que á noticia del marqués haya llegado al mismo tiempo.

—Pues con vuestra licencia, corro....

—Perdonadme, D. Fernando, pero no os apresureis: mejor será dar tiempo á que los marqueses terminen su visita.

Parose un momento á reflecsionar el jóven, y al cabo dijo:

—Teneis razon, Sr. Dean: mejor es que yo aguarde á que la casa se despeje.

Despidiéronse, hablando así, D. Fernando para salirle al encuentro al indio Cristóbal que en la plaza entraba buscándole; el clérigo, como si á su casa se retirase; pero en realidad para ir á la de Avila por calles escusadas y llamando la atencion lo menos posible.

Cristóbal llegaba tarde sin culpa suya, porque tuvo primero que ir á casa de sus amos, y luego que pasar á la plaza; sus noticias eran las mismas que las del Dean, si bien con algunos mas pormenores, como por ejemplo, el de no haberse separado ni un punto doña Elvira de la cabecera del herido.

¿Es posible? se preguntó á sí mismo Fernando, lleno de asombro. —¿Habré yo soñado, creyendo verla y oirla anoche en su reja; ó es dable que la misma mujer que sobre nosotros descargó una nube de asesinos lleve la hipocresía á tan alto grado?

En aquel momento estuvo para atropellar por todo, correr á la casa de Avila, y allí, en presencia de los marqueses, arrancar á la pérfida el disfraz con que se ocultaba: por dicha, ó el amor ó la reflecsion le

contuvieron, y mantúvose en su propósito de aguardar el regreso de los hijos de Cortés para hacer él su visita. Despachó, pues, á Cristóbal, y volvió á pasearse como antes por la plaza: pero apenas habria dado dos vueltas, cuando una *tapada*, cruzando por entre los paseantes á manera de ecshalacion, le dijo en voz suave y baja:

—Si sois tan caballero como galan, seguidme.

Una mujer, aunque envuelta en un manto, con esos síntomas de hermosa que nadie podrá definir, pero que ecsisten y se sienten; y una mujer con voz de sirena, y que á un mozo de veinte años llama galan, no puede ser desairada; y la nuestra no lo fué por D. Fernando.

Diciéndose, pues, á sí mismo:—¿Qué me importan á mí todas las mujeres del mundo, si Elvira es liviana? ¿Qué tengo yo que ver con la tapada?—Siguióla puntualísimamente por la plaza, y luego al pórtico de la Iglesia mayor, donde poniéndose la desconocida al abrigo de las miradas de los curiosos, paróse y dijo:

—Caballero: mi *ama*, que es una *principal señora*, os ruega que procureis poner pronto este billete en manos de D. Alonso de Avila.

—¿Soy yo correo ó mandadero, por ventura, para que por una criada desconocida se me encarguen así tales comisiones? esclamó el mancebo, picado tal vez de que por otro y para otro se le buscase; pero la tapada sin desconcertarse, replicó:

—No se enoje vuesa merced, señor galan, que solo á caballero de sus prendas confiara mi ama su honra en esta carta; y en cuanto á venir el mensaje por manos de criada, paréceme que las mias no han de espantarle, ni por lo negras ni por lo sucias.

Diciendo y haciendo, sacó la tapada de debajo del manto una mano desnuda del guante, tan perfecta en el dibujo, tan blanca y perfumada, que un ciego la conociera desde luego por mano aristocrática, si nunca las hubo. Nuestro D. Fernando, á pesar de su mal humor, no pudo resistirse, por no parecer descortes, á tomar entre las suyas la linda mano que le tendian; y como los efectos magnéticos son independientes de la voluntad (todo el mundo lo sabe), al contacto de la misma susodicha mano se le ablandó el corazon de manera que, con cierta involuntaria emocion, dijo:—¡Y qué tal debe de ser vuestra señora cuando tales criadas tiene!

Presumimos que el *involuntario* efecto magnético hubo tambien de estenderse á la tapada, pues dejándose complacientemente acariciar la mano, respondió conmovida:

—No se trata ahora de eso, jentil mancebo, sino de saber si querrá vuesa merced entregarle esa carta á D. Alonso. Mi señora sabe que sois su mejor amigo....

—¿Y es ella tambien su mejor amiga?

—Mas de lo que él merece seguramente.... En fin, ¿tomais ó no el encargo?

—¿Estais de prisa?

—Como quien arriesga la honra.

—La vida direis, porque la honra una criada....

—Sea como fuere, D. Fernando, una mujer os ruega. ¿Podreis resistiros?

—No, á fé mia: venga la carta, pero ya sabeis el estado de D. Alonso.

—Demasiado; y eso me.... eso desespera á mi señora. Dadle la carta cuando esté capaz de leerla, y luego que de palabra ó por escrito os diere respuesta, venid á la catedral á misa mayor, y con la gorra quitada, que será la señal, esperad en la puerta á que todos salgan del templo. A la noche siguiente vendré yo á recibir la respuesta, antes de las ánimas, en este mismo paraje.

—¡Bien por Dios! Ya estoy hecho un *tercero* en toda regla. ¿Qué voy ganando?

—El agradecimiento de una mujer, que dicen es hermosa.

—Pero dama de un amigo.

—Si el amigo no estuviera ahora herido.... En fin, D. Fernando, vos sois galan, ella tierna.... Dad tiempo al tiempo.

Al concluir esas palabras, deslizóse la tapada como una sombra en torno del templo, y pronto desapareció entre la muchedumbre de los paseantes.

Nuestro doncel, que tenia poca práctica de tales aventuras, quedó, no acertamos á decir si conmovido ó escitado; el hecho es que no tranquilo, y sí pesaroso.

Como quiera que fuese, iba ya á mezclarse con los demas que allí paseaban, cuando sintiendo el contacto de una mano en su espalda, volvió de súbito la cabeza y hallóse frente á frente otra vez con la tapada, ó al menos con una mujer cubierta igualmente que la que de hablarle acababa.

Creyendo que era ella, preguntóle D. Fernando:

—¿Háseos olvidado alguna cosa, que tan pronto estais de vuelta?

—Caballero, replicó una voz con evidencia disfrazada, y aunque agradable, mucho mas entera que la anterior; me equivocais con otra, y no lo estraño....

—En ese, caso perdonad, señora; creí que érais vos quien me llamaba.

—Yo soy, en efecto; pero antes, al menos hoy, no os he hablado.

—Sea. ¿En qué puedo serviros?

—Vuestro amigo D. Alonso....

—¡Cuerpo de Cristo con D. Alonso! Yo creo que todas las mujeres de México están en correspondencia con él, pensó Valdestillas; y en alta voz dijo:—Mi amigo D. Alonso parece que está gravemente herido.

—¿Ireis á verle?

—Sin que se tarde mucho.

—¿Quereis entregarle este billete?

—¿De parte de quién?

—El lo adivinará en sus cláusulas.

—¿Tiene respuesta?

—El verá si la tiene.

—¿Conque mi encargo se limita á entregarlo?

—Cabalmente.

—Sois lacónica.

—¿A qué son palabras ociosas? D. Fernando, solo á vos confiaria yo ese papel; dádselo, pues, á D. Alonso, y aconsejadle que lo queme una vez leido. En pago del servicio que vais á hacerme, quiero daros un consejo; oidme. Dos sentimientos os dominan; si no quereis ser víctima, acaso de entrambos, dominadlos vos á ellos.

—No os entiendo por vida mia, misteriosa dama, ni acierto la causa del interes que me mostrais.

—Sois mozo, casi niño, sois simpático, D. Fernando; y yo una mujer cuyo corazon es de sobra ardiente....

—¡Señora!

—No vayais á imajinar que os amo, no, D. Fernando: el cielo os preserve de semejante desdicha....

—¿Estais demente, señora?

—Quizá, cuando el interes que me inspirais me obliga á detenerme en este sitio, arriesgando lo poco que ya me queda: mas pues he comenzado, quiero concluir. D. Fernando, vos aspirais á redimir á México del yugo....

—¿Qué estais diciendo?

—Y no lo ocultais: la audiencia y sus partidarios os vijilan de cerca; los indios de Tlaltelolco os aman, y ese es otro crímen; mas aun correis otro riesgo.

—¿Será preciso que os advierta que no sé qué cosa sea el miedo?

—No, porque lo sé, y sé tambien que sois ardiente y entusiasta, que es la razon del peligro de que os hablaba. Cuando se conjura, quien corre mas riesgo es aquel que mejor fé y mas corazon tiene: guardaos, no seais víctima de vuestros propios amigos.

—No os entiendo mas que si en hebreo me hablárais.

—Y yo no os pregunto vuestros secretos cuando os aconsejo que los guardeis de todos, hasta de los amigos. Hablemos ya del segundo sentimiento, en vuestro corazon el primero: vos amais....

—¿Será á vos?

—No á mí, ni quiera el cielo que tal sea nunca vuestra desdicha: vos amais á la esposa....

—Tened la lengua: yo no codicio la mujer del prójimo, yo....

—Vos.... vos amais á Elvira.... y no se lo habeis dicho; pensais que jamas se lo direis á ella; apenas os atreveis á confesároslo á vos mismo.

—¿Por cuál arte diabólico entonces?....

—Una sola vez os he visto en su presencia; y vuestros ojos os han vendido. Escuchadme: huid de Elvira, esa mujer os será funesta; quizá no es su corazon tan insensible como parece, pero entonces será su amor una llama volcánica que os consuma; y si en efecto es incapaz de amar, ¿qué esperais? Huid de Elvira como de mí. ¡Adios!"

Atónito D. Fernando con tal lenguaje y tan misteriosas advertencias, dejó marcharse á la segunda tapada, sin que se le ocurriese por el momento la idea de seguirla, que se presentó á su mente cuando ya para verificarlo era demasiado tarde.

Por dicha, que dicha es siempre cuanto á desagradables cavilaciones nos arranca, á pocos minutos de haber desaparecido aquella profetiza de mal agüero, asomó por una de las boca-calles de la plaza la comitiva de los marqueses del Valle, quienes terminada la visita que, en efecto, hicieron á D. Alonso, regresaban á su casa.

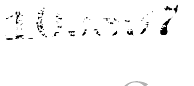
Divisó el marqués al jóven Valdestillas entre los que se paseaban, y parando el caballo, distincion señalada, llamóle afectuosamente.

Apresuróse D. Fernando á corresponder á tal merced, y á vista de todos el marqués y su hermano D. Martin estrecharon la mano del entonces azorado mancebo, llevándole despues á la silla de manos, cuya cortina se dignó levantar la ilustre doña Ana, para saludarle con amabilidad notable.

Regocijáronse los partidarios del marqués con el afectuoso acojimiento que al jóven se hacia, y los esbirros que en observacion tenia la audiencia, confirmáronse en su opinion de que D. Fernando era uno de los mas temibles instrumentos de los conspiradores. En cuanto al mismo D. Fernando, faltariamos á la verdad y á la verosimilitud históricas, si no dijésemos que al verse tan honrado por aquel príncipe de la nobleza mexicana, esperimentó un sentimiento de noble orgullo, diciéndose:—"Preciso es que en algo se tengan mi linaje y "persona, cuando aun tan mozo que muchos me llaman niño, con tal "induljencia me tratan los mas grandes señores de este reino." La juventud se paga de esterioridades, tomándolas por moneda de buena ley; y los hábiles con caricias y elojios hacen su agosto.

Sin embargo, Valdestillas no acertaba á desechar de sí ni el recuerdo de las escenas de la noche anterior, ni lo que la tapada acababa de decirle, revelándole que era conocido un sentimiento cuya ecsistencia creia él completamente ignorada hasta entonces; y agregándose á la accion de esas memorias la del impaciente deseo de ver á su mal herido amigo y á la que era causa de la herida de D. Alonso y de sus propias ansias, determináronle á usar parcamente del favor que los marqueses le concedian.

Fué, pues, *sirviendo*, como entonces se decia, á la marquesa, hasta que tuvo la honra en el zaguan del palacio de darle la mano para salir de la silla, y despidiéndose entonces con razones corteses á par



que discrétas de la noble compañía, echó á andar presuroso y latiéndole el corazon violentamente, hácia la casa de Avila.

Doblaba ya la esquina para entrar en la calle en que aquel vivia, cuando le atajó el paso, rápido como una ecshalacion, cierto paje en hábito escolar, el cual con jentil desembarazo, presentándole un billete—¡Un tercer billete!—le dijo:

—Para D. Alonso de Avila, si es vuesa merced servido. Y sin aguardar respuesta tomó las de Villadiego, ó mas bien desapareció ante el atónito caballero.

—¡Habrá duende! Esclamó D. Fernando, riéndose á pesar suyo: Decididamente yo soy la estafeta de todas las damas galantes de esta imperial ciudad!

Con razon lo decia, pues apenas anduvo veinte pasos, aparecióse un escudero con mas años que Matusalen, y una cara tan de.... un escritor del siglo XVI pudiera estamparlo; á mí no me lo permiten los escrúpulos de nuestra pudorosa época: figúrese el lector de qué tendria cara el tal escudero. Pero de cualquiera especie que la tuviese, el hecho es que con la gorra en la mano, y haciendo con el cuerpo una profunda reverencia, y con piernas y brazos los ademanes de un mono viejo, acercóse á D. Fernando y le dijo:

—Señor caballero, mi ama que es una, bella y noble señora, me manda entregar á vuesa merced esta misiva: tómela, y no se olvide su jenerosidad del portador.

—Razon es, pensó D. Fernando, que haya siquiera uno para mí entre tantos papeles como esta tarde he recibido.

Y por efecto de su condicion jenerosa en gran parte, y por satisfaccion del amor propio en otra no pequeña, dió un *castellano de oro* al escudero quien, redoblando las contorsiones y reverencias, volvió la espalda, y marchóse con jentil compas de piés.

Miró entonces D. Fernando el sobrescrito, y viendo que era para él, abrió la carta, dentro de la cual encontróse con otro billete. El esterior decia: "Señor D. Fernando: la mucha discrecion de vuesa mer-"ced no estrañará que los afectos de un corazon llagado, contaminan-"do el juicio, arrastren la honra á ponerse en grave peligro.

—¡Que me maten si esta no es la hija del doctor! pensó, interrumpiendo su lectura, Valdestillas; y luego prosiguió leyendo:

"El ciego Dios me hizo su esclava, encadenándome á vuestro ami-"go D. Alonso.....

No quiso leer mas D. Fernando, sino que guardando aquella nueva carta, apresuróse á entrar en la casa de Avila, diciendo:

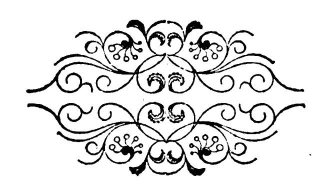
—Entremos pronto, que basta y aun sobra con cuatro papeles. ¡Habrá quien crea que un mozo de veinte años, ni cojo ni tuerto, recibe en una tarde tantos billetes y todos como tercero? ¡Pero á mí que me importa? La única mujer.... Silencio, corazon, silencio; ya

sabes que hay quien adivina hasta tus palpitaciones. ¡Oh Elvira, Elvira! ¿Serás en efecto culpable?

Tales pensamientos le asaltaban mientras guiado por un servidor de D. Alonso, se encaminaba con silenciosos pasos á la habitacion que aquel ocupaba.

Aunque á solos los hijos de Hernan Cortés y á la marquesa se habia hasta entonces permitido la entrada en la estancia del herido, D. Fernando era tan de casa, que no vacilaron los criados ni un solo instante en llevarle cerca de su amo.

Entró, pues, en la sala, donde de guardia estaban las doncellas de Elvira, y despues en la alcoba, donde aquella dama proseguia siempre á la cabecera del doliente.





CAPITULO XI.

D. FERNANDO DE VALDESTILLAS APRENDE QUE LA MUGER ES ENTRE TODOS LOS SERES DE LA CREACION, EL MAS SERENO EN CIERTOS LANCES.

CUANDO por las puertas de la alcoba y procurando hacer el menor ruido posible entró D. Fernando, con la alteracion y alarma que cualquiera adivinará fácilmente, estábase doña Elvira con los brazos cruzados sobre el pecho, fijos en el suelo los ojos, abatida la egrejia frente, demudada la color, y en tan honda preocupacion sumida, que tuvo espacio el mancebo para llegar hasta los piés de la cama, asirse á una de sus columnas, porque las piernas se negaban á sostenerle sin aquel apoyo, y contemplar algunos instantes al herido, todo sin que la dama le viese.

El amor platónico, que pasa por una simpleza, cuando no por un quimérico sentimiento, tiene, sin embargo, para las almas á él dispuestas, ciertos goces inefables, que les son á aquellos que á sensaciones físicas lo reducen todo, completamente desconocidos; y nuestro jóven, todo poesía, todo espíritu, contemplando en mudo éstasis á la señora de sus pensamientos, devorándola con sus ardientes miradas, aspirando, por decirlo así, las respiraciones de aquel pecho que á su pasion creia inespugnable, gozó, en efecto, mas quizá que pudiera el mas voluptuoso de los turcos, en el mas y mejor poblado de los serrallos imajinables.

¡Oh juventud bienaventurada! ¡Oh ilusiones inhallables, una vez perdidas! ¿Quién os iguala en pureza, en vehemencia, en sentimiento?.... Pero ¿qué escribo?—Soy incurable, lector amado, en esto de

las declamatorias digresiones, y te aconsejo que las lleves con resignacion, así como yo me resigno á escribir para tu solaz y entretenimiento. Vuelvo á la narracion.

D. Fernando, al contemplar á Elvira, olvidando no solo cuanto le habia ocurrido la noche anterior, sino al universo entero, y á sí mismo por añadidura, estaba como pudiera el feliz mortal súbitamente arrebatado al quinto cielo, considerando en toda su gloria y grandeza la obra perfecta de la perfeccion misma.

Verdad es que la Elvira que miraba entonces era un sér completamente distinto del que hasta aquel momento viera; su belleza allí estaba, pero espiritualizada; su majestad no habia desaparecido, pero templábala el sentimiento. En pocas palabras: Elvira se creia á solas, y al aparato, ordinariamente un poco teatral, de su hermosura, reemplazaban á la sazon el dulce abandono de la melancolía, el encanto irresistible que la espansion de los afectos del alma comunica al rostro humano. Así se le habia aparecido en sus ensueños á D. Fernando la imájen de su Elvira; tal la deseaba su corazon: mujer anjélica, sí, pero mujer con la ternura, que es su arma poderosa, con el sello de la debilidad, que es su fuerza irresistible. ¡Hay nada que tan dulce efecto nos produzca como la realizacion de nuestros amantes ensueños? Pocos son los que tal dicha logran; y entre esos pocos, menos aún los que apreciarla saben.

En fin, Fernando fué feliz, completamente feliz, como los elejidos deben serlo en presencia del trono de Dios, durante el tiempo que, sin saberlo Elvira, pudo contemplarla tal cual la naturaleza la habia creado, no tal como á fuerza de arte parecer queria y lograba.

Pero aquel tiempo fué corto: D. Alonso hizo un movimiento para variar de postura, crujió el lecho, volvió Elvira de su éstasis, y alzando los ojos vió á D. Fernando.

Ruborizóse el mancebo, cual si cometiendo un hurto le sorprendieran: tambien á las pálidas mejillas de la dama se asomaron efímeros encendidos colores, mas recobrándose instantáneamente, díjole serena:

—Ya era tiempo, D. Fernando: ayudadme á volverle.

Hubo en aquellas breves palabras un acento indefinible de esos que revelan, en medio de la mas íntima familiaridad, cierto encojimiento debido á causas del momento; pero tales observaciones no están al alcance de la juventud enamorada.

Así Valdestillas, ateniéndose al literal sentido de las palabras, maravillóse de que una mujer que en su concepto no podia ignorar la parte que él habia tenido en la pendencia famosa, ni por consiguiente que era sabedor de su oríjen, le tratase con el mismo desembarazo que si sucesos tan grandes no hubiesen ocurrido. Sin embargo, obedeciendo lo que se le mandaba, dejó el sombrero y la espada, y acudió á ausiliar á doña Elvira en la operacion de dar vuelta al he-

rido. Dos ó tres veces, involuntariamente, se encontraron las manos de entrambos, ya sobre el cuerpo mismo de D. Alonso, ya al arreglar la ropa de la cama: las de D. Fernando abrasadas y palpitantes, tambien las de Elvira calenturientas; pero él miraba al suelo, y ella le observaba á él cuidadosamente.

El herido, que seguia con gran fiebre, no dió señal de conocer á los que le asistian.

Una vez concluida la operacion, D. Fernando volvió á ceñir la espada, y á colocarse silenciosamente á los piés de la cama; mientras la dama, sentándose de nuevo, le seguia tenazmente con la vista, y sin perder ni un solo de sus jestos ó movimientos. Ella fué quien rompió el silencio preguntándole la causa de su tardanza; esplicóla él como pudo, y volvieron entrambos á callar durante media hora á lo menos.

Situacion tan embarazosa no podia prolongarse mucho tiempo; mas por una singularidad notable, el mas impaciente no era D. Fernando, que, tímido, supeditado, anhelante, hubiera podido padecer aquel suplicio durante largas horas, sin que sus labios profiriesen una queja. La esposa de Avila era la que visiblemente sufria impaciente; y ella tambien la que al cabo, levantándose, pasó al salon, y despues de hablar en voz baja algunos instantes con una de sus dueñas que, en consecuencia sin duda, entró á reemplazarla en la alcoba, dijo desde la puerta de esta:

—¡D. Fernando, seguidme!

Tanto como lacónico é imperioso el precepto, fué pronta la obediencia: el mancebo, sin dar mas respuesta que un profundo saludo, echó á andar en pos de la dama, mas á manera de víctima al sacrificio resignada, que como galan que á su amada sigue; y es que se dijo: "*¡El momento de las esplicaciones es llegado!*" momento que para él era el supremo de su vida.

Doña Elvira, precedida de una doncella que alumbraba, porque ya era de noche, caminó con paso firme hasta su propia estancia, la misma desde cuya reja habia presenciado el combate de Avila y Valdestillas contra los desconocidos, contra su amante y sus criados, creia el mancebo. Una vez allí, con una seña mandó á la criada que dejando la luz, se retirase; con otra hizo sentarse en un sitial al atónito jóven; y ella, cruzando los brazos, comenzó á pasearse aceleradamente de uno á otro de dos opuestos ángulos de la habitacion.

Esta ofrecia en su conjunto y pormenores singulares contrastes que merecen nos detengamos á considerarlos. Componíase de cuatro piezas, á saber: la antecámara, la sala, la alcoba con su retrete, y un oratorio. Desde la primera se notaba que allí presidian mas bien el espíritu de órden, y la severidad de elevadas ideas, que el gusto delicado y el primor esquisito. La tapicería representaba los triunfos de Alejandro; los muebles, limpios como espejos, tenian cierto aspecto

de tristeza que se siente mejor que se define. A la verdad se veian allí dos escaparates de maderas indíjenas, conteniendo el uno cristalería y búcaros, y una bajilla de plata el otro; pero sobraba en el metódico arreglo de aquellos objetos el órden, faltando la coquetería que las mujeres imprimen, por regla jeneral, en cuanto personalmente les atañe. Ni al entrar en el salon, *cámara* de doña Elvira, como en la casa se llamaba, se advertia tampoco ningun síntoma de afeminacion: el tocador, sencillo, aunque rico y cubierto de magníficos encajes, relegado á un ángulo de la estancia, sin que en él figurasen ni el *soliman* ni algun otro de los cosméticos de la época, revelaba que para la divinidad de aquel templo el afeite y compostura de la persona figuraban muy en segunda línea. El primer término lo ocupaba un magnífico escaparate cargado de libros, sí, lector, de libros. ¡Y qué libros! Crónicas, romances heróicos, libros de caballería, de geografía y de historia, con razonable cantidad de otros ascéticos y relijiosos. A vueltas de una que otra imájen devota, no mal pintada, cubrian las paredes mapas de Europa y América de los mejores que entonces se conocian, siendo lo mas notable, en aquella parte del adorno, un lienzo en que se figuraba á Hernan Cortés en el momento de apoderarse de la persona de Moctezuma y trasladarla al alojamiento de los castellanos. Un bufete, cargado tambien de mapas, papeles y libros, oscurecia, por decirlo así, otra mesilla, que debiera en el cuarto de una dama ocupar puesto mas importante, pues que sobre ella estaban los utensilios propios para las labores del secso débil. No negamos, sin embargo, que doña Elvira, al cabo hija de Eva, tenia en su habitacion dos espejos, uno en el tocador de gran precio, como luna veneciana llevada al Nuevo Mundo: otro sobre la mesa, volante y no de cristal, sino de la negra reluciente *obsidiana*, piedra negra capaz de tal pulimento y trasparencia que, con no tener para contemplar sus encantos otro instrumento las damas mexicanas hasta despues de la conquista, cuentan las crónicas que no deseaban siquiera mas fiel consejero.

No hablamos de varias curiosidades indíjenas del Anáhuac, como armas antiguas, tejidos de plumas &c., &c., por no hacer mas prolija esta descripcion; y pasando á la alcoba, diremos que un lecho de virjinales dimensiones y sencillo ornato, un crucifijo de oro y marfil con su pililla de agua bendita al pié, un reclinatorio con su libro de horas, y dos ó tres sillones, componian su mueblaje. El retrete contenia, ademas de un grande armario con las ropas de uso continuo de doña Elvira, cuanto al aseo de su persona era concerniente; y el oratorio, en fin, era digno de su objeto. Ocupaba uno de los ángulos del edificio, y dióle el arquitecto la forma octógona, construyendo en cada uno de sus ángulos una pilastra con su basa y capitel de órden corintio, y coronando el todo con una elegante lijera cúpula, octaedra tambien. De los ocho planos curvos de esta, en cuatro se abrie-

ron lucernas, por donde, al través de pintados vidrios, penetraba apenas la claridad del sol cuando mas radiante; y en los otros cuatro pintáronse al fresco historias sacras.

Ocupaba el altar, donde es casi inútil decir que por breve pontificio podia celebrarse misa, uno de los planos laterales: erá de maciza plata el retablo, y los adornos é imájenes de que abundaba, de oro, enriquecidos con esmeraldas, amatistas y rubíes. La imájen del santo rey conquistador de Sevilla era la que en primer término figuraba en el magnífico retablo. Los otros siete planos del oratorio, que como las pilastras eran de jaspe, contenian bajos relieves, representando (¡estraña mezcla de lo profano con lo sacro!): la quema de las naves por Hernan Cortés: el castigo de Cholula: su primera entrada en México: la prision de Moctezuma: la batalla de Otumba: el asalto de la ciudad; y, por ultimo, su definitiva rendicion.

Dos opulentos y cómodos reclinatorios, colocados de frente al retablo, marcaban los sitios que en los dias festivos ocupar debian D. Alonso y su esposa; una pequeña y adyacente cámara, sirviendo de sacristía, encerraba los ornamentos y adminículos al culto necesarios, todos ricos, todos para su época de escelente gusto.

Tal era la habitacion especial de doña Elvira, á la cual estaban inmediatas y anejas las de sus criadas; volvamos ahora á hablar de ella misma y de su tímido enamorado.

Cualquiera que en el momento en que los dejamos, sin noticia de los antecedentes que el lector conoce, contemplase sus respectivas actitudes, viendo que él, osando apenas insistir sobre su asiento, ruborizado el semblante, ajitada la respiracion y humilde la postura, no alzaba del suelo los ojos; y que ella, por el contrario, iba y venia como leona del desierto á servidumbre reducida, sufriéndola impaciente; cualquiera, decimos, ante aquel cuadro creyera que un amante culpable, sorprendido en el momento de consumar la mas pérfida de las infidelidades, aguardaba trémulo el fallo de la justa indignacion de su ofendida dama. Engañárase el observador juzgando así, ya lo sabemos, pues si la situacion no era precisamente la inversa, porque D. Fernando amaba á Elvira, mas sin ser ni lo que se llama su amante, ni aun su declarado galan, por lo menos sobre aquella mujer pesaban sospechas tales, que les faltaba muy poco para evidencias de culpabilidad.

D. Alonso de Avila, ó cualquiera otro hombre de mundo, en la situacion de Valdestillas, hubiera quizás admirado el aplomo de doña Elvira, sin sorprenderle empero el fenómeno; porque los seductores de oficio saben que la mujer con el riesgo *se crece*, y nunca es mas altiva, nunca mas audaz que en el momento mismo en que, por los acontecimientos hostigada, siente que va á rasgarse el artificioso velo con que de ordinario encubre sus habituales frajilidades. Pero el pobre Fernando habia de tal modo confundido y aunado hasta entonces

en su fantasía estas dos ideas: *Anjel* y *Elvira*, que la contemplaba con aquel doloroso asombro que debió causar, sin duda, en los espíritus fieles la sacrílega rebelion de los que hoy son impuros príncipes del averno.

Si Elvira, cobarde y confesando su falta, le pidiera proteccion contra las iras de Avila, el jóven, sin negársela, es probable que la despreciara; si en aquellos rasgados bellísimos ojos viera las ardientes lágrimas que á la Magdalena arrancó el arrepentimiento, su blando corazon se enterneciera; el cinismo y la corrupcion endurecida le irritaran; pero aquellos aires de dignidad ofendida, aquel orgullo propio solo de la virtud mas entera, aquella colérica serenidad que la persona y ademanes de la esposa de D. Alonso revelaban tan á las claras, confundian, ruborizaban, anonadaban, por decirlo así, al inesperto jóven. El avergonzado, el trémulo, el cobarde era él, inocente víctima; la altiva, la resuelta, la valerosa, ella, causa y oríjen del peligro de Avila y de los tormentos de D. Fernando.

Cuatro ó cinco minutos, y no menos, estuvieron nuestros dos personajes en la relativa posicion que nos ocupa, guardando el uno y el otro profundo silencio: rompióle Elvira, parándose súbito en medio de uno de sus paseos, encarándose con D. Fernando, fijando en él sus indignados ojos, y pronunciando las palabras con un acento que á definir no acertamos, tales eran la emocion, la cólera que en él se revelaban.

—¡Conque en fin, (dijo mas bien como prosiguiendo un monólogo interno, que empezando una conversacion); conque en fin, D. Fernando, vos me teneis por una de tantas livianas hembras como en México abundan?

Aterrado por tan furibunda como inesperada interpelacion, dudó el mancebo algunos instantes de sí mismo.—¡Habré hablado, se decia, sin quererlo ni saberlo? ¡Habré cometido alguna descortesía con ella? ¡O de dónde saca esta mujer que yo la condeno?"—Absorto en tales reflecsiones, no acertaba D. Fernando ni á formular una sílaba; y Elvira, impaciente, prosiguió diciendo:

—¡No acertais á responderme? ¡No osais revelarme vuestro pensamiento? Prueba de que no me engaño....

—Yo, señora (tartamudeó mas bien que dijo el turbado doncel), ¡qué derecho tengo á juzgaros?

—¡Qué derecho? Replicó la dama iracunda; el que tenemos todos á juzgarnos unos á otros. ¡Qué derecho? El que constituye la fama. ¡Qué derecho? El que dan la amistad y estimacion que debemos á una persona; el que procede del afecto que á cualquiera profesamos.

—Y bien, señora, si me concedeis ese derecho....

—Cuando yo no le conceda, vos le teneis, vos le usais, vos me habeis juzgado....!



—Sabe el cielo, y solo el cielo, doña Elvira, el suplicio en que vivo desde anoche acá: los tormentos del infierno no pueden ser mas atroces que los que yo padezco.

—¿Y qué diré yo, D. Fernando, qué diré yo, si eso decis vos?

—¡Oh, señora, para vos hay sin duda conpensaciones!!!

Al esclamar así, habia tantas lágrimas en la voz del mancebo, en su acento dolor tan intenso, que á pesar del parasismo de irritacion nerviosa en que Elvira se encontraba, penetró hasta su corazon el eco de las angustias de aquella alma enamorada; y mirándole entonces con inefable ternura, como á su pesar, esclamó tambien:

—¡Pobre niño! ¿Por qué fatalidad....?

La chispa eléctrica en la nube, la llama en la pólvora, no producen efecto ni mas hondo, ni mas súbito que aquella tierna y no acabada frase en el alma de Fernando: entreabrióse á sus ojos el paraiso, desaparecieron de su mente obstáculos, quejas, escrúpulos; todo, menos Elvira con él compasiva; todo, menos su corazon, por un amor inmenso devorado.

Apenas, pues, habia la dama cesado de hablar, cuando el doncel estaba á sus piés, deshechos en lágrimas los ojos, asida una de las manos de Elvira, y en ella clavadas sus delirantes miradas.

—No, señora, dijo; no, señora, no sois, no podeis ser culpable. Lo que hemos visto fué un sueño, ó lo vimos mal; sois inocente, sois pura, sois santa, sois vos sola el cielo entero: perdonad un momento de error á mi inesperiencia, y perdonadme tambien que os adore, y que ose decíroslo!

El corazon de Elvira latia con tal fuerza que, al parecer, incapaz ya de contenerlo, iba á romperse en mil pedazos el bellísimo seno que le encerraba: su mano izquierda apartaba blandamente de sí la abrasada frente del jóven, la derecha, éste la tenia aprisionada entre las suyas; quisiera indignarse y no pudo.... No pudo, no: sus ojos.... sus ojos la vendieron un instante: con una sola mirada, involuntaria, pero irresistible, trocó la sangre de Fernando en un torrente de abrasadora lava.... Otra, y su timidez desapareciera: mas la debilidad en la esposa de D. Alonso no podia ser instantánea. Hizo, pues, sobre sí misma un esfuerzo mas que humano, y encadenando con hercúleo poder el leon que en su pecho rujia, arrancóse de los brazos de Valdestillas, que ya su cintura enlazaban, y le señaló la silla que antes ocupaba, con un ademan tan noble, tan imperioso, si bien tierno todavia, que el pobre mozo volvió aterrado á su asiento.

Una mujer vulgar hubiera en tan crítico momento apurado el diccionario de las morales vaciedades con que defienden su virtud vacilante aquellas que temen las consecuencias del pecado, mas que su fealdad abominan; una mujer sentimental hubiera agotado el manantial de sus fáciles lágrimas para llorar la osadía del mancebo; una mujer necia acudiera á las injurias; una mujer de sí misma temerosa,

diera voces pidiendo ausilio; y una coqueta, resuelta á resistirse, pusiera en ridículo la pasion misma de que era objeto. Doña Elvira, no siendo ni vulgar, ni sentimental, ni necia, ni cobarde, ni mas coqueta que lo absolutamente indispensable para no dejar de pertenecer á su secso, tampoco hizo frases, ni vertió lágrimas, ni prorumpió en injurias, ni apellidó defensa en altas voces, ni acertó á reirse del que la amaba.

Quiere la verdad histórica que confesemos que la lucha fué en su corazon terrible; pero tambien ecsije que de esa debilidad la justifiquemos.

Elvira, doncella, no tuvo galanteos; esposa, sí tuvo un marido infiel, galan de todas, libertino declarado; y sin embargo, en el momento á que nos referimos, con justicia cuando menos aparente, aquel mismo esposo pudiera, con universal aplauso, arrancarle la vida, y arrancársela por infiel. ¿No era seguro que D. Alonso, á no ser por la herida á cuyo rigor yacía postrado, hubiera ya dado muerte á su *infiel* consorte? ¡No era mas que probable, que apenas restablecido,—¡qué decimos restablecido!—apenas en disposicion de pronunciar dos palabras, esas serian la sentencia de Elvira?

En tal situacion, pues, un hombre jóven, bello, simpático, y testigo de *su delito*, llegando á sus piés, declarándola inocente sin aguardar á que se justificase, confesando un amor delirante sin ecsijirle compensa, ofreciéndosele, en fin, con alma y vida: francamente, señores moralistas, ¿no era una tentacion terrible? ¿Cuántos de ustedes la resistirian, si á D. Fernando reemplazásemos con una linda muchacha de quince abriles?

Para apartar de sí aquel cáliz de voluptuosidad y consuelo, ¿qué mucho que la carne diese alguna muestra de flaqueza?

El espíritu, empero, se mantuvo fuerte: Elvira triunfó de sí misma, y cuanto mas empeñada la lucha, tanto mas gloriosa la victoria.

No osaba D. Fernando ni mirarla siquiera: ella, dejándose caer en su sillon, como abrumada por el peso de tantas emociones, tomóse algunos instantes para serenar al menos la voz, ya que el corazon no fuese posible, y despues dijo:

—Cuánto estimo vuestra opinion, D. Fernando, no tengo para qué encarecerlo; baste á probároslo el continuar esta conversacion en tales momentos....

—¡Oh, perdonadme, perdonadme! esclamó el jóven: olvidad, señora, que mi temeridad osó revelaros....

Nada me habeis revelado que yo no supiese; nada, Fernando. A vuestra edad y debiendo al cielo el noble corazon que en vuestro pecho alienta, no se oculta á los ojos de una mujer el amor sincero por respetuoso que sea. Sabia yo que vos me amábais, y os agradecia que me lo calláseis....

—¿Y no os dignareis perdonarme?....



—A condicion de que no vuelva á hablarse entre nosotros de tales delirios. Amar á una mujer no es un crímen: solicitar la de un amigo seria una infamia, y esa infamia inútil conmigo....

—¡Ah sí, seria inútil: vuestro corazon ya no os pertenece!

Fernando, á medida que Elvira recobraba la serenidad y con ella su habitual imperioso tono, iba el infeliz volviendo á considerar las cosas como realmente eran; por eso al escuchar que se le prohibia hasta que de su amor hablase, no pudo menos de decirse:—"¿Cómo ha de amarme á mí, si ya es dama de otro?"—De tal reflecsion procedió la réplica que dejamos escrita; réplica que fué para el corazon de la esposa de D. Alonso un nuevo golpe, y amargo por cierto: mas ya estaba dispuesta á apurar el cáliz hasta las heces, y contentóse con decir:

—Mancebo, vuestra candidez es mas cruel conmigo que lo fuera la venganza de D. Alonso. No importa: comprendo lo que padeceis y os perdono la injusticia.

—Y bien, señora, ¿por qué habeis provocado esta conversacion? Yo no tengo derecho á juzgaros, ya os lo he dicho; cuando le tuviera, me siento incapaz de usarlo. Dejadme ser en paz desdichado.

—No, Fernando, no; lo que me pedís es ya un sacrificio superior á mis fuerzas. Desde que abrí á la luz los ojos soy desdichada: no sé qué cosa son las caricias de una madre; de mi padre.... de mi padre es inútil hablar, nació como su hija, predestinado al martirio. Amor.... ó no le conozco ó debo renunciar á sus delicias. Como esposa, vos conoceis mi suerte.... Creí hallar en vos un *amigo*....

—La *amistad*, Elvira, la *amistad*....

—Es el único lazo posible entre nosotros, Fernando: el delirio de la pasion seria posible que arrastrase á Elvira *libre* á ser dama de un hombre; pero Elvira *esposa* es incapaz de rebajarse hasta acariciar con una mano al marido que deshonrara, mientras la otra tendia al adúltero amante. No, Fernando, no: antes arrancarme yo misma con mis propias manos el corazon del pecho!

La ecsaltacion del mas noble orgullo brillaba en el rostro de la triste dama al pronunciar aquellas palabras; en su acento se advertia la mas honda conviccion; en toda su persona la satisfaccion de la propia conciencia.—¿Cómo conciliar tales síntomas con la escena de la noche anterior? Negarse á la evidencia de los hechos parecia locura; resistir á la májica elocuencia de aquella mujer era en realidad casi imposible. ¡Pobre Fernando! ¡Pobre Fernando!!

A la ajitacion del amor infeliz se acumuló el delirio de las ideas estraviadas, y hubo un momento en que el vértigo que le dominaba, tanto creció de punto, que estuvo á pique de convertirse en declarada demencia. Súbito, pues, desaparecieron su timidez y encojimiento; y levantándose del asiento con un aire varonilmente resuelto, que Elvira no le conocia, acercóse á ella, y mirándola con tenaz fijeza esclamó:

—¿Y si eso es así, doña Elvira; si la elevacion de vuestros pensamientos, si lo inflecsible de vuestra virtud, os rebelan hasta contra un amor puro y casto, que solo aspira á consagraros toda la hoy naciente vida de un hombre, sin pedir mas recompensa que la de ser tolerado, ¿por qué, decidme, ya que para juzgaros me dais derecho, por qué yace D. Alonso atravesado el pecho, moribundo quizás, en su cama? ¿Por qué Fernando de Valdestillas tan desdichado es, que le envidia la cruel estocada á vuestro esposo? Niño soy, doña Elvira, inesperto y ciego por vos; pero necesito mas que palabras para salir de dudas.

Mas tiempo, de quererlo, pudiera hablar D. Fernando, sin que se lo estorbase la dama; porque fué tal su sorpresa ante aquel repentino cambio, que apenas acertaba á coordinar sus ideas, menos á formularlas en palabras.

Achaque ordinario á las mujeres, aun las mas discretas: contando siempre demasiado con el poder de fascinacion que realmente tienen, tanto usan y abusan de él, que llega al cabo un momento en que, rompiendo los diques la cólera del hombre, se encuentran ellas en una situacion embarazosa, cuando no insuperable.

Elvira pudo, hasta el momento á que con la narracion hemos llegado, despedir á Valdestillas, si no satisfecho, por lo menos sumiso con una simple protesta de inocencia, con tal que la apoyase en el mas leve, en el mas inocente de los favores imajinables: no quiso hacerlo. ¿Y qué le avino? Que al verse el mancebo sin misericordia desahuciado de toda esperanza, al contemplar para su corazon un porvenir de penas, para su amor propio un horizonte de desaires preñado, y al mismo tiempo considerar que, en apoyo de tan inflecsible orgullo, no aducia Elvira contra el testimonio de los sentidos de Fernando mas que su propia palabra, dijóse aquel:

—Ya que todo se ha perdido, salvemos al menos la dignidad: sepa esta mujer que no me engaña.

El combate, en consecuencia, se trasladó á nueva arena; la posicion de los combatientes varió por completo.

—¡Fernando! ¡Fernando! esclamó Elvira, acudiendo mas por instinto que por reflecsion, á la ternura, ya que la razon no estaba de su parte.

—Doña Elvira (replicó él, cerrando los ojos para que la vista de la que idolatraba no le hiciese flaquear), doña Elvira, si os place callar, no tengo derecho á ecsijiros lo contrario; pero sufrid entonces que yo tambien guarde silencio. Si he de confesar vuestra inocencia, probadme que no he visto, ó que he visto mal.

—¿Pues no confesábais ha un instante?....

—Ha un instante, señora, no estaba en mí; y vos, rechazando mis palabras, ordenándome sin misericordia que renuncie á un sentimiento, de que no puedo, de que no quiero desprenderme sino con la vi-



da, vos misma me habeis dicho que deliraba. Ya estoy sereno, Elvira; ya soy lo que quereis que sea: un hombre que discurre en vez de sentir; y el que discurre, para creer lo contrario de lo que ha visto, pruebas necesita.

—Que así me hablara D. Alonso, el burlador, el libertino, el que no ve en su esposa mas que uno de los cuarteles de su blason, no me sorprendiera, Fernando; pero vos, vos, á quien yo creia....

—¡Qué me creiais, qué podeis creerme mas que lo que soy, un niño que os adora con fé ciega? Pero si Elvira desdeña mi adoracion, si reniega de mi fé, ¿por qué no ha de ser lo que ella quiere?

—¡Ah, Fernando, Fernando, algun dia os arrepentireis de tan cruel proceder!!

Elvira, esclamando así con amargo doloroso acento, tenia tanta razon como su enamorado la tuvo perdiendo antes los estribos y la paciencia.

Ella abusó primero de su poder; él despues con esa cruel obstinacion de los niños que á veces arrancan pluma á pluma cuantas tiene el infeliz pajarillo que en sus manos cae; él, decimos, abusando de la superioridad que momentáneamente tenia, dábale insoportable tormento á la pobre señora.

Por dicha, esta le miraba con esa induljencia que la primera juventud alcanza casi siempre de los corazones jenerosos; tenia tambien algun año mas que él, y á mayor abundamiento, el lector ha debido comprender que no era tan insensible al amor del noble mancebo como aparentarlo deseaba.

Díjole, pues, al cabo de algunos momentos de reflecsion, sentándose y recobrando su serenidad entera.

—Os he dicho que creí haber hallado en vos un amigo. No me importa que os obstineis en amarme de otro modo: nunca sereis mi galan, nunca hallareis en mí mas que una amiga, pero esa siempre sincera, esa tan tierna como una madre, tan.... En fin, soy vuestra amiga: me importa que no me creais liviana, mas aún, atendedme bien, mas que justificarme con D. Alonso. Este tiene derechos en cuanto á la honra, vos en el corazon....

—¡Elvira! ¡Elvira mia! Interrumpió Fernando, otra vez subyugado, porque otra vez entrevió el paraiso de su anhelada bienaventuranza.

—¡Callad, por Dios, niño! esclamó ella con dolorosa impaciencia. Cuando mi corazon fuera lo que vos deseais, ¿consiguiérais otra cosa que estar cierto de mi desdicha? Fernando, seamos lo que podemos ser: amigos, y no mas que amigos; y ahora oidme. A pesar de lo que habeis anoche visto, y de lo que podais ver en lo sucesivo, estoy inocente, no tengo galanteos; no puedo tenerlos cuando á vos mismo os rechazo inflecsible.

Al decir así Elvira, miraba á Fernando con inefable ternura, y le

tendió su bella mano; él, llevándola á sus abrasados labios, sintiendo que el corazon se le partia, comprendió sin embargo que aquella mujer hablaba sinceramente, por el momento al menos.

—¿Quereis creerme bajo mi palabra y juramento (prosiguió la esposa de D. Alonso) hasta que me sea lícito revelaros un secreto que hoy os callo porque á mí sola no me pertenece? Yo os juro ante esa divina imájen....

—Teneos, señora, no mas: yo os creo. ¿Pero querreis otorgarme á mí un don que....

—No acabeis tampoco: otorgo sin mas esplicaciones.

—Jenerosa Elvira, el cielo os premie tanta bondad.

—El don, Fernando, el don.

—Prometedme no ecsijir de mí nunca que deje de amaros.

—¡Niño!

—Esperad, que aun no he concluido: prometedme tambien que si, como un presentimiento vago me lo anuncia, el secreto que no os pregunto ni preguntaré jamas, encierra riesgos y promete glorias....

—D. Fernando.....

—No me interrumpais, señora; prometedme que contareis con D. Fernando de Valdestillas, caballero, aunque niño.

—Fernando, mirad que la vida comienza para vos; mirad que sois la vida de vuestro padre.

—Elvira, habeis otorgado y no faltareis á vuestra promesa. ¿No os he dado yo el ejemplo de la sumision?

—Sea, pues que lo ecsijís; pero....

—¡Oh! sin restricciones. Vuestra mano, señora.

—Tomadla, y no mas entrevistas sin testigos, Fernando. Id y cuidad de D. Alonso.

—¿Creis que sea tan fácil de convencer como yo?

—No, por cierto; pero su opinion no me importa lo que la vuestra... Idos, idos; que D. Alonso aprenderá pronto á conocer á su esposa.

Besando por tercera y última vez aquella noche la mano de Elvira, volvió D. Fernando á la alcoba del herido; la dama, apenas se vió sola, dejóse caer en un sitial, como quien sale de encarnizada lucha, esclamando:

—¡Dios mio, Dios mio, dadme fuerzas para resistir al fuego que me abrasa!

Si Fernando la escuchara, fuera el mas feliz de los mortales; pero no la oia el pobre mozo.





CAPITULO XII.

DON FERNANDO DE VALDESTILLAS SE PERSUADE DE QUE NO ES IMPOSIBLE QUE UN HERIDO SE AGRAVE MIENTRAS SU MUJER OYE UNA DECLARACION DE AMOR Ó SE PASEA A DESHORAS CON UN EMBOZADO Y UN FRAILE.

Regresó D. Fernando á la alcoba donde yacia maltrecho el mísero D. Alonso, convencido de que debia convencerse de la inocencia de Elvira, sin embargo de lo que el testimonio de sus ojos y oidos le probaba en contrario; y preciso es confesar que tal situacion tenia poquísimo de placentero para nuestro mancebo. Su inesperiencia le hacia creer, como en los artículos de la fé, en que le era forzoso renunciar hasta la esperanza de ver pagada su ardiente pasion; pasion que él mismo condenaba, y que á costa de cualquier sacrificio quisiera sofocar en el pecho: pero al mismo tiempo comprendia que Elvira, amante de cualquier otro hombre, seria para él un espectáculo insoportable. Delante de ella, oyendo su voz, respirando su atmósfera, creia mas las palabras de la hechicera que el testimonio de sus sentidos; pero una vez fuera del círculo májico, una vez libre de la fascinacion, recobraba el raciocinio su natural imperio, reproducíanse vigorosos y acres los recuerdos de los recientes sucesos, y lanzaba su venenosa cabeza la *Duda*, ese enemigo de nuestro reposo, rémora de nuestros placeres, arpía de los mas opíparos festines de la flaca humanidad.

¡Dudar!—Dudar es peor que no ser; es fluctuar entre la nada y lo positivo; es entregarse á un tiempo al mal y al bien, sin aprovecharse

de lo bueno ni de lo malo; es convertirse en uno de esos cuerpos leves que el huracan arrebata en su desenfrenada carrera, para arrastrarle sin término ni objeto por el ámbito infinito de los inconmensurables espacios.

Dudar, para un amante, es vacilar entre la fé y el ateismo, entre la luz y las tinieblas, entre la vida y la muerte, viviendo en agonía interminable, agonizando con vida bastante para sentir las angustias de la muerte.

Y tal era el estado de D. Fernando á la cabecera de la cama de su amigo, cuya dolencia, entretanto, empeoraba sucesiva y rápidamente.

La calentura, en efecto, progresaba con terribles síntomas inflamatorios; la respiracion iba haciéndose cada vez mas dificil y laboriosa, la postracion del enfermo presajiaba, ademas, una conjestion cerebral, harto esplicable por el estado de sobrescitacion nerviosa en que al ser herido y de muchos dias antes se encontraba.

Llamóle sobre ello la atencion á Valdestillas la dueña que habia reemplazado á doña Elvira á la cabecera de la cama; púsose el jóven á observar á D. Alonso, y halló que realmente su estado era alarmante en sumo grado. Hagámosle justicia: su noble corazon, incapaz de ningun sentimiento bastardo ni egoista, se sintió hondamente conmovido al ver el riesgo de Avila, como si Elvira no ecsistiese, ó no fuera su esposa: creyó, pues, de su obligacion avisar á la última, y mandóla llamar por la dueña consabida.

¡Cuál seria su sorpresa, cuando á los cuatro ó cinco minutos volvió la mensajera, no sin señales de asombro en el semblante, á decirle que la señora no se hallaba en su estancia, ni nadie sabia su paradero en la casa? Palideció Fernando horriblemente al escuchar tan inesperada nueva; hubo un instante en que, agolpándosele toda la sangre al corazon, creyó espirar, por ella sofocado: mas sacando fuerzas de flaqueza, y recordando su reciente promesa de creer á Elvira inocente, no solo á pesar de lo que habia visto, sino de cuanto ver pudiera, respondió á la dueña:

—La culpa es mia, que no recordé, al enviaros, que doña Elvira me habia prevenido que iba á encerrarse en su oratorio y deseaba no ser interrumpida.

Buena era la intencion del acuitado caballero; pero el medio que adoptó para realizarla no pudo ser mas infeliz, porque la criada acababa de rejistrar en la habitacion de su señora hasta los últimos rincones, inclusos oratorio y retrete, y echado de ver que en este faltaba el mas negro, tupido y largo de los mantos de doña Elvira. Calló, sin embargo, como mujer de esperiencia, contentándose con poner una cara de hipócrita credulidad, que acabó de desconcertar á D. Fernando.



Así las cosas, D. Alonso empeoraba por minutos y sin que nadie tratase de estorbárselo, pues el mancebo, preocupado con sus zelos, olvidó por algun tiempo el temor que el estado de su amigo le inspiraba; y la dueña, creyendo, por una parte, haber descargado su conciencia con avisar del riesgo que su amo corria; y por otra, visto que la señora desaparecia en tales circunstancias, y que el galan no pronunciaba palabra, dijo para sus tocas: "Con su pan se lo coman, "que en boca cerrada no entran moscas, y no quiero yo que por me- "ter la hoz en mies ajena, se diga de mí aquello de que cuidados "ajenos, &c."

Por manera que, como dijimos, D. Alonso hubiera podido empeorar á su sabor, y aun morirse tranquila ó penosamente, sin que nadie por el momento se lo embarazase con prolijos cuidados, si por dicha suya no se le antojase al *Maestro*, que *no* le curaba, visitarle como cosa de una hora despues de terminarse la conversacion que dió materia á nuestro anterior capítulo.

Entró, empero, en la alcoba el discípulo de Esculapio, tan reverendo y grave como su enfermo estaba de mal parado, y en la persuasion de que sus medicamentos debian de haber hecho prodijios; mas era el peligro de D. Alonso en aquel momento tan claro, tan inminente, que apenas le hubo tomado el pulso el *Maestro*, cuando despues de una tos artificial de malísimo agüero, y alargando la cara mas que sus cuentas un usurero, dijo:

—Quisiera ver y hablar á mi señora doña Elvira.

—Mi señora.... Comenzó á responder la dueña que conocemos; pero D. Fernando con jenerosidad sin límites, le atajó la palabra, diciendo:

—Doña Elvira, fatigada por cerca de veinticuatro horas de continua vela, se ha retirado á reposar un instante, despues de encomendarse á Dios en su oratorio.

—Mucho me pesa (repuso el cirujano, melancolizando cada vez mas su mortuorio semblante) interrumpir el sosiego de esa mi señora; pero el caso es urjente, y para mí obligacion de conciencia....

—Entonces (insistió la dueña á quien el demonio de la curiosidad poseia en aquel momento) entonces voy á buscarla."

Y haciendo como lo decia, volvió la espalda para marcharse. Detúvola D. Fernando, asiéndola bruscamente del brazo, y al mismo tiempo dijo:

—Estaos queda, pesia mi vida, que no ganará gran cosa la salud de D. Alonso con que á su esposa molesteis. Y vos, señor doctor, haced cuenta que hablando conmigo lo haceis con doña Elvira en persona.

—Sea en buen hora, señor D. Fernando; y confiésoos que no me pesa el trueque, pues al cabo la sensibilidad femenina mas irritable y pronta....

—Doctor, por el cielo santo, que ahorremos palabras. O yo me engaño mucho, ó lo que vais á decirme es que D. Alonso....

—D. Alonso, noble mancebo, rebelde á la ciencia....

—Está en grave riesgo, ¿no es eso?

—Tan grave, que urje ya que atienda mas al cuidado de su alma que al de su cuerpo.

—¡Santo cielo! ¿Será posible?

—Las heridas causadas por un instrumento punzante en el pecho, cuando interesan el aparato respiratorio....

—¿Pues no dijisteis anoche, segun me han referido, y esta mañana misma, que....?

—Mis anteriores *pronósticos*, fundados en *síntomas*....

—Pero, en fin, ¿es verdad que la ciencia ha agotado ya todos sus recursos?

—La verdad que repito es que si D. Alonso ha de morir cristianamente, conviene no perder un solo instante en administrarle los santos sacramentos.

—Se hará, doctor, se hará: mas en tanto bien pudiérais ensayar algun remedio. ¿Dejaremos morir así á este pobre caballero?

—La inflamacion es tal, que nos priva de toda esperanza: seria ya inútil sangrarle.... En fin, ya estais advertido; á mí solo me queda que rogar á Dios por su alma."

Con tan consoladora frase, y dejando aterrados al amigo y criadas del enfermo, salió el *Maestro* de la alcoba, del salon y de la casa, pensando en anotar aquel *caso* entre los mas curiosos que en su larga práctica le habian ocurrido.

Por lo que respecta al jóven Valdestillas, su situacion, moralmente hablando, era mil veces peor que la del herido mismo, pues al cabo D. Alonso, privado de conocimiento, íbase muriendo sin sentirlo, mientras que Fernando con los ojos abiertos y entera la sensibilidad, desdichas y solo desdichas veia en torno de su persona, penas y solo penas dentro de su pecho hallaba.

—¿Dónde puede estar Elvira en tales momentos? ¿Qué pretesto, qué causa, por poderosa que sea, puede justificar su desaparicion del hogar doméstico cuando tal se encuentra sn marido? ¿Qué puedo yo hacer en tan amargo trance? Esperar en la inaccion que Elvira vuelva, es esponer la eterna salvacion de un alma pecadora por mundanas consideraciones: disponer ahora que se pidan los santos sacramentos para D. Alonso, revelar á toda la ciudad la conducta, cuando menos estraña, de su esposa. En mal hora he conocido á tal mujer; en mal hora la hizo el cielo tan bella: y razon tiene la tapada que me ha predicho, que me ha de ser funesto el invencible amor que ella me inspira.

Tales, en sustancia, fueron las consideraciones y quejas que asaltaron á Valdestillas durante mas de un cuarto de hora de amarga in-

decision, y en este intervalo el enfermo caminaba á pasos ajigantados hácia el fin y término de las humanas miserias.

Figúrese el lector qué de jestos, malignos comentarios, y ecsajerados aspamientos harian las dueñas y doncellas; y gracias que la presencia de D. Fernando las contuvo, que de no, alborotaran el barrio con sus lamentaciones, echando para siempre al suelo la reputacion de su señora, hasta entonces libre de toda mancha y aun sospecha.

¿Qué era en tanto de doña Elvira?—Envuelta en su manto, sola, presurosa, anhelante el pecho, vertijinosa la cabeza, deslizándose por las calles como las sombras de los insepultos en las orillas del flamíjero rio, esquivando con el silencio ó con la fuga las persecuciones de los galanes cazadores de gangas que al paso hallaba, la esposa de Avila corria á cierta casa solitaria del barrio de Tlaltelolco, entraba en ella y desaparecia en su oscuro zaguan, cerrándose la puerta en pos de su persona.

Pocos minutos despues, de la misma casa salia un indio, medio desnudo, apenas civilizado, cuyos ojos redondos y pequeños parecian en su bronceado rostro dos chispas de fuego eléctrico, mientras con toda la soltura de un ciervo corria en direccion á México.

Al salir el indio asomóse al balcon sobre la puerta de la casa colocado, y entreabrió la celosía un bulto negro; cuando aquel desapareció de la calle, la celosía volvió á cerrarse, y el bulto ó se retiró ó se hizo invisible. Pero á los pocos minutos se entreabrió de nuevo la celosía para volver á cerrarse y volver á entreabrirse á desiguales cortos intervalos, dejando siempre ver el mismo bulto negro de que hemos hablado. El observador mas negado adivinará fácilmente que el bulto era el de una mujer, y de mujer que con impaciencia esperaba ó la vuelta del indio, ó la llegada de cualquiera otra persona: nosotros añadiremos que, casi con evidencia, nos parece que la mujer impaciente era nuestra doña Elvira en persona.

Fuese la que fuere la causa que á barrio tan estraño á la jente noble, á tales horas, y en tan intempestivos momentos la llevase, claro es que, cuando la conciencia no, el miedo por lo menos debia de tenerla sobresaltada, pues á persona tan discreta como ella no podia ocultársele que faltar de su casa cuando D. Alonso tenia en peligro la vida, era como arrojar voluntariamente al abismo de la murmuracion toda su honra.

Debió, pues, de padecer insoportable suplicio durante cerca tres cuartos de hora que sin quitarse el manto, tomar asiento, ni apartarse de la celosía, estuvo en el balcon, fijos los ojos en el oscuro ámbito de la calle, y contando los instantes por los febriles latidos de su angustiado corazon.

Si un amor criminal la condujo á Tlaltelolco, ¿cuáles debian de ser sus remordimientos? Si fatalidad, para nosotros ahora inesplicable, la arrancó de su casa, ¿qué angustias serán comparables á las suyas?

Porque, si para la delincuente que ama contra la ley, pero cuyo espíritu no se halla aún del todo pervertido, la idea de la pública deshonra es mas cruel que la perspectiva de la muerte misma, ¿qué ha de ser para la inculpada á quien las apariencias condenan? ¡Pobre, infeliz Elvira, si fué débil! ¡Mas infeliz aún, si obedecia solo á decretos inflecsibles del Destino!

Simultáneamente con la llegada del cirujano á la alcoba de D. Alonso, sobre poco mas ó menos, aparecieron en el arrabal mexicano, y en la calle donde la casa de que hemos hablado se encontraba, cuatro personajes cuya reunion pudiera parecer rara á un europeo, mas no lo era en la metrópoli del Anáhuac en aquella época, si bien á tales horas debemos decir que no se veia con frecuencia.

Presentóse el primero, el indio consabido, á buen paso, mas con ese aire de indolencia propio del salvaje cuando regresa de una espedicion consumada; á corta distancia seguian un castellano embozado hasta los ojos, por bajo de cuya capa se dejaba ver formidable tizona, y á su lado un relijioso de la Orden de San Francisco, calada la cogulla, y cruzados los brazos sobre el pecho; por último, cerraba la marcha otro fraile de la misma Orden, que por lo craso del hábito y grosero porte olia á lego de legua y media.

Cuando á los oidos de Elvira llegó el rumor de los pasos de aquellos hombres, tendió el cuello como la cierva que amamantando su cachorro, oye súbito el eco de la trompa en los bosques; y un instante despues, no pudiendo contenerse, abrió de par en par la celosía, y asomó fuera del balcon todo lo que pudo de su cuerpo, doblándose hácia bajo con tal vehemencia, que pudiera creerse que intentaba arrojarse á la calle. No era así; lo que queria era cerciorarse de quiénes llegaban; y cuando ya lo hubo conseguido, esclamó:

—¿Sois vos, señor mio? ¿Sois vos?

—¡Imprudente! Contestó el caballero. Sí; yo soy, callad, por vida mia, que allá vamos.

—No subais, no subais (interpuso con atribulado acento la dama); yo bajaré, que demasiado tiempo hemos perdido.

Y sin aguardar respuesta, retiróse del balcon, y con tal prisa bajó las escaleras, que antes que los recien llegados tuvieran tiempo de proferir un solo acento, ya Elvira estaba entre ellos.

—Seguidme, les dijo, andando mientras hablaba; hace ya mas de una hora que estoy fuera de mi casa, y D. Alonso....

—Ni Don.... comenzó á decir el fraile; pero le atajó rápidamente el caballero, para evitar, sin duda, que su nombre pronunciase, con estas palabras:

—Es inútil pronunciar aquí nombres propios, padre mio.—Y dirijiéndose á Elvira, que no cesaba de caminar, prosiguió:

—No estábamos en el convento ni el padre ni yo, cuando enviásteis vuestro mensajero.

—¡Desdicha mia!

—Habiamos ido donde nos llamaban atenciones graves. El encuentro de anoche es una gran desdicha.

—¡Funesto encuentro! Sus consecuencias serán acaso para mí irreparables.

—Tened confianza en Dios, señora (interpuso el relijioso); su misericordia no les falta nunca á los que con piadoso corazon y ánimo humilde la imploran.

—¡Ah, padre mio! replicó Elvira; ¿quién la ha menester mas que esta infeliz mujer?

—En fin, Elvira, ¿para qué con tal priesa nos habeis llamado á estas horas? Importante debe ser la causa, para que en tales momentos os aparteis de D. Alonso.

A esa pregunta del caballero respondió la dama, despues de vacilar un solo instante, de este modo:

—D. Alonso, señor, ó esta noche mejora, ó esta noche sale del mundo.

—¡Elvira, esclamó el embozado, por vida vuestra que no digais tal! ¡Nunca me consolaria de tamaña desdicha, nunca! ¿Creeis, padre mio, que pudiera Dios perdonarme?

—¿Qué culpa no borra el arrepentimiento? ¿Qué pecado escede la piedad de aquel que por salvarnos murió en la cruz? Dudar de la misericordia de Dios, es el mayor, el mas culpable de los delitos. Llorad y esperad, que las lágrimas son las que nos abren las puertas del cielo.

—¿Fué culpa vuestra, por ventura? Dijo á su vez Elvira, con un acento de conviccion tan profunda, que dudamos de que fuera grato á D. Alonso, si aquella conversacion escuchara.

—Pero, volvió á decir el embozado, dejando á la mano de Dios lo que á mi persona atañe, decidme, Elvira, de una vez á qué nos llamais.

—Os he dicho que esta noche va á ser mi vida ó mi muerte. D. Alonso me cree culpable: si mejora, vos que sois tan caballero, adivinais fácilmente mi suerte....

—¡Pero, Elvira, vos estais inocente!

—¿Y qué importa, si lo contrario parezco? No es hombre D. Alonso á quien protestas ni juramentos satisfagan, no. Viviendo siempre entre mujeres livianas, livianas son para él las mujeres todas; y solo ha creido en mi virtud mientras me juzgó de mármol.

Un hondo suspiro en el cual iba envuelta toda una pasion volcánica, por la imperiosa voz del deber sofocada, interrumpió momentáneamente aquel discurso, así continuado:

—Desde ayer espero en vano noticias vuestras.... Comprendo bien por qué no las tuve: pero, en fin, señor, yo no puedo, yo no quiero, perdonad que así os hable, no puedo resignarme á que mi es-

poso, viviendo, me trate como á culpada, ó al espirar me maldiga; no, señor, no lo puedo, no lo debo, no lo quiero; y no porque la muerte tema, sábelo el cielo, sino porque la honra es antes que todo.

¿Por qué, al pronunciar las frases que escritas dejamos, y pronunciarlas resuelta y apasionadamente, hubo sin embargo en la voz de Elvira un lijero temblor, una espresion indefinible, no de duda, pero sí de vacilacion? Porque tras del pensamiento real, positivo y honrado, que sus labios sinceramente espresaban, habia una razon de sentimiento que aquel animaba, siendo el secreto y mas poderoso resorte que acciones y palabras la inspiraba. La honra y la vida algo pesaban, mucho, si se quiere, en la resolucion de doña Elvira; pero mas, infinitamente mas el amor, para ella misma oculto y disfrazado con el nombre de amistad, que Fernando encendió en su pecho.

D. Alonso no habia cesado un solo instante de estar en grave peligro desde que fué herido; no se le ocurrió, sin embargo, á su esposa, que era urjente, indispensable, tener derecho á justificarse, medios para lograrlo, hasta inmediatamente despues de su conversacion con el jóven Valdestillas.

La razon es obvia: de parte de su marido no corrian riesgo mas que la vida y la fama: pero que Fernando la creyese culpada, era para su corazon un golpe intolerable.

Hechas estas esplicaciones, necesarias para comprender cabalmente el sentido de la conversacion que ibamos refiriendo, prosigamos la interrumpida tarea.

—¡Qué decis á esto, padre? Esclamó el caballero, dirijiéndose al relijioso, cuando acabó de hablar Elvira.

—Digo que mas tarde ó mas temprano, D. Alonso habia de saber un secreto que acaso ha sido imprudente ocultarle tanto tiempo....

—¡No sabeis lo estragado de su vida? ¡Ignorais la lijereza de su carácter?

—Es caballero y buen cristiano, aunque gran pecador, insistió el fraile.

—Y tiene incontestable derecho, añadió Elvira, á ver probada la inocencia de su esposa, ó á castigarla como culpable.

—¡Elvira! ¡Elvira! Dijo con acento amargo el embozado; ¡me estais destrozando el pecho! ¿Quién os ama, quién puede amaros como yo? Y sin embargo, vacilo, no me atrevo á confiar *nuestro secreto* á ese hombre: preveo, no sé por qué, pero en fin, preveo que él ha de ser la perdicion de todos nosotros.

—¡Y por qué? Preguntó el fraile, que no acertaba á comprender la obstinacion de aquel hombre. Cuando D. Alonso quisiera abusar de su confianza, faltándole los papeles para justificar....

—No es eso, padre mio, lo que yo temo, no es eso. Si de mí y Elvira se tratase solamente, ni un momento vacilaria en abrirle mi pecho á D. Alonso, por mas que sienta verle tan mal esposo: pero cuando se trata de tantas y tan ilustres vidas....

—¡Ah! (esclamó dolorosamente el relijioso). No me engañaban mis recelos. ¿Tambien vos, el varon prudente, el justo por escelencia: tambien vos teneis parte en esos culpables delirios. . . . ?

—Padre mio, perdonad que no os hable mas en esa materia: el sacerdote no comprenderia nunca al soldado; al hombre, y eso bien lo sabeis, que todo, todo lo ha sacrificado á un solo pensamiento. El secó en mi infancia las lágrimas de mi orfandad; él me hizo arrojar impávido la tierra sobre el cadáver de mi santa madre; él ha consumido mi juventud; á él he consagrado hasta á mi *Elvira*, en este mundo mi solo amor, mi esperanza única. ¿Querríais que ahora renunciase á la prócsima realizacion de aquello á que tantos sacrificios tengo hechos? No, padre mio, no, y mil veces no. Ya conoceis mi sincero temor á Dios, pues creo....

—¡Basta! repuso severamente el relijioso; basta, y no hablemos mas en eso. ¡Quiera Dios que algun dia no os arrepintais, cuando sea tarde, de vuestra ciega obstinacion!

—Vamos á llegar á mi casa (dijo entonces Elvira). ¿Qué resolveis, señor?

Paróse un momento el embozado como luchando consigo mismo, y en fin contestó:

—No me resuelvo á revelar á D. Alonso....

—Pues yo, señor, que no acierto á vivir sin honra, sabré entonces morir.

—Elvira, callad; decidle, padre mio, que no es de cristianos ese lenguaje.

—Cierto que no es de alma cristiana el pensamiento criminal de avanzarle el término natural á nuestra breve vida; pero tampoco es de cristiano esa obstinacion que coloca á una flaca mujer en la espantosa alternativa de elejir entre la infamia en este mundo, y el infierno en el otro.

A esa réplica del relijioso, réplica en sí misma razonable, y pronunciada ademas en tono de ascética autoridad, no acertó á poner objecion alguna el desconocido; porque, en efecto, para Elvira no habia medio entre los dos horribles estremos por el fraile indicados, mas que el de revelar á su marido el secreto que ignoramos aún, pero del cual podemos presumir que fuese bastante á justificarla.

No será quizás inútil advertir, para mejor intelijencia de nuestra narracion, que estando las calles ya solas y habiéndose quedado el indio y el lego á larga distancia detras de nuestros interlocutores, podian estos conversar y aun accionar libremente sin que nadie se los estorbase; y tanto era así, que despues de un breve espacio de silenciosa marcha, doña Elvira, poniéndose súbito delante del embozado, dejóse caer de hinojos, y abrazándole las rodillas, esclamó:

—Si no podeis, señor, resolveros á justificarme, sea en buen hora: hoy, como siempre, mi voluntad será la vuestra: pero como no po-

deis tampoco querer que vuestra Elvira viva deshonrada, dadme la muerte, os ruego, con esa daga; que viniendo el golpe de vuestra mano, con agradecimiento lo recibirá mi pecho.

Es probable que si D. Fernando acertara por desdicha suya á ver el grupo singularísimo que componian, á deshora de la noche y en una calle solitaria, el desconocido, trémulo y hondamente conmovido; Elvira á sus pies, sin lágrimas en los ojos, pero con la cárdena palidez de la muerte en el rostro; y el fraile pugnando en vano con caritativa solicitud por levantarla; es probable, decimos, que si tal viera D. Fernando, ó el dolor le matara en el acto, ó se arrojáse sobre el embozado como la hembra del tigre sobre el cazador que sus cachorros le roba.

Pero D. Fernando no veia nada de aquello, y estábase á la sazon midiendo á pasos largos y con rabioso porte la alcoba de su mal herido amigo.

En tanto el desconocido, alzando del suelo á la bellísima aflijida señora, estrechándola contra su corazon, y lo que es mas (casi nos causa rubor el decirlo) besándola en la frente con indecible ternura, todo á ciencia y paciencia del fraile, y sin que éste, al parecer, se escandalizase, permaneció en tal postura poco mas de un minuto; y al cabo dijo:

—No, Elvira, no: sosegaos, que yo haré, cuésteme lo que me costare, que aprenda D. Alonso á respetaros, ya que hasta aquí no supo apreciar el tesoro de que es dueño. . . .

—¡Ah, señor! Esclamó la dama con un acento de júbilo y gratitud profundísimos.

—Silencio, le interrumpió el desconocido; llegamos á vuestra casa y ahora ya son inútiles las reflecsiones. Dentro de breves instantes se habrán logrado vuestros deseos; y suceda despues lo que Dios fuere servido de ordenar.

Abrió Elvira la puerta, con llave que al efecto llevaba, entraron con ella en la casa el castellano y el fraile; tomó la luz que en su estancia habia quedado ardiendo, y sin quitarse el manto siquiera, guió á los que la acompañaban á la habitacion de D. Alonso.

Al verla entrar las criadas, que ya por la dueña sabian su desaparicion, prorumpieron en un grito que manifestaba á un tiempo sorpresa y angustia. Ella, tendiendo la vista sobre aquella grey de curiosas, pronunció solas estas palabras:

—Silencio.—Despejad!

Pero con tal aire dichas, que, como con el *fiat lux* del Eterno, el silencio y la soledad en el salon se hicieron apenas pronunciadas.

El grito de las criadas atrajo fuera de la alcoba á D. Fernando, quien al ver delante de sí á su amada, y con el manto aun pendiente de los hombros, no pudo contenerse, y en tono de dolorosa reconvencion, le dijo:

—¡Elvira, Elvira! ¡Es imposible!

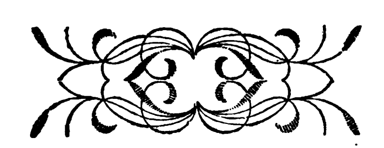
La dama, en vez de contestarle, tendió su mano hácia la puerta del salon, en el momento en que por ella entraban, siguiéndola, el fraile y el desconocido.

Verlos D. Fernando, y esclamar asombrado:

—¡D. Martin Suarez de Monroi! ¡El padre provincial de San Francisco!

Fué todo una misma cosa; y en verdad que habia de qué admirarse; porque D. Martin, ya lo dijimos, pasaba de los cincuenta años, con ser mas jóven que el prelado que le acompañaba, y ni el mismo D. Alonso de Avila osara sospechar que con ninguno de tales dos hombres podia tratarse cosa que honesta y santa no fuese.

¿Qué intereses podian ligar á Elvira con D. Martin y con el provincial de San Francisco?





CAPITULO XIII.

BIOGRAFIA DE UN BIENAVENTURADO, Y PRINCIPIO DE UNA DISCUSION MEDICO-TEOLÓGICA ENTRE UNA DAMA, UN FRAILE Y DOS CABALLEROS.

Era á la sazon decimotercio *Ministro* de la provincia del *Santo Evanjelio* en Nueva España, el padre Fr. Diego de Olarte, de cuya venerable persona nos permitirá el lector que hagamos especial mencion en mas de un concepto.

Natural de Medellin, aunque descendiente de cántabros, fué paisano de Hernan Cortés, y su amigo desde los primeros años. Verosímilmente pasó con él á las Antillas, y es probado que hizo parte del pequeño ejército que, embarcándose en Santiago de Cuba, conquistó á México.—Que nació hidalgo, no admite duda, con solo fijar la consideracion en su apellido; porque en efecto, *Olarte* es el nombre de una de las feligresías del Valle de Orozco en Vizcaya, y sabe el universo que aquella provincia apenas contó pechero entre sus hijos. Con todo eso, Diego no solo fué simple soldado, que por ahí empezaban en aquella época hasta los mas encopetados, sino que sirvió inmediata y personalmente al conquistador, llamándose *su criado* y honrándose constantemente de haberlo sido. Advirtamos aquí, para intelijencia clara de las situaciones respectivas, que en el siglo XVI la condicion de criado admitia diversas jerarquías, segun el amo ó principal; que un grande contaba en su servidumbre en calidad de jentiles-hombres ó pajes, á hidalgos de escasa fortuna, caballeros segundos de sus casas, y hasta hijos de otros próceres que á la sombra del

magnate se educaban; y finalmente, que desde el principio mismo de la conquista hasta su muerte, no hubo para Nueva España, grande mas grande que el inmortal Hernando. No supone, pues, servidumbre doméstica en la acepcion que hoy tiene esa palabra, el haber sido Fr. Diego criado del primer marqués del Valle, sino que logró la honra de merecer su confianza, asistiéndole, como hoy lo hacen, por ejemplo, los ayudantes de campo á nuestros jenerales con mando.

Fué Fr. Diego, dice un cronista de su Orden, escribiendo á principios del siglo XVII, y por tanto casi contemporáneo de aquel provincial; fué "*hombre de mucha suerte en el mundo y valeroso soldado en la guerra;*" y poco despues añade: "*no aprendió el siervo de Dios muchas letras, porque era soldado cuando entró en relijion, y hombre de dias.*"

Por manera que sin grave violencia podemos conjeturar que, enviado á Salamanca en compañía de Cortés, porque el caudal de la familia de este no alcanzaba entonces á darle tales criados, estudiase allí tambien con Hernando la latinidad, y como su discípulo, abandonase en tal punto los estudios para seguirle en busca de las aventuras que tan gloriosas encontraron. Confírmase esa conjetúra, reflecsionando que si Fr. Diego no supiera latin, imposible le fuera ordenarse de sacerdote, y que en México no pudo aprenderlo, ni antes de tomar el hábito, porque los afanes de la campaña no lo permitieran, ni despues de ser fraile, pues segun el cronista ya citado, *en aquella sazon en esta tierra* (Nueva España) *habia poco ejercicio de letras, porque todos los relijiosos, por falta de ministros, se ejercitaban en la conversion de los indios, y así no habia lugar de estudiar.*

Como quiera que fuese, el que habia de ser Fr. Diego militó valerosa y afortunadamente hasta que se ganó á México. Ningun reves de fortuna, ninguna desgracia, ni siquiera los padecimientos de una herida, fueron los que, como al famoso fundador de la demasiado célebre Compañía de Jesus, le inspiraron el pensamiento de hacerse relijioso. Su vocacion fué espontánea, esenta de toda causa mundana, sin mezcla ni aun de ese egoismo ascético en virtud del cual el hastío de los hombres y de las cosas llevó al desierto durante el siglo de oro de la Iglesia á los espíritus ardientes ó contemplativos. El soldado trocó la coraza por el sayal, no para vivir en pacífico retiro, no para meditar en la soledad del claustro, no para imponerse estériles mortificaciones, sino para seguir militando en México; pero entonces en gloria de la fé de Cristo, en pro de la civilizacion, en bien y amparo de los indios, cuyo constante protector y misionero fué en los cuarenta años que duró su apostolado. Insistimos en esto, porque enemigos como lo somos por conviccion íntima y razonada, de la holganza y sibaritismo monástico, cúmplenos por lo mismo hacer completa justicia á las instituciones y á los hombres, reconociendo y proclamando sinceramente que en la época á que nos referimos, la Orden de San Francisco en México, muchos, los mas de sus indivi-

duos, y singularmente el prelado que nos ocupa, merecieron bien de la humanidad y de la civilizacion.

Volviendo á Fr. Diego, aun hecha la parte de las ideas del siglo y de lo místico de la crianza de los hijos de familia, hay siempre mucho de singular y hasta de providencial, diremos resueltamente, en su vocacion relijiosa.

México acababa de conquistarse; el último, el menos venturoso de los soldados españoles era entonces rico con su parte de botin; un hombre *afortunado* y al inmediato servicio de Cortés, y su amigo, y su protejido, debia de serlo mucho mas. Comenzaban á hacerse los repartimientos de los indios; en el campo habia heredades, en las provincias encomiendas, en la ciudad cargos de justicia, y hasta *barrios* para los conquistadores. ¿Por qué trueca Diego, no ya la perspectiva, sino la posesion, el goce de tantos y tales bienes, cuya sola esperanza, ó mas bien deseo, le ha movido á dejar la patria, atravesar los mares, empuñar la espada, y lanzarse á tan desesperada incomprensible hazaña como lo fué la guerra del Anáhuac? ¿Por qué? Vamos á verlo, con permiso del lector, á quien nos hemos propuesto dar en este libro, no solo entretenimiento para la imajinacion, sino que tambien alguna noticia útil de la patria historia.

El año mismo de la toma de México, es decir, á fines de 1521, llegaron allá doce frailes franciscanos, haciendo cabeza de ellos el venerable *Fr. Martin de Valencia de D. Juan*, que ya contaba entonces en España treinta años de relijion. La naturaleza habia modelado de intento á aquel hombre para la obra á que le llamaba su destino; y obsérvese que en las épocas en que la humanidad se trasforma, por decirlo así, la Providencia cuida siempre de preparar los instrumentos necesarios á la ejecucion de sus altos designios. Sin Cortés, sin los Pizarros, sin aquella jeneracion de intrépidos aventureros, de soldados temerarios, de capitanes por intuicion, ¿de qué sirvieran, en efecto, los descubrimientos del inmortal genovés?—Pero volviendo á Fr. Martin, la obra de la conversion requeria un espíritu ardiente, un entusiasmo inestinguible, una fé hondamente sentida, una palabra elocuente, una humildad altivamente sincera, un ascetismo injénito y perseverante, y un cuerpo capaz de soportar un dia y otro y siempre las penitencias, el ayuno, los cilicios y los trabajos, la aspereza de los caminos y los ardores del sol. Pues todas esas dotes, y todas en alto grado las poseia el jefe de la apostólica mision. El y sus once compañeros, en medio de una nacion idólatra, que con prevencion de mala especie los miraba como á ministros de un culto enemigo, y habiendo de luchar contra la codicia de los conquistadores triunfantes, la brutalidad del soldado vencedor, y el desenfreno de aventureros súbitamente enriquecidos, supieron en breve tiempo, no solo hacerse bien quistos de los indios, convertir á muchos sin comprender aún su lengua, y conservar intacta la severidad de su propia ascética

disciplina, sino, lo que es mas, infinitamente mas, constituirse en escudo de los vencidos, imponer siempre respeto, muchas veces sumision á los castellanos mismos.

Jamas como entonces y en México lucharon el espíritu con la materia, la intelijencia con la fuerza, la moralidad con la relajacion, en circunstancias menos favorables para el espíritu, la intelijencia y la moralidad, que sin embargo triunfaron de sus enemigos.

Verdad es que Hernan Cortés, sin ser un cenobita, con tener todos los instintos de la voluptuosidad, todo el amor á los goces materiales de que, por regla jeneral, adolecen los grandes capitanes, comprendiendo tambien desde luego que la conquista por él comenzada, la civilizacion sola podia terminarla; y que civilizacion sin moralidad, moralidad sin relijion, cuando de pueblos se trata, son aspiraciones absurdas, protejió á los misioneros con toda la eficacia de su poder, con toda la enerjía de sus convicciones.

No es de nuestro propósito hacer la historia del apostolado de Fr. Martin de Valencia; pero debiamos indicar aquí, como ya lo hemos hecho, la magnitud de su empresa, y las dotes singulares, las altas virtudes con que se arrojó á ella. Ilustrado, ardiente en su celo, mas aún en su caridad evanjélica; descendiendo á enseñar á los niños semi-salvajes el abecedario, rebajando su ciencia al nivel de aquellos débiles entendimientos; viviendo en benévola fraternidad con los pobres, los desvalidos y opresos, la gran figura de Fr. Martin, por la penitencia y el ayuno consumida, se alzaba severa, imperiosa, amenazadora, ante el rico, el noble, el poderoso, el opresor y el juez tirano. Así predicaba el Evanjelio al indio, destruia sus ídolos, y fundaba monasterios, como se oponia á las depredaciones del *oficial real* ó del *encomendero*, á las violencias del capitan, y á las demasías jurídicas de los oidores.

Sus labios y su pluma, consagrados, como su corazon y su pensamiento, á la difusion de la verdad sacra ó profana, á la defensa de los débiles, y á la censura de los fuertes, no se emplearon nunca mas que en tan santo ministerio, nunca, ni aun ante el trono, dejaron de cumplirlo. Y en tanto, cuando su solo nombre era para los unos inefable consuelo, para los otros tremebunda amenaza, el venerable apóstol, desnudos los pies, maceradas las carnes, vestido el áspero cilicio, sin mas armas que su fé, sin mas acompañamiento que otro pobre fraile, sin mas pompa que la resplandeciente aureola de sus virtudes, recorria incesantemente el ámbito de la mexicana monarquía para propagar, tanto con su buen ejemplo como con su elocuencia, los dogmas de la fé cristiana. ¡Santa vida, noble ecsaltacion, filantropía sincera, y lástima grande que la incuria española deje en el olvido sepultada la memoria de ese y otros ilustres varones, que en diferentes carreras y por distintos caminos inmortalizan su nombre, y ser debieran glorioso timbre de su patria!

La vida, pues, que Olarte abrazó, no fué, y ya lo dijimos, un retiro en que descansar de sus fatigas de soldado: una nueva y mas penosa milicia le recibió en su seno, y en ella fué tan buen guerrero como en la primera. Fiel imitador y aprovechado discípulo del venerable Fr. Martin, nuestro Fr. Diego ni desnudó el cilicio, ni calzó nunca sus piés; jamas el que tantos años fué jinete volvió á cabalgar desde su toma de hábito; abstúvose de carnes y de vino escrupulosamente, y para que la mortificacion fuera mas grande, llevaba siempre consigo, cuando iba de camino, una botella de aquel licor, con el cual obligaba á confortarse á sus compañeros. Jeneroso y cordial con sus huéspedes, cuidaba de obsequiarlos con mesa abundante y de bien sazonados manjares; asistia al banquete para hacer los honores; y cuando el convidado, por cortesía, se negaba á comer porque el fraile ayunaba, éste llevaba la complacencia hasta tomar un bocado, pero uno solo del plato desairado.

Era Fr. Diego ignorante, como hemos dicho; pero su fé y su celo, supliendo á los conocimientos adquiridos, y sobre todo la posesion del idioma mejicano, le hicieron predicador elocuente y de los mas útiles en la conversion de los indios. Por eso á pesar de su incontestable, profunda humildad, quizás á causa de ella fué varias veces guardian del convento de México, luego Definidor de la Orden, y últimamente electo provincial en el capítulo celebrado el año 1564. No podemos decir á punto fijo su edad; pero recordando que cuando mas pronto, tomaria el hábito en 1522, y que entonces *era ya entrado en dias*, así como que le suponemos fundadamente coetáneo de Hernan Cortés, nada aventuramos asegurando que no contaria, en el momento en que á nuestros lectores le presentamos, no menos de 74 á 78 años.

Figúrese ahora el lector el justo asombro de D. Fernando de Valdestillas que, preocupado con sus zelos, se figuraba á la pérfida Elvira en brazos de algun galan caballero mientras su marido agonizaba, viéndola entrar acompañada de un hombre de edad tan madura y representacion tan respetable como D. Martin Suarez, y del santo anciano Fr. Diego de Olarte.

Las ideas del acuitado mancebo se trastornaron instantáneamente: al furor zeloso, sucedió el vértigo de la duda; su cabeza, en una palabra, pasó por uno de esos desvanecimientos que acometen al viajero imprudente que ya en la cima del Pirineo vuelve la vista á contemplar el precipicio que bajo sus plantas se abre. Incapaz de raciocinio, mas incapaz aún de formular un pensamiento, quedóse el pobre amante clavado en el sitio en que la *vision* (tal le parecia) le encontrara, y sabe el cielo cuánto tiempo hubiera pasado de aquella suerte, si Elvira no entablase la conversacion, preguntándole:

—¿Y bien, Fernando, cómo va nuestro enfermo?

Esperó en vano la dama que el galan respondiese: Valdestillas oia el ruido de la voz sin comprender el sentido de las palabras.

—Sr. D. Fernando, dijo entonces Monroi, vuestro silencio nos aterra. Decidnos por vida vuestra, cómo está D. Alonso.

Si la voz de Elvira no le hacia efecto ¿cuál pudiera conmoverle? Valdestillas siguió callando.

—¡Hijo! esclamó á su vez el provincial que, por decirlo así, le habia educado:—Hijo, Fernando, por el santo nombre de Dios te conjuro á que nos respondas.

Pero como el mozo no diese mas señales de vida que si de piedra fuera, acercósele Fr. Diego, y no hubo menester mucho tiempo para advertir el estado de enajenamiento en que se encontraba. Echóle entonces cariñosamente los brazos al cuello, como su propio padre lo hiciera, estrechóle contra su pecho, y con dulce caritativo acento le dijo:

—Vamos, hijo, vuelve en tí. ¿No conoces, Fernando, la voz de Fr. Diego, de tu padre espiritual, de tu amigo? ¿Qué es lo que tienes, Fernando?

Monroi y Elvira se habian acercado al grupo que el fraile y el mancebo formaban, y asiendo á éste de los brazos, sentáronle en un sillon, desabrocháronle el jubon, rociaron su rostro con agua, y consiguieron al cabo que, exhalando del pecho un hondo suspiro, recobrase los sentidos. El pobre D. Alonso volvió á ser olvidado: duraba sin duda la influencia de la mala estrella que la noche anterior le hizo sucumbir en el combate.

Elvira.... Elvira no se acordaba en aquel momento mas que de la situacion de Fernando, y como sin ser profetiza pudo adivinar que ella era la causa de aquel deliquio, cumplia, á su entender, con una simple obligacion *de caridad*, asistiéndole con todo el esmero imajinable. La intencion era santa, pero el demonio ha sido siempre astuto en aprovechar las ocasiones; y como es imposible que un hombre tenga para abrochar y desabrochar agujetas ó botones la maña que una mujer, Elvira fué la que abrió el jubon de Fernando; y como no hay medio de abrir un jubon, sobre todo con prisa y azoradamente, sin que las manos se rocen con el pecho del que el jubon lleva, las manos de Elvira tocaron, sí, tocaron aunque involuntaria, lijera y rápidamente, el pecho de Fernando; y como el fluido magnético entre una mujer bella y de veinticinco años, y un mozo jentil y apuesto de solos veinte, se comunica con la rapidez de la chispa eléctrica, Fernando, apenas desabrochado, volvió en sí para fijar una indefinible mirada de gratitud y de amor ardiente en la caritativa dama; y Elvira, roja como una amapola, creyó que iba á perder á su vez el sentido; y el provincial alabó á Dios por el restablecimiento de su hijo espiritual; y D. Martin, que era hombre de los que nunca pierden la brújula, observó con alarmada curiosidad á los dos amantes.

Pero todo eso sucedió rápida é instantáneamente: Elvira, que era hija de Eva, conociendo lo arriesgado y escabroso de tal situacion,



D. ALONSO DE AVILA

—Sr. D. Fernando, dijo entonces Monroi, vuestro silencio nos aterra. Decidnos por vida vuestra, cómo está D. Alonso.

Si la voz de Elvira no le hacia efecto ¿cuál pudiera conmoverle? Valdestillas siguió callando.

—¡Hijo! esclamó á su vez el provincial que, por decirlo así, le habia educado:—Hijo, Fernando, por el santo nombre de Dios te conjuro á que nos respondas.

Pero como el mozo no diese mas señales de vida que si de piedra fuera, acercósele Fr. Diego, y no hubo menester mucho tiempo para advertir el estado de enajenamiento en que se encontraba. Echóle entonces cariñosamente los brazos al cuello, como su propio padre lo hiciera, estrechóle contra su pecho, y con dulce caritativo acento le dijo:

—Vamos, hijo, vuelve en tí. ¿No conoces, Fernando, la voz de Fr. Diego, de tu padre espiritual, de tu amigo? ¿Qué es lo que tienes, Fernando?

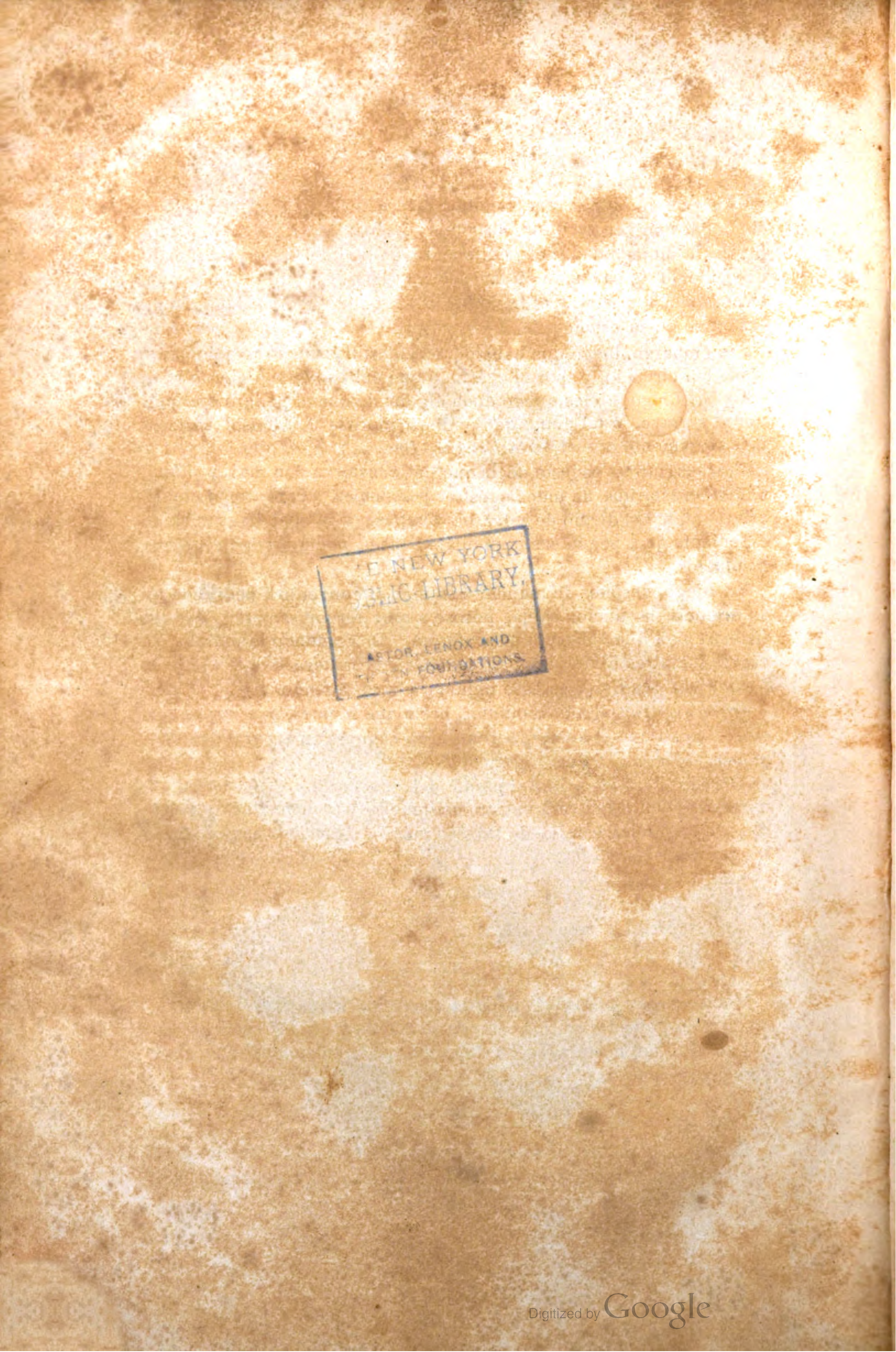
Monroi y Elvira se habian acercado al grupo que el fraile y el mancebo formaban, y asiendo á éste de los brazos, sentáronle en un sillon, desabrocháronle el jubon, rociaron su rostro con agua, y consiguieron al cabo que, exhalando del pecho un hondo suspiro, recobrase los sentidos. El pobre D. Alonso volvió á ser olvidado: duraba sin duda la influencia de la mala estrella que la noche anterior le hizo sucumbir en el combate.

Elvira.... Elvira no se acordaba en aquel momento mas que de la situacion de Fernando, y como sin ser profetiza pudo adivinar que ella era la causa de aquel deliquio, cumplia, á su entender, con una simple obligacion *de caridad*, asistiéndole con todo el esmero imajinable. La intencion era santa, pero el demonio ha sido siempre astuto en aprovechar las ocasiones; y como es imposible que un hombre tenga para abrochar y desabrochar agujetas ó botones la maña que una mujer, Elvira fué la que abrió el jubon de Fernando; y como no hay medio de abrir un jubon, sobre todo con prisa y azoradamente, sin que las manos se rocen con el pecho del que el jubon lleva, las manos de Elvira tocaron, sí, tocaron aunque involuntaria, lijera y rápidamente, el pecho de Fernando; y como el fluido magnético entre una mujer bella y de veinticinco años, y un mozo jentil y apuesto de solos veinte, se comunica con la rapidez de la chispa eléctrica, Fernando, apenas desabrochado, volvió en sí para fijar una indefinible mirada de gratitud y de amor ardiente en la caritativa dama; y Elvira, roja como una amapola, creyó que iba á perder á su vez el sentido; y el provincial alabó á Dios por el restablecimiento de su hijo espiritual; y D. Martin, que era hombre de los que nunca pierden la brújula, observó con alarmada curiosidad á los dos amantes.

Pero todo eso sucedió rápida é instantáneamente: Elvira, que era hija de Eva, conociendo lo arriesgado y escabroso de tal situacion,



D. ALONSO DE AVILA


E NEW YORK
LIC LIBRARY,
ASTOR, LENOX AND
N FOUNDATIONS
Digitized by Google

acudió al interes por su marido, y una vez puesta la conversacion en tal terreno, cada cual recobró su serenidad. ¡Ya se ve, solo se trataba de si se moriria ó no un marido! Y no se escandalice nadie; allí solo Fernando queria sinceramente á D. Alonso, y Fernando no podia menos de ver en él un obstáculo invencible para su felicidad: á Elvira, la humanidad y el sentimiento de las conveniencias sociales únicamente le hablaban en favor de su esposo: D. Martin no le amaba, ni mucho menos; y el fraile no habia tenido tiempo siquiera para enterarse de su estado.

Sin embargo, luego que habiendo Valdestillas hecho relacion de la visita del cirujano, y por el ecsámen que del paciente hicieron Monroi y Fr. Diego, no les quedó duda alguna de que el peligro era inminente y grave, á tal punto que pudiera morirse D. Alonso, hasta sin mas sacramento que el de la *Estrema-Uncion*, por hallarse incapaz de recibir los otros, es justo decir que la consternacion mas profunda afligió los espíritus de todos nuestros personajes. Pero como con lágrimas no habia medio de salvarle, ocupóse cada cual en escojitar el espediente que, segun sus particulares luces, podia producir mejores resultados.

Fr. Diego, despues de mandar á su lego al convento á pedir con toda urjencia la uncion santa, púsose á orar fervorosamente, aunque sin estrépito, á la cabecera del enfermo. D. Fernando le pulsaba sin cesar, mientras Elvira le ponia paños refrijerantes sobre la abrasada frente; y D. Martin paseábase inquieto y meditabundo.

Así se pasaron algunos minutos, hasta que Monroi, con ese acento de autoridad que el hombre sereno toma siempre en las grandes aflicciones, dijo:

—Elvira, Fr. Diego, D. Fernando: dejad, señores, un instante al enfermo, á quien no salvará vuestra asistencia, y escuchadme, que acaso porque la misericordia de Dios es infinita, logremos arrancarle de las garras de la muerte.

ELVIRA.

¡En tal estado le creeis, señor?

DON MARTIN.

Muchas veces he contemplado la muerte, muchas, Elvira, en el desierto y en poblado, en los campos de batalla y en las ciudades; pocas he visto tan declarados los síntomas que la anuncian, como ahora en vuestro esposo.

FR. DIEGO.

La vida y la muerte están en manos del que todo lo puede; quizá vos ó yo, que parecemos sanos, estamos ahora mas prócsimos á nuestro fin que ese mal herido caballero.



DON MARTIN.

Así es verdad, padre mio; pero humanamente hablando, D. Alonso se muere por instantes.

DON FERNANDO.

¿Y no habrá medio de salvarle? ¡A costa de mi vida rescataria yo la suya!

Una tierna mirada de Elvira, sin interrumpir la conversacion, y solo para el interesado perceptible, recompensó aquel sincerísimo cuanto jeneroso rasgo del hijo del comunero.

FR. DIEGO.

¿No nos has dicho tú, hijo mio, que el maestro le ha desahuciado?

DON FERNANDO.

Razon tiene vuesa paternidad; pero ¿no hay otros maestros en México? Si enviásemos á llamar alguno....

ELVIRA.

(*Levantándose.*) ¡Oh! Sí. No perdamos tiempo.

DON MARTIN.

(*Deteniéndola.*) Seria inútil, Elvira: la ciencia de nuestros cirujanos no alcanza á mas de lo que han hecho: hay en la herida de D. Alonso algo que ellos no comprenden y en que acaso no creen.

ELVIRA.

Me aterrais, señor: acabad de esplicaros.

FR. DIEGO.

Si el arma de un indio hubiese abierto esa herida....

DON MARTIN.

Vuestra observacion es juiciosa, Fr. Diego: el provincial no ha olvidado completamente lo que aprendió el conquistador.

FR. DIEGO.

¡Oh! por desdicha, aun vive en el pobre fraile el orgulloso é incorrejible soldado.

DON FERNANDO.

Os calumniais, padre mio; pero no se trata ahora de eso, sino de D. Alonso.

ELVIRA.

Sí, sí, de D. Alonso, de salvarle si es posible. Decíais, padre mio, que si el arma de un indio hubiese abierto esa herida....

FR. DIEGO.

No querais saber mas, señora: harta es ya vuestra desdicha; Dios os dé fuerzas para llevarla cristianamente.

ELVIRA.

La incertidumbre en que me teneis es ya un suplicio insoportable: esplicaos, Fr. Diego, que la realidad no será peor que mis dudas.

DON MARTIN.

Teneis razon, Elvira; mas preparad todas las fuerzas de vuestro espíritu para resistir al golpe que os amenaza. ¡Golpe terrible! (Fijando los ojos significativamente en la dama y en D. Fernando.) ¡Golpe terrible, sí! Porque D. Alonso, *vuestro esposo*, el hombre á quien estais irrevocablemente unida, aquel de quien *debeis* de ser como la carne á los huesos de un mismo cuerpo, D. Alonso, Elvira, está herido por una arma sin duda *emponzoñada*, y vos sabeis por qué mano!!!

Si no supiéramos que las fuerzas morales del hombre son para el dolor infinitas, pareceríanos imposible que doña Elvira soportara la angustia que en su espíritu produjeron las terribles palabras de D. Martin; pero aquella mujer, nacida para padecer, tenia, como todos los séres al salir de manos del Omnipotente, cuantas dotes les son necesarias para que sus altos fines se cumplan. El alma de la esposa de Avila era para el dolor, elástica: cuanto mas padecia, mas capaz de padecer quedaba. Dobló, pues, un instante la cabeza, como la caña en el desierto al pasar el huracan; pero volvió á levantarla instantáneamente, y aunque descompuesto el rostro, dijo con entereza:

—Que la voluntad de Dios se cumpla: si D. Alonso muere, un claustro será mi mansion, hasta que suene la hora del eterno descanso para la infeliz Elvira.

A su vez Fernando sintió entonces desgarrársele el corazon en mil pedazos; y no osando desahogar á las claras su desesperacion, levantóse, y puesta la mano en la cruz de la espada, con voz por el dolor sofocada, esclamó:

—Si D. Alonso muere, por la cruz de esta espada, que es la de un buen caballero castellano, por la salvacion de mi alma, juro....

No dijo mas, porque á un tiempo, si bien por diferentes sentimientos impulsados, se le arrojaron literalmente encima el provincial y doña Elvira, aquel levantándole la mano que en la cruz de la espada apoyaba, ella poniéndole (¡deliciosa mordaza!) la suya en la boca.

FR. DIEGO.

¡Fernando, Fernando! *¡No jurarás mi santo nombre en vano!*

ELVIRA.

No, Fernando, no; os prohibo.... es decir, os ruego que no hableis de venganza. La que nos amenaza es una gran desdicha, pero ofrezcámosela á Dios en descuento de nuestras culpas.

FR. DIEGO.

Sí, Fernando; y tú eres demasiado buen cristiano para....

DON FERNANDO.

(*Con despecho.*) ¡Es un asesinato, una horrible alevosía! ¡Combatir con armas envenenadas! ¡Oh! Si yo conozco algun dia al asesino....

DON MARTIN.

(*Con acento doloroso.*) Debiérais compadecerle en vez de maldecirle. ¿Sabeis vos si él conocia el arma que usó? ¿Sabeis si, aun ahora mismo, hace mas que sospechar la horrible desdicha de que es causa involuntaria? ¿Sabeis, en fin, si la deplora tanto ó mas sinceramente que vos? Sois aún muy niño para juzgar al prójimo tan sin misericordia.

FR. DIEGO.

Basta de esto: yo conozco bien á mi Fernando, y sé de su cristiana condicion que ha de pesarle lo que ahora le hace decir la cólera.

ELVIRA.

Sí, basta, señor: yo tambien respondo de Fernando.

DON MARTIN.

Pensemos, pues, en el remedio de D. Alonso, si haberle puede.

Detengámonos un momento á considerar la situacion de Valdestillas, que por lo singular lo merece.

Un caballero del hábito de Santiago, y de buena fama; un relijioso de santa vida, y á quien desde sus mas tiernos años aprendió á venerar como amigo íntimo de su padre y director espiritual de entrambos; y, en fin, la mujer que amaba, esposa ademas del moribundo D. Alonso, todos tres de consuno condenaban en él; ¿qué condenaban? un sentimiento que debieran ellos esperimentar en el mismo ó mas intenso grado: el horror á un crímen tan bajo como inícuo, el de combatir con armas emponzoñadas, costumbre apenas disculpable en salvajes, digna del mas severo castigo en hombres civilizados.

Por grandes que fueran, y éranlo mucho, el candor y la inesperiencia del enamorado doncel, la singularidad de tal conducta estaba tan patente, que un ciego la viera; pero como ni su posicion, ni su carácter, ni la ocasion lo consentian, guardóse por entonces de manifestar toda su estrañeza, y dejó que la conversacion prosiguiese su curso natural y lójico.

D. Martin, por datos para nosotros desconocidos, ó por el aspecto del enfermo, comprendió que su herida habia sido hecha con arma preparada, á la usanza de los indios, con ciertas sustancias venenosas, cuya accion en la llaga la hacia mortífera en los mas de los casos. Fray Diego, antiguo soldado, habitante de México, y en comunicacion continua con los indíjenas, de mas de cuarenta años á aquella parte, admitia tal hipótesis sin dificultad, aunque con pena. A Elvira no se le ocurria dudar siquiera de una desdicha; y Fernando no estaba en disposicion de juzgar por sí: de modo que, en resúmen, sobre Monroi y el fraile pesaba esclusivamente la direccion de aquel negocio.

Pero ¿qué direccion darle? A entrambos simultáneamente se les ocurrió el pensamiento mismo, mas el seglar por respeto, si no miedo al relijioso, y este por temor de que aquel se escandalizase, repugnaban igualmente proponer su idea. Mirábanse, pues, de hito en hito el uno al otro: D. Martin tosía con cierta impaciencia; el fraile suspiraba compunjido; y en tanto Elvira, marchita, como el lirio en dia de vendabal, y Fernando tascando el freno á su cólera puesto, como el potro á medio desbravar, apenas tenian la conciencia de sus padecimientos, mientras que el burlador D. Alonso caminaba á encontrarse probablemente con su predecesor y modelo D. Juan Tenorio.

Es de advertir que la noche, insensible á las penas, preocupaciones, aventuras y negocios de los mortales, habia seguido su ordinario curso, cuidándose poco de lo que en casa de Avila pasaba; y que D. Pedro de Valdestillas, despues de haber rezado el rosario sin su hijo, sin cólera aunque con disgusto, haciéndose cargo de que en tal ocasion no era estraño que faltase un tanto á la disciplina doméstica, como oyese tocar á las ánimas sin que Fernando diera noticia de su persona, díjose á sí mismo que aquello ya pasaba de castaño oscuro, y mandó á Cristóbal que saliese en busca de *amo chiquito*, como el indio le llamaba.

Sucedíale al bueno de Cristóbal lo que al ciervo domesticado, que si se aviene al establo, á la vista del campo siente retozarle el alma en el cuerpo. Servia el indio con amor á sus dueños dentro de casa, pero su delicia era correr las calles, y mas los campos; así, pues, no bien hubo oido la órden de D. Pedro, cuando ya habia salido del patio á la calle, y pocos minutos despues entraba en la casa de Avila. A la puerta encontró á su paisano, el otro indio que á D. Martin y á

Elvira habia acompañado; hablaron entre sí algunos instantes los dos indíjenas, como jentes que se conocen y á media palabra se entienden; y poco menos que al corriente de lo que pasaba, penetró entonces Cristóbal por el zaguan adelante en busca de su amo el mozo.

Las criadas, desorientadas aquella noche, y de malísimo humor porque no hallaban medio alguno de satisfacer la impertinente curiosidad que las devoraba, vengáronse en no permitir á nuestro indio que llegase á la estancia del herido, negándose ademas á pasar recado, so pretesto de que les estaba prohibido. Pero como Cristóbal no era hombre de darse facilmente por vencido, insistió una y mas veces en su pretension; la grey femenina, no menos obstinada, formóse en batallon cerrado para defender el paso; el indio tuvo la insolencia de acudir á las manos para allanar aquel estorbo; y finalmente, el tiple fresco de las doncellas jóvenes, el contralto de las que no lo eran tanto, y el bajo cascado y vidrioso de las dueñas, prorrumpieron simultáneamente en tan destemplado coro, que los padres del limbo lo oyeran, cuanto mas los mortales que en la estancia de D. Alonso se encontraban.

Salió Elvira al estrépito de aquellas voces; informose de su oríjen, y reprendiendo con la severidad propia de aquel altivo carácter á sus criadas, mandó á Cristóbal que la siguiese, como en efecto lo hizo, hasta donde D. Fernando se encontraba.

Cuando el indio entró en la sala, estaban nuestros personajes en la perplejidad que dijimos hace poco; y como en tales situaciones el menor incidente se acoje con cierta esperanza supersticiosa de que contribuya al desenlace de la crísis, D. Martin, Fr. Diego y hasta Elvira, sin darse cuenta á sí mismos de la causa, vieron con cierto indefinible placer al indio.

En cuanto al hijo del comunero, el aspecto de aquel su fiel servidor fué para sus ojos lo que á veces el fulgor del relámpago para el desorientado caminante, un rayo de luz inesperada que, revelándole el punto en que se encuentra, le da medio para llegar al que es objeto de su viaje.

Así fué que, apenas divisó D. Fernando al indio, esclamó gozoso, y adelantándose á recibirle:

"¡Nos hemos salvado, Elvira! ¡Nos hemos salvado! Ven, ¡Cristóbal, ven conmigo!"

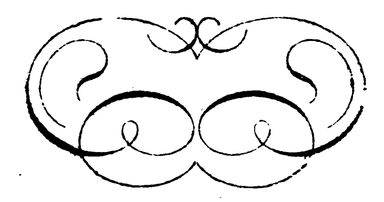
Y diciendo y haciendo, entróse con él en la alcoba del herido. Cristóbal estaba tan habituado á los arrebatos de entusiasmo ó de ira de *amo chiquito*, como una nodriza á los caprichos del muñeco que amamanta: no dió, pues, la menor señal de asombro, y acercóse á D. Alonso como si á eso solo fuera entrado en aquella casa.

—¡Nos hemos salvado!!!—Seguia diciendo Fernando, y aquel *nos* era en su boca altamente significativo, porque morir Avila equivalia á que Elvira entrase en el claustro, y entrar Elvira en el claustro, era

abrirle á él la sepultura; por tanto, salvarse D. Alonso, parecíale con razon á Fernando que era salvarse todos.

Al oir aquella esclamacion, miráronse uno á otro D. Martin y Fr. Diego con aquella espresion que suele advertirse en el rostro de los doctores cuando un ignorante se les adelanta en la resolucion de alguna grave científica dificultad, y en la fisonomía de los ancianos cuando un mozo les da una inocente leccion de cordura, ó en la cara de una madre veterana cuando su hija inesperta la engaña con imprevista astucia. Miráronse, en fin, aquellos dos hombres, como quien dice:—¡Nos lucimos! Este barbilampiño nos ha tomado la delantera.

En el prócsimo capítulo, Dios mediante, veremos la esplicacion de tal misterio.





CAPITULO XIV.

DONDE SE PROSIGUE Y TERMINA EL ASUNTO DEL ANTERIOR; SE DAN NOTICIAS POSITIVAS SOBRE EL ESTADO DE LA SALUD DE D. ALONSO; Y SE TRATA DE UN MEDICO QUE ABORRECIA EL DINERO.

Cristóbal, como habrá echado ya de ver el lector, era un indio de aquellos en quienes la sorpresa hace poca mella: *no asombrarse de nada*, pasaba, en su concepto, por la mácsima fundamental de la vida; y á sus ojos, como á los de casi todos sus compatriotas, rebajaba no poco el prestijio de los castellanos la movilidad de las impresiones de estos, ó mas bien la vehemencia con que sus efectos espresaban. Jeneralmente hablando, desde el salvaje hasta el señorito de lugar, cuanto mas ignorante, cuanto menos esperto el hombre en las cosas del mundo, tanto mayor es su afan de aparecer lo contrario precisamente. Confesar con franqueza que un objeto ó un fenómeno sorprenden, supone, al menos, la instruccion bastante para no imajinar que todo se sabe.

Así, pues, Cristóbal, á quien solo llevó á casa de Avila la obligacion de buscar á D. Fernando, al oir á este esclamar:—*Nos hemos salvado*,—y ver que ademas le llevaba á la alcoba del herido, hizo como si todo aquello le pareciera naturalísimo, y permaneció en respetuoso silencio esperando las órdenes de su amo, quien por su parte no se las hizo aguardar mucho tiempo.

—Cristóbal, le dijo, ¿tú has militado con los tlaxcaltecas tus paisanos allá en tus mocedades?

—Cristóbal (respondió el interpelado) guerrero de Xicotencal y Hernan Cortés.

—¿Y habrás visto heridos con armas emponzoñadas?

—Haber visto muchos.

—Ecsamina á D. Alonso, pues; y dime si crees que con arma semejante se le haya herido.

Elvira, que con Fr. Diego y D. Martin Suarez habia seguido á D. Fernando y á su servidor, acercóse entonces á la cama con una luz, á beneficio de la cual el indio, con gravedad, aplomo y atencion científico-pedantesca, dignas de cualquier doctor de Salamanca, ecsaminó en efecto minuciosamente al desdichado D. Alonso. El aspecto del pobre caballero no es para descrito, pues visiblemente y por instantes se iba agravando con síntomas de muerte. En consecuencia el rostro de Cristóbal, mal que le pesara á su estóica gravedad, nublábase á medida que en su ecsámen adelantaba, hasta que por fin volviéndose á D. Fernando, y con voz lúgubre, esclamó:

—D. Alonso estar herido con veneno: D. Alonso morir, si no curar pronto, pronto.... Puede ser que tarde ya....

Por mas preparados que en realidad debiesen estar á tal noticia, por poca autoridad que á quien entonces la daba quisieran concederle, la confirmacion esplícita y terminante de sus temores aflijió hondamente el ánimo de todos y cada uno de los cuatro personajes que en la alcoba asistian en aquel momento.

D. Fernando, sin embargo, como no habia llevado á Cristóbal á ver á su maltrecho amigo solo para que le confirmase lo que ya él se sabia demasiado bien, volvió á decirle:

—¿Y crees posible que se cure?

—Dios puede todo. Replicó lacónicamente el indio, fijándose en Fr. Diego, quien con una mirada paternal le aprobó la respuesta, añadiendo, sin embargo, como por via de comentario y no sin cierta timidez, estas palabras:

—Tienes razon, Cristóbal; pero Dios permite y manda al hombre que atienda á la conservacion de su vida, empleando para ello los recursos de la ciencia.

A su vez el tlaxcalteca, tomando un aire devoto y compunjido, repuso:

—¡Pobre indio mucho ignorante!

Pero habia mas de socarronería que de verdadera humildad en aquellas palabras, y echándole de ver el jóven Valdestillas, dijo:

—Cristóbal, no son estos momentos para perder el tiempo. Por la vida de D. Alonso diera yo mil veces la mia, salvarle es salvarme, ¿lo entiendes?

Hizo el indio una señal afirmativa con la cabeza, y prosiguió el mozo:

—¿Tiene cura esa herida, ó no la tiene?

—Cristóbal teme que tarde, si no....

—¡La tendria!



—Cristóbal ver curar otras peores.

—¿Cómo? ¿Por quién?

—Veneno curas con *contra-yerba.*

—¿Sabes aplicarla?

—¡Oh! No, amo chiquito: Cristóbal no estar tan sábio; y Cristóbal estar cristiano, buen cristiano!

Miráronse entonces D. Martin y el provincial como quien dice:

—Ya tocamos con el obstáculo.—Por eso no nos atreviamos á hablar el uno ni el otro.

Para Elvira las palabras del indio fueron un rayo de luz, y así esclamó:

—¡Qué puede estorbarte el ser cristiano para salvar á mi esposo? Al contrario, Cristóbal, ¿no es cierto, Fr. Diego, que la caridad con el prójimo es un precepto de nuestra sagrada relijion?

—Cierto, señora (contestó el fraile;) y Cristóbal, discípulo de los hijos de mi padre San Francisco, y discípulo aprovechado en verdad, no puede ignorarlo.

—Ya saber Cristóbal que buen cristiano ser caritativo.

—¡Qué te detiene entonces? Insistió la dama.

—Cristóbal no saber cómo curar heridas.

—Pero Cristóbal sabe quién las cura; dijo entonces D. Martin Suarez, tomando parte por vez primera en la conversacion.

El indio, que ó no le habia hasta entonces visto, ó que no creyó oportuno darse por entendido de su presencia, al oir aquella positiva afirmacion, alzó los ojos al rostro de D. Martin, y encontrándose con una mirada tan serena como imperiosa, hubo de bajar la cabeza, diciendo:

—¡Cristóbal sabe!

—Vamos, pues, á buscar á ese hombre, esclamó D. Fernando.

—Ese hombre estar indio, dijo Cristóbal.

—¡Qué importa? dijo Elvira.

—Estar.... No estar cristiano!!! Tartamudeó entonces Cristóbal.

Volviéronse á mirar D. Martin y el fraile; y aquella mirada ya decia claramente:

—*¿Qué haremos?*

Elvira, á quien el negocio interesaba mas de cerca que á nadie de los allí presentes, fué la que volvió á entablar la conversacion un momento interrumpida.

ELVIRA.

¡Qué mal puede haber en que D. Alonso sea curado aun por manos de un idólatra?

FERNANDO.

Ninguno, señora, ninguno. Vamos, Cristóbal; vamos en busca de ese indio.

CRISTÓBAL.

(*Deteniéndose y mirando alternativamente á D. Martin y al provincial.*) Hombre que cura haber sido sacerdote de Satanás.

FERNANDO.

¡Dios nos asista!

ELVIRA.

Y cuando eso sea así, ¿ha de morirse D. Alonso sin que lo intentemos todo para restituirle la salud? Ese indio ha sido sacerdote de los falsos dioses mexicanos; pero, conociendo la índole de la ponzoña con que los indios envenenaban sus armas, sabe tambien el antídoto. Solo él ó los que en su caso se encuentran, lo conocen. Mi esposo está casi agonizante, ¿debo dejarle espirar por un vano escrúpulo? Decidme, Fernando; responded, señor (á D. Martin;) y vos, padre mio (al provincial) venid en mi ausilio.

FR. DIEGO.

¡El caso, señora, es grave!

DON MARTIN.

En tales curas los idólatras acuden á conjuros y vanos ritos.

DON FERNANDO.

Si son vanos, como vos decís, y yo creo, ¿qué importa que los empleen? Su ignorancia supersticiosa les hace creer que las ceremonias é invocaciones á los ídolos contribuyen á la cura, cuando esta la operan los simples que á las llagas aplican.

FR. DIEGO.

Fernando: el enemigo comun oye esas invocaciones y saca de ellas gran fruto para la perdicion de las almas.

DON MARTIN.

Por mi parte, como lego que soy y humilde hijo de la Iglesia nuestra madre, me remito á lo que vuesa paternidad resuelva.

ELVIRA.

Ni la Iglesia, ni Dios mismo pueden querer que D. Alonso perezca, incapaz de sacramentos como ahora lo está, con riesgo inminente de que su alma se pierda.

FR. DIEGO.

¡Dios me ilumine! ¡Dios me ilumine! Que en verdad mi ignorancia no acierta á resolverse!

DON FERNANDO.

Y bien, padre mio; y bien, señora, yo tomo sobre mi conciencia la responsabilidad del caso, y la tomo con derecho como amigo de D. Alonso y su segundo que he sido en el fatal combate que tal le tiene. Cristóbal, te mando, y no me repliques, por vida de mi padre y señor! te mando que busques y traigas á esta casa y al punto á ese curandero, siquiera sea el mismo Beltzebuth. Parte; y cuenta con que se tarde tu vuelta ó sea sin el hombre que esperamos!

Aun no habia el hijo del comunero terminado de hablar, cuando ya tenia al indio fuera de la estancia, impeliéndole por los hombros para que con mayor velocidad caminase.

En cuanto á los demas circunstantes, debemos decir, en honor de la verdad, que todos le agradecieron su resolucion; porque Elvira, con la voluntad de tomarla, no podia por el momento hacerlo; D. Martin, penetrado de que solo un indio, y un indio como el que Cristóbal habia indicado podia salvar á D. Alonso, y deseando salvarle á toda costa, no osaba en presencia del venerable provincial dar muestras de flaqueza en materias relijiosas; y Fr. Diego, sabiendo por esperiencia propia que para tales heridas no habia otros maestros que los idólatras, escrupulizaba, sin embargo, sinceramente de acudir á ellos.

Por tanto, si D. Fernando, en quien la pasion y la fogosidad de los primeros años ahogaron la voz de todo jénero de consideraciones, no se resolviese á echar, como vulgarmente se dice, por la calle de enmedio, D. Alonso espirara aquella noche en el abandono mas lastimoso.

Convencidos de esa verdad, agradeciéronle todos al doncel su enerjía; pero sola Elvira tuvo bastante franqueza para confesarlo, con una mirada y presion de mano tan cariñosas como incendiarias.

D. Martin salió de nuevo á la sala, y púsose á pasear como antes; el fraile oró junto al herido; y la dama quedóse acompañándole.

Entretanto Cristóbal caminaba á paso largo, ó por mejor decir á carrera tendida, por las calles de México, atravesando la ciudad desde su centro, prócsimamente, á su estremo oriental, ó lo que es lo mismo, en direccion á la laguna de *Tezcuco*. Desaparecian en pos del indio dilijente los edificios, las calles, los barrios, como si alas llevara en las ájiles plantas: ya se encuentra en la *albarrada* ó malecon de San Lázaro, construido como segundo reparo contra el furor de las inundaciones; ya allí, en la orilla del punto donde se mezclan y confunden con las amargas aguas del lago de Tezcuco las dulces del Chalco, desatando un *Acal* ó canoa que amarrada al muro estaba, y asiendo los remos con vigorosos puños, endereza el rumbo á la antigua *albarrada de los indios*, primero y mas avanzado dique por aquella parte; ya, en fin, llega palpitante y en sudor bañado, pero sin de-

caer de ánimo, al pie del *Peñol de Baños*, escollo que levanta su abrupta cúspide sobre el nivel de las lagunas, precisamente en el arranque de la curva cuya caprichosa forma da un aspecto al conjunto de aquellos dos grandes naturales estanques, muy semejante á la proyeccion ó sombra del perfil de un camello.

La noche era oscura, la estacion la de las lluvias, y la hora tan avanzada que la necesidad ó la demencia podian solas conducir á nadie á surcar los lagos. Cristóbal, pues, no podia temer encuentro alguno que le estorbase el camino; y sin embargo, apenas á la altura del Peñol de Baños, moderando el movimiento de sus brazos, si continuó remando, fué con blandura tal que las alas de un avion, rasando el agua en su rápido vuelo, la ajitaran quizá mas, y seguramente no menos.

¿Qué podia temer? En realidad nada; pero el indio es naturalmente cauteloso, y Cristóbal, á quien su nombre cristiano estaba lejos de hacerle olvidar el de *Serpiente tlaxcalteca* que llevó durante su jentilidad, cifraba su orgullo en proceder siempre, en todo y por todo con mas mesura, con mas precauciones que otro alguno. Por otra parte, aunque la fé le habia iluminado, aquel hombre era indio de oríjen, raza, nacimiento y educacion primera: supersticioso, pues, antes de ingresar en el *Giron* de la Iglesia, éralo tambien despues de bautizado, si bien de otra manera y bajo distintas formas, en la esencia realmente lo mismo que en sus primeros años. Y á mayor abundamiento, la mision que su amo el mozo le habia mas impuesto que confiado, estaba erizada, en todos conceptos, preciso es confesarlo, de riesgos y dificultades gravísimas.

Tratábase, en primer lugar, de una herida *envenenada* por el arma misma que la hizo; y aquella arma Cristóbal tenia sus razones para presumir que fué manejada por mano de un hombre importantísimo, y aun mas que importante, á sus ojos respetable y hasta temible, para decirlo de una vez y sin rodeos.—¿Quién le habia metido á él (Cristóbal), se preguntaba nuestro indio, en revelar lo que los demas callaban? ¿Cuáles podrian ser, mas que para su persona funestas, las consecuencias de su indiscrecion?"

Pero, en fin, esa estaba ya cometida, y no tenia remedio; lo temible era zozobrar, cómo parecia casi inevitable, en lo que por hacer le quedaba.

Y en efecto, Cristóbal no estaba seguro de encontrar al que buscaba; dado que le encontrase, era todavía mas que problemático que el idólatra consintiese en salvar al cristiano; y aunque á ello se decidiera, ¿no podia errar la cura? ¿No podia, aun acertando con la aplicacion de los remedios, estrellarse su ciencia contra la gravedad de la herida, la intensidad del veneno, ó el poder de los ya desarrollados síntomas en el paciente?

Pues ora el indio no pareciese, ora se negase á visitar á D. Alonso,

ora, en fin, el último, por una ú otra causa muriese de su herida, Cristóbal iba á ser responsable y á pagar cara la pena de una desdicha en cuyo oríjen ninguna parte tenia. Confesemos que para el que blasonaba de astuta *serpiente*, la situacion era poco menos que desesperada.

No obstante, como retroceder fuese cosa imposible, bogaba el indio al compas de sus dudas mismas, y bogaba hábilmente en medio del laberinto de *Acales* y *Chinampas* que la superficie del lago cubrian casi totalmente. Ya nuestros lectores saben que los *Acales* eran unos barquichuelos como los que los indíjenas de las Antillas llamaban *Canoas* ó *Piraguas*, hechos socavando el grueso tronco de un árbol por medio unas veces de instrumentos de piedra cortante, y las mas por la accion del fuego. Su forma esterior, prolongada y análoga á la de una lanzadera, recordaba la de las venecianas *góndolas*, y las hacia tan andadoras en el agua como fáciles de volcar al menor obstáculo que encontrasen. Los mexicanos, tambien lo hemos dicho, usaban mucho por placer y necesidad de las tales embarcaciones.

En cuanto á las *Chinampas*, eran una especie de huertos esclusivamente peculiares á la tierra de Anáhuac; al menos no ha llegado á nuestro conocimiento que en otra alguna fuesen conocidos. *Chinampa*, dicen los autores competentes, significa *surco en el agua* en el idioma mexicano; y, en efecto, consistian las *Chinampas* á que nos referimos, en ciertas balsas ó zarzos, formados tejiendo y entrelazando unos *juncos* del pais llamados *Totoras*, flecsibles y lijeros, que el ganado come, y que los salvajes, y singularmente los *Uros* en el Perú, usaban como materia primera para hacer sus casas y embarcaciones. Sobre esos zarzos, que botaban al agua de las lagunas, en las cuales flotaban en razon de lo ténue de su gravedad específica, tendian los mexicanos una gruesa capa de tierra vejetal, conteniéndola dentro de la balsa por medio de un cerco del mismo tejido que la base; y labrando aquel huerto artificial, sembraban en él hortaliza y flores de que el mercado de la ciudad surtian. Vese, pues, que con razon llamaban *Chinampas* ó surcos en el agua á sus jardines flotantes, y réstanos solo decir en la materia, que unas eran fijas, y esas, las mayores, inmediatas y amarradas á las orillas de los lagos; y otras movibles, las mas pequeñas, que sus dueños gobernaban por medio de remos y de una larga percha como la que nuestros marinos llaman *bichero*.

Hecha esa necesaria esplicacion, volvamos á Cristóbal que, deslizándose con su Acal rápida y silenciosamente por entre las demas canoas y las chinampas, enderezaba el rumbo, dejando primero á su izquierda y despues á la espalda el Peñol de Baños, hácia la orilla meridional de la gran laguna. Por aquella parte y en tal direccion se estendia el curvo contorno del lago de Tezcuco hácia el Mediodia, y por lo tanto, aprecsimándose al lago de Chalco, quedan ambos

divididos por una lengua de tierra firme, de legua y media prócsimamente de ancho de Norte á Sur, y de cinco y media á seis leguas de largo, de Occidente á Oriente. En esa lengua de tierra hay varias poblaciones, siendo entre ellas la mas notable, históricamente hablando, la de *Ixtapalápan*, ciudad rica, floreciente y poderosa al aportar los españoles por vez primera al suelo mexicano. El número de sus vecinos ascendia á diez mil; parte de ella, como la Metrópoli, estaba fundada en la tierra firme, parte en el agua; sus edificios eran muchos y bellos; pero entre todos descollaban los palacios de su señor, *Cuitlahuatzin*, hermano del emperador Moctezuma, y por los suyos elejido para sucederle á la muerte de aquel desdichado monarca. Glorioso, aunque breve, fué su reinado: organizó, en efecto, vigorosamente la defensa contra los españoles; mas las viruelas pusieron á pocos dias término á su resistencia y vida. Sin embargo, su memoria era cara á los indios, que aun conservaban restos de amor á la perdida independencia de su pueblo, y que, como todos los desdichados, procurando con ilusiones consolar la realidad de sus males, solian decir que si *Cuitlahuatzin* viviera, no entraran nunca en México los castellanos.

Así, pues, aunque *Ixtapalápan* se habia rendido á Cortés, y no solo rendido, sino con él confederado, asistiéndole con una flotilla de *Acales* y el competente número de guerreros para tripularla, antes de terminarse el sitio de México, tenia su nombre cierto prestijio entre los indios mal contentos y por la idolatria fanáticos, prestijio que movió al ex-sacerdote, á quien Cristóbal buscaba, á establecer su mansion en una chinampa fija á la orilla meridional del Tezcuco, y como media legua mas al Occidente; por manera que todavía distaba del Peñol de Baños, por la línea recta, legua y media muy larga.

Así, cuando el servidor de D. Fernando de Valdestillas llegó á emparejar con la Chinampa del sacerdote, era ya la media noche, hora para los espíritus supersticiosos crítica, hora solemne siempre y mas solemne que nunca y en ningun otro punto, cuando el cielo está nublado, silenciosa la tierra, y al solitario navegante asalta. Cristóbal, soltando un instante los remos de las manos y dejando á la canoa abatir al rumbo á merced del viento y la corriente, sacó del pecho con respetuosa veneracion un rosario tocado al santo sepulcro, presente de los franciscanos sus catequistas, y que él estimaba en tanto como un persa el mas precioso de los talismanes. Besada la cruz devotamente, y puesto de rodillas en el centro de su esquife, el bueno del indio encomendó su alma á Dios con el mismo fervor que si en la agonía estuviese, pidiéndole le libertase de las asechanzas del *Demonio*, por cuyo ministro tenia al curandero á quien á buscar iba; y por añadidura que permitiese la curacion de D. Alonso de Avila, libertándole así á él del peso enorme de la responsabilidad que sobre sus débiles hombros pesaba.

Luego que hubo terminado su oracion, que fué mas ardiente que larga, sintiéndose ya sereno y á todo resuelto, tomó Cristóbal de nuevo los remos, y en dos bogas aportó finalmente á la famosa Chinampa.

Las dimensiones de esta escedian á las de las ordinarias: su aspecto tenia poco de florido y menos de grato. En el centro se alzaba una choza de *Totoras*, cubierta con paja y hojas de árboles, capaz para estrecha habitacion de su dueño; en torno un pequeño espacio sembrado de maiz y otro de *cacao*, formaban la única parte aparentemente útil de aquel huerto, cuya restante superficie se miraba cubierta de plantas estrañas, ninguna de ellas comestible, pero todas en realidad medicinales.

Alguno que otro arbusto amenizaba apenas el monótono severo aspecto de la Chinampa; y sus solos moradores eran el ex-sacerdote de los ídolos, y un cuadrúpedo de pequeñas dimensiones, perteneciente á cierta especie tan parecida á la del perro que con ella la confundieron los españoles, no sin fundamento, pues que no solo en la figura, sino en otras muchas dotes le era semejante. En efecto, el *Alco* ó *Techichi*, que entrambos nombres se daban en el Nuevo Mundo al cuadrúpedo de que tratamos, era un animal doméstico, inseparable compañero del hombre, sumiso á su voluntad, fiel á su cariño y de apacible condicion, prendas todas que en el perro concurren; pero diferenciábase de este, no solo en su menor desarrollo, sino que tambien en ser completamente mudo, y en que su carne, blanda y sabrosa, le hacia sobradamente á propósito para alimento humano. Cebábanle los indios, como nosotros á los corderillos, para los banquetes de las grandes solemnidades; vendiase en el público mercado ó *Tianquez*, para abastecer las mesas de los ricos; cada vez que un hombre, de mediana posicion siquiera, fallecia, mataban un *Alco* "*para que le guiase en los malos pasos de aquella su postrer jornada;*" y sin embargo de tan gran consumo, conservábase y prosperaba la especie, sin duda porque la miseria de la mayor parte del pueblo no consentia tan suculento manjar, si no porque su precio estimulase la codicia de los criadores. En los tiempos que á la conquista siguieron, y hasta la aclimatacion del ganado lanar y vacuno europeo, diéronse los españoles á comer el *Techichi*, y ya sea por ese aumento de consumidores, menos parcos siempre, y entonces mas ricos que el comun de los indios, ya porque estos descuidasen la conservacion y aumento de la casta, ó por entrambas causas reunidas, el hecho es que muy pronto desapareció en su totalidad, ó poco menos, la especie á que nos referimos.

Por tanto, ya en el año de 1566, que es aquel en que lo que refiriendo vamos acontecia, era el *Techichi* animal raro, cuya posesion suponia ó medios de fortuna para satisfacer caprichos, ó aficion ecsajerada á las cosas de la madre patria.

La última razon, y casi inútil es decirlo, era la que al ex-sacerdote movia á conservar el animal de que hemos hablado, y conservarlo á pesar de que mas de una vez en los cuarenta y cinco años, ya largos, trascurridos desde la ruina del imperio de Moctezuma, el hambre le habia provocado á satisfacer con el manjar que podia proporcionarle la necesidad que le aquejaba. Pero espliquémonos, no crea el lector que la vida del perro mudo era tan larga como la del hombre, pues le engañaríamos groseramente diciéndoselo: el Techichi que vió Cristobal era cuarto ó quinto nieto y último descendiente de los que en su poder tenia el sacerdote en el momento en que Hernan Cortés entró en México.

Huyó entonces aquel hombre fanático á los bosques; peregrinó de rejion en rejion, de provincia en provincia, siempre declamando contra la fé de Cristo, siempre contra los españoles concitando los ánimos. Las armas vencedoras, la política intelijente del sagaz estremeño, hicieron inútiles la predicacion y la lucha, y el cetro de Castilla sometió á sus leyes el ámbito completo de Nueva España. Una á una, y siempre dolorosamente fuéronse desvaneciendo las temerarias esperanzas del sacerdote; cada dia le anunciaba una nueva sumision; cada hora una apostasía del culto de los ídolos; cada minuto le mostraba una cruz alzándose victoriosa sobre las ruinas de la idolatría; y sin embargo, durante mas de treinta años pugnó con tenaz empeño, con perseverancia asombrosa, por resucitar lo que era para siempre muerto, por destruir lo que era indestructible.

Interminable y fuera de propósito seria enumerar aquí las locas empresas, los inauditos trabajos, las penalidades asombrosas, los riesgos inminentes de aquel hombre durante su larga lucha contra la civilizacion. Baste solo decir que, habiéndose salvado mas de una vez milagrosamente del arcabuz, de la espada, del tormento, y de la horca, viejo, casi centenario, pobre como el último de los mendigos, misántropo como la desgracia misma, pero aun con el alma entera, aun con el cuerpo capaz de las mas duras faenas, apareció de nuevo en México pocos años antes del que ahora nos ocupa.

Sú nombre se habia olvidado: apenas quedaba algun viejo caduco que en sus mocedades le hubiese conocido, y su miseria, ademas, le ponia á cubierto de toda sospecha: pudo, pues, establecerse libremente en la chinampa que sabemos, y vivir en ella con la misma independencia que en lo mas intrincado de una selva vírjen.

Su fama, sin embargo, tardó poco en estenderse por todos los confines de entrambas lagunas, y su chinampa era visitada, aunque en secreto, y con precauciones esquisitas, no solamente por concurso numeroso de indios, sino ademas por algunos europeos, y singularmente mujeres. ¿Por qué? ¿Para qué? preguntará el lector: justa curiosidad que vamos á procurar satisfacerle.

El sacerdocio entre los indios mexicanos, como entre los antiguos

egipcios, como entre todos los pueblos que comienzan á iniciarse en la civilizacion y carecen, por tanto, de medios fáciles y económicos para difundir en su seno la instruccion; el sacerdocio, decimos, monopolizaba en México, no solo, que eso se comprende, todo lo relativo al dogma, á sus misterios y al culto, sino ademas la profesion de las ciencias, entre las cuales el arte de curar y la májia, ó sea conocimiento de las causas ocultas y sus maravillosos efectos.

Cada fenómeno natural, de los que hoy apenas nos curamos, es para un pueblo infante un verdadero prodijio; el sacerdocio se apodera de ellos, aumenta con sus enfáticas misteriosas esplicaciones las tinieblas en que yace el espíritu del vulgo, y deslumbrándole luego con predicciones ambiguas que el resultado ha de justificar en todo evento, ó con otras fáciles de hacer á golpe seguro por quien algo sabe, apodérase de los ánimos, los encadena con los vínculos de la supersticion, y á su sabor los esplota.

Considérese la distancia infinita entre las dos civilizaciones, europea y mexicana, en el siglo XVI, y con solo recordar que aun se creia en hechizos, maleficios, demoníacos y brujas, en el antiguo Mundo, se comprenderá fácilmente el grado de supersticion de los indios y el poder que sobre ellos ejercian los sacerdotes.

Siendo estos sus médicos casi esclusivos, y habiendo hecho de la medicina una especie de arte cabalístico en que la aplicacion de los símples, cordiales y apósitos, iba siempre envuelta en ritos sacros, invocaciones misteriosas, y prácticas incomprensibles, ¿qué mucho que los enfermos y sus parientes acudiesen á ellos, aun reducidos á la última miseria? Pero, á mayor abundamiento, entre las flaquezas de la humanidad se ha contado siempre el ansia de rasgar el velo con que la Providencia nos oculta sábiamente el porvenir; y entonces, como despues, como aun hoy mismo, no hay jénero de estravagancia que no se intentara por saber aquello que ignorar nos conviene.

El hombre, y mas aún la mujer, cuando se apasionan, quieren poner de su parte al cielo mismo; así los griegos consultaban el oráculo; los romanos las entrañas de las víctimas, el vuelo de las aves, la voz tambien de las pitonisas; los cristianos de la edad media á los astrólogos y á los alquimistas, ¿por qué estrañar que en México los indios ignorantes y los castellanos mas civilizados, pero no mucho menos supersticiosos, acudiesen con frecuencia al sacerdote idólatra?

Pero que se estrañe ó no, ello era así; y mas de una dama de hidalga cuna, aunque de tierno corazon, habia acudido ocultamente al proscrito para inquirir si su amante ausente volveria pronto, ó si, infiel, tardaria en arrepentirse. No siempre, justo es decirlo, hallaron la respuesta que buscaban; las mas veces el tenaz idólatra rehusaba satisfacer la curiosidad de las mujeres de la raza enemiga; mas en otras ocasiones, ó la eficacia del ruego le ablandaba, ó la predisposicion de su ánimo le inclinaba á ser mas complaciente. Entonces á

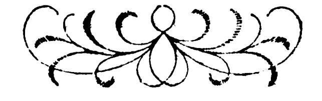
ningun astrólogo europeo, por adelantado que fuese, tenia que envidiar el indio mexicano, ni en prosopopeya, ni en lenguaje oscuro, preñadas razones, y fatídicos acentos. Sus oráculos, ambiguos todos, todos en realidad incomprensibles, estaban formulados de manera que por el pronto lisonjeaban la pasion del postulante, y si luego el écsito era contrario, fácilmente justificaba él haberlo previsto.

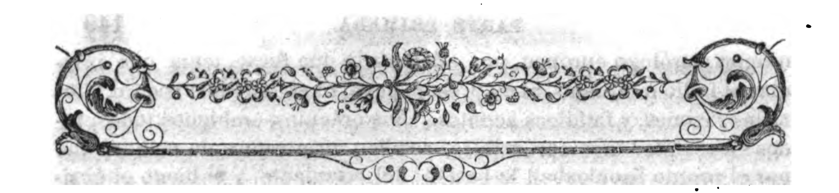
Mas, en honor de la verdad, si como adivino no pasaba de ser un charlatan cual todos los de su oficio, como curandero, no osamos decir médico, por respeto á la facultad, poseia gran dósis de razonada esperiencia, conocimiento profundo de los fenómenos fisiolójicos, ya que no de sus causas, y un caudal asombroso de ciencia en cuanto á las virtudes medicinales de las plantas indíjenas que, convenientemente preparadas por sus propias manos, aplicaba á las úlceras ó heridas, y administraba á los enfermos con tino maravilloso.

Parecia natural que con tales conocimientos, y aplicándolos frecuente y aprovechadamente, hubiese aquel hombre enriquecido en poco tiempo; y así hubiera sido si lo quisiera, mas no lo quiso.

En la tierra del oro, el uso de la moneda era completamente desconocido antes de la conquista; cada cual trocaba su sobrante por lo que necesitaba, y ser rico consistia en necesitar de poco, ó en tener de sobra lo que á adquirir el objeto deseado bastase. Nacido y educado en tal réjimen, enemigo mortal, ademas, de los que con él habian concluido, nuestro sacerdote idólatra odiaba de muerte el *dinero*, considerándolo como un signo de degradacion y envilecimiento para su pais; por eso, y porque en realidad tenia ese desprendimiento que rara vez falta á los hombres criados en grande abundancia, jamas aceptó presente en moneda ó joya de persona á quien sirviese. Algunos alimentos menos groseros que los suyos ordinarios, una manta fina de algodon, un petate de lujo, una petaca (baul) de maderas embutidas, eran las únicas recompensas que aceptaba, y aun esas no sin esquivarlo antes cuanto le era posible.

Tal era el hombre á quien buscaba Cristóbal, y en cuyos dominios se disponia á sentar el pié, en el momento en que la última vez le nombramos.





CAPITULO XV.

DE COMO A CONSECUENCIA DE UNA CONVERSACION POLÍTICA ENTRE DOS INDIOS, SE CONCIBIERON ESPERANZAS DE SALVAR LA VIDA A D. ALONSO DE AVILA.

No tiene el hombre mayor enemigo que su imajinacion: ella rebaja siempre los goces presentes, ecsajerando el valor de los pasados, y los quilates de los que se esperan ó desean; ella turba la posesion, acibara los recuerdos, y disipa las esperanzas; ella abulta los riesgos y achica los triunfos; ella, en fin, aspirando siempre á quiméricas alturas, hace mas profunda esta sima de contrariedades y penas que llamamos la vida. Por eso los *tontos*, es decir, los hombres sin imajinacion, son los únicos que lo pasan bien ó medianamente, cuando menos, en este pícaro mundo; por eso los que gozan el triste privilejio de una ardiente fantasía, compran á costa de su ventura en la tierra la estéril fama que sus sepulcros corona algunas veces.

Y lo que de esos séres de escepcion decimos, proporcionalmente es aplicable á todos los racionales que, no satisfechos al parecer con las penas harto positivas que en su peregrinacion por el escabroso sendero de la vida encuentran, complácense en forjar fantasmas que les aterren y acongojen, cuando la realidad de las cosas les permite algun sosiego. Así nuestro Cristóbal, hombre valeroso, que en los campos de batalla habia muchas veces, infinitas, arrostrado la muerte con heróica impavidez, y espuéstose á espirar en medio de los mas atroces tormentos, que infaliblemente le esperaban, si en manos de sus enemigos cayese, solo por no abandonar el cadáver de un amigo ó por recojer los sangrientos despojos de un enemigo; nuestro Cristó-

bal, decimos, víctima de su imajinacion, temblaba como la hoja en el árbol al poner la planta en la chinampa del idólatra.

¿Por qué? La razon se alcanza fácilmente: el servidor de los Valdestillas, en la sinceridad de su corazon convertido al cristianismo, creia firmemente que los ídolos, objeto de su adoracion antes de la conquista, no pasaban de ser imájenes de falsos dioses; pero tambien que toda aquella máquina de mentida relijion era obra del demonio, quien, en ocasiones, animaba los ídolos, frecuentemente hablaba por su boca, y siempre atendia á propagar su culto. Tal era la doctrina de los misioneros, tal por consiguiente la creencia del neófito; y de ahí resultaba que con la fé en los sublimes misterios de la relijion de Cristo se aunase la mas ciega supersticion en su alma.

En efecto, supuesta la posibilidad de que los espíritus de tinieblas animasen los ídolos y en su nombre obrasen horrendos prodijios; supuesto el poder de hacer mal del rebelde querube, aun negándole sinceramente un lugar en los altares, y detestando de corazon su abominable culto, natural era temer las consecuencias de su enojo; y Cristóbal iba á provocarlo.

"Yo he renegado (se decia) de los falsos dioses, abrazando la ver-"dadera relijion: luego el demonio es mi encarnizado enemigo; luego "aprovechará cuantas ocasiones se le presenten de atormentarme y "de inducirme en tentacion. Verdad es que soy cristiano: pero, ¿sói-"lo tan bueno que cuente con la gracia suficiente para resistir á la "fuerza del comun enemigo? ¿Ahora mismo, viniendo á implorar el "ausilio de un tenaz adorador de los ídolos, no me espongo gratuita-"mente á las asechanzas de Satanás? Y si así no fuese, claro está "que Fr. Diego de Olarte me autorizara espresamente á dar este paso, "en vez de guardar un silencio de mal agüero en el asunto.... Pero "yo al cabo soy criado de D. Fernando, y obedeciendo sus órdenes "cumplo mi obligacion.... No, Cristóbal, no; cuando se trata de la "salvacion del alma no hay amo que valga: cada uno será juzgado "segun sus obras, y.... Nada, perdone D. Alonso, y perdóneme mi "amo, que no he de perder mi alma por ellos, ni por nadie."

El monólogo que dejamos escrito hacíalo Cristóbal con un pie en su *Acal* y otro en la Chinampa; y al terminarlo, retirando el último, asió los remos con deliberada intencion de volverse por donde habia venido, y dejar en manos de la suerte las consecuencias de aquel paso, que equivalia á condenar á inevitable muerte al esposo de Elvira y atraer sobre su propia cabeza el implacable enojo del ardiente mancebo D. Fernando de Valdestillas. Así el pobre tlaxcalteca, colocado entre dos escollos inaccesibles, sudaba de angustia y congoja en el fondo de su frájil navecilla, como quizá no lo hiciera ni á vista del *potro*, si para su cuerpo le viese dispuesto.

No osando, pues, ni arribar á la chinampa, ni bogar hácia México, fluctuaba en un mar de confusiones tales, que llegaron á sujerirle el



descabellado proyecto de enderezar su rumbo al Norte, desembarcar al estremo de la calzada del lago de *San Cristóbal*, y siguiendo por tierra la misma direccion, ir á ocultarse para siempre en las montañas de los salvajes Zacatecas.

La hora, la oscuridad de la noche, las circunstancias del caso, la candidez supersticiosa de sus creencias y el temor tanto al infierno como á disgustar á su amo el mozo, á quien hasta entonces habia servido con amor ciego, esplican mas que suficientemente las dudas, temores y divagaciones del pobre Cristóbal, que pasó aquella noche el rato mas amargo de su azarosa y ya larga vida. Y en efecto, la perplejidad, la incertidumbre son para el hombre el mas cruel de los suplicios. Adoptada una resolucion, buena ó mala, los esfuerzos para llevarla á cabo necesarios entretienen el ánimo, y alejan los fantasmas de la imajinacion; escabroso puede ser el camino, lleno de obstáculos, sembrado de precipicios, pero como el término se divisa mas ó menos remoto, la esperanza nos álienta y sostiene. Mientras dudamos, por el contrario, la inaccion nos devora, robusteciendo el peligro; y cuantos pasos damos, ó son en realidad, ó á nosotros nos parecen, otros tantos esfuerzos en favor del enemigo consumados.

Nuestro Cristóbal, que, como el lector se lo figurará fácilmente, no estaba en disposicion de entregarse á filosóficas consideraciones, sudaba sangre, como vulgarmente se dice; sentia erizársele los cabellos sobre la ardiente cabeza, y helársele al propio tiempo la sangre en las venas, sin acertar no obstante á tomar resolucion alguna; y sabe el cielo cuántas horas hubiera podido pasar sentado en su canoa, empuñados los remos, palpitante el pecho, trabajosa la respiracion, y conturbado el ánimo, si por dicha la suerte no tuviese ordenado que el alba no le sorprendiera en tan calamitoso estado.

El *perro-mudo*, ó sea el *Techichi*, fiel y viejo compañero del centenario sacerdote, habia visto á Cristóbal con un pié ya puesto en la Chinampa, retirarlo despues y permanecer, sin embargo, á sus inmediaciones; y como la naturaleza, que rara vez deja de compensar una facultad que niega con la perfeccion de otra dote instintiva que aquella reemplace, al privarle de la voz le habia dado medios de suplirla, el intelijente animal, abandonando la orilla de los dominios de su dueño, corrió dilijente á la choza á donde aquel sobre un petate se entregaba al reposo.

A la edad de *Poyahuitl*, que así se llamaba el sacerdote, no suele ser el sueño ni largo ni pesado; así que, apenas el doméstico cuadrúpedo le hubo, con instinto admirable, tirado primero de la manta de algodon que le cubria el cuerpo, y luego urgado en los piés repetidamente, incorporóse en el lecho con la presteza y serenidad de un hombre durante largos años acostumbrado á continuas alarmas, y con la gravedad, sin embargo, propia de un indio de su alto carácter revestido.

—¡Qué hay, Techichi? Esclamó encarándose con el perro-mudo. ¿Qué hay? ¡No quieren los ambiciosos cristianos que aun aquí, pobre y ya caduco, descanse en paz el indio proscrito?

El animalejo, como si comprendiese la amarga esclamacion de su dueño, despues de gruñir sordamente y de lamerle cariñoso la mano, asió con los dientes la manta, y arrastrándola, se encaminó con ella hácia la puerta de la choza, sin salir, empero, de sus límites.

Despues de observar atentamente aquella espresiva pantomima, dijo *Poyahuitl*, poniéndose de pié, envolviéndose en su manto de algodon y pluma, regalo de un doliente recien curado, y asiendo el báculo, su ordinario apoyo:

—Ya te entiendo, *Techichi*, algun malaventurado compatriota, si no algun supersticioso castellano, viene á interrumpir á deshora el sueño del anciano, para que alivie sus males ó satisfaga su indiscreta curiosidad.—¡Oh dioses! ¿Hasta cuándo consentireis la presencia de los odiosos estranjeros en el suelo de Anáhuac! ¡Que vuestra maldicion los confunda, como mi corazon los abomina!

Y dichas esas palabras que, variadas, pero espresando siempre las mismas ideas, eran el tema habitual de su vida y pensamientos, salió de su choza siguiendo los pasos del perro, que directamente se encaminó al punto á cuya inmediacion proseguia el irresoluto Cristóbal, en sus dudas y amargas perplejidades sumido.

Los pasos del Techichi y los de su dueño eran tan cautelosos, que el oido mas atento y fino los percibiera dificilmente, mucho menos, por consiguiente, podia oirlos nuestro indio, que por el momento no se hallaba en disposicion de percibir ni acaso el estrépito de la artillería aunque á su inmediacion tronase. Por tanto tuvo Poyahuitl todo el tiempo necesario para cerciorarse, á pesar de la oscuridad, de que una sola persona, y esa de su nacion, era la que su reposo turbaba. Familiarizado el sacerdote con la debilidad é inconsecuencias de los hombres, por haber visto temblar y retroceder, ya ante su sola presencia, ya ante las ceremonias estrañas de sus misteriosos ritos, á indios y castellanos, que con afan, pertinacia, y anhelante solicitud le habian buscado, comprendió al primer golpe de vista la situacion de Cristóbal.

Si este fuera ó pareciese castellano, Poyahuitl le dejara atormentarse á su sabor, complaciéndose en la contemplacion de sus temores: mas como el servidor de los Valdestillas solo habia aumentado á la sencilla desnudez del trage indíjena, un lijero calzon de lienzo, muy parecido á los zaragüelles de nuestros valencianos, y en consecuencia no era posible confundirle con la raza europea, el sacerdote que, por simpatía y otras miras ulteriores, hacia particular estudio para popularizarse entre sus compatriotas, dolióse de su congoja y díjole:

—Hermano, ¿por qué vacilas?—Deja el Acal y salta á la chinampa. —Si tu cuerpo está enfermo, Poyahuitl posee el secreto de las virtu-

des de las plantas y el favor de los dioses; ven y serás curado. Si pretendes penetrar los arcanos del porvenir, el sacerdote sacrificará por tí en las aras de las patrias divinidades. Ven, hermano, ven: Poyahuitl te tiende los brazos.

Esas palabras, dichas en la mas pura lengua mexicana, y pronunciadas con enfática uncion, sacaron á Cristóbal á un tiempo de sus dudas y de su amilanamiento.

—Ya (se dijo) no es tiempo de retroceder: Jesus me valga; y sea lo que su santa voluntad ordene.

Hecha esa reflecsion mental, al propio tiempo que devotamente se persignaba, saltó Cristobal, como un soldado se arroja á la brecha, á la Chinampa del sacerdote, y hallóse con él frente á frente.

No se habia escapado á la perspicaz observadora vista de Poyahuitl la accion cristiana del servidor de D. Fernando, y casi le pesó al verla de haberle invitado á que en sus dominios entrase: mas por una parte, ya la cosa no tenia remedio; y por otra, sabia, por repetidas esperiencias, que los indios pasaban con facilidad suma, ya de la idolatría al cristianismo, ya del cristianismo á la idolatría. Recuerde el lector que anteriormente se lo hemos dicho ya nosotros, así como que tal versatilidad en los sentimientos relijiosos era triste achaque, tan inherente á la naturaleza de aquellos indíjenas, tan como incurable considerado por los conquistadores mismos, que al establecerse en la América española el horrendo tribunal del Santo Oficio, se ecsimió á los indios de su jurisdiccion, para que con ellos no acabase.

Con todo eso, las benévolas disposiciones de Poyahuitl respecto á su huésped se modificaron notablemente, y no en bien, al reconocer que aquel era cristiano; y en consecuencia, de la afabilidad espontánea con que habia comenzado, retrocedió á la reserva cortés y grave que le era habitual.

Por su parte Cristóbal que, deseando despachar su espinosa comision lo mas pronto posible, no acertaba, sin embargo, con la fórmula conveniente á entablar el diálogo, permaneció á dos ó tres pasos del sacerdote, en pié, silencioso, inmóvil, la vista levantada al cielo, mas como centinela avanzada en los bosques, que como hombre que á otro busca para comunicarle su pensamiento.

Poyahuitl, deseando tambien terminar, y visto que su huésped parecia mudo, pues hasta entonces no habia desplegado sus labios, resolvióse á entablar el diálogo, y entablólo, en efecto, de esta manera:

—¿Y bien, buscas á Poyahuitl, ó no le buscas?

—Busco á Poyahuitl, respondió Cristóbal, volviendo en sí.

—Aquí le tienes, yo soy. Cuando á tales horas, y en tal noche te arrojaste al lago y á mi chinampa arribaste, debe ser urjente tu necesidad. Esplícate, pues; las horas del descanso vuelan, y el anciano que vive del trabajo de sus manos, descanso ha menester.

—Poyahuitl: un hombre se muere en México, herido por un arma emponzoñada: tú solo eres capaz de curarlo. ¿Le dejarás morir?

—¿Y ese hombre es un mexicano?

—Es un hombre, Poyahuitl; es un hermano nuestro.

—Los *Aztecas*, los *verdaderos Aztecas* que no han renegado de su patria, ni de los dioses de sus mayores, son mis solos hermanos. ¿Eres tú de los mios?

—Soy Azteca.

—¿Mexicano?

—Tlaxcalteca.

—¡Ah, sí! Ya comprendo; y serás tambien cristiano; porque vosotros, *tlaxcaltecas*, vosotros sois los autores de la ruina del imperio de Moctezuma, de la devastacion de la tierra feracísima del Anáhuac, de la destruccion de nuestros templos, del aniquilamiento de nuestras leyes y costumbres!

Tlaxcalteca renegado: vuélvete por donde has venido; y deja en paz al anciano fiel á su patria y á sus dioses.

La vehemente declamacion del sacerdote sorprendió poco á Cristóbal: los mexicanos, siempre enemigos de Tlaxcala, nunca habian podido perdonar á aquella República, en lo antiguo, sus fueros de independencia valerosamente sustentados; en lo moderno, su alianza, fiel y utilísima á Cortés, con los conquistadores castellanos. Pero si el servidor de los Valdestillas escuchó sin sorpresa aquellas palabras, no por eso dejaron de encenderle la sangre en las venas, y olvidando á su impulso, tanto los temores que un momento antes le dominaban, cuanto el objeto esclusivo de su viaje á la chinampa, replicó iracundo:

—Poyahuitl, tus años solos te libran de morir ahogado en este instante por la *Serpiente de Tlaxcala.*

—La Serpiente de Tlaxcala ya mató con su ponzoña la monarquía mexicana.

—Acusa á Moctezuma, acusa á los grandes y á los sacerdotes mexicanos que, oprimiendo á los pueblos y reduciéndolos á la miseria, los incapacitaron para la defensa, y no á los tlaxcaltecas que pelearon contra vosotros, sí, mas como leales enemigos: cuerpo á cuerpo, y en rasa campaña.

—Tlaxcalteca, sal de mi Chinampa, respeta mi reposo y mi pobreza, y vete á gozar entre los castellanos del fruto de tu traicion á la patria.

—Anciano, tú no conoces á la *Serpiente*: servidor de una noble familia antes de la conquista, su servidor es ahora.

—Poco me importa lo que seas: vuélvete por tu camino: déjame en paz.

—Tu corazon, Poyahuitl, es mas duro que la *obsidiana*, si dejas morir á un valiente guerrero sin procurar salvarle.

—Tlaxcalteca, Poyahuitl no deja perecer á ningun guerrero de su nacion sin asistirle.



—¿Y dónde está ahora tu nacion? ¿Dónde sus guerreros? ¿Piensas que lo serán esos míseros esclavos de los castellanos, que para ellos trabajan dia y noche? Si Poyahuitl desea ver un imperio en Anáhuac, su sabiduría está dormida; porque yerra la senda.

—Serpiente de Tlaxcala, tu astucia no basta para sorprender al *Tlacelotl* (tigre) mexicano.

—Oyeme, anciano: ya no hay México, ya no hay tlaxcaltecas: hace años que solo ecsiste *Nueva España.*

—Y qué es *Nueva España?*—Una miserable provincia de un imperio, cuya metrópoli yace á millares de leguas al Oriente, en un pais del cual nos separa la inmensidad de los mares.—¿Qué somos nosotros todos?—Víctimas de los castellanos, sus esclavos, sus acémilas y no otra cosa. El oro y la plata, esos funestos metales de que los dioses en su cólera dotaron abundantemente las entrañas del Anáhuac, son el cebo que atrae á nuestros perseguidores, y nosotros los instrumentos para saciar su codicia.

—La sabiduría habla por la boca de Poyahuitl: sus palabras pintan la verdad con vivos colores; pero, ¿por qué rehusa el remedio del mal que conoce?

—La astucia de la Serpiente es mucha: el Tlacelotl, aunque astuto tambien, no comprende sus designios.

—Oyeme, Poyahuitl, y que mi franqueza logre inspirar la confianza á tu espíritu. Mientras el Anáhuac sea provincia de un imperio, cuyo soberano resida al Oriente del mar grande, los indios serán esclavos; pero los indios no bastan á quebrantar el yugo que los oprime.

—¡Oh, si todos tuviesen mi espíritu!

—No lo tienen, anciano, ni pueden tenerlo. ¿Quién recuerda hoy la grandeza de este imperio? Unos cuantos viejos sin fuerzas, como tú y como yo: los mancebos nacieron ya esclavos; los niños no sospechan qué cosa sea la libertad. Nuestra salud ha de venir de donde el mal vino, Poyahuitl: *de los castellanos mismos.*

—No esperes de ellos nada bueno.

—La pasion te ciega: hay castellanos guerreros esforzados, jenerosos, nunca crueles con los Aztecas, amigos del pobre, defensores del débil: hay españoles, en fin, que ya son mexicanos, y que sufren impacientes la dominacion española. ¿No comprendes, Poyahuitl, todo el partido que de esas disposiciones podemos sacar?—¿No ves que para pelear contra los soldados de su rey habrán menester el ausilio de los aztecas, y que entonces los aztecas pondrán condiciones?

—Tlaxcalteca, ¿la curacion del herido es un pretesto para hablarme de tus proyectos?

—Te engañas: trájome á tu Chinampa el objeto que te dije, y vuelvo á rogarte que conmigo te vengas. Tu resistencia me ha hecho decir mas que debiera.

—¿Y qué pruebas tendré yo de la sinceridad de la Serpiente? ¿Có-

mo sabré que no se propone entregarme al verdugo de los castellanos?

—¡Anciano desconfiado! ¿Qué bien pudiera resultarme de tu ruina? Si quisiera perderte, tiempo ha que pudiera conseguirlo. ¿Parécete que te hubiera revelado mi pensamiento, á no saber quién eres? Ninguna de tus acciones me es desconocida, ni tus visitas á *Tlaltelolco* y á *Iztapalápan;* ni tus mensajes á los *Zacatecas;* ni los *sacrificios* en los bosques....

—¡Silencio, tlaxcalteca: silencio, si no quieres perderme!

—No, Poyahuitl, no: por el contrario, quiero salvarte, quiero salvar el Anáhuac.

—Y bien, Serpiente, cuando el tigre te conozca mejor, entonces acaso....

—Las horas del herido están contadas: la muerte le cubre ya con su negro manto: Poyahuitl, mi Acal nos aguarda.

—Poyahuitl no dejará su chinampa por asistir á un enemigo.

—¡Hombre obstinado! Ese, á quien llamas enemigo, detesta á los que tiranizan hoy el Anáhuac, y es por ellos detestado. Su muerte será una victoria para los que aborrecer debemos; salvarle es derrotarlos.

—¿No es un castellano?

—Sí: un castellano, noble, rico, valeroso, enemigo de los hombres de la *vara* y del *verdugo,* parcial de los hijos de Hernan Cortés, y por él se interesa el hombre de quien mas deben esperar los indios. ¿No has oido hablar del *Mártir* á los de Tlaltelolco?

—¿Del *Mártir?* Sí; un hombre misterioso venido de Oriente....

—Un hombre que reparte sus inmensas riquezas con los desvalidos indios; que se interpone entre ellos y el látigo del *Encomendero;* que en secreto los organiza; y en secreto prepara la independencia del Anáhuac. Pues bien, Poyahuitl, ese hombre daria hoy su vida por rescatar la del herido para quien te imploro. Si quieres ganar su amistad, si quieres contribuir por tu parte á la santa empresa, toma tus bálsamos, prepara tus yerbas, y partamos.

Algunos instantes estuvo aún confuso y dubitativo el anciano sacerdote; mas al cabo, hondamente conmovido por las apasionadas frases de Cristóbal, resolvióse y dijo:

—Los dias del anciano ya son pocos; triste gloria seria la de la *Serpiente* abreviándolos. Voy á seguirte, tlaxcalteca; voy á emplear, por vez primera, la ciencia sacra en favor de un castellano; que los dioses me lo perdonen si yerro, que mi intencion es servirlos.

Cristóbal, ébrio de gozo por el inesperado feliz écsito de su mas que dificil comision, agradeció con sentidas razones su complacencia al sacerdote, y ayudándole á reunir los simples y demas adminículos que para la cura de D. Alonso eran necesarios, cinco minutos despues entraba con él en la canoa.



En hora y media estuvieron en la albarrada de San Lázaro; con tal vigor remó el triunfante Cristóbal.

Los primeros albores del crepúsculo matutino comenzaban á iluminar el horizonte cuando Cristóbal y Poyahuitl, esperados con la impaciencia que es fácil de imajinar, llegaron á la morada del moribundo D. Alonso de Avila.

Durante el camino, disipado el temor y recobrada por consiguiente la serenidad, reflecsionó el tlaxcalteca á sangre fria y con detenimiento sobre la situacion en que se encontraba, y hubo de confesarse á sí mismo que, si bien habia superado un obstáculo de primer órden venciendo la resistencia del sacerdote á emplearse en favor de un castellano, todavía le quedaban que vencer dificultades no menos importantes, que salvar pasos terriblemente escabrosos.

En la alcoba del doliente el primer objeto que iba á herir la vista de Poyahuitl era el provincial de San Francisco, esto es, su capital enemigo, y no por ofensas personales, no porque Fr. Diego de Olarte fuese intolerante, hostil á la raza indíjena, ni perseguidor de los mas tenaces idólatras, ni aun de los apóstatas mismos, no; las causas del ódio del sacerdote de los ídolos al del Unjido, eran precisamente las contrarias á las que de indicar acabamos. El conquistador franciscano convertia mas indios que con su predicacion, con la caridad ardiente, continua é incansable que le animaba; afirmábalos en la fé con el ejemplo de su vida pobre, humilde y bienhechora; y ganábase su amor con la mansedumbre del carácter y con el celo que desplegaba para defenderlos de toda persecucion. Sucedia, pues, que los esfuerzos de Poyahuitl en favor de la idolatría se estrellaban un dia y otro, y siempre, y repetidamente, contra el apostólico trabajo de Fr. Diego, á quien detestaba en consecuencia, temiéndole en el fondo de su corazon, porque su superioridad reconocia.

Mas, en todo caso, temia Cristóbal, y cuerdamente, que apenas viese al provincial en la estancia de D. Alonso, despertándose mas robustos que nunca en su espíritu los mal ahogados recelos, se retractase de su promesa, y dejara sin curar al maltrecho D. Alonso.

Y no era eso todo lo temible: dado que Poyahuitl prescindiese de la presencia del fraile, que no era probable, ¿prescindiria el misionero de las paganas ceremonias, de las idólatras imprecaciones, inevitables en la curacion en forma de ensalmo que Poyahuitl iba á emprender? Seguramente que no, y aun del mismo D. Martin Suarez era de temer que se opusiera, en parte, á los procedimientos del sacerdote mexicano, resultando de todo ello que, á pesar de la voluntad de doña Elvira y de D. Fernando, parecia probable que D. Alonso se viese abandonado, dejando á las cosas seguir su curso natural y lójico.

Ahora bien: ya hemos visto que Cristóbal abrigaba proyectos mucho mas altos de lo que su doméstica condicion pudiera prometerlos,

y que no en vano se habia llamado la *Serpiente tlaxcalteca*, pues por su astucia y flecsibilidad era digno de tal nombre. Mas instruido que nosotros, hasta ahora, en los secretos de los personajes que en escena hemos puesto, daba el indio á la persona de D. Alonso de Avila importancia grande, superior sin duda á la que en concepto de muchos tenia, y la muerte de aquel caballero fuera á sus ojos una calamidad irreparable para sus designios. A mayor abundamiento, Cristóbal tambien sabia que para D. Martin Suarez de Monroi la curacion de D. Alonso era negocio de gran consecuencia; que doña Elvira, aunque mujer, persona de gran cuenta, podia inutilizarse con la muerte de su esposo; y últimamente, que *amo chiquito* estaba interesadísimo en el mismo objeto, y tambien, muriendo su amigo, era de temer que se inutilizara.

Por tanto, para Cristóbal era negocio de vida ó muerte, como hoy se dice, disponer las cosas de manera que Poyahuitl curase á D. Alonso, dado que fuera posible salvarle, sin luchar con mas obstáculos que los sobradamente formidables que la herida, el veneno, la inflamacion, y lo errado de la primera cura, iban á oponer á su ciencia y práctica. Puso, pues, en prensa su injenio durante el camino, y formado un plan completo de operaciones, al llegar á la casa de Avila encomendóse á Dios con todas veras, y contando no poco con la fortuna, lanzóse resueltamente á la palestra.

Lo primero que hizo fué depositar á Poyahuitl en la antecámara de la estancia de doña Elvira, y luego mandar un criado para que rogase á aquella señora que saliese del cuarto del enfermo, bajo cualquier pretesto; pero cuidando de que todos los demas allí reunidos, ignorasen por el momento la llegada del sacerdote y del mismo Cristóbal. Este necesitaba ponerse de acuerdo con la dama antes de dar paso alguno, y para ello que ni su amo supiese que ya estaba de vuelta de su espedicion.

Una vez á solas con doña Elvira, espúsole el indio con claridad y precision sumas el estado de las cosas, y la conveniencia ó mas bien necesidad de confiar el herido esclusiva y absolutamente á los cuidados de Poyahuitl; y como en efecto, eran evidentemente incompatibles los cristianos, y sobre todo el provincial, con el sacerdote idólatra, la noble dama convino en todo con el dilijente servidor de Valdestillas.—La ejecucion del plan formado por Cristóbal no era fácil: pero precisamente lo difícil es aquello que con mas amor emprenden los espíritus superiores.

Elvira, pues, regresando á la habitacion de su marido, y haciendo retirar á las criadas, convocó á consejo en un ángulo de la sala á Fr. Diego de Olarte, á D. Martin Suarez y á D. Fernando, y díjoles resueltamente:

—Cristóbal acaba de mandar un mensajero.

DON FERNANDO.

¡Y por qué no ha venido él en persona? Dios le maldiga.

FR. DIEGO.

¡Fernando! ¡Fernando!

ELVIRA.

Escuchadme, ante todo; Cristóbal ha encontrado al hombre que buscaba, y ese, no sin grandes dificultades, parece que al fin se presta á emprender la cura de D. Alonso. ¿Créisla posible por otro medio, señores?

DON MARTIN.

Yo no lo alcanzo.

DON FERNANDO.

Harto sabemos que no.

El fraile no dió mas respuesta que la de mover tristemente la cabeza y ecshalar un hondo suspiro; doña Elvira prosiguió entonces:

—Pues siendo así, claro está que sin faltar yo á mis obligaciones de esposa; vos, padre mio (dirijiéndose al provincial), á las de la caridad evanjélica; vos, señor (á D. Martin), á las que sabeis; y vos, en fin, D. Fernando, á las de amigo, no podemos en manera alguna oponernos á que el hombre buscado trate de salvarle la vida á D. Alonso.

La proposicion era tan evidente que, por lo mismo, no pudieron escucharla sin asombro aquellos á quienes se dirijia: miráronse, pues, recíprocamente con aire de admiracion, y luego haciendo con las cabezas una señal de aquiescencia, esperaron á que á la dama continuar pluguiese, que lo hizo á poco, diciendo:

—Y como rechazar las condiciones que el indio ecsije, seria lo mismo que oponernos directamente á la cura, claro está, señores, que nos es forzoso aceptar aquellas.

Comenzaron en esto los circunstantes á comprender el ecsordio de doña Elvira: D. Martin miraba al fraile, buscando en sus ojos la respuesta que de dar habia: el fraile fijaba la vista en el suelo, repasando maquinalmente las cuentas de su rosario, para que en sus ojos no se leyese respuesta alguna; solo D. Fernando osó contestar á su amada y dijo:

—Eso es tan claro, señora, que no admite la menor duda: cuanto el indio pida será poco si á D. Alonso salva.

ELVIRA.

No es eso, D. Fernando; las condiciones del curandero no son de interes, no: lo que quiero es.... es, en fin, que se le entregue esclusivamente el enfermo.

DON FERNANDO.

¿Y qué duda tiene que, si há de curarle, preciso es que él solo ordene y los demas ejecutemos?

DON MARTIN.

Eso es evidente.

ELVIRA.

Todavía no lo habeis entendido, y será preciso esplicarme sin rodeos de ninguna clase; el indio quiere que solos Cristóbal y yo estemos presentes cuando á D. Alonso cure.

Al oir tales palabras, levantóse Fr. Diego de Olarte de su asiento, y con voz serena, pero con autorizado y grave acento, dijo:

—Señora, como esposa y cristiana, teneis ahora á vuestro cargo la salud temporal y la espiritual de D. Alonso. Siempre os tuve y os tengo por buena y humilde hija de la Iglesia nuestra madre: conciliad lo que á ella debeis con lo que el estado de vuestro marido reclame, y vuestro sea el premio si acertáreis; Dios os mire misericordioso, si errais el camino. A nadie mas que á vos, á nadie, ni al mismo D. Martin aquí presente, le es dado resolver este negocio: retirémonos, pues, á rogar al que todo lo puede que con su gracia os ilumine, y del enfermo disponga como á sus santos inescrutables designios mejor cuadre.

Al terminar su breve discurso, encaminábase el provincial á la puerta, y D. Martin, mas que satisfecho de que de toda responsabilidad le ecsimiese aquella determinacion, se preparaba ya á seguirle; pero doña Elvira deteniéndolos, esclamó:

—Deteneos un instante, señores: yo tomo sobre mis flacos hombros la carga que el Señor me envia, y en gracia de lo recto y santo de las intenciones, confio que los yerros del entendimiento, si los hubiese, me serán perdonados. Mas no me abandoneis por completo. Vos, Fr. Diego, idos enhorabuena á descansar á vuestro convento, pero sea con promesa de volver así que os llame. Vos, señor, (á D. Martin), no os aparteis de esta casa ni un solo instante, si en aquel en que D. Alonso recobre el sentido, no he de huir ó perecer yo en ella. Y vos, D. Fernando....

DON FERNANDO.

Yo, señora, en vuestro zaguan, ó en la calle, donde querais, aguardaré el resultado de la primera cura: ya mi señor padre está advertido de que no me apartaré de esta casa mientras el peligro de D. Alonso no cese.

En resúmen: Fr. Diego se retiró á su convento; D. Martin Suarez, con el indio que le acompañaba, á uno de los muchos aposentos que



para huéspedes tenia la casa; D. Fernando.... D. Fernando á la propia estancia de Elvira, favor que agradeció con una espresiva y no perdida mirada, y la dama con Poyahuitl y Cristóbal, tomaron posesion esclusiva de la alcoba del herido.

Pocos minutos bastaron al sacerdote mexicano para reconocer á D. Alonso, y declarar que, en efecto, el arma con que le hirieron estaba emponzoñada con el zumo de ciertas yerbas del pais, cuya accion era mortífera.

—No fué, dijo, la *Macana del Anáhuac* la que abrió esta herida; pues su abertura es la que produce la espada castellana; pero el metal de que las armas de los cristianos se forjan no admite la ponzoña....

—Aguardad, esclamó Cristóbal, no sabeis que algunos de nuestros compatriotas han hecho por curiosidad hojas de espadas de la madera que llaman los españoles *palo de hierro?*

—Cierto, replicó Poyahuitl, Serpiente de Tlaxcala, tu sagacidad dió con el verdadero instrumento que abrió esta herida. Esa madera admite y conserva el veneno; pero los dioses me han revelado á mí el antídoto.

—¿Le salvareis? Preguntó Elvira, que escuchaba el diálogo de los dos indios, con la ansiedad que es fácil de comprender.

—¿Amais mucho á vuestro esposo? Preguntó el sacerdote en vez de contestar.

—Os pregunto si le salvareis; replicó Elvira, no queriendo ni mentir, ni hacer su confidente de aquel hombre.

—El sacerdote, repuso Poyahuitl, ha prometido hacer cuanto sepa y pueda por salvar á ese castellano, y lo cumplirá: los dioses son los que dan la vida y envian la muerte.

Terminada así la conversacion, empleó el sacerdote, ausiliado por Cristóbal, poco mas de un cuarto de hora en preparar los simples que al efecto llevaba consigo; primeramente un apósito para la herida, sobre las hojas de cierto árbol en su mística farmacopea señalado para tal fin; y luego una bebida, con la *contra-yerba* ó antídoto, que dispuso en las dos vacías medias cáscaras de un coco, primorosamente talladas y de plata guarnecidas.

Sacando luego un incensario de mano, hecho de barro en forma de cuchara, con el remate hueco, y dentro de él unas bolitas del mismo barro, que sonaban á manera de cascabeles, ó como las cadenas de los incensarios que se usan en nuestras iglesias, y echadas en él algunas ascuas, mientras pronunciaba ciertas oraciones de su liturgia sacadas, puso despues en aquel fuego algunos granos del *incienso* llamado por los indios *Chapopotli*, especie de goma ó betun negro que el mar arroja en ciertos parajes á la orilla, y recojido se consagraba especialmente por los idólatras al culto de *Huitzlipuchtli*, dios de las batallas, ó *Marte* mexicano. Digamos, de paso, que el olor acre, intenso y desagradable ademas, del *Chapopotli*, que el olfato europeo

no puede soportar, era para los sacerdotes del antiguo *Anáhuac* sin duda el mas regalado, puesto que para una de sus principales divinidades lo reservaban.

Doña Elvira y Cristóbal, ambos mas al corriente que nosotros de las costumbres de aquellos indíjenas, dejaron pacíficamente á Poyahuitl dar ciertas vueltas por la estancia, puesto sobre su cabeza el manto, echado atras el cabello, los ojos como espantados, el incensario en la mano, y siempre murmurando sus oraciones, ya al cielo (tal como él le comprendia) dirijidas, ya sobre el apósito, ya en fin sobre el brebaje para D. Alonso dispuesto.

Terminados aquellos místicos preparativos, á que no sin emocion asistiera cualquier europeo, porque ademas de lo que en sí llevaban de singular y cabalístico, por la figura del indio anciano, por la media oscuridad de la habitacion, por la ansiedad en que los dos asistentes se encontraban y en sus rostros pintada se veia, y, en fin, porque todo ello tenia lugar alrededor del lecho de un hombre aún jóven, pocas horas antes lleno de vida y lozanía, y entonces moribundo; terminados, repetimos, aquellos preliminares que consumieron otro cuarto de hora, llegó el momento de la verdadera cura, que era en realidad lo importante.

Poyahuitl, con una destreza y serenidad que hicieran honor aún al mas afamado de los cirujanos ingleses, que pasan, si no nos engañamos, por los mas diestros, serenos é intelijentes de Europa, levantado que hubo el antiguo vendaje, y limpia la herida con primor tan sutil que no dió el paciente muestra de sensacion alguna, aplicó su apósito con un aire de seguridad de tan buen agüero, que no solo Cristóbal, sino la misma doña Elvira, sintió renacer en su pecho la marchita esperanza.

Lo mas difícil era hacerle tragar la bebida á un hombre que solo en la escasa respiracion daba muestras de vida; y al mismo tiempo que lo mas difícil, era aquello lo mas importante de la cura, segun el mismo Poyahuitl; porque en las veinticuatro horas trascurridas desde que D. Alcnso recibió su herida, parecia segura que desde esta, el veneno se habria difundido en gran parte al resto de su sangre.

Al cabo, y despues de repetidas, inútiles tentativas para que Avila bebiese el licor en cuya eficacia estribaba su salvacion, la injeniosa *Serpiente tlaxcalteca* hizo de una delgada y hueca caña un pistero improvisado; y merced á aquel intrumento, gota á gota, y con ímprobo trabajo, se logró infiltrar, mas bien que otra cosa, en D. Alonso la salutífera bebida.—"Ahora," dijo Poyahuitl envolviéndose en su manto, y tendiéndose sobre la estera que al lado de la cama del herido habia; "ahora dejemos obrar á los dioses: dentro de seis horas podré deciros si hay ó no esperanzas de salvar al castellano."

Doña Elvira, llamando á una dueña para que á su lado asistiese, reclinóse vestida como estaba, en una hamaca que en la sala de su ma-

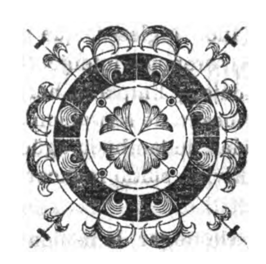
rido habia; Cristóbal fué á dar nuevas á su amo el mozo del estado de las cosas.

Al medio dia, sobre poco mas ó menos, despertando Poyahuitl, levantóse para ver el estado del paciente.

—¿A dónde estoy? ¿Quién eres tú? Le preguntó D. Alonso aun no limpio de calentura, pero ya recobrado el sentido.

—¡Vivirás, castellano! Esclamó el sacerdote con cierto orgullo propio de la ciencia triunfante.

—¡Alabado sea Dios! Esclamaron á un tiempo Elvira, Fernando, D. Martin Suarez y Cristóbal, que en la sala, y llenos de mortal zozobra, aguardaban aquel crítico instante.





LA CONJURACION DE MEXICO.

PARTE SEGUNDA.

CAPITULO I.

EN EL CUAL SE ESPLICA CÓMO D. ALONSO DE AVILA NI AUN CERRANDO LOS OJOS ACERTABA A NO CREER LO QUE HABIA VISTO; Y SIN EMBARGO TUVO QUE DARSE POR VENCIDO.

Cristóbal, enterado á fondo de la situacion efectiva de todos los personajes del drama que vamos poniendo en escena con el posible esmero para solaz y entretenimiento de nuestros lectores, teniendo en su feliz desenlace interesados, ademas de su buen corazon, los ardientes deseos de utilizar á D. Alonso y á su *amo chiquito* en la realizacion de su idea fija: la independencia de México; y habiendo conquistado, por consecuencia natural del acierto de Poyahuitl en la cura de Avila, un influjo en aquella reunion de nobles personas muy superior al que de su humilde estado pudiera prometerse: Cristóbal, decimos, tuvo discrecion bastante para no desvanecerse con el triunfo, y aprovecharlo, sin embargo, en todo y por todo.

Cualquiera emocion violenta ó profunda en aquellos primeros momentos y durante algunos dias mas, podia provocar en el herido una crísis que al sepulcro le condujese: eso todos lo comprendian con claridad evidente; pero donde los pareceres discordaban era en los medios de evitar la catástrofe, sin que para ello se retardase mucho el enterar á D. Alonso de lo que convenia supiera.

Doña Elvira no queria ni oir hablar de que se difiriese una conferencia, para ella importantísima, entre su marido y D. Martin Suarez de Monroi, y eso no por impaciencia ó capricho, sino con harto fundadas razones, que vamos á indicar sumariamente. La violencia del carácter de Avila, en primer lugar, no permitia ni la hipótesis de que, así que el estado de su salud lo consintiera, dejase de tomar una providencia, y esa severa y estrepitosa, contra su mujer, á quien con sobrado fundamento creia culpable; y una vez dado el escándalo, aun suponiendo, que era mucho suponer, que la persona de Elvira saliese de la tormenta indemne, ¿cómo reparar la brecha por él abierta en la buena fama de la ilustre señora? Mas, á mayor abundamiento, dado que, por un milagro del cielo, D. Alonso se mostrase tolerante y sufridor de su agravio, eso mismo ofrecia para Elvira un riesgo gravísimo; porque no habiéndose prestado Suarez á revelar el secreto que aun nosotros ignoramos, sino con estrema repugnancia y cuando se vió reducido á optar entre ceder de su propósito ó sacrificar á la bella desconsolada, parecia probable racionalmente, ó era, cuando menos, muy de temer que, aprovechase la ocasion de nomostrarse el marido demasiado violento, para guardar en el pecho el importante arcano. En tal caso, doña Elvira, conociendo muy á fondo á su esposo, sabia que la esperaba, ó una vida por continuos desprecios é incesantes sarcasmos amargada, es decir, la muerte á fuego lento; ó al cabo de semanas, si no meses, el perecer asesinadada por el implacable encono del que ofendido se creia. Ni uno ni otro estremo eran de su gusto: queria, ademas, de una vez y para siempre, fijar su posicion con respecto á D. Alonso, y nunca mejor que entonces, nunca con mas motivo que al entrar en profundas definitivas esplicaciones con su esposo.

Del mismo parecer estaba Fr. Diego de Olarte, aunque por diversos motivos, pues para el santo provincial era caso de conciencia, como debia serlo, el restablecimiento de la paz doméstica en aquel matrimonio, por tantas y tan hondas causas entonces desunido.

D. Martin, hombre de escasas palabras y de frio aspecto, estimando poco á D. Alonso, hablaba del negocio lo menos posible, y bien quisiera, á costa de cualquier sacrificio por grande que fuese, no hallarse en aquel empeño; mas habíalo contraido, y en su mente no podia ni parecer siquiera la idea de faltar á su promesa.

¿Y Fernando?—Fernando queria cuanto Elvira quisiese, y anhelaba la satisfaccion de su amigo á mayor abundamiento; porque en

aquella alma noble y candorosa, en que ni el egoismo ni la maldad tenian cabida, la pasion misma que la mujer le inspiraba, aunque ardiente, abrasadora, indomable, no bastaba á sofocar las jenerosas inspiraciones de la sincera amistad.

Como de la lijera reseña que acabamos de hacer se desprende, todos nuestros personajes, cada cual por su razon especial, estaban de acuerdo en un mismo fin, á saber: el de conciliar los miramientos debidos á la situacion delicadísima del herido, con la pronta y completa rehabilitacion de su esposa; pero todos tambien diferian en cuanto á los medios que habian de adoptarse para llegar al objeto comun de sus deseos, y solo Cristóbal era quien desapasionadamente, ó al menos no tan apasionadamente como los otros, consideraba el negocio. Cristóbal, pues, el hombre frio y hábil entre los apasionados y por tanto no diestros, era, como el *Deus ex machina* de las trajedias griegas, quien habia de preparar convenientemente el desenlace de aquel drama parcial, parte integrante del que desenvolviendo vamos; y su mision tanto mas difícil, cuanto que, por preocupaciones de casta y por lo humilde de su posicion social, considerábase él y considerábanle los mismos á quien tenia que manejar, como inferior á ellos en todos conceptos. No le era lícito mandar como al leon en virtud de su fuerza, sino que habia de conseguir el logro de sus designios á fuerza de astucia, cual la raposa; y nunca le fueron mas necesarias las dotes á que en su juventud debió el nombre de *Serpiente de Tlaxcala.*

Eso supuesto, comprenderáse ya bien que despues de pasado el primer instante de sincero y profundo gozo que en todos causó el fausto, terminante pronóstico de Poyahuitl con respecto al seguro restablecimiento de la salud de D. Alonso, todos tambien, sin desplegar los labios, se miraron unos á otros á la cara, como diciéndose: "Y bien: ya llegó el instante crítico. ¿Qué haremos ahora?"

Si Fr. Diego se hallase presente, como no se guiaba por consideraciones sociales, sino por la inspiracion relijiosa en su mas ascético sentido, es probable que cortase aquel nudo instantáneamente, yéndose al herido, haciéndole una fervorosa plática, y presentándole en seguida á su esposa; pero Fr. Diego estaba ausente, y entre los circunstantes no habia ninguno á quien particulares circunstancias no impusiesen la ley de obrar con mas que prudente reserva.

Elvira, palpitando de temor y de esperanza, cruzadas las manos y pálido el semblante, no osaba alzar del suelo los ojos; D. Martin, en actitud de meditar profundamente, no apartaba, sin embargo, los suyos de Elvira; y Valdestillas, mirando alternativamente á su amada y á D. Martin, tampoco osaba tomar en casa ajena y tan grave asunto la iniciativa.

En tanto Cristóbal, de pié y en actitud humilde, colocado en un rincon de la sala, dejaba errar en sus labios una sonrisa de orgullosa satisfaccion, y con atencion intensa seguia los movimientos de los de-



mas, adivinándoles en la espresion de la fisonomía los íntimos pensamientos.

Tal situacion no podia prolongarse: el jóven Valdestillas, mas bien por instinto que por reflecsion, volvió los ojos á su criado, á quien, como sabemos, profesaba desde la cuna particular cariño, y cuyos recientes importantes servicios en las dos noches anteriores y en el momento mismo, no podian menos de haber hecho honda impresion en el ánimo del amante de Elvira.

Esperaba el indio con seguridad aquel momento, y para él estaba convenientemente preparado; y así, á la mirada de *amo chiquito*, que era con evidencia equivalente á esta pregunta: *¿Qué debo hacer?* Contestó fijando sus ojos en la puerta de la alcoba de D. Alonso, con tal espresion, que no habia medio de no comprender qué significaba: *Entrad á ver al herido y tratad de preparar el terreno como conviene.*

El consejo era bueno: contra Fernando no tenia D. Alonso prevencion alguna desfavorable, sino muy al contrario; D. Fernando era, pues, quien primero debia verle; y el jóven Valdestillas, como iluminado súbitamente por la mirada de Cristóbal, solo se detuvo el tiempo necesario para decirse: ¡Cómo es posible que antes no se me haya ocurrido esta idea?

Hecha esa reflecsion, echó á andar deliberadamente para entrar, y entró en efecto, en la alcoba de su amigo.

Elvira y D. Martin le miraron hacer sin desplegar sus labios; mas la primera, para quien, á la cuenta y á pesar de tener los ojos bajos, no pasó desapercibida la pantomima entre D. Fernando y el indio, lanzó á éste una benévola mirada de aprobacion indudable.

D. Alonso que, al oirse decir por Poyahuitl: *Vivirás, castellano!* recapacitando interiormente, se habia puesto á reunir y ordenar sus confusas ideas, y que al cabo llegó á comprender que, herido en el combate de la noche del 23 de Abril, estaba en poder de un curandero indíjena, cuando vió entrar á su amigo y segundo en la lucha, esperimentó una plácida sensacion, análoga á la que causa en un preso incomunicado la inesperada visita de cualquiera de los que en su suerte se interesan.

—¡D. Fernando! esclamó haciendo un esfuerzo, porque la debilidad de su pecho no le consentia hablar fácilmente. ¡Loado sea el Señor! Vos al menos salísteis felizmente del combate!!!

—No hableis, por el cielo santo, D. Alonso (replicó el jóven), y ademas no penseis que me tengo yo por feliz mientras en vuestro actual estado os vea.

—Este buen indio dice que viviré; repuso el herido con cierto aire de desprecio á la vida, que se revelaba en su habitual irónica sonrisa.

—Vivirás, dijo gravemente Poyahuitl, si en morir no te empeñas, castellano. El reposo del ánimo, y el silencio te son tan necesarios como el jugo de las yerbas salutíferas.

—Ya lo ois, amigo mio, esclamó entonces Fernando; ya lo oís: reposo del ánimo y silencio, son condiciones esenciales para vuestra curacion.

—¡Reposo del ánimo! Contestó con amargo acento D. Alonso.

—¡Por vida mia, que no arriesgueis inútilmente la vuestra, D. Alonso! Le replicó con calor el jóven. No hableis, y escuchadme. Quizá logren mis palabras calmar un tanto vuestro espíritu.

Clavó entonces los ojos D. Alonso en los de su amigo con una intensidad tal, que á tener el último propósito de engañarle, ni aun por su bien mismo acertara á intentarlo siquiera: pero como D. Fernando era la lealtad personificada, prosiguió sin turbarse:

—Vos, Avila, me teneis por caballero, y por tan vuestro amigo, que me habeis confiado secretos que ni á vuestro hermano mismo reveláрais....

El herido miró con inquietud á Poyahuitl, como temiendo que Valdestillas revelase en su presencia el terrible secreto de su deshonra: Fernando, comprendiéndole en el acto, se apresuró á decir:

—No temais que diga mas; no es necesario, ni aunque lo fuera, pronunciarian mis labios una sílaba en la materia sin vuestro espreso mandato.

Pero, en fin, lo que importa es que, creyéndome vos, y siendo yo, como lo soy, gracias al cielo, tan caballero como amigo vuestro, mis palabras han de mereceros fé, aun cuando os digan cosas al parecer inverosímiles, y cuya esplicacion no consiente ahora vuestro estado.

La fisonomía de D. Alonso espresaba tal ansiedad, mezclada á su crónico profundo escepticismo, que si á D. Fernando no animase un sentimiento sincerísimo, quizá vacilara en su propósito: pero como el jóven tenia fé y amor ademas, prosiguió impávido y con acento de íntima conviccion, de esta manera:

—Los sentidos, D. Alonso, nos engañan con frecuencia, á cada instante y en todo: y anteanoche nos han engañado á entrambos; sí, nos han engañado: yo os lo juro por mi honra!

El amor habia hecho de Fernando un creyente de esos que voluntariamente ciegan: pero D. Alonso, que no estaba enamorado de su mujer y sí de su honra, dijo allá en sus adentros:—¡Pobre niño! ¡Cómo te han engañado! No es fácil, sin embargo, que de mí consigan otro tanto. En tal sentido, á pesar de las prohibiciones y funestos pronósticos de Poyahuitl, se preparaba á replicar, importándole poco una vida que el vacío de su corazon le iba haciendo, por el fastidio, insoportable: pero apenas despegó los labios, cuando su amigo que de vista no le perdia ni un instante, le puso la mano en la boca y le interrumpió diciendo:

—No hableis, no hableis, D. Alonso; y oidme aún un momento. Mi amistad no ecsije, y tal vez ecsijirlo pudiera, que mi simple palabra

os baste, no: todo lo que en vuestro propio interes, y en nombre de la honra que tanto amais os pido, redúcese á que suspendais el juicio por el tiempo, que espero en Dios sea breve, necesario para que cobreis las fuerzas suficientes á entrar, sin riesgo de la vida, en las esplicaciones que este negocio ecsije. Ellas serán completas; y si mi garantía no os bastase, puedo ofreceros otra que seguramente no recusareis. Fr. Diego de Olarte, el venerable provincial de San Francisco, vuestro confesor y amigo, os dirá, D. Alonso, lo mismo que de deciros acabo. ¿Dudareis todavía?

Avila cerró los ojos para recojer su espíritu, no muy capaz todavía entonces de profundas meditaciones. El nombre de Fr. Diego hizo en su alma grande impresion, porque, como á su tiempo lo dijimos, el esposo de doña Elvira era libertino, gran pecador, pero buen creyente y sinceramente cristiano: y el provincial de San Francisco era tenido por sus contemporáneos en opinion de santo. No obstante, el escepticismo no se daba aún por vencido: "Fr. Diego no quiere engañarte (decia el diabólico espíritu de la negacion de D. Alonso); "pero él mismo puede muy bien estar engañado. Cuanto mas santo "le supongas, menos entiende de las femeniles astucias. ¿Qué mucho "que la que á tí, hombre de mundo, y burlador de oficio, te tuvo tan-"to tiempo alucinado, alucine á un ascético fraile y á un niño candoroso? La mujer que no da lugar á sospecha, suele ser culpable; "Qué será aquella de quien casi has visto la culpa?"

A decir verdad, en la posicion de D. Alonso cualquiera hubiese vacilado, porque sus ojos habian visto, sus orejas oido, y en su pecho la inflamacion de la herida era un testigo, ademas, de irrecusable fé contra Elvira. La idea, pues, de que esta fuese inocente, no podia penetrar sin dificultades inmensas en la imajinacion del doliente caballero; pero en cambio Valdestillas habia apuntado una consideracion, para Avila de gran peso, á saber: que en los intereses mismos de la honra de su amigo estaba el evitar todo escándalo en tan delicado asunto.

—"En efecto, ¿qué puedo hacer ahora en el estado en que me en-"cuentro, que dar un escándalo inútil no sea? Si mando arrojar á la "pérfida de mi casa, á la media hora lo sabe todo México, en una se-"mana Nueva España entera, á los tres meses Castilla; y soy la fábu-"la, el escarnio de España y de sus Indias. Si la mando matar, no "faltará quien entre su pecho y el puñal de mis bravos se interponga, "y cuando no, seré tenido por un cobarde asesino á sangre fria; por-"que lo que ejecutado por mi propia mano seria injusto desagravio de "mi mancillada honra, pasará por alevosía, si á mercenarios lo confio. "Conservar á Elvira en mi casa y prohibirle la entrada en mi estan-"cia, es revelar á los criados que mi deshonra conozco, y ¡vive el "cielo! que hasta que me vengue nadie ha de saberlo.—Lo mas cuer-"do aquí es aparentar que me rindo á las razones de este mozo, reci-

"bir á Elvira, pasar por engañado á los ojos de todos, y esperar á que "con las fuerzas del cuerpo recobre mi espíritu las necesarias para "poner en claro las cosas, y darle á cada cual su merecido."

Mientras de esa manera raciocinaba interiormente D. Alonso, con los ojos cerrados y apariencias de dormido, Fernando le contemplaba ansioso, por una parte, de saber su respuesta; y sin atreverse por otra, á hostigarle; y Poyahuitl, cruzados los brazos y sobre el pecho inclinada la cabeza, parecia entregado esclusivamente á sus propias meditaciones; pero en realidad prestaba atencion suma á lo que en su presencia acontecia.

Elvira, que no perdió una sola sílaba de la conversacion de los dos amigos, por una parte hallaba en la jenerosa confianza que Fernando prestaba á sus palabras, un bálsamo reparador para las heridas de su alma; y por otra en la incredulidad de su marido, que de las frases de Valdestillas se deducia claramente, un nuevo motivo de congojas y sobresaltos.

D. Martin Suarez, encojiendo de cuando en cuando los hombros, como persona obligada á escuchar sinrazones que le impacientan, prosiguió en lo demas mudo é impasible; y Cristóbal, habituado á lo que él llamaba la violencia de los castellanos, esperaba confiadamente que D. Alonso habia de rendirse á las súplicas de *amo chiquito*.

En todo caso, Avila sacó á todos prontamente de dudas, pues apenas hubo llegado á la conclusion de su mental raciocinio, cuando, sin que fueran bastantes á estorbárselo las súplicas de su amigo, dijo en voz, aunque muy débil, para todos intelijible:

—Dejadme hablar, D. Fernando; interrumpirme serviria solo de aumentar mi fatiga inútilmente. Es preciso que os hable, lo he resuelto, y lo haria aun cuando supiese espirar pronunciando la última palabra de aquellas que me propongo deciros.—No estoy ahora para discutir, ni aun para pensar lo que creo ó lo que dudo: dejemos al tiempo el cuidado de aclararlo: pero entretanto, teneis razon, un escándalo nos perjudicaria á todos.—Decid, pues, en mi nombre á quien es inútil nombrar, que obre como si mi herida.... En fin, como si yo fuese tan creyente como vos lo sois ó quereis parecerlo. Yo por mi parte salvaré las apariencias.

Poyahuitl, para quien las últimas palabras de D. Alonso fueron un rayo de luz, y que á consecuencia de su conversacion de la noche anterior con Cristóbal, dejaba jerminar en su espíritu las semillas de un plan vastísimo y de trascendentales consecuencias, comprendiendo que en aquel momento su presencia en la alcoba era embarazosa para todos, incluso él mismo, levantóse y dijo:

—El castellano por ahora no ha menester del ausilio del indio; y el indio ha menester dar una vuelta á su chinampa. Cada dos horas una taza de esta bebida; reposo del ánimo; silencio profundo; eso basta. Antes de que el sol se oculte, Poyahuitl volverá al lado del herido.



Dicho eso, sin esperar respuesta, salió de la alcoba; en la sala habló algunas palabras en el idioma indíjena mexicano con Cristóbal, y saludando gravemente á doña Elvira y D. Martin, desapareció por el momento de la escena.

Libres de aquel testigo, estraño á su casta y civilizacion, respiraron todos, incluso Cristóbal, y D. Fernando dijo á su amigo:

Doña Elvira no se ha separado de la cabecera de vuestra cama ni un solo instante en estas treinta y seis últimas horas; sin sus cuidados, sin su resolucion, sin su esmero, ya acaso no ecsistierais.

—¡No sabeis vos lo útil que es un marido! Contestó D. Alonso con su irónico acostumbrado tono.

—Por el cielo santo, que no hableis así, Avila: ni en vuestra situacion es propio, ni decoroso que doña Elvira oiga tales palabras.

—Dejadle decir, D. Fernando, interrumpió la dama, presentándose inopinadamente á los piés de la cama de su marido; dejadle decir: mi conciencia está tranquila, y eso me bastaria para morir serena y satisfecha, cuando las irrecusables pruebas que de estar inocente puedo presentarle, no bastasen á convencer á D. Alonso de que no hay en mí otra culpa que la de haber nacido desdichada."

D. Alonso escuchó á su esposa como quien oye una relacion de comedia bien declamada, admirando el arte, mas sin prestarle fé: contentóse, pues, con mirarla una vez, como él sabia mirar á las mujeres convictas aunque no confesas de infidelidad, encojerse de hombros, y cerrar luego desdeñosamente los ojos.

Admirable y completamente comprendió Elvira el sentido y significacion de aquel mímico lenguaje; mas tampoco se dignó contestar á él de otro modo que encojiéndose de hombros, como quien dice: veremos quién es mas altivo y mas terco.

Fernando no osó tomar parte entre los dos esposos por temor de ofender al marido ó á la mujer, si no á entrambos, que es lo que suele acontecer á los que en tales lances median; mas aunque hablar quisiera, fuérale por el momento imposible, porque D. Martin Suarez apareció súbito en la alcoba, y dijo:

—Señor D. Alonso: mis años y mi carácter, supongo que no me harán sospechoso á vuestros ojos.—Yo os juro por mi honra, y por la fé católica, apostólica, romana, en que por la misericordia de Dios he nacido, vivo, y morir espero, que doña Elvirá está inocente.—Solo por consideraciones á vuestro actual estado difiero daros de ello pruebas irrecusables. Mientras llega el instante de las esplicaciones, creed en la palabra y juramento de un caballero cristiano.

Dejamos á la consideracion del lector el efecto que en un herido, débil de cuerpo y de espíritu entonces, y apenas arrancado á la agonía, debió producir la súbita, y para él inesperada presentacion en la escena, de un hombre como D. Martin, tenido en México por una especie de misionero de capa y espada, personaje misterioso á par que

respetable y esento de toda sospecha de galantería ó libertinaje, aun de parte del mismo Avila, que en nada ni en nadie creia.

¿Qué lazo podia mediar entre Elvira y D. Martin, que en concepto de D. Alonso, ni aun en visita hasta entonces se habian visto? ¿Por qué aquel casi anciano, modelo de prudencia, de reserva, y hasta entonces de cautela en su habitual conducta, se mezclaba así en asuntos de familia, y en asuntos en que el parentesco mismo no autoriza á tomar parte sin invitacion de los interesados?

Esas y las consiguientes reflecsiones trastornaron de tal modo el cerebro del maltrecho caballero, que palideciendo aun mas de lo que lo estaba, perdió el sentido y cayó en un síncope, á los ojos de Elvira y de D. Fernando, precursor acaso de la muerte. Arrojábanse, pues, á él simultáneamente mas bien para abrazarle que para socorrerle, puesto que su estado no sabian, cuando D. Martin, conteniendo á cada uno de ellos con una mano, esclamó al mismo tiempo:

—Aquí, Cristóbal: ahora la bebida!

No se hizo la interpelacion á sordo ni á tullido: el bueno del tlaxcalteca entró en la alcoba con tanta mas prontitud, cuanto que en la prevision de que en ella habia de ser necesaria su presencia, ó para satisfacer su curiosidad, que no sabemos lo cierto, ya de antemano se habia acercado todo lo posible á la puerta.

Mas como quiera que fuese, entró apenas llamado, corrió á la taza de coco que contenia el salutífero brebaje, y asiéndola al mismo tiempo que la caña que de pistero habia servido la noche anterior, hizo seña á su amo de que abriese la boca de D. Alonso, verificado lo cual, hízole tragar la medicina.

A los dos ó tres minutos, recobrado D. Alonso, aunque sumamente débil, hizo seña de que le dejasen solo, y obedecida que fué aquella órden, sin mas escepcion que la de D. Fernando, que se obstinó en permanecer en la alcoba, tardó poco en dormirse tranquilamente.

Cristóbal al salir á la sala miraba fijamente á D. Martin, con cierto aire entre la admiracion y el respeto, á que el bueno del caballero contestó con su melancólica ordinaria sonrisa.

El asombro del indio procedia de que habiéndole Poyahuitl prevenido en el idioma del pais lo que debia de hacer, en el caso que ocurrió, en efecto, como hemos visto, de que el herido se desmayase, lo hubiera D. Martin comprendido tan bien como él mismo. La sonrisa de Suarez significaba: ¿por dónde te figurabas tú que yo no sabia la lengua de Moctezuma?

Mientras tales cosas acontecian en casa de Avila, sus amigos y enemigos en México se ajitaban comentando su estado, pronosticando, ya feliz, ya infelizmente, en cuanto al écsito de su curacion, que por el momento no se sabia corriese á cargo de Poyahuitl, y sobre todo inventando cada dia una nueva historia sobre el oríjen y circunstancias del famoso combate.



Las dos tapadas y los mensajeros de las otras dos mas cautas ó menos libres damas que por conducto de D. Fernando habian escrito á Avila, impacientábanse ya los dos primeros dias con no recibir respuesta á sus epístolas: figúrese el lector qué contentas y satisfechas estarian pasándose tres largas semanas en igual estado.

La cura de D. Alonso, en efecto, con ser para la gravedad de su herida maravillosamente rápida, no le permitió en siete ú ocho dias ni variar de postura en la cama, ni dejarla hasta pasado el tiempo que hemos dicho. Levantóse entonces: pero tan débil, tan estropeado, que al mirarse por vez primera en un espejo, no pudo menos de esclamar en su tono burlon hasta consigo mismo.

—¡Ay, D. Fernando de mi vida, cuál estoy! Mas de cuatro maridos conozco que al verme van á entonar gozosos la ¡Aleluya!, y mas de cuatro damas, y esto es lo peor, que han de negarme que soy D. Alonso de Avila, ó pretender que he muerto, y soy mi propia sombra!

—A propósito de damas, contestó el jóven Valdestillas que se habia constituido en perpetuo enfermero de Avila; desde el dia siguiente al de vuestra desgracia, tengo en mi poder nada menos que cuatro billetes de otras tantas *pecadoras* que por vos penan. ¿Creeis estar ya en estado de ocuparos en tales negocios?

—No, pesia mi vida. La maldita espada de mi desconocido contrario, parece que al salir de mi pecho se me llevó consigo, además de las fuerzas del cuerpo, hasta el recuerdo de mis galanteos. ¿Quereis creer, D. Fernando, que en todos estos dias no se me han venido las nocturnas aventuras ni una sola vez á las mientes?

—Algo sacariamos en limpio, si la herida os convirtiese.

—¡Convertirme! No, amigo, no: en punto á fé, gracias al cielo, tengo la de un buen cristiano: mi naturaleza es frájil, voluptuosa, el placer me arrastra; y digo mal diciendo el placer, que en los primeros años pudo ser él mi incentivo, mas de algun tiempo á esta parte.... De algun tiempo á esta parte me aburro, me fastidio; en los brazos de esas pecadoras, como vos las llamais, siento un hastío invencible; ni el corazon ni la cabeza aciertan á ocuparme.

—Pues á eso llamo yo vuestra conversion.

—Siendo así, dadme por tan convertido como á San Pablo.

—¿Conque en restableciéndoos, segun eso, renunciareis al juego, á los galanteos, á vuestra antigua vida, en una palabra?

—¿Quién ha dicho tal, mancebo entusiasta, ni cómo es posible que eso suceda?

—Vive el cielo, que sois siempre para mí un logogrifo animado.

—¡Válate Dios por muchacho, que á veces parece una monja! ¿Qué quereis que yo haga si no riño, juego y galanteo? Todo eso comienza á aburrirme, es verdad, Fernando; el placer ha huido de mis sentidos; mi corazon es un desierto: pero, ¿qué he de hacer, vuelvo á preguntaros?—Dios no me hizo para logrero, ni aun para labrador; la

vida del tratante me repugna, la del campo es buena para Juan Ponce de Leon que se estasía delante de una flor, y se pasma al ver una calabaza. Los estudios no se emprenden á mis años; el beaterio no está en mi carácter; las jentes de forma me huyen; las mujeres que pasan por virtuosas me temen; en resúmen: fuera de vos, no tengo trato que superficial no sea, con hombre que no profese el libertinaje, ni con mujer que no lo practique. Sacadme, pues, de casa, cuando Dios fuere servido de que la salud recobre, y si lo hago con el propósito de mudar de vida, vereis que no me queda otro recurso que el de irme á los montes con los salvajes *Chichimecas*. D. Fernando, amigo, estoy condenado irrevocablemente, y ahora mas que nunca, á vivir encenegado en los vicios.

—Si no os conociera, horrorizaríame el oiros hablar así; pero yo sé que no sois tan malo como quereis parecerlo.

—Quizá; pero nadie es mas ni menos de lo que parece, y yo, vuelvo á decirlo, estoy irrevocablemente condenado á ser lo que parezco.... dos mujeres han podido rendirme, ninguna lo ha querido.

—Catalina, sin duda.

—Sí, Catalina, que tiene un alma, que á ser buena, fuera la primera de cuantas Dios ha enviado á cuerpo de mujer alguna. Altos pensamientos, audacia para acometerlos, tenacidad en el propósito, fuego en la pasion, todo lo tiene, todo le sobra, todo: pero su orgullo no le consiente amar mas que al que domina como á esclavo; su terquedad se irrita de suerte ante los obstáculos, que el dia en que algun hombre lo sea invencible á sus designios.... Dios me perdone... Pero la creo capaz de llegar al asesinato. Fué mi primer amor, Fernando: sincero, entusiasta, puro, un destello del fuego del cielo.... Ya lo conocereis por esperiencia cuando llegueis á amar, y por cierto que me admira que ya no ameis!

Ruborizóse D. Fernando hasta el blanco de los ojos; pero Avila, preocupado con sus recuerdos, sin echarlo de ver ni esperar respuesta, prosiguió:

—Amábala como no he vuelto, ni es posible que vuelva á amar: era su esclavo.... Pero ecsijió de mí.... Básteos saber que me propuso cosa que un caballero aceptar no podia, y á mi primera vacilacion despidióme sin misericordia.... En fin, ella es la causa quizá que hizo de mí lo que soy.

—Sospecho, sin embargo, que no le sois del todo indiferente.

—No puede perdonarme que me haya consolado de perderla. Las mujeres son así: ni al hombre que desairan ven con gusto á los piés ó en los brazos de otra.

—No puedo luchar con vos en la materia; pero si quereis enteraros de los billetes que aquí tengo, quizá encontrarais alguno que os dé luz en la materia.

—¿Pensais que Catalina me haya escrito?

—Pienso mas; y es que ella misma en persona me ha buscado para entregarme su carta. Reflecsionando estos dias en la brevedad del acento, lo imperioso de las frases, y lo osado de las predicciones de una de las dos tapadas que por vuestra cuenta me acometieron, me inclino á creer que fuese doña Catalina.

—De todo es capaz; pero mucho dudo....

—Nada mas fácil que salir de dudas: aquí tengo los billetes....

—No: guardadlos hasta otro dia.

—Dejad que me asombre vuestra obstinacion, que no comprendo.

—Voy á esplicárosla, D. Fernando; que los servicios, el cariño que os debo, acreedores son á que con vos no tenga secretos.

—No, D. Alonso, yo no quiero penetrar misterios....

—Y ya debo y quiero confiaros todos mis secretos, como á mi único amigo, como á mi segundo hermano.... Y á propósito de hermano, el mio, Gil Gonzalez de Avila, se ha puesto en camino para México apenas supo mi herida, y llegará de un momento á otro; quiero que seais amigos, y os advierto que es un mozo tan de provecho, como yo un casado mala cabeza.

—Hermano vuestro y amigo mio son y serán siempre una misma cosa.

—Eso: la escuela pura castellana, cortés y discreta de vuestro escelente padre; pero vamos al negocio. ¿Os asombra mi obstinacion en no tomar los billetes de las ninfas? Pues mas va á asombraros el oir que en realidad no dejo de estar curioso de saber su contenido, y sobre todo desde que me habeis dicho que puede haber entre esas cartas una de Catalina.

—Pues entonces....

—Entonces, un escrúpulo de conciencia no me permite leerlas hoy.

—¡Vos escrúpulos de esa especie!

—No están en mis hábitos, lo confieso; pero ¿qué diriais del juez que antes de sentarse en el tribunal, para juzgar á un ladron, cometiese él mismo un hurto?

—Diria.... ¿Mas qué diablos tienen que ver aquí jueces y ladrones?

—D. Fernando: hoy, dentro de algunos instantes, voy yo á sentarme en el tribunal y á juzgar, tal vez á condenar, á ejecutar si condeno.

—¡Qué decís, D. Alonso! ¿Y á quién vais á juzgar?

—A mi mujer, á doña Elvira.

Al pronunciar el nombre de su esposa tomó la fisonomía de D. Alonso una espresion siniestra de amarga cólera, tanto mas terrible cuanto mas estraña á su carácter y costumbres. Avila era valiente, audaz, camorrista, pero no cruel, y menos rencoroso: para que tal especie de sentimientos abrigase su corazon, fué necesaria causa tan grave como la afrenta que creia haber recibido.

Valdestillas, consternado ante la espresion del rostro de su amigo, hubiera deseado que la tierra se le tragase vivo á él mismo antes de oir tales palabras; pero dominando como pudo su profunda emocion, replicó con entereza:

—Doña Elvira está inocente.

—Ya otra vez me lo habeis dicho, y sé que no lo dijérais ninguna, si no lo creyérais sinceramente. Mas ¿teneis pruebas?

—Su palabra y juramento.

—¿Palabra y juramento de mujer, y de mujer acusada, imajinais que prueban algo, D. Fernando? Muy mozo sois, pero tanta inocencia no es ya ni con vuestros años compatible.

—Doña Elvira no es, Avila, una mujer vulgar.

—No, ciertamente, y ella es la segunda de las que antes os hablé: tambien hubiera podido salvarme, convertirme, como vos decís, y no ha querido tampoco. Su frialdad, su orgullo, su impenetrable reserva me rechazaron....

—¿Y por qué os casásteis con ella?

—Por despecho; y esa es mi culpa. Me era preciso castigar á Catalina: Elvira mas hermosa que ella; Elvira hasta entonces, de una conducta irreprensible; Elvira, sorda y ciega á los suspiros y galanteos de todos, inclusos los mios, me pareció la única mujer capaz de humillarla. Pedí su mano: otro hubiera retrocedido, ó ante la declaracion esplícita de no ser amado que me hizo la doncella, ó ante misterios de otra especie, de que ahora es inútil hablar. Yo atropellé por todo, por vengarme de Catalina.

—¿Conque doña Elvira os declaró que no os amaba?

—Sin rodeos, en menos palabras que vos acabais de decírmelo; y sin embargo hice la locura de casarme, esperando que no iba á tropezar con la única mujer predestinada á resistirseme. Engañéme en eso; y engañéme tambien en creerla impecable.

—Os digo que es inocente.

—Para creerlo necesito pruebas muy claras; y dentro de breves instantes podrá presentármelas, si las tiene.

—Esplicaos de una vez.

—Mi *dulce esposa*, á quien, como sabeis, veo solo dos veces al dia desque recobré el sentido, y eso cuando tan de ceremonia como á casa del arzobispo pudiera, viene á informarse del estado de mi salud, no me ha favorecido esta mañana con su presencia, pero en cambio me ha escrito: ved su billete.

Tomó D. Fernando, disimulando á duras penas su turbacion, un papel que su amigo le alargaba, y vió que decia de este modo:

"Si el estado de vuestra salud lo consiente, como lo espero y de-
"seo, tiempo es ya de que mi honra quede en el lugar que le corres-
"ponde; á medio dia iré á vuestra estancia con los testigos de mi ino-
"cencia, á menos de que otra cosa me prevengais.—Guárdeos el cie-
"lo.—*Doña Elvira.*"



—Poned en lugar de *doña Elvira*, D. Juan ó D. Pedro (dijo Avila, terminada que fué la lectura), y ese billete será un verdadero cartel de desafío. Preciso es confesar que me ha cabido en suerte una mujer como hay pocas.

—La hora de la cita se acerca; voy á dejaros.

—No hareis tal, si no quereis enojarme: yo deseo que *mi hermano* asista al juicio, para que vea que el juez podrá ser severo, pero no parcial.

—D. Alonso, permitid que me ausente: yo estoy de antemano convencido de la inocencia de vuestra esposa, y no quiero saber el secreto que para probárosla á vos supongo que va á revelaros, ni que doña Elvira presuma que una vez dada mi palabra de creer en su virtud, la eludo yo buscando pruebas, para mí innecesarias.

—¡Bravo mancebo! Amadis de Gaula se queda en mantillas comparado con vos en materia de galantería; y vive el cielo, que fé tan robusta me hiciera sospechar, á no haberme vos acompañado en la funesta noche, que érais vos mismo el amante y amado galan. Pero hablando de otra cosa; ¿no habeis podido saber qué fué del hombre á quien acomodásteis poco mas ó menos como á mí nuestros contrarios? ¿No conjeturais siquiera quién aquellos fuesen?

—Nada sé, nada conjeturo: el mas impenetrable misterio reina en todo este negocio; y ni el alcalde, ni los oidores están mas adelantados que nosotros."

Cuando aquí llegaban de su conversacion los dos amigos, oyéronse pasos en la antecámara, y apresuróse D. Fernando á despedirse: al salir se halló con D. Martin Suarez y Fr. Diego de Olarte, que con Elvira se encaminaban á la estancia del convaleciente. Tendióle Suarez la mano, besó el mancebo la del provincial, y la dama, llevándole al alfeizar de una ventana, le dijo:

—¿Os ha revelado D. Alonso?....

—Todo, señora; respondió él.

—¿No os ha invitado á oir?....

—Sí señora.

—¿Y por qué os vais entonces?

—Porque yo para creer en vuestra virtud, ni quiero ni necesito pruebas.

Elvira, por no venderse, renunció á contestarle con palabras, y se limitó á envolverle, por decirlo así, en una mirada de esas que abrasan, pero que equivalen á un siglo de bienaventuranza.

Cuando al dia siguiente fué D. Fernando á ver á D. Alonso, díjole el último apenas le vió:

—Mi mujer es una santa, y yo el mas atolondrado de los mortales. Os diria cómo he abierto los ojos; pero no quiero quitaros la satisfaccion, el justo orgullo que debeis tener por haber adivinado lo que yo ni concebia que ecsistiese.



CAPITULO II.

ESCRITO ESPRESAMENTE PARA ATAR UNOS CABOS Y SOLTAR OTROS.

Hacia el final del capítulo sesto de la primera parte de la curiosa y verídica historia de que nos hemos hecho fieles cronistas, despues de haber puesto en escena en la casa del marqués del Valle á varios interesantísimos personajes, recordará el lector benévolo que íbamos á referirle cierta notable conversacion entre el marqués ya citado, D. Martin Cortés su hermano, el Dean D. Juan Chico de Molina, Suarez de Monroi, D. Luis de Castilla y D. Bernardino Pacheco de Bocanegra. Tratábase del suceso ocurrido aquella misma noche á D. Alonso de Avila, y del aparato de fuerza que en consecuencia desplegaban el alcalde ordinario Manuel de Villegas, y el alguacil mayor de la ciudad Juan de Sámano, de acuerdo con los Oidores, los cuales, aprovechando aquella ocasion, quisieran descargar un buen golpe sobre el bando al suyo contrario: mas como ya sabemos, habiéndose estrellado sus piadosas intenciones en el invencible escollo del misterio profundo que encubria el oríjen y fautores del lance en cuestion, hubieron luego de resignarse á dejar correr el tiempo y los sucesos, con la esperanza de que la fortuna les deparase en adelante algun motivo, ó siquier pretesto, para cebarse en sus enemigos. La conversacion, pues, á que aludiamos y que de referir nos abstuvimos á su tiempo, para enterar al lector de las aventuras de D. Fernando de Valdestillas, doña Elvira, D. Alonso de Avila, y demas personas con ellos íntimamente relacionadas, carece ya para nosotros de inte-

res bastante á ecsijir que con todos sus pormenores la reproduzcamos ahora; y, sin embargo, tiene el necesario para que no esté de mas dar de ella una cabal aunque suscinta idea.

Una vez solos, completamente solos, los caballeros y el eclesiástico que hace poco enumeramos, cerradas las puertas del salon, dada órden á un criado de confianza de estar en vela para que nadie pudiese interrumpirles, y reunidos en grupo para mayor seguridad en el estrado, bajo el retrato de Hernan Cortés, el heredero del título de éste, que como ha podido ya verse, si aceptaba con placer los privilejios de jefe de partido ó *bando*, como entonces se decia, rehusaba tambien obstinadamente las cargas y riesgos á tan elevado puesto anecsas, dió rienda suelta á su ecsacerbado egoismo, y con frases duras echó en cara á los presentes "que siempre le comprometian con sus imprudencias," declarándoles por milésima vez, que estaba resuelto á abandonarlos á las consecuencias de su loca temeridad, porque *él era un vasallo leal y sumiso* á su rey y á cuantos en su nombre ejercian la pública autoridad."

El efecto de tal arenga, si hombre de otro carácter la pronunciase, no pudiera menos de ser la disolucion del partido, ó la eleccion de nuevo jefe en reemplazo del que tan inferior se mostraba á las obligaciones de caudillo: pero como el marqués lo único importante para su bando era el nombre, y ese de su persona inseparable; y como ademas los que le escuchaban tenian sobrada costumbre de oirle hablar en momentos dados, esactamente lo mismo que acababa de hacerlo, y obrar, sin embargo, poco tiempo despues en sentido contrario, resignáronse cuál con mas, cuál con menos trabajo á sus inevitables vacilaciones.

D. Luis de Castilla, mordiéndose el bigote, dió de codo al Dean; éste le contestó con una sonrisa entre burlona y colérica; Bocanegra suspiró; D. Martin Cortés ruborizóse, y Suarez, mirando al marqués como con lástima, fué quien tomó la palabra para esplicarle, que en el lance de que se trataba podia haber habido y habia en efecto desdicha, mas no imprudencia, ni mucho menos designio de comprometer á *su señoría*, enteramente ageno á cuanto ocurria. Y así era la verdad, no estando en manos de nadie el evitar que los oidores y sus parciales se empeñasen en sacar partido de todo, muchas veces á despecho del sentido comun, pero siempre en contra de los descendientes y parciales del inmortal conquistador. Lo que de tal conducta se desprendia con evidencia, segun Suarez, era que la audiencia se habia propuesto perder al marqués y á sus amigos; ora diesen motivo, ora como cartujos se condujesen; y la cuestion quedaba, por consiguiente, reducida en sus mas simples términos á este dilema: "O dejarse impune y pasivamente aniquilar, ó defenderse como parecia ecsigirlo la razon natural."

Apoyado con calor por Castilla, con ecsaltacion poética por Boca-



negra, con astucia y agudeza por el Dean, y con simple, pero espresivo movimiento de cabeza, por su tocayo D. Martin, sin que el marqués, conmovido por el unánime parecer de todos sus consejeros, se sintiese con fuerzas para contradecirles, prosiguió Suarez su razonamiento, afirmando y demostrando la urgente necesidad de que el bando atendiese á su propia defensa con vigor y energía. Sentada esa proposicion fundamental, como inconcusa, sin grande esfuerzo dedujo de ella el misterioso caballero, que la defensa requeria en primer lugar organizacion, y luego que para la organizacion era indispensable entenderse y obrar de acuerdo todas las personas de cuenta de la parcialidad del marqués, siempre bajo *la direccion, auspicios y autoridad del marqués mismo*, sin el cual todo paraba en el viento.

Si cualquiera osara decirle al heredero del vencedor de México que entrase en una *Conjuracion* contra la audiencia, lo que equivalia á conspirar contra el rey, pues que los oidores representaban en México completa y esclusivamente la autoridad y soberanía de Felipe II; si tal, decimos, osara cualquiera proponerle, crudamente y con la palabra propia, al marqués del Valle de Oaxaca, la respuesta, cuando menos, hubiera sido arrojarle de su presencia, y muy probablemente tirar la espada; pero D. Martin Suarez de Monroi, como hombre hábil que era, le fué llevando poco á poco y dando vueltas al terreno que á sus designios cuadraba, y el bueno del gran señor tuvo que convenir en que necesitaba atender á su defensa, y para ello ponerse de acuerdo con los que por cabeza le reconocian y acataban. ¿Qué cosa mas natural, justa é inocente? Y véase cómo palabra mas, palabra menos, basta á veces para que nos creamos irreprensibles ó culpables.

Suarez iba á proseguir, nada menos que para probar que, supuestas las confesadas premisas de lo indispensable de la defensa y lo útil de la organizacion, forzoso seria estender esta hasta que abrazase en sus términos, no solo á la nobleza castellana pura, á la mestiza y á la de oríjen mexicano, sino ademas á los pecheros de las razas española é indíjena, muchos en número y todos descontentos, por el rigor con que los tributos se les ecsijian los últimos, y por la dureza del mando de los oidores los primeros: pero atajóle la palabra el Dean, conociendo que por aquella noche llena estaba suficientemente la medida de la resolucion del marqués, y, por otra parte, temiendo que por mucha que fuese la pobreza de espíritu de aquel señor, no podia menos de comprender á dónde iba con sus proyectos el bueno de D. Martin: eso es, que se trataba nada menos que de un alzamiento jeneral del reino de Nueva España. Porque, en efecto, ¿para qué organizar nobleza y plebe, sino para emplear su fuerza una vez organizada? ¿Y para qué ni cómo emplearla, sino para subvertir el gobierno ecsistente y reemplazarle con otro cualquiera? En resúmen, todo habia de venir á parar en un alzamiento contra la audiencia, alzamiento que seria una *rebelion* contra el monarca; y esa rebelion, so pena de nacer ya ven-



cida, ¿qué objeto podia proponerse que no fuese la emancipacion del reino de Nueva España?

En todas épocas y circunstancias semejante designio es un pensamiento colosal. ¡Que de esfuerzos heróicos, de perseverancia y de fortuna no requiere siempre de parte de un pueblo, aunque homojéneo, compacto y en posesion de su individualidad reconocida, el mantenimiento de su independencia!

Dígalo la lucha feliz, pero sangrienta, tenaz, esterminadora, que España sostuvo al empezar este siglo. Y si esa independencia una vez se pierde, ¿no es el recobrarla casi imposible? Respondan por nosotros la Polonía, la Lombardía, Venecia y los Húngaros. Vanos han sido sus esfuerzos; en vano prodigaron la sangre de sus mejores hijos; en vano acometieron y llevaron á cabo hazañas que inmortalizan sus nombres: hoy son esclavas; y si nuestra fé, honda al par que humilde, en la justicia de la Divina Providencia, nos hace esperar que un dia serán quebrantados sus hierros, ensalzados los hoy en polvo sumidos, y en polvo para siempre deshechos los que alzan ahora las altivas frentes sobre los cadáveres de sus víctimas, ¡qué de años, qué de luchas, qué de sangre no serán todavía necesarios para que tal suceda?

Asombra, pues, que en el Nuevo Mundo y en el siglo XVI hubiera quien la independencia de Nueva España osara concebir como posible: y sin embargo, Suarez no solo la concebia, sino que de los cincuenta ó mas años que contaba de vida, llevaba consagrados los dos tercios á prepararla sorda y laboriosamente, sin que los obstáculos le arredrasen, los desengaños le entibiaran, ni los riesgos pusiesen temor en su enérjico espíritu.

La perspicacia del Dean, hombre de estremada sutileza de injenio, comprendió primero que nadie la profundidad de miras, la resolucion irrevocable que Suarez ocultaba, en jeneral, bajo un manto de frialdad metódica, bastante á deslumbrar al observador superficial. ¿Asustó aquel hombre á D. Juan Chico de Molina?—No, por cierto: nuestro eclesiástico era de aquellos mortales á quienes nada asombra, que todo lo oyen serenos, que jamas se dejan dominar tan hondamente por una primera impresion que pierdan la brújula. Molina tenia ambicion, mucha ambicion, una ambicion sin límites: desde el dia en que, tonsurado, revistió el hábito de San Pedro, fijó sus ojos en el canonicato; canónigo, quiso ser dignidad; ya Dean aspiraba á la Mitra y al Capelo; y es probable que, si llegara á obispar, la Tiara sola le contentase.

Mas no era de los ambiciosos arrojados é imprudentes: ni economizaba el tiempo, ni le arredraban las dificultades; los malos pasos los andaba despacio, el buen camino sin apresurarse; preferia siempre al vado la puente; y en vez de escalar las montañas, indagaba el curso de las aguas que de ellas descendian, para seguirlo y evitar así las fatigas de una ascension peligrosa y los riesgos de los precipicios.

Así, pues, adivinando á Suarez, pareciéndole su pensamiento digno, grande, elevado, y viendo en su realizacion un medio de llegar á sus particulares fines, nuestro Dean, que se proponia ayudarle siempre que le fuese posible, pero sin mancomunidad en los riesgos de la empresa, adoptó el término medio de jugar reservándose un triunfo; queremos decir: se abstuvo de darse á làs claras por entendido de lo que sabia, y al mismo tiempo indirectamente contribuia siempre á empeñar al marqués en la senda que Suarez deseaba. Por eso, y para evitar que por querer mucho se perdiese el terreno ya conquistado, terció en la conversacion cuando presumió que no podia soportar aquel mas carga de la que llevaba.

Sintiéronlo Castilla y Bocanegra: el primero porque su carácter impetuoso, sus humos aristocráticos, y su ódio á los doctores le tenian impaciente de emprender la lucha; el segundo porque lo ardiente de sus pasiones, y el interes de una que el lector sospecha ya tal vez, y de que nosotros hablaremos á su tiempo, tambien le hacian desear con ansia el momento de que se rompieran las hostilidades.

En cuanto á D. Martin Cortés, su posicion de *Seide* de su mayor hermano, franca y sinceramente aceptada, su fanatismo de familia, y lo que de la sangre mexicana llevaba en las venas, le hicieron llevar con resignacion, si no con gusto, que el Dean le atajase la palabra á Suarez.

El marques fué quien respiró á sus anchas con el nuevo jiro que se dió á la conversacion: estaba en ascuas el pobre, y el Dean le pareció un ánjel que del suplicio le arrebataba.

Volvióse, pues, al punto de partida, á la desdichada aventura de Avila, de la cual parecia Suarez tener completo conocimiento, y en la que todos los demas, esceptuando á D. Bernardino, dieron muestras de interesarse sinceramente.

D. Alonso era persona simpática por sus defectos mismos para todos los que de ellos no fueron víctimas; y D. Alonso, ademas, burlábase tanto y tan sin misericordia de los oidores, del alcalde, del alguacil mayor y de su ronda, á la cual, sea dicho de paso, se complacia en apalear casi diariamente, que no podia menos de ser bien visto en casa del Marques del Valle.

Verdad es que con el esposo de doña Elvira, por lo estragado de sus costumbres y la lijereza de su carácter, no contaban las personas formales del bando, para el consejo: verdad que, considerándole los de la audiencia como enemigo, él ignoraba completamente cuanto tramaban los que debieran ser sus amigos: verdad, en fin, que la posicion del caballero que nos ocupa era lo mas anómala y singular posible, colocado, como estaba, entre dos parcialidades, de las cuales una le hacia cruda guerra, y la otra le abandonaba á su destino; pero sus riquezas, su valor, su popularidad entre los bravos, aventureros y demas jente desalmada de la plebe europea, le daban alta importancia

á los ojos de la mayor parte de las personas cuya conferencia vamos relatando.

Así, cuando el marques, queriendo dar á su vez una muestra de enerjía, en compensacion de las muchas anteriores de flaqueza que aquella misma noche habia dado, propuso con aire triunfante ir á visitar á D. Alonso, luego que visible estuviese, con la marquesa y su hermano D. Martin, aplaudieron todos los circunstantes, siempre esceptuando á Bocanegra, tan buen propósito.

D. Martin Suarez mismo que, como ya por su conversacion con doña Elvira, al ir desde el Tlatelolco á casa de esta, ha podido comprenderse que miraba á Avila con no muy buenos ojos, alentó al marques á que su plan realizara; pero, en honor de la verdad, cúmplenos decir que lo hizo mas porque el heredero de Hernan Cortés se comprometiese hasta cierto punto con la visita pública y solemnemente hecha, que por consideracion al herido.

Apretóle á Suarez el marques para que le esplicase lo sucedido aquella noche; pero el misterioso caballero esquivó la cuestion hábilmente, limitándose á decir que *por una casualidad* sabia que D. Alonso, por efecto de su habitual imprudencia, tuvo un encuentro con personas que ni le buscaban ni ofendian, resultando del combate la desgracia que todos deploraban.

Terminada así la conferencia á hora muy avanzada de la noche, despidiéronse todos del marques y de su hermano, y en la puerta del palacio Castilla y el Dean tomaron una direccion, y Suarez con Pacheco la opuesta.

Ambas parejas, cada cual por su camino, marchaban en profundo silencio; porque si los oidores entendian poco del manejo de la espada, en compensacion eran hombres de grande habilidad en disponer el espionaje contra sus enemigos, ó como hoy diríamos, en *hacer la policía* constante y aprovechadamente. Nunca, ó muy pocas veces á lo menos, podian los del marques considerarse seguros de los esbirros y delatores; solo en la casa de aquel, donde desde el primero hasta el último de los criados pertenecian, por decirlo así, en cuerpo y alma á la familia; solo en campo abierto y de dia claro les era lícito hablar con libertad, si esponerse no querian á que sus palabras fuesen repetidas y adulteradas ademas, como de tiempo inmemorial á nuestros dias lo acostumbraban los polizontes.—Y aun en los salones de las casas de Hernan Cortés, aun en la campiña, sabíanles que estaban reunidos, y quiénes eran, y cuánto tiempo duraba la conversacion, y qué semblantes tenian, y qué direccion tomaba cada uno al separarse de sus amigos.

Una visita hecha ú olvidada, un paseo á caballo, una comida ó una cena, un saludo, un jesto, el aspecto alegre ó triste de los que por parciales del marques pasaban, daban pábulo á interminables partes de los espías, y mas interminables conferencias de los oidores, las

cuales á su vez producian vejaciones en México, y apasionados informes que alarmaban al rey prudente.

En tal estado de cosas no es de estrañar, por consiguiente, que en la oscuridad de la noche juzgasen oportuno las cuatro personas de que tratamos, guardar profundo silencio, como en efecto lo observaron Castilla y el Dean, hasta separarse para ir cada uno á su destino Suarez y Pacheco hasta la casa del último en que entraron ambos.

Aguardábanles en el zaguan dos embozados de los cuales uno al *¿Quién va?* de D. Martin, respondió: "*Hernando y México.*" Palabras á la cuenta convenidas de antemano, pues sin dar mas respuesta que pronunciar el vocablo: "*Mártir,*" metiéronse todos cuatro en la posada de D. Bernardino Pacheco de Bocanegra, quien á pesar de tener hermanos, vivia solo y retiradamente.

Sigámoslos hasta una estancia sencillamente amueblada, cuyo mas notable adorno eran las ricas y escelentes armas ofensivas y defensivas, blancas y de fuego, que sus muros entapizaban, y oigamos un momento la conversacion que entablaron, sentados los dos caballeros, y de pié, en actitud respetuosa, y con las gorras en la mano, nuestros dos desconocidos, *Absalon-Felipe*, y el terrible *Alma-negra;* porque ellos y no otros eran los dos embozados que en el zaguan hemos visto.

Absalon, en la modestia de su compostura, pudiera pasar por un beato, si no llevase impreso en la fisonomía el sello de la mas hipócrita perversidad; por lo que respecta á Almanegra, la dureza de sus facciones, la impasibilidad de sus músculos, y la ferocidad de sus miradas, templábalas apenas el respeto que á los dos caballeros profesaba.

D. Bernardino, conservando su aire melancólico y de profunda preocupacion, no se dignaba siquiera mirar á los dos bravos; D. Martin, frio é impasible como siempre, observábalos con ojos mas de juez que de otra cosa, y al parecer su mirada escudriñadora penetraba en lo mas recóndito de aquellos lóbregos emperdenidos corazones.

Esplicadas así las actitudes y situaciones respectivas, refiramos la conversacion ofrecida.

DON MARTIN.

¿Y bien, *caballeros*, se han ejecutado mis órdenes?

ABSALON.

Puntualmente.

DON MARTIN.

¿El confesor?

ABSALON.

Un dominico, como nos lo previno useñoría.

DON MARTIN.

Yo he dicho muchas veces que no soy título, que no tengo señoría....



ALMA NEGRA.

Quien puntual y jenerosamente paga es para nosotros el mayor príncipe de la tierra.

DON MARTIN.

Bueno está: ¿Conque decis que llevásteis al cabo un domínico?

ABSALON.

Sus trabajillos hubo para llevarle; el bueno del padre era asustadizo; mas con un poco de dulzura y otro poco de....

DON MARTIN.

¡Supongo que no habreis osado maltratar á un sacerdote!

ABSALON.

(Con aire devoto.) ¡Jesus! ¡El señor me preserve de tal desdicha! Pecador soy, pero á los ministros de Dios....

DON MARTIN.

Basta, Absalon: ¿Háseos olvidado que nos conocemos desde Flandes? Habla tú, Almanegra, que no sabes mentir.

ALMANEGRA.

No, pesia mi vida, no sé, y háme ya costado caro mas de una vez; pero, en fin, Dios ó el Diablo me han hecho así.

DON MARTIN.

Acabemos: ¿Que pasó con el fraile?

ALMANEGRA.

En el camino, nada sé: él llegó algo azorado y no mas. Ya en la casa quiso subírsenos á las barbas; fué menester enseñarle los dientes y se le enseñaron.

DON MARTIN,

Por el alma de mi padre que si le habeis....

ABSALON.

El reverendo Fr. Domingo se encuentra ahora durmiendo tranquila y pacíficamente en su celda: todo se quedó en amenazas; pero su persona fué escrupulosamente respetada.

ALMANEGRA.

Algun dia podrá pesarnos á todos.

DON MARTIN.

¡Cómo! ¿Habrá sido tal vuestra torpeza que el fraile pueda reconocer vuestras personas ó la casa en que ha estado?

ABSALON.

Tranquilícese *useñoría;* entró y salió en la casa con los ojos muy bien vendados; y no ha visto el rostro de Almanegra ni el mio.

DON MARTIN:

¿A quién ha visto, pues?

ABSALON.

A la Garduña y al pobre Garci-Perez.

ALMANEGRA.

Lo que es á ese, ya puede buscarle, que para tiempo tiene.

DON MARTIN.

¿Qué dices, Almanegra?

ALMANEGRA.

Que Garci-Perez descansa en paz, dos varas bajo tierra en el patio de la Garduña.

D. MARTIN.

¡Pobre escudero! ¡Tantos años de buen servicio han venido á parar....

D. BERNARDINO.

(*Melancólicamente.*) En lo que pararemos todos, amigo mio. ¡Dichoso él que ya está libre de las asechanzas de este mundo! ¡Dichoso él, una y mil veces!

D. MARTIN.

Hace mas de veinte años que me servia con celo y fidelidad, y esta misma noche habeis visto que era un valiente.

ALMANEGRA.

Cierto: y parece imposible que haya muerto como un cobarde."

Aquí el bravo, preguntado por Suarez, refirió á los dos caballeros la muerte del desdichado escudero, tal como nuestros lectores la conocen, sin omitir pormenor alguno, á pesar de las señas de Asbalon, que no veia la necesidad de que su compañero fuese historiador tan fiel y escrupuloso. Pero Almanegra, digno en todo de su apodo, aborrecia y desdeñaba á un tiempo la mentira: cuando decir la verdad podia traerle graves daños, callaba obstinadamente; mas resuelto á hablar, decíala en toda su crudeza.

D. Martin, conociendo la jente de quien se servia, no se sorprendió con la relacion que le hicieron; y Bocanegra, distraido como siempre, oyendo algo, y dejando de oir mucho, se hizo apenas cargo y muy en globo del suceso.

Suarez volvió despues de algunos instantes de reflecsion á entablar la plática diciendo:

—No creia yo que tan pronto muriese.

ABSALON.

La estocada era atroz, le pasaba de parte á parte. ¡Para ser de mano de un niño, es famosa!

ALMANEGRA.

Si conviene, yo me obligo á pagarle en la misma moneda al tal niño.

D. MARTIN.

No por cierto: os prohibo intentar cosa alguna contra ese mancebo; os mando respetarle.

ALMANEGRA.

Bueno; por mi parte, bueno. Lo decia porque como el *señor* queria tanto á Garci-Perez....

D. MARTIN.

Su muerte es una gran desdicha: pero no será la única, desgraciadamente, que ocurra en el discurso de nuestro camino. Lo que ahora me atormenta es ese fraile....

ALMANEGRA.

Si Absalon me hubiera hecho caso, no nos atormentaria el tal fraile á estas horas, ni nunca.

D. MARTIN.

¿Pues cómo, Almanegra?

ALMANEGRA.

Los muertos no hablan.

D. MARTIN.

¡Miserable! ¡Asesinar á un sacerdote!

ALMANEGRA.

Y á descientos, cuando se trata de salvarme á mí y á los mios. El puñal es el único remedio en ciertos casos.

D. BERNARDINO.

(*Con ecsaltacion.*) ¡Verdad! Verdad, Almanegra!

ABSALON.

(*Hipócritamente.*) Si hubiera sido un seglar.... No digo.—Pero un sacerdote.... Y ademas ¿qué puede decir el fraile?

ALMANEGRA.

Lo que Garci-Perez le haya revelado en la confesion; y Garci-Perez sabia mas que tú y que yo, que sabemos bastante para entregar al verdugo mas de cuatro cabezas.

D. MARTIN.

Pudieras tener razon.

ALMANEGRA.

¡Vaya si la tengo! Pero á tiempo estamos, y si el fraile no ha hablado esta noche, mañana yo respondo....

D. MARTIN.

No, y mil veces no: basta y sobra de sangre. Sea lo que Dios quisiere, y no se hable mas del negocio.—Tomad este bolsillo (dándoles uno lleno de oro) y retiraos.

ABSALON.

¿Mañana?

D. MARTIN.

Donde siempre, y como siempre. El brazo pronto y la lengua muda.

ALMANEGRA.

Ya se sabe lo que somos. ¿A qué es hablar?

ABSALON.

¿Quién no ha de servir con el alma y la vida á tan jeneroso príncipe?

D. MARTIN.

Bien está: retiraos. ¡Ah! Os recomiendo á la Garduña: no la perdais de vista.

ABSALON.

Yo respondo de ella; mi persona no le es indiferente, y....

ALMANEGRA.

Y si se le desliza la lengua, la aplasto como á un sapo bajo la planta del pié.

D. MARTIN.

Idos ya.

—Porque, si como frájil que soy, peco y pecar puedo, no hago por eso la apolojía del pecado. Creedme, D. Bernardino: lo que en sí es malo, no hay circunstancias, no hay pasion que basten á hacerlo bueno.

—Eso es hablar de la mar desde la orilla.

—Esto es advertiros, á fuer de amigo, que correis á un precipicio sin fondo, D. Bernardino. Por Cristo, que no me interrumpais; quien tales secretos como los mios confió á vuestro pecho, derecho tiene á sondearlo, y obligacion de aconsejaros. Mirad mis canas, y autoricen ellas mis palabras. Pacheco: con vuestro ardiente corazon, con vuestra ecsaltada fantasía, con ese amor que se os ha entrado por el alma y se os ha enseñoreado de toda ella, con la mujer temible á quien amais, todo es posible, *todo*, en un momento de delirio.—Guardaos de él, no sea que un dia os halleis delincuente y deshonrado. Adios, Pacheco, meditad lo que os digo. Mañana en San Francisco.

Quedóse D. Bernardino como petrificado al salir de su casa D. Martin Suarez de Monroi, cuyo enérjico lenguaje produjo en su espíritu honda impresion.



Dominábale, en efecto, una pasion desesperada, y las palabras de su amigo fueron como luz fosfórica que, iluminando por un instante los ojos de su alma, le hizo entrever, entrever no mas, el *abismo sin fondo*, como D. Martin decia; pero entreverlo bastó para que horrorizado esclamase, dejándose caer en su asiento:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! Ten misericordia de este desdichado!!!

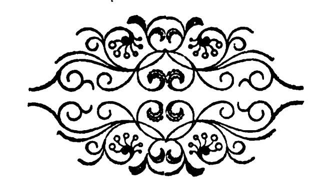
En tal situacion, y como anonadado, permaneció aún algun tiempo, hasta que dos horas antes de la aurora entró en la estancia un su criado, diciéndole:

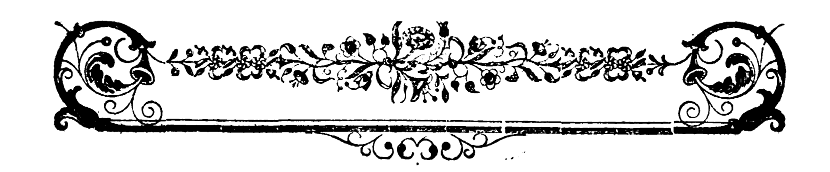
—¿Se acuesta vuesa merced, ó va á salir?

Vuelto en sí con aquella interpelacion D. Bernardino, recapacitó un minuto, y esclamó luego:

—A salir, Chacon, á salir: la espada, la rodela, ármate y sígueme.

Y en efecto, salió de su casa como lo decia, siguiéndole el criado á cierta distancia.





CAPITULO III.

EN EL CUAL VUELVE EL AUTOR AL TERRENO HISTÓRICO, PARA DAR IDEA DE LOS PRINCIPALES ENTRE LOS ENEMIGOS DEL MARQUES DEL VALLE.

EN el discurso de la primera parte de esta curiosa, verídica é interesante historia, hemos consagrado nuestro injenio á poner de bulto y caracterizar, hasta donde nos fué posible, á personajes pertenecientes todos, mas ó menos directamente, al bando del Marques; y si alguna vez hicimos mencion de los del contrario, atuvímonos á considerarlos muy de paso, bajo su aspecto jeneral, en conjunto, y sin descender á individualidades. Tampoco hemos hecho mas que indicar somera y jeneralmente las causas que la ciudad y reino de México tenian en aquellas dos parcialidades divididas, y parécenos que la claridad, la lójica, y hasta la ley de la variedad á los libros de pasatiempo impuesta, ecsije que suplamos ahora lo que entonces omitimos, no por descuido, sino por evitar complicaciones al lector penosas.

Y sin embargo de la *Introduccion*, que suponemos por los que con su atencion nos favorecen, ya leida, forzoso será que nos permitan volver aquí al terreno histórico: de otra manera, nuestro cuento fuera inintelijible.

El establecimiento en México de una *Audiencia*, mas que de plan deliberado de gobierno, procedió de embarazo ó pasion en el de España; y siendo tal su oríjen, natural es que la institucion misma se resintiese durante muchos años de aquel pernicioso achaque. Gobernar con pasion no es, en efecto, *gobernar*, sino *mandar* y las mas veces *oprimir;* pero ocupémonos en la relacion de los hechos, que es lo importante.

Apenas habia Hernan Cortés regresado á México de su espedicion de las Hibueras, y comenzaba la ciudad á sosegarse de los alborotos



y trastornos padecidos bajo el tiránico poder del factor Salazar, presentóse en Nueva España el licenciado Luis Ponce de Leon á residenciar al conquistador, como ya sabemos. Hernando dobló la cabeza ante la voluntad del monarca, y Ponce de Leon fué por él puesto en posesion del poder supremo. Mas los trabajos de la navegacion, los ardores del clima, y quizá los escesos del regalo, orijináronle al licenciado la muerte pocos dias despues de su entrada en México. Acusaron á Cortés sus enemigos de haberle envenenado; pero, sin la deposicion jurada en que los médicos declararon natural la muerte de Ponce de Leon, la inutilidad del crímen le justificara de tan horrenda calumnia. Si, en efecto, hubiera atosigado al visitador, ¿con qué fin lo hiciera? O para recobrar el poder, ó para escusar la residencia; pues ni al mando quiso volver, ni á ser residenciado se opuso; antes consintiendo que Ponce testase del gobierno de México como de cosa propia, sometióse á la jurisdiccion del Lic. Márcos de Aguilar, por aquel nombrado *in articulo mortis* para sucederle. Dos meses y medio despues que el primero, espiró tambien el segundo visitador, dejando el poder en herencia al tesorero Alonso de Estrada, colega que fué de Salazar en los primeros tiempos del gobierno de aquel: y tambien á Estrada obedeció Hernan Cortés, á pesar de que uno de sus primeros actos fué poner en libertad y hasta asociarse con el Factor asesino de Rodrigo de Paz.

Estrada era tan digno de su antiguo compañero y reciente amigo, que, estando Cortés en México, hizo, sin forma de proceso, cortar la mano izquierda á un criado del conquistador, por la del verdugo; y llevó la audacia hasta proveer auto de destierro contra la persona misma de aquel héroe invicto. Ecsaltados los ánimos, primero con el bárbaro improvisado suplicio del servidor de Hernando, luego con el destierro de éste, indios y castellanos iban á lanzarse armados á la calle para acabar con el tiránico poder del tesorero; mas Hernando, á duras penas conjurada la tempestad, salió á mayor abundamiento de la ciudad á cumplir el destierro que sin causa, razon ni justicia se le imponia. Es de notar que despues de hechos tan escandalosos, y no ignorándolos la corte, fué Alonso de Estrada confirmado en el absoluto supremo gobierno de Nueva-España.

Sin embargo, fueron tantas y tales las vejaciones de aquel poder á un tiempo cruel y débil, suscitáronse tan repetidos conflictos, y surjieron riesgos tan inminentes en Nueva-España, que llegando al cabo el eco de los clamores de los oprimidos hasta Castilla, pensóse, y era razon, en poner remedio radical á dolencia que amenazaba con síntomas de muerte.

Entonces por vez primera se imajinó y acordó enviar á México, que no establecer todavía una audiencia de Nueva-España; pero no se crea que para castigar los escesos del factor, del tesorero y sus cómplices, fautores y ajentes. Nada de eso: la audiencia se creó, nos

dicen los historiadores contemporáneos, *porque no se creia que ya ningun ministro solo seria poderoso para proceder contra el poder de D. Fernando Cortés.*—¡Singular temor el que podia inspirar el poder de un hombre á quien se le ajusticiaban los criados por mano del verdugo, se le vendia la hacienda en público mercado, se le tomaban cuentas, se le hacian cargos, se le prodigaban calumnias, se le desterraba del teatro de su gloria, todo impunemente, todo disponiendo él (si quisiera) de la fuerza popular como de la milicia, todo sin mas armas que algunos *autos* por inermes alguaciles notificados. Verdaderamente asombran, tanto la longanimidad y paciencia de la víctima, como el encarnizamiento de sus verdugos, y mas aún la ceguedad ó la estupidez, por no decir la perfidia de los ministros que tan mal servian al rey y al Estado.

En fin, nombróse la audiencia, compuesta de cuatro oidores, y elijióse para su presidente á Nuño de Guzman, gobernador á la sazon de Pánuco, y enemigo, por de contado, de Hernan Cortés, que sin esa prenda no obtuviera él cargo tan importante. Tambien á esos nuevos perseguidores les hizo el héroe buena acojida, consintiendo hasta que le ocupasen su casa; mas entonces, vista la perseverancia de sus enemigos, fué cuando resolvió su viaje á España.

Quede, pues, sentado, porque importa grandemente al propósito de este capítulo, y es verdad probada á mayor abundamiento, que la audiencia se creó en odio del marques del Valle, que en odio del marques comenzó á funcionar, y que, por tanto, desde los primeros tiempos de su institucion, decir en México que un hombre era de la *Audiencia*, equivalia á llamarle implacable enemigo de Hernan Cortés. Mas no fué solo ese, aunque poderoso, el jérmen de discordia que los primeros oidores de Nueva-España llevaron consigo al recien conquistado reino: la codicia individual y la tendencia de toda corporacion á ensanchar sus atribuciones y poderío á espensas de los ajenos, contribuyeron tanto, si no mas que su odio á Hernan Cortés, á que de dispensadora de la justicia que debiera ser, se convirtiese en causa de civiles contiendas.

Entre las tristes inevitables consecuencias de la conquista para todo pais conquistado, contábanse dos bárbaras costumbres en Nueva-España: una la esclavitud de considerable número de indios; y otra el servicio personal, gratuito y obligatorio, que á todos los plebeyos de aquella raza se imponia, ya en beneficio de los encomenderos de ciertos pueblos, ya en el de los propietarios de minas, ya, en fin, para el de los funcionarios públicos en todas sus jerarquías. Para que se comprenda bien todo lo odioso, brtsual y repugnante del tal servicio diremos que se estendia á hacer de las cabidn con el nombre de *Tamenes*, el mismo uso que hoy todavía se hace en España do, oie los, Herías ó *bagages* con que asisten los pueblos al ejército.

En los primeros tiempos de la conquista, sin embargo, pudieran ta-



les abusos de fuerza esplicarse, si bien nunca, á nuestros ojos á lo menos, justificarse, alegando, en primer lugar, que la esclavitud de los vencidos y el servicio personal de los pecheros, eran costumbres de los mexicanos independientes; y en segundo, ya la dureza de los hábitos militares, en la época jenerales, ya la necesidad de recompensar los estraordinarios servicios de los conquistadores, completamente desatendidos por su gobierno. Aun así, repetimos, eran bárbaras costumbres: mas al cabo Hernan Cortés con su tacto esquisito y su gran fuerza moral, enfrenando las demasías de sus subordinados, hizo tolerables durante su breve gobierno tales calamidades. Salió, empero, la autoridad de sus manos para pasar á las de rapaces intrigantes, y puede decirse que entonces la jeneralidad de los indios quedó reducida á ser un rebaño, destinado á entretener, que saciar era imposible, la codicia de factores, tesoreros, veedores, contadores, correjidores, escribanos y alguaciles, y la de las hechuras de ellas, y la de los parciales de sus hechuras.

Contra aquella plaga no encontraron los infelices mexicanos mas amparo que el de los frailes de San Francisco, que pobres por instituto, demócratas por la esencia misma de la relijion que predicaban, y cuyo hábito vestian, y viviendo con los oprimidos, apreciaron sus males, trataron de aliviarlos, y levantaron la voz pidiendo pronto, eficaz y radical remedio, sin detenerse hasta llegar al trono mismo, y sin contemplacion de ninguna especie igualmente.

El consejo de Indias consultó, y el rey acordó sábias leyes emancipando á los indios, y su ejecucion fué confiada á la nueva audiencia: pero ni á su presidente ni á los oidores acomodaba tan saludable necesaria reforma; porque sin la esclavitud, sin el trabajo gratuito y forzado en las minas, sin el sudor de los *Tamenes*, ¿cómo habian, por una parte, de enriquecerse rápidamente, y por otra de contar con el apoyo de los enemigos del marques, que eran precisamente los mas interesados en la continuacion de los abusos?

Prosiguieron, pues, las cosas como estaban, y peor que estaban antes: en vano *Fr. Juan de Zumarraga*, relijioso de San Francisco, y primer obispo de México, con el carácter de tal y el especialísimo de *Protector de los indios* que el rey le habia dado, requirió con firmeza la aplicacion inmediata de las nuevas leyes: la audiencia, sorda á toda voz que no fuese la de la codicia, permaneció impasible en su sistema. ¡Su sistema! ¡Era por cierto digno de jurisconsultos que debieran dar el ejemplo de la moderacion y de la equidad! Absorviendo en sí todos los poderes, daban y quitaban á su arbitrio los cargos públicos, ya de gobierno, ya municipales; repartian tierras y hombres; hacian caballeros y títulos, si no en el nombre, en la renta y jurisdiccion, tanto que, segun la espresion enérjica y candorosa de un cronista: "*Si el rey daba un título en un año, aquellos* MINISTROS *doce*

"*al mes, dando repartimientos y provincias de doce y veinte y treinta mil*
"*vasallos.*"

Asi en breve fué la audiencia detestada de los conquistadores, porque en la persona de Hernan Cortés los menospreciaba, y ademas les escatimaba el premio de sus servicios; de la nobleza, porque prodigaba cargos y distinciones á miserables aventureros y rapaces curiales; de los indios, por los insoportables vejámenes á que los sometia; y de los relijiosos, primero por cuanto dicho queda, luego por el desden con que sus justas reclamaciones escuchaba. Tal fué el oríjen de los dos bandos, tal su índole desde el primer momento: con la audiencia las aves de rapiña; con el marques la aristocracia del nacimiento y de la espada, la democracia popular oprimida, la democracia relijiosa, entonces y allí liberal y civilizadora.

Sin embargo, con el trascurso de los años ambas parcialidades fueron modificándose, y á medida que la dominacion española en México echaba raices, templábanse los ánimos, rectificábanse las ideas, y sucedia la marcha regular de un gobierno, aunque no perfecto ni mucho menos, á los sacudimientos de la mas segura posesion de tan vastos dominios.

Relevada la primera audiencia entera en 1531, por la que presidió D. Fr. Sebastian Ramirez de Fuen Leal, obispo de Santo Domingo, comenzaron á ponerse en ejecucion las leyes beneficiosas á los indios, y estos, aunque ya mas que diezmados, tanto por las viruelas como por el mal gobierno, á respirar con algun sosiego.

Despues del paternal vireinato de D. Antonio de Mendoza, hermano del marques de Mondejar, que no duró menos de diez y siete años consecutivos, fué adelantando considerablemente la obra de la civilizacion; y en fin, al fallecer el segundo virey de México D. Luis de Velasco, de la casa de Condestable de Castilla, el año de 1562, los odios de bando á bando, fundándose esencialmente mas bien en tradiciones que en causas del momento, hallábanse mucho menos ecsacerbados que en los primeros tiempos.

Era, no obstante, la division profunda, la aversion pronunciada, y no le faltaban motivos, si no tan graves como los antiguos, al menos suficientes para traer desasosegados los ánimos, y en vela las ambiciones.

D. Luis de Velasco, persona de oríjen aristocrático, y de probidad y firmeza de carácter, al mismo tiempo que conciliador y tolerante, contuvo durante su gobierno á la audiencia dentro de los justos límites de su autoridad. Bien quisto por su cristiana vida del clero en jeneral, contó siempre con el apoyo de los obispos, del cabildo catedral y de los regulares, sobre todo de los franciscanos; por manera que tambien era entre los indios popular, porque á la Orden seráfica estaban moral y voluntariamente sometidos los indíjenas.

Mas sin duda la paz de que en México se disfrutaba, y los progre-

sos que aquel reino hacia en su material bienestar, alarmaron á los cortesanos de Madrid, pues que sin ocurrir trastorno, queja, ni suceso alguno importante, enviaron á Nueva-España el año de 1563 al licenciado *Valderrama*, consejero de Indias, en calidad de visitador de la tierra, vireinato y audiencia, y con todas las omnímodas facultades que á los tales visitadores jenerales se atribuian en aquella época.

Cosa de unos tres años antes habia la audiencia entablado contra el vireinato y el pais una guerra de esposiciones y quejas, que produjo para los oidores en España ópimos frutos. Primeramente mandóse al virey que en las cosas de gobierno, en vez de proveer por sí como hasta entonces lo hacia, y antes que él lo hizo su antecesor D. Antonio de Mendoza, hubiese de proceder siempre de acuerdo con la audiencia; de donde resultó, como dice *Torquemada*, "que comenzaron "á salir las cosas de sus quicios, y andar el gobierno con mas tajos y "reveses que hace en su esgrima un maestro de armas."

Dado ese primero é importante paso, que tanto robustecia la autoridad del tribunal, cuanto debilitaba la del virey, con facilidad consumó la audiencia otra usurpacion. Consignarla en pocas palabras bastará para dar idea de su importancia y trascendencia.

Las causas criminales de los indios, cuando no importantes, fenecian en sus alcaldes ordinarios, lo mas en los correjidores de sus distritos; y otro tanto acontecia, con mucha mayor razon, con respecto á los pleitos civiles. La audiencia, llamando á sí procesos y litijios, hízose por una parte señora y árbitra de las personas, por otra de las fortunas, pues que las costas en casi todos los pleitos importaban casi siempre mucho mas que el valor de lo pleiteado. Mas aún: la intervencion de la audiencia era funesta á todas luces, pero constante, obstinada y ruinosa en las contestaciones de pueblo á pueblo sobre términos de sus respectivas jurisdicciones y aprovechamiento de las aguas, negocio vital en aquellos climas, y negocio cuya decision ecsije siempre brevedad y economía por una parte, mas equidad y natural por otra, mas conocimiento de la topografia y costumbres que erudicion leguleya.

Por fin, la prepotencia de los oidores habia á tal punto llegado, que los indios mismos, menospreciando la autoridad de los vireyes, solo á ellos temian, solo á ellos inclinaban la cerviz, si bien los odiaban mortalmente.

En tal estado de cosas enviaron las Ordenes relijiosas sus comisionados á España en 1561, para pedir remedio á los males que sumariamente hemos apuntado; mas por entonces, á pesar de la dilijencia de todos los procuradores, y singularmente del P. Bustamante, comisario jeneral de la Orden de San Francisco en las Indias, no se logró providencia alguna importante.

Lejos de mejorarse la situacion del pais con la visita de Valderrama, empeoróse notablemente; porque el bueno del licenciado, en vez

de dolerse de las vejaciones que los indios padecian, y aliviar su mala suerte templando los rigores de la audiencia, tuvo la funesta idea de aumentar el tributo, ya sobrado oneroso, que á la sazon pagaban, y de ecsijírselo á los naturales y vecinos de México, desde tiempo inmemorial esentos de semejante gabela. Era, en efecto, verdad que durante la monarquía mexicana los vecinos de la metrópoli estuvieron esentos así del tributo ó capitacion como de servicio personal; y Hernan Cortés, político sobrado profundo para chocar de frente con los hábitos del pueblo conquistado, respetó aquella esencion, sin embargo de haber ganado la ciudad por asalto. La única carga que le impuso, y aun esa á medias con los pueblos comarcanos, fué la de conservar y reparar los puentes y calzadas que, atravesando las lagunas, las unian á la tierra firme.

Ninguno de los gobernantes que desde la conquista se sucedieron unos á otros, harto rápidamente, hasta el establecimiento del vireinato, ni tampoco los vireyes, ni las audiencias mismas, osaron hasta el año de sesenta y tres, hacer variacion alguna en materia de tributos con respecto á los mexicanos: la gloria de tal vejámen estaba reservada para Valderrama, que conquistó con ella el poco envidiable, pero universal renombre de *Aflijidor de los indios*, que le quedó en aquella tierra.

En resúmen, al morir D. Luis de Velasco el año 1564, hallábanse en pugna en México la autoridad de los vireyes con la de la audiencia; esta con la nobleza y descendientes de los conquistadores; los franciscanos á la cabeza, por decirlo así, de la oposicion razonada y pacífica; los indios mal contentos, y solo por el ascendiente moral de los misioneros contenidos; y el marques del Valle, que desde dos años antes del fallecimiento de Velasco residia en la metrópoli del Anáhuac, considerado por unos como esperanza suprema, por otros como bandera y caudillo de la sedicion futura.

Porque es de notar que Hernan Cortés, aun desde el fondo del sepulcro, aterraba con la memoria de sus hazañas á los que en vida le persiguieron encarnizadamente, y con la aureola de su gloria inmortal daba prestijio y fuerza al heredero de su título y blasones.

Presidia á la sazon la audiencia, y era por tanto cabeza del gobierno de México, el doctor *Francisco de Ceinos*, quien siendo en Castilla fiscal del consejo de Indias, fué nombrado oidor de Nueva-España en reemplazo del licenciado Martin Ortiz de Matienzo, el año 1530. Residia, pues, en aquel pais desde el siguiente en que tomó posesion de su encargo la segunda audiencia, presidida por el obispo de Santo Domingo, y contaba nada menos de treinta y cinco años de judicatura en Indias. Práctico en los negocios, avezado á las luchas, tradicion viva de las discordias de los primeros tiempos de Nueva-España, campeon en las cruzadas contra Hernan Cortés, cuya gloria y poder deslumbraban aún sus ojos, y endurecido por los años y el hábito de

juzgar y condenar criminales, tanto en sus personales preocupaciones como en el desprecio de la ajena vida, el doctor Ceinos era el hombre del mundo mas á propósito para provocar una sedicion, y castigarla severa y aun cruelmente si á vencerla llegaba, y el que menos podia conciliar los ánimos y traer los negocios á una solucion pacífica. Para mayor desdicha, estaba Ceinos tan de buena fé en sus errores, que creia servir á Dios y al rey persiguiendo encarnizadamente al marques y sus parciales, y que al inmolar á un desdichado en el suplicio, ó hacerle destrozar los miembros en el potro, imajinaba ejercer un acto de caridad cristiana, segun aquello de que

"Arrancar la yerba mala
"Es hacer crecer la buena."

Seguíale en antigüedad, y no le cedia en celo contra los que llamaba *rebeldes*, el doctor *Pedro de Villalobos*, fiscal que fué de la audiencia misma establecida en 1531; anciano tambien, y duro y fanático, con mas violencia, aunque no con igual firmeza que Ceinos.

Por último, completaba aquel triunvirato señor de vidas y haciendas en Nueva España, el doctor Gerónimo de Orozco, mas jóven, mas activo, mas intrigante, no menos ambicioso, fanático y encarnizado que sus dos colegas.

Tenian los oidores en su apoyo la fuerza legal, que es siempre inmensa; el interes de escribanos, relatores, procuradores, porteros, alguaciles, oficiales reales, como entonces se llamaba á los empleados de hacienda; y hasta el de esa raza vil que corroe todas las sociedades, que hoy apellidamos *ajentes de la policía secreta*, y el vulgo entonces distinguia con el significativo nombre de *soplones*. Sus ajentes principales en la ciudad eran: *Manuel de Villegas*, por ellos nombrado alcalde ordinario, hombre sin importancia ni gran talento, pero flecsible, acomodaticio, y con los vencidos implacable siempre, así como con los vencedores docilísimo; y *Juan de Sámano*, alguacil mayor, cargo importantísimo, porque era el jefe de la fuerza municipal al propio tiempo que el director de la policía. Especie de gran preboste: el alguacil mayor en aquella época, reunia en su persona, amen de los formidables cargos que hemos dicho, el de velar en la ejecucion de todas las ordenanzas municipales, acuerdos del consejo y sentencias de los tribunales. Juez y ejecutor á un tiempo en las materias que comprende el modernísimo diccionario de la policía urbana y correccional, fácilmente se alcanza cuán pesada debia de ser su vara para los indios, y aun para el comun de los castellanos en México avecindados ó transitoriamente residentes; cuán poderosa su coercitiva influencia para todos aquellos á quienes el nacimiento ó la riqueza no ecsimian de ella.

Y Juan de Sámano era en su esfera, como el doctor Ceinos, el hombre de los odios heredados, de la tradicion hostil á Hernan Cortés y

su familia, el instrumento, en fin, que las circunstancias y el propósito de la audiencia habian menester para la ruina del bando del marques del Valle.

Soldado aventurero, y mas especulador que soldado, Sámano acude á las Indias muy desde los principios de su descubrimiento, y se da á conocer primero en la Española trabajando oscuramente, ya en apoyar disensiones, ya en comerciar con los indios y su trabajo. Pasa despues á Nueva-España, donde se adhiere desde luego á la parcialidad de *Nuño de Guzman*, hombre incapaz, brutal, cruel y enemigo implacable de Cortés. Con aquel toma parte en la deplorable espedicion á la Nueva-Galicia y provincias adyacentes del reino de México, avezándose allí al incendio, al saqueo, á la crueldad sin límites, y cuando su patron y capitan es al cabo llamado á dar cuentas de su mal gobierno, Sámano le abandona, por de contado, en la desgracia, y quédase en la ciudad reina del Anáhuac, esperando mejores tiempos. No se le tardaron estos: sus perversos antecedentes mismos le sirvieron de recomendacion, y la vara de alguacil mayor de México se le entregó para que fuese azote de los indios y palanca destructora de la casa del marques del Valle.

En espectativa de los sucesos, neutral, moralmente hablando, si bien dispuesto en caso estremo é inevitable, á pronunciarse por la autoridad legal, estaba D. Luis de Velasco, hijo del virey difunto, caballero desde sus primeros años, hábil en las políticas artes, y tanto por naturaleza como por educacion y ejemplo de su padre, para el gobierno á propósito. Seiscientos hombres de guerra habia reunidos y dispuestos, á la muerte de D. Luis el primero, para emprender jornada á las Islas Filipinas; y no se admire el lector de que en aquel tiempo se llamase ejército á tan reducido número de soldados, y se diera título de capitan jeneral á su jefe, pues ya sabe que quinientos castellanos conquistaron el imperio de Moctezuma; y ahora le diremos, á mayor abundamiento, que durante largos años se emprendieron en ambas Américas espediciones á lejanas tierras y contra numerosos enemigos, con cuerpos de cien infantes y veinte ó menos jinetes españoles.

D. Luis de Velasco, pues, sucedió á su padre en el cargo de capitan jeneral de aquella espedicion, y quedó siéndolo de hecho en México, porque los oidores trataron de conservar á su lado aquella fuerza.

Nótese, y es curioso, que al mismo tiempo que la audiencia le alhagaba y detenia, los frailes de San Francisco, evidente y declaradamente parciales del marques del Valle, representaban á Felipe II, solicitando que se le nombrase virey en reemplazo de su padre: lo cual prueba que el tal D. Luis, aunque no viejo, conocia ya lo que en el lenguaje comun se llama la *aguja de marear*, y la conocia muy á fondo.

Otro elemento de fuerza y poder para la audiencia nos queda por analizar, y no gastaremos en ello mucho tiempo, porque ya en la primera parte tuvimos ocasion de llamar sobre él la atencion de nuestros lectores.

Referímonos á los frailes domínicos, que por la orjinaria índole de su instituto, perseguidor y fanático normalmente, y por su rivalidad con los franciscanos, eran tan enemigos del marques como parciales de los oidores.

Nada mas fácil de esplicar: el pensamiento de Santo Domingo al fundar la Orden que lleva su nombre, fué un pensamiento agresivo, no una idea de caridad, ni siquiera de simple ascetismo. ¿Para qué se fundaron los domínicos? Para perseguir las herejías, para esterminar á los herejes: menos la nobleza de los sentimientos, menos el caballerismo del instituto, fué aquella un elemento de guerra como las Ordenes militares; solo que en vez de la espada se valió Santo Domingo del potro, solo que sustituyó los guerreros con los verdugos. Sin acepcion de individuos, respetando la buena fé de los mas y las virtudes de muchos, puede considerarse, en cuanto tribunal, como una verdadera plaga de la humanidad la tal relijion: mas lo que aquí nos importa es consignar de nuevo que, al paso que los franciscanos eran escudos de los indios, y bien vistos de los castellanos y estranjeros, los domínicos que deseaban y procuraban la introduccion del *Tribunal del Santo Oficio* en México, no podian menos de ser considerados como enemigos del sosiego público é individual. Abundaban en Nueva-España los indios apóstatas, los judios errantes, los luteranos y calvinistas proscritos en Europa. ¿Cómo no habian de temblar con la vista sola de aquel hábito que podia pasar por enjendro, ya que no jenerador de las hogueras inquisitoriales?

Y temblaban, en efecto, y huian de los domínicos; y ellos con sus proyectos y viéndose rechazados, enconábanse y encendianse naturalmente, y en resúmen, la guerra entre ambas comunidades era y fué natural, lójica, inevitable.

Sin embargo, bueno será advertir, siquiera para los jóvenes que por su dicha han abierto á la luz los ojos no habiendo ya frailes en España, que los relijiosos no se hacian la guerra abierta, declarada y estrepitosa, sino en los casos estremos. Cado bando procuraba minarle el terreno al contrario; la difamacion sorda, pero continua, era el arma favorita: y no por eso perdia el diablo nada de sus derechos en la contienda.

Y ahora que ya tenemos trazado, con la rapidez posible y con cuanta esactitud se nos alcanza, el cuadro jeneral de los enemigos del marques y sus parciales, ahora que en bosquejo hemos retratado á los principales personajes del bando de la audiencia, tiempo es de ponerlos en escena, como lo haremos desde el prócsimo capítulo, y lo verá el lector, dado que se preste á seguirnos todavía, como de su induljencia lo esperamos.



CAPITULO IV.

DE CÓMO EL BANDIDO ALMANEGRA, SIN PERJUICIO DE SER UN GRAN CANALLA, ESTABA DOTADO DE SUMA PREVISION EN LOS HUMANOS.

SERIAN las siete y media de la mañana del 24 de Abril del año de 1566, es decir, del dia siguiente á la desdichada aventura de D. Alonjo de Avila, cuando se presentaron en la casa del doctor Ceinos, presidente de la real audiencia, dos relijiosos de la Orden de predicadores, solicitando hablar inmediatamente al grave y entonces poderoso jurisconsulto. En la antecámara del doctor hallaron á un negro esclavo, á un indio *herrado* en el rostro, á un estudiante, su paje, y á un portero de estrados del tribunal.

Aquellos cuatro heterojéneos personajes representaban los *atributos* ó mas bien las diferentes jurisdicciones y señoríos, públicos y privados, de Ceinos. En el negro veíanse á un tiempo la muestra de la opulencia del doctor y el resultado de los estraviados sentimientos filantrópicos del padre Las Casas, que fué el inventor de la importacion á América de la raza africana en clase de esclava, y para suplir el trabajo de los brazos libres; en el indio *herrado*, es decir, marcado el rostro con un hierro, como si fuera bestia que su dueño señala para que en ningun caso pueda la posesion disputársele, reconocíase un deplorable vestijio del abuso de la fuerza de los conquistadores, mandado en vano reprimir por las leyes: el paje, mancebo imberbe, con el traje escolar, y bajo de él con un aire revoltoso que sin fruto procu

raba ocultar su naciente hipocresía, era el signo inequívoco de la aristocracia de la toga; el portero de estrados, en fin, simbolizaba la autoridad que el doctor ejercia.

Rico, pues que tenia esclavos negros; señor de vasallos ó mas bien de siervos, como lo acreditaba el indio herrado; jurisconsulto de alta esfera y gran estado, de lo cual daba fé la presencia del paje; y en fin, varon en autoridad constituido, cual se desprendia de la sola vista del portero en su antecámara, ya se deja conocer que Ceinos no seria entonces persona de fácil acceso, y como precisamente á las ocho de la mañana, sorbido á espacio y con mesura el recien inventado chocolate, vestido y peinado, salia infaliblemente á oir misa á la iglesia mayor para irse desde allí á ejercer su oficio, los visitantes llegaban en el peor momente posible. Siu embargo, el hábito relijioso en el siglo XVI era una gran recomendacion en todas partes, y mas en México, y mucho mas aún el de Santo Domingo en casa de un majistrado de Nueva-España, en las circunstancias que atravesando vamos con nuestra historia. Así, pues, aunque el portero de estrados se escusó de tomar cartas en el negocio, alegando que en el hogar doméstico no ejercia sus funciones; y el negro se cruzó de brazos, declarando que no le tocaba pasar los recados; y el indio, limitándose á no despegar los labios, de hecho se puso fuera de combate; el pajecillo, que afectaba y no del todo sin fundamento, ciertos aires de privado en aquella casa, y la echaba ademas de intelijente, instruido y práctico en el trato de las jentes, saludando respetuosamente á los frailes, díjoles:—"Su merced, el señor doctor acaba de estudiar "un pleito importante que hoy ha de fallarse, y va en seguida á salir "á misa: pero como sé su aficion á los reverendos padres de Santo "Domingo, creo podré aventurarme á interrumpirle. Entren vuesas "reverencias en esta primera sala, y tomen asiento, que pronto volve-"ré con la respuesta."

Entraron, en efecto, los domínicos en una sala á la antecámara inmediata, y ya dentro, dijo uno de ellos al paje:—Decidle, mancebo, al señor doctor, que el prior indigno del convento de Santo Domingo, y otro relijioso de la misma órden, suplican á su merced se sirva darles lugar para enterarle de cosas importantes que atañen al servicio de Dios y del rey.

—Repetirélo como vuesa paternidad lo dice, padre prior, y de la cristiandad de mi amo y señor espero que no tardará en recibirle.

Encantado el reverendo prior del despejo y buena voluntad del muchacho, dióle con la mano uno ó dos golpes suaves y cariñosos en la mejilla; el paje en agradecimiento besóle la mano, y recibida la bendicion, partió con la presteza de un gamo á desempeñar su comision.

No era esta tan fácil como en la presuncion de su valimiento la habia imajinado el mancebo. Ceinos, por su edad, riquezas, profesion

y autoridad, tanto ó mas que por carácter, creíase con derecho al universal respeto, y de parte de sus dependientes y criados á una obediencia sin límites. Era preciso ejecutar sus órdenes á la letra para ser de él bien quisto; é inevitable provocar su cólera contrariando en lo mas mínimo sus hábitos, compasados y regulares como el movimiento de un péndulo.

A la verdad, el paje se habia dejado arrastrar por cierta propension á *inventar* (vulgo: á *mentir*), que le aquejaba ordinariamente, diciendo que el doctor estudiaba un pleito cuando llegaron los frailes; lo que hacia era estarse muy cómodamente repantigado en el fondo de su gran sillon, aguardando que llegara la hora de la misa, y saboreando á puerta cerrada.... Casi no nos atrevemos á estamparlo: pero la fidelidad histórica es antes que todo: saboreando, en fin, cierta droga *pulveriforme* que por las narices se aspira, y que atacando con sus acres alcalinas ecshalaciones la membrana interior de aquel órgano del sentido del olfato, produce en los novicios una serie mas ó menos dilatada y estrepitosa de estornudos. La tal droga, que no pasaba de ser lo que hoy se llama *rapé*, ó tabaco en polvo, era aún entonces para los europeos novísima, pues que de la fecha de la invencion de las Américas databa solo su conocimiento; y su uso, así en la forma dicha, como en la que se distingue con el nombre de *tabaco de humo*, aunque se difundió con rapidez suma, halló sin embargo terribles obstáculos.

Concebimos algunos de ellos fácilmente; porque bien se deja entender que los hombres pulcros repugnasen el espectáculo poco limpio que los tomadores de *rapé* suelen ofrecer á la vista; y mucho mas natural aun era que el bello secso condenase el tabaco en polvo, y sobre todo el que se fuma, porque el olor nauseabundo que despide el humo que ecshala, no son por cierto propios para cautivar los sufrajios de graves matronas, bellas damas, y garridas doncellas: á las dueñas sola se concibe que sedujera.

Lo que no comprendemos es que llegase la intolerancia hasta el punto de que el Vaticano fulminase el rayo de sus censuras mas terribles contra los pobres fumadores y los sucios *polvistas*. Sin embargo, es cierto que lo hizo, aunque tambien verdad que, cuanto mas en Roma se escomulgába á los *tabaquistas*, tanto mas en el mundo entero, musulman y cristiano, hereje y católico, nuevo y antiguo, se quemaba el tabaco y se aspiraba su polvo....

Pero dejando aparte esa breve digresion para volver á nuestro propósito, el hecho es que en la época á que nos referimos, y aun en México, todavía el uso del tabaco estaba considerado, sobre todo entre jente española y machucha, como prueba de cierta despreocupacion, cuando menos sospechosa de falta de juicio, y que si el consumo de aquella hoja era grande, público y frecuente entre soldados, bravos, marineros y maleantes, los hombres de seso se abstenian, al



menos donde ser vistos pudiesen, así de fumar como de tomar polvo.

Por desgracia el doctor Ceinos padecia (á su decir) un crónico obstinado *Romadizo*, que obstruyéndole las narices, le producia fuertes dolores de cabeza, para aliviar los cuales no habian los médicos hallado mas remedio que el uso del tabaco en polvo. A la sazon contaba ya la obstinada dolencia mas de treinta años de fecha, durante los cuales el paciente, con admirable perseverancia, se encerraba en su estudio dos ó tres veces al dia, sin mas objeto que aplicarse el medicamento, del cual solia tambien hacer uso copioso antes de dormirse y apenas despertaba. La historia de tal romadizo sabíanla solo sus íntimos y familiares, mas ni aun de estos le agradaba ser visto cuando se medicinaba; tales éran su pudor y respeto á la opinion pública.... En materia de tabaco, se entiende.

Así pues, como el paje tuvo la torpeza de entrar en el estudio del doctor precisamente cuando aquel se aplicaba á la abertura de las narices una dósis abundante del americano específico, contenida entre los dedos índice y pulgar de su mano derecha, Ceinos le recibió ni mas ni menos que una coqueta de cuarenta años para arriba al que en los misterios del tocador la sorprende, es decir, con todo el enojo imajinable.

—¡Qué viene á buscar el atrevviduelo? (Esclamó temblándole de ira la ya cascada voz, mientras sacudia la walona salpicada por los restos del tabaco.) ¿Qué viene á buscar á estas horas? ¿No sabe que no gusto de que me importunen cuando estudio? ¡Váyase en mal hora ó voto.... y no digo mas....!

Habituado á tormentas de aquella especie y práctico en sus consecuencias, bajó el muchacho los ojos al suelo, cruzó sobre el pecho los brazos, y en actitud reverente, pero no sin observar al soslayo la fisonomía y movimientos de su amo, esperó á que el doctor desahogase por completo la cólera.

—En fin (prosiguió Ceinos) ¿A qué viene? Hable de una vez y acabemos.

—A decir á vuesa merced que solicitan verle....

—¡Pesia mi vida! ¿Con esas se me viene? ¡Pues no sabe que no quiero litigantes en mi casa? Vayan al tribunal que hartas horas paso en él.

—Si vuesa merced me lo permitiera, le diria que no son litigantes.

—¡Pobres tal vez! Buenos estamos para limosnas: dígales que ya doy lo que puedo, que el año es malo.... y déjeme en paz. Deme la gorra que ya es hora de misa.

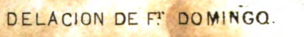
—Señor, los que esperan á vuesa merced son dos....

—Aunque fueran mil, no he de verlos.

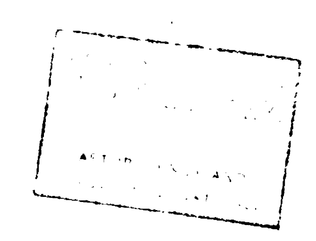
—Son dos relijiosos.

—¡Hum! ¡Hum! Si empezara por ahí, ahorráramos palabras.

—Vuesa merced no me ha dejado.



DELACION DE Fr. DOMINGO.



—¡Y como el muchacho es tan apocado, no se atrevió! Ya sabe que le conozco las maulas. ¿Qué es lo que quieren ahora los buenos de los padres? Bien pudieran elejir hora menos intempestiva.

—Señor doctor, son domínicos.

—¿Domínicos dice? Ya eso varía de especie. ¿Conoce á alguno de ellos?

—Á entrambos.

—¿Quién son?

—Uno el reverendo prior; el otro Fr. Domingo de la Anunciacion.

—Hágalos entrar, hágalos entrar al momento, el torpe, el inconsiderado pajecillo.... ¡O por vida de mi abuelo!

Y diciendo y haciendo el doctor empujaba á su paje como si este hubiera menester violencia para hacer precisamente lo que airoso y triunfante le dejaba.

Pocos instantes despues, y trocados los cumplimienos de costumbre, se veia en el estudio del doctor á éste gravemente sentado en su sillon, y procurando ocultar su impaciencia bajo el aspecto de la mas ceremoniosa cortesía; á su derecha al prior de Santo Domingo, relijioso grave, de rostro impasible, penetrantes miradas é inflecsible severidad; y á la izquierda á nuestro conocido Fr. Domingo de la Anunciacion, á pesar de su obesidad, inquieto en su asiento, mirando alternativamente al prior y á Ceinos, y dejando traslucir en sus ojos un pronunciadísimo deseo de hallarse en cualquiera otra parte que aquella estancia y compañía no fuesen. Creianse solos, y lo estaban los tres importantes personajes, cuyas actitudes de describir acabamos; mas cúmplenos decir que, si, en efecto, de nadie eran vistos, el bueno del paje, curioso como su profesion lo ecsijia, juzgó oportuno establecerse en la puerta del estudio, y aplicar el oido á ella, de forma que ni una sola sílaba de cuanto dentro se hablase pudiera escapársele.

Y supuesta esa circunstancia, que acaso en tiempo oportuno nos sea útil recordar, estampemos lo mas notable de la conversacion, notabilísima en nuestro cuento, que tuvo lugar entre Ceinos y sus dos visitantes.

EL DOCTOR.

Reverendos padres: ruégoles que abrevien, pues he de oir misa y pasar luego al tribunal; y por mucho que yo estime sus personas y su carácter respete, mas estimacion y respeto les debo al rey de reyes, y al que le representa en la tierra.

EL PRIOR.

No esperábamos nosotros menos que tan cuerdas palabras de la cristiana condicion de vuesa merced; pero el negocio que nos trae no interesa menos á Dios y al rey, que los que al señor doctor le esperan.

FR. DOMINGO.

(*Tímido y balbuciente.*) Sin embargo, reverendo padre, y salva la

santa obediencia, el doctor no ha oido misa, nuestro negocio da tiempo, y como el adajio dice: "*Por oir misa y dar cebada....*"

EL DOCTOR.

La verdad es que apenas tendré ya tiempo de llegar á la iglesia...

EL PRIOR.

(*Frunciendo el ceño y lanzando á Fr. Domingo una mirada que le obligó á bajar humillado los ojos.*) La verdad es que lo que al doctor debemos decir, no consiente dilacion alguna; y que el santo sacrificio mismo de la misa interrumpiera yo para revelar tal secreto á quien puede aplicar remedio al mal que nos amenaza.

EL DOCTOR.

(*Alarmado.*) Diga, padre prior, diga: que por vida mia, me tiene ya lleno de susto y sobresalto.

EL PRIOR.

Y no sin causa, doctor, pues que á un tiempo peligran en Nueva-España la iglesia de Dios y los dominios del rey.

Al escuchar tales palabras dió Ceinos un salto en su sillon como si un alacran le picara; acomodóse el peluquin, calóse los espejuelos, y encarándose con el prior, ni mas ni menos que solia con los acusados hacerlo para escudriñarles con los ojos hasta el fondo del alma, esclamó:

—La iglesia de Dios y los dominios del rey peligran en Nueva España! Pues, viven los cielos! padre prior, que como vuesa paternidad me suministre de ello algunas pruebas, no tardarán mucho las cabezas de los traidores en figurar colgadas de los balcones de las casas del cabildo!

EL PRIOR.

(*Con gran serenidad.*) La caridad cristiana no me permite desear la muerte del pecador, pero á la justicia toca hacer su oficio.

EL DOCTOR.

Y lo hará, padre, lo hará severamente. Pero esplíquese de una vez. ¡De qué se trata? ¡Qué riesgo nos amenaza?

EL PRIOR.

En México, señor doctor, se refujia muchedumbre de herejes, de judíos y de todos aquellos á quienes el santo tribunal de la Inquisicion, de que soy indigno ministro, no permite en Castilla emponzoñar á los fieles.

FR. DOMINGO.

Y no se comprende cómo tan mala semilla se consiente en los dominios de nuestro católico monarca.... Todos ellos son unos desalmados, que ni las personas de los relijiosos respetan....

EL DOCTOR.

¿Qué quieren, padres, que yo les diga á eso? El mal es antiguo, procede del primer marques del Valle, de aquel hombre que si ganó á México, tengo para mí que fué mas que con la ayuda de Dios, con la de Satanás en persona. El acogia á la escoria de Castilla; él se empeñaba en tratar á los indios como á racionales; él, en fin, sembró en esta tierra la semilla de la rebelion que sus hijos cultivan. . . . Despues los vireyes no han seguido mucho mejor camino, á pretesto de política razon de Estado. Hoy, á Dios gracias, los tiempos son ya otros: la audiencia gobierna ahora sin embarazos, y las mas altas cabezas serán tambien las que mas pronto caigan.

Pero volvamos al caso presente: decíais, padre prior....

EL PRIOR.

Decia que herejes, judios y bandidos se congregan y confabulan en México, tienen un caudillo, y caminan á un fin, que no puede ser otro que la ruina de la Iglesia y la rebelion contra el rey.

EL DOCTOR.

¡Dios nos asista! ¿Y quién es ese hombre que acaudilla á los bandidos? ¿El marques sin duda?

EL PRIOR.

Ignoramos su nombre.

EL DOCTOR.

Sabreis, al menos, sus señas.

EL PRIOR.

Ni eso, doctor.

EL DOCTOR.

¡Pues qué sabeis entonces? ¿Cómo os consta que hay tal hombre, y que ese hombre es cabeza de los traidores?

EL PRIOR.

Eso, el hermano Fr. Domingo de la Anunciacion es quien va á esplicároslo, que él solo puede.

FR. DOMINGO.

(*Para sí.*) Pues señor, ya estamos en el momento crítico. ¡Quién me meteria á mí en venir á Nueva-España? ¡Aquellos bribones de anoche me asesinan infaliblemente, apenas sepan que los he denunciado!

Mientras el fraile hacia mentalmente tan amargas reflecsiones, Ceinos, entreviendo en el horizonte la luz que en vano buscaba años hacia, ó mas bien que luz, la incendiaria tea de que necesitaba para reducir á cenizas el edificio del poder y gloria de la familia de Cortés, vaciló un instante en lo que hacer convenia.

Hombre de fórmulas, juez antes que todo, y gobernante por el momento, en los tres conceptos concebia dificilmente que asunto tan grave y trascendental se tratase confidencial y familiarmente; en consecuencia, lo primero que se le ocurrió, llegada la conversacion al punto en que escribirla hemos interrumpido, fué prender á los dos frailes, encerrarlos en sendos calabozos, convocar la audiencia, y comenzar en seguida un proceso de Estado segun todas las reglas y trámites de la jurisprudencia entonces corriente, que no pecaban de blandos en manera alguna.

Reflecsionando, empero, que prender aquellos dos individuos de la Orden de predicadores, sobre escandalizar á México, y enajenarle para siempre la voluntad de institucion tan respetable, seria tal vez, espantando la caza antes de tiempo, privarse de los medios necesarios para descubrir por completo la trama de que los relijiosos, al parecer, poseian un hilo importante, resolvió por entonces seguir la conversacion en la forma comenzada, y dijo al atribulado fraile:

—Y bien, Fr. Domingo: siendo cierto, como no puede menos de serlo, cuanto vuestro prelado me dice, ya que teneis noticia de los criminales propósitos del traidor marques, vais á tener la dicha de ser el instrumento elejido por la Divina Providencia para redimir á Nueva-España.

FR. DOMINGO.

(*Entre dientes.*) ¡Redimir! ¡Redimir! Bien pudiera ser y tambien que me *crucificasen* por ende.

EL PRIOR.

(*Severamente.*) Fr. Domingo: la obligacion de todo cristiano, y mas la de un relijioso, y todavía mucho mas la de un relijioso de la Orden de predicadores, ministro del Santo Oficio, es no mirar al riesgo de su persona cuando del servicio de Dios se trata. Recuerde, hermano, mil santos ejemplos que citarle pudiera, y entre todos el del glorioso mártir *Pedro de Arbués* (1), que prefirió morir en Zaragoza á manos de los herejes y judíos, á cejar un punto en la santa severidad de su ministerio!

FR. DOMINGO.

(*Algo mas que mohino.*) Padre, la vocacion del martirio es un don especial que Dios no concede á todos sus siervos; y yo, á la verdad....

EL PRIOR.

(*Cada vez mas severo.*) Dios concede á sus verdaderos siervos cuantas dotes han menester para servirle y glorificarle....

EL DOCTOR.

(*Comprendiendo que ya su intervencion era necesaria.*) Permítanme,

(1) Aunque desde su muerte se le llamó mártir en Zaragoza, y ya en 1537 se recibieron informaciones sobre sus milagros en la misma ciudad, no fué San Pedro Arbués beatificado hasta el siglo XVII en tiempo de Alejandro VII.



padres, que les interrumpa, porque el tiempo vuela, y el negocio requiere mas diligencia que razones. El reverendo prior, lleno de santo celo, presume que todos los corazones son, como el suyo, incapaces de temor alguno....

FR. DOMINGO.

Cabal, señor doctor; y yo precisamente tomé el hábito para escusar riesgos....

EL PRIOR.

¡Que tal ose decir un domínico!

FR. DOMINGO.

La piel de un domínico, padre prior, se taladra facilísimamente, y...

EL DOCTOR.

Eso no es del caso ahora....

FR. DOMINGO.

Perdóneme vuesa merced que le diga que es *del caso*, y muy *del caso* ahora precisamente, porque *el caso* es este: á mí me han revelado un secreto en confesion....

EL DOCTOR.

¿En confesion?

FR. DOMINGO.

Y en confesion *in artículo mortis*.

EL PRIOR.

Pero el penitente os otorgó facultad de revelar la confesion.

FR. DOMINGO.

Cierto, padre, mas á condicion de absolverle; y no le absolví.

EL PRIOR.

No le absolvísteis *formal y materialmente*, porque la fuerza os lo im pidió.

FR. DOMINGO.

¡Y qué fuerza! Aquel réprobo tenia el puño como una tenaza de hierro.

EL PRIOR.

¿Vuestra intencion era absolverle?

FR. DOMINGO.

Sí tal; mas....

EL PRIOR.

Pues tuvísteis la intencion, y la fuerza solo os impidió llevarla á cabo, es como si le hubierais absuelto; y, por tanto, podeis y debeis revelar la confesion.



EL DOCTOR.

No tiene réplica la argumentacion de vuestro reverendo prelado, Fr. Domingo; y yo por mi parte añado que no solo pecareis mortalmente, sino que incurrireis en *delito de traicion* callándonos un secreto que interesa á la Iglesia nuestra madre y al rey nuestro Señor.

FR. DOMINGO.

Todo eso está muy bueno, señor doctor; vuesa merced es un gran jurista, y el padre prior un teólogo consumado; pero yo tengo sobre mi cabeza pendiente la cuchilla de los Filisteos; y las cosas se miran de muy distinta manera cuando peligra la propia persona que cuando solo de la ajena se trata.

EL PRIOR.

(*Indignado.*) Vergüenza me causa oiros, Fr. Domingo; sois....

EL DOCTOR.

Permtidme, padre, que otra vez os interrumpa: este negocio ya incumbe mas á la autoridad temporal que á la eclesiástica. Fr. Domingo ecsajera, sin duda, los riesgos que le amenazan.

FR. DOMINGO.

¡Qué ecsajero, Santo Dios! ¡Que ecsajero, dice vuesa merced! "*Aun-* "*que nunca me desnude la casulla, ni viva mas que en el altar, puedo estar* "*seguro de que allí me arrancarán la lengua y me sacarán el corazon por* "*la espalda. ¿Estamos?*" Eso es lo que me han ofrecido si revelo una sola palabra....

EL PRIOR.

El glorioso *Pedro Arbues*....

FR. DOMINGO.

Murió á manos de los asesinos; y á mí Dios me manda conservar la vida, padre prior.

EL DOCTOR.

Vamos, Fr. Domingo, vamos; que esas, amenazas son y no otra cosa; y del dicho al hecho....

FR. DOMINGO.

Si vuesa merced, señor doctor, hubiera visto jugar á los dados su propia vida, no diria que los desalmados que tal hicieron, no serán capaces de todas las atrocidades imajinables.

EL DOCTOR.

En todo caso, podeis contar con el amparo de la justicia.

FR. DOMINGO.

Con todo el respeto que debo y profeso al rey y á su justicia, señor Doctor, la verdad es que en México el puñal y la espada alcanzan á

todas partes. Anoche, sin ir mas lejos, un caballero como D. Alonso de Avila....

EL DOCTOR.

Mire, padre, que la justicia intervino....

FR. DOMINGO.

Sí, cuando ya estaba herido D. Alonso; y en el lance del que, por desdicha mia, tuve yo que asistir, no ha intervenido ni á tiempo ni tarde.

EL PRIOR.

Hermano, de lo que aquí se trata es de que revele al señor doctor, como presidente de la real audiencia y gobernador de este reino, lo que por boca del moribundo sabe.

FR. DOMINGO.

Ya lo entiendo, padre prior; pero como si hago tal revelacion, es casi evidente que moriré asesinado, y correr ese riesgo seria pecar contra la *caridad bien ordenada*, la cual, segun San Agustin, comienza por uno mismo....

EL DOCTOR.

Mire lo que dice, Fr. Domingo; porque si en hablar corre riesgo, callando se hace cómplice del delito que oculta; y como ya la justicia tiene de aquel conocimiento, forzoso será que haga su oficio.

FR. DOMINGO.

¡Madre Santísima del Rosario, amparadme! ¿Qué quiere decir vuesa merced?

EL DOCTOR.

Quiero decir que si, lo que no temo, se obstinase el padre Fr. Domingo en callar, la justicia tiene medios para compelerle á que hable.

FR. DOMINGO.

¿Lo ve vuesa paternidad, padre prior? Cuando yo decia que lo mas cuerdo era estarnos en nuestro convento, y dejar correr al mundo como pueda! Pero vuesa paternidad se ha obstinado, y ahora soy yo quien lo pagará con las setenas.

EL PRIOR.

He cumplido con mi obligacion: cumpla el hermano Fr. Domingo la suya, y deje lo demas á la mano de Dios.

EL DOCTOR.

Eso será lo mas corto y lo mas cuerdo, Fr. Domingo. Si buenamente me revela cuanto sabe, en obediencia de su prelado y satisfaccion de lo que debe á Dios y al rey, quedaráse todo entre nosotros. La justicia, sin necesidad de comprometer al padre, tomará sus pro



videncias, y los culpables serán, como merecen, castigados. Ahora, si cediendo á la mala tentacion que le aqueja, se obstina en el silencio, duéleme decírselo, pero me veré precisado á hacerle sentir la vara que empuño.

FR. DOMINGO.

¡A un relijioso!

EL DOCTOR.

Acuña era obispo, Fr. Domingo, y sabe cómo le trató *Ronquillo*.

FR. DOMINGO.

¡Misericordia, Dios mio, misericordia!

EL DOCTOR.

¿Conque hable, ó llamamos al portero de estrados....?

FR. DOMINGO.

(*Aterrado.*) Hablaré, hablaré. ¡Señor, por qué habré yo venido á esta maldita Nueva-España!

Verdaderamente para un hombre del carácter metiticuloso, irresoluto y egoista de Fr. Domingo, que habia, como nos lo ha dicho él mismo, tomado el hábito sin mas vocacion que la de vivir en la holganza y al abrigo de los riesgos materiales del mundo, la situacion en que se hallaba era horrible, sus tribulaciones harto justificadas. Pero, en fin, entre el *tormento* seguro si á Ceinos no obedecia, y el puñal de los asesinos, peligro aunque grave al cabo continjente, la eleccion no podia ser dudosa. Decidióse, pues, á espontanearse, aunque maldiciendo en sus adentros el instante en que en tal berenjenal habia entrado, la severidad implacable de su prelado, y la terrible jurisdiccion del doctor presidente.

Hasta el momento de quedarse á solas el confesor con el moribundo, nuestros lectores saben, no solo tanto, sino mas que el fraile, pues conocen los nombres del herido escudero y los de los bravos que le asistian ó custodiaban, y Fr. Domingo los ignoraba completamente, Garci-Perez, trastornado el cerebro por las angustias de la muerte, atormentado ademas por la idea de la miseria en que dejaba á sus hijos, habidos en una manceba, y por consiguiente á hurto de su amo D. Martin Suarez, que no hubiera conservado ni un solo dia á su inmediato servicio á quien á sabiendas suyas tan mal viviese; Garci-Perez, decimos, calló todos los nombres propios, aun cuando reveló secretos que con él morir debieran.

A la verdad fué su relacion confusa, inconecsa, llena de vacíos en los puntos mas importantes, mas no por eso dejó de servir de base y fundamento á procesos y ejecuciones que á su tiempo veremos desarrollarse ante nuestros ojos.

He aquí en resúmen la delacion de Fr. Domingo, que tal debemos llamar á su relato.

Segun el moribundo (ya muerto cuando el fraile declaraba) ecsistia en México organizada una vasta conjuracion para levantarse con aquel reino, erijiéndolo en monarquía independiente, rejida por el marques del Valle. Centro y alma y jefe de la conjuracion era un hombre llamado el *Mártir* entre los adeptos, el cual, con incansable actividad, talento y cautela sumas, trabajaba años hacia, tanto en Europa como en América, en disponer los hombres y las cosas como á sus fines cuadraba. Dueño de inmensas riquezas, cuyo oríjen ignoraba el confesante, pero que por lo inagotable parecíale que debian de ser procedentes, ó bien de dones de muchos conjurados, ó bien de algun *tesoro* ocultado por los antiguos monarcas *aztecas* y descubierto por el *Mártir*, este enganchaba y seducia á los hombres de dos maneras: ó teniéndolos á sueldo; ó con jenerosas limosnas y bien calculados beneficios. Por el primer mérito habia conseguido reclutar en todo el universo, y ya reunir en Nueva-España, tan crecido número de bravos y proscritos de diferentes paises y relijiones, que ellos solo bastaban para poner la ciudad en combustion, y aun entrarla á saco en caso necesario. Las limosnas y los beneficios le habian hecho tan popular entre los indios, y sobre todo con los de *Tlaltelolco*, que estos sin conocerle personalmente aún, le consideraban como á Genio bienhechor, y estaban prontos á cuanto les mandase. De los mercaderes y tratantes de corto caudal era señor por medios análogos; y con la descontenta nobleza, así indíjena como castellana, estaba en íntimas relaciones. Lo mas singular en el tal personaje era que le conocian poquísimas personas; que vivia oscuro é ignorado entre los mismos que de instrumento le servian; y finalmente, que de tal modo tenia organizada la conjuracion, que aun descubriéndose una parte, de ella, ni las otras corrieran riesgo, ni su persona podia ser conocida. Convino el moribundo en que al *Mártir* conocia, mas resistióse á todos los esfuerzos del fraile para que su nombre le revelase, diciendo que habia jurado no hacerlo, sobre la salvacion de su alma.

Garci-Perez, pues, haciendo con sus revelaciones un daño gravísimo al propósito de la conjuracion dado que la hubiese, no comprometió á conjurado alguno, al menos directamente; y el doctor Ceinos en realidad no adelantó gran cosa por el momento con la declaracion del fraile.

Este ignoraba, ya lo dijimos, calle, casa y nombres de las personas que en su triste aventura intervinieron; solo pudo repetir un apodo que habia oido: el de la tia *Garduña*.

Consignada por escrito de propio puño del doctor, y firmada por Fr. Domingo y por el prior la declaracion que en estracto hemos reproducido, despidió Ceinos á los relijiosos encomendándoles inviolable sijilo en todo aquel negocio; y tomó la gorra para irse en derechura al tribunal, acompañado por su curioso paje.

No creyendo necesario el presidente de la audiencia enterar enton-

ces á sus compañeros de la escena que dejamos referida, limitóse á anunciarles de una manera vaga, que tenia noticia, y esperaba tener pronto mas, de una conspiracion *dirijida por el marques del Valle*, y con la cual se enlazaba sin duda la pendencia de la noche anterior en que resultó gravemente herido D. Alonso de Avila. Los tres doctores convinieron en que lo mas cuerdo era hacerse por el momento los engañados, para que sus enemigos se comprometiesen de modo que, al descargar la *justicia* sobre sus cabezas el golpe de gracia, no hallaran ni pretestos con que defenderse.

Ya sabe el lector que mientras la audiencia tomaba ese acuerdo, á Juan de Sámano le inspiraba igual pensamiento su instinto de polizonte, por manera que, cuando el alguacil mayor envió á proponer á Ceinos que se le autorizase á dejar en plena libertad á D. Alonso y desocupar su casa, se disponia ya el presidente á mandarle que lo hiciese.

En tanto *Almanegra*, que no podia consolarse de haber tenido la *debilidad* (decia él) de consentir en que saliese el fraile vivo de la casa de la Garduña; y que, acosado por sus presentimientos, desde poco despues de amanecido rondaba en compañía de *Felipe-Absalon* la mansion de Ceinos, viendo primero entrar en ella y salir luego á los dominicos, dijo á su digno colega:

—Esa visita costará algunas cabezas.

—Temo, contestó Absalon, que no te engañes. Despachemos esta noche á ese fraile.

—¡A qué? (Repuso el previsor bandido.) Para precaucion es tarde; para venganza pronto.





CAPITULO V.

QUE EL PAGE DEL DOCTOR CEINOS, SIN EMBARGO DE SER EXELENTE LÓGICO, SIRVIÓ DE CORREO A LA ESPOSA DEL DOCTOR SUSODICHO.

FORTUN (tal era el nombre del paje de Ceinos) estaba con el sorprendido secreto como los glotones despues de hartos, lleno de inquietud y zozobra por las consecuencias que producir pudiera en su sobrecargado estómago (estómago moral se entiende) tan pesado alimento.—"Yo sé (decia para sí) un secreto importante, que casi todo "México ignora; ¿pero de qué me sirve saberlo? Las jentes pasan "hoy á mi lado lo mismo que ayer, sin sospechar siquiera lo que en "importancia he ganado, que es todo lo que el secreto vale, pues que "yo lo poseo. Ahora bien, mientras no se sepa que sé lo que los de-"mas ignoran, no paso de ser *Fortun el paje*, un mancebo galan, dis-"creto, favorecido del doctor Ceinos su amo; pero al cabo no mas "que un *rapaz* sin importancia, y por consiguiente he perdido el tiem-"po escuchando al doctor y á los frailes. Perder el tiempo es mal "pecado, segun todos los teólogos y filósofos jentiles y cristianos; *er-"go* debo tratar de aprovecharlo. Para aprovechar el tiempo, en el "caso presente, preciso es que la posesion del secreto acreciente mi "personal importancia; *sed ita est*, que mientras no se sepa que sé el "secreto, me estaré como ayer me estaba; *ergo* es preciso que se se-'pa. Sentada esa proposicion, arguyo de este modo: para que las "jentes sepan que lo que sé, preciso será que alguien lo diga; pero es "así que no hay nadie que pueda decirlo mas que Fortun, luego For-

"tun tiene que decirlo. Esto no admite duda, pasa en autoridad de "cosa juzgada, como dice el doctor; pero al mismo tiempo, en el mo- "mento en que yo confíe el susodicho secreto á tercera persona, ra- "ciocinando esta como acabo de hacerlo, buscará otro confidente; "el cual á su vez querrá desahogar su pecho con algun amigo, y "así de confianza en confianza, correrá el secreto la ciudad y sus ar- "rabales en poco tiempo. Entonces, sin recurso, volverá á los oidos "del doctor-presidente, y como su merced averigüe, que sí averi- "guará, porque es un huron en los buscavidas y una raposa en lo as- "tuto, que su paje es el oríjen de la revelacion, indudablemente salgo "bien librado con cien azotes y diez años de galeras. Su merced, "Dios se lo pague, me ha honrado muchas veces ya con la promesa "de colocarme al servicio de S. M. á las órdenes de un cómitre, por "negocios de menor importancia. Nada, Fortun, tienes que embu- "charte el secreto, y cuando mas, como el pagano *Midas*, depositar- "lo en la tierra.—¡Pero no ha de haber un medio que concilie los dos "estremos que evitar me conviene? ¿No he de hallar rumbo entre *Scila* "*y Caribdis?*—¡Sí, pesia mi vida! Le hay, y ya le tengo.—Mi señora, "la bella doña Beatriz, esposa jóven del doctor anciano, y que hasta "ahora no se ha dignado mas que burlarse de mis ojeadas, suspiros y "discretos requiebros, es la persona ante cuyos ojos á mí mas me im- "porta aparecer como *todo un hombre;* confiarélc el secreto.... ¡Guar- "da Pablo! No, Fortun, no: hay otra cosa mejor que hacer que ir á "vaciarte así de buenas á primeras como un saco. Escita su curiosi- "dad, que ella es hija de Eva, y quizá, como á su madre, le baste el "deseo de saber lo que no le importa, para antojársele comer del ár- "bol *prohibido*.... ¿Y no ha comido ya doña Beatriz del vedado fruto "en algun otro árbol?.... ¡Hum! ¡Hum! No sé qué diga.... Las re- "jas se abren solas mientras el doctor duerme la siesta, y despues que "se recoje por la noche; á mí á tales horas me encierran con llave en "mi cuarto, á pretesto de que me tomo libertades con las criadas, y "de que osé una tarde contemplar á la señora misma en lijerísimo "traje.... ¿Qué significa todo esto?—Significa que teniendo con qué "amenazar, por una parte, y con qué cebar, por otra, la curiosidad "de mi señora, soy mas torpe aún que lo que me cree el doctor Cei- "nos, si su esposa.... En fin, á Dios rogando, etc. Manos á la obra, "que *audaces fortuna jubat.*"

Como por el anterior monólogo puede el lector conocerlo, el paje, con no pasar de los diez y seis años, era un estudiante aprovechado en la dialéctica, amante de su personal importancia, cuidadoso de su cuerpo, aficionado á la propiedad ajena, en punto á faldas se entiende, y no mal calculista en la materia. Verdad es que el doctor con su ejemplo y buenos consejos era capaz de formar una jeneracion entera de egoistas argumentadores, cuanto mas un solo paje; y verdad tambien que la señora doña Beatriz, bella mexicana que á la sazon pasa-

ba ya del trijésimo año de la vida, sin que nadie pudiese decir cuánto le faltaba para llegar á la funesta *cuarentijia edad*, como Lope de Vega llama al ocaso de la belleza; la señora doña Beatriz, decimos, jóven comparada con su marido, y conservando aún májicos y bien cuidados restos de una hermosura que siempre perteneció al abultado jénero que los turcos aprecian, era un verdadero bocado de paje, apetitoso, escitante y tentador por estremo. Así Fortun, á quien el marido aleccionaba en la sutileza y egoismo, y la mujer tenia en perpetua alarma, formábase tan precoz y rápidamente, que era á los diez y seis años capaz del complicado, artificioso y trascendental discurso con que este capítulo encabezamos.

Proyectar, empero, es mucho mas fácil que poner en práctica los proyectos, y por eso el paje al intentar la ejecucion de sus bien pensados designios, esclamó con razon: *Hoc opus, hic lábor est!* frase latina que equivale en romance á decir: ¡Esta es la obra, este el trabajo!

Cabizbajo, pues, y pensativo, regresó Fortun al hogar doméstico, acompañando como siempre á su amo desde el tribunal; y pensativo tambien y cabizbajo, sirvió á la mesa al doctor y á doña Beatriz, que nunca ofrecian á los ojos de sus criados, justo es decirlo, el espectáculo profano de ecsajeradas caricias, y ni siquiera de caricias por ecsajerar; pero en el dia á que nos vamos refiriendo, llevaron la reserva y economía del conyugal amor que no se profesaban, hasta el punto de no pronunciar mas palabras durante la comida que las del *Benedicite* al comenzarla, y al concluir las indispensables para darle

"Gracias al que nos envia
"El sustento cada dia."

Las cavilaciones del doctor comprendialas perfectamente el paje, por lo que á él le estaba pasando. "El secreto le abruma (decíase "Fortun); y hasta que dé tormento y ahorque siquiera á una docena "de traidores, no podrá sosegar el buen señor!"

Pero ¿por qué estaba, no solo callada, sino triste, profundamente triste, llorosa, y con ojeras su bella señora? El fatal secreto no podia saberlo: primero, porque lo que en el estudio del doctor se decia, solo desde el observatorio por Fortun elejido podia oirse; segundo, porque doña Beatriz habia salido á *Misa* á las siete de la mañana, y regresado á su casa (segun al paje se lo dijo reservadamente una criada entre dueña y camarera, que con particular predileccion le miraba) hasta las once, es decir, sola una hora antes de la comida de medio dia, y por tanto no pudiera el mismo doctor, aunque quisiera, revelarle el arcano; y tercero, porque aun cuando en casa se hallaran los dos esposos, atendiendo el aislamiento é independencia en que ella se habia constituido, y el mal humor que en él enjendraba tal conducta,

estaba fuera de toda probabilidad que tal confianza le hiciese Ceinos á su costilla.

¿Por qué, pues, estaba triste?—En vano se hizo mil veces el paje á sí mismo esa pregunta; en vano se lanzó á las mas temerarias conjeturas y descabellados raciocinios; cada vez lo entendia menos, y hubo de confesarse que ni rastro por donde penetrar tal misterio divisaba, cuando recojido el doctor segun costumbre, se retiró él tambien á su cuarto para pasar, que no dormir la siesta.

Arrojóse vestido, como estaba, sobre el lecho, y con ánimo resuelto de cavilar hasta volverse loco ó dar con la causa de la tristeza de su señora; porque el muchacho era terco como buen montañés: mas como al cabo la naturaleza triunfa siempre, dieron en inquietarle mas que aquella curiosidad otros pensamientos tambien á doña Beatriz relativos, pero de distinta y tan peligrosa especie, que el lector llevará á bien observemos con respecto á ellos la mas completa reserva. En cuanto á las lectoras, dirémosles solo que, si son bellas á la manera de la esposa del doctor Ceinos, por caridad con el prójimo deben evitar el mucho trato con los jóvenes de diez y seis años, si no quieren causarles desvelos y ajitaciones continuas.

Ello es que Fortun no solo velaba, sino que se revolvia en el lecho como un energúmeno, y que tuvo al fin que levantarse para procurar con el movimiento el equilibrio de la sangre. Su primer impulso fué dirijirse á la puerta de su reducidísima estancia: mas detúvose diciendo: "Me habrá encerrado como de costumbre.... Mas, ahora que lo "pienso, no he oido dar la vuelta á la llave. ¿Si se le habrá olvidado "encerrarme?.... Probemos."—Y en efecto, la puerta estaba franca, circunstancia notable, porque á consecuencia ó bajo el pretesto, como ya sabemos, de ciertas libertades de Fortun, no solo con las criadas, sino con la señora misma, esta, desde un mes poco mas ó menos, á aquella parte, tomábase el trabajo de ir todas las tardes y todas las noches personalmente á poner á buen recaudo al señor Fortun.

—Honda, pensó este, es la causa de su tristeza cuando en libertad me deja; mas sea como quiera, aprovechemos esta calva ocasion de tomar el aire; y mientras Dios dirá.

Formada tan cuerda resolucion, tomó el paje su bonete y echó á andar con ánimo de irse á la plaza á dar unas vueltas, en tanto que el doctor despertaba; mas al salir del dintel de la puerta de su estancia, dejóle como petrificado la aparicion (que por tal la tuvo en el primer momento) al estremo del callejon sobre que aquella se abria, de la bella Beatriz, que con cautelosos pasos se le acercaba, indicándole con un dedo puesto en la boca, que callase y no se moviera.

Precaucion inútil: Fortun, al verla, si no se habia convertido en estátua de sal, ni en estátua de cosa alguna, como la imprudente esposa del patriarca de Sodoma, esperimentó tan honda conmocion y asombro tan grande, que no se daba cuenta á sí mismo de su persona;

mas no duró mucho su enajenamiento. Habíale dotado la naturaleza de una dósis superabundante de suficiencia, y ningun favor de la fortuna le parecia, por tanto, escesivo para su mérito.—"Doña Beatriz, "se dijo, cansada de encerrarme y acaso de aburrirse ella misma á "solas en su estancia durante la siesta, viene á buscar compañía en "mi humilde tugurio. ¿Qué cosa mas natural? Ella es hermosa, yo "no mal parecido; el doctor viejo y gruñon, yo jóven y complaciente. "¡Qué diablos! Seria forzoso no tener ojos en la cara para vacilar "entre ambos!"

A todo eso, ya doña Beatriz era llegada á donde su paje, bonete en mano, y en la mas elegante postura que acertó á recordar de las que habia observado en los caballeros mas galanes de México, la esperaba con cierto aire entre humilde y triunfador, tan cómicamente fátuo, tan cándidamente fanfarron, que arrancó una sonrisa á la tristeza misma de la esposa de Ceinos, que en realidad estaba sincerísimamente aflijida. Pero aquella muestra de burla ó de lástima que le arrancó, como deciamos, la debilidad de Fortun, y que este, por de contado, interpretó favorablemente á su persona, fué pasajera como las apariciones del sol en el opaco cielo del invierno: doña Beatriz, grave otra vez y siempre sin despegar los labios, entró en el cuarto del paje, hízole seña de que la imitase, y luego de que cerrara la puerta, todo con aplomo y serenidad bastantes á convencer á cualquiera menos *lindo D. Diego*, que nuestro bienaventurado mancebo, de que no la llevaban allí amorosos designios, so pena de que fuese en lo impúdica superior á la misma Mesalina.

No obstante, Fortun, atendiendo mas á la propia estraviada inspiracion, que á la actitud de su señora, arrojárase resueltamente á sus piés apenas cerrada la puerta, si ella, que ni estaba para burlas, ni queria tampoco romper abiertamente con el petulante rapaz, no le contuviera con una de esas solas miradas que solo ecsisten en el arsenal de las mujeres *equinocciales*, y que enfrenan la audacia sin acabar con la esperanza. Quedóse, pues, Fortun á medio camino, y en equívoca postura, entre si doblaba la rodilla ó de pié permanecia; abierta la boca para pronunciar alguna frase sentimental, y heladas las voces en su garganta; la espresion de la fisonomía tierna aún y almibarada, mas con la vista fija en doña Beatriz como si le dijera:—"¿Si no venís á buscar una declaracion, qué puede traeros á la estancia humilde del pobre paje?"

A esa mental pregunta, ella, como si leyera el pensamiento, que en realidad se lo leia, respondió virtualmente diciendo:—"Fortun, *hijo*, siéntate y escucha."

Por el tono en que fueron pronunciadas tales palabras, tanto como por su literal sentido, bastaron ellas solas para destruir instantáneamente el quimérico edificio de las ilusiones del paje: aquel *hijo*, dicho al parecer con naturalidad, encerraba, sin embargo, toda una de-



claracion formal, toda una definicion, mas bien, de las respectivas situaciones. Fortun volvia á ser el *criado*, el *niño;* doña Beatriz no descendia de su altura de mujer mas que formada y de ama de su casa.

¿Pero á qué viene, señor, á qué viene entonces? No cesaba de repetir mentalmente el desorientado Fortun, mientras que su señora, recojiéndose un instante, ó para ordenar sus propias ideas, ó para darle tiempo á él de sosegarse, dilataba algunos segundos aún el entablar el diálogo, que lo hizo al cabo de este modo:

—Ya sabes, Fortun, que siempre te he tratado mas bien como á hijo que como á criado. En los tres años que há veniste de la montaña (súplase de Santander) para servir al doctor, son muchas las veces que te he libertado misericordiosa de la pena que tus travesuras merecian y mi esposo te impuso. Recientemente no he querido darle cuenta de tus demasías con mis criadas, que si el doctor las supiera, te costaran muy caras; y escuso decirte que si á su noticia llegase lo que yo quiero olvidar, y á tí espero que no volverá á ocurrírsete, es seguro que á estas horas estaria tu cuerpo como el de S. Lázaro, supuesto que no en la sepultura.

Escuchaba el paje con grande atencion y no mucho placer tan singular ecsordio; mas al llegar doña Beatriz á la última trasparente alusion á la audacia del paje con su propia persona, puso una cara tan compunjida, dolorosa y avinagrada, que comprendiendo la dama que acaso habia ido mas allá de su propósito, apresuróse á añadir, como por via de correctivo.

—Recuérdote todo eso, hijo mio, no por aflijirte, ni echarte en cara mis beneficios, sino para que lo pasado te esplique la singular prueba de cariño y confianza que voy á darte; que como tú correspondas á ella, yo sabré tambien ser agradecida y jenerosa.

—Vuesa merced sabe, señora mia (respondió el paje comenzando á recobrar su sangre fria), que no quedará por mí la prueba de cuánto respeto y amo....

—Bien, Fortun; sé que me quieres como buen criado y mancebo agradecido; y en esa confianza vengo á buscarte. No me interrumpas, que no tenemos tiempo de sobra, ni mucho menos.

—Diga vuesa merced, que la escucho con toda el alma.

—¿No has oido decir, Fortun, allá en el tribunal cuando con tu señor fuiste, si ha ocurrido en México alguna cosa estraordinaria la noche pasada?

—¡Oh! (esclamó en sus adentros el paje.) Tambien mi señora está mordida de la víbora. ¡Apostemos á que tiene alguna noticia del gran secreto, y cuando yo creí que el amor la traia, es la curiosidad la que á mi estancia la arrastra?

En seguida y contestando á doña Beatriz, dijo:

—Sí señora, algo he oido hablar de novedades, pero vagamente; y



si he de decir lo cierto, como tales cosas interesan poco á un *rapaz* como yo, no puse grande atencion á lo que en el tribunal se contaba.

Aquí el paje, puesto en su natural terreno y recordando las lecciones del doctor, aplicábaselas sin misericordia á la doctora; mas ella, que podia darle *quince y falta* á los jugadores mas diestros, prosiguió, como si la treta no entendiera, diciendo:

—De algo te acordarás, Fortun, que no eres ya tan rapaz que no puedas llevar el vestido de tafetan negro, ¿sabes? aquel que por angosto casi no ha estrenado tu señor, y yo quiero que el sastre te acomode para el prócsimo San Juan. Conque vamos, escudriña la memoria y dime.

—Lo que en el tribunal se decia.... Pero ¿cree vuesa merced que podrá acomodárseme el vestido de tafetan?

—Y que has de estar con él galan como un mayo, picaruelo!

—¡Ah, si yo lograra parecerle galan á mi señora!

—Silencio en eso y deja correr al tiempo, Fortun. Conque decias que en el tribunal....?

—En el tribunal, señora, se contaba que D. Alonso de Avila, un caballero muy malquisto del doctor y de los demas señores de la audiencia; pero de quien dicen es el mas estimado de las damas de México.... ¿Conócele vuesa merced?

—Apenas; héle visto una ó dos veces, y lo que de su fama llegó á mi noticia, no me hace desear su trato: ¡Dios me libre de tal hombre! Mas prosigue tu relacion.

—Pues decíase, y es cierto, que le hirieron malamente ya pasada media noche....

—¿Malamente, dices?

—Y tanto que hay quien asegura que no llegará á mañana con vida.

Palideció horriblemente doña Beatriz al escuchar tan funesto pronóstico; mas ocultando el rostro con el pañuelo para que su turbacion no advirtiese el paje, y ahogando un sollozo que ya á los labios se abria camino, reunió fuerzas para decir:

—¿Y no se habla de la causa de esa desgracia? Será sin duda alguna mujercilla, porque el tal D. Alonso....

—Todos decian que es en efecto un gran libertino; pero por esta vez parece que no son las mujeres la causa de su desdicha.

Esta respuesta de Fortun fué para el llagado corazon de la esposa del doctor un poderoso lenitivo, merced al cual se sintió capaz de proseguir el diálogo sin vender los secretos de su alma. Repuso, pues, ya serena:

—¡Qué me dices! Entonces serán cosas del juego, ó altercados en la *conversacion*, que á eso van allá los hombres.

—No señora; y á vuesa merced no tengo dificultad en decirle que los señores de la audiencia (Fortun no lo sabia, pero lo adivinaba) atribuyen ese lance á cierta conjuracion....



—¡Conjuracion, Dios mio!

—Sí señora, y hace vuesa merced muy bien en asustarse, porque es una cosa horrible, un riesgo tremendo el que nos amenaza.

—¡Vaya, Fortun, tú sueñas!

—¡En tal caso sueña la audiencia. Le digo á vuesa merced que hay una conjuracion; que anoche no solo fué herido D. Alonso, sino que asesinaron á otro desdichado; que el *Marques* acaudilla á los conjurados....

—¿Y D. Alonso, dices, que está complicado en esa soñada conjuracion?

—¡Oh! sin duda alguna; y no es sueño, señora; si alguien sueña son los conjurados, y á esos ya los despertará el doctor por medio del verdugo.

—¿Pero hay pruebas de esa maldad?

—Las habrá, señora, no se inquiete vuesa merced por eso: ya *tenemos* testigos, y abonados.

—Pero, Fortun, si todo eso se decia allá en el tribunal públicamente, repetiráse pronto en la plaza y llegará, si no llegó ya, á noticia de los conjurados, que una vez advertidos....

—No, señora mia, no: los conjurados se creen seguros, y lo que yo confio á la mucha discrecion de vuesa merced, lo *sabemos*, muy pocos.

—¡Hola! ¿Conque lo sabeis muy pocos?

—Tan pocos, que como el doctor no sea....

—¿Y podrás esplicarme, Fortun, cómo ha llegado á tu noticia secreto tan importante? Porque no sé yo que mi esposo te haya elejido hasta ahora por confidente.

La vanidad del paje le hizo caer en un lazo que no advirtió hasta hallarse ya en él enredado y sin fuerzas para romperlo, al paso que mejoró notable é inesperadamente la posicion de su señora.

Confesemos en honor de la verdad y descargo del pobre mancebo, que al mas hábil le acontece otro tanto si se deja llevar del calor de la conversacion con una mujer; porque en ellas el talento de lo *imprevisto*, y el tacto para aprovechar las ocasiones y convertirse de *reos* en *actores*, como diria Ceinos, son injénitos, perspicaces y casi infalibles.

Como quiera, Fortun estaba en la trampa antes de advertirla, y completamente á discrecion de doña Beatriz, que momentos antes no sabia ella misma cómo salir del paso, y llegar á su objeto sin grandes sacrificios ó pecuniarios ó de amor propio.

No siendo, sin embargo, su ánimo abusar de la victoria, sino aprovecharse de ella, despues de gozarse un momento en la confusion del atribulado mancebo, díjole entre benigna y severa:

—La curiosidad indiscreta, seor Fortun, es en un hombre vicio feo, que á él ha de costarle cara si no se enmienda.

—Yo, señora....

—Tú has escuchado á la puerta del estudio de tu señor, como sueles hacerlo.... No mientas: te he visto yo mas de una vez. Por esta quiero perdonarte, mas á condicion de que me obedezcas sumiso, y fiel me sirvas.

—Sin eso, ya sabe mi señora que soy todo suyo.

—Bueno está, Fortun: obras son amores....

—¡Ah! Si como el amor han de ser las obras, las mias....

—¿Quiere que añada ese capítulo mas á su relacion de méritos para con el doctor? Fortun, sepa, pues que lo ignora, y ya que los mandamientos de la ley de Dios no bastan á enfrenar sus antojos, que antes de osar decirles una sola palabra de galanteo á mujeres de mis prendas, es preciso servirlas meses y años, con fé y sin esperanza. ¿Lo entiende?

Si el pobre D. Alonso de Avila, á la sazon todavía casi cadáver, pudiera oir las razones de la *Doctora*, que así solia él llamarla, dificilmente contuviera la risa: mas para Fortun eran *dinero contante*. ¡Dichosa la juventud que en todo cree!—Respondió, por tanto, el paje á su señora.

—Mande vuesa merced, disponga de mí como un esclavo, que solo espero oir sus mandatos para ejecutarlos puntualmente.

—Y no te pesará, Fortun, hacerlo así. Oyeme: he venido á buscarte, porque una amiga mia, doncella y recatada, pero no insensible, que tuvo la debilidad, antes de que D. Alonso se casara, de recibir de él algunos papeles y darle respuesta tambien por escrito, que es lo peor del caso, teme por razon que, si ese caballero fallece (lo cual Dios no permita), ó su dolencia se prolonga, puedan sus billetes caer en tales manos que le cuesten á ella la honra. La tal amiga, Fortun, que vive tan guardada que no es señora ni de una sola de sus acciones, rogóme esta mañana en misa, con tales veras y tan tiernas lágrimas, que la sirva en esta su necesidad estrema, que haciendo mio su dolor, confiésote que estoy tan desasosegada é impaciente, como si de mí se tratara. No quiero, sin embargo, comprometer en el lance mi fama hasta hoy ilesa, que sin esa consideracion facil me fuera hacer yo lo que á tí voy á rogarte que hagas.

—Ya he dicho á vuesa merced, que á todo estoy dispuesto por servirla.

—¿Te encargarás de llevar un billete de mi amiga?....

—¿A D. Alonso?

—No, pues que en tal mal estado se halla.

—¿A quién, pues?

—¿Conoces á un caballero que llaman D. Fernando de Valdestillas?

—Sí tal; muy galan, aunque todavía, como yo, casi rapaz: hijo de un viejo, de quien el doctor dice que no le hay mas peligroso en Nueva-España, fuera del marques del Valle.

—Poco me importan el anciano y la opinion que de él tenga el

doctor; lo que hace el caso es que D. Fernando tiene estrecha amistad con D. Alonso, y á él es á quien debes de entregar el billete que te daré.

—¿Llevaréselo á su casa?

—No, Fortun, que el padre del mancebo ó alguno de sus criados pudiera conocerte y creer que yo.... No: lo que hay que hacer es, que despues de vísperas te vayas á la plaza mayor....

—Comprendo, señora.

—Y si no, mejor será todavía y menos ocasionado que le esperes cerca de casa de D. Alonso: siendo tan su amigo, no dejará de ir á visitarle.

—Tiene vuesa merced razon, como siempre.

—No vayas hasta la caida de la tarde.

—Y si á la hora del rosario no hubiese despachado mi comision, qué dirá el doctor?

—No se me habia ocurrido tal dificultad.

—Diga lo que quiera; achacaré la falta á cualquier devaneo, y si me castigare, sufrirélo hasta con deleite, por amor de mi señora.

—Si así prosigue el pajecillo (esclamó entonces doña Beatriz un tanto enternecida por la caballerosa réplica de Fortun), dentro de poco no será cuerda la que á solas le busque. ¡Lástima que le entierren entre Bártulos y Procesos!

—¡Ah! (Prorumpió á su vez entusiasmado el paje, y arrojándose sobre la diestra de su señora con tal presteza que no tuvo ella tiempo de retirarla.)—Si yo supiera dar gusto á vuesa merced de ese modo, presto trocara los libros por la espada, y el balandran por el coleto.

Mientras así decia, casi de hinojos á los piés de Beatriz, besábale tan ardientemente la mano, y con tal fuego la miraba, que le fué preciso á la dama apartarle de sí, no sin alguna violencia, esenta empero de enojo; y ponerse de un salto en la puerta de la estancia, diciéndole al mismo tiempo:

—¡Ah Fortun, Fortun! ¡Siempre abusais de mi induljencia! Yo me tengo la culpa.

—Perdone, señora mia....

—Basta, y tenga entendido que le haré despedir de casa, si otra vez....

—¡Despedirme! Por el cielo santo que mas quisiera vivir en galeras que lejos de vuesa merced.

—Pues modérese el paje, si han de consentirle que aquí viva.

—¿Y el billete, señora?

—Venga dentro de media hora á buscarle á mi estancia con cualquier pretesto. Yo le diré al doctor que le he enviado á buscar unas conservas al convento de las agustinas.

—¿No me deja enojada, señora mia?

—Enojaréme si volvemos á las andadas.



—¡Es vuesa merced tan bella!

—No hay con su locura mas recurso que el de no escucharle.

Y en efecto, la esposa del doctor se retiró á su estancia; mas por el camino íbase diciendo: "Este Fortun es ya casi un hombre, y á fé que, aparte su buen parecer, los hay barbados y muchos, que no le igualan ni en discrecion ni en ternura. ¡Si no fuera un simple pajecillo, y si no anduviese por el mundo D. Alonso! ¿Quién sabe lo que suceder pudiera?"

Mientras Fortun, que aunque inesperto y como tal todavía inhábil, tenia escelentes y felicísimas disposiciones, si no para el estudio de las leyes que le repugnaban hasta el estremo, sí para ser en su dia uno de los mas favorecidos galanes de las bellezas prócsimas á su ocaso en la modesta clase media de la sociedad, no ocultándosele del todo la impresion que habia en su señora producido, *monologuizaba* (páseseme el verbo) de esta suerte:

—Doña Beatriz me elije por su confidente: luego me estima.

Doña Beatriz me huye: luego me teme.

Pues digo que, si una vez estimado y temido, no acierto á hacerme amar, soy el mas desdichado ó el mas torpe de todos los pajes presentes, pretéritos y futuros.—Empecemos por hacer méritos: á su tiempo ecsijiremos la recompensa.—Ahora á llevar el billete de su amiga.... ¿Será ella misma la tal amiga? Bien pudiera ser, mas ¿para qué tal engaño, pues goza libertad bastante para hacer cuanto se la antoja, y no es mujer que tratándose de su gusto se para en barras? El billete no es suyo, y si lo fuera, que lo sea; que al cabo dentro de casa me quedo, y como dice no sé qué autor profano, si no es sagrado: del enemigo doméstico ¿quién se libra?

Volvemos á repetir que nuestro paje era habilísimo en la dialéctica, cuyas lójicas deducciones, al asunto en cuestion aplicadas, le condujeron como por la mano á ser correo de doña Beatriz, aumentar el número de las misivas que para D. Alonso recibió el jóven Valdestillas, y sobre todo á asegurarse por el momento la proteccion de su señora, preparándose para mas tarde (así lo creia) un porvenir de mas íntimas y halagüeñas relaciones.

Por lo que respecta á la esposa del doctor, el que con atencion y buena memoria haya leido la primera parte de esta verídica historia, recordará que del nombre de Beatriz hizo mencion D. Fernando en el diálogo que refiere el capítulo III, al enumerar las damas de Avila de que él tenia noticia.

Tres semanas contaba de fecha aquel galanteo el 23 de Abril, tiempo para D. Alonso mas que sobrado á cansarle, no de una, sino de tres doctoras; pero que á la interesada parecia brevísimo plazo, sobre todo para que una espada homicida le arrebatase el galan, sin darle á ella siquiera el tiempo necesario á tener un consolador preparado.

Atribulóse, por tanto, y sincerísimamente cuando el 24 por la ma-

ñana, despues de esperar en vano durante tres eternas horas al apuesto seductor D. Alonso, supo por la voz pública la desgracia á aquel ocurrida la noche anterior.

Pasada, empero, la impresion primera, el demonio de los zelos suscitó en su alma la idea de que D. Alonso habia sido herido á causa de cualquier otro de sus muchos galanteos, y en tal persuasion se decidió á valerse de Fortun, tanto para averiguar la realidad de sus temores, cuanto para hacer llegar á manos del galan un billete agri-dulce, de los que las mujeres escriben para que ni lo amoroso desvanezca, ni el desden aflija á quien los recibe.

Mas con las revelaciones, en realidad importantes que debió á la irreflecsiva vanidad del curioso paje de su marido, variaron completamente á sus ojos las condiciones, circunstancias y probables consecuencias de aquel desventurado lance. Y en efecto, siendo verdad lo que Fortun decia, amenazaba la muerte á D. Alonso de dos maneras: inminente la una; mas remota, pero tal vez no menos segura, y positivamente mas terrible la otra. Malo seria que á consecuencia de su herida falleciese: peor que sanando de ella, la audiencia le sacrificase á la vindicta pública, ó á odios de partido, con motivo ó so pretesto de la conjuracion, verdadera ó supuesta, de que hablaba el paje.

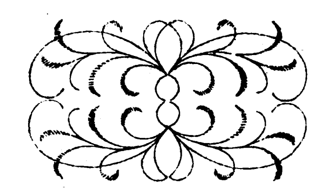
En tal situacion, la mujer galante cedió instantánea y completamente el puesto á la humana y caritativa criatura: alegróse ciertamente al oir que para nada intervino el amor en la desdicha de Avila; mas luego que supo que el doctor y sus colegas le amenazaban con sus jurídicas formidables armas, diérase por contenta, á trueque de salvarle de tal riesgo, con ver á D. Alonso en brazos de una rival preferida. ¡Pobres mujeres! Si no les pidiéramos imposibles, la mayor parte serian en todo tan buenas como son de humanas y compasivas.

En fin, ello es que doña Beatriz, y por eso en vez de entregarle á Fortun el billete que á prevencion llevaba escrito, le mandó pasar á su cuarto pasada media hora, formó la resolucion de avisar á D. Alonso de lo que pasaba, y lo hizo, en efecto, como resuelto lo habia.

¡Cuántos desastres, cuántas lágrimas hubiera acaso, y sin acaso, economizado la lectura del billete de doña Beatriz en tiempo oportuno! Pero sea que no se llega siempre á buen fin por malos medios, sea que el diablo lo enredase, ó que no estaba en el sino del infiel esposo de la bella doña Elvira hacer las cosas como los demas hombres, ni apartarse de la senda en que una vez entraba, el hecho es que durante semanas estuvo incapaz de leer escrito alguno; que cuando Valdestillas, viéndole ya levantado y convaleciente, le instó para que se enterase de los cuatro consabidos billetes, rehusó hacerlo por el primer escrúpulo de conciencia que hasta entonces en tales asuntos le asaltara; y que despues, depositadas aquellas misivas en cierto escritorio, solo una quiso abrir, y esa fué precisamente la que obrando con juicio debiera dejar intacta.

Verdad es, y sea dicho en su abono, que en los sobrescritos de los tres billetes á perpetua prision en el escritorio condenados, fundó tan dura sentencia, por reconocer en el primero la letra de *Beatriz*, que á fuerza de ternura le tenia empalagado; en el segundo la de la hija del otro doctor (Ines), á quien por *culta* no podia ya tolerar; y en fin, en el tercero los caractéres de *Leonor*, la cual, como en su tiempo nos dijo él mismo, inspirábale cierta especie de aprension muy parecida al miedo.

Mas tarde veremos de quién era y qué contenia la privilejiada carta que abrió y leyó D. Alonso, bastándonos por ahora haber consignado la historia del importantísimo escrito de la sensible y mal correspondida doña Beatriz, con lo cual damos fin al presente capítulo.





CAPITULO VI.

CONSAGRADO A DAR CUENTA DE CIERTAS AVENTURAS DE DOÑA CATALINA PONCE DE LEON, D. BERNARDINO PACHECO DE BOCANEGRA Y D. ALONSO DE AVILA.

Si como, gracias al cielo, hemos nacido católicos apostólicos cristianos, naciéramos jentiles, diriamos que la fortuna tiene dias destinados á urdir la trama de ciertos sucesos, á tender las redes para determinados mortales, y á ahondar las profundidades en que á otros sepultar se propone; y dijéramos eso á propósito del 23 de Abril de 1566, dia que la mayor parte de los personajes que hasta ahora llevamos puestos en escena, debieran en sus fastos marcar con piedra negra.

Pero como segun el *catecismo* no nos es lícito creer en agüeros, hechicerías, ni cosas supersticiosas, preferimos á la teoría del fatalismo, la mucho mas consoladora de atribuir á las impenetrables profundas miras de la Providencia lo que el pagano llama fatalidad, y casualidad el escéptico: supuesto lo cual, procederemos de nuevo á continuar nuestro complicado relato, consagrándoles especial y determinadamente algunas pájinas á personas de que solo hemos hecho hasta ahora mencion incidentalmente.

Sigamos, para empezar, al melancólico ecsaltado caballero D. Ber-

nardino Pacheco de Bocanegra, á quien dejamos no ha mucho saliendo de su casa, armado de espada y rodela y en compañía de Chacon, su lacayo.

Amo y criado atravesaron plazas y corrieron calles en profundo silencio, hasta llegar á una harto distante del centro, y frente á la mas notable de sus casas, cuyo aspecto, por lo severo y destartalado, mas era de palacio encantado que de aristocrática mansion. Bocanegra dijo á su criado:

—Retírate, Chacon, á aquella esquina, y si alguien se acerca haz la señal convenida.

—Mire vuesa merced, replicó el lacayo, que ya el dia comienza á despuntar y es fácil que alguien nos vea.

—La muerte de Garci-Perez, repuso melancólicamente D. Bernardino, te trae sobresaltado, pobre Chacon, y no sin motivo. Recójete, pues, á casa, que no es razon que paguen los criados las desdichas de sus amos.

—Vuesa merced, insistió el tenaz servidor, se engaña si cree que por miedo le advierto la prócsima venida del dia; poco importa que á mí se me vea ó no, á esta ó á otra hora, aquí ó fuera de aquí; pero á vuesa merced....

—Bien, Chacon, bien: te agradezco la buena intencion; pero ya tú sabes que no está en mi mano sustraerme á los decretos del destino. Retírate, pues, como te he dicho, á aquella esquina, y no perdamos hablando el poco tiempo que ya esta noche me queda.

Obedecida por Chacon la órden de su amo, acercóse este á una reja de la casa que rondaba, reja saliente de las que tienen dos cuerpos, de los cuales el superior se abre como ventana, y cierra con candado y llave; y reja toda ella interiormente revestida, por decirlo así, de una tupida celosía, en la cual con el pomo de la daga dió D. Bernardino hasta tres golpes compasados, silbando despues para completar, sin duda, la seña. Pocos instantes despues abrióse cautelosamente la ventana interior, y un acento femenino, preguntó:

—¿Sois vos, Bernardino?

—¿Y quién sino yo, alma de mi vida (respondió el caballero), pudiera ser á tales horas y de esta manera? Por Dios, Catalina mia, que no vuelvas á hacerme tal pregunta, que con ser como involuntaria en tí, enciende en mi corazon, sin que remediarlo pueda, la llama de los zelos.

—No seas desconfiado, repuso Catalina (que doña Catalina Ponce de Leon era la mujer á quien Pacheco idolatraba con ciego frenesí); no seas desconfiado, Bernardino. Si no te amase ¿te hubiera hecho el sacrificio de mi honra, por ventura? ¿Si no te amase, Bernardino, imajinas que correria, cada noche y aun cada dia el riesgo á que me espongo? Tú no conoces á Juan Ponce, que si le conocieras, no



dirias que su mujer no te ama, cuando por tí se espone á ser su víctima.

—¡Su víctima tú, bien mio! No lo digas, no lo imajines siquiera, ó por lo menos que yo no lo sospeche; porque....

—¿Y qué has de hacer, Bernardino? Juan Ponce es mi marido; y castigando á su esposa infiel haria justicia, y no mas que justicia.

—¡Catalina! ¡Catalina! ¿Quieres volverme loco? ¿No te he dicho mil veces que si ese hombre osara amenazarte siquiera?....

—¿Qué habias de hacer, vuelvo á preguntarte, Bernardino?

—Matarle, Catalina.

—¿Serias capaz de eso? ¿Me amas hasta ese punto?

—Mil veces te lo he dicho, y sin que yo te lo dijera, demasiado lo sabes tú, mi dulce dueño. Te amo con delirio, todo mi ser se emplea en adorarte, no tengo un pensamiento que para tí no sea.

—¿Ni las ambiciosas aspiraciones, Pacheco?

—No, Catalina; ni esas tienen tampoco otro fin en mi pecho que el de servirte y engrandecerte. Si me he lanzado á cuerpo perdido en la audaz empresa de D. Martin Suarez, ¿por qué, para qué ha sido, desde el primer momento, y será hasta el último de vida? Porque tú, mi Dios en la tierra, lo quisiste; porque en el triunfo libro la esperanza de poder consagrarme á tí pública y esclusivamente, de poseerte, en fin, solo, sin obstáculo ninguno.

—No delires, Bernardino: aun cuando ese plan vasto, inmenso, grandioso, que como á tí me ha seducido, llegase un dia á realizarse, ¿dejaria yo de ser la esclava de Juan Ponce?

—¡Otra vez, Catalina! ¡Siempre lo mismo! ¿No me has dicho tú misma que *ese hombre* nunca será de los nuestros?

—Sí, te lo he dicho y vuelvo á repetírtelo: mi marido es amigo del *marqués*, pero nunca, estoy de ello segura, nunca tomará parte en lo que él llamaria una *traicion al rey*. Cuando alguna vez, á pesar de lo poco que nos hablamos, se ha tratado entre nosotros de los bandos que á México dividen, ¿sabes lo que me ha dicho? "Los del marqués "pueden llevar razon en algo, pero la pierden ecsajerando las quejas "y produciéndolas con visos de sedicion; los de la audiencia abusan "de su poder, pero ese poder es, al cabo, el lejítimo, porque el del "rey representa; y si por desdicha se llegare á las manos, obligacion "será de todo aquel que de leal se precie, ponerse de parte de quien "bajo el pendon real milite."

—Pues bien, Catalina idolatrada, en eso precisamente estriba mi esperanza. Juan Ponce no es cobarde; cuando á las armas se acuda, y ese dia no está lejos ya, él irá á alistarse so el pendon real de Castilla; tu amante, vida mia, militará bajo la imperial enseña de México. Entonces ¡ah! ¡por qué no es hoy ya ese entonces? Entonces yo te aseguro que él y yo nos encontraremos en campo abierto, y que la espada decidirá nuestra contienda.

—¡Bernardino mio, me hielas la sangre en las venas! Tú eres valeroso y diestro; pero la fortuna caprichosa, y ella sola decide de la suerte de las armas. ¡Si Ponce triunfara!

—Y cuando á sus manos perezca, ¿piensas tú que no es preferible la muerte al suplicio en que vivo? ¡Ah, Catalina, Catalina! Si amases como yo te amo, comprenderias lo que padezco, y quisieras antes verme en la tumba que en el potro en que agonizo. Los zelos me devoran.

—¡Zelos! ¿Y de quién? ¿Pues acaso miran mis ojos á otro hombre que á tí?

—Tus brazos, Catalina, se abren para otro.

—Bernardino, ó perdiste el seso, ó me ultrajas indignamente.

—No, mi bien, no; no me comprendes.

—Esplícate, pues.

—Es inútil.

—Te lo ruego.

—Hablemos de otra cosa.

—Lo ecsijo, Bernardino.

—Y bien, cruel, ¿no es *ese hombre* tu marido? ¿No tiene derechos?

—¿No....

—¡Y de *él* tienes zelos!

—Continuos, ardientes, devoradores, Catalina.

—¿De mi marido?

—Por eso, porque sé que no puedes sustraerte á sus caricias.

—¡Oh! ¡Ese es mal inevitable!

—Lo sé, Catalina; pero por lo mismo mi paciencia no basta á sufrirlo. Si no te amase de tal modo que tu amor y mi ecsistencia son una misma cosa, mil veces hubiera huido de tí, y huido para siempre. Mi conciencia se rebela contra el papel indigno de un caballero, que aquí estoy desempeñando; mi altivez no se aviene con el engaño de que vivo; cada vez que á Juan Ponce encuentro en la calle, el rubor me abrasa la frente y la cólera me arrebata; la presencia de ese hombre es para mí, como noble, un vivo remordimiento, como amante, un buitre que sin cesar me roe las entrañas. No es posible que así prosigamos; no es posible, te lo juro por tus divinos ojos, que son la luz de los mios. El ó yo debemos desaparecer pronto de la tierra; y asi será: á fé de caballero lo prometo.

Mientras con frenética, sombría ecsaltacion, hablaba de esa suerte el delirante Bocanegra, Catalina le escuchaba tras de su celosía, con una sonrisa en los delgados labios, con un gozo en la ardiente mirada, con una espresion, en fin, de la cual solo formará idea quien conciba la actitud y porte del príncipe de las tinieblas, cuando á fuerza de artificios consigue precipitar al ser formado á imájen y semejanza de Dios, en el abismo insondable del eterno llanto.

Fácilmente habrá penetrado el lector que todo el sistema de la pér-

fida esposa de Juan Ponce de Leon, consistia, con respecto á su enamorado, en ponerle siempre, y de continuo, y de relieve, ante los ojos la persona del marido, poco dispuesto en verdad á tolerar que le infamasen; pero al mismo tiempo, ya por su método de vida, ya por su falta de práctica en la sociedad, y hasta por la aversion que á sus usos profesaba, poco á propósito tambien para estorbar los desórdenes de Catalina.

¿Cuál era, pues, la causa del infernal propósito de aquella mala hembra? Precisamente una á que ni remotamente aludia: Juan Ponce, caballero de raza, pero labrador por inclinacion y trabajador por hábito, detestaba el lujo, era amante del órden y la economía, y jamas hubo medio de que consintiese á su mujer el fausto y disipacion en que ella vivir quisiera, y que fué ademas el cebo que á casarse la condujo.

Juan Ponce de Leon era hombre bien acomodado, rico, si se quiere, para su época, pero la fama le suponia opulento como á Creso; y Catalina, criada en la escasez de la casa de un pobre hidalgo, anhelaba desde sus primeros años ser opulenta; "porque una vez que yo lo "sea (se decia), belleza y discrecion tengo para que conmigo lu-"che mujer alguna."

Así pensaba ya Catalina cuando era una niña, en la edad de las ilusiones, en la época en que las almas bien templadas no comprenden siquiera el significado de las palabras: *codicia*, *ambicion*, *cálculo*. Mas no se crea que, cándidamente precoz en cálculo, ambicion y codicia revelase al mundo aquella nativa lepra de su alma, no; Catalina nació artificiosa y falsa como nace feroz la hiena. Verdadero tipo de esos humanos sepulcros blanqueados, de que tan poéticamente nos habla el Evanjelio, ó para valernos de mas profana comparacion, como las visiones de las leyendas del Norte, que bajo la figura de una jóven cándida y pura, ataviada cual la vírjen mas inocente al acercarse á los altares, y de blancas rosas coronada, atraen á sí al fascinado protagonista, para trasformarse súbito en horribles esqueletos, y ahogarle entre sus descarnados brazos; Catalina, decimos, sepulcro blanqueado, esqueleto con mentidas vestiduras engalanado, carecia de corazon y era rica en todo jénero de gracias, amen de seductoramente bella.

Tal la conoció D. Alonso de Avila en los primeros años de su mocedad, y cuando, aunque ya lanzado en la carrera de la disipacion, porque su índole y la falta de serias ocupaciones, por tan mal camino le llevaron desde luego, no tenia, sin embargo, aún completamente gangrenada el alma.—Galanteaba ya entonces á las mujeres todas, pero sin otra malicia que la de la mariposa al libar cuantas flores encuentra, porque tal era su instinto; mostrábase inconstante, mas sin designio, solo porque la última impresion producia en él mas efecto

que todas las anteriores; sus continuas infidelidades á la que por el momento amaba, consistian en que, cuando á una dama prometia lo que á cumplir no acertaba, el primero y mas engañado era él mismo. En resúmen: podia y debia llamarse á D. Alonso un *calavera*, de ningun modo un seductor de oficio, un *Lovelace* de sus tiempos, un D. Juan Tenorio de los antiguos, cuando Catalina y él se conocieron.

Para rejenerar á un hombre cual era entonces Avila, se necesitaba una mujer con la belleza, gracias y talento de doña Catalina, pero tambien con la buena fé, con la rectitud de intenciones, con la moralidad, en fin, de que aquella carecia. Desdicha fué de D. Alonso, y desdicha grande, irreparable, encontrarse con tal criatura, y que ella tuviese las apariencias de un ánjel, siendo en realidad un diabólico espíritu, precisamente en esa época decisiva en la vida del hombre, en la cual, pasando del periodo de la primera juventud al de la virilidad completa, entramos los mas en la senda que hemos de correr durante el resto de nuestra peregrinacion en este valle de lágrimas. *Así estaba escrito*, diria un mahometano: *así sucedió*, y no mas podemos decir nosotros.

Catalina, aunque pobre, era la doncella mas hermosa, mas en boga allá en México al regresar D. Alonso de Castilla, á donde para que estudiase le habia enviado su padre, vivo á la sazon todavía. Digamos de paso que el bueno del rapaz no quiso pasar del *quis vel qui*, pero en cambio volvió á su casa gran tirador de barra, diestro en la esgrima, airoso y lijero en la danza, jinete como un Centauro, sabiendo escribir un billete con pésima ortografía y seductor voluptuoso estilo, audaz como un paje, sereno en los lances difíciles como una mujer de mundo, gastador como el hijo pródigo, capaz de perder al golpe de un dado todo el imperio mexicano sin que la color se le mudase siquiera, y pensando solo en acometer una diablura cuando de otra salia apenas, bien ó mal, segun la fortuna lo ordenaba. Tales prendas fueron tan poco del gusto del anciano Avila, que para evitar que del hijo mayor se propagasen al segundo, hizo que este, llamado Gil Gonzalez, saliese inmediatamente de México, y se pusiera al frente de la labor de la casa; tales prendas, repetimos, poquísimo á propósito para cautivar á un padre, hechizaron sin embargo al bello secso mexicano, haciendo de D. Alonso el hombre á la moda, el galan predilecto de las bellas, la abominacion de las abominaciones á los ojos de las castas esposas, prudentes madres, reverendas dueñas y zelosos maridos.

Sus primeras campañas fueron, sin embargo, como las de todos; creiase conquistador cuando era conquistado; tomaba con frecuencia las *ventas* por *castillos*, y solia afanarse por lograr lo que con estarse quieto consiguiera fácilmente. Su prodigalidad dejeneró en ocasiones en sandez, sirviendo para alimentar á tahures y rufianes; su valor, en otras, le hizo temerario; y en fin, antes de ser realmente *oriji-*

nal, triste privilejio de que la fortuna es avara, pasó por estravagante. Con la esperiencia y el tiempo sus facultades fueron equilibrándose, y al entablar sus relaciones con la que hemos conocido ya esposa de Juan Ponce de Leon, hallábase, como apuntamos arriba, en el crítico punto que marca los inciertos límites entre la juventud propiamente dicha y la virilidad, en esa época en que el hombre frisa en la madurez sin *dejar aún de ser jóven.*

Catalina habia puesto los ojos en D. Alonso desde que aquel apareció en la escena del mundo: pero el recato, ó mejor dicho, reclusion claustral en que su anciano padre la tenia, y la falta de medios para brillar, á mayor abundamiento, fueron muchos meses obstáculos invencibles á la realizacion de sus planes.

Por otra parte, D. Alonso estaba en todas partes cuando no se le buscaba; en ninguna para quien hallarle queria. Ya en el juego de la pelota, ya en la plaza; tan pronto á caballo en el campo, como á pié haciendo terreno; ora en la *conversacion* con los caballeros sus iguales, ora, en fin, con los mas pobres indios en sus chozas. Alguna vez herido, muchas mas retraido en alguna iglesia, mientras su padre á costa de sacrificios pecuniarios, concertaba con los por él maltratados, que de su justa *querella* desistiesen, desaparecia Avila por temporadas forzosamente, y por su voluntad tambien cuando en pos de alguna bella aldeana corria los campos ó no avecindaba en alguna alquería. Para una doncella, pues, que si podia engañar y engañaba la vijilancia de un padre mas severo que avisado, hasta el punto de *pelar la pava* durante algunas horas de la noche, ó de dar oidos á su galan al ir ó volver de la iglesia, merced á la habitual complacencia ó complicidad de las dueñas, no alcanzaba sin embargo libertad suficiente para correr la ciudad, sus arrabales y cercanías; encontrarse con D. Alonso, solo de la casualidad podia ser obra.

Pero la casualidad en tales asuntos suele ser menos rebelde á los votos de los humanos de lo que jeneralmente se cree.

Sucedió, al año poco mas ó menos de su regreso á México, que Avila fué sorprendido á deshoras y á solas con una bella portuguesa, por el marido de esta, *Fidalgo* muy *finchado*, pero menos finchado que valiente, y mas aún que valiente celoso. Arrojóle de su patria el temor á la Inquisicion, que trataba simplemente de *tostarle* con toda solemnidad, por el delito enorme de haber oido cantar (muy mal por cierto) en un malhadado banquete, á que le convidó cierto rico judío de Lisboa, una copla no muy ortodocsa sobre la venida del Mesías. Milagrosamente y perdiendo su hacienda y caudal, acertó salvar de las garras del Santo Oficio su persona y su mujer, morena picante, que, segun voces, no disgustaba á uno de los señores inquisidores; fuese á México en busca de la fortuna, y su mala suerte le deparó, en vez de los tesoros que buscaba, un enjambre de galanes codiciosos de la hermosura de su consorte. Creia el buen Fidalgo hasta entonces

haberse libertado de una desdicha, merced á su esquisita vijilancia; y al convencerse por el testimonio irrecusable de sus propios ojos, de que D. Alonso se tomaba la libertad de afiliarle en la cofradía del señor San Márcos, ó mas bien, segun la enérjica espresion del inmortal *Quevedo, le convertia en fiero atril de San Lúcas*, apenas vió al galan caballero en la estancia de su esposa, tiró la espada y acometióle denodadamente.

¿Qué habia de hacer Avila?—Defenderse, aunque muriéndose de risa; porque no podia remediarlo: la cólera de un marido infeliz era para él espectáculo el mas cómico posible; y el portugués, ademas, pequeño de cuerpo, vano en consecuencia, y reventando de cólera, proferia tales denuestos, y tales contorsiones hacia, que de verle se reia la tristeza misma.

Sin embargo, aquel *maridillo* manejaba la espada con mas destreza y alientos que muchos otros *maridazos* de gran talla y majestuoso continente, y un puntazo, por dicha no profundo, recibido en el pecho, hizo comprender á D. Alonso de que su risa era por lo menos intempestiva.

—¡Hola! (esclamó.) ¿Conque va de veras, señor mio? Pues ya que vuesa merced lo quiere, guárdese, que allá voy yo.

Y acompañando la accion á las palabras, tomó tan vigorosamente la ofensiva, que á pocos lances dió con el portugués á sus plantas.

Durante el combate, la linda portuguesa se habia puesto en salvo, por manera que Avila, ya sin mas cuidado que el de su persona, juzgó oportuno, por si su contrario habia muerto, que tal parecia, tomar el camino de costumbre, es decir, el de una iglesia; que por aquella vez fué la de San Francisco.

Deciamos que aquella vez se fué á tomar iglesia en el convento de la Orden seráfica, y debemos añadir que á ella se encaminó solo por ser apurado el lance, la hora ocasionada, y no haber templo mas inmediato al lugar de la escena. Sin tales circunstancias, hubiérase abstenido, como hasta entonces, de refujiarse en aquel monasterio; porque de sus frailes habia recibido la primera educacion, de su iglesia era mas devoto que de ninguna, y no quisiera que ni ellos le sorprendieran en flagrante calaverada, ni ante las imájenes que le oyeron tartamudear casi en las faldas de su madre las primeras oraciones que pronunció su labio, presentarse como culpable.

¡Singular conjunto de contradicciones es el corazon humano!

El libertino era creyente, aunque sin discernimiento; el pendenciero á la luz del sol sin escrúpulo alguno, aterrábase ante una imájen devota, como si Dios no asistiese igualmente en todas partes.

Mas D. Alonso era así, y así le pintamos.—Es de advertir que Catalina, habiendo averiguado, á fuerza de paciencia y de habilidad, que Avila solia frecuentar mas la iglesia de que tratamos que otra alguna, la habia escojido tambien para oir en ella misa diariamente; por ma-

nera que al cabo logró lo que deseaba, que era hacerse con el galan famoso la encontradiza.

La *casualidad* se le mostró propicia: la herida del portugués fué grave aunque no mortal; el hombre estaba furioso; la mujer no parecia, ni era fácil, porque se embarcó para Europa en compañía de un *Tudesco*, pretendiente á sus encantos, que como mujer previsora, tenia en reserva para un lance apurado, y se hallaba á punto de partirse ya bien acomodado.

La conciliacion, pues, era difícil, y á pesar de los esfuerzos del anciano Avila, el retraimiento de D. Alonso se alargó hasta seis semanas, durante las cuales diaria y forzosamente se vieron los dos jóvenes.

Y como para él ver á una mujer hermosa era equivalente á enamorarse de ella, y ella estaba rabiando por dejarse conquistar, sobraron tres semanas de las seis para que se pusieran ambos completamente de acuerdo, y tan completamente, que cuando el convaleciente Fidalgo se avino á aceptar la pérdida de su mujer, y cien castellanos de oro, amen de la cura pagada, en compensacion de la sangre que habia perdido y de los adornos frontales que habia ganado, ya D. Alonso, escalando casi todas las noches las tapias de la huerta del convento, iba á pasarlas al pié de la reja de Catalina.

Esta, sin embargo, conociendo que es mucho mas difícil aún conservar que adquirir, iba recojiendo velas á medida que Avila se engolfaba; y así al cabo de no mucho tiempo, D. Alonso era completamente su esclavo, D. Alonso la amaba, y amábala sincerísimamente.

¡Oh, si las mujeres pudiesen ó quisieran comprender el daño que á la sociedad y á su mismo secso preparan engañando las esperanzas, destruyendo las ilusiones, emponzoñando sin misericordia el corazon de un hombre! ¡Mas por qué acusarlas á ellas solas? ¡No somos nosotros tan culpables, mas acaso que ellas, por lo mismo que la naturaleza nos hizo mas fuertes?

En ese círculo fatal y vicioso en que jiran las pasiones humanas, quizá mirando en conjunto las culpas y las decepciones se compensan; acaso el que hoy engaña fué ayer engañado, como el que es engañado hoy, engañará mañana. Lo triste es que las mas veces pagan inocentes por pecadores.

Mas como quiera que sea, el primero, el único, el sincero y profundo amor de D. Alonso, fué Catalina. Hasta conocerle habia apenas libado la copa del placer, interesándose solos sus sentidos; ella, ella sola acertó á absoverle, por decirlo así, en su voluptuosa atmósfera, y á encadenar aquella voluntad que indomable parecia.

¡Amábale ella en recompensa? No hallamos fórmula concisa y clara para responder á esa pregunta. Si ama á un hombre la mujer que le prefiere á los demas, porque le considera mas galan, mas valeroso, mas fuerte que á todos; si es amor el fuego carnal, si prueba

pasion el abandono, amaba á D. Alonso, amor tenia, apasionada estaba Catalina. Mas si por amor se entiende el sentimiento sublime que enlaza con fuertes nudos á dos corazones puros; que hace unísonas dos almas; que espiritualiza la voluptuosidad; que hace voluptuosos los sacrificios; que, en fin, escluyendo hasta el egoismo, nos conduce á respirar esclusivamente por el objeto amado, entonces Catalina no podia amar á hombre alguno.

D. Alonso, porque en él procedia la disipacion de esceso de vida, de sobra de espansion en el alma, de predominio del sentimiento sobre el juicio, amó de veras; y Catalina, cuya conducta hasta aquella época parecia irreprensible, siempre corrompida en frio y *á priori*, ni le amó ni amarle podia.

No obstante, Avila fué su preferido; ningun hombre antes ni despues le conmovió como él.

Supuestos tales antecedentes, razon tendrá el lector en preguntarnos: ¿por qué no se casaron?-Porque, respondemos, Catalina preferia á D. Alonso, mas no le amaba, y de amar á preferir hay distancia inmensa.

Espliquémonos: el padre de Avila vivia, y aunque inmensamente rico, siendo su caudal fruto de su fortuna en la conquista, de su industria despues, y de su arreglada conducta siempre, podia disponer de él como mejor le pareciese. Por el momento, pues, D. Alonso era un *simple hijo de familia*, atenido á la jenerosidad del autor de sus dias, jenerosidad de que usaba y abusaba tan sin medida, que en mas de una ocasion hubo de acudir á los usureros para salir de apuros.

En tal estado, calculó Catalina muy cuerdamente que no consentiria el anciano Avila gustoso en que su hijo se casase con una mujer como ella, hidalga lo bastante no mas que para no ser de familia *pechera*, y con caudal que apenas llegaba á redimirla de la miseria. De casarse, por tanto, habia de hacerlo contra la voluntad del suegro, de lo cual se seguiria que el viejo dispusiese tal vez en vida, por medio de una donacion, de la mayor parte de su caudal en favor de Gil Gonzalez de Avila, el hermano menor de D. Alonso.

—¿Qué importa eso? Decia este á su amada. Yo trabajaré, mi Catalina, para sustentarte. El amor suplirá lo que nos falte. Ademas que yo sé quién es mi hermano, y que no me dejará ser pobre cuando él sea rico.

—¡Tú trabajar! (contestaba ella.). El buen deseo te engaña; á ti te hizo Dios, Alonso, para la holganza y los placeres, para el amor y las armas, como á mí para la voluptuosidad y la grandeza. ¡Pero trabajar nosotros! Delirio es imajinarlo, cuanto mas creerlo. Me dices que tu hermano partirá con nosotros su riqueza: no quiero yo que tú vivas de *limosna*, ni ser esposa de quien á espensas ajenas se mantenga. Esperemos á mejores tiempos.

La alta corrupcion, la inmoralidad profunda tienen pérfida dote de

revestir las fórmulas de la mas escrupulosa delicadeza, envolviendo en ellas esas razones de sentido comun que pudieron llamarse el *egoismo* de los pueblos, y que producen sobre el ánimo poéticamente ecsaltado un efecto análogo al del apagador sobre la llama de una antorcha: estinguir la luz y ennegrecer el combustible.

¿Qué habia de replicar Avila á tan nobles pensamientos y tan cuerdas reflecsiones?

Por otra parte, Catalina habia dispuesto las cosas de manera que no le fuese sobradamente penoso á D. Alonso la necesidad de diferir su enlace; y así, en efecto, resignóse á esperar durante dos años consecutivos. En tan largo espacio de tiempo no hubo entre aquellos dos amantes ni el mas leve disgusto: él, renunciando por completo á toda sociedad que la de Catalina no fuese, llegó por lo ejemplar de su vida á alarmar á su padre, que le creyó enfermo; ella era citada como una de las mas recojidas y recatadas doncellas de México.

Avila se conceptuaba, ya no solo por su pasion, sino tambien por deuda de caballero, irrevocablemente unido á su amada: Catalina en sus entrevistas y en sus cartas mismas le llamaba siempre *esposo:* la consagracion, pues, de la Iglesia faltaba sola al enlace de los dos amantes, cuando inopinadamente estalló la tormenta que debia destrozarle el corazon al futuro esposo de doña Elvira, lanzándole ademas en el camino de la perdicion.

Cierta noche al ir á entrar D. Alonso, como las mas, en casa de su amada, merced á una llave maestra y á la connivencia de una dueña, detúvole Catalina, llamándole desde la reja y diciéndole:

—No entres: padre está desazonado esta noche, no duerme y pudiera oirte; quizá es una temeridad la que cometo en este momento: vete.

Con dolor, pero resignado, íbase ya D. Alonso despues de estampar amorosamente los labios en la mano de su adorada; mas ella llamóle otra vez, y sin ecsordio, sin preparativo de ninguna especie, descerrajó sobre el atónito mancebo á boca de jarro esta frase fulminante.

—Alonso; pídele á tu padre licencia para casarte conmigo; y no vuelvas á verme sin traer una respuesta definitiva.

Acabando de hablar cerró Catalina su ventana; mas bien pudiera permanecer asomada un cuarto de hora sin que ese tiempo le bastase á su amante para dominar el asombro, la estupefaccion que tales palabras le causaron.

Que Catalina quisiera casarse, nada mas natural; pero que en tan intempestiva ocasion y en forma tan gratuitamente hostil, tan insólita y brusca, significase su deseo, no como tal, sino como mandato, ó mas bien como declaracion de guerra, y eso á un hombre con quien en tan íntimas y antiguas relaciones se hallaba, ¿cómo lo habia de comprender el enamorado caballero?

Hé aquí la esplicacion de tal misterio. Habíasele antojado á Juan

Ponce de Leon, encomendero de Acama, como sabemos, y rico propietario ademas, para rendondear una magnífica hacienda de que, á ocho ó diez leguas de México, era dueño, adquirir la pequeña tierra que constituia sola, con algun dinero puesto á rédito, el patrimonio del padre de Catalina. El arrendador que la tal tierra cultivaba y á quien Ponce se dirijió primero, envióle al propietario; y como el encomendero no era hombre que gustaba de perder tiempo en los negocios, en vez de escribir una carta, montó á caballo y fuese en derechura al viejo. Cuando este vió que Juan Ponce estaba antojado, propúsose hacerle pagar caro el antojo: pero el hidalgo labrador entendia de tratos, y la batalla se trabó en regla hasta el punto de que, levantando los contendientes la voz, alborotaron la casa, que era chica. Catalina al oir las voces acudió presurosa al cuarto de su padre; y con verla solo calmóse la cólera del encomendero.

En resúmen, Juan Ponce pagó, no por la tierra, sino por dos ó tres sonrisas de Catalina, y la licencia de visitarla, cuatro veces el valor de lo que compraba. Quince dias despues hizo una segunda visita; entre esa y la tercera medió sola una semana; y á la cuarta pidió, segun todas las reglas del ritual, la mano de la doncella á su padre y señor. El pobre viejo creyó volverse loco de alegría al considerar el bien que por las puertas se le entraba; porque lo era, en efecto, un yerno rico, caballero y señor ademas de una encomienda. Sin embargo, antes de resolver quiso consultar á la interesada, circunstancia que prueba ternura y bondad, tratándose de un siglo en que los padres pretendian que su voluntad fuese siempre la regla absoluta de la conducta de sus hijos. Hoy, para enmendar aquel error, se ha dispuesto que el padre sea simple tesorero de su familia; y váyase lo uno por lo otro. Poco ó nada sorprendió á Catalina la comunicacion de su padre: antes que el mismo Ponce, adivinó ella el efecto que desde el primer instante produjo en aquel hombre leal á par que rudo, de índole tan noble en el fondo, como en las formas poco simpático.

—Pronta estoy, respondió, á obedecer á vuesa merced, padre mio: mas pues á mi arbitrio lo deja, concédame una semana siquiera para pensarlo.

El padre y el novio aceptaron el plazo, yéndose el último al campo á devorar su impaciencia é incertidumbre, que era precisamente lo que Catalina habia previsto y deseaba para realizar el plan que combinado tenia.

De todo estaba ignorante D. Alonso, así como Ponce de Leon de los derechos de aquel, si derechos hay en materias de amor; el sistema de la vida social en la época que pintar procuramos, esplica suficientemente cómo dos hombres podian ser pretendiente el uno, y poseedor el otro de la misma mujer, sin saber respectivamente la ecsistencia el uno del otro. En el siglo XVI no se visitaban las casas

como hoy, á todas horas, sin mas causa que la ociosidad y la galantería; D. Alonso no habia menester rondar la calle ni hacer terreno, poseyendo una llave maestra de la casa de Catalina; Ponce, que no habitaba en México, ni de galanteos entendia, pidió la mano de la que amaba antes aun de declararla su amor: nada mas obvio, por tanto, que el fenómeno, casi imposible en nuestros tiempos, de no sospechar siquiera ni él ni D. Alonso la rivalidad en que estaban.

Avila, no obstante lo singular de la notificacion recibida, obedeciéndola puntualmente, aquella misma noche pidió licencia á su padre para unirse con Catalina. Oyóle el anciano con asombro, mas no con disgusto, pareciéndole buen síntoma que su hijo quisiera casarse; porque ordinariamente se imajina que el matrimonio enfrena las pasiones y las mocedades termina; pero si la idea, en jeneral, mereció su aprobacion, no así la persona elejida, y eso por causas diversas y no infundadas. La desigualdad de las familias, porque los Avilas presumian de rancia nobleza, y la de las haciendas ademas, bastaran y aun sobraran para esplicar la posicion de un padre de aquel tiempo, pero á mayor abundamiento el de Avila era un hombre que no pagándose de apariencias, ni dejándose por el sentimentalismo arrastrar, gustaba poco de la mujer que para nuera se le proponia. Informado de mucho tiempo atrás, por habladurías de los criados que todo lo escudriñan y todo lo comentan, de las intímas relaciones de su hijo con Catalina, pensaba el viejo Avila que no seria muy escrupulosa de casada la que doncella entregaba la llave de su honra y casa á un galan; y á mas, uno de esos sentimientos no razonados, y por lo mismo invencibles, le hacia detestar de todo corazon á la que D. Alonso amaba. Negó, pues, su consentimiento, y nególe con promesa formal y juramento solemne de desheredar y maldecir á su hijo si tal enlace contraia. D. Alonso, inspirado por una pasion sincera y vehemente, apuró en vano todos los recursos de la mas apasionada elocuencia, todo el fuego de la mas honda ternura para ablandar á su padre, que se mantuvo inflecsible.

En tal estado, y no osando el triste caballero revelar de palabra á Catalina el mal écsito de su pretension, decidióse á escribirla un billete tan lacónico como espresivo.—"Mi padre, decia, me niega su "consentimiento, amenazándome con desheredarme y maldecirme, si "á su pesar me caso contigo.

"Acepta tú mi mano, y mañana nos casamos, Catalina; por unirme "á tí, no solo perderé la hacienda, no solo soportaré resignado la *mal*"*dicion* del que me enjendró, sino que estoy pronto á comprometer "la salvacion de mi alma."

¿Qué efecto produjo en Catalina tan irrefragable prueba de amor inmenso?—Este: acabando de leer el billete de Avila, se dijo: "¡Buen "caldo hariamos con la pérdida de la hacienda, la maldicion del pa"dre, y el alma del hijo en poder del demonio! A Ponce me atengo,

"que es rico, amigo del campo, y me dejará vivir á placer sin duda "alguna."

Sin embargo, desembarazarse de D. Alonso no era cosa fácil; estaba enamorado; tenia derechos, y una cabeza capaz de todo jénero de locuras para sustentarlos.—Otra mujer se hubiera aterrado; Catalina no vaciló un instante en lo que hacer debia: su organizacion era completa.

En respuesta al billete de su amante, escribióle estas líneas:

"Tu padre se niega, como yo lo temia, y muchas veces te lo he di- "cho, á que nos unamos; y tú, Alonso, con una jenerosidad que esti- "mo y agradezco en todo lo que vale, me ofreces tu mano y con ella "la miseria, que yo no puedo aceptar. La pobreza, ya lo sabes, es "la única cosa que me aterra en este mundo y en el otro. Casándo- "nos seriamos infelices entrambos; tú, cuando menos, por vivir con "una mujer siempre quejosa; y yo que acabaria por aborrecerte, con- "siderándote causa y oríjen de todas mis estrecheces. Renuncia, "pues, á la idea de casarte conmigo: antes me dejaré hacer pedazos "que hacerlo con tales condiciones. Pero hay mas, Alonso: un hom- "bre *rico, muy rico*, pide mi mano, y estoy resuelta á dársela aunque "*no le amo*, ni puedo amarle, aunque te amo á tí como siempre te he "amado. ¿Qué quieres, Alonso? Si Dios me ha negado la ecsalta- "cion necesaria para persuadirme como tú, de que podemos ser feli- "ces *con hambre*, al menos soy *contigo*, contigo solo, bastante franca "para revelarme tal cual la naturaleza me hizo. Sé que puedes es- "torbar el casamiento que proyecto y realizaré; sé que puedes des- "honrarme, perderme si se te antoja. Sin las muchas prendas mias "que ya tienes, sin otras circunstancias de que es inútil hablar, sobra "esta carta para que me tengas en tu poder como esclava. Mas es- "toy resuelta á quebrantar el yugo, ó á morir. Si eres jeneroso, si "devoras tu dolor, pues no desconozco que lo tendrás inmenso, si de- "voras, digo, tu dolor en silencio, seré para tí *casada* lo que soy aho- "ra; si abusas ó usas siquiera de tu fuerza, un puñal te privará para "siempre hasta de la esperanza de poseerme, y á mí me escusara el "tormento de la miseria. A tu voluntad dejo la suerte de entrambos: "decide. No me veas, no me respondas, no me ruegues, seria inútil, "Alonso. Dentro de una semana seré rica esposa de otro, ó cadáver "yerto en la sepultura. Adios, y cree que siempre te ama—*Catalina*."

Renunciamos, por absoluta imposibilidad, á describir los efectos que en D. Alonso produjo la lectura de esa carta, obra maestra del cinismo, del cálculo inflecsible, de la depravacion innata de aquella detestable mujer.

Digamos, sin embargo, que amen del estrago moral é incurable que en el alma del engañado amante causó, hubo de costarle la vida; pues arrebatándosele al cerebro la sangre, acometióle una conjestion de que milagrosamente le salvaron, despues de Dios, y al cabo de dos

meses de enfermedad, la asistencia de los mejores facultativos del reino, y los cuidados de su padre y hermano.

En tanto Catalina, casada ya con Ponce, prestábase á pasar las primeras semanas de su boda en las haciendas del marido, á condicion de establecerse despues en México: condicion que Ponce cumplió esactamente, pero á su manera, comprando casa en un estremo de la ciudad, y casa tal como al principiar este capítulo la hemos descrito. Mas aun esas circunstancias lleváralas la novia en paciencia, si no fueran acompañadas de un plan severo de economía y recojimiento, ejecutado con inflecsible perseverancia por Juan Ponce, quien acostumbrado como señor de vasallos á mandar sin consentir réplica, y como labrador propietario á luchar con las inclemencias del cielo y hasta con la dureza de las piedras, una vez formada una resolucion, no concebia siquiera qué cosa fuese retroceder en su realizacion.

Desde luego, pues, y en la *Luna de miel* misma, asentó la discordia sus reales en aquel matrimonio, contraido por Juan Ponce con imprevision indisculpable, y por Catalina con miras infames.

Por lo que á D. Alonso respecta, al convalecer de su enfermedad, hubo un instante en que pensó en retirarse al claustro, renunciando para siempre al mundo, que tan mal le trataba; pero el diablo, que siempre anda listo, apartóle de tan santo propósito, sujiriéndole la idea verdaderamente infernal de permanecer en el siglo para consagrarse esclusivamente á lo que él llamaba su venganza.

¡Triste venganza, por cierto, la de vivir para la desdicha de unas cuantas incautas ó débiles mujeres, consumiendo en vicios y devaneos el tiempo, la salud, el injenio y las riquezas, que hubieran podido hacer de él un hombre útil y respetable, en vez de un libertino mas temido que estimado!

Sin embargo, el amor á Catalina, amor en su oríjen tierno, despues de la traicion de aquella con amarguísimos sentimientos mezclado, vivia siempre en el corazon de Avila; y mas por causarle á ella zelos que por pasion á Elvira, casó con esta á poco tiempo. Pero de la historia de aquel enlace trataremos con estension en tiempo oportuno: ahora nos basta con haber dado á conocer al lector la mujer que, habiendo ya hecho la desdicha de Avila, y corrompídole ademas por su inicua conducta, ocupábase en el momento en que en escena la hemos puesto, en llevar al precipicio á D. Bernardino Pacheco de Bocanegra.

Al contemplar y analizar tipos como el de Catalina, comprendemos la invencion de los *Diablos súcubos*, ó hembras, que es lo mismo, porque con dificultad se concibe que la especie humana, y sobre todo su bello secso, produzca tan depravados seres.



CAPITULO VII.

QUE PROSIGUE EL DIALOGO ENTRE DOÑA CATALINA Y PACHECO, Y MANIFIESTAN LOS RIESGOS QUE CORREN LAS MUGERES SABIAS CON LOS HOMBRES ILITERATOS.

HEMOS interrumpido la amorosa conversacion entre D. Bernardino Pacheco de Bocanegra y Catalina, para enterar al lector de la historia de esta y de sus antiguas relaciones con D. Alonso de Avila, cuando aquel ecsaltado caballero pintaba con vivos colores y amargo acento la lucha en su corazon obstinadamente trabada por dos sentimientos igualmente poderosos y entre sí opuestos: el honor y la pasion.

Encadenábale la última tiempo hacia á los piés de Catalina, quien mas por vengarse de la parsimonia y metódica severidad de su marido, infamándole é infamándose á sí propia, que por amor que á Bocanegra profesara, entretenia con él culpables relaciones. La naturaleza de Avila, por lo voluptuosa y superficial, pudo simpatizar, y simpatizó, en efecto, con la de Catalina; Pacheco era un ser vaciado mas bien en la turquesa de los alemanes que en la castellana. Poético, sin ser poeta, melancólico y dispuesto al ascetismo, hubiera podido ser un gran predicador ó un austero cenobita: mas hecho hombre de capa y espada por su cuna y posicion social, quiso aplicar sus

cualidades, eminentemente propias para el desierto, á una sociedad que, como todas, se pagaba principalmente de las formas, huyendo de penetrar en lo recóndito de los corazones. Vió á Catalina, prendóle, siguióla, y la *sirvió* semanas y meses sin pronunciar una palabra, sin osar confesarse á sí mismo que la amaba, indignándose desde el primer instante hasta el último contra la debilidad que á cometer una accion villana le arrastraba; porque villanía era para él deshonrar á un hombre y turbar la paz de una familia, solo por sastifacer el propio deseo. Mas la mujer de Ponce, á quien D. Alonso huia como á la peste, que ansiaba vengarse de su esposo, y que adivinó á primera vista todo lo que de la ecsaltacion de Bocanegra podia prometerse, propúsose y consiguió fácilmente enredarle de tal modo en sus redes, que ya de ellas no pudiese nunca salir.

En el pecado llevó, sin embargo, la penitencia: el amor de un hombre como D. Bernardino, hace á una mujer señora de un esclavo fanático, dispuesto á todo, bueno y malo, por servirla; pero en cambio la obliga á no descender nunca del pedestal en que aquel la coloca, ó afectar, cuando menos, una pasion ardiente, un sentimiento ideal, y eso siempre, á todas horas, sin tregua, sin descanso de un solo instante. No hay que esperar de tales adoradores mas que lágrimas; caricias de calenturiento; ecsajeracion involuntaria y sincera, pero fatigosa tambien, en palabras y acciones; zelos de todo y por todo; en una palabra: el amor con ellos es la esclavitud en el fuego, y no otra cosa.

Aceptada de buena fé por ambas partes, tal situacion es de suyo insoportable martirio, que pocas veces deja de terminarse en una catástrofe: pero si uno de los dos amantes no siente como el otro, apenas se concibe que no se separen en el acto y para siempre.

Y sin embargo, Catalina, siendo voluptuosa, é incapaz, no ya de sentimentalismo solo, sino de verdadera sensibilidad tambien, Catalina, á quien ni siquiera la ecsaltacion de los sentidos ligaba á Bocanegra, sometíase voluntariamente al tormento de que hablamos. ¿Por qué?—Porque Catalina tenia para las malas pasiones la misma vehemencia que Avila para el placer, que Bocanegra para el sombrío platonicismo; y una mala pasion la animaba y sostenia. Juan Ponce habia sido insensible á sus lágrimas como á sus caricias, á la resistencia como á la seduccion; amando, sí, á su mujer, pero obstinándose en que se le sometiera, en no hacerla dueña del caudal de la casa, en no consentir que en alimento de su vanidad lo derrochase; y era preciso que Juan Ponce pagara tal ofensa; y para conseguirlo, necesario Bocanegra. Por eso Catalina se entregó y toleraba al último; por eso le escuchaba con delicia cuando declaraba que él y Ponce eran en el mundo incompatibles.

Replicóle, no obstante, con su dulce voz de hiena:

—Vamos, Bernardino, calla y no delires. Quien te oyera diria que eres un tigre.

—Y temo, Catalina, que este amor acabe por convertirme, en efecto, en una fiera. No me hables mas de *ese hombre;* no me hables mas de él, si no quieres que pierda lo poco que ya de razon me resta. ¿Cuándo se vuelve al campo?

—¿Lo sé yo por ventura? Mi marido me trata como á sus vasallos los indios de Acama; sírvole de *ama de llaves;* tásame la comida y el vestido, y no se digna confiarme sus designios. Esta es, Bernardino, la situacion de tu Catalina, de la que, segun dices, quisieras colocar en los altares, de la que adoras!

—¡Mujer! ¿Qué espíritu maligno te inspira esta noche? ¿Qué jénio maléfico me persigue con tal encarnizamiento? No respiro mas que ódios, no veo mas que sangre.... No me hables de *ese hombre*, vuelvo á rogártelo.

—¿Qué te sucede, que así te ecsaltas?

—No lo sé yo mismo; pero desde que por última vez ha regresado del campo, figúraseme que te has casado de nuevo; y si por un lado me atormenta la idea de infamarle alevosamente, por otro, Catalina.... Pero no quieras saber mas.

—¡Oh! sí quiero; y si no me revelas todo tu pensamiento, creeré que no me amas.

—Vas á detestarme quizá, si te digo....

—¡Detestarte! No, Bernardino mio, no; eso es imposible.

—¿Y si te dijera que me siento cruel?

—Te amaré siempre.

—Feroz.

—¿Qué importa?

—Dispuesto al crímen.

—¿Por mi amor, Bernardino?

—¿Por quién, sino por tí, ser pudiera?

—Siendo así, te amaria mas que ya te amo, si fuese posible.

—Pues bien, Catalina: la imájen de *ese hombre* y la de la muerte andan en mi pensamiento tan unidas, tan estrechamente enlazadas, que no acierto á separarlas la una de la otra.

—No se morirá él, Bernardino, no se morirá!

—No me entiendes, vida mia.... lo que yo.... no sé cómo me esplique—lo que yo deseo no es que se muera, no; sino.... matarle!!!

Pronunciada la fatal palabra en sordo, aterrador acento, mientras su frente bañaba un sudor helado como el de la agonía, quedóse Pacheco algunos instantes absorto y como horrorizado de escucharse á sí mismo. Catalina, en tanto, saboreando la frase, como la hiena la sangre de sus víctimas, decia con su arjentina melodiosa voz:

—¡Matarle! ¡Matarle!—¡Qué idea!—¿Y cómo, amado de mi corazon?

Pero Bernardino, que ó no la escuchaba ó no quiso oirla, que todo pudo ser, en vez de responder á la insidiosa pregunta, esclamó con enérjica resolucion:

—Ya lo ves, Catalina, estoy al borde del precipicio. Tales ideas deshonran, envilecen el alma. ¿Qué fuera si dejándome arrastrar de mi delirio llegase....? En fin, no podemos seguir de esta manera. ¿Me amas?

—¿Aun lo dudas?

—¿Aborreces á ese hombre?

—Con toda mi alma: mas que tú, Bernardino. Le odio como un judío rico al cristiano que le da tormento para robarle.

—Pues abre esa puerta; sal de tu casa, vente conmigo, ahora, ahora mismo, sin detenerte un solo instante. Este nuevo mundo es inmenso, y no ha de faltarnos en él un asilo ignorado donde vivir el uno para el otro, y yo al abrigo de las horribles tentaciones que aquí me asaltan.... ¿Prefieres la Europa? Corramos á Veracruz y embarquémonos. ¡Ven, Catalina idolatrada, ven con tu amante!

—Imposible.

—No digas eso.

—Imposible, te repito. ¿Quieres hacer de mí á la faz del mundo tu manceba? Catalina ha sido por tí débil, mas que débil: culpable; pero no esperes que rasgando el velo del impenetrable misterio que hoy oculta su flaqueza, haga de ella gala ante el universo. Si tú eres caballero, Bernardino, yo soy dama; si á tí te acobardan tus tentaciones, ármate contra ellas de un hábito de fraile, pero no pretendas hacerte un escudo de mi infamia.

—¡Mujer cruel! ¿Qué estás diciendo?

—Que ni comprendo el amor que de su propia vehemencia se asusta; *ni seré nunca tuya públicamente, mientras mi lejítimo esposo, mi natural señor, Juan Ponce de Leon, se cuente en el número de los vivos.*

Tales palabras fueron para Bocanegra, lo que las materias resinosas para la hoguera que un soplo benéfico del viento comienza á estinguir: un alimento, un incentivo poderoso, que hace renacer con nueva y mas intensa fuerza el fuego, por un instante dominado.

Porque habia en el acento de Catalina un tono de amarga ironía, de lástima y desprecio al mismo tiempo, cuyo efecto no podia ser otro, en caso de no apartar de ella y para siempre á quien le escuchase, que el de someterle á discrecion á su voluntad y poderío. El triste amante carecia de resolucion y fuerza para huir; no pudo, por consiguiente, evitar el rendirse.

Esforzóse, pues, con sentidas voces y ardientes desesperadas lágrimas, en aplacar el enojo de su amada y desvanecer la mala impresion que su *debilidad* instantánea habia en ella causado; y ella, viendo que por entonces no fuera prudente llevar las cosas al estremo, dióse al cabo por satisfecha. Despues, variando de conversacion, quiso enterarse de lo ocurrido aquella noche con Avila, y supo que hallándose D. Martin Suarez hablando con Elvira, y guardándole las espaldas Bocanegra y el escudero Garci-Perez, fueron por D. Alonso sor-

prendidos, aconteciendo lo que el lector conoce. En eso estaban cuando un golpe seco y fuerte, descargado en el aposento de Catalina, les interrumpió el diálogo.

Turbóse Pacheco de ira, y turbóse tambien ella de miedo: porque Juan Ponce no era hombre que impunemente deshonrar se dejase, y en la manera brusca de llamar á tales horas, conoció su mujer que él y no otro lo hacia. En consecuencia, dijo en voz sumisa á su amante, retirándose al propio tiempo de la celosía:

—Vete, vete, que es *él*, y con una sola sospecha que conciba soy muerta.

—Si tienes una llave de la puerta del zaguan, dámela.

—Vete, no me pierdas.

—¡Qué puede querer ahora *ese hombre?*

—Es mi marido; y puede venir cuando quiera; y yo tengo obligacion de recibirle.

—¡Catalina!

—Tengo obligacion de recibirle cariñosa, abiertos los brazos y con la sonrisa en los labios, *hasta que él muera.*

Pronunciando esa frase consoladora, cerró Catalina la ventana, ya dispuesta al efecto de modo que no produjo el menor ruido; y en seguida metióse en su cama.

—*¡Cariñosa, abiertos los brazos y con la sonrisa en los labios*, HASTA QUE EL MUERA!!! repetia Bocanegra una y otra vez, inyectados los ojos en sangre, y apretando en la mano el puño de la daga como si deshacerle quisiera.

Y á poco oyó un segundo, y luego un tercer golpe; y despues abrir la puerta del cuarto, y decir á Ponce:

—¡Qué profundamente duermes, Catalina! Hace una hora que estoy llamando. ¿Por qué te encierras?

Y ella respondió en voz muy alta y muy clara, pero melosa y humilde:

—*Porque no te esperaba, Juan, esta noche; que si no abierto hallaras*, aunque con la conversacion que hemos tenido en casa del marques sobre el asesinato de D. Alonso, tenia miedo y por eso me he encerrado.

Soltó Ponce una carcajada; y no volvió á oir cosa ninguna Bocanegra.—¿Qué le indignó mas, la conversacion ó el silencio?—No lo sabemos; pero sí que, separándose de la reja cuando ya risueña el alba comenzaba á esparcir su plácida luz sobre los bellos edificios de México, iba entre dientes murmurando iracundo:

—¡Y esto he de sufrir yo *hasta que ese hombre muera?* Pues es preciso que muera, y morirá pronto!!

Catalina no le oia, pero estaba segura de que tales habian de ser entonces los pensamientos de su amante.

Dejémosle á ella engañar con mentidas caricias al esposo á quien

no solo infamaba, sino contra cuya vida, ademas, procuraba concitar la ira de su alucinado cómplice; y á ese entregado á su desdicha; y para reposar el ánimo, variemos de espectáculo, que ni al lector ni al que escribe debe pesarles de ello.

Conocemos ya con alguna intimidad á dos de las *pecadoras*, como Fernando de Valdestillas las llamaba, de quienes él mismo hizo mencion en su diálogo con Avila, al dirijirse entrambos á la calle de este la noche que tan cara habia de costarle; de Leonor, la linda andaluza, dijimos tambien, sobre poco mas ó menos, todo lo necesario al presentarla al público en la sociedad de los marqueses del Valle; y réstanos por consiguiente una sola casi desconocida:

Inés, la culta, la pretenciosa hija del doctor Villalobos, cuyo nombre (el del padre se entiende), hemos callado hasta ahora, porque no gustamos de poner á nadie en vergüenza, sino cuando así lo ecsije imperiosamente nuestro deber de fieles cronistas.

Él anciano colega de Ceinos era viudo años hacia, y no le pesaba, porque su difunta consorte, mientras vivió, hízole pagar mas que cara la felicidad de poseer una mujer virtuosa, que tal era la profesion de la respetable señora Mónica: la de *mujer virtuosa*. Por desdicha la buena señora, no debiendo á la naturaleza, en punto á hermosura, otros dones que los negativos, con un poco mas de barba, y un poco menos de tiple en la voz, pudiera pasar por un hombrecillo flaco y feo; pero en cambio de lo que para seductora le faltaba físicamente á su persona, la parte moral lo suplia todo, porque su jénio avinagrado, su condicion cavilosa, su terquedad invencible, y su intolerancia habitual, hacian de ella una verdadera furia. Amenizaban tales dotes un acento catalan tan pronunciado como el de un carretero Tarraconense, y una avaricia capaz de afrentar la del mismísimo *caballero de la Tenaza*: pero Villalobos, cuando la conoció, pobre pretendiente y ademas poco galan, casóse con ella en virtud de dos poderosas consideraciones correlativas á sus circunstancias. La difunta Mónica, no difunta entonces todavía aunque ya con todas las trazas posibles de esqueleto, era hija de un mercader, de paños; poseia un dote cuantioso bastante á remediar la pobreza y facilitar las pretensiones del entonces licenciado Villalobos; y Mónica, ademas, era tan feísima, fuerza es decirlo, que su *feo* novio puesto en parangon con ella, podia pasar por un Adónis. En compensacion el mercader deseaba emparentar con cualquier familia que no perteneciese á la honrada profesion que enriquecido le habia, y el matrimonio, por tanto, se ajustó fácilmente. Villalobos fué rico y casado; pero la avaricia y fealdad de su mujer le redujeron á vivir mas célibe y en estrechez mayor que cuando mozo y pobre: dedicóse, pues, al estudio, y sobre todo á seguir la corte con ardor, mas que por conseguir una vara de justicia, por sustraerse entre tanto á la jurisdiccion de su horrible cara consorte.

Pretendiente afortunado, obtuvo pronto la deseada vara, de hierro para él, pues que no tuvo ya entonces pretesto alguno para no reunirse con su dulce esposa, y con ella ayunar en todos sentidos. Hubo un instante en su vida en que entrevió la libertad, y fué aquel en que nombrado fiscal de la audiencia de México, y sabiendo que su mujer temia de muerte al salado elemento, se dijo: "No querrá seguirme." Mónica maldijo mil veces el momento en que se habia casado con *un pobre sopista;* Mónica se avinagró mas que nunca, y mas que nunca tambien redujo los ya mínimos gastos de su casa: pero Mónica se embarcó para Nueva-España, porque "*una mujer virtuosa* (decia) *no debe nunca apartarse de su marido.*"

Todavía le quedaban á Villalobos otras dos, segunda y tercera esperanza: el mareo y la incomodidad del viaje podian influir como él deseaba en la salud de Mónica: pero Mónica fué mareada, sí, todo el tiempo de la navegacion, y siempre en los brazos de su feliz esposo; mas apenas puso el pié en Veracruz, sintióse, á su decir, mejor que nunca habia estado: primera esperanza engañada. La segunda no fué menos ilusoria: en Veracruz la fiebre amarilla suele y solia ya entonces diezmar á los europeos, y Villalobos tuvo que detenerse allí por falta de ocasion para proseguir á México: pero la fiebre amarilla respetó á Mónica, porque respeta siempre, decia ella, *á las mujeres virtuosas* que lo arriesgan todo por no abandonar á sus maridos. Tal y tanta virtud hicieron del fiscal un depósito ambulante de bilis, que contenida dentro de casa, desahogábase en los estrados contra los míseros que en sus garras caian; y véase cómo la justicia depende á veces del carácter de la mujer de quien la administra: pero volvamos á nuestro cuento, que es lo que importa.

Mónica fué en México lo que era en España: fea y ecsijente cual si fuese bella, avara, impertinente, dominante; y Villalobos, ante quien el pueblo temblaba, estremecíase delante de su consorte. Así pasaron años hasta que diez y ocho ó diez y nueve antes de la época que para el asunto de este libro podemos llamar presente, antojósele al doctor una enormidad de esas que producen infaliblemente un cataclismo en las familias.

Ya hemos dicho que Mónica era rica al casarse, y que no habia ni disipado ella ni permitido que el marido disipase su dote; ahora añadiremos que en Nueva-España el doctor, como fiscal, y como oidor, y como gobernante, tuvo ocasiones, y aprovechólas, de formarse un caudal mas que decente. Aquella familia, pues, estaba rica, muy rica, y sin embargo vivia en una estrechez que, pasando de los límites de la economía, frisaba en los de una *miseria*, tanto mas notable cuanto mas elevada posicion social ocupaba, y sobre todo notabilísima en un pais donde era tan poco apreciado el dinero, que los indios, despreciando la moneda de cobre y aún la de plata de mínimo valor, introducidas en Nueva-España pocos años antes, arrojaron á las lagu-



nas cuanta llegó á sus manos, hasta acabar con ella. Nuestro doctor sentia el daño que la escesiva parsimonia de su mujer le hacia: sus compañeros llegaron á decírselo y aún á significarle que si de vida no mudaba, seria forzoso que á España regresara; y en resúmen, aguijoneado por amor propio, y harto, en fin, de esclavitud, resolvióse á *cortar*, ya que *desatar* era imposible, el gordiano nudo del bolsillo de su mujer. Ello á la primera palabra puso Mónica el grito en el cielo; pero Villalobos tenia casa tomada y esclavos de ambos secsos adquiridos, y escritorios y escaparates para libros y búcaros, y petates, y todo el menaje, en fin, que su posicion requeria, comprado y pagado y dispuesto antes de hablar. Horrible fué la tempestad, y no daba el cielo muestras de despejarse por cierto, cuando el doctor, que ya una vez en rebelion no quiso perder el fruto de su audacia, anunció á Mónica que esperaba de un momento á otro la llegada de un paje que de Castilla le recomendaban. ¡Una boca mas en casa, y una boca de paje! ¡Qué llaves, qué precauciones bastarian para poner al abrigo de su golosina la despensa y la repostería! ¡Qué escándalos no iba á causar la presencia de un mozuelo de cerca de veinte años, en casa hasta entonces tan recojida!

Villalobos tuvo que salir unos dias de México, á pretesto de una comision de audiencia; porque de otro modo sabe el cielo lo que le aconteciera; mas por una parte su terquedad, y por otra la sed de venganza, durante largos años de privaciones escitada, le dieron fuerzas para llevar á cabo su propósito. Cuando regresó á su casa fué ya en compañía del famoso *Paje*, mozo, en efecto, de diez y nueve á veinte años, natural de las Asturias de Oviedo, fornido y bien dispuesto, todavía con el pelo de la dehesa aunque ya bachiller en filosofía. *Toribio*, tal era su nombre, gozaba desde Pravia á Piloña de una gran reputacion de belleza y galantería; temíanle sus compañeros por la fortaleza hercúlea de sus puños en las luchas y juegos jimnásticos, y en la Universidad aterraba por la de sus pulmones: El *auri sacra fames*, quiero decir, la necesidad, le llevaba sola á México.

Recibióle Mónica, como gata boca arriba, enseñándole las uñas; para que le dieran de cenar la primera noche, tuvo Toribio que aporrear al cocinero. Sin embargo, no en vano habia estudiado el paje la filosofía en las aulas, y practicádola en la ciudad y en el campo, con damas y villanas: cerrando al principio los ojos, como quien á la oscuridad quiere acostumbrarse; abriéndolos luego poco á poco, pero fijándolos en las vigas del techo, por ejemplo; en fin, con todas las precauciones que se usan para tomar una medicina de nauseabundo gusto, fué Toribio haciéndole suavemente la corte á su señora, hasta conseguir que con él se familiarizase lo bastante para mirarle á la cara, cosa que en mas de dos meses no se habia dignado hacer la amable Mónica. El primer paso estaba dado; el segundo fué hábil por parte de Toribio, declarándose enemigo de su amo, para ponerse del lado de su

ama; últimamente, cuando ella le vió cercenar en cuanto podia la racion á los demas criados, y á los esclavos, y á los animales domésticos, y llevarle (á Mónica se entiende) cuantas monedas se olvidaba el doctor sobre la mesa, y teñirse con tinta una parte de la pantorrilla para que no se le viesen los puntos y aun *comas* de las medias, sin gastar tampoco en otras nuevas, túvole por el mas apuesto, discreto y virtuoso mancebo de los dominios del rey católico, y la paz renació como por ensalmo en aquella casa.

Villalobos podia entrar y salir, y hasta permitirse algun gasto estraordinario, no pasando de dos reales de plata, ó pedir un huevo mas para su almuerzo, sin que *ardiese Troya* como otras veces; Mónica le hablaba menos, infinitamente menos, de su *virtud* (la de ella), y de sus deberes conyugales (los de él se entiende), cosas ambas que el doctor detestaba cordialmente.

Para colmo de venturas, Dios obró un milagro como los que han dado asunto á un malísimo, pero devoto poema, titulado, si la memoria no me engaña, *Ramillete de divinas flores* ó cosa semejante, y cuyos primeros desiguales renglones dicen:

"Seis hojas tiene el clavel:
"Sara, Rebeca, y Raquel;
"Las dos Anas é Isabel."

En prosa: aquella union, estéril durante veinte y cuatro años, fué por el señor bendecida al cabo de ellos, con asombro del doctor, orgullosa satisfaccion de su consorte, y contento indecible de toda la jente alegre y regocijada de México, que á espensas de uno y otro se gozó dias, semanas y meses. Quién esperaba al *Antecristo*, quién algun mónstruo espantable; hubo apuestas sobre si Mónica estaba en cinta ó enferma de hidropesía de humores: afirmaban unos que en España fuera caso de Inquisicion, y otros que aquello no pasaba de juego de cubiletes: mas á pesar de todos, la mujer de Villalobos, llegado el término natural de su preñez, dió á luz una niña, y ella, sin gozar de las dulzuras de la maternidad, fuese á los ocho dias al otro mundo.

Triplemente feliz el doctor con el nacimiento de la niña, bella criatura, sea dicho de paso, la libre disposicion de su persona y bienes, y la desaparicion de su *virtuosa consorte*, vivió desde allí en adelante como el pez en el agua, sin mas afanes que los de la ambicion, ni mas penas que las que de cuando en cuando le causaban los triunfos de la parcialidad del marqués.

Algunas malas lenguas, que nunca faltan, dieron en decir que la niña Ines se parecia mas á Toribio el paje que al doctor mismo; pero este, á cuyos oidos llegaron tales hablillas, despreciólas filosóficamente, por una parte; y por otra, solia, entre amigos íntimos, esclamar, porque era jocoso, que si tanto habia osado el *astur*, en el peca

do debió de hallar horrible penitencia. En todo caso, y para evitar que los burlones tuviesen continua ocasion de comparar las facciones de Ines con las del paje, que en efecto algo se asemejaban á las de la niña, apresuró la licenciatura de aquel, y consiguióle despues una vara de alcalde mayor en la Nueva Galicia, poniendo así término á las murmuraciones. Creció Ines á la par en años que en belleza, siendo el encanto del doctor, y por él tan mimada, que á su arbitrio le manejaba; pero en cambio con la continua compañía de letrados y jurisconsultos, aficionóse tanto la muchacha á los libros, frases cultas, y grandilocuente lenguaje, que era el asombro y empalago de los mas de los que á oirla acertaban.

Como consecuencia natural de aquella aberracion de la naturaleza, que para nosotros aberracion es, y no otra cosa, que la mujer, saliendo de su esfera, abandone los cuidados domésticos para agostar en la seca atmósfera de las científicas especulaciones las gracias que debe al Hacedor Supremo; en consecuencia, repetimos, de tal aberracion de la naturaleza, *Inés* creíase invulnerable á los tiros del amor, considerando tal pasion y sus efectos como debilidades indignas de una doncella que sabia el latin casi tan mal como las monjas, y conocia, salva la ortografía, los nombres de Horacio, Virgilio, Lucano, Séneca, Platon, y Epicuro.

Para ella los hombres tanto valian cuanta era la ciencia que atesoraban; á sus ojos, decia, un buen *silojismo* valia mas que todas las gracias naturales, un *dilema* era preferible al mejor bote de lanza ó al mas diestro rejonazo, y un *Sorites* la cautivaba, al paso que un requiebro la causaba tedio. Y en efecto, sea que la muchacha fuese de tal modo organizada, ó que su manía desalentara á los galanes, ello es que perdieron el tiempo durante no poco cuantos rendir su rebelde corazon intentaron. Hablábase de aquel fenómeno en la *Conversacion* una noche que D. Alonso de Avila, allí presente, no sabia qué hacerse; y como dicen que el diablo cuando está ocioso con el rabo mata moscas, él esclamó, sin saber casi, casi, lo que se decia:

—"Por vida de mi abuelo, caballeros, que á mi parecer se burlan. ¡Qué, hay mujer que resista, en efecto, no á uno solo, sino á todos! ¿Qué, hay mujer que oye y no se rinde? Tan fácil es eso como hacer de mí un capuchino.

—Pues ello es así (le replicaron). Inés no se esconde tras de las celosías, ni bajo el manto se oculta, ni tiene que temer á dueñas que la guarden, ni á hermano que la cele, ni aún á padre, puede decirse, que la vijile; porque el doctor Villalobos, mas es el esclavo de su hija que su guardador.

—¡Y decís que es bella?

—Por estremo.

—¡Y discreta?

—Esa es su falta, ó mas bien su sobra. No hay amor que resista á su *culta-latini-parla;* no hay paciencia que sus silojismos no agoten.

—Decid entonces que esa mujer cansa, pero no que es invencible.

—Cansa, porque se echa desde luego de ver que es invencible.

—¡Bah! ¡Bah! Torres mas altas han caido.

—Pues ni vos mismo, D. Alonso, ni vos, con ser quien sois, triunfárais de Inés, si lo intentáseis.

—El hecho es que no lo intentaré; porque detesto á las hembras de su especie.

—Bien hareis en ahorraros un desaire.

—Lo que digo es que no quiero *mujeres cultas*.

—Y nosotros que *la culta* no os querria á vos, D. Alonso.

—Dejadme reir de oiros.

—Si tan seguro estais de la victoria, ¿por qué nc acometeis la aventura?

—Porque, despues de todo, no hay mujer que valga lo que cuesta el conquistarla, por poco que sea; y una *culta* mucho menos.

—Mas fácil es, en verdad, desdeñarlas aquí que rendirlas en buena lucha.

—¿Creereis, por ventura, señores, que esa *Doctorcilla* me asusta?

—Creemos lo que vemos; que escarmentado en cabeza ajena....

—No, vive Dios; y ya que lo hacemos empeño, sea: si antes de un mes no canto victoria de esa beldad invencible, pago un banquete para todos los presentes.

—¿Y si venceis?.....

—Si venzo, caballeros, os comprometeis como tales, á no lanzarme otra vez en tales aventuras; que, voto á sanes, estoy ya de antemano empalagado del amor que esa mujer va á cobrarme.

En medio, pues, de las risas y de la estrepitosa algazara de una docena de calaveras mexicanos, se acordó y convino, y se hizo materia de apuesta, la perdicion de aquella pobre muchacha, por la culpa de haberse resistido hasta entonces á las seducciones mas ó menos hábiles de unos cuantos galanes.

A D. Alonso el calor de la conversacion, el orgullo propio de quien no trata mas mujeres, por regla jeneral, que las fáciles; la hiel que desde su triste aventura con Catalina fermentaba en su corazon, y el atolondramiento que le caracterizaba, empeñáronle solos en aquel lance; pues la belleza de Inés, á quien nunca habia visto hasta entonces, no podia enamorarle, ni menos lo que de ella le dijeron sus contrincantes.

Sin embargo, ya una vez comprometida su palabra, era cuestion de amor propio el salir airoso de la empresa. Para conseguirlo, la mas grave dificultad que se le ofrecia era su ignorancia supina en ciencias y humanidades. ¿Cómo presentarse ante tal mujer, desnudo hasta de las fórmulas universitarias que tanto y á tantos suplian entonces, suplieron despues, y suplen hoy al verdadero saber? Otro hubiera creido imposible salvar aquel obstáculo; D. Alonso, que tratándose de se-

ducir mujeres, estudiaba con el demonio, como el vulgo dice, halló en su ignorancia misma el medio de triunfar de la culta Inés.

Formado su plan completo de ataque durante la noche misma de la apuesta, dedicó el siguiente dia, como capitan esperimentado que era, á indagar escrupulosamente la vida, hábitos, y ordinarios movimientos del enemigo.

Algunos escudos dados, sin preliminares ni rodeos, á la esclava negra que mas de cerca servia á la hija del doctor, le pusieron al corriente de cuanto saber deseaba. Doña Inés, levantándose al amanecer, estudiaba ó leia libros de caballería, hasta la hora de misa, á la cual iba, para mas autoridad de su persona, en silla de manos y con una dueña, su servidora y no su guarda. De regreso á su casa, desayunábase en compañía de su padre, departiendo con él materias varias hasta que Villalobos se marchaba al tribunal; luego, sin que aun se la hubiese visto tomar en las manos la innoble aguja, atendia á su alineo y tocado, en el cual se echaban de ver el gusto de la *antigüedad clasica*, ó el de los tiempos de *Ginebra ó Lanzarote*, mas que el respeto al uso, como entonces se llamaba en castellano lo que hoy en frances adulterado llamamos *la moda*, que debe ser la hembra *del modo*, si algo es.

La lectura, el hacer flores, y por escepcion rarísima, manipular algun dulce ó conserva para regalo del doctor, consumian el resto de la mañana hasta la hora del medio dia. Despues de comer paseaba en su vasto jardin, estudiando prácticamente la botánica empírica entonces conocida, ó recojiendo yerbas para confeccionar algun bálsamo. Alguna vez que otra, á media tarde, tomaba la silla para hacer visitas á damas ó monjas, si no era para ir á merendar con alguna amiga íntima. A la oracion estaba de vuelta para rezar el rosario en familia; y acabado ese piadoso oficio, solia salir de casa á piè, con dueña y escudero, á esparcir el ánimo y hacer ejercicio. A las diez de la noche cenaba y se recojia. Tal era en jeneral la metódica literaria vida de Inés, faltándonos solo añadir una circunstancia, que de intento hemos reservado para este lugar por ser la mas importante y trascendental.

Inés, á los diez y seis ó diez y siete años, tenia una vez á la semana, los juéves, *academia-literario-sentimental*, en su casa, desde que concluia el rosario hasta las nueve de la noche. En cuanto á la edad de la hija del doctor, bueno será advertir que en un pais donde la mayor parte de las mujeres son núbiles á los once años, diez y seis equivalen á veinte y mas entre nosotros.

Hija única, ademas, y mimada, y con los fueros de sábia, natural era, y si no natural lójico por lo menos, que se tomase licencias propias solo, aun en aquella época, de viudas matronas, ó de doncellas de esas que ya se han resignado á llevar perpetuamente su honroso título. En fin, Ines tenia academia los juéves, y un juéves y á la ho-

ra de academia, se presentó el primero en su casa, por sí y ante sí nuestro incomparable D. Alonso. Sencilla y elegantemente vestido de negro, sin mas adorno que un cintillo de ópalos y esmeraldas en el sombrero, y una maciza cadena de oro al cuello, con espada mas de salon que de combate, depuesto su aire habitual de calavera, para afectar con propiedad inimitable el de un discípulo de Loyola, y ocultando bajo una aparente profunda humildad la insolencia de presentarse en una casa para él completamente desconocida, sin recomendacion ni pretesto plausible, entró Avila en el estrado de la hija del doctor y díjole:

—Yo, señora mia, soy un caballero de esta ciudad. Mi nombre, que acaso habrá oido ya vuesa merced, es D. Alonso de Avila....

Al oir tal nombre, Inés, que en efecto tenia noticia de la malísima fama del esposo de Elvira, frunció significativamente el ceño; mas él sin turbarse, prosiguió:

—D. Alonso de Avila, que ha consumido su mocedad en deplorables estravíos, pagándolos, señora, de mil modos, de los cuales es el mas cruel la ignorancia absoluta de las humanas letras en que hoy se encuentra. Dios me ha tocado en el corazon; bendita sea su misericordia: he resuelto recobrar, si puedo, el tiempo perdido, renunciar á las pompas y vanidades del mundo, y dedicarme todo entero al estudio!!

El muy bribon mientras así decia, no cesando de mirar al soslayo, á manera de gato de convento la trucha que el lego cocinero prepara, el rostro y cuerpo de la linda *Doctorcilla*, echó de ver, como intelijente que era, que aquellos ojos negros, rasgados y espresivos; aquellos labios un tanto gruesos y cual los del capullo de la rosa al desarrollarse; aquel talle esbelto, y aquel seno prominente y palpitante, valian la pena de conquistarse, y no presajiaban un temperamento de hielo. Por su parte, Inés no pudo menos de advertir que aquel pecador arrepentido, nada tenia en su aspecto de repugnante, ni menos de antipático, sino muy al contrario, era galan y agradable. En tal disposicion de espíritu replicó, sin embargo, tan mesurada y grave como la ocasion le requeria, de este modo:

—Yo celebro, Sr. D. Alonso, esa cuerda resolucion, propia de tan cristiano y discreto caballero como vuesa merced debe serlo, segun su linaje y buen entendimiento, mas no alcanzo aún, y culpa será de mi escaso injenio, á qué debo la honra de esta *inesperada* visita.

—Vuestra mucha discrecion, señora, culpa con justicia mi atrevimiento; mas ruégoos, dejando la disculpa para el fin de mi discurso, que os digneis oirme hasta su conclusion.

—Tomad silla, Sr. D. Alonso, y decid, que ya os escucho: contestó la jóven y linda doctora, con la misma gravedad que pudiera Villalobos decir en la audiencia: siéntese y hable el letrado.

D. Alonso, á quien la singularidad de aquella escena divertia so-

bremanera, y que por otra parte iba encontrando á Inés cada vez mas de su gusto, salvo lo letrada, saludó humilde, sentóse como un reo en presencia de sus jueces, y siempre con voz respetuosa, continuó usando de la palabra:

—A mis años, señora (dijo), comenzar los estudios cursando las públicas aulas, fuera dar que reir á los ociosos, y ocasion á los muchachos para perderme el respeto: á mas de que no ha de estudiar el hombre formado, como el rapaz imberbe.

—Pensáislo discretamente.

—Vuestra induljencia, bellísima doña Inés, alienta mi natural encojimiento (faltóle poco á D. Alonso para soltar la carcajada al hablar de su encojimiento) todo lo que he menester, que no es poco, para llegar al fin que me propongo.

He pensado, como decia, que lo que necesito es un maestro docto á par que induljente, tan entendido como persuasivo, el cual se encargue de disipar las tinieblas de mi ignorancia con la luz de su ciencia.

—¡Bella metáfora! Esclamó Inés encantada de la modestia y buen decir de aquel neófito: él, haciendo como que se ruborizaba, dióle gracias con un sumiso ademan, y prosiguió diciendo:

—Pero ¿dónde hallar quien tan árdua tarea emprender quiera? Y dado que lo halle, señora, ¿será posible que persona, rubor me causa confesarlo, tan mal acostumbrada como yo, pueda sufrir las amonestaciones y reprimendas de un pedagogo?

—Difícil me parece, Sr. D. Alonso.

—Tan difícil, señora mia, que por imposible lo tengo; y así, ó habré de renunciar á mi propósito....

—¡No hagais tal, por vida mia, que fuera lástima....

—Si por vuestra vida me conjurais, señora, ¿qué no haré yo habiéndoos visto y oido, cuando antes de gozar tanta dicha os consideraba ya como el áncora de mi salvacion?

—¡Yo, D. Alonso! ¿Estais en vos?—¿Yo el áncora de vuestra salvacion.

—Vos, señora, y si vos no, doime desde aquí por perdido. Grande atrevimiento es el mio, pero quizá la importancia de su fin le disculpe, y cuando no fuere así, no puede á vuestro divino injenio ocultarse que á los dioses solamente osan y pueden los míseros mortales pedirles que obren milagros.

Resultado de aquella reflecsion fué una benévola mirada, que D. Alonso no echó en saco roto, sino que, alentado por ella, pronunció en fin su ultimatum.

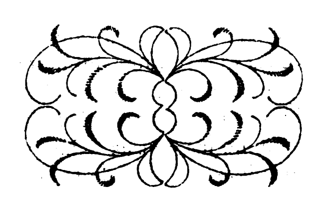
—La verdad es, señora, que convertir al ignorante disipado D. Alonso en hombre de letras, obra ha de ser de un milagro, ó quedaráse sin hacer; y que la fama de vuestra discrecion y peregrina hermosura, fama que desde que os he visto, paréceme haber rebajado en

vez de ecsajerar, como suele, las prendas de sus favorecidos, ha engendrado en mí un loco pensamiento, en alas del cual llego á vuestras plantas, á pediros mas bien redencion que amparo. Dignaos admitirme por vuestro *discípulo;* reflejad en mí, oscuro planeta, algunos de las rayos de vuestro *sol fulgurante;* ilumine la antorcha de vuestro saber el *caos* de mi entendimiento, y tendreis en mí para siempre un esclavo, agradecido quiero decir; que esclavo basta veros una vez, señora, para serlo eternamente de vuestros encantos.

Seducida Inés, y era natural en su edad y carácter, por la idea de fundar escuela, y ayudando, como es de suponer, la buena presencia, aristocráticas maneras, insinuantes miradas, y artificiosas palabras del postulante, consintió en admitir á D. Alonso, no solo á su academia, sino á recibir en particular, aunque en presencia de la dueña, algunas lecciones, que fué lo mismo que consentir.... que consentir en lo que Avila buscaba. Los libros sirvieron, en efecto, de lo que pudiera un individuo de aquella profesion que, segun D. Quijote, es *oficio muy de discretos y no habia de ejercerle sino jente bien nacida.* La pobre Inés pudo decir con Francisco de Rimini:

"Galeoto fuí il libro é chi lo scrisse."

D. Alonso ganó su apuesta antes del plazo convenido con sus amigos; y debemos añadir que al cumplirse, ya estaba harto de libros, poetas y metáforas, y de la bella Inés á mayor abundamiento.





CAPITULO VII.

DE CÓMO D. ALONSO DE AVILA QUEDÓ MUY COMPLACIDO DE QUE SU MUGER LE HICIESE CIERTA DECLARACION TAN FRANCA COMO POCO LISONJERA; Y DE LAS ESTRAÑAS MELANCOLÍAS QUE DIÓ EN PADECER D. FERNANDO DE VALDESTILLAS.

Mucho hemos hablado de amores y galanterías en los cuatro anteriores capítulos, tanto que rogamos á Dios no caigan en manos de algun atrabiliario de los que quisieran hacer predicadores de los novelistas, como si el que se propone entretener los ócios del ánimo deleitándole con la pintura de costumbres, lances, personas y corazones, pudiera hacer otra cosa que retratar fielmente el orijinal que elije. Mal que les pese á los censores, sinceros ó hipócritas, de cuanto es y fué, y ha de ser, el amor es el alma del universo, ley de la creacion, causa de todo, efecto de las causas todas, y solo deja de influir en los séres estériles por defectos orgánicos, por perversion de sus instintos, ó por caducidad, que es el peor y mas irremediable impedimento.

Así, pues, no solo no nos arrepentimos de haber empleado muchas pájinas en hablar de amores, sino que hemos de incurrir de nuevo, y hasta el fin de nuestra historia, y muchas veces, en la misma falta, dado que lo sea; y eso porque la verdad lo ecsije, nuestra inclinacion á ella nos arrastra, y si no lo hiciéramos, por un lector que ganásemos, perderiamos diez lectoras, lo cual no cuadra ni á nuestro deseo ni á nuestros intereses.



Hemos visto en *Beatriz*, la mujer puramente sensual, que casada con un viejo, busca fuera de casa lo que en ella no encuentra; en *Catalina*, la ambiciosa, sin corazon, á quien el cálculo conduce fria á los brazos de uno y otro amante para sacrificarlos siempre á su interès y malas pasiones; en *Leonor*, la *galante* ó *coqueta*, mas por rivalizar con las otras, que por aficion á los hombres; en *Inés*, en fin, la *sábia*, que incumbe precisamente, porque se figura estar al abrigo de todo accidente. Cuatro tipos son y variados; muchos mas ofrece la sociedad; mas ahora conviene á nuestro propósito volver á una dama de quien ya tenemos largo conocimiento, y que figura en primer término entre los personajes del pendiente relato.

El lector adivinó ya, sin duda alguna, que aludimos á la altiva cuanto bella é infortunada doña Elvira. ¿Y cómo hemos de hablar de ella sin hacerlo tambien de D. Fernando de Valdestillas? Imposible, de todo punto imposible; salgan, pues, entrambos de nuevo á la escena, que razon es no perderlos de vista por tiempo indefinido.

La última vez que juntos los vimos, fué en el momento de salir Valdestillas de la estancia de Avila, y entrar Doña Elvira en la misma, acompañada de D. Martin Suarez y Fr. Diego de Olarte, para justificarse, como lo consiguió, de las sospechas de infidelidad que sobre ella pesaban á consecuencia de los aciagos sucesos de la noche del 23 de Abril. Nunca mujer padeció tanto moralmente como la de D. Alonso aquella mañana; su altivez nativa se rebelaba iracunda contra la necesidad de comparecer en el *banquillo* de los acusados, ante un *juez* que era en realidad el verdadero culpable; la conciencia de su inculpabilidad, aumentando aquella repugnancia de instinto, puso toda su sangre en fermentacion; y hubo momentos en que tuvo tentaciones de negarse á toda esplicacion y sufrir en silencio cuanto mal de su silencio resultar pudiese. Pero si la idea de la muerte no la arredraba, sí la de la deshonra; y luego renunciar hasta á ver á D. Fernando. ¡Imposible! Elvira dominó su orgullo, Elvira descendió á justificarse: pero cuando Avila, gozoso como era razon, de que en eso triunfara su esposa, y cediendo á uno de esos habituales indeliberados movimientos de espansion, quiso estrecharla en sus brazos, luego que el fraile y Suarez los dejaron solos, ella, fria como el mármol de qué su admirable persona parecia labrada, rechazóle como siempre, diciéndole:

—No, D. Alonso, no: entre nosotros no hubo nunca amor, y si con otro proceder de vuestra parte quizá hubiera sido posible que viviésemos como esposos, vuestros devaneos nos han separado para siempre. Ruégoos que no me interrumpais: sé que soy *vuestra*, pero no os abriré nunca mis brazos voluntariamente; sé que teneis derecho á ecsijir de mí obediencia y fidelidad: obediente y fiel me hallareis, lo primero porque os lo debo á vos, lo segundo porque á mí tambien me lo debo. Podemos ser amigos: ahora con mi secreto conoceis el

medio de ganar mi voluntad en tal concepto; para amarnos otra vez, vuelvo á deciros que me es imposible.

Escuchábala D. Alonso, con asombro y al mismo tiempo con respeto, aunque ya de su dura franqueza tenia esperiencia; porque en realidad, sobre que en Elvira el porte, la fisonomía y el acento respiraban dignidad y grandeza, habia en aquella declaracion enérjica de una mujer á su marido, hecha á solas y sin cólera, siendo él un hombre con quien escenas de comedia fueran completamente inútiles, cuando no peligrosas, habia, decimos, valor mas que suficiente para imponer respeto al mismo D. Alonso.

Y, digámoslo tambien para ser fieles cronistas, la franqueza, la resolucion, el valor eran y debian ser prendas para D. Alonso altamente simpáticas, poseyéndolas él en tan alto grado, que de su ecsajeracion misma procedieron muchos defectos. A mayor abundamiento, no estaba de su mujer enamorado; y por tanto su corazon no padecia gran cosa con la declaracion poco lisonjera que Elvira le hizo. Respondió, pues, en tono entre picado é irónico:

—Vive Dios! Elvira, que sois singular mujer, y yo un marido como pocos.... Digo mal, como todos, sufridor y paciente. Todavía convaleciente de una estocada que me puso á las puertas de la muerte, y que os debo, sea como quiera, que os debo á vos sola, pues *honrándome* antes con vuestra confianza, me escusárais el comprarla tan cara, vengo á vos con los brazos abiertos, y me recibís, ¡pesia mi vida! no como una mujer á su marido, sino como una doncella andante á un forzador malandrin...... Mas, pues así lo quiso mi destino, sea en buen hora; seremos *amigos*, pues otra cosa no quereis; pero franqueza por franqueza, Elvira; si no encuentro amor en mi casa......

—Buscadlo en buena hora donde os plazca, respondió la dama sosegadamente. El mundo, que castiga con infamia y muerte las flaquezas de las mujeres, aplaude á los hombres que tienden las redes en que caen las desdichadas: no está en mi mano remediarlo. Por mi parte sois libre: respetaos á vos mismo, y es todo cuanto os ecsijo.

—Y podeis contar con ello, Elvira; de hoy mas debo ser otro hombre; y hoy mas tiene un fin mi vida, y un blanco mi pensamiento, un laurel que conquistar mi espada; si por hábito, ó por liviandad de carácter quizá aparentemente continúo siendo lo que no hubiera sido, creedlo, Elvira, si vuestro corazon no se mostrase para mí tan insensible, vereis, señora, que en el fondo hay en el hombre cuyo apellido llevais, algo mas que un libertino deshonrado.

—Quiero creerlo, D. Alonso; mas digo, espero que os hareis digno del galardon que os aguarda.

—¡Deveras, Elvira, teneis, en eso á lo menos, fé en vuestro esposo?

—Sí, Alonso; que sois valiente caballero; generoso y leal con vuestros enemigos; terrible, pero leal tambien con vuestros contrarios. ¡Por qué no he de creer que ofreciéndoseos ocasion de acreditar esas dotes, dareis de ellas relevantes muestras?

—¿Y cómo, si tal me juzgais, no siendo mi persona tan desgraciada que horrorice á mujer ninguna, y cuando soy ademas vuestro marido, no alcanzo á ablandaros ese corazon de diamante?

—Ved, D. Alonso, que no soy yo ninguna de vuestras damas.

—Creed, señora, que D. Alonso no confundiria nunca, ni por un instante, á su *esposa doña Elvira*, á aquella en quien su honra ha depositado, con otra mujer, sea la que fuere, y responded si os place á mi pregunta.

—¿Para qué quereis saberlo?

—Os lo diré sin rebozo: sois la única mujer con quien en vano he usado cuantos medios de agradar, pocos ó muchos, debo al cielo; sois tambien la única que ni engañarme se ha dignado. ¿No comprendeis ahora mi justa curiosidad?

—Pudiera, y debiera quizá negarme á satisfacerla; mas quiero probaros á un tiempo que soy vuestra *amiga*, y que *nunca seré otra cosa.* Oidme.

—Con mas atencion que nunca escuché relijiosa plática.

—Y bien, D. Alonso; cuando os conocí, no os amé precisamente porque otras, y por lo que otras os amaban. Vuestro aire triunfador, vuestra mal disimulada vanidad, alarmando la mia, me sirvieron de impenetrable escudo contra vuestras seducciones todas.

—Supuesto, y perdonadme la palabra, supuesto vuestro *orgullo* comprendo: mas despues....

—Pedísteis mi mano, pero no como un hombre enamorado, sino como, quien en desesperacion de causa, acude á un desesperado medio para conseguir lo que de otro modo no alcanza. Yo os estudiaba á sangre fria, Alonso, y no podiais engañarme, caseme con vos, por obediencia pura....

—¡Un poco de caridad, Elvira! ¿Tal era yo entonces, que solo por *obediencia* podia una mujer casarse conmigo?

—Mil en México lo hubiesen hecho por amor; yo no os amaba, os he dicho la razon y la habeis comprendido.

—No sé por qué diablos me meto en argumentos con vos; sois mas diestra que la *Doctora*.... En fin, proseguid, señora.

—Os entregué, no obstante, mi mano sin repugnancia alguna; y si satisfecho con los sentimientos únicos que acertábais á inspirarme, no os hubiéseis obstinado en que habia de amaros con una pasion de esas que abrasan á un tiempo el alma y el cuerpo, pudiéramos vivir entrambos felices.

—Precisamente lo que os pregunto es, por qué no he podido inspiraros ni un solo instante de pasion, sin embargo de reconocer en mí, vos lo habeis dicho, Elvira, prendas que bastan á encender los mas helados pechos.

—Pudiera deciros que porque el mio es de nieve, mas no he de en-



gañaros, D. Alonso: sea mi corazon lo que fuere, la causa que á la *amistad* limitó siempre el afecto que os profeso es otra.

—¿Y cuál?

—¿Cuál? ¿No lo adivinais ya. D. Alonso, vos, tan avezado al trato de las mujeres; vos que sois el oraculo de México en tales asuntos?

—No, á fé de caballero; y os prometo que he velado muchas horas y muchos dias procurando averiguarlo.

—No dísteis con ella porque os la figurásteis misteriosa y complicada, cuando es, como siempre, la verdad clara y sencilla. Conociéndome, ¿no podiais figuraros que para haceros amar de mí era antes preciso que yo poseyese el amor que inspiraba?

—¡Cielos! ¿Y no creísteis en el mio?

—¡Jamás!

—¿Y por qué, Elvira?

—Porque nunca me habeis amado.

—Delirais, Elvira, delirais. ¿Por qué me casé con vos, si no os amaba?

—Porque deseábais poseerme, y no hallásteis otro camino para lograrlo. Vuestro corazon era entonces de otra.

—¡Zelos, señora!

—La vanidad os estravía, como siempre, en estas materias. Ni tuve zelos entonces, ni despues, ni los tengo ahora, ni los tendré nunca de vos. Conocí que no me amábais, aunque sí me deseábais; conocí que yo era para vos instrumento de una venganza, ó refujio de una desdicha; pero amarme....Perdonadme, D. Alonso; pero es cierto que no sois ni capaz de amar como Elvira necesita ser amada para que su corazon se inflame. Deslumbrais á la inesperta, seducís á la voluptuosa, inflamais á la ardiente, convertís á la violenta; pero ni podeis amar á la que estima en mas su pudor que el placer, ni ser amado de la que cree que una mujer es algo mas que un instrumento de los placeres del hombre, que es una criatura de Dios como aquel, con dignidad, con celestes aspiraciones, con alma, en fin, ademas de cuerpo. Por eso no os he amado, ni os amo, ni os amaré de amor, aunque os tengo por un cumplido caballero, y os ofrezco sinceramente mi eterna ámistad.

—¡Oh, Elvira, Elvira! esclamó arrebatado de sincero entusiasmo D. Alonso; hasta hoy, que definitivamente lo pierdo, no he conocido el tesoro que poseia. Teneis razon: no era yo ya digno de amaros cuando os conocí; mi alma, profanada ya por el hálito impuro de los torpes placeres, ¿cómo podia aspirar el suave perfume que de la vuestra se ecshalaba? Fatalidad de mi destino ha sido no conoceros antes.

—Y bien, *amigo mio*, resignaos como yo, con los decretos de la Providencia.

—Sí, Elvira, sí; y aunque soy mucho menos desdichado que vos,

pues al cabo puedo envanecerme con el título de vuestro esposo....

—Si, como lo espero confiadamente, ocultais en breve bajo la sombra de los marciales laureles, las torpes huellas de las coronas de lascivo mirto que hoy manchan vuestra frente, tambien yo podré llamarme con orgullo esposa de Avila.

—Yo os juro, por mi honra, que pronto sereis ó la esposa de un hombre famoso, ó la viuda de un mártir. Quizá lo último vale mas para entrambos: porque al cabo, Elvira, mientras yo ecsista no podeis amar.—¿Y quién tampoco es digno de vos en México? Un solo hombre conozco....

—Silencio, Alonso, silencio, amigo mio: la esposa de Avila es fiel, y lo será siempre á su marido. Que ame ó no ame, importa poco; ella sabrá vivir y morir honrada. Adios, *amigo;* ya es tiempo de terminar esta dolorosa conversacion.

—¡Infeliz! esclamó Avila; viéndola salir de su cuarto. ¡Está enamorada, y es incapaz, sin embargo, de ser infiel al hombre á quien no ama, á quien amar no debe!!!

—¡Y él tambien comprende, iba pensando Elvira, que solo *mi Fernando* puede inspirarme amor, que Elvira es la sola mujer á quien puede amar *Fernando!!!*

¡Feliz, pues, dirá alguno, el simpático galan mancebo!—¡Desdichado, decimos nosotros, desdichado mas que nunca desde aquel mismo instante!

¿Por qué? se nos preguntará: amando y siendo amado, poco le restaba que hacer para ser dichoso. ¡Oh! si Fernando fuese un D. Alonso y Elvira una mujer vulgar, todo se reducia á unas cuantas evoluciones y escaramuzas, para que constase que él atacaba y ella se defendia, y quedando bien puesto el pabellon, rindiérase la plaza sin tardar mucho. Pero ni Fernando era un D. Alonso, ni Elvira una mujer vulgar, ni las circunstancias individualísimas en que la última se encontraba, á mayor abundamiento, se prestaban en ningun modo á favorecer la pasion de aquel.

Aconteció, por tanto, que desde el punto y hora en que los dos esposos con tanta claridad se entendieron, aunque mientras duró la convalecencia del herido, ni Valdestillas dejó de acompañarle largas horas por tarde y mañana, ni doña Elvira, tampoco, de asistirle tarde y mañana y aun noche, á los cinco ó á los diez minutos de entrar Fernando, ya con un pretesto, ya con otro, muchas veces sin ninguno, retirábase ella dejando á solas á los dos amigos. Durante las brevísimas visitas que al infeliz amante hacia en presencia de su marido, doña Elvira con ese don de ocultar sus sentimientos que nunca alcanzan los hombres en el grado de perfeccion de las mujeres, y la fuerza de voluntad que le era peculiarísima á ella, no solo se conservaba tan serena como de costumbre, en la apariencia se entiende, sino que llegaba á tomar parte en la conversacion, y á chancearse y

á reirse con el mismo aplomo que si entre Fernando y ella no mediasen mas relaciones que las de un desinteresado afecto. ¡Como si no se hubiesen dicho ya que se amaban! ¡Como si tales cosas, cuando se dicen, porque se sienten, pudiesen tan pronto olvidarse!

Avila, ora sospechase la inclinacion de su mujer al seductor mancebo, como parecian indicarlo las últimas palabras de su decisiva conversacion con Elvira; ora el rayo de luz que le iluminó entonces, disipase presto, no siendo mas que una de esas rápidas fuljentes ecsalaciones que brillan fortuitamente en tempestuoso cielo; ora, en fin, resignado con su mala suerte como marido, quisiese colocarse en la cómoda posicion de los que en ignorarlo todo se obstinan, el hecho es que cada dia se mostraba mas aficionado á D. Fernando, y que no pocas veces instó á su mujer para que prolongase sus visitas. En una sola pequeñez, pero pequeñez que por característica omitir no podémos, advirtiera el observador intelijente, que D. Alonso podia abrigar alguna sospecha sobre el verdadero estado del corazon de su amigo; y esa pequeñez vamos á decirla. Siempre que se hallaban reunidos, Fernando, Elvira y su marido, afectaba este un aire, maneras y tono de galantería tan finos, tan bien calculados, que sin que ella pudiera rechazarlos, ni aun en el estado de neutralidad, por decirlo así, en que se habia declarado, necesariamente persuadian al jóven é inesperto amante, de que los esposos vivian en la mas tierna intelijencia. Sucedia entonces que primero una roja caliente tinta teñia las facciones tiernamente varoniles de Fernando, y que en seguida, palideciendo como un cadáver, érale forzoso ó buscar pretesto para ocultar su turbacion, ó confesarla atribuyendo el oríjen á dolencias físicas. D. Alonso, en tales ocasiones, que se repetian con frecuencia, mirábale de hito en hito con cierta amargura unas veces, con su sardónica burlona sonrisa las mas; y en tanto Elvira, sintiendo despedazársele el corazon, permanecia, sin embargo, impávida, impasible como lo que de D. Alonso habia creido mucho tiempo que por mujer tenia; como una estatua. Mas tarde, á solas en su estancia, ó de hinojos en su oratorio, deshacíase en amargo llanto, pidiéndole al cielo fuerzas para soportar aquel prolongado, incesante martirio: mas allí solo Dios la veia, y ella solo para Dios no tenia secretos, ante Dios solo se despojaba del humano orgullo.

De aquellas tres personas con tan singulares lazos por la suerte reunidas: de aquellos tres *reos* al mismo suplicio condenados, el mas infeliz, quien mas padecia, era Fernando de Valdestillas. Porque, en efecto, no estaba ni en el carácter ni en las ideas de Avila, el sentimentalismo: su dolor era mas bien *negativo* que *positivo*. Faltábale la vida del corazon, que es gran tormento; vivia como el *hongo* vejeta, sin raices, sin ramas, sin vínculo que á la tierra le uniese; como el héroe de uno de los cuentos fantásticos de *Hoffman*, su imájen no se reflejaba en nada, ni en la luna del espejo, ni en el cristal de la

fuente; su cuerpo carecia de sombra, pero en cambio tampoco era capaz de profundas penas, ni de prolongados padecimientos. Elvira, por el contrario, era un vehículo de ardiente sensibilidad, un foco de hondas sensaciones, un manantial inagotable de angustiosas lágrimas: mas para sostenerla contaba con su noble altivez, con la conciencia de sus obligaciones, con esa voluptuosidad q e encuentran los mártires en desesperar á sus verdugos mostrándose insensibles.

D. Alonso, pues, y Elvira, ya que descalzos caminasen por un camino de abrojos sembrado, llevaban al menos cada cual su báculo en que apoyarse: él la lijereza de su carácter, ella la inmensidad misma de su sacrificio: pero, ¿cuál era el báculo del pobre Fernando? Ninguno, absolutamente ninguno, ni siquiera la satisfaccion de decirse: Para mí solo estaba reservada tan amarga pena. Su situacion era vulgar, vulgarísima, en la apariencia á lo menos: una de esas situaciones porque no hay hombre que no pase, al menos una vez en la vida. Estaba enamorado de una mujer que poseer no podia. ¿A quién no le ha sucedido, sucede ó sucederá otro tanto? ¡Que esa mujer era escepcional, incomparable! No hay amante que de su amada no crea otro tanto. ¡Que era esposa de su amigo íntimo! ¿Y quién no es amigo íntimo del marido de la mujer á quien se ama? ¡Que se veia, por decirlo así, en la precision de verla casi diariamente, empozoñándose á sabiendas! Si él quisiera, no le faltaran medios de huir del veneno.

Así se raciocina en prosa; y Fernando se lo decia á sí mismo; y Fernando esclamaba dolorosamente al llegar á tal conclusion: "Nadie mas que yo mismo puede comprender la inmensidad de mi desdicha." Decia bien, los grandes males del corazon tienen eso de malo, que como no se ven, ni se palpan, como son triste privilejio de unas cuantas escepcionales naturalezas, considéralos el mundo, ya como incomprensibles, ya como fabulosas creaciones de la fantasía. Mas á mayor abundamiento, la queja no le era lícita, ni confiar siquiera su dolor le era dado; y en fin, hasta la esperanza, último consuelo de los desdichados, tenia que rechazar, pues solo envuelta en amargos remordimientos le fuera posible concebirla. Fernando era, como lo dijimos, la mas infeliz de aquellas tres infelices personas; su juventud misma, su candor, su vehemencia, se conjuraban contra él, y faltándole el hábito de padecer, que encallece mas pronto ó mas tarde la sensibilidad del corazon, contaba los instantes de su vida por las angustias de su pecho.

Mustio y abatido, como la flor temprana que abrasa helado cierzo, consumíase el bello jóven tan rápida y sensiblemente, que hasta los estraños lo echaban de ver. ¿Qué harian Millan, Cristóbal, y mas que todos el anciano D. Pedro, para quien era Fernando el último destello de la ecsistencia? Regalo, mimo, tiernos cuidados, esquisitas prevenciones, todo se empleaba en casa del comunero, y todo en vano



para disipar la negra melancolía del mancebo: él, luchando sin fruto contra su mal, ni á disimularlo acertaba.

En tal estado el triste padre convocó á consejo estraordinario á Millan y Cristóbal, mas sus amigos que sus servidores, y ambos tan indudablemente amantes de Fernando, que solo al autor de sus dias consintieran la pretension de quererle mas que ellos.

—D. Fernando, les dijo grave y dolorosamente el proscrito de Villalar, D. Fernando, leales servidores mios, se desmejora cada dia, y al compas que él la lozanía de sus juveniles años, pierdo yo la poca vida que me resta. Así, pues, os ruego y mando, y si necesario fuese os conjuro por la fé que me debeis y en vosotros tengo, á que me reveleis la causa de sus tristezas.

—Si lo supiera, respondió el primero Millan con su habitual brusco tono, tiempo ha ¡Voto á *Padilla!* (Juramento tan grave é irrevocable para el escudero, como para los dioses del Olimpo el que hacian sobre la laguna Estigia) tiempo ha, dijo, que procurara acabar con ella, ó acudir á vuesa merced para que la remediase.

—Y tú, Cristóbal (insistió el anciano.) ¿Nada sabes tampoco?

—¡Oh! *amo chiquito* hablas poco, repuso el indio prudentemente.

—A sus años, prosiguió D. Pedro; y todos hemos sido mancebos, se cometen errores, se tienen estravíos. Quizá D. Fernando ha jugado, ha perdido, y no osando confesármelo, se consume afrentado. Millan ¿qué dices?

—Que si eso fuera, mereciera el muchacho cien azotes; porque á fé que su padre allá en sus mocedades no se andaba con tales escrúpulos. Pero ya se vé, á ese niño le *hemos* criado como á una monja....

—Amo chiquito, interrumpió Cristóbal, no juegas nunca mas que dineros tiene.

—¡Oh! Mi Fernando es siempre caballero (esclamó D. Pedro con justo orgullo.) ¿Habrá tenido la desdicha de matar?.... Eso es.... ¿Cómo antes no se me ha ocurrido?

Tendrá remordimientos por haber dado muerte á un hombre, segun cree, en el lance de D. Alonso.

—¡Medrados estamos! ¡Pesia á mi vida! gruñó al oir tales palabras Millan; ¡remordimientos por matar á un hombre cuerpo á cuerpo! Si digo yo que lo hemos criado para monja.

—Amo chiquito, no monja.... amo chiquito valiente, valiente como amo viejo, valiente como Hernan Cortés, Sr. Millan.

—Bueno está, Cristóbal, replicó el escudero á la ecsaltada defensa que el indio hacia de D. Fernando: ¡si presumirás tú querer mas que Millan á D. Fernando! Ya sé yo que es tan valiente como el mejor de los comuneros, tan valiente como su buen padre, que aquí donde le ves ya viejo y cascado, fué en Villalar el asombro, y mejor dicho el azote de los imperiales; ¡si todos hubieran hecho lo que él!

—Por Dios, Millan, dijo D. Pedro, aunque no muy enojado, que eres

prolijo en discursos impertinentes. Hablemos de mi hijo, que es lo que importa. ¿Tú, Cristóbal, no crees que sean remordimientos los que aflijen á D. Fernando?

—Amo chiquito, buen cristiano, devoto: confesar cada mes con padre provincial, y si tener remordimientos, con penitencia buscar la absolucion.

—Tienes razon, amigo, tienes razon; y yo soy quien me engañaba. Lo que aquí hacer debemos es que yo hable de esto con Fr. Diego; y si varon tan santo toma el negocio á su cargo, espero en Dios que hemos de salvar á mi Fernando.

Millan apoyó con todas sus fuerzas el proyecto de su amo, y como Cristóbal se abstuvo prudentemente de notar, D. Pedro, dando su aprobacion, por supuesto, sin perder tiempo encaminóse al convento de San Francisco en busca del venerable prelado.

Conocíanse Fr. Diego y el comunero desde los tiempos de la conquista: amigos ambos y admiradores de Cortés, aunque en posiciones tan distintas, habian sufrido juntos mas de una persecucion de las muchas que á los parciales del marques aflijieron en Nueva-España; y siendo ademas el uno y el otro, cada cual en su línea, personas estimables, profesábanse entrañable razonado afecto. Si Fr. Diego, por su ignorancia en las letras humanas y aun en las sagradas, tanto como por los incesantes afanes de su fervoroso apostolado, no pudo dirijir la educacion científica de Fernando, fué en cambio su director espiritual; y como en el fraile vivian siempre las reminiscencias del soldado, hubo en su doctrina para el mancebo tan felicísima mezcla de los principios ascéticos on los propios de un buen caballero, que casi nos atrevemos á decir que si Sancho Panza conociera al hijo del comunero, no pudiera con verdad decir que el CABALLERO *del verde gaban* era el *primer santo á la jineta* que en su vida habia visto.

Ya lo hemos visto, y por demas se esplica: el padre provincial de San Francisco miraba con tierno paternal cariño al amante de Elvira; y no podia en consecuencia dirijirse D. Pedro á nadie que mejor comprendiese su pena, que mas con ella simpatizase.

Apenas, pues, hubo el comunero comenzado á esplicarse en el claustro del convento, donde halló al provincial en profundas meditaciones absorto, cuando le interrumpió el relijioso diciéndole:

—No prosigais, D. Pedro; hace tiempo que he advertido y me aflije la negra melancolía de Fernando.

—Y bien, padre y amigo mio, ¿no hemos de hallar remedio á tamaño mal? ¿Estaré yo condenado á tan larga vida, solo para ver que baje á la tumba el último vástago de mi helado tronco, así como ví espirar tambien en mis mocedades el postrer destello de los castellanos fueros.

—Ofrecédselo á Dios, D. Pedro. Los males que en este mundo nos aflijen, pruebas son de su misericordia infinita.



—¡Oh! Fr. Diego, Fr. Diego! Vos que habeis roto cuantos vínculos con el siglo os enlazaban, vos que ya no teneis familia....

—D. Pedro, á mí me enlaza con el siglo y con la especie humana un vínculo mas poderoso que todos los mundanos: el de la caridad cristiana. D. Pedro, la patria del misionero es el universo: D. Pedro, la familia del relijioso son todos los prójimos.

—¡Ah, sí! Pero no sabeis lo que es tener un hijo único, fruto de una union lejítima y santa, prenda de una mujer casta, virtuosa, impecable, que sin duda se cuenta hoy en el número de los bienaventurados, y por nosotros intercede. No sabeis, digo, lo que es tener un hijo único, haber renunciado por él y para él hasta á mis ilusiones de ver otra vez libre á Castilla; haber consagrado veinte años á labrar su fortuna, á formar su corazon, á nutrir su entendimiento, y cuando ya se comienza á verle hombre, caballero, valeroso, jentil, galan, modesto y bueno, decirse: la melancolía le domina, le corroe, le mata! No, Fr. Diego, no sabeis lo que es eso, que si lo supiérais diérais lástima de mi pena.

—¿Y quién os ha dicho, de dónde inferís que soy yo á ella insensible? Estoy por deciros que me ofendeis, D. Pedro. Vos sois uno de mis mejores y mas antiguos amigos; vuestro hijo lo es mio espiritualmente. Mirad mis ojos en lágrimas arrasados, y ellos os dirán si soy ó no sensible al mal de Fernando y á la justa pena que os causa.

—Lo veo, lo creo, y perdonadme la injusticia con que os he tratado.

—¿Quién se acuerda de eso, D. Pedro?

—¿No ha de haber remedio para mi hijo?

—Si le habrá, amigo mio; ó mejor dicho, le hay.

—Bendígaos el cielo por esa esperanza que dais al desconsolado corazon de un padre; pero esplicaos ya, que la impaciencia me devora.

—Ya os lo dije: que le ofrezcais vos al Omnipotente vuestro dolor orando, como yo lo hago, dia y noche por nuestro Fernando.

—¿Y no hay otro?

—¿Qué médico buscareis para enfermedad ninguna, que en ciencia iguale al autor del universo?

—Por los clavos de Cristo, Fr. Diego, que hoy no nos entendemos. Que Dios todo lo puede, gracias á su misericordia, lo sé y lo creo con toda mi alma: pero Dios deja obrar al hombre y le manda ayudarse.

—Cierto, amigo mio: mas cuando los males que le aflijen son de aquellos á que el saber humano no alcanza á poner remedio; cuando padece el espíritu y se acobarda, no le queda otro arbitrio al cristiano filósofo, sino volverse á su Creador, y preguntarle con el santo rey profeta: *¿Por qué, Señor, caigo en profunda tristeza, cuando me aflije el comun enemigo?*

—¿Creeis entonces que para la melancolía de mi Fernando no hay humano remedio?

—No le hay, D. Pedro.

—¡Desdichado viejo! ¡Infelicísimo padre! ¡Estoy, pues, condenado á perder la última, la mas cara prenda de mi corazon!

—¿Quién dice tal? ¿Esa es vuestra fé en la Divina misericordia? La mocedad de Fernando es mas piadosa, D. Pedro, que vuestra vejez: él *espera* confiadamente.

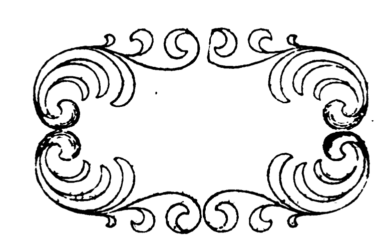
—La mocedad tiene la vida adelante, y la vejez tiene la muerte: mas, en fin, Fr. Diego, ¿esperais vos tambien?

—Espero, y Dios no querrá engañar mi esperanza.

—Pedidle al Señor que aparte de mí este cáliz de amargura, superior ya á mis débiles fuerzas, ó que á sí me llame.

—Si mis oraciones son oidas, mi buen D. Pedro, tendreis en esta y en la otra vida la dicha que vuestras virtudes merecen.

Separáronse con esto los dos venerables ancianos: á llorar en la soledad de su aposento el aflijido comunero; á implorar, tambien con lágrimas, la misericordia divina en favor de padre é hijo, el santo relijioso al pié de los altares.





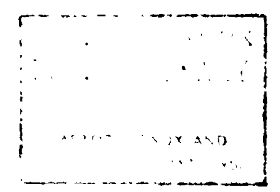
CAPITULO IX.

QUE D. ALONSO DE AVILA SE CONSTITUYÓ MÉDICO DE LA MELANCOLÍA DE SU AMIGO; Y D. PEDRO SALTÓ Á PIES JUNTILLOS SOBRE SUS ESCRÚPULOS.

Fr. Diego tuvo razon al decir á su amigo D. Pedro, que Fernando *esperaba* confiadamente en la misericordia de Dios; solo que el mozo en realidad esperaba la *muerte* y no el alivio de sus *penas;* alivio que, á mayor abundamiento, no deseaba; pues pensar en lograrlo sin que su amor cesase, era locura, y aquel amor habia tomado en su alma, enseñoreándose en ella, la forma y poder de una creencia relijiosa de las que jamas se abjuran. Y de todas las combinaciones posibles de los afectos humanos, ninguna mas eficaz, en bien como en mal; ninguna tan indestructible como la que amalgama la fé con el sentimiento; porque aquella mantiene á la razon humillada y fuera de combate, mientras que el último ecsala la voluntad. Supongámosle á un hombre de honrada índole un mal deseo, tan vehemente como nos venga á cuento; y mientras la razon no pierda, demostrándole ella que su pasion es *mala*, estaremos seguros de que ha de vencerla. Mas si la preocupacion es tal que pervirtiendo las nociones de lo bueno y de lo malo, hace que el vicio revista las formas de la virtud, entonces la perdicion del apasionado sugeto no puede evitarse. Decir que ese era esactamente el caso de Fernando, seria tal vez esacto bajo el as-



DOÑA ELVIRA.



pecto de la ascética moral, porque amar á la mujer del prójimo, y aun amar á libre de tal modo que pase el afecto á ser idolatría, flaqueza es y pecado: pero nosotros, que no somos teólogos ni moralistas, sino pobres mundanos y frájiles como cada hijo de vecino, á mayor abundamiento, no seremos ni ser podemos tan severos.

El pobre mancebo no tenia la culpa de haber conocido á los veinte años, á esa edad en que el hombre en todos paises, y singularmente en los meridionales, se siente, como las flores en primavera, rebosando amor, ir radiando la fecundidad por todos sus poros; no tenia, decimos, la culpa de haber conocido y tratado á los veinte años á una mujer que nos atreviéramos á llamar compendio y suma de toda humana perfeccion, si el orgullo no figurase en el catecismo en el número de los pecados capitales. Pero como Fernando no se podia andar con el catecismo debajo del brazo, como un maestro de obra prima con la medida, para ajustar á él sus sensaciones, cuando cayó en la cuenta del riesgo que corria, ya estaba perdida é irremisiblemente enamorado.

Amaba, pues, y amaba sin deseo, sin esperanza de dejar de amar: tambien sin esperanza y sin deseo casi de poseer á la que "*de su dolor culpa tenia.*"

¡Sin deseo de poseerla!.... Si, ciertamente, carísimos lectores; los casos de esa dolencia son muy raros, muy raros, pero se dan de cuando en cuando en este pícaro mundo, siquiera para consuelo de las almas puras, que tampoco son muy comunes. "Dos medios solos, se "decia Fernando, hay para que yo sea dueño de Elvira, y entrambos "igualmente odiosos á mi corazon: porque ¿cómo he de desearle la "muerte á D. Alonso, mi mejor amigo? ¿Ni cómo puedo tampoco "pensar siquiera en deshonrarle? Y ademas, dado que tanta fuese mi "maldad, en ella misma iria envuelta su castigo, pues Elvira, desleal "á su esposo, no seria ya la Elvira celestial que adoro, sino una mu"jer culpable y mundana, aunque hermosa siempre."

Y véase cómo por el sentimiento puro, cómo por la pasion ecsaltada, se llega al mismo término muchas veces que por el frio raciocinio.

En resúmen, nuestro desdichado jóven no podia ni siquiera esperar alivio ó remedio á sus males, y en la muerte sola cifraba sus esperanzas: pero en la muerte natural producida por el estrago que en su organizacion causasen las penas, pues ni la época, ni el hombre, ni la educacion que recibido habia, daban lugar á la idea del suicidio. Engañábase D. Fernando: el dolor moral mata pocas veces, y si otra cosa hiciera, piadoso seria economizando al menos tiempo al suplicio.

Pero sea de esto lo que se fuere, el hecho es que la melancolía en D. Fernando llegó á hacerse crónica y tan visible, que solo un ciego dejara de verla, siendo por tanto sobrado natural que de ella se apercibiese D. Alonso de Avila, ya porque casi diariamente se veian

aquellos dos caballeros, ya porque el esposo de Elvira no era hombre á cuya perspicacia pudiese escaparse lo que tan á la vista estaba.

Abstúvose, no obstante, D. Alonso de entablar conversacion directamente con Fernando sobre la tristeza de este por algun tiempo; y no acertaremos nosotros á esplicar la causa de tal reserva en persona que no solia contener la lengua con sus amigos.

¿Callaba Avila, dominado por ese respeto que el dolor resignado y sincero inspira á los corazones jenerosos? ¿Sospechaba, por ventura, el verdadero oríjen de aquella melancolía? ¿Hacíase cargo de que fuera imprudente en él sondear la llaga? No es fácil resolver ese problema tratándose de un hombre en cuyas acciones la lijereza y la filosofía, la disipacion y la caballerosidad influian de consuno, equiponderándose unas veces, ocultándose recíprocamente las otras, y produciendo, en fin, en su vida un conjunto de inesplicables contradictorios fenómenos. Mas ello es que sin darse por entendido del estado de su jóven amigo, procuraba, siempre que la ocasion se le ofrecia, distraerle por cuantos medios son imajinables, empleando para conseguirlo todos los recursos de su fácil injenio y condicion simpática. La sonrisa desarrugó mas de una vez los labios de Fernando, merced á los esfuerzos de D. Alonso, y alguna otra quizá, una furtiva, ardiente lágrima abrasó sus pálidas mejillas, arrancada por el remordimiento; porque el jeneroso mancebo se decia:—"Es horrible que "sea el dueño de la que adoro quien mas procure neutralizar los efec-"tos de mi culpable pasion."

Tales eran las situaciones respectivas, cuando al regresar á su casa D. Pedro de Valdestillas, despues de la conferencia con Fr. Diego de Olarte, triste, apesarado, abatido acaso mas que el aciago dia de Villalar, encontráronse de manos á boca él y nuestro D. Alonso, ya completamente restablecido de las consecuencias de su herida. En aquel siglo en que la vida estaba, como la música, pautada y compasada, no habia disgusto que autorizase á personas bien criadas para prescindir de los ceremoniosos miramientos á los demas debidos; por manera que aun con llevar D. Pedro atravesado el corazon por la espada de mas agudos filos que el dolor tiene en su abundante arsenal, no se creyó dispensado de corresponder cortesmente al respetuoso cordial saludo de Avila, ni de pasarse á pedirle nuevas de su salud.

—Buena va siendo, respondió D. Alonso (sin cubrirse por mas que el anciano se lo rogaba), buena, Sr. D. Pedro, gracias á Dios, primero, y luego á los cuidados de vuestro hijo y mi mejor amigo D. Fernando.

Suspiró D. Pedro hondamente al oirle, y dijo:

—D. Fernando ha cumplido con asistiros antes y despues de vuestra desgracia, Sr. D. Alonso, la obligacion de un caballero; así cumpliera las que consigo mismo y con su anciano padre tiene!

—¡Vive Dios! (Repitió D. Alonso) que esta, por vez primera, os

veo injusto, y pésame de ello á fé de quien soy. D. Fernando es un fiel trasunto de su digno padre; y no hay mas que decir para encarecer en todo su bondad estremada.

—El y yo os debemos, Sr. D. Alonso, la merced de juzgarnos con sobrada induljencia, mas no es de eso de lo que yo trato. Fernando es, en efecto, si el paternal cariño no me ciega, tal como yo lo deseo, cristiano y caballero en todo: solo consigo mismo y con su padre se muestra cruel é ingrato.

—Otra vez os digo que vais errado, señor D. Pedro.

—Pluguiese á Dios que así fuera: mas no lo es, no, por desdicha de entrambos. D. Fernando, por penas que ignoro yo y nadie adivina, se entrega sin defensa en poder de la melancolía que le devora, y á mí me va acelerada y dolorosamente arrastrando á la huesa.

—¡Válame Dios con la jente sesuda, y qué poco se le alcanza de achaque de melancolías y mocedades! ¿Es posible, Sr. D. Pedro, que un caballero como vos, esperimentado en las cosas del mundo, de claro injenio, y de prudencia suma dotado ademas, no adivina la causa de esa melancolía en un mozo de veinte años, en cuyas venas corren mezcladas la sangre española y la mexicana? Recobrad el ánimo, amigo y señor mio; que si á D. Fernando aquejan otras dolencias que el *mal de amores*, quiero yo perder en esta hora los escasos restos que ya de la fujitiva mocedad me quedan.

—Bien haya, amen, la Divina Providencia que á mi camino os trajo esta tarde; porque, en verdad, Fr. Diego con sus místicas razones acongojóme el alma de suerte que....

—¿Qué entiende un buen fraile de tales aventuras? Lo que yo de vísperas y completas. Creedme, Sr. D. Pedro, vuestro hijo debe estar perdidamente enamorado de alguna mujer de *mármol* sin duda, que si de carne y hueso fuera, no sé yo que con él se pudiese mostrar ingrata.

—La verdad es que D. Fernando, ni por lo galan, ni por su cuna, ni por el caudal tampoco, merece ser desdeñado.

—Y añadidles á esas buenas prendas la discrecion sin jactancia, el valor sin fanfarronada, la ternura sin debilidad; pero, ¿qué quereis? Las mujeres de nuestros tiempos son como las hizo el diablo, que Dios no puede haberlas hecho, bizarras y estravagantes.

—Pero, en fin, D. Alonso amigo, si la que á mi hijo ha cautivado es, como yo supongo, digna de amor....

—¡Oh! De eso yo respondo.

—¿Luego la conoceis?

—No.... es decir: sí, y no. Sospecho que es objeto de su pasion una dama de cabal hermosura, notable injenio, y *casi, casi* me atreveria á decir que virtuosa.

—Ea, pues, D. Alonso: sed salvador de mi casa: si tales son las pren-

das de esa dama y vos la conoceis, tratemos su casamiento con Fernando.

Figúrese el lector la sorpresa del grave comunero, cuando al escuchar sus razonables palabras, el atolondrado D. Alonso, sin ser poderoso á contenerse, soltó una carcajada estrepitosa, franca, inestinguible, como la risa que Homero atribuye á los númenes del Olimpo, y ademas, en concepto del anciano, tan estemporánea, que pisando los confines de la impertinencia, frisaba ya en los términos de la ofensa. En aquellos tiempos el trato de jentes ecsijia no perder nunca los estribos ó no envainar la espada ni de dia ni de noche.

Diez años antes, y aun entonces, si no se tratase de cosa que tan al corazon le llegaba, como lo era la redencion de su hijo único, D. Pedro desnudara el acero, mas en aquella ocasion conteniéndole juntamente con la prudencia propia de las canas, el paternal amor, limitóse á esclamar con justa severidad y frunciendo el ceño:

—¿Podré yo saber, Sr. D. Alonso, qué palabra mia ha escitado en vos tan inesperado regocijo?

Avila hubiera dado todo el oro del Nuevo Mundo por no haberse reido, porque respetaba sinceramente á Valdestillas, mas por lo mismo que procuraba con todas veras recobrar su gravedad, la risa, que es de suyo antojadiza, y tanto mas tiránica cuanto menos oportuna, aferrándose á él le dominaba y le aflijia, que tal es la palabra, aunque parezca impropia á primera vista. Ya D. Pedro, dado á todos los diablos, iba á volverle la espalda, cuando merced á un esfuerzo heróico pudo contenerse, y escusándose dijo:

—Perdonad, Sr. D. Pedro, mi descortés é intempestiva risa; pero ella ha sido tal, y suele serlo siempre en mí, que hay ocasiones en que si á degollarme fueran, creo que aun entonces me riera. Háme hecho gracia vuestra ocurrencia de buscarme para casamentero, y sobre todo en el caso presente; pero esto no es de este lugar, sino que de D. Fernando hablemos; y la verdad es que ni él puede ahora casarse con la que ama, si es la que yo sospecho, ni aun me es dado desear que desaparezca el obstáculo que á su consorcio se opone. Creedme, Sr. D. Pedro: lo que aquí ha de hacerse es procurar ocasiones en que el ánimo de nuestro pobre mozo se esparza y distraiga del pensamiento que le domina. Ama y cree amar para siempre; desea á una mujer, imajinando que sola su posesion puede hacerle venturoso. Andando el tiempo verá que *siempre* en materia de galanteos, quiere decir, primero un año, luego un mes, mas tarde una semana, al cabo un dia, ya que no una hora; andando el tiempo, se convencerá de cuán poco va de mujer á mujer y de que la doña *última* es siempre la menos mala. Siento escandalizaros; pero considérraseme como á médico de la enfermedad que el espíritu de D. Fernando aflije, y no llevéis á mal que os hable de hipocóndrios, intesti-

nos, escrementos, vómitos y otras suciedades que para la cura han de tenerse en cuenta.

—Pésame de otros, D. Alonso; y no imajino que D. Fernando....

—D. Fernando es hombre, no pasa de veinte años, y los Amadises que se andan por montes y valles con doncellas mas andantes que ellos mismos tratándolas como á imájenes por amor y memoria de sus señoras á quienes apenas conocen, como de vista no sea, y eso no siempre, no ecsisten mas que en los libros de caballería. Creedme, pues; y si deveras deseais acabar con la melancolía de D. Fernando, antes que ella con él acabe, entregádmele á toda mi voluntad. Decidle, si os place, que le espero mañana á caballo, y al ser de dia en mi casa; y por mí la cuenta si antes de la noche no se hubiese reido mas que de un mes á esta parte. Y con esto dadme vuestra licencia, que hago ya falta donde me esperan.

Acabando de hablar y con un airoso saludo, dejó Avila á D. Pedro, y quedó el anciano suspenso y dudoso sobre lo que hacer debia; pues si por una parte la moral meticulosa le aconsejaba que no entregase á su hijo en manos de aquel desesperado calavera, por otra la razon de su esperiencia le decia que en efecto, contra el *mal de amores* el único remedio, dado que alguno hubiese, habia de ser el que fácilmente se trasparentaba al través de las palabras de D. Alonso.

"Fr. Diego (pensaba el pobre viejo) habla muy á sus anchas de encomendárselo todo á la mano de Dios: y me diria con resignacion cristiana, si mi Fernando sucumbiese á sus penas: "*Así convendrá.*" Pero yo siento que no puedo, que no debo dejarle morir."

No, hijo del alma, no; yo no debo dejarte morir así, sin intentar siquiera tu remedio: ¿Y cuál puede haber para Fernando que no sea el que ese loco de D. Alonso propone? Ninguno, pesia mi vida, ninguno.... Ello algun precepto del Decálogo no saldrá bien librado: pero ¡qué diantre! Un caballero mozo y galan (porque mi Fernando es el mas galan de Nueva-España) no ha de vivir tampoco como un capuchino.... En fin, entre que se muera ó haga lo que todos, lo que yo mismo, Dios me perdone, allá en mis mocedades hice.... Alto, pues; y probemos á salvarle.

Con esa conclusion entraba D. Pedro por las puertas de su casa, donde no sin zozobra estábanle esperando sus servidores y consejeros.

—Cristóbal, dijo el anciano: ¿y tu amo chiquito?

—En aposento suyo; contestó tristemente el indio.

—¿Qué hace?

—Triste, con cabeza baja.

—Llámale. Y tú, Millan, anda á la cuadra á dar una vuelta por el potro alazan; quiero que D. Fernando le monte mañana.

—¡Bueno está el animalito, por vida mia, con una semana que lleva de cuadra! replicó el escudero.



—Mejor, esclamó D. Pedro: con eso le dará que hacer. Mas oye, Millan.... ¿Será cosa de que tengamos una desgracia?
—Si vuesa merced ó yo le montáramos, ciertamente que hariamos la triste figura; pero D. Fernando es el mejor jinete de México.
—¿Conque estás seguro de que no tendremos una desgracia?
—¿Imajina vuesa merced que si no lo estuviera, consentiria yo que el *muchacho* montase el potro? Aunque lo mandase el mismo ***Padilla***, Dios le tenga en su gloria....
—Bueno, Millan, bueno. Anda á ver cómo está, y en todo caso que Cristóbal le dé una vuelta por ahí esta tarde, sin que D. Fernando lo sepa, se entiende.
Pocos instantes despues de ese diálogo presentóse el objeto de tan tiernos cuidados, ante su padre, procurando en vano ocultar, bajo una forzada sonrisa, la amargura de su alma; mas el anciano, que tenia su plan formado, y en él la fé que inspira siempre un deseo tan ardiente como sincero, hízose el desentendido, y díjole con el tono mas natural del mundo:
—Héme hallado en la calle con D. Alonso, nuestro amigo, y díjome que os espera en su casa mañana al romper el alba, y os ruega vayais á caballo y en trage de campo.
—Pues habrá de perdonarme (contestó el mancebo), porque no estoy para fiestas.
—Héle ya dado mi palabra de que no faltareis, D. Fernando, y no habeis de desairarla.
—Ciertamente, si vuesa merced lo manda: pero parécеme....
—Nada; lo que ha de pareceros es hacer los preparativos necesarios para acompañar á nuestro amigo.
—Es que no me encuentro con salud....
—El aire del campo sé yo que ha de aprovecharos; y vuelvo á deciros, ademas, que mi palabra está empeñada.
Para escusar réplicas retiróse D. Pedro á su aposento, y D. Fernando esclamó allá en sus adentros:
—¡Hay tan donosa manía! ¿Qué le ha dado á mi buen padre para *forzarme* así á que con D. Alonso vaya al campo, quiera ó no quiera? Cosas de sus años! Pero habremos de resignarnos.
¡Ingratos hijos! No sospechan siquiera los afanes, las penas que á sus padres les cuestan! Pero todos hemos sido lo mismo.
Entretanto D. Alonso que, segun su costumbre de siempre y en todo, habia dejado en la conversacion con D. Pedro que su lengua se moviese y esplicara segun la inspiracion del momento, iba por las calles de México preguntándose quién le metia á él en camisa de once varas, por qué no dejaba al comunero arreglarse como Dios le diera á entender con la melancolía de su hijo; y en fin, qué cosa habia de hacer á la mañana siguiente de madrugada con D. Fernando, que á éste le aliviase y á él no le aburriera. Tales reflecsiones, cuerdas

antes de hablar, si le condujeran á abstenerse de tomar cartas en un negocio, en el cual algunas de sus frases á D. Pedro pudiera probar que traslucia, cuando menos la no lisonjera parte que le tocaba; tales reflecsiones, repetimos, cuerdas antes de comprometerse, eran no solo tardías, sino impertinentes y molestas una vez el compromiso contraido, pues ya en tal caso el toque estaba en desempeñar airosamente su palabra.

—Pero ¿cómo diablos voy á hacerlo? (Se preguntaba D. Alonso.) Ese mozo con su rizada cabellera, su semblante melancólico, y sus miradas voluptuosamente aflijidas, parece un San Juan al pié de la cruz del Salvador; y es posible que á las *pecadoras*, como él las llamaba, les parezca.... ¡Hum! ¡Hum! No se trata de eso: yo me he comprometido solemnemente á divertir su melancolía, á curarle de su amor.... ¡Temeraria promesa! Pero vive Dios que la prefiero al honrado encargo que su buen padre me hacia.... ¿Cómo lo hago, señor, cómo lo hago? Si le propongo que juguemos..... ¡Bah! perderá su dinero sin arrugar una vez el entrecejo, ó ganará el de todo México sin sonreirse: los enamorados á su edad desprecian el oro.... Si le quiero llevar á casa de Belisa, la milanera recien llegada, se me escandalizará como una monja.... El condenado no quiere mas que damas nobles, y con *su marido*. ¡Dios tenga misericordia de mí!

Estoy por entregárselo á D. Bernardino de Bocanegra, á ver si el espectáculo de aquella mas que negra melancolía le cura de la suya.... ¿Le llevaré á la academia de la bella Inés? Se duerme al segundo silojismo, como yo al primero.... ¿Si Beatriz quisiese encargarse de terminar su crianza....? ¡Ella! ya lo creo; y con mil amores se encargaria; pero él tiene el estómago demasiado débil para tan craso alimento. ¡Señor! Leonor es jóven, bella, intelijénte, pero bastará que yo se lo proponga, para que ella....

Y luego, él está como yo en tiempo de marras con Catalina....

¡Pobre mozo! Yo, al cabo, al cabo, no perdia el tiempo; pero él... lo que es él lo pierde, ¡viven los cielos! y si así no fuera! En fin, ni sé qué hacer, ni me acuerdo á dónde iba cuando ese viejo me ha salido al encuentro como una tentacion. Volvamos á casa, y pensaré, cavilaré; quizá la novedad del caso me divierta.

Y en efecto, retiróse á su casa y estancia, donde permaneció encerrado como cuatro horas, al cabo de las cuales abrió la puerta, y silbando y voceando como si á una corrida de toros asistiese, comenzó á llamar escuderos, pajes y esclavos con estraña prisa. A su reclamo y voces acudió presurosa la jente de servicio, y para todos hubo encargo. Cuatro montaron á caballo, llevando pliegos á diferentes caballeros de las cercanías de México; ocho ó diez ájiles indios se echaron á repartir billetes á toda la nobleza y buena parte de los habitantes de México: los cocineros bajaron las escaleras poco menos que de cabeza, faltándoles el tiempo para llegar pronto á sus horni-



llas: los palafreneros volaron á las caballerizas, y todas las mujeres de la casa repartiéronse en ella, entrándola á saco para improvisar toldos, pabellones y cortinas.

Doña Elvira, distraida de sus estudios y meditaciones por el jeneral estrépito de su ordinariamente pacífica morada, saliendo á deshora de su retiro, fuese á la estancia de su marido, para preguntarle qué significaba todo aquello.

—Significa, respondió, el que mañana desde el amanecer doy una fiesta en la casa de placer que tenemos en el bosque.

—¿A vuestros amigos?

—Y á los vuestros, Elvira.

—¿En tan breve tiempo?

—No hay mas placeres qne los imprevistos. Espero que no dejareis de honrarnos; iba á suplicároslo.

—Mi esposo puede mandarme.

—Entre *amigos*, señora, no se manda.

—Pues bien, Alonso, entre amigos la complacencia es ley. ¿Deseais, en efecto, que yo asista á esa fiesta?

—Lo deseo con todas veras, Elvira.

—Contad conmigo.

—Sois tan complaciente como bella.

—¡Lisonjas!

—¡No, vive Dios! No gusto de perder el tiempo.... Mas oid: tendremos tambien á nuestros enemigos.

—¿Y por qué, D. Alonso?

—Porque.... os lo esplicaré mas tarde, y estoy cierto de que no ha de pesaros de lo que dispongo. Permitidme ahora que acuda á los preparativos de la fiesta.

—Ved lo que haceis, D. Alonso....

—Elvira, serviros, ó mejor dicho, servir á México.

—En buen hora, tales pensamientos son dignos de un caballero.

Y diciendo así, Elvira tendia la mano á su esposo, como pudiera una reina á su primer ministro en prueba de su *real* satisfaccion; y D. Alonso besaba la mano de su mujer *castamente*, cosa rara en él, esclamando así que se vió solo sin poder contenerse:

—¡Inspiracion magnífica ha sido la mia! Digo, si D. Fernando no acierta á solazarse, que no le queda mas arbitrio que el de arrojarse de cabeza al cráter de *Popocatepetl*, ó á las lagunas, si no quiere ir tan lejos para acabar con su melancolía.

Todo México contribuirá á mi fiesta; todo México, y de ella quedará para siempre memoria! ¡Todo esto porque soy esposo *in partibus* de la altiva doña Elvira! ¡Oh, fortuna, fortuna! ¡Y cómo juegas con los pobres mortales y su destino!

Diez minutos despues estaba D. Alonso á caballo, y seguíanle hasta quince ó veinte criados, montados tambien, corriendo todos á rienda suelta hácia la magnífica *casa de placer* ó quinta, de que era dueño en el bosque de Chapultepec, vecino á México.



CAPITULO X.

DEL ESTREPITOSO MEDIO IMAJINADO POR D. ALONSO PARA DISTRAER DE SU MELANCOLÍA A D. FERNANDO DE VALDESTILLAS; Y DE LAS DIVERSAS JUNTAS QUE EN CONSECUENCIA SE CELEBRARON EN MEXICO.

CADA hombre, decimos en nuestro moderno lenguaje, galo-hispano, tiene su *especialidad* en este mundo, lo que en romance significa que á cada cual cupo en suerte la aptitud especial necesaria para hacer bien, ó á lo menos mejor que otros, ciertas y determinadas cosas. Los hay que hacen *mondadientes* superiormente, al lado de los que pintan un cuadro como Velazquez y Murillo; dále á este el *naipe* para adivinar jeroglíficos (*rebus* en el susodicho bárbaro idioma); y á aquel para ganar batallas; uno baila que es maravilla, mientras que otro predica como un San Juan boca de oro. Ello es, en fin, que no hay mortal tan que para algo no sirva, y que el toque consiste en que cada uno se dedique á aquello para qne nació capaz, ó los que al frente de la sociedad caminan tengan ese tacto é instinto que no es la menor parte del talento de los grandes hombres, y que consiste en apreciar y emplear á los demas, segun á sus particulares aptitudes conviene. Majistrado conocemos nosotros que hubiera sido un ecelente cocinero; hombre político que fuera un admirable maestro de baile; y el hecho es que cuando el primero entiende al reves las leyes, y el segundo se estravia en los negocios, la culpa no es suya,

sino de los que no aplican las ciencias combinadas de Gall y Lavater, la frenolojía y la fisionolojía, á la eleccion de los empleados públicos. Con el tiempo, que es grande ajente de todo progreso, esperamos ver que á todo pretendiente á destinos públicos, y candidato á cargos de eleccion popular, se les someta antes á un *tanteo* de cabeza, para averiguarle las protuberancias (salvas las conyugales) y deducir, en consecuencia, si es ó no capaz de la posicion á que aspira: mas entretanto, tomemos las cosas como se encuentran y ruede la bola, que un Redentor hubo, y con ser hijo de Dios le crucificaron.

Ahora, lector benévolo que hasta aquí nos has seguido, y debes de estar ya avezado á nuestras mañas, seguramente no te escandalizarás del precedente *introito*, que á otro ignorante de la manera descosida con que escribimos, habria de parecerle impertinente. A tí no, suscritor amado, á tí no: antes por el contrario te habrás ya dicho: "No veo yo la conecsion que tiene Gall, Lavater, y las *especialidades* con la *Conjuracion de México;* pero cuando este hombre lo dice, por algo será."

Y es así, que lo decimos por algo, y aun por *algos*, y *especialmente* por D. Alonso de Avila, cuya *especialidad especialísima* era y fué siempre *el escándalo.*

Hay hombres que para pedirle las botas á su ayuda de cámara, lo hacen con tal misterio que alarman á la policía y aun á la diplomacia: otros por el contrario no aciertan ni á *confesarse* sin trompetear de una ú otra manera, y tal y tanto, que antes de que les haya el confesor impuesto la penitencia, ya la conocen los pueblos todos del Universo. Tal era el esposo de doña Elvira; antípoda del secreto, polo negativo de la reserva, émulo de la trompa de la fama, mas público ue el sol, ruidoso como el trueno, y como las fuentes parlero.

Y no se confunda la indiscrecion con el escándalo, porque son dos cosas distintas. El *indiscreto* revela de palabra su secreto; el *escandaloso,* callándolo, lo publica sin embargo, con sus acciones; hay en el primero fruicion y propósito deliberado al hacer que circule lo que ocultar debiera; en el segundo, no mas que instinto enemigo de la prudencia, ó mas bien condiciones naturales de que prescindir no puede. Es grave culpa ser indiscreto; dar escándalo, en el sentido que nos ocupa, no pasa de fatalidad deplorable. La indiscrecion, en resúmen, puede con firme propósito correjirse; pero la *escandalosidad* (¿Qué tal la palabrilla?) es un achaque, como la joroba, incorrejible; los escandalosos dan escándalo como la *serpiente de cascabel* avisa de que se acerca, sin proponérselo muchas veces mal su grado. A este jénero pertenecía D. Alonso: si saludaba á un hombre en la calle, ó tenia la dicha de sacarle un ojo á cualquiera con la pluma del sombrero, ó derribaba el ramillete y corona de algun plato de dulce, regalo de monjas, y *daba un escándalo.* Si platicaba con alguna tapada, ya le salia al encuentro una procesion para que todo México le viese, ya

trabándose de palabras con los deudos ó guardadores de la Ninfa, habia de acabar infaliblemente á estocadas, y *daba escándalo.* ¿Iba á misa? La vez que no derribaba á una dueña en el acto de besar, (ella se entiende,) el polvo del suelo, le aplastaba los callos á algun usurero, ó le hacia caer el rosario de las manos al santurron de la parroquia, y *daba escándalo.* No habia medio de que el tal caballero saliese ó entrase, moviérase ó quieto se estuviera, sin causar alboroto, dar pábulo á la murmuracion, y pretesto á sus enemigos para cebarse en su fama, y causa á sus amigos para deplorar su mala cabeza; pero mala ó buena, él no podia trocarla por otra, con ella habia de vivir, y en consecuencia escandalizaba, porque el escándalo era su *especialidad,* su *mision* sobre la tierra. Ningun ejemplo mas notable de esa predestinacion de D. Alonso que el del suceso que nos ha sujerido las anteriores reflecsiones.

Avila sale de su casa para zanjar cierto negocio de su hacienda, lleno de compostura, calculando guarismos, á dos mil leguas de todo pensamiento peligroso; se encuentra con D. Pedro de Valdestillas, uno de los ancianos mas graves, prudentes y discretos del reino de Nueva España, y se pára á saludarle. Hasta ese punto, ¿qué mas pudiera pedírsele á la cordura misma? Se trata luego de la profunda melancolía de D. Fernando; y ¿qué cosa mas natural que dejarse enternecer por el espectáculo de las lágrimas de un padre? ¿Qué ocasion mas propia de un caballero que consagrarse al consuelo de un amigo? Todavía vamos bien, y hasta la lijereza de comprometerse á *consolar al triste,* sin saber cómo; y hasta la imprudencia de fijar plazo mismo, admiten disculpa fácil de fundar en el indeliberado impulso de un corazon jeneroso.

Pero se trata de salvar el compromiso; mejor dicho, de cumplirlo: y ya D. Alonso es D. Alonso: es el escándalo personificado. Véamos cómo.

Primeramente su casa: los criados y esclavos de ambos secsos van y vienen, como hemos dicho, y cual si un incendio amenazara el edificio, revolviendo las *petacas* ó baules, los escaparates, los armarios, la vajilla, la plata labrada, los cortinajes, los muebles, las cacerolas, las ollas, los asadores, y cargándolo todo apresuradamente, ya en acémilas humanas, ya en las cuadrúpedas, que unas y otras, y repetidas veces, andan y desandan el camino de México á *Chapultepec.*

Y en ese camino en que las acémilas embarazan el paso á los correos, y los correos atropellan á los peones, y los peones se agolpan con encendidas antorchas en las manos para alumbrarse, porque la noche es llegada y oscura, de vez en cuando aparece Avila á caballo, preguntando á éste por una cosa, á aquel por otra, haciendo retroceder al que venia, llevándose consigo al que iba, votando contra unos, apresurando á otros, y atolondrando á todos.

Y en el secular magnífico bosque de Chapultepec, cuyos frondosos,

corpulentos, jigantescos árboles quizá recordaban aún entonces la remota época en que, estinguida por el hierro y el fuego la raza de los *Toltecas*, pobladora primitiva del Anáhuac, sentó bajo su sombra sus reales el audaz *Xoloth*, caudillo de los feroces *Chichimecas:* en aquel bosque, mas tarde reservado á los placeres de los vireyes, discurria tambien en torno de la quinta de Avila la muchedumbre de sus sirvientes, con tan estrepitosa algazara, con tal confusion de personas, cargas, animales, antorchas, instrumentos, ocupaciones y voces, que quien de improviso allí cayera, pudiérase creer trasportado á no menos bullicioso departamento de los dominios del tétrico Pluton.

La casa misma, vasto y sólido edificio de piedra, palacio un tiempo de los príncipes mexicanos, vista desde afuera parecia entonces lugar de encantamento, cita de duendes, ó mas bien alcázar por asalto ocupado, pues los que de adornarla para la proyectada fiesta estaban encargados, por la premura del tiempo y el aturdimiento á ella consiguiente, clavaban y desclavaban con ruido espantoso, movíanse por moverse, trasladaban las luces de donde sirvieran, á donde poco importara estarse á oscuras, y llamándose unos á otros con destemplados gritos, sin contestarse nunca, por supuesto, mas que como jente trabajadora conducíanse como acelerados bandidos, ó endemoniados Trasgos.

Pero todavía no se formará el lector cabal idea de aquella confusa Babilonia, si en el imperfecto acelerado boceto que de ella hemos mal trazado, no da lugar á un episodio todavía mas estrepitoso, todavía de especie mas atronante que cuanto dicho dejamos.

Es un gran corralon, en efecto, no distante del cuerpo principal de la quinta; hasta quince ó veinte indios robustos, sin mas vestido que el absolutamente indispensable para no faltar á las menos ecsijentes leyes de la decencia, y armados de enormes cuchillos, degollaban sin misericordia y á bulto, toros, vacas, terneras, novillos, carneros, corderos, pavos, gallinas, pichones, y otros cuadrúpedos y volátiles, asiendo en el monton de víctimas allí aceleradamente reunidas, la que mas á mano les venia, sin órden ni discernimiento.

Imajine el que pueda cuál seria el infernal concierto resultante de la union de las voces de los carniceros con los bramidos, el mujir, el balar, el graznar y el cacareo de los agonizantes animales.

Todavía mas: para que nada le faltase al cuadro, en su último término movíanse como las centellas de un fuego de artificio, innumerables errantes llamas de otras tantas resinosas teas, con que armados los indios de aquellos contornos, y con infernales alaridos ojeaban la caza mayor del bosque, formando un círculo, el cual sucesivamente estrechado, acabó por reducir las reses á tan limitado espacio y tan grande espanto, que fué fácil matarlas con no mas trabajo que los carniceros del corralon mataban á los animales domésticos.

D. Alonso, que tan pronto se hallaba en el camino apresurando, co-

mo en la quinta dando disposiciones, como en el matadero contando las víctimas, y como entre los ojeadores disparando el arcabuz sobre los jabalíes indíjenas, parábase alguna vez, sin duda para que no se le acusara de poseer el secreto del movimiento continuo; y contemplando con satisfaccion indecible aquel monstruo parto de su voluntad y fantasía, deciase:—¡Vive Dios, que no hay melancolía que á tal resista, y que yo soy el mas hábil de los mexicanos todos!

Y tenia razon: aquello era cosa de volverse loco, y habilidad como la suya para derrochar el dinero, alborotar un pueblo y ponerse en escena, no era fácil poseerla.

Pues si el dia de campo estaba tal como lo dejamos escrito, á consecuencia de que Avila trataba de divertir las tristezas del enamorado de su mujer, la ciudad, por lo menos, corria parejas con el campo.

Porque los correos que de casa de casa de D. Alonso salieron á nuestra vista, eran portadores de un sin número de billetes, por él escritos durante las cuatro horas que permaneció encerrado, con una celeridad de mano cual debemos suponerla en el *Monstruo de naturaleza: el gran Lope de Vega*, para que le sea posible haber escrito las obras que su fama inmortalizan.

Y los tales billetes iban dirijidos á cuanto México tenia de principal ó notable, desde el marques del Valle hasta el mas pobre hidalgo de su parcialidad; desde el doctor Ceinos, y no se asombre el que leyere, desde el doctor Ceinos hasta el alguacil mayor Juan de Sámano.

Cuál seria la sorpresa de todos, y la estupefaccion de no pocos al recibir tales misivas, es inútil encarecerlo: los mas despues de leerlas dos y tres veces, para certificarse de que no les mintieron los ojos en la primera lectura, tomando acelerados capa y sombrero, salian á la calle, y deteniendo al primer conocido que topaban, decíanle:

—¿Sabeis la novedad?

—¿Sabeis vos la mia? replicaba el otro.

—¿Cómo, á vos tambien?....

—¿Conque, segun eso, á vos?....

—Pues: D. Alonso de Avila me convida para su casa de placer de Chapultepec.

—¿De veras? Pues á mí tambien.

—Ved mi billete.

—Tomad el mio:

"Si vuesa merced quiere favorecernos mañana desde el alba, á mí "y á doña Elvira, en su casa de *Chapultepec*, nos hará en ello singu-"lar merced.—*D. Alonso de Avila.*"

—Punto por punto es igual al mio.

Mutatis mutandis, casi todas las conversaciones comenzaban de esa manera: las variantes partian de aquel punto.

Los amigos íntimos esclamaban:—¡Cosas de D. Alonso! Es incorrejible; y hay que tomarle como Dios le ha hecho.

Sus conocidos no mas, pero parciales del Marques, decian:—De prisa viene el convite; pero ¿quién sabe lo que D. Alonso se propone?

De los partidarios de la audiencia, unos recelaban una emboscada, otros creian ver en aquel convite una señal de disolucion en el bando contrario.

Las mujeres, en jeneral, solo se lamentaban del poco tiempo que se les daba para preparar sus galas.

Los maridos y padres, en jeneral tambien, felicitándose de la circunstancia misma que á sus esposas é hijas aflijia, no las tenian todas consigo, creyendo á D. Alonso capaz de renovar la escena del robo de las Sabinas, si á cuento le venia.

Los amantes.... los amantes van siempre con gusto á los bosques; no sé la causa, consigno el hecho y basta.

Pero aparte esas diferencias, todas las conversaciones sobre el asunto, es decir, todas las que tuvieron lugar en aquella tarde y aquella noche en la ciudad, acababan como empezaban, de una misma manera:

—¡Y pensais ir?

—Sí, por cierto: desairar á D. Alonso no fuera prudente.

—Y él es un magnífico caballero, que hará bien las cosas.

—Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana.

Y ahora que hemos dado idea del efecto producido en el comun de los fieles por la estraña idea de Avila, parécenos justo particulalizar la esplicacion á algunos de nuestros mas importantes personajes, comenzando por el ilustre marques del Valle.

He aquí la epístola que le escribió D. Alonso.—"Las mercedes y "honras de que ya soy deudor á vueseñoría y á la marquesa mi seño-"ra, me dan atrevimiento para rogarles encarecidamente que se sir-"van honrar mañana con sus ilustres personas, la casa de placer que "doña Elvira y yo les ofrecemos en Chapultepec. Mezquino es el "albergue para la grandeza de vueseñorías, mas, si como dicen, todo "lo suple la buena voluntad, la mia es tal y tan grande, que no dará "lugar á que se eche de ver la ruindad de mi casa. Escesiva es la "audacia de mi pretension, corto el espacio que de aquí á mañana "queda, mas ni sabrá ser rigoroso con los audaces, ni reparar en la "brevedad del tiempo, el hijo de aquel escelente padre que, por "grandes que fuesen las empresas que acometia, se hallaba siempre "con valor sobrado para ellas, y que en dias ganaba imperios.—El "cielo guarde á vueseñorías las vidas tantos años como México ha "menester, y se lo ruega su menor criado.—*D. Alonso de Avila.*"

En nuestra época, ningun caballero escribiria á un gran señor, salvo el caso de ser el caballero poco caballero, y el gran señor de los de *horca y cuchillo* á la moderna, en esa forma media entre el memorial y la carta mista de convite y jaculatoria; pero en los tiempos de

D. Alonso, la escala social tenia sus peldaños tallados muy hondamente, y cada cual se avenia á permanecer en el suyo, mientras un soplo del viento de la fortuna no le alzase á mayor altura. A mayor abundamiento, el marques era á los ojos de todo México un *Príncipe;* en las esperanzas ó en los sueños de sus parciales, algo mas acaso. Así, pues, la carta de Avila, calificable con nuestras ideas y en nuestros tiempos de documento *servil*, cuando se escribió, si de algo pecaba, era de prescindir mas de lo justo del tono ceremonioso, de afectar entre él y el marques mas igualdad de la que ecsistir podia.

Pero ¿quién se formalizaba con Avila?—Aquella carta púsola el marques en el catálogo de las *cosas* de D. Alonso; y prescindiendo de las formas, trató sólo de resolver *en consejo*, si debia ó no aceptar el convite.

Llamóle, pues, al consultor habitual de su señoría en tales casos, al hábil, discreto y flecsible cortesano D. Juan Chico de Molina: mas cuando un paje iba á buscarle, ya él llegaba con su respectivo billete de convite en la mano, á *tomar la venia* del señor marques antes de adoptar resolucion alguna. Asistia al consejo D. Martin Cortés, convidado en carta aparte, y presidíalo la marquesa como imparcial, pues por lo avanzado de su preñez, y la estraordinaria corpulencia que á consecuencia la aflijia, declaró desde luego, y era claro ademas, que no habia de ser de la fiesta en ningun caso.

—No sé qué decir á vueseñoría (respondió el Dean preguntado por el del Valle); el caso es grave, D. Alonso rico, valiente, audaz y muy servidor de esta casa....

—Esas consideraciones (interrumpió gravemente el marques) me inclinan á *favorecerle*.

—Accion propia de un jeneroso *Príncipe* (repuso el eclesiástico) es la de ser con sus buenos servidores pródigo de mercedes: mas, salvo siempre el parecer de vueseñoría, han de distribuirse las tales mercedes sin daño del príncipe mismo.

—¡Por de contado, por de contado, amigo Dean! ¿Cree vuesa merced que en aceptar ese convite haya algun riesgo?

—¡Qué riesgo ha de haber en un convite? Esclamó mohina la marquesa, á quien no siempre cuadraba la reserva mas que prudente de su marido, tan valeroso soldado como cobarde político. Si D. Alonso (prosiguió la dama) es tan vuestro amigo como vos decis y yo creo, id en buen hora, marques, á honrar su casa; que honrar á los buenos es ganar amigos entre ellos.

—Eso sí, hermana y señora (dijo á su vez entusiasmado D. Martin): de vuestros labios nunca saldrán mas que honradas y cuerdas palabras.

—Mi señora la marquesa (volvió á decir cada vez mas meloso el Dean) habla en esto, como en todo, segun su claro injenio y prosapia ilustre: mas los tiempos que alcanzamos son difíciles; y harto tene-

mos con los enemigos, sin que nos comprometan las imprudencias de los amigos.

—Eso es lo que estoy continuamente diciendo; pero predico en desierto, Dean, predico en desierto. Vos mismo á veces.... pero dejémoslo, y dadme de una vez vuestro consejo.

—Vueseñoría no ha menester consejos de nadie, y menos....

—¡Oh! ¡Por Cristo, Dean, acabemos! ¿Pensais que debo aceptar el convite de Avila?

—Aceptarlo, sí, señor marques.

—Ya lo ois, D. Martin, mandad que al romper el dia....

—Perdone vueseñoría: he dicho que se acepte, mas no que se vaya.

—¡Medrados estamos! ¡Cuerpo de Cristo!.... Perdonad, esposa pero hay momentos.... Señor Dean ¿en qué quedamos? ¿Qué significa aceptar el convite y no asistir á la fiesta?

—Significa.... ¿Me permite vueseñoría suponer por un momento que tengo la honra de ser el marques del Valle?

—Suponed cuanto se os antoje; pero acabemos.

—Pues bien, yo enviaria á esa fiesta á mi hermano D. Martin y al Dean D. Juan Chico, y por ellos un mensaje á D. Alonso, agradeciéndole su memoria, y ofreciéndole que, *si la salud de la marquesa lo consentia*, mas tarde iria yo mismo á Chapultepec. De esa manera, si las cosas pasaran de modo que la ida no ofreciese inconveniente para *mi persona*, *la mas alta*, *la mas importante* hoy de Nueva-España, favoreceria á D. Alonso con mi presencia; si, por el contrario, la tal fiesta es lo que algunos temen, avisándomelo mi hermano y el Dean, con que á mi señora la marquesa *la aquejasen un poco mas de lo acostumbrado las molestias de su preñez....*

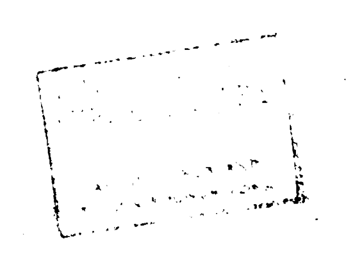
—¡Comprendo! (Esclamó el marques encantado con el consejo) comprendo y apruebo, Dean incomparable, Fénix de los consejeros, y digno, por cierto, de una mitra arzobispal.

—A la sombra de vueseñoría, respondió el hábil cortesano, hasta mi propia pequeñez puede engrandecerse. Dejémoslo á la mano de Dios.

Inútilmente la marquesa y D. Martin mismo, contra su costumbre, quisieron contradecir el consejo diplomático del Dean: el marques, á cuyo carácter cuadraban mejor los términos medios que las resoluciones enérjicas, atúvose á él, y quedó resuelto que se haria lo que Molina propuso.

Conocida la resolucion del marques del Valle, prosigamos inquiriendo las de los restantes personajes de primer órden en su bando.

D. Luis de Castilla y otros caballeros de igual valía, sin vacilar resolvieron, unos de por sí, poniéndose otros de acuerdo, asistir á la fiesta; ya porque su publicidad y escándalo mismo, debian, al parecer, de escluir toda sospecha hasta del ánimo de los oidores mismos; ya porque muchos la consideraren como oportuna y buena ocasion





D. FERNANDO DE VALDESTILLAS.

para que las dos parcialidades hicieran alarde de sus respectivas fuerzas.

De buena gana se escusara D. Bernardino Pacheco de Bocanegra de acudir á Chapultepec: primero, porque no estaban en su carácter y situacion de espíritu los placeres bulliciosos; y ademas, porque le era D. Alonso antipático y casi odioso, como hemos podido advertirlo en sus conversaciones, siempre que la ocasion de esplicarse con respecto al esposo de doña Elvira se le ha presentado. Pocas palabras nos bastarán para esplicar aquel sentimiento: antes de que Pacheco amase á Catalina, fueron íntimos amigos él y D. Alonso; desde que comenzaron sus relaciones con la mujer de Juan Ponce, comenzó tambien D. Bernardino á estrañarse de D. Alonso, para acabar por huirle como á un animal ponzoñoso. Catalina tenia interes en que aquellos dos hombres no fuesen amigos, y lo consiguió fácilmente, merced al dominio que en su desdichado amante ejercia.

Mas, por entonces, ella fué la que determinó á Pacheco á mudar de propósito, y á decidirse, por consiguiente, á aceptar el convite, sin mas que decirle: "Yo voy, Bernardino; mi marido me lleva."—Y era verdad que iba con su marido, mas no porque este lo mandase, sino porque ella lo quiso.

Tambien para D. Pedro de Valdestillas hubo su billete, esplicándole, en primer lugar, aunque muy suscintamente, el plan jeneral de la fiesta; pidiéndole, en segundo, que pusiese desde luego á Cristóbal á las órdenes y disposiciones de D. Alonso, y rogándole, por último, que guardase con D. Fernando el mas inviolable secreto hasta el siguiente dia. Escusamos decir que de todo se dió por servido, y á todo se prestó el anciano comunero.

Un poco mas estensa que la anterior, si bien siempre corta, fué la carta de Avila á D. Martin Suarez de Monroi: leyóla el grave personaje, frunciendo á sus primeras frases el ceño, desarrugándolo sucesivamente á medida que en la lectura adelantaba, y dejando, por último, asomar á sus labios una sonrisa, relámpago de satisfaccion al terminarla.—Es posible, esclamó, que al cabo se saque partido de los defectos mismos de este desatentado mozo. ¡Quiéralo el cielo!—Y sin mas, trasladóse á la misma casa de *Tlatelolco*, á que para buscarle acompañamos á doña Elvira en el capítulo XII de nuestra primera parte. Una vez en ella, y dentro de un aposento mucho mas aseado, decente y aun suntuoso, estamos por decir, de lo que el mezquino aspecto prometia, hizo comparecer á su presencia cuatro indios de intelijentes fisonomías y ájiles miembros, á los cuales dió ciertas órdenes, que por comunicarse en lengua mexicana ignoramos, sabiendo solo que aquellos naturales las oyeron sumisos y silenciosos, y oidas partieron todos á un punto, mas en diferentes direcciones, á ejecutarlas sin duda alguna.

Salgamos ya del bando del marques, y para suavizar la transicion al contrario, diremos dos palabras sobre el único personaje de alguna importancia en México que como neutral considerar podemos: á saber, de D. Luis de Velasco, el hijo del último virey.

Leida que hubo D. Luis la invitacion de D. Alonso, concebida en los términos corteses á que daban derecho á Velasco su nacimiento, carácter y posicion, quedóse algunos momentos pensativo, y diciéndose interiormente:—¿"Querrán esos hombres arrojarse á alguna des-
"cabellada empresa?—Cierto que para tales obras no estuviera mal
"escogido el instrumento; porque D. Alonso en osadía y temeridad es
"uno de los pocos que ya quedan de la estofa de los conquistado-
"res.—Pero el Marqués....Imposible: ese hombre no tiene alientos
"para tanto, y con ocuparle en la corte estuviera el rey seguro y tran-
"quila Nueva España. En fin, ¿qué debo hacer?—Asistir á la fiesta, y
"estar preparado por si quieren trocarla en fiesta de otra especie; pe-
"ro sin causar alarma, sin indisponerme con nadie."

Tomada tal resolucion, y llamado á su presencia el tesorero nombrado para la proyectada espedicion á las Filipinas, de la cual, como sabemos, era D. Luis capitan general, díjole:—"¿Qué se debe á la gente?

—"Debemos, señor, un mes de sueldo, y ya comienzan á murmurar.

—Y con razon sobrada.

—Las arcas están vacías.

—¿Tan pobre está Nueva España?

—Desde que gobierna la audiencia no he podido recabar ni un solo escudo de los *oficiales reales;* todo se consume, no sé en qué, ó se envia á España.

—Está bien: mañana pagareis la mitad de lo que se debe.

—¡Pero, señor, si no tengo blanca!

—Mi mayordomo os llevará esta tarde lo necesario.

—Príncipe generoso, digno en todo de vuestro ilustre padre!

—Pasad por la posada del maestre de campo (1) y dadle este papel; en él le advierto que mañana las compañías han de pasar *muestra* (2) sucesivamente en el camino de Chapultepec, desde poco despues del alba en adelante. Acabada la muestra, tesorero, pagareis en el campo mismo.

—¿Tiene useñoría otra cosa que mandarme?

—Nada; id con Dios."

Como se vé, D. Luis era mozo que entendia su oficio, y no se preparaba del todo mal para ser con el tiempo un hábil gobernante.

¿Eranlo tanto los que por el momento ejercian en México el poder supremo? Como han de responder por nosotros los hechos, ocupémonos ahora en ver qué efecto les produjo el famoso convite.

---

(1) *Maestre de Campo*, entonces lo que hoy el jefe de Estado Mayor.
(2) *Muestra*, acto equivalente á la actual revista de comisario.

Con el billete en la mano, dándole vueltas sobre vueltas, cual si á fuerza de atormentarle hubiese de arrancar al papel, como á los reos, la confesion de su secreto, estábase el doctor Ceinos en su estudio, sorbiendo tabaco en polvo, por de contado, y sin acertar ni á entrever siquiera el fallo que en tal pleito pronunciar debia. Ello, en verdad sea dicho, Salomon en persona se viera atarugado en aquel caso; porque decir *no*, era echarse por enemiga declarada, y con razon en aquellos tiempos bastante, á toda la nobleza mexicana, que se habia de considerar desairada en la persona de D. Alonso. Decir *no*, era ademas ofender directa y personalmente al hombre que en toda Nueva España se paraba menos ante los respetos humanos, y que así pisara la toga de los jueces presentes y pasados, habidos y por haber, desde Pilatos hasta el doctor Ceinos inclusive, como las hormigas que en su camino hallaba. Pero decir *sí* no ofrecia menos inconvenientes, siendo, por una parte, meter la cabeza en la garganta del lobo; asociarse, por otra, con los presuntos *traidores*, y, en fin, entrar en relaciones de trato, si no de amistad, con un *burlador*, *libertino*, *pendenciero*, *jugador;* hombre en resúmen, de quien toda persona timorata y de honradas costumbres debiera huir, sobre todo teniendo hija ó muger en casa. Realmente, Ceinos no tenia *ya* razon en tal sentido para huir de Avila: mas el doctor ignoraba su verdadera posicion conyugal.

No sabia, pues, á qué resolverse, cuando súbito, aceleradamente, y como si en la ciudad hubiera rebato, cayeron mas bien que entraron en su despacho, primero el doctor Villalobos, luego el doctor Orozco, despues el alcalde Villegas, y el último, y el solo sereno, Juan de Sámano. Todos y cada uno de ellos llevaban, por supuesto, sus respectivos billetes: los dos doctores entraron preguntando al doctor presidente: *¿Qué hacemos*? Manuel de Villegas: *¿Qué hace el cabildo? ¿Qué manda la audiencia?*" Juan de Sámano, diciendo: "*Pensemos qué ha de hacerse, porque el caso es grave, y vale la pena de meditarlo.*"

Ceinos, ya perplejo mientras creyó que de sola su persona se trataba, sobresaltado al oir que á toda la audiencia se estendia el compromiso, y casi con calentura al hacerse cargo de que tambien al ayuntamiento alcanzaba, asióse, como el que se ahoga, de una rama cualquiera, de las palabras de Sámano, repitiendo con gravedad estudiada: "*Pensemos, meditemos, que el caso vale la pena: es grave, muy grave,* "*gravísimo.*"

Sabido es que los doctores no piensan sino sentados, ni meditan mas que á puerta cerrada; sentáronse, pues, los oidores, hicieron sentar á los dos magistrados municipales; y en seguida, llamando Ceinos á su page, mandóle cerrar las puertas y retirarse, que fué como si le mandara ponerse á escuchar lo que á decirse iba. ¡Tal era el buen Fortun de curioso y entrometido!

Mas por aquella vez hallóse el pobre mancebo con *la horma de su zapato;* esto es, con doña Beatriz su ama, la cual sabiendo ya por una

vecina que toda la ciudad estaba revuelta con el convite de Avila, y sospechando que la junta de los doctores iba á tratar de tan grave asunto, quiso enterarse de lo que resolvian. Recordando entonces oportunamente las mañas del page, para imitarlas por de contado, púsose en acecho; y apenas advirtió que las puertas del estudio se cerraban, acudió al observatorio de Fortun, y hallóle en él establecido. Por el bien parecer, siquiera, creyóse obligada la honrada dueña á hacerle con el dedo índice de la mano derecha una señal al galante page, de esas que hacen las madres discretas á sus hijos cuando en presencia de estraños intentan alguna diablura; pero Fortun, que era hábil, contestó juntando sus manos en actitud deprecatoria, y señalando luego tan espresivamente el agujero de la llave, que Beatriz, sensible á la pantomima como á la curiosidad, dejándose de melindres ocupó el puesto que un instante antes ocupaba el page.—Esta es la mia: pensó el mozalvete, y en efecto, permaneció impávido en su sitio para que hubiera complicidad entre él y su ama; y ademas de complicidad, *contacto de codos*, como se les ecsige en las filas á los defensores de la patria; porque dos personas que escuchan á una misma puerta y por un mismo agujero acechan, no pueden, á nuestro parecer, evitar el contacto de codos cuando menos.

En tanto discutiase detenidamente en el estudio el asunto en cuestion. Orozco opinaba que ni se respondiese al billete, que debia considerarse mas como insulto que como acto de civilidad, ni menos asistiera *ninguno de los buenos* á la fiesta, que *no pasará*, dijo, *de ser algun Aquelarre de esos réprobos*. Villalobos era de parecer que la urbanidad ecsigia que los buenos se *escusasen* por escrito; siendo harto significativo que todos ellos se abstuviesen de acudir á Chapultepec. Villegas hizo presente que no todos los regidores eran enteramente ortodoxos, siendo por lo mismo de temer que á menos de mediar *acuerdo formal de la audiencia*, asistieran muchos de ellos á la fiesta. Ceinos, y con razon, decia que la materia no era tal que admitiese *autos y notificaciones;* y divididos así los pareceres, tomó la palabra Juan de Sámano, que era allí la cabeza bien organizada, y dijo resueltamente:

—Mi parecer es que no debe faltar ni uno solo de *los buenos* á la fiesta, y oigan vuesas mercedes en qué lo fundo. Los del bando del marqués irán todos, y como no puede mandar la audiencia que no se vaya á un convite público, claro es que no faltarán entre nuestros parciales algunos, y no pocos, que por curiosidad, cuando por otra causa no sea, concurran á Chapultepec. Los malos, pues, se presentarán unidos, mientras que los buenos en desacuerdo. Pero demos que ninguno de *los buenos* acepta el convite. ¿No estarán entonces mas á sus anchas *los malos* para concertar sus maldades?

"Témese que nos armen una celada: y yo digo que no piensa en tal quien tanto cacarea; mas si semejante designio tienen, que yo por mi parte casi lo deseo, todo se remedia con que esta noche, y secre-

tamente se requiera á D. Luis de Velasco para que haga mañana un *alarde* cualquiera de sus compañías en las cercanías del bosque. Seguro está que á vista de seiscientos hombres bien armados, y que D. Luis manda, osen los del marques acometernos.

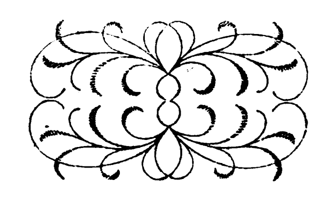
"Si algun secreto designio se oculta tras esa que parece locura de D. Alonso, es, señores, el de adormecernos, haciéndonos creer que nuestra amistad se solicita. Aceptemos, pues, y velemos mas que nunca. Sean los engañadores engañados, y caigan en sus propias redes."

Este discurso produjo no menos efecto que en la parte interna del auditorio, en la esterna, esto es, en Beatriz y el paje, los cuales con el ansia de no perder sílaba, y aun de pillar uno que otro ademan del orador, aplicaron simultáneamente la vista al agujero de la llave, de donde resultó que sus rostros quedasen sumamente inmediatos el uno al otro. Amen de eso, el paje que no debia de ser buen equilibrista, estuvo ya para caerse, y cayérase á no asirse.... á donde pudo, á la cintura de su ama, á la cual le fué forzoso llevar en paciencia aquel percance, por no esponerse á que entrambos fuesen descubiertos. Estaban, pues, paje y señora del color de las cerezas, y visiblemente conmovidos, y mirándose ya mas el uno al otro que al agujero de la llave, y Fortun sin soltar la cintura de Beatriz, cuando oyeron decir al doctor Ceinos, con su habitual enfática gravedad:

"Juan de Sámano me ha robado el pensamiento: lo que él ha dicho y yo pensaba es lo que ha de hacerse.—Pésame solo de tener que obligar á mi *casta esposa* (aquí Beatriz, para que no la viera Fortun reirse, tuvo que taparse el rostro con el del paje mismo) á que concurra á casa de tal hombre como D. Alonso! Pero la razon de estado es antes que todo."

Quedó, en resúmen, resuelto que todo el mundo asistiese á la fiesta.

Beatriz al separarse del paje dióle con la mano en la mejilla un golpe, para bofeton blando, para caricia sobrado fuerte; Fortun besó cristianamente la mano que le castigaba.





CAPITULO XI.

DONDE PROSIGUEN LOS PRELIMINARES DE LA IMPROVISADA FIESTA DE CHAPULTEPEC; Y SE TRATA DE ALGUNAS ANTIGUEDADES MEXICANAS.

CUENTA, no recordamos ahora qué fabulista, que cierto aprendíz de hechicero, encargado de surtir de agua el laboratorio, trabajo que le agradaba poco, logró á fuerza de astucia, paciencia y perseverancia, sorprender el secreto de un conjuro, por cuyo medio el maestro, cuando, ausente el discípulo, necesitaba de agua, hacíasela traer por las *escobas* de la casa. Una vez dueño de tan importante secreto, creyóse feliz el petulante alumno; y en efecto, apenas se vió solo, arrojóse á ensayar la fórmula del conjuro, con tan buen écsito, que cuantas escobas habia en la morada del hechicero cargaron, cuál con cubo, cuál con cántaro, fuéronse á la fuente, donde llenaron sus vasos, que, vaciados en casa, volvian á llenar para vaciarlos de nuevo, y de nuevo volver á llenarlos. Al principio la cosa iba bien: mientras hubo tinajas, ollas y otros recipientes; el aprendiz pensaba que si *por mucho pan nunca hay mal año,* tampoco deberia de haberlo *por mucha agua;* pero la que las obedientes escobas acarreaban era tanta, que la casa del hechicero se iba convirtiendo en un estanque, cuando llegó aquel felizmente, y puso término á la actividad de los ciegos intrumentos de una cabeza escasamente iluminada por la antorcha del juicio. Ignoraba el aprendiz la fórmula para detener á las escobas, no menos necesaria que la que en movimiento las ponia.

Tal, ó poco menos, fué el caso de nuestro D. Alonso de Avila en los preparativos de su fiesta: mientras se trató de reunir jente, ponerla en movimiento, sacrificar animales domésticos, ojear los montaraces, despachar correos y cargar acémilas, es decir, de lanzar las *escobas á la fuente*, no hubo que pedirle, ya lo hemos dicho: de su casa, como los círculos que en el agua forma la caida en ella de un cuerpo estraño, fué estendiéndose el movimiento rápidamente á la calle, al barrio, á la ciudad, á los arrabales, al camino, al bosque, á las aldeas de aquel contorno. Pero, siguiendo á la accion la reaccion, casas, calle, barrio, ciudad, arrabales, camino, bosque y aldeas comenzaron á descargar sobre D. Alonso un diluvio de criados, esclavos, jornaleros, mensajes, objetos, cartas, preguntas, dudas, consultas y avisos de tantas, tan diversas encontradas especies, que el buen caballero creyóse trasportado á la torre de Babel. Ocupábase en disponer un aposento digno de los marqueses, y avisábanle de que un caballo habia reventado; disponia una enramada en los jardines, y preguntábanle dónde se hallaria la sal, que ya faltaba, para condimentar las carnes.... ¡Triste D. Alonso! Triste si no fuera casado, y casado con doña Elvira, la cual, ó juzgando por lo que en su casa pasaba de cuál estaria la del bosque, ó por algun criado avisada, ya muy de noche montó á caballo, que era gran jineta, y apareció en buen hora en los frondosos términos de Chapultepec.

—¡Alabado sea Dios! Esclamó viéndola llegar D. Alonso: ¡Alabado sea Dios que os inspiró el pensamiento de venir á ayudarme!!!

La sola presencia de la dama, grave, tranquila, severa como siempre, calmó la tempestad insoportable de gritos inútiles é innecesarios golpes, que casa, corral y campo atronaban. Sus órdenes, claras, concisas, metódicas, y con acento que no daba lugar á réplica pronunciadas, no solo acabaron de establecer el órden, sino que en consecuencia hicieron mas fácil y mas activo el trabajo. D. Alonso fué el caos que hacinó los elementos todos; doña Elvira la providencia que los sacó á luz metodizados.

Antes de media noche estaba terminado en Chapultepec, gracias á la actividad constante y al órden con que en último lugar se habian conducido los trabajos; y cuando decimos que todo se habia terminado, referímonos solo á la parte de mas bulto y estrépito, pues á los primores del adorno, y á los ribetes gastronómicos, claro está que hubo de proseguirse atendiendo sin descanso ni interrupcion hasta el siguiente dia.

Satisfecha ya entonces doña Elvira de que sus numerosos huéspedes serian dignamente recibidos, retiróse á su casa, escoltada por su esposo y varios criados, como hacerlo suelen á sus tiendas los grandes capitanes la víspera de una batalla decisiva, luego que han dictado sus órdenes y tomado sus principales disposiciones, dejando á car-

go de los subalternos los pormenores de menor cuantía. No así D. Alonso, para quien, por aquella noche á la cuenta, debia de ser el descanso fruta prohibida, pues apenas hubo dejado á doña Elvira en su estancia, montando de nuevo á caballo, regresó á su quinta; y allí, cambiando la montura, encaminóse, sin mas compañía que la del negro mudo, su particular sirviente, á lo interior y mas enmarañado del bosque. Era ya desde algunas horas antes terminada la cacería: las reses estaban en poder de los cocineros, y los cazadores habíanse en gran parte dispersado; mas, sin embargo, unas cuantas hogueras, caprichosamente repartidas en el área del bosque, daban testimonio de que no pocos de ellos pasaban la noche en el cazadero, como los ejércitos en señal de victoria, sobre un campo de batalla.

D. Alonso, por el momento mas sereno y sentado, mas *solemne* diriamos de buena gana, de lo que él acostumbraba á estarlo nunca, á cada nueva hoguera que en el horizonte divisaba, solia esclamar:—¡Una!—Bien.—¡Ya son tres!—Esa es otra.—Van llegando.—Y otras tales palabras ó breves frases, signos á un tiempo de su satisfaccion y de no sorprenderle la vista de aquellos ranchos, cuyo conjunto, aumentándose á medida que las horas de la noche trascurrian, acabó por formar al alba un verdadero campamento.

Mas cualquiera que fuese el interes que á Avila inspiraban los fuegos, dejando todos los que por entonces habia á su izquierda y torciendo el camino á la derecha, internóse en el bosque hasta llegar á un punto en que la corpulencia de unos árboles, el ramaje de otros, lo espeso de todos, la abundancia de malezas, y monte bajo, en fin, atajaron los pasos á su caballo. Echó pié á tierra el esposo de Elvira, arrojóle las riendas á su acompañante, y haciéndole seña de que permaneciese quieto, prosiguió él solo su camino. El negro, máquina que se daba cuerda á sí misma, mas que humana criatura, obedeció en el bosque como lo hubiera hecho en la ciudad, sin tomarse siquiera la molestia de pensar ni un solo instante en lo que le pasaba. Alguno habrá que esclame al leer nuestros renglones: "¡Dios nos libre de tal hombre!" Pedímosle perdon, pero un criado mudo, que sirve sin meterse en dibujos, parécenos que debe ser gran cosa para la comodidad de su amo.

Mientras el negro permanecia inmóvil en su caballo, y teniendo del diestro el de D. Alonso, este, saltando mas bien que andando como unos quinientos pasos en aquella solitaria poco frecuentada parte del bosque, acercábase al paraje, apenas pisado por humana planta, donde contra los progresos de la civilizacion se refujiaban el salvaje *Cojametl*, el bravo *Miztli*, y el cruel *Tlacolelotl*; queremos decir: el Jabalí, Leon y Tigre mexicanos. Y no eran solas tales fieras las que aquella inculta parte del bosque infestaban, porque amen de no pocos monos, tejones y otros menores cuadrúpedos, los reptiles tenian en ella tambien formidables representantes. Grande, pues, era el in-

terés que allí y á tales horas, solo, y sin mas armas que su espada y daga conducia á D. Alonso; y si objeto importantísimo no se movia á que tal riesgo corriese, debia ser inmensa su locura.

¡Mas á qué cansarnos en discurrir y conjeturar, cuando es infinitamente mas sencillo seguir paso á paso al esposo de Elvira y enterarnos como testigos de vista de sus aventuras en aquella noche?—Verdaderamente la impaciencia es gravísimo defecto, que solo conduce á retardar aquello mismo que acelerar pretende.

Volviendo á D. Alonso, andado ó saltado que hubo, como deciamos unos quinientos pasos, hizo alto un momento, tendiendo en derredor la vista con el cuidado de quien se orienta en terreno desconocido; y sin embargo, fuera de ciertos indios familiarizados desde la infancia con el vejetal laberinto en que á nuestro caballero tenemos, él solo acaso en México conocia lo bastante el bosque para emprender, no digamos de noche, mas aun alumbrando el sol, tan arriesgada correría. Avila, audaz y temerario desde sus primeros años, habíase, por decirlo así, ensayado con las fieras, antes de emprender con los hombres y las mujeres, *fieras* (decia él y no el autor), fieras mucho mas temibles que las irracionales de entrambos mundos sumadas y reunidas. Conocia, por tanto, á Chapultepec, tronco por tronco, caverna por caverna, palmo á palmo; y practicó en sus escasas trochas, como en sus multiplicados laberintos, corríale, generalmente hablando, con la misma seguridad, con igual desembarazo que su casa de México. Y no obstante paróse, como deciamos, para orientarse, porque sobre ser profundas las tinieblas y el sitio el mas enmarañado de la selva, preocupábanle á él tan hondamente las causas y probables consecuencias de aquel su nocturno singular paseo, que no estaba para recordar árboles y reconocer matorrales, sin tomarse para ello siquiera algunos instantes.—¡Avila preocupado!—Sí, lector benévolo, y por tercera vez de su vida. Catalina, primero con su traicion; los zelos de su honra despues; y en fin, el objeto que á lo interior del bosque le llevaba entonces, fueron las tres solas cosas, hasta en el momento en que le consideramos, que hicieron capaz al vagabundo espíritu de Avila de fijarse en solo un pensamiento. Rocas hay que detienen, por instantes al menos, el curso del mas bravo torrente.

Pensativo estaba nuestro *andante*, pensativo y suspenso, no sabemos si buscando su camino, ó recapacitando sus proyectos, cuando súbito sintió no lejos de sí, aunque no tan cerca que para prepararse le faltase tiempo, un confuso rumor de hojas movidas, ramas que crujian, y árboles que temblaban; rumor para un cortesano insólito y desconocido, mas para un cazador consumado como D. Alonso, harto familiar y distinto. Harto, hemos dicho, y no sin causa; porque aquel rumor causábalo, á no dudar, la aprocsimacion rápida de un furioso Cojametl que, lanzado, á la cuenta, de su madriguera por la batida de aquella tarde, aun no habia acertado á sosegarse. Tal visita, nunca de improviso lisonjera, pudiera ser hasta una diversion para D.

Alonso en cualquiera otra circunstancia, y sobre todo en paraje donde mas libres fuesen sus movimientos: en el momento á que nos referimos, y hallándose en sitio donde no era fácil, de noche sobre todo, mover la planta sin tropezar con algun obstáculo, no diremos que tuvo miedo el esposo de Elvira, por no agraviarle, pero sí que esperimentó una de las mas desagradables sensaciones de su vida.

—"¿Será un agüero? Esclamó con cierto indefinible, supersticioso "presentimiento. ¿Será un aviso del cielo? ¡Apenas doy el primer "paso en esta para mí nueva senda, cuando ya me asaltan graves "riesgos.—Pues ¡vive Dios! que si, como es un *Cojametl*, fuese el in- "fierno entero el que viniera, no haria retroceder ni un palmo á D. "Alonso de Avila! No, ¡pesia mi vida! ¡No se ha decir de mí que "solo soy espanto de *pecadoras* y terror de *maridillos!* ¡Vengan jaba- "líes, lluevan sobre mí los agüeros, ni ahora he de volver atrás el "pié, ni mas tarde he de cejar en aquello que únicamente puede en- "grandecerme á los ojos mismos de Elvira."—Mientras de ese modo se alentaba á sí propio en aquel peligroso trance, dando muestra de la mas rara especie de valor entre las conocidas, mejor dicho, del único valor de buena ley y mas subidos quilates, que es aquel que no ha menester del aguijon de la publicidad para hacer frente á los riesgos, D. Alonso, no embargando en él el movimiento de la lengua al de las manos, tiraba su espada con la diestra, empuñaba en la siniestra la daga, apartábase lo poco que la aspereza del sitio le consintió de la direccion que á su entender traia la fiera, y encomendándose á Dios de todo corazon, esperaba con esforzado aliento el suceso de aquella verdaderamente espantable aventura.

Ya las hojas se movian en torno del caballero mismo, ya el crujír de las arrancadas ramas sonaba inmediato á sus oidos, ya, en fin, el bufido iracundo del desatentado animal podemos decir que las mejillas de D. Alonso abrasaba, cuando éste, mas por instinto de la propia conversacion, que con razonada esperanza de producir efecto en el Cojametl, prorrumpió en un vigoroso grito, con tal fuerza de pulmones lanzado que, repetido una y otra vez por los ecos del monte, por un instante detuvo á la fiera en su camino.

Al grito de Avila respondió súbito otro á corta distancia, diciendo: —*¡D. Alonso!*—*¡Cristóbal!*—Esclamó entonces nuestro caballero, reconociendo la voz del indio tlaxcalteca servidor de Valdestillas, y en el mismo instante silbó, pasando rápida sobre su cabeza, voladora flecha, y mas bajo hendió los aires un dardo vigorosamente lanzado; y el Cojametl, prorrumpiendo en un bramido espantoso, holló con su desplomado cuerpo las malezas del bosque, tiñendo con su negra sangre el sitio que poco antes ocupaba D. Alonso.

Rápida, instantánea como el fulgor del relámpago, ó el curso del rayo, fué la escena que de escribir acabamos: desde que Avila sintió le rumor que le amenazaba con la aprocsimacion del Cojametl, has-

ta que aquel animal cayó ecsánime, por el dardo atravesado, mediaron apenas tres minutos; mas solo quien en tan grave riesgo se haya alguna vez encontrado, comprenderá las horas de agonía que cada segundo puede encerrar, el gozo inmenso que el valiente mismo, el valiente mucho mas que el cobarde, esperimenta al verse sano y salvo al salir de peligros tales.

Así D. Alonso, vehemente siempre, y entonces con justicia, estrechó en sus brazos á Cristóbal, que tras el dardo, con certera mano lanzado, se precipitaba, con un placer, con una efusion como rara vez habia esperimentado.

—Dos veces, le dijo, te debo la vida, buen Cristóbal, y no acierto á pagártela mas que con amistad, que te ofrezco sincera: acéptala, Cristóbal, y dame tu mano.

—¡Oh! ¡Oh! Esclamó el indio haciéndose atras modestamente; pobre tlaxcalteca, humilde criado, no ser digno de amistad del caballero castellano.

—El tlaxcalteca, el criado, respondió D. Alonso, tiene un noble corazon que le ensalza á pesar de su humilde nacimiento: otra vez te ofrezco mi amistad, indio, otra vez te tiendo mi mano de caballero, no la rehuses.

—¡Y bien! Repuso Cristóbal, contajiado por el entusiasmo que á D. Alonso dominaba, y estrechando de corazon la mano que cordialmente tambien le tendia aquel:—Si D. Alonso piensas así, tlaxcalteca digno de ser su amigo; porque corazon de Cristóbal estar noble, aunque Cristóbal plebeyo.

—Si el corazon de Cristóbal, esclamó una tercera voz, hasta entonces silenciosa, con acento grave y tono solemne; si el corazon de Cristóbal es noble, y D. Alonso tan caballero como él dice, ni el indio ni el castellano perderán el tiempo en palabras ociosas.

—Tienes razon, Poyahuitl, mi médico, mi segundo salvador; dijo entonces Avila, reconociendo desde luego la voz del sacerdote. No perdamos el tiempo en palabras ociosas. Guiadme, que ya os sigo.

Y diciendo y haciendo, Poyahuitl delante, en pos de él D. Alonso, y cerrando la retaguardia Cristóbal, emprendieron una nueva caminata por el bosque adelante, sin que ninguno de los tres desplegase los labios durante unos ocho ó diez minutos.

Al cabo de ese tiempo hizo alto el sacerdote, é imitáronle sus compañeros; oyó D. Alonso entonces el silbo de una serpiente tan cerca de sí que, creyendo tenerla á sus plantas, iba á dar un salto atrás, mas Cristóbal detúvole asiéndole del brazo, y con espresiva silenciosa pantomima haciéndole entender que era él quien habia silbado. Aunque Avila quisiera, fuérale imposible hacer reflecsion alguna sobre la habilidad del indio, porque al silbo de Cristóbal contestó á cierta distancia otro idéntico; y repetida la señal hasta dos veces mas de una y otra parte, Poyahuitl rompió la marcha, hubieron de seguirle D. Alonso y Cristóbal.



A los cincuenta ó cien pasos, á lo sumo, dejóse oir, mas cercano que el silbo en respuesta al de Cristóbal, el graznido de un *Cozquahutli, ó rey de los Zopilotes*, ave de rapiña del tamaño de un águila ordinaria, notable por su roja cabeza; por la carnosidad que, en forma de collar color de escarlata, le rodea el cuello; por la belleza de su plumaje matizado de blanco, negro y pardo; y mas aún que por esas circunstancias, porque no solo limpia los campos de insectos, sino que, acechando á las hembras de los cocodrilos cuando en la arena depositan sus huevos para que el sol los fecunde, vuela presuroso á destruirlos, minorando así aquella maléfica raza.

Al graznido del *Cozquahutli* tocóle responder al sacerdote, que lo hizo con perfeccion suma; y repetida tambien hasta tres veces aquella segunda señal, caminaron de nuevo nuestros personajes otros cien pasos prócsimamente.

Al hacer alto, una voz humana pronunció en mexicano cierta palabra, que debia de ser como la que en los ejércitos españoles se llama el *santo;* contestó Poyahuitl con otra, sin duda convenida, y súbito vióse D. Alonso rodeado de indios armados á la antigua usanza de su tierra, formaron círculo en torno de su persona.—Observábale Poyahuitl escrupulosamente, ansioso de sorprender en su rostro ó ademanes alguna muestra de recelo que hiciese al castellano inferior á los indios, por el momento al menos; mas Avila, que no temia á las fieras, cuidábase poco de los hombres, y, si hemos de decir la verdad, menos aún de los indíjenas, á quienes, por efecto de una preocupacion fácilmente esplicable, habia hasta entonces considerado como de raza esencialmente inferior á la suya.

Unos cinco minutos permaneció D. Alonso rodeado por los indios sin que el profundo silencio que en el bosque reinaba, se interrumpiese por el rumor mas leve.

Pasado aquel tiempo, una voz dijo á corta distancia:

—¡D. Alonso!

—¡Vedme aquí! Contestó el interpelado echando á andar. Abrióse el círculo de los indios para dejar paso al caballero, quien á los pocos pasos, encontrándose frente á frente con D, Martin Suarez de Monroi, díjole:

—He cumplido mi palabra: aquí estoy.

—Y yo cumpliré tambien la mia, D. Alonso: seguidme.

Acabando tan lacónico diálogo, y uno al lado del otro, prosiguieron los dos caballeros; tras de ellos únicamente Cristóbal y Poyahuitl; y los cuatro, atravesando sucesivamente todavia dos líneas mas de centinelas ó escuchas, con gran conocimiento del terreno y esquisita precaucion dispuestas, llegaron, en fin, á una especie de circular plazoleta, qne en lo mas intrincado del bosque abrieron á medias la accion del tiempo y la mano del hombre, en torno de un solitario enorme peñasco. Manaba de aquel un cristalino arroyo, cuyas tras-

parentes aguas, depositándose primero en una taza rústica al efecto dispuesta, y de ella rebosando, iban despues serpenteando al través de los árboles y arbustos á perderse tras largo camino en las lagunas mexicanas. Merced á su benéfico influjo y á la espesa natural techumbre con que las entretejidas ramas de los árboles cubrian aquel sitio, entapizábale perenne alfombra de fresca yerba, cuyo verde matiz esmaltaban con varios colores salvajes multiplicadas florecillas.

En torno del perímetro de la plazoleta corria una especie de cerrillo de verde césped, obra, sin duda, en su oríjen del trabajo del hombre, mas que con el trascurso del tiempo afectaba ya los caractéres de robustez y variedad pintoresca que distinguen á los naturales productos. Frente á ese que, sin grande esfuerzo de imajinacion, pudiéramos distinguir con el nombre de circular *escaño*, en el centro casi de la superficie por él limitada, y muy inmediata al peñasco que ya mencionamos, veiase una gran masa de piedra negra, veteada de rojo, cuya forma prismático-rectangular, no ofrecia cosa notable, como no fuesen las circunstancias de ser bastante mas larga que ancha, y su cara superior un plano inclinado en el sentido de la lonjitud.

Cuando á tal paraje llegó D. Alonso con D. Martin y los que le seguian, era la oscuridad tan completa que apenas se divisaban los caminantes unos à otros; mas pronunció Suarez de Monroi en voz baja algunas palabras para Avila incomprensibles, y como por encanto, aparecieron en la plazoleta cuatro indios con sendas antorchas encendidas.

Los dos primeros pudieran pasar, en efecto, á los ojos de D. Alonso por verdaderos aparecidos; mas como él no era hombre que perdia fácilmente la brújula, ni en quien los fantasmagóricos espectáculos produjeran temor, ya al salir el tercero y cuarto, advirtió que lo hacian por detras de aquella gran piedra negra y roja de que hablamos, y de la roca misma, deduciendo juiciosamente que la última encerraba, sin duda, alguna de las muchas cavernas que, segun la antigua historia mexicana, fueron diez y siete años consecutivos moradas de *Xoloth* y de sus feroces *Chichimecas.*

¿Por qué, á pesar de lo que hemos dicho del valor y serenidad de D. Alonso, se estremeció involuntaria, pero profundamente, y en los ojos de Poyahuitl brilló un destello de bárbaro gozo al contemplar ambos la gran piedra negra y roja?

Porque el uno y el otro, el cristiano y el idólatra, el castellano y el indio, con horror el primero, con fanática alegría el segundo, reconocieron desde luego en la tal piedra uno de aquellos nefandos altares en que la ciega ignorancia de los mexicanos primitivos inmolaba las víctimas humanas en holocausto á sus falsos dioses.

Y era, en efecto, el monumento que la entrada de la caverna ocultaba una piedra de sacrificios, antiquísima, quizá del tiempo de los chichimecas mismos, pues que en tal paraje se encontraba.

D. Alonso, empero, vióse prontamente distraido de aquella desagradabilísima sensacion, por la voz de Suarez, que le dijo:

—Sentémonos, si os place; y vereis, D. Alonso.

Obedeciendo el esposo de Elvira, sentáronse él D. y Martin en el centro del escaño frente á la piedra; Cristóbal quedóse, segun su costumbre de achicarse, á la entrada de la plazoleta; y el sacerdote, no pudiendo resistir á su vocacion, apoyóse en el solitario abandonado altar de los sacrificios.

Así dispuestos los personajes, á una seña de D. Martin salieron de la caverna á manera de procesion, desfilando gravemente ante los dos caballeros, hasta una docena de indios, en jeneral ancianos, ninguno jóven, aunque varios en la edad viril, todos armados completamente á la antigua usanza de su tierra.

Haremos de tales armaduras una circunstanciada descripcion, siquiera para que el lector no se imajine á los infelices indios con el singular atavío en que suelen presentárselos de ordinario así los novelistas estranjeros, como los que en España y fuera de España ponen en escena óperas, bailes y dramas en que los tales figuran, abusando singularmente unos y otros y todos del derecho, mas que dudoso, que se arrogan de emplumar al prójimo, y no menos de sus facultades inventivas, que de las poéticas licencias.

El comun de los soldados, entre los indios, iba á la guerra completamente desnudo, salvo un paño de algodon, llamado entre ellos *maxtlatl*, ceñido en torno de las caderas y que solo descendia lo indispensablemente ecsijido por la decencia. Pintábanse el cuerpo, en cambio, de diferentes estrañas maneras, supliendo así las armas defensivas de que la pobreza de los individuos y la parsimonia, por no decir avaricia, del imperial tesoro les privaba: pero adornarlos con plumas es como si á un mendigo ruso le pintásemos vestido de Martas cibelinas; porque la pluma era en México una de las mas preciadas y esquisitas mercancías. Ni en la cintura, pues, ni en la cabeza, usaban plumas, ni usarlas podian los soldados rasos, reservándose aquel adorno para los oficiales, jefes y caudillos; y usándolas esos como diremos pronto. La única arma defensiva y el artículo de lujo únicamente tambien permitido á los simples soldados, era el escudo ó rodela, llamado *Chimatli* en el idioma de aquel pais: su forma fué por lo menos tan varia como en Europa, habiéndolos elípticos, circulares, y cuadrilongos por la parte inferior redondeados. En cuanto á la materia unos eran de madera, los mas de ciertas cañas elásticas á par que sólidas, llamadas *otatli*, y cubiertos ya con pieles de diversos animales, ya simplemente enlazadas las cañas por medio de una cuerdecilla de algodon, y revestido todo despues esteriormente con plumas de varios colores.

Usaba la jente principal tambien de los escudos, pero mas sólidos y ricos que los de la soldadesca, pues eran ya de planchuelas de oro,



los de los príncipes y alta nobleza, ya de conchas de tortuga con adornos de cobre, de plata ó de oro, segun la riqueza de su dueño, ó al grado que en el ejército tenia.

Para concluir ese punto réstanos solo decir que hemos hablado hasta ahora esclusivamente del escudo ordinario, cuya magnitud era la regular y necesaria para defender el torso del que lo llevaba, habiéndolos, no obstante, capaces, en casos dados, de ocultar completamente el cuerpo de un hombre, al paso que tambien otros tan reducidos y frájiles, que solo servian para los alardes, torneos y otros marciales juegos.

Segun Clavijero, á quien puntualmente seguimos en estas noticias parece que los grandes escudos estaban de tal suerte construidos que, pudiendo reducirse á una dimension media, cuando así convenia, servianse de ellas sus dueños como de los *quitasoles* para preservarse de los ardores del astro rey, siendo las pieles de diferentes animales y el *Ulí* ó *Ule*, que así llamaban los mexicanos á lo que nosotros *goma-elástica*, las principales materias que en su fabricacion entraban.

Si los soldados presentaban desnudo el pecho al enemigo, salvo el escudo, no así sus jefes, que todos vestian la armadura llamada por ellos *Ichachuepilli;* por los españoles, corrompiendo la voz, *Escaupil*, y por mofa *Albardilla.* Consistia la tal armadura en un tejido de algodon acolchado, de uno á dos dedos de grueso y á prueba de flecha, razon por la cual los conquistadores mismos, como ya creemos haberlo dicho, acabaron por usarla en repetidas ocasiones. Solo cubria el *Ichachuepilli* el pecho y la espalda; mas encima se ponian los oficiales mexicanos otra segunda armadura del mismo tejido, cuya forma era conveniente á ceñirse al cuerpo, defendiendo el pecho, el estómago, la espalda, la mitad del antebrazo, merced á sus mangas, y el primer tercio del muslo con su prolongacion en forma de cortos calzoncillos, ó de zaragüelles si se quiere, que eran, como las mangas, tambien parte integrante de aquel traje y de una pieza con él tejidos.

Los príncipes y grandes del imperio usaban corazas hechas de varias planchas de oro ó de plata sobredorada, y encima de ellas una *casaca ó cota de armas*, hecha de un grueso tejido de ricas matizadas plumas, yendo de esa suerte seguros, no solo de las flechas, sino que tambien de las picas y aun de las espadas mismas, segun testimonio de los conquistadores.

Defendidos así el torso, antebrazos y muslos del guerrero de importancia, no hubiera sido lójico, ni menos cómodo, dejar indefensa la cabeza; y no eran los mexicanos hombres bastante escasos de entendimiento para que en tan craso como peligroso error incurrir pudieran. Usaban, pues, de verdaderos *cascos* ó *celadas* de durísima madera bastante á resistir los golpes de sus armas ofensivas, de que pronto hablaremos; y para poner espanto en el corazon de sus enemigos,

dábanles forma ya de cabezas de serpiente, ya de fieras, dejándoles abiertas las bocas armadas de agudos dientes ó de enormes colmillos. Por cimera, remate y adorno de tales cascos, usaban constantemente de penachos de bellas plumas, que tambien servian, tanto para realzar la estatura y marcial continente de los guerreros, cuanto para distinguir con sus matices y riqueza las graduaciones y jerarquías respectivas. Solamente los mas pobres hidalgos, ó los *Gladiadores*, que en México, como en Roma, complacíase alguna vez el pueblo en el espectáculo de los combates á muerte entre esclavos; solamente, decimos, los hidalgos pobres, entre los hombres libres, usaban de la diadema de metal coronada de plumas, con que tan sin misericordia emplumamos en Europa á todo indio nacido; y dígasenos ahora, en conciencia, si no era casi una obligacion nuestra restituirles á aquellos indíjenas sus verdaderas armas defensivas.

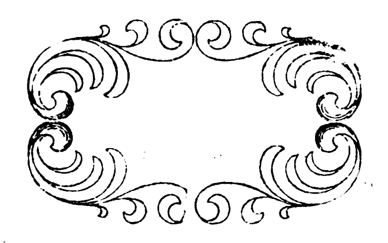
En cuanto á las ofensivas, tenian muchas y variadas, á saber: arcos y flechas, hondas y piedras, lanzas, picas, mazas, espadas, y dardos ó venablos. Los arcos de madera flecsible y dura: sus cuerdas de tendones de varios animales ó de pelo de ciervo; las flechas de duras delgadas varas, y armábanlas con espinas de pescados, huesecillos puntiagudos de otros animales, ó con una cuchilla de pedernal ó sea la piedra que ellos llamaban *Aztli*. Es de notar que los guerreros del Anáhuac se abstuvieron siempre de emponzoñar sus flechas; pero sentimos tener que añadir que se atribuye tal costumbre, á primera vista altamente notable, no á humanos sentimientos, sino al temor de privarse de sus bárbaros banquetes de carne humana.

Poco diremos en cuanto á lanzas y picas: todas constaban, fuera su lonjitud mucha ó poca, que de varios tamaños las habia, de un asta ó palo de madera dura y flecsible, y de una punta hecha de espinas, huesos ó pedernales, algunas veces con cuchilla de cobre. Hacíase el *dardo*, en jeneral, de una caña ó *Totli*, sacándole punta y endureciéndola al fuego.

Pero el instrumento de muerte verdaderamente orijinal y á los mexicanos peculiarísimo, circunstancia que para nosotros merece que á describirle nos detengamos, era el *Maquahuitl*, por corrupcion *Macana*, ó sea *espada*, como la llamaron los nuestros; porque, en efecto, á guisa de tal se servian de ella los indios. Consistia aquella arma en un palo grueso y fuerte, de tres y medio á cuatro piés de lonjitud, y algo mas de cuatro pulgadas de ancho, en cuyos dos cantos iban incrustadas y fijas por medio de la *goma-laca*, unas cuchillas de *Aztli*, estraordinariamente afiladas. Correspondíanse esactamente las cuchillas de uno y otro canto, y entre las de cada uno mediaba un espacio algo mayor que el ancho de una de ellas; por manera que el número de las de un lado no solia pasar de siete, ni en consecuencia, el total de catorce. A manera de puño, servia para asir y manejar el *Maquahuitl*, un ancho anillo en que el palo ú hoja de aquel instru-

mento remataba por la parte superior. Dicen los historiadores que la fuerza y filos de la espada mexicana eran tales, que se vió en mas de una ocasion cortar con ella y de un solo tajo la cabeza de un caballo; pero tenia el inconveniente de inutilizarse el filo de las cuchillas al primer golpe de alguna fuerza que con ellas se daba.

Tales eran las armas de los mexicanos, en jeneral; tales las que en la noche, víspera de la proyectada fiesta en *Chapultepec* vestian los indios que ante D. Alonso aparecieron en la escondida plazoleta del bosque, donde en compañía de D. Martin Suarez, de Cristóbal y de *Poyahuitl* le dejamos al comenzar la anterior episódica digresion, con la cual pondremos término al presente capítulo.





CAPITULO XII.

DE CÓMO D. MARTIN SUAREZ CREYÓ EN EL BOSQUE ADQUIRIR GRANDE IMPORTANCIA À LOS OJOS DE D. ALONSO DE AVILA, Y D. ALONSO LE PROBÓ À ÉL QUE LA SUYA PROPIA NO ERA ESCASA.

CON mas curiosidad que asombro contemplaba D. Alonso la marcha compasada y grave de los indios que ante él desfilaban en silencio, como suelen por la mente de los hombres de ardiente fantasía y á los estudios históricos consagrados, personajes y naciones de edades que siglos antes dejaron de ser; y es nuestra comparacion esacta, porque en realidad las armas y trajes que Avila miraba, ni aun en las montañas mismas de México, á la sazon aun mal conocidas é imperfectamente dominadas, se usaban ya en su antigua pureza.

—¡Vive Dios! Esclamó D. Alonso allá en sus adentros, que el bueno de D. Martin me ha tomado por un niño fácil de asustar con supuestas apariciones; pero yo le prometo, si tal piensa, que no tardará en salir de su craso error. Entretanto, veamos.

Y en efecto, miraba y veia á los armados indios, quienes, dada una vuelta completa al rededor del circular espacio, volvieron á colocarse formados en ala ante nuestros dos caballeros.

—Reparad, dijo entonces al esposo de Elvira el misterioso D. Martin; reparad, D. Alonso, el escudo del primero de esos guerreros indios que teneis delante.

—¡Cuál? ¡El de nuestra izquierda?

—Eso, cabalmente. ¿Teneis noticia de que el uso del *blason parlante*, es decir, de aquel cuyas piezas no solo tienen cada cual su particular alegórica significacion, sino que en conjunto espresan un nombre ó un pensamiento, era conocido entre los indios mexicanos antes de la conquista?

—Héselo oido decir muchas veces á mi difunto padre.

—¿Y se os alcanza algo, D. Alonso, de la ciencia del blason?

—Si tal, por vida mia, D. Martin; pues, aunque poco letrado, soy noble y algo entiendo de achaque de timbres y heráldica.

—Mirad entonces, vuelvo á deciros, el escudo del indio que os señalé, y ved si descifrais su empresa.

Fijó D. Alonso los ojos un instante en el escudo que se le designaba, y dijo:

—Si no miente la pintura, aquella *higuera* ó *nopal*, *tuna* ó salvaje, que los indios llaman *Tenuch*, sobre una piedra colocada, es el antiguo blason de la imperial ciudad de México.

—Y éslo en verdad, que eso reza en romance la palabra *Tenuchtitlan*, primitivo nombre de México: *higuera sobre piedra.*

—¿Y ese indio representa....?

—A México, Tlatelolco y su comarca; dos mil guerreros á todo dispuestos.

—Deséoles mas valor que tienen buenas armas, si todas son como las de su representante.

—¿Olvidais, D. Alonso, que con tales armas pusieron mas de una vez en durísimos trances al mas esforzado caballero, al mas insigne caudillo de la cristiandad, á Hernan Cortés, en fin, para escusar inútiles encarecimientos?

—Sé que entonces fueron vencidos, y sé que ahora llevan ademas cuarenta años de servidumbre.

—Si tal es vuestro sentir, no hay para qué prosigamos nuestra tarea. Idos en paz....

—No lo dije por tanto, D. Martin: reconocer la debilidad de las armas de esos hombres no es dudar de su valor, ni flaquear el mio. He dicho una vez que acometo la empresa, y mientras viva no desistiré de ella.

Pronunció D. Alonso esas palabras con un acento de indudable sinceridad, con un tono de conviccion y firmeza tan lejanos de la hipocresía como de fanfarronada; y D. Martin, con no ser hombre que por impresiones del momento se dejaba arrastrar, no pudo menos de estrecharle la mano, hecho lo cual, dijo:

—Pasemos alsegundo.

—Su empresa consiste en *dos saetas* que sostienen una *mazorca de maiz.*

—*¡Tlaxcallan!* Esclamó Cristóbal sin poderse contener, y con lágrimas en los ojos.



—Sí, Tlaxcala, repuso D. Martin conmovido; la *Tierra del pan*, el pueblo guerrero, la república fidelísima aliada de Hernan Cortés.

—¿Y tambien con los tlaxcaltecas contais? Preguntó D. Alonso.

—¿Si cuento con los tlaxcaltecas? ¿Pudieran por ventura faltar ellos donde de la gloria del marques se trata? Preguntádselo á Cristóbal, á ese en la apariencia humilde siervo y resignado esclavo, que fué, que es, y que será siempre mi principal ajente.

—Y mi amigo ademas, Sr. D. Martin: ¿No es verdad, Cristóbal?

Hallábase el indio tan conmovido, tan como avergonzado de oirse alabar con tal estremo de encarecimiento por aquellos dos caballeros castellanos, que incapaz de pronunciar ni una sola palabra en respuesta á las de D. Alonso, hubo de limitarse á responderle con un apasionado ademan de esquisita sensibilidad, tan bien espresada por él como por los dos españoles comprendida.

Terminado que fué aquel rápido sentimental episodio, tomó de nuevo la palabra Suarez de Monroi, diciendo:

—Con *Tlaxcala* y á su lado asiste aquí *Ahuilizapan*, que hoy se llama *Orizaba.*

—Su blason, si es el tercero, representa la mitad superior del cuerpo de un hombre como saliendo de entre juncos y espadañas, y con los brazos abiertos como si nadase. Confiésoos, D. Martin, que mi ciencia heráldica no alcanza á descifrar esa *pieza.*

—Esos juncos y espadañas sobre un fondo claro, son el jeroglífico con que los mexicanos, que como sabeis carecian de alfabeto, representaban el *agua y sus riberas* en jeneral; y el busto del hombre, en la actitud que decis, significa *placer*, *contentamiento* ó *deleite.* Unid, pues, las dos ideas, *ribera del agua y placer*, y tendreis lo que significa el nombre de *Ahuilizapan*, á saber: *agua del placer*, ó ribera *deleitosa.* Y en efecto, *Orizaba* se edificó en la ribera de un deleitoso lago, en los términos de la antigua provincia de *Cuetlaxt.*

—Lo que importa es que sus guerreros sean muchos y esforzados.

—Con algunos y bravos ha de asistirnos, D. Alonso. Mirad el ancho escudo del cuarto indio y vereis en él un ánfora de barro sobre tres pedrezuelas asentada, que así acostumbraban estos naturales á poner las ollas al fuego y encima de ella el jeroglífico del agua.

—Si eso no representa el agua caliente, confieso que no atino con qué sea.

—Habéislo acertado, y es el emblema del pueblo de *Atotonilco*, edificado cerca del manantial de agua caliente, en lo mas áspero de la sierra. Dióselo Hernan Cortés en encomienda á Andrés de Tapia, que lo estimaba por el oro que en él cojia: pero el virey *Mendoza* rescatólo años ha para la *Corona;* porque audiencia, virey y *Corona* parece que de propósito trabajan desde el dia mismo de la conquista en deshacer cuanto con ímprobo trabajo y heróicos esfuerzos hizo el inmortal marques del Valle.



—Con la ayuda de Dios, D. Martin, y el valor de nuestros pechos, pagarémoselo presto y con las setenas á los señores de la audiencia.

—Tal espero, y prosigamos. Aquel disco ó redondel con otro menor dentro y cuatro á manera de redondas perlas á iguales distancias entre sí apartadas, y adheridas á la circunferencia, es el jeroglífico mexicano de toda *joya*, y el especial de la ciudad y laguna de *Chalco*, que con razon miraban los indios como la joya de Tenuchtitlan.

—¿Debe entonces el humano brazo asiendo un pez, que figura en el escudo del indio que sigue, representar la abundancia de la pesca ó cosa semejante?

—Sí, representa eso, y por lo mismo la ciudad de *Michmalojan* ó *Mechoacan*, como nosotros le decimos, cuya laguna abunda, en efecto, en deliciosa pesca, y no menos hoy en indios dispuestos á nuestra santa empresa y gloriosa hazaña.

—Decidme, por vida vuestra, qué significa aquella mano sin brazo, cuyos dedos están como si contaran.

—Significa el *contadero*, lugar de indios en las sierras del norte de México, en el cual dice su historia que se *contaron* los *Chichimecas*, al comenzar su invasion en la tierra de *Anáhuac.*

—¿Y el águila dentro de una jaula ó edificio, que no percibo bien lo que sea?

—Es el blason y jeroglífico de *Quauhtinchan* en el valle de *Atlisco*, en el cual abundan unas bellas aves del jénero de las águilas que en la lengua del pais se llaman *Quauhquechotlí.*

Aquel monte sobre cuya cima mirais una cuchilla suspendida, representa á *Tlacotepec*, palabra que quiere decir *monte-cortado.*

—Singular es el blason que sigue: ¿Qué alegoría encierra el medio cuerpo inferior de un hombre pegado á una planta de juncos?

—Eso significa *Tollantzinco*, esto es: *al fin ó cabo* de la tierra de *los juncos.* Igual, sin mas diferencia que la de ser aquí *flores* lo que allá juncos, es la ciudad *Xotchitzinco*, que lleva en su escudo el indio penúltimo; y del mismo jénero, aunque no idéntica, la del último.

—Aun con esa esplicacion no alcanza la torpeza de mi injenio lo que puede significar una rama de arbusto puesta como en equilibrio sobre la punta de la nariz de un hombre.

—Ni es estraño que no lo alcanceis, D. Alonso; porque la lengua de los jeroglíficos ha menester tanto ó mas detenido estudio que cualquier otra para comprenderla. Sabed, pues, que esa pintada rama retrata una del arbusto que llaman *Huaxin*, el cual puebla y cubre los montes que en las provincias *Mistecas*, mas de ochenta leguas al sur de México, limitan el feracísimo valle de *Huaxjacac*, que hoy constituye el marquesado de su nombre y la parte principal de los Estados del hijo sucesor de Hernan Cortés. Con eso y con tener entendido que en la *punta de la nariz* simbolizaban los mexicanos la *cima, remate ó elevacion* mácsima de cualquier cosa, y singularmente de los mon-

tes, comprendereis luego y fácilmente, que la empresa de que tratamos quiere decir: *en la cima del monte Huaxin.*

—¡Y ese es sin duda el blason de *Guaxaca?*

—Vos lo habeis dicho; porque el nombre del marquesado procede de que, al aportar los castellanos á esas playas, la principal poblacion del Valle era una fortaleza mandada edificar por Moctezuma en la cima de un alto monte, para que desde él dominase los lugares todos de los *Mistecas*, jente de fiera condicion y valor indomable. Veis, pues, en el escaso número de representantes de los pueblos de México que por la premura del tiempo pude reunir en este sitio, que de uno á otro confin de la tierra se estienden mis redes; y que el dia que á Dios plazca, difícil será que nuestros enemigos nos venzan.

—Veo, señor, lo que ya sabia y admiraba, vuestra perseverancia, el injenio, la paciencia, la discrecion con que en tan largos años habeis ido cargando la mina que es forzoso reviente: pero....

—Perdonad, D. Alonso, que os interrumpa: lo que ahora importa es que se cumpla el objeto de vuestra venida á estos lugares.

Entonces D. Martin, levantándose de su asiento, hizo en la lengua mexicana un corto discurso á los doce armados representantes, que ellos escucharon con atencion relijiosa y ademan sumiso, pero manifestando en la ardiente espresion de sus miradas que sentian vivamente las palabras del noble castellano.

Poyahuitl, que durante el diálogo entre D. Martin y D. Alonso, permaneció completamente abstraido, desde las primeras frases del discurso de aquel, fuésese acercando al círculo de los indios, como arrastrado por una fuerza sobrehumana; y al cesar Suarez, tomó la palabra y respondióle con un entusiasmo que no era de esperar en sus costumbres y carácter.

Tambien en Cristóbal produjo magnética impresion el discurso que nos ocupa. Tambien él fué á incorporarse con sus compatriotas; y tambien, despues del sacerdote, pronunció algunas sentidas y entusiastas frases.

Luego todos los indios armados fueron á su vez y sucesivamente diciendo algo en contestacion al misterioso personaje: mas ese algo, á juzgar por el laconismo de los razonamientos y la solemnidad del tono, mas parecia promesa, pleito-homenaje, ó fórmula equivalente, que respuesta de aquellos hombres por los particulares sentimientos de cada cual dictada.

En fin, Suarez les dirijió en voz solemne cierta pregunta (tal pareció á D. Alonso, tan ignorante como nosotros en el idioma indíjena), á la cual á una voz respondieron los indios armados, Poyahuitl y nuestro amigo Cristóbal, levantando al cielo los brazos y pronunciando todos con fervor unas mismas palabras, que mas tarde supo el esposo de Elvira significaban: *¿Por ventura no nos ve nuestro Dios?* Dichas las cuales, todos, tambien simultáneamente, postráronse en tier-

ra, pusieron en ella un dedo de la mano derecha, y besáronlo á un tiempo mismo.

Tal era entre los mexicanos la fórmula habitual del juramento, tan respetado, de paso y en honor de aquel pueblo sea dicho, que la ley no suponia pudiese hacerse jamas en falso, y las jentes pensaban y creian que nunca la Divina Justicia dejaba sin castigo en este mundo al perjuro.

Terminada así tan estraña ceremonia, dijo Suarez á D. Alonso:

—De hoy mas estos indios, y cuantos con ellos y conmigo están con solemne juramento consagrados á nuestra santa empresa, os consideran como á uno de sus mas importantes caudillos; como á mi segunda persona, D. Alonso. Dejadme advertiros solo que la mas leve indiscrecion puede costar millares de cabezas, y frustrar ademas una hazaña que ha de ser inmortal en la memoria de los hombres. Por mi parte, habiéndoos ya hecho dueño de cuanto en el mundo amo, despues de mi honra y del nombre y fama de Hernan Cortés, no temo que os mostreis ingrato.

—¡No lo temais, D. Martin, no lo temais! Respondió Avila con mas visos de desdeñosa altivez que de solemnidad ó recojimiento.—El esposo de Elvira sabrá, como caballero, ser digno de ella; D. Alonso os hará ver á vos, llegado el caso, que sabe callar y sabe morir tambien.—Decidles á esos indios que pueden contar con mi espada y con mi honra. Esto basta, D. Martin, y aun sobra: y abreviemos, si os place, que el dia no debe de estar lejos, y yo hago falta en mi casa.

Despidiéronse, en efecto, los dos caballeros de Poyahuitl y los indios; dispersáronse estos despues de ocultar sus armas en la caverna; y D. Martin, D. Alonso y Cristóbal, guiados por un indio práctico en el bosque, fuéronse por una estrecha senda á donde esperaba á Suarez su caballo, no muy lejos del que con el negro mudo dejó D. Alonso.

Ya una vez á caballo los dos castellanos, y el tlaxcalteca trotando delante de ellos á manera de mozo de espuela, D. Alonso, á quien no le parecia que estaba airoso, mientras Suarez permaneciese en la persuasion de que con la fantasmagórica escena del bosque le tenia ofuscado, propúsose volverle las tornas sin perder un solo instante.

Habianse tratado poco y simpatizaban menos aquellos dos hombres antes de la ruidosa escena ocurrida la noche del 23 de Abril de aquel año. La naturaleza parecia haberse complacido en formarlos tan diametralmente opuestos, que cada uno de ellos era el vivo total contraste del otro, y de todos los singulares fenómenos que fueron consecuencia del misterioso lance á que aludimos, ninguno menos lójico en la apariencia, ninguno con mas visos de insólita aberracion, que el hecho de ver unidos á D. Alonso y á D. Martin. Un lazo poderoso, sin duda, un vínculo indestructible, ó algun poder sobrehumano encadenaba á la víctima con el sacrificador, porque indudable-



mente la mano de Suarez fué la que hirió al esposo de Elvira con su arma emponzoñada, y D. Alonso no lo ignoraba, y sin embargo, prescindia, no solo de su herida, sino de las apariencias que á los ojos del vulgo pudieran hacer pasar por culpada á doña Elvira.

No insistiremos en lo que al lector se le alcanza tan bien si no mejor que á nosotros; pero sí es forzoso que espliquemos en dos palabras la situacion respectiva de los dos personajes que ahora principalmente nos ocupan.

Quizá una comparacion dé á entender nuestro pensamiento con mas claridad que lo espresaran largas frases: D. Martin y D. Alonso se conducian el uno con respecto al otro como pudieran dos infelices presidiarios amarrados á la misma cadena. Persuadidos entrambos de que ni apartarse ni hostilizarse podian sin tanto daño del que la soltura emprendiese, ó la guerra comenzase, como del paciente, procuraban llevar la cadena lo menos mal posible; mas en definitivo resultado, sus esfuerzos ni siquiera tendian á *estar bien*, sino á estar *menos mal*, como hemos dicho.

Si la lijereza de Avila repugnaba á Suarez, la gravedad de Suarez era para Avila antipática; si á D. Martin tenian siempre receloso las imprudencias de D. Alonso, á D. Alonso constantemente en alarma los misterios de D. Martin. Que aquel tratase un negocio sério sin mezclar en la conversacion frases y pensamientos impropios por su jocosidad del asunto, era cosa imposible; y pensar que el último dejase de dar una leccion en tono dogmático, aun en medio de una fiesta de *carnestolendas*, fuera delirio. Para la mas fútil empresa se solemnizaba Suarez hasta á los entierros llevaba Avila la risa; y en resúmen: el dia y la noche, la luz y las tinieblas, no son mas opuestas que los dos caballeros que por el bosque de Chapultepec tenemos caminando. Unidos, sin embargo, por un poder á la voluntad de ambos superior, y siendo los dos de buen injenio y nobles prendas, procuraban tolerarse y disimular lo poco que se amaban; pero en un trato frecuente, íntimo, y en que se versan asuntos capitales, no es posible que, mas pronto ó mas tarde, dejen el carácter, las simpatías, y aun mas las antipatías, de transparentarse al través del velo de la disimulacion por tupido que sea. ¿Quién era el peor librado de los dos en tal situacion? No acertamos á decidir cuál padecia mas: si Avila que por sus años, tanto como por su natural carácter, era mucho menos capaz que Suarez de dominar sus naturales impulsos, y siendo, á mayor abundamiento, el dominado, sentíase con mas acritud en el alma que D. Martin: ó éste, condenado á soportar las imprudencias y escentricidades del petulante D. Alonso.

Mas dejando aparte esa cuestion metafísica, el hecho es que ninguno de ellos vivia con el otro á su placer, y que en el momento á que nos referimos, ni D. Martin estaba enteramente satisfecho del efecto producido por sus indios en D. Alonso, ni éste complacido con



que D. Martin se creyese á él y en todo superior. Díjole, pues, así que solos estuvieron y á caballo:

—Si vuesa merced me da para ello licencia, quisiera decirle, salvo el respeto que á su esperiencia debo, que con la jente que de ver acabamos poco será lo que medre nuestra empresa.

—No digais eso, D. Alonso (replicó Suarez con calor). No digais eso, ni penseis de los indios tan mal que no os parezcan hombres como nosotros.

—Perdonadme, D. Martin, pero no me habeis entendido bien, ó yo me he esplicado mal. No soy de aquellos por quienes tuvo el reverendo Garcés, obispo de Tlaxcala, que acudir á su Santidad, dando testimonio del injenio de estos naturales, ni menos de los que aguardaron la bula del Padre Santo para tener á los indios por *verdaderos hombres* (1).

—Entonces yo, á mi vez, os digo que no entiendo vuestras palabras.

—Oidme un momento con atencion, y espero, D. Martin, que vais á comprenderme.

—Ya os escucho.

---

(1) La codicia de los *Encomenderos* y otros que gozaban repartimiento de indios se escusaba de la brutal barbarie con que á estos trataba. alegando que, *como incapaces que eran de civilizarse y de ser instruidos*, debia considerárseles tambien como esclusivamente nacidos para el trabajo mecánico, y por consiguiente para la esclavitud. Desde el principio de la conquista lucharon valerosamente los misioneros contra tan bárbara calumnia: Fr. Juan de Zumárraga, primer obispo de Méxi o, en 1531 escribió al Capítulo jeneral de la Orden de San Francisco, diciendo que no carecian los indios de las luces naturales del entendimiento; y el reverendo Garcés en carta del año de 1536, decia á Paulo III que no solo eran tan capaces los mexicanos como los europeos, sino que los niños de aquel pueblo superaban á los nuestros en el *vigor del espíritu* y en la perspicuidad de los sentidos *(sed insuper nostratibus pueri istorum et vigore spíritus et sensuum vivacitate.)* A consecuencia, pues, de las continuas, sentidas y justas reclamaciones de prelados y misioneros, el año siguiente de 1537 espidió el citado pontífice la famosa bula que comienza: "*La verdad misma, que ni se engaña ni engañarse puede;*" y en la cual son notabilísimas las frases que á señalar vamos. Primeramente, dice el pontífice haber llegado á su conocimiento que, bajo pretesto de reducirlos á la fé cristiana, se trataba á los indios como á *animales irracionales* (*uti bruta animalia*), reduciéndolos á servidumbre, en la cual padecian el mismo mal trato que las bestias de carga y servicio. Mas adelante, como vicario de Cristo y en nombre del Ungido, asienta que los indios no solo son capaces como *verdaderos hombres* (*ut pote veros homines*) de la fé de Cristo, sino que á ella corren presurosos y de su propia voluntad; por lo cual termina prohibiendo espresamente que, á pretesto de convertirlos, se les esclavice, queriendo que vivan libres, anulando su servidumbre, y mandando en fin (santo precepto), que así á *los indios como á las otras jentes, con la predicacion y el ejemplo de la buena vida se les invite á abrazar la fé de Jesucristo,* no con la fuerza y la barbarie.



—Que los indios tengan claro injenio y capacidad así para oficios mecánicos como para las artes liberales y las ciencias, ni yo lo dudo, ni el testimonio de la esperiencia que á la vista tenemos cada dia, permite negarlo á nadie. En el *Estudio* de México, en el *colejio de Santiago de Tlaltelolco hay grandes estudiantes y colejiales insignes, de raza unos, de nacimiento otros,* mexicanos; pero no se trata aquí del injenio, ni vos habeis buscado discretos, sino hombres de guerra, tan arrestados á todo, que ni el mosquete los asuste ni el potro los aterre.

—Todo eso es verdad, D. Alonso, mas....

—Por Cristo que no me interrumpais: estoy haciendo mi primera *Disertacion*, y no quisiera que la fuerza del natural me venciese antes de acabarla. Vuestros indios, á quienes tampoco quiero negar el valor como personas, tienen, considerados en junto, dos graves nulidades para el fin que nos proponemos, á saber: primeramente, que carecen de armas y del hábito de usar las de Castilla; y en segundo lugar, que cuarenta años de esclavitud, mas ó menos estrecha, menos ó mas cruel, los acostumbraron á ver en los españoles sus amos, y á temblar ante ellos.

—¿Y es la conclusion de vuestro sábio discurso que habremos de renunciar á la empresa?

—No ¡vive Dios! No, D. Martin: aun cuando renunciárais vos mismo á ella; aun cuando no hubiese mas hombre que yo en México con tal pensamiento, no renunciaria á él, ni ahora, ni en ningun tiempo.

—Y si eso es así, D. Alonso, ¿qué significan vuestras palabras? ¿Teneis la cortés intencion de probarme que hasta conoceros no acerté á manejar el negocio á que me consagro desde que comencé á tener uso de razon? En tal caso os lo agradezco.

—Si no fuérais quien sois, señor Suarez de Monroi, ó si yo no fuese el esposo de doña Elvira, que tanto vale, mi respuesta seria.... pero es inútil decirlo. Creí que cuando se trata de mi cabeza y de la suerte de un imperio, érame lícito al menos, decir mi parecer al hombre á quien hice don de mi vida. Callo, pues que me he engañado.

—Vos teneis razon, *Alonso* (adviértase la supresion del *Don*); teneis razon, y mis canas esta vez anduvieron menos cuerdas que vuestros pocos años. Verdad es cuanto habeis dicho, y por serlo tanto, difiero de dia en dia, de año en año hace doce, el acometer mi empresa; pero si con los indios no cuento, ¿á quién quereis que acuda?

—A los castellanos mismos, *señor*, á los castellanos de oríjen, mexicanos hoy porque en México han nacidos ellos y sus mujeres y sus hijos; mexicanos, porque en México tienen sus haciendas y sus caudales, porque México, en fin, es su verdadera patria.

—¿Y no sabeis que con algunos cuento!

—Contais con alguno, sí: con algun melancólico visionario, como Bernardino Pacheco de Bocanegra....

—Uno de los mejores caballeros de México.

—Demos que lo sea: pero ¿cuántos hombres llevará consigo, quien como Pacheco, vive solitario y del trato de las jentes retraido? Contais con D. Luis de Castilla, y no niego yo su importancia: mas contento con ella, y encastillado en su gravedad, si dispone de sus criados, será todo. ¿Quereis que vaya enumerando uno por uno vuestros *amigos*, y os pruebe que el que mas tendrá un séquito de media docena de soldados, buenos ó malos?

—Y cuando eso sea, ¿no me bastarán para acaudillar á los indios? Una vez que esos *mis amigos*, hombres principales todos, den la cara en la empresa, ¿no se apresurarán á seguirlos nobles y pecheros?

—Se apresurarán los nobles, si sois feliz en los primeros pasos, y si ven al cabo de la empresa el aumento de sus señoríos: pero si por un momento se inclina la balanza en favor de los contrarios, con solo que el resultado aparezca dudoso, no conteis con la nobleza.

—¿Por qué juzgarla tan mal?

—Porque es forzoso que obren como preveo los que solo *por interes* han de decidirse; creedlo, D. Martin. El que posee, el que goza, el que figura, y sobre los demas hombres se mira enaltecido, para tirar la espada, comprometer la hacienda, y arriesgar la cabeza, ha de tener en ello interes grandísimo.

—¡Por el alma de Hernan Cortés, Alonso, que no os hubiera creido tan filósofo!

—Decid mas bien que me teníais, señor, por incapaz de racional discurso; y á la verdad que no pretendo pasar por sábio, mas son ya algunos años los que llevo vividos, muchas las jentes que he tratado, y natural es que la esperiencia al menos me enseñe.

—El triste privilejio de la esperiencia puedo yo disputársolo con harta ventaja.

—Sí, D. Martin, pero en cambio yo estoy sereno y vos apasionado. Suponed á dos hombres prendados de una misma dama, y al uno discreto y capaz infinitamente mas que su rival, pero ciegamente enamorado, mientras que el otro se conserva señor de su albedrío. ¿Quién os figurais que la rendirá? ¿El que mas valga? No será tal, sino el menos amante; porque ese, viendo las cosas como ellas sean, y no como la pasion se las pinta al enamorado, obrará siempre mas en razon.

—¿Y yo aquí soy, segun vos, el enamorado?

—¡Y vive Dios que eso es mas claro que la luz del dia! Y si no lo estuviérais, ¿comprendiéranse los inconcebibles sacrificios que tan sin esperanzas y durante tantos años habeis hecho? No, D. Martin, no se comprendieran. Vos sois ciertamente el enamorado, y yo el que galantea sin amor: la ventaja está de mi parte.

—Usad, pues, de ella, que yo me daré por contento como en pro de nuestros designios sea.

—Sí haré, así Dios me ayude; y para comenzar oidme. Yo soy, ó parezco á lo menos, un *libertino* incapaz de cosa de provecho, pero no obstante conozco en México á grandes y chicos, nobles y plebeyos, á los timoratos como á la jente de la vida airada.

—Por desdicha, D. Alonso, por desdicha es así.

—Y cuando os diga yo, D. Martin: aquí teneis quinientos hombres bien armados, valerosos, y tan á mi devocion que, si les mandase poner fuego á la *casa santa*, no vacilarian en hacerlo. ¿Repetireis todavía: *Por desdicha, D. Alonso, por desdicha es así?*

—¡Quinientos hombres armados!

—Quinientos: y ni uno menos, y quizá muchos mas. Si es *desdicha* que yo sea lo que Dios ó el diablo me han hecho, confesad que nunca mejor pudo decirse aquello de que *no hay mal que por bien no venga.*

—La Providencia, D. Alonso, nos lleva á sus fines por medios, á veces, tan inesperados como poco verosímiles.

—¿Es decir que os parece poco menos que un milagro que D. Alonso de Avila sirva para cosa de provecho? ¡Vive Dios! que tambien á mí me lo parece hablar con esta formalidad durante tanto tiempo! Mas ya que estoy en tan buen camino, quiero aprovechar *la veta*, como los mineros dicen, y haceros aún otro servicio de mayor importancia.

—¿Supuestos los quinientos hombres?

—Que vereis, al menos en gran parte, en la fiesta de mañana ó mas bien de hoy mismo.

—¿Tan presto?

—¿Y por qué no? ¿Háseos figurado que inventé é improvisé yo esta fiesta solo para ver á vuestros indios, sin que su reunion en el bosque pusiera en alarma á los doctores? No, D. Martin: he querido que nos reunamos, que nos contemos, que nos entendamos, y algo mas que os diré luego: y todo eso en presencia de nuestros propios enemigos.

—¿Qué estais diciendo?

—Que la audiencia y los mas importantes entre sus parciales son mis convidados.

—¡Dios nos asista! Será nuestro convite el festin de los Lapitas.

—Ni sé quién son los *Lapitas*, ni saberlo me importa; lo que sí sé es que, hallándose entre nosotros los contrarios, no podrán nunca decir que la fiesta ha sido una conjuracion.

—Confieso que no está eso mal pensado; pero tambien confesareis vos que en presencia de nuestros enemigos poco libres estaremos.

—Al contrario, señor, al contrario; mas libres que nunca.

—No os comprendo.

—Pues amanecerá Dios y medraremos.

—El nos preserve de toda desventura.

—No la temais, por la fiesta á lo menos; y oid, que estamos cerca

de casa, y con ser mia prefiero hablemos al aire libre, porque las paredes oyen.

—¿Háseos olvidado que me teneis prometido otro importante servicio?

—No, á fé mia; y de él voy á hablaros. ¿Cómo estais con el marques?

—¿Cómo estoy con el marques? ¡Estraña pregunta, D. Alonso!

—Contestad á ella, si os place, que no la curiosidad, sino el interes comun es quien la dicta.

—Estoy en términos de estrecha amistad.

—Lo sé; y no es eso lo que pregunto, sino cómo estais en lo que al asunto de que tratamos pertenece.

—El marques no tiene, por desgracia nuestra, los alientos de su ilustre padre.

—Lo sé tambien.

—¿Qué preguntais entonces?

—En romance; ¿sabe ó no de lo que tratamos?

—Sábelo hasta cierto punto; no puede ignorarlo; pero.... pero....

—¡Quiere hacer como que lo ignora para escudarse con su ignorancia en caso de un revés! ¿No es eso?

—Lo temo, D. Alonso.

—Yo lo sé, D. Martin, á ciencia cierta; porque conozco mucho á ese hombre, colocado, Dios sabe por qué, donde....

—Donde estar debe, Alonso: no hableis en eso.

—No hablaré, mas decidme: ¿no es el marques la piedra sobre que edificais toda la máquina de vuestro intento?

—Sí tal.

—Y sin él, no se malograria la empresa?

—Desdichadamente.

—¿Luego tener al marques, quiera ó no quiera, es lo que sobre todo nos importa?

—Sin duda: mas ¿á dónde vais á parar?

—A que, si le necesitamos, es forzoso conquistarlo, como su padre ganó á México, á fuerza de audacia y de resolucion. Vacila hoy el marques, no porque la empresa no le cuadre, sino porque teme las consecuencias de un desastre: pues cuando vea que no le queda mas arbitrio que someterse á la ira de sus contrarios ó defenderse, él se defenderá, ¡cuerpo de Cristo! que vale tanto como ser de los nuestros.

—¿Y os proponeis....?

—Me propongo que de la fiesta salga tan en guerra con los señores de la audiencia, tan con ellos desabrido, tan para todos sospechoso, que ni las sutilezas mismas del sutilísimo Dean, clérigo el mas astuto de cuantos conozco, basten para soldar la rotura. Y si esta no bastase, ya le tengo imajinada otra que no le deje mas eleccion que entre empuñar la espada y dejarse poner al cuello el dogal.



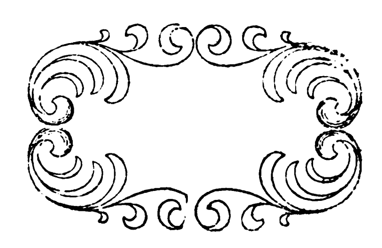
—Ved, D. Alonso, de no cometer agluna grave indiscrecion que pueda arriesgar fuera de propósito la vida ó la libertad del heredero y sucesor de Hernan Cortés: su persona debe de ser para nosotros sagrada.

—D. Martin, es preciso que de una vez y para siempre nos entendamos ahora. Si imajinásteis que soy yo hombre de estarme, como vos, doce años dando vueltas al rededor de la leña con la antorcha en la mano, y sin incendiar aquella ó arrojar esta, vive Dios que os habeis engañado. ¿Quereis el fin? pues quered los medios. Si no quereis los medios, no queıais el fin tampoco.

—¿Qué intentais? Decídmelo al menos.

—Imposible; llegamos á la quinta, y he menester dos horas á lo menos de sueño despues de tan trabajosa noche, para prepararme á un dia no mas descansado. A mi lado estareis; cuando os parezca que me desmando, podeis advertírmelo.

Acabando esas palabras apeóse D. Alonso; imitóle Suarez, y recojiéronse luego cada cual á su estancia, pensando el último que Avila valia infinitamente mas que su fama, y que en la conversacion qne con él de tener acababa, habíase mostrado hombre de razon clara' miras elevadas, y conocimiento profundo de las personas y de las cosas.





CAPITULO XIII.

DE LOS PRINCIPIOS DE LA TANTAS VECES POR NOSOTROS ANUNCIADA FIESTA DE CHAPULTEPEC.

ACONTECIA todo lo que refiriendo vamos en los últimos dias del mes de Mayo; es decir, ya en plena estacion calurosa; y por eso Avila cuidó de invitar á sus huéspedes á que desde el alba le favoreciesen. De otra manera, aun siendo tan corta la jornada de México á Chapultepec, hasta la caida de la tarde no pudieran ponerse en camino, ni las damas ni los ancianos, ni las jentes de sus personas cuidadosas, y redujérase la concurrencia durante el dia á los hombres de armas tomar y de pelo en pecho, es decir: precisamente á aquellos cuya reunion, siendo esclusiva, habia de alarmar sin remedio á los señores de la audiencia. Todo lo habia calculado la prevision de D. Alonso, tanto mas esquisita cuanto menos entraba en sus ordinarios hábitos.

A los primeros albores del crepúsculo matutino, en toda casa algo importante de la metrópoli del Anáhuac, advirtióse, el dia que nos ocupa, insólito movimiento, animacion no acostumbrada, saltando del lecho los mas perezosos con afan estraordinario. Mientras en sus *camarines* (*baudoirs*, decimos hoy), beneficiaban las damas sus respectivas bellezas en razon directa de sus fechas, esto es, mas las antiguas que las modernas, y los caballeros buscaban en sus guardaropas el vestido de campo menos ajado ó mas lucido; preparaban los escuderos las sillas de manos, aguijoneando á los perezosos indios de

carga que habian de llevarlas, y los palafreneros ensillaban los corceles para sus dueños. Digamos, de paso, que la raza caballar, completemente desconocida en América al tiempo de su descubrimiento y conquista, estendióse en aquel feracísimo suelo con rapidez tan prodijiosa que ya en el año 1566 á que nos referimos, abundaban en Nueva-España diferentes y bonísimas castas de ella, singularmente las de *Rua y Campo*, que con tales nombres se diferenciaban los caballos á propósito por sus propiedades y estructura, ya para la ciudad y paseos, ya para camino y trabajos mas duros. Los indios, ademas, naturalmente ájiles y á los ejercicios jimnásticos muy aficionados, dedicáronse desde luego y apasionadamente á la equitacion, en la cual se han hecho tan célebres los naturales de América, que aun en el dia, para ponderar la destreza de un jinete, se decia en Europa que monta como un *Llanero*, ó como un *Gaucho*.

Mas volviendo al asunto, si con el crepúsculo matutino comenzó el movimiento en lo interior de las casas de las personas de cuenta, todavía brillaban radiantes en la azulada bóveda celeste las constelaciones que esmaltan el hemisferio occidental del firmamento, cuando ya la pedestre muchedumbre, abandonando con facilidad el duro lecho, se preparaba á encaminarse al bosque; porque D. Alonso, por inclinacion natural de su carácter, y por razon de Estado entonces, quiso reunir en torno de sí aquel dia todas las jerarquías sociales, como todos los bandos que á México dividian.

Y si alguno piensa que queremos pintar al esposo de Elvira á imájen y semejanza de un demócrata moderno, de los que, unos con sinceridad, hipócritamente otros, no perdonan ocasion de hacer alarde de su desden á las convencionales diferencias entre razas y familias establecidas en la sociedad; si alguno tal imajina, repetimos, engañaráse de medio á medio.

D. Alonso pensaba y sentia como todo el mundo en su tiempo; pensaba que entre el barro de que estaban hechos los nobles, y el que sirvió para amasar á los plebeyos, habia la misma diferencia que entre la pasta de la porcelana, y la masa de que sale una olla comun; y sentia contentamiento y orgullo en ser de ilustre cuna. Pero Dios le habia dado un alma espansiva y jenerosa; por manera que, en vez de abusar de la superioridad de su nacimiento y riqueza para oprimir ó maltratar al villano, al pechero, al desvalido, empleábase con placer en protejerlos cuando la ocasion se presentaba, y era siempre con aquellos á quienes como inferiores contemplaba, tanto ó mas afable y bien criado que con sus iguales ó superiores. Que si D. Alonso viera la luz en nuestra época, fuera liberal, no admite duda: pero en su tiempo el mismo Padilla hubiera tenido por loco cuando menos, al que de la igualdad moderna le hablase.

Así, pues, era D. Alonso popular, sin dejar de ser tan aristócrata como el primero de los de su clase. ¿Y por qué era popular? Prin-

cipalmente por sus defectos, y ademas por algunas de sus buenas prendas. Sentiriamos que el lector creyese que tratábamos de abusar de su paciencia acumulando paradoja sobre paradoja; y vamos por lo mismo á esplicarnos. D. Alonso era popular por todos sus defectos, porque los tales eran de aquellos que proceden precisamente de la ecsajeracion de las buenas prendas que el pueblo tiene en mas estima.

Véamos, si no, en qué estribaba la pésima fama de Avila.

Era *pródigo*, primeramente; y la prodigalidad no consiste mas que en ser un hombre sin medida *jeneroso*.

Era *violento y atropellado*, es decir, con esceso *impresionable*, con esceso tambien *resuelto*.

Era *pendenciero*, esto es, escesivamente *valeroso*.

Era *libertino ó burlador*, que quiere decir; con estremo *enamorado y sensible* á los encantos de la belleza.

Era *jugador*, gran *jugador*, y jugar como D. Alonso lo hacia, es lo mismo que ecsajerar el *desprendimiento*.

Era, en fin, en todo *escandaloso*, ó lo que es equivalente, abusaba de la *franqueza*.

Y el pueblo decia: "¿Por qué murmuran los que me oprimen, y me vejan, y me estrujan, de D. Alonso? Porque D. Alonso es *jeneroro*, *impresionable*, *resuelto*, *valeroso*, *sensible*, *enamorado*, *desprendido y franco* CON ESCESO!!!"

Y el pueblo concluia: "D. Alonso me gusta y debe gustarme, porque sus escesos son en lo bueno, y no redundan en daño de nadie, sino de él mismo."

Y véase cómo los defectos de D. Alonso eran la base de su popularidad, y no podian menos de serlo.

La verdad es que entonces, y antes, y despues, y ahora y siempre, no hay nada mas simpático que los calaveras de buena especie y noble índole; y que no solo son simpáticos para el pueblo, sino tambien para la sociedad mas encopetada, y singularmente para las bellas y no bellas de todas edades y condiciones.

Caton fué tan poco popular, que figuró siempre á la cabeza de la aristocracia de su pais; y los Catones de la sociedad, siempre y desde *ab initio* están destinados, en materia de galanteos, ó á alimentarse de calabazas esclusivamente, si la fortuna los proteje, ó á ser.... ¿Cómo lo diremos sin ofender los castos oidos de nuestros moralísimos contemporáneos? A ser.... *Editores responsables* de los calaveras de buen tono.

En fin, D. Alonso era eminentemente popular, primero por sus defectos, que fué lo que probar nos propusimos, y ademas por sus buenas prendas, porque ellas tambien cautivan al monstruo de las innumerables cabezas, vulgo *Pueblo*.

La tolerancia, la afabilidad y dulzura en el trato, la ausencia com-

pleta de hinchazon y altanería, una escelente memoria para fisonomías y nombres propios, y sobre todo una facilidad suma y hasta casi involuntaria, para adoptar el tono, el lenguaje, las maneras, las virtudes y los vicios de las personas con quienes trataba accidentalmente, dieron al esposo de Elvira, no solo prestijio, sino lo que es mas raro, amigos personales entre las jentes del pueblo. Intelijente, diestro, ájil, forzudo, sufridor y valiente; con el letrado, como con el *oficial* (artífice), con el jimnasta como con el atleta, con el veterano como con el bravo, parecia que D. Alonso se hallaba en su natural esfera; y todos le consideraban como de los suyos, sin que la razon le faltase á ninguno, pues que á cada cual hallaba medio de resolverle una dificultad ó darle ejemplo.

Pronto, ademas, en todas ocasiones, tanto á socorrer al pobre y ponerse de parte del débil, como á comerle un costado al codicioso y á correjir duramente al baratero; si galan con las damas, nunca duro con las desdichadas meretrices mismas; al paso que inconstante en amor, consecuente, por último, en la amistad; y sobre todas esas circunstancias, rico sin amor al dinero; ¿cómo no habia de ser popular tambien con tales prendas? Démosle la *ambicion y la fortuna*, y fuera en Grecia un Alcibiades, un César en Roma. Lo que en México fué, costarále saberlo al lector que la historia ignore, leer hasta el fin de la novela.

Por primera vez de su vida se le ocurrió á D. Alonso acordarse de que para algo importante podia servirle ser en México mas conocido que el pan de maiz, cuando la fiesta que nos ocupa dispuso. Hasta entonces habia mas veces saboreado como placer habitual, y tenido otras por insoportable suplicio el no ser dueño de dar un paseo ni por las calles mas escusadas de la ciudad, sin que ya el menestral, ya el mercader, ora el muchacho, ora el anciano, la moza ó la vieja, desde el zaguan, ventana ó arroyo, le dijeran: "Vaya su merced con Dios. —¿A dónde bueno, galan?—El Cielo nos guarde al bienhechor de los pobres.—¿No mira ya á las mugeres el galan de todas?—¡Lástima que vuesa merced no alcanzara los buenos tiempos de la conquista!—Y otras tales cordialísimas interpelaciones que á veces, como deciamos, complacíanle, y otras cuando iba de aventura ó con prisa, le daban á dos mil diablos.

Mas la popularidad para el D. Alonso anterior á su herida de 23 de Abril, era una alhaja completamente inútil. ¡Qué habia, en efecto, de hacer con ella un hombre que á nada aspiraba en el mundo mas que á matar el tiempo y á no morirse de fastidio? ¡Qué le importaba que hubiese ó no en México algunos centenares de hombres dispuestos á seguirle á todo y para todo, y quizá una docena de bien acomodados mercaderes que sobre su sola palabra, ya que no la *muger y los hijos*, como el de la *Flores de D. Juan de Lope de Vega*, le fiaran su caudal sin dificultad alguna? Cuando habia de correr algun riesgo

era cuando mas solo se le veia; cuando se habia comido anticipadamente un año de sus rentas, preferia acudir á un judío que le sacrificaba, á pedirle una blanca á quien no fuese usurero de oficio.

Su popularidad, pues, y su muger tan poco le servian como le ocupaban antes del 23 de Abril; mas desde entonces Avila comenzó á estimarlas, y aun podemos decir que á galantearlas á entrambas; ¿por qué? dirálo el tiempo, que ahora sobrado hemos perdido disertando, para no apresurarnos á volver á nuestro relato.

Nobles y plebeyos, como deciamos, ricos y pobres, jóvenes y ancianos, caballeros y letrados, doncellas y dueñas, en pié desde antes de rayar el alba, preparábanse para acudir al convite de Avila; y en efecto, desde las primeras luces del crepúsculo matutino, dijérase que México, á la manera de un hombre que súbito se arranca al sueño, arrojaba de sí sus habitantes, como aquel desperezándose sacude los narcóticos vapores que le alertagaban.

Los ricos se levantaron antes acaso que los pobres: mas se pusieron en camino mucho mas tarde, y la razon es sencilla: ni el tocador ni el vestido del pobre han menester el consumo del tiempo que los del rico. Así, cuando los madrugadores caballeros comenzaron á salir de la ciudad, dirigiéndose al Sudoeste, ya el camino de Chapultepec estaba cuajado de peones de ambos secsos que con bulliciosa algazara marchaban hácia el bosque.

Entre otros grupos distinguíase uno en el cual figuraban en primer término dos sugetos que ya el lector conoce, pero tan distintos entonces de como por vez primera los vimos, que dificilmente pudiera nadie creer que no eran otros hombres. Hablamos de Absalon y *Almanegra*, los dos estimables bandidos que con el reverendo Fr. Domingo de la Anunciacion, de la Orden de predicadores, y la honesta Sra. Tomasa, alias la *Garduña*, asistieron á la muerte del malaventurado escudero Garci-Perez.

Absalon, pues, vistiendo un trage tan modesto, atildado, severo, que pudiera hacerle pasar, si no llevara una enorme espada, y un yatagan moruno ademas, por mandadero de un convento de monjas; Absalon, decimos, honestísimamente vestido, aunque sólidamente armado, con un gran rosario á guisa de cadena, pendiente del cuello, y una mozuela del brazo derecho, caminaba departiendo sosegadamente con *Alma negra*, á la cabeza de un grupo de diez ó doce personas de ambos secsos.

El bravo adusto iba como siempre, con su coleto atezado; el ancho tahalí, la manopla, el sombrerillo chato con ala corta y su pluma negra de gallo, retorcido el bigote, y fruncido el ceño, mirando poco, pero en cambio codeando mucho á las gentes.

La Dulcinea de Absalon era una robusta flamenca, juanetuda y ancha de *suelos* como un caballo frison, de encendidos colores, mejillas prominentes, rasgadísima boca, y rojo cabello. Sus ojos claros co-

mo los de un besugo, y aunque grandes, saltones, y ciertas asperezas del cutis, unidas á los varios esmaltes de su rubicunda nariz, probaban hasta la evidencia, que la naturaleza la hizo inclinada á los goces del paladar, y que el hábito ademas la habia familiarizado con ellos, sobre todo en la parte líquida. En resúmen: aquella fisonomía respiraba esa estupidez narcótica que caracteriza á los borrachos de profesion, y ademas algo de tan cínico,de tan depravado, que preferimos dejarlo á la consideracion del lector á malgastar el tiempo describiéndolo.

Decia Absalon que *Gertrudis*, así se llamaba su acompañanta, era su sobrina; y nosotros, á pesar de que él habia nacido en Malta, y ella en no sabemos qué aldehuela inmediata á Gante, creemos que debian ser hermanos, como hijos ambos de Adan y Eva. Como quiera que fuese, Gertrudis amaba á Absalon, porque lejos de irle á la mano en las comidas y libaciones, la escitaba hasta ponerla de manera que la envidiara el mismo Baco; y Absalon idolatraba á Gertrudis, porque ella, sin perjuicio de estar como un zaque la mitad del año por lo menos, y de ser lo mismo ebria que en sus cinco sentidos, mas fácil que los versos de Lope, nunca se mostraba tan cariñosa como cuando habia recibido una buena paliza; teniendo ademas la escelente prenda de no chillar, por mucho que su galan apretase la mano. Absalon, sentimos decirlo, pero la verdad histórica lo ecsije, Absalon tenia delectacion morosa en apalear á una hembra (no osamos escribir mujer), sin que ella alborotase, en primer lugar; y como la suya era tal y tan de buena índole que no sabia guardar ni rencor ni memoria siquiera de los palos que la daban, teníala por inestimable alhaja. Por eso llevaba consigo de pais en pais, de hemisferio en hemisferio y siempre á su *sobrina* Gertrudis, que el dia á que nos referimos, hallándose aún en ayunas, salvo medio cuartillo de aguardiente, iba melancólica y lácia como una planta de verdolaga.

En pos de tan digna pareja y del dignísimo compañero del judío converso, seguian, como apuntamos arriba, algunos bravos y varias *mujeres, mozas de estas que llaman del partido*, para valerme de la espresion que usaba el inmortal cronista del *Injenioso hidalgo*. Cantaban ellas mas que alegres cantares, acompañándose con panderos, sonajas, y palillos ó castañuelas; jaleábanlas ellos, requebrándolas ademas con las manos, se entiende, *more truhanesco;* y entre copla y copla, entre abrazo y abrazo, oíanse estrepitosas carcajadas, juramentos de á folio, y claridades mas que desnudas. Entre tanto alegres, fuera de los tres principales personajes del grupo, veíase una vieja, flaca como la bolsa de un estudiante, arrugada como la fisonomía de un bilioso, ribeteados los ojos y hechos dos manantiales de *bermellon y piedra-azufre*, la nariz apuntalada en la barba, los cabellos pocos y cenicientos, los dientes menos en número que los cabellos, y tan negros como aquellos quisieran estarlo; mal pergeñada y peor

de condicion que de trage, la cual sin cesar iba murmurando y maldiciendo de todos y hasta de sí propia. Era la *Garduña* en cuerpo y alma, si cuerpo quiere llamarse aquel saco de pergamino lleno de mal trabados huesos; y si por alma racional puede pasar su diabólico espíritu.

—Este D. Alonso, decia Absalon á Alma-negra, es un gran caballero.

—¿Beberemos pronto? Interpuso Gertrudis ecshalando un aliento aguardentoso que embalsamó la atmósfera.

—Silencio, *Cordera*, silencio: cuando los hombres hablan, las mugeres callan.

—Sí (esclamó mezclándose por sí y ante sí en aquella conversacion la Garduña); sí, hija, calla; que los hombres del dia, sobre hablárselo todo, tienen por grande hazaña hacer callar á las mujeres.

—¡Ahí te duele, bruja! Replicó Alma-negra con un gruñido, que en rigor podia pasar por risa.

—¡Tú serás el brujo, condenado, tú y toda tu casta!

—Haya paz, que hoy es dia de regocijo, clamó Absalon.

—¿Para qué me llama bruja?

—¿Para qué lo eres? Volvió á decir Almanegra. ¿Cuántos azotes te hizo dar el Santo Oficio en Valladolid, cuánto te encorozó á tí el mismo dia que á tu madre la achicharraron?

—Achicharrado te vean mis ojos á tí, *ase*....

Apenas pronunciadas estas sílabas, y antes de que la vieja pudiese proferir las dos restantes de la palabra *asesino*, los demas del grupo, que nada habian oido de la conversacion que escrita dejamos, vieron con asombro á la Garduña elevarse súbitamente en el aire, manoteando y perneando ni mas ni menos que un gato por algun travieso muchacho ahorcado. Y la situacion de la reverenda matrona era, en efecto, muy análoga á la del animal susodicho; porque Alma-negra, mas por medida de precaucion que porque le irritasen los denuestos de la vieja, al oir que asesino iba á llamarle, asióla súbito del pescuezo con la mano derecha, levantóla en alto, y comenzó á sacudirla á guisa de incendiario.

Aquel honradísimo grupo, creyendo que se trataba simplemente de una broma, prorrumpió, al contemplar la violenta asuncion de la Garduña por Alma-negra, en frenéticos aplausos.

—¡Bien, madrecita! Decia una moza: ¡Bien bailado!

—¡Y luego nos dirá que está baldada! Esclamaba otra.

—Dejadla, dijo un bravo. ¿No veis que se la lleva el diablo?

—A cada uno lo suyo; replicaba el otro.

Y todos aplaudian, y regocijábanse todos, menos Gertrudis que tenia las fauces secas, Absalon que no quisiera hacerse un enemigo implacable de la señora Tomasa; Alma-negra cuyo estado habitual

era el disgusto; y la Garduña que no hallaba que la postura fuese cómoda ni mucho menos.

Entre tanto *la broma* hubiera podido tener fatales consecuencias, porque la mano férrea del bandido apretaba sin misericordia el gaznate de la vieja, y el rostro de esta iba poniéndose en parte lívido, en parte amoratado, es decir, ofreciendo inequívocas señales de una completa estrangulacion; pero el ex-judío intervino á tiempo, llegándose á su compañero y diciéndole en aleman, lengua para todos los demas circunstantes, esceptuando á Gertrudis, completamente desconocida:

—¡Déjala, con dos mil diablos! ¿Quieres que hable y nos pierda á todos?

—¡Tengamos aquí la del fraile, otra vez! replicó Almanegra. La mejor manera de que calle....

—Déjala, te digo.... si aquí en público la matas, pasado mañana te ahorcan.... Déjala, que ya casi no respira.

Vencido por las reflecsiones de su camarada, ó harto de tener en el aire á la Garduña, abrió entonces el bandido la mano, y vino al suelo la vieja, como un verdadero *pelele* de Carnestolendas, desplomada.

Así que las mujeres la vieron desmayada, entróles la compasion, y acudiendo á ella con alaridos espantosos, en breves instantes atrajeron á sí numeroso jentío, azorado y confuso.

—Esquivémonos, dijo desde luego Absalon á su compañero; ó mas bien esquívate tú, que yo no corro peligro, y me quedaré á la mira.

—Si yo la hubiera ahogado....

—Vete, maldito, vete, y no nos pierdas á todos.

—Mátala si habla.

—No tengas cuidado. Vete al bosque y espera.

Partióse, en efecto, Alma-negra, y á tiempo, porque apenas estaba á cien pasos del grupo en cuyo centro dejó desmayada á la Garduña, presentóse en él, á caballo y seguido de unos cuantos corchetes, el alguacil mayor Juan de Sámano, gritando:

—Ténganse al rey, nadie se mueva, si no quiere ser preso.

¡Ser preso! Para la mayor parte de los compañeros de Absalon en aquella caminata, ser preso equivalia á decir: *azotes y galeras*, y eso á buen librar. Cada cual, pues, por instinto, apenas oida la voz de *ténganse*, miró en torno buscando una salida; pero todas estaban tomadas, ó por los corchetes ó por los curiosos, y hubieron bravos y doncellas de permanecer quietos mal su grado. Ya, antes de la llegada del alguacil mayor, el prudente Absalon, luego que vió en salvo á Alma-negra, deslizándose como una lagartija entre las breñas, por medio de la apiñada muchedumbre, y logrando penetrar hasta donde yacia la víctima, habíala tomado en brazos, y aplicándole primero á las narices y luego á la boca un frasco de aguardiente que consigo

usaba siempre llevar desde que con Gertrudis vivia, hízola recobrar los séntidos.

Afortunadamente habia mas de miedo que de físico positivo daño en el desmayo de la señora Tomasa, por manera que con el aguardiente, que era de primera calidad, y el aire libre, tan pronto y cabal fué su restablecimiento, que al penetrar Juan de Sámano en el grupo, ya ella estaba fuera de cuidado.

—¿Qué es eso, Tomasa? Preguntó el alguacil mayor que la conocia mucho. ¿Todavía á tus años vienes á escandalizar los caminos?

—¡No señor, esclamó la vieja, recobrando á un tiempo la voz y la ira; yo no escandalizo, son estos....!

Malvados, truhanes, asesinos ó cosa equivalente iba á decir sin duda, á juzgar por el tono y la cólera con que hablaba, y por la razon que para estar enojada la asistia; mas con asombro de todos, y del majistrado municipal mas que de ninguno, detúvose de repente en su perorata, como orador de aquellos que aprendiendo de memoria los discursos, olvídanse de ellos precisamente en la ocasion de pronunciarlos. Miraba, pues, Sámano fijamente á la vieja, como escitándola á proseguir, y la vieja á Sámano con una espresion de terror indefinible, y los circunstantes á la vieja y á Sámano, impacientes ya por ver el desenlace de aquella escena, tan intempestiva como desagradable: mas prosiguiendo la Garduña obstinada en no mover los labios, dijo el alguacil mayor:

—Vamos, dí qué son y quién son los que alborotan, y ya que ellos comienzan tan temprano á hacer de las suyas, comenzaré yo tambien de madrugada á hacer de las mias. ¡Esplícate, y acabemos, con mil de á caballo!

El precepto era formal y pronunciado en tono tan imperativo que no consentia la menor duda; sin embargo, la Garduña continuó muda como una estatua.

Chocóle aquel intempestivo silencio al alguacil mayor, y esclamó airado:

—¿Qué es lo que aquí pasa? Si no hay quien de agrado me lo diga, con llevar á todos á la cárcel, acabaremos por saberlo.

A la verdad los circunstantes pasaban de ciento; cerca de ochenta ignoraban completamente de qué se trataba, pero Sámano se los hubiera llevado á la cárcel, porque tal era su soberana voluntad de alguacil mayor, y porque así se administra ordinariamente justicia en las Españas, si Absalon no saliera al frente, con aire modesto y semblante respetuoso, diciendo:

—Yo lo diré, señor, si vuesa merced me lo permite; que esta *respetable dueña*, de *vergüenza* sin duda, no acierta á proferir palabra.

Al oir que la Garduña era una *dueña respetable*, y que de *vergüenza* no hablaba, riéranse de buena gana los mas del concurso, si la presencia de la *Justicia* no los tuviera tan sin gusto; pero Sámano que,

por el contrario, estaba en su elemento, soltando la carcajada, esclamó:

—Debeis vos de ser, hermano, un sandio personaje, ó el mas redomado truhan de estos reinos, cuando tal decis!

—Yo seré lo que vuesa merced quisiere que sea, señor alguacil mayor, pero....

—¿Quién sois, que no os conozco?

—Un pobre soldado, señor, que despues de haber servido á nuestro católico monarca en Flandes contra los herejes luteranos y otros tales, vino ha pocos dias á esta tierra.

—¿En busca de algun tesoro?

—En busca de trabajo para sustentarse honradamente.

—¡Hum! ¡Hum! En mala compañía os hallo por vez primera: mas tiempo nos queda para ajustaros á vos la cuenta; ahora decidme qué es lo ocurrido aquí?

—Ha ocurrido, señor, que veniamos algunos amigos juntos por este camino, andando hácia el bosque de Chapultepec, á la casa del muy magnífico caballero D. Alonso de Avila....

—Abreviad, pesia mi vida, que no he de pasar el dia, por escucharos, en este lugar.

—Digo, señor, que íbamos al bosque con la esperanza de recojer algunas migajas del festin de los ricos....

—Lo que pregunto es lo que ha ocurrido.

—Ha ocurrido, como decia, que, como esta *venerable* anciana (la Garduña hizo un jesto como si probase vinagre) ha dado, á lo que parece, en mortificarse con severos ayunos (Sámano soltó la carcajada), el madrugon y el cansancio del camino debilitáronla de manera, que se nos ha desmayado hace algunos instantes. Asustámonos todos, chillaron las mujeres, arremolinóse la jente, y eso es lo que ha ocurrido y no otra cosa.

Con asombro oyeron los testigos del lance la insolente mentira de Absalon, y al mismo alguacil mayor, aunque de la verdad ignorante, parecióle tan inverosímil la declaracion del bravo, que, como por instinto y costumbre, mas que por reflecsion, dijo:

—Parece, amigo, que teneis mas de bellaco que de sandio; pero no sabeis, con todo, lo bastante para engañarme.

—Si vuesa merced no quiere creerme (respondió Absalon cada vez mas modesto, cada vez mas insinuante), pregúntele á la interesada, que yo paso por lo que ella diga; y si no fuese lo que dicho tengo, vuesa merced es el cuchillo y mi cuerpo la carne, corte por donde bien le pareciere.

—Vamos, Tomasa, dí tú, y dí pronto, si no quieres que yo me encargue de hacerte, no solo hablar, sino cantar, y de lo lindo; esclamó ya mohino el majistrado.

—Verdad es lo que ha dicho este *perro*, quiero decir, este buen

hombre. Heme desmayado porque ayuné ayer, y no hay mas que esto.

Mientras así hablaba la Garduña, Sámano, que no habia apartado ni un instante los ojos de la fisonomía de Absalon, creyó advertir en ella ciertos síntomas tan pronunciados de maldad hipócrita en jeneral, y de astucia satisfecha en aquel determinado lance, que, por lo que tornar pudiese, determinó empezar bien el dia, prendiendo al meloso tunante. Dijo, pues, para poner por obra tan santa determinacion:

—Ministros: prended á ese hombre, á la vieja, á una docena mas de los presentes; y á la cárcel con ellos.

Figúrese cualquiera el efecto, no de sorpresa, que tales providencias de tal majistrado á nadie sorprendian, pero sí de el espanto que produciria en jentes que de sus casas habian salido con el propósito y la esperanza de solazarse todo un dia á espensas de la liberalidad de D. Alonso, oir que se mandaba encarcelar á una docena de personas á bulto, y sin mas criterio que el no muy escrupuloso de los corchetes. Levantóse, pues, un clamoreo jeneral en torno de Sámano, pidiendo gracia y misericordia, no justicia, que años ha en la patria del Cid y sus dominios á nadie se le ocurre fiarse en la justicia.

Pero á Sámano le arrullaban aquellos clamores en vez de conmoverle; su mayor delicia consistia en que sus golpes levantaran ampolla; y por tanto respondia:

—¡A la cárcel, á la cárcel, cuerpo de Cristo! Que luego averiguaremos lo que hay en el negocio, y quiénes son inocentes ó culpados.

La *Garduña*, á pesar de que anhelaba vengarse de Alma-negra y de Absalon, tenia sus motivillos para profesarle á la *trena* una aversion mas que pronunciada; Absalon, aunque contaba con la eficaz proteccion de D. Martin Suarez y de D. Bernardino Pacheco de Bocanegra, sentia poquísima curiosidad de conocer las prisiones de México; para cada una de las desastradas ninfas y sus respectivos rufianes, hemos dicho lo que la prision significaba; y por lo que respecta al inocente público, claro está que no podia acomodarle trocar la libertad de un frondoso bosque y la abundancia de un banquete gratuito por la sujecion de un calabozo, y la escasez de una racion que en dinero, ó en otra forma, habia ademas de pagarse al cabo muy cara.

En virtudes de tales disposiciones y sentimientos, la insistencia de Sámano en enviar á la cárcel, amen de á la vieja con Absalon, que eso fuera, si no absolutamente legal segun las ideas modernas, en aquella época equitativo, á una docena ademas de vasallos del señor D. Felipe II, llamado el *Prudente*, buenos ó malos, inocentes ó culpables, produjo en los agrupados un efecto mas comun en los tiempos á que nos referimos, que en los que con nuestros contemporáneos atravesando vamos, aunque al parecer debiera de suceder lo contrario.

Alborotáronse los ánimos: primero las súplicas comenzaron á pro-

nunciarse con mas altanería que humildad; luego ya se dieron razones; á poco estas se convirtieron en amenazas; y por último, cuando ecsasperado el alguacil mayor, y mandando á los corchetes hacer uso de las armas, él mismo echó el caballo encima de la ya insumisa plebe, declaróse esta en abierta rebelion.

Brillaron las espadas; salieron á relucir los puñales; quién enarbolaba un garrote, quién cojia piedras; y gritaban todos; y súbito los corchetes, rechazados por los rebeldes, cómo las arenas de una playa por el flujo del mar, agrupáronse á su vez en torno de su jefe, pasando de la ofensiva á la defensiva, y clamando desaforados: "¡Favor al rey!—Favor á la justicia, caballeros!"

Aunque rápida, la escena que describimos habia dado lugar á que por el camino donde ocurria pasase considerable número de personas de todas clases, de las cuales unas, por curiosas, se agregaban al grupo de los alborotadores, muy crecido ya cuando emprendió la resistencia; otras, mas prudentes, prosiguieron su marcha á Chapultepec. No tardará el lector en comprender por qué consignamos aquí esa circunstancia, supuesta la cual proseguiremos la narracion pendiente.

Con la espada en la mano, centelleándole los ojos de cólera, y profiriendo terribles amenazas, estaba Juan de Sámano á la cabeza de sus ministriles, y enfrente de ellos y de él la muchedumbre en actitud hostil, faltando solo uno que se hiciese cabeza ó temerario acometiese, para que se arrojasen todos sobre el majistrado y los esbirros, cuando de la parte del bosque vieron unos y otros acercarse á rienda suelta un reducido escuadron de jinetes, compuesto, segun lo mostraba lo airoso de las personas y el lujo de los vestidos, de caballeros principales. Eran, en efecto, D. Alonso de Avila, D. Martin Suarez, D. Fernando de Valdestillas, Bocanegra, y dos ó tres hidalgos de los que por menos perezosos ó mas impacientes habian acudido á Chapultepec los primeros.

—¿Qué es ello, Sámano? gritó Avila luego que pudo esperar ser oido.

—Es (respondió iracundo el alguacil) vuestra fiesta que comienza, como era de esperar, con un motin.

—¡Pues vive Dios! (replicó D. Alonso) que si de la fiesta quereis hacer batalla, quizá os pese, *seor Alguacil!*

Los del pueblo, que tal oyeron, creyéndose amparados decididamente por la nobleza, clamaron á una voz:

—¡Viva D. Alonso!—¡Viva!—¡Fuera los corchetes!—¡A ellos! ¡A ellos!

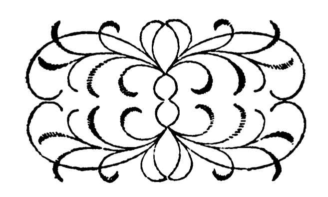
Y, en efecto, juntando la accion á la palabra, salieron de entre la muchedumbre algunas piedras violentamente disparadas, cuyos golpes, no sin trabajo, esquivaron los corchetes; y estrechóse la distancia que los dos grupos contrarios separaba.

D. Alonso, que con noticia de lo ocurrido, recibida por algunos

de sus huéspedes, habia con los dichos acudido á poner paz, al verse recibir tan agriamente por el alguacil mayor, á quien por otra parte detestaba de todo corazon, perdiendo por completo los estribos, queria ponerse al frente de los amotinados y dar cuenta sumaria de la justicia municipal de México; D. Fernando de Valdestillas, que por su edad y sentimientos tampoco era lo mas á propósito para conciliador, ardia como su amigo en deseos de habérselas con Juan de Sámano; Bocanegra, pronto siempre á tirar la espada, nada decia, pero sacó la suya por de pronto; y los otros caballeros tambien se creyeron en el caso de empuñar las armas; por manera que hubo un momento durante el cual pudo creerse con harta razon, que era llegada la hora de una gran desdicha.

Mas allí habia un hombre siempre sereno, siempre dueño de sí mismo, el cual, apreciando de un solo golpe de vista las funestas trascendentales consecuencias que inevitablemente habian de seguirse para todos, y principalmente para sus importantes designios, si entonces se trababa la lid entre el majistrado municipal de una parte, y una pequeñísima fraccion del pueblo y de la nobleza de la otra, propúsose evitar tal conflicto á todo trance.

Ese hombre era nuestro D. Martin Suarez de Monroi, y la manera con que acometió la ya dificilísima empresa de sosegar los alborotados ánimos, la que por ahora no consiente la estension de este capítulo que á esplicar nos detengamos.





CAPITULO XIV.

DE CÓMO LAS CALAVERADAS DE LA GENTE DE JUICJO SON SIEMPRE MAS ESCANDALOSAS QUE LAS DE LOS CALAVERAS.

COMENZABA apenas el horizonte á dorarse con la reflecsion de los rayos solares, cuando doña Elvira, elegante y sencillamente vestida de cazadora, es decir, con trage de montar verde oscuro, banda, sombrerillo con plumas, y una bengala en la diestra, montaba un lijero palafren bayo con cabos negros, en la puerta de su casa de México. Acompañábanla dos caballerizos, otros tantos escuderos, y hasta media docena de lacayos provistos de escelentes armas; y ademas inmediatas á su persona, y tambien á la jineta caballeras, dos camaristas ó doncellas, que pudieran pasar por hermosas, si su señora no las eclipsara con los encantos de su belleza. De antemano, y muchas ya desde la pasada noche, hallábanse en Chapultepec las demas mujeres de su servidumbre, así como los criados y esclavos.

Con aquel séquito, pues, mas de princesa que de particular señora, y tanto en la gallardía de la persona, como en la destreza con que su fogosa montura manejaba, mostrándose nacida para las mas encumbradas posiciones sociales, emprendió doña Elvira la jornada al bosque de Chapultepec, poco antes de que su turbulento esposo, trabándose de palabras con Juan de Sámano, llegase á punto de convertir la fiesta aun no comenzada, en un verdadero festin de *Lapitas y Centauros*, para valernos de la mitolójica metáfora ya por D. Martin Suarez usada.

Por una parte, empero, ignoraba Elvira completamente lo que en el camino ocurria; y por otra, aunque lo supiera, no dejara ella de asistir á donde sus obligaciones de dueña de casa la llamaban. Mas

diremos: D. Alonso, hostilizando á cualquiera del bando de la audiencia, aunque él fuese el provocador, aunque imprudentemente faltase á todo humano respeto, podia estar seguro de merecer la completa aprobacion de su esposa. ¡Tal y tan grande, y tan apasionado era el odio que la bella dama profesaba á los tres doctores, y á cuantos su parcialidad seguian!

Pero, de decirlo acabamos, doña Elvira, ignorante del grave conflicto que á la sazon ocurriendo estaba, íbase con su acompañamiento á paso corto, ya que no sosegado, divertida ó en contener los fuegos del corcel jeneroso que, ufano con la honra de tal carga, no cesaba en el ejercicio de corbetas y escarceos; ó quizá entregada á pensamientos, no diremos si de ambiciosas miras, si de amantes aspiraciones.

Porque, todos lo sabemos, Elvira no tenia de estátua mas que la perfeccion de las formas y lo sosegado del continente; por lo demas era aquella mujer cual los jigantescos rios de la rejion mas septentrional de América, cuya profundidad inmensa, cuya corriente, rápida como el pensamiento, son causa de que á los ojos de quien su superficie contempla, aparezcan sus aguas como sin curso.

Ocupábanla, pues, ó altos ambiciosos pensamientos, que alimentaba mas por darle vuelo á la fantasía que con esperanza de realizarlos, ó tiernos cuidados del corazon; pues, como el lector ya sabe, Elvira amaba, y amaba tan sin escrúpulo de conciencia, como con firme propósito de no gozar nunca sus amores.—¡Situacion verdaderamente orijinal!—Situacion desgarradora para otra mujer cualquiera; y que, sin embargo, no trocara Elvira, aunque en su mano estuviese, por un estado de esos que son felices precisamente por lo vulgares.

Un farmacéutico de lugar, casado con una dueña robusta, fecunda, hacendosa y sumisa, como venda cada dia la cantidad suficiente de Ruibarbo, Jalapa y Cerato, para subvenir á las necesidades de su familia, poder reunir una coleccion numerosa de Coleópteros (vulgo escarabajos), y estrenar un vestido el dia de *Corpus* y otro el Jueves Santo, es feliz si la salud no le falta. Pues habladles á los espíritus poéticos, ó á los ambiciosos de gloria ó riquezas, ó á los amantes de la disipacion, de tal felicidad, aun en los momentos en que su pasion dominante mas los atormenta, y os dirán:—"*No, eso no: prefiero mi malestar á tan prosáica ventura.*"—Así somos todos: nuestros defectos y desdichas nos cautivan mas que las buenas dotes que nos concedió el cielo, y que las felicidades de que positivamente gozamos. Así era tambien Elvira: un amor sin contradicciones, sin obstáculos insuperables, un amor *posible*, para decirlo de una vez, pareciérale indigno de su alma grande; al paso que la pasion que el jóven Valdestillas le inspiraba, era á su entender, y por lo mismo que á perpetuo suplicio la condenaba, un sentimiento sublime de aquellos de que solo son capaces los séres privilejiados.

De buena fé, sin embargo, en sus ilusiones, y conservando siempre, aun bajo su imperio, la rectitud inflecsible de su virtuosa índole, Elvira evitaba cuidadosamente las ocasiones de encontrarse con D. Fernando, por mas que en realidad lo desease; "porque, se decia, segura estoy yo de no incurrir en flaqueza, aun cuando siempre le viera; mas él padece, y fuera en mí indisculpable egoismo acrecentar su tormento por gozar yo del placer de contemplarle."

En las almas honradas hasta el delirio de la pasion es tambien honrado y jeneroso.

Pero en el dia de que tratamos, la fortuna lisonjeaba á un tiempo el amor y la ambicion de la esposa de Avila, no solo sin que ella hubiese directa ni indirectamente solicitado sus favores, sino de modo que apenas le era posible esquivarlos. Toda la responsabilidad de cuanto ocurrir pudiese pesaba y pesar debia sobre D. Alonso, como único y esclusivo inventor de aquella improvisada fiesta, en la cual iban á dar un paso de jigante los proyectos de D. Martin Suarez, de quien no podemos ya dudar que Elvira era, cuando menos, cómplice política; y de la tal fiesta iba Elvira á ser la reina en mas de un concepto, siendo ademas inevitable el hallarse con Fernando en íntimo continuo contacto, durante muchas horas.

En consecuencia, pues, cabalgó Elvira radiante de gozo, embellecida por la esperanza, y ufana como un gran jeneral en dia de batalla; y en consecuencia, tambien, su altivez nativa subió tanto de punto, que quien sin conocerla se hallase con ella en las calles, al verla devolver con afabilidad régia los saludos á la jente popular, inclinando apenas la cabeza en respuesta á las reverencias de las hidalgas de último órden, haciendo ceremoniosa cortesía á sus iguales, y mirando con desden supremo á los caballeros que cometian la indiscrecion de requebrarla, con los ojos se entiende, que con la lengua ninguno osara; quien así la viera, decimos, imajinaria que era, cuando menos, una infanta de España que visitaba la capital del imperio que fué de Moctezuma.

Y quiso la suerte que, cuando en tal situacion de espíritu y con el séquito que hemos dicho iba nuestra doña Elvira entrando ya por las calles de Tlatelolco, mas angostas que las de *Tenuchtitlan* ó sea México propiamente dicho, acertase á encontrarse la suya con otra comitiva no menos numerosa, y si en la esencia no tan aristocrática, al menos con pretensiones de supremacía y aparato estraordinario de autoridad.

Detengámonos un momento á considerarla, pues la cosa merece la pena para nosotros, jente curiosa y no muy ocupada.

Primeramente se veia, caballeros en dos rocines de triste apariencia y pacífico aspecto, á otros tantos *ministros de justicia*, es decir, alguaciles ó corchetes, en traje de ceremonia y con varas altas en las manos.

Seguíanles en mulas y malos caballos seis ú ocho entre escribanos de cámara y otros curiales, formados en dos hileras paralelas, como si fuesen á publicar la bula de la Santa Cruzada; y en pos de ellos algunos dependientes de escalera abajo.

Luego marchaban, sin mas vestido que el *maxtal* y una lijera manta de algodon, á guisa de clámide con neglijente elegancia pendiente de los hombros, diez ó doce robustos *Tamenes* ó sean indios de carga, atezada la color, echado adelante el cuerpo, sin proferir palabra, y con esa espresion de imbecilidad artificial en el rostro, que es á un tiempo el signo característico y el inevitable resultado de la servidumbre.

Pocos pasos mas atras iban dos sillas de manos llevadas cada una por cuatro *Tamenes*, que eran alternativamente relevados por aquellos que en el párrafo anterior mencionamos.

Eran todavía las sillas de manos en el siglo XVI vehículos de uso casi indispensable para las damas, pues aunque los coches, ó mas bien carrozas, se conocian en España desde el reinado de D. Felipe el Hermoso y doña Juana la Loca, abuelos de Felipe II, tanto por su pesadez y escesivo coste, cuanto por el malísimo estado del piso de las calles, apenas, escepcion hecha de las personas reales y mas elevados personajes, se valia nadie de ellos en las ciudades. Y si tal acontecia en Europa, puede el lector figurarse que con mucha mas razon habian de escasear entonces los coches en Nueva-España, donde los vireyes mismos rara vez los usaban, sirviéndose de ordinario ya del caballo, ya de la mula de *paso*, ya, en fin, de la silla de manos, mueble cuya descripcion en este momento nos ocupa, y podemos hacer suscintamente, por ser de todos conocido.

Todavia en Madrid se conservan algunas en palacio para acompañar á los reyes en la solemne visita que á los Sagrarios suelen hacer en público el dia de Juéves Santo, y hasta los imberbes saben que consisten en una especie de cajon, cuyas dimensiones le hacen capaz de contener dos personas, sentadas una frente á otra en sus testeros.

Dos portezuelas, cada cual con su vidrio ó ventanilla, les dan entrada y ventilacion; y cuatro varales, unidos dos á dos á los testeros, perpendiculares á estos y entre sí paralelos, forman en cada cabecera dos *limoneras*, como las de los carruajes de varas. Sirven las tales limoneras para que ya dos, ya cuatro hombres, segun el peso de la máquina y de las personas que encierra, las suspendan y trasporten á donde conviene.

Así, pues, la silla de manos, satisfaciendo al decoro y á la comodidad del dueño, tenia dos inconvenientes gravísimos: uno, la lentitud forzosa de su marcha; y otro, degradar la raza humana, reduciendo al papel de acémilas á varios de los individuos de la racional especie. Pero el hombre rico filosofa poco cuando se trata de su fausto y comodidad, y el pobre menos para procurarse el necesario sustento, ha-



ciendo aquel bastante siempre que no tiraniza, y milagros el último si respeta los límites de la probidad en sus esfuerzos contra la miseria.

Mas, reflecsiones á un lado, digamos que las dos sillas que motivan esta arqueolójica digresion, eran ambas de maderas finas, cubiertas de adornos de esquisita talla, y con clavazon de plata entrambas. La que primero figuraba en el acompañamiento, cedia, sin embargo, en lujo ya que no en primor á la segunda, distinguiéndose singularmente por el bello color azul de la seda de su forro interior, y por llevar en cada portezuela un cuadro pintado al oleo con no mal pincel por cierto.—Figurábase en el de la derecha el Parnaso, con Apolo, y *diez* en lugar de las *nueve* clásicas musas; y en el de la izquierda el famoso *salto de Léucade*, en el momento en que la *volcánica Safo*, arrojándose de la cima del promontorio iba á estinguir en brazos de Neptuno la ardiente llama por el ingrato Faon en su pecho encendida. Dentro de aquel alegórico vehículo, que en el color del forro revelaba *zelos*, en el Parnaso y las diez musas altas pretensiones literarias, y en el salto de Léucade amor desesperado, iba una bella dama de diez y nueve á veinte años de edad, tocada á la griega, esto es con el cabello recojido hácia la nuca y sujeto con una sola cinta, azul por de contado, que rodeaba la cabeza toda; y vistiendo una ancha blanquísima túnica de musolina ú otra tela equivalente, la cual, merced á un ancho liston del mismo color de la cinta del pelo, dibujaba un sutil y admirablemente contorneado talle, á pesar de la profusa amplitud de sus paños.

La décima musa, la segunda Safo, la dama clásicamente tocada y vestida, era—apostariamos cualquier cosa á que nuestras lectoras ya lo han adivinado—era la linda doctora, la sábia morena, Ines, en fin, la hija del doctor Villalobos, por el inconstante D. Alonso de Avila abandonada apenas vencida. Fué su primer pensamiento el de no asistir á la fiesta; pero, mejorando luego su juicio, decidióse á concurrir á ella en la forma en que de presentarla acabamos, estrenando la silla bajo su inmediata personal direccion recientemente construida, y con los proyectos que á su tiempo sabrá quien la lectura de este libro halle soportable.

Sin alegorías ningunas, relumbrante y magnífica, la segunda silla aforrada en seda carmesí con franjas y pasamanos de oro, encerraba en todo el esplendor de su madura picante belleza á doña Beatriz, la esposa del doctor Ceinos, la cual, mientras que Inés leia ó lo aparentaba un ejemplar famoso del *Ars amandi* de Ovidio, iba sacando de continuo la cabeza por el vidrio, ya para hacerse ver de los que pasaban, ya para sonreirse entre burlona y provocativa, mirando al señor Fortun, por aquel dia en caballerizo convertido. Verdaderamente el bueno del paje valia la pena de que se le mirase, porque con el famoso vestido negro, estrecho para el doctor, y al buen talle del mozo ajustado por un sastre castellano, por la caritativa doña Beatriz pa-

gado, así como tambien los adornos de color carmesí, las botas de ante, el fieltro con pluma roja, y cuanto fué, en fin, necesario para su completo atavío, Fortun, si no un gran caballero como Avila, ni un poético doncel como Valdestillas, parecia y era un muchacho gracioso, petulante y rebosando vida. ¿Qué diablos mas se necesita para llamar la atencion de las bellezas ultra-equinocciales, vulgo, *jamonas?*

Gustaba poco Ceinos de gastar dinero, pero en cambio muchísimo de darse importancia, y esplotando esa mala inclinacion redújole Beatriz á que alquilase para Fortun una jaquilla de poca alzada, pero briosa y juguetona, en la cual iba el estudiante, mas resuelto que buen ginete unas veces en la silla, otras dondepodia, pero agarrándose al bruto como un gato á las paredes. Tuvo, en consecuencia, doña Beatriz, *caballerizo* á la derecha y escudero á la izquierda, que era, á su entender lo menos que ecsijia su alta condicion de presidenta de la real audiencia y gobernadora de Nueva-España.

Detras de la silla de su mujer, llevando á la diestra al doctor Villalobos y á la siniestra mano al doctor Orozco, veíase al mismísimo doctor Ceinos, vistiendo él y sus compañeros Loba y Tabardo negros de seda, con cadenas de oro al cuello, y sin faltarles mas que las *varas* para representar en todo y por todo la elevada omnipotente jurisdiccion que ejercian.

Ya que de varas hemos hablado, diremos al curioso que fué cuestion séria y detenidamente debatida entre los doctores, la de saber si habian ó no de llevarlas á la fiesta; decidiéndose despues de un debate tan maduro como la gravedad del caso lo ecsijia, que fuesen *con varas* los alguaciles para autorizar la comitiva, y sin ella los oidores, pues llevándolas tendrian que pasar el dia en disputar á todos la presidencia, y dado que no hubiese quien se la disputase, aburridos por efecto mismo de su oficial posicion.

Réstanos solo para terminar la descripcion que haciendo vamos, decir que al estribo de la mula de cada oidor iba un *mancebo de á pié* ú espolista, pronto á contener y dirijir al testarudo animal, si de las suyas hacia; y detras tambien de cada majistrado, un escudero á caballo, en mula se entiende, para autorizar la persona.

Cerraba la marcha una veintena de alabarderos de los de la *Guardia* de los vireyes con un *Sarjento* á su cabeza; y adviértase que en aquella época los sarjentos equivalian á lo que hoy los oficiales subalternos de nuestras modernas compañías.

En pos del acompañamiento oficial de los señores y señoras de la audiencia, iba, como puede suponerse, muchedumbre de curiosos admirando y censurando tambien aquella pompa, y casi al mismo tiempo que la tal comitiva por nosotros tan minuciosamente descrita, preparábase doña Elvira con la suya á entrar en cierta angosta calle de *Tlatelolco*, como no hace mucho lo dijimos.

En aquel tiempo era negocio gravísimo el del *paso*, es á saber:

quién debia de cedérselo á quién, y sobre eso se perdia tiempo, se trataban contiendas á mano armada, y se entablaban interminables litijios, de persona á persona, de corporacion á corporacion, y hasta entre las mismas autoridades constituidas. No era necesario que hubiese antipatía ó enemistad prévia entre los contendientes: bastaba ofrecerse una calle angosta, encontrarse una puerta, ó haber de tomar asiento, para que súbito surjiesen las pretensiones y la discordia estallase. ¡Qué habia de suceder entre jentes que cordial y profundamente se detestaban?

Doña Elvira hubiera tenido que ceder el paso, mal que le pesara, á la audiencia en cuerpo; mas de un solo golpe de vista apreció las cosas en su verdadero valor, advirtiendo, en primer lugar, que iban mujeres en la comitiva, y en segundo que no llevaban los oidores sus varas; circunstancias cada una de por sí bastante, y ambas reunidas sobradas para demostrar que aquel era acompañamiento de los doctores, pero no de la audiencia en cuerpo.

Asi, pues, y reducida la cuestion á habérselas con Ceinos, Villalobos, Orgaz, la mujer del primero y la hija del segundo, la altiva esposa de D. Alonso de Avila, sin vacilar un solo instante, apenas vió que la cabeza del acompañamiento de sus contrarios distaba unos veinte pasos de la calle en que todos entrar se proponian entonces, hizo sentir el látigo á su palafren vigorosamente, y dijo á sus criados:—*¡Al trote y adelante!*—Salió el caballo de la dama sobre las piernas con gallardía y rapidez; doncellas, caballerizos, escuderos y lacayos, obedecieron la órden recibida, y antes de que doctores, doctoras, alguaciles y compañía, supieran lo que les pasaba, ya doña Elvira y los suyos les habian tomado la delantera, no sin celebrarlo los lacayos con estrepitosas carcajadas.

Dejamos á la consideracion del discreto el escándalo que tal proceder causó en los ministros, servidores y acompañantes del tribunal, que no concebian siquiera cosa mas alta que sus *estrados*, y solo apuntaremos lijeramente algo del efecto que produjo en los principales personajes.

La *culta* Inés, para empezar por ella, interrumpiéndose en la *construccion* de un párrafo de Ovidio, y sacando la cabeza de la silla, esclamó al reconocer á Elvira:

—Solo esa brutal amazona conviene al insensible cuanto ingrato fementido *Eneas*, que cual otra *Ariadna* me tiene abandonada! Con cuya sábia reflecsion y un profundo suspiro volvió á su lectura.

Tambien sacó Beatriz la cabeza, y dijo:

—¡Habrá insolente! Si yo fuera que el doctor, pesaríale del desacato!

—Si vuesa merced quiere!.... Esclamó Fortun, deliciosamente fanfarron; pero su ama no le dejó acabar, replicando de esta suerte:

—Calle el mancebillo, y aguarde á ser hombre para hablar!

La dureza de tales palabras iba templada, justo es decirlo, con una benévola mirada; mas sin embargo, ruborizóse el paje, y casi se le asomaron las lágrimas á los ojos.

—¿Quién es esa hembra insolente? preguntó el doctor Orozco, que era corto de vista. ¿Quién es para faltarnos de ese modo al respeto?

—¡Quién ha de ser (respondió amarillo de cólera Villalobos), sino la mujer del procaz, del libertino D. Alonso! Volvámonos, señor Ceinos, que ya fuera mengua concurrir á su fiesta.

—No ¡viven los cielos! Dijo á su vez el presidente, mas ofendido, mas colérico aún que sus dos colegas, pero conteniéndose por deseo de venganza. Hemos de asistir á esa fiesta, y plegue á Dios que nos hagan apurar hasta las heces el cáliz de su orgullo, de su insolencia y de su deslealtad, así el marido como la mujer.

—No os entiendo, doctor, (interpuso Orozco), y soy del parecer de Villalobos: volvámonos.

—No hareis tal, si quereis oir de mis labios lo que la razon aconseja. Vamos al bosque.

—¿Y á qué? (Preguntó furioso Villalobos). ¿A ser el ludibrio de D. Alonso, del marques y de los suyos?

—Sea, aunque lo dudo y dudarlo siento. A lo que vamos es á aumentar el capítulo de *culpas* de esos *traidores;* y todo saldrá en la colada; quiero decir, en el *proceso* y su *sentencia.* Volvernos ahora seria un escándalo inútil. Con decir doña Elvira que no nos ha conocido, está fuera del paso; y no es razon que perdamos el viaje.

Parecieron, sin duda, fundadas las razones de su presidente á los oidores; pues desistiendo ambos de su primer pensamiento, prosiguieron todos la marcha al bosque, si bien, para que nunca se dijese que el *paso* se habian dejado tomar, hiciéronlo por otra calle distinta de la que doña Elvira habia ocupado.

Aquella dama, sin curarse de los de la audiencia una vez que á su espalda los tuvo, volvió á tomar el paso que anteriormente llevaba, y á entregarse á los pensamientos que la preocupaban, lo mismo que si no hubiera oidores en el mundo.

Parecia, por tanto, terminado poco menos que en paz tan desagradable incidente; pero al diablo, que aquel dia no estaba en Cantillana sino en México, y suelto, y retozon en demasía, antojósele tomar posada por algunos instantes en la cabeza de Fortun, que fué como si dijéramos en casa de la Orden, porque mollera de paje y celda del infierno vienen á ser una misma cosa.

Ya sabemos que la lójica era el fuerte, ó mas bien el flaco de Fortun; y *Pedro Botero*, que es aficionado á los flacos, tomóle por él hábilmente, sujiriéndole el siguiente interior monólogo:

—"Hanme dicho que aguarde á ser hombre para hablar. ¿Y qué "es lo que me falta para ser hombre? No será el gustar de las muje- "res; mi señora sabe demasiado que por ahí no peco.... ¿La discre-

"cion?—Tampoco; pues todos dicen que me paso de agudo.... ¡La "presencia?—Esta mañana misma me ha dicho doña Beatriz lo con-"trario.... ¿Qué me falta, pues?—No puede ser otra cosa sino hacer "alguna *hombrada*, algo así como lo que cada dia acomete D. Alonso "de Avila.... ¿Y cómo?—Sencilísimamente, y la ocasion se me ha "venido á las manos.... ¡Eso es!.... ¡Cabal!—Ahora verá doña Bea-"triz quién es Fortun; y, vive Dios, que no he de parar hasta obligar-"la á que confiese que soy todo un hombre!!"

Y pensando y haciendo, arrimóle las piernas á la inquieta jaquilla, la cual salió dando un bote que puso al pajecillo, con no poca risa de los circunstantes, caballero demasiado cerca de las orejas; pero Fortun, que tenia el diablo en el cuerpo, recobró la silla como pudo, sin pararse hasta emparejar con los alguaciles que llevaban la cabeza de la columna.

Figuróse doña Beatriz que, corrido el pajecillo por su áspera réplica, queria hacerse el picado, y prometiéndose castigar su impertinencia en tiempo oportuno, abstúvose por el momento de darse por entendida, tanto para evitar escándalo, cuanto para que el doctor no interviniera en el asunto: por manera que nadie le dijo palabra á Fortun por su escapada.

Él sí les decia á los alguaciles, que en su virtud hicieron apretar el paso á sus flacas monturas, resultando en ello que la comitiva entera caminase con mucha mas prisa que anteriormente.

Los que iban á caballo apenas lo notaron, y los pobres Tamenes no tenian mas recurso que callar.

Fortun logró su objeto, que era el de llegar á la salida de la ciudad y entrada del camino de Chapultepec al mismo tiempo que doña Elvira y su acompañamiento.

Apenas se vieron unos á otros, sobresaltáronse todos, previendo un nuevo conflicto; sola doña Elvira permaneció serena, creyendo salir del paso por el medio mismo que con tan buen écsito habia empleado pocos minutos antes.

Disponíase, pues, á salir al trote, cuando se le atravesó en el camino Fortun, caballero en su jaca, con la gorra en la mano por cortesía á las faldas, pero con toda la insolencia de un paje en el rostro, con toda la provocacion de un niño que aspira á parecer hombre en las miradas.

—¡Apártese el atrevido! Clamó la esposa de Avila levantando en alto la bengala que en la mano llevaba.

—Repórtese vuesa merced (contestó Fortun desvergonzadamente), y haga paso á la real audiencia!

—Aquí no hay audiencia (repuso iracunda doña Elvira); y la mujer de D. Alonso de Avila, solo á la marquesa del Valle cede el paso en México.

—¡Atras, digo! Insistió resueltamente Fortun.





DERROTA DE LOS DOCTORES.

—¡Fuera, repito! Replicó furiosa la dama.

En esto, ya roto el procesional concierto, alguaciles, escribanos, sillas, tamenes, oidores y alabarderos, por parte de los de la audiencia; caballerizos, doncellas, escuderos y lacayos, por la de doña Elvira, habianse arremolinado en torno de los contendientes, gritando todos, no oyendo nadie, y ofreciendo aquel grupo un aspecto, ya que no tan amenazador, sí tan tumultuoso como el que á corta distancia formaban Juan de Sámano y D. Alonso con sus respectivos parciales.

Pero, si en el último que hemos nombrado, la serena prudencia de D. Martin Suarez, como la del rey Sobrino en el campo de Agramante, contenia hasta cierto punto los jérmenes de la discordia prontos á desarrollarse en forma de reñida batalla, en la tumultuosa reunion de los acompañamientos de doña Elvira y de los doctores, aunque abundaban las canas, faltaba resolucion y sobraba violencia en las pasiones: por manera que no hubo medio de evitar el conflicto.

Y estalló de esta manera.—Doña Elvira, fuera de sí con la insolencia del paje, descargó con su bengala, primero un golpe que le cruzó la cara al audaz Fortun, luego otro á su jaca, tan bien asentado, que el animal rompió en saltos de carnero, tantos, tan veloces, y de tal fuerza, que en breves instantes dió con su jinete en el polvo del camino.

Lanzó doña Beatriz al ver á su paje tan mal trecho un grito agudísimo; clamó Inés que iba á desmayarse; comenzaron á retirarse algunos curiales prudentes; profirieron al mismo tiempo los tres doctores la órden de prender á la culpable; quisieron ejecutarla dos ó tres alguaciles acercándose á ella; y al ver acometida á su señora, echaron los lacayos mano á las espadas, y acaudillados por los escuderos y caballerizos, cargaron á fondo á la comitiva de la audiencia, dispersándola en poquísimo tiempo, sin esceptuar mas que á los alabarderos de la *Guardia*, quienes formando un grupo erizado por las cuchillas de sus alabardas, creyeron prudente mantenerse sobre la defensiva.

Doña Elvira, en tanto, firme en su palafren, contemplaba el campo de batalla con el orgullo del triunfo pintado en los ojos, y la risa en los labios.—¿Risa en tal ocasion?—Si, lector pio, y no faltaba de qué reirse, en efecto.

Las dos terceras partes, por lo menos, de los curiales habian seguido á Fortun, esto es, rodado por los suelos, y libres los rocines acariciaban á las mulas; y las mulas recibianlos á coces, rompiendo cinchas, quebrantando sillas, y levantando inmensa polvareda.

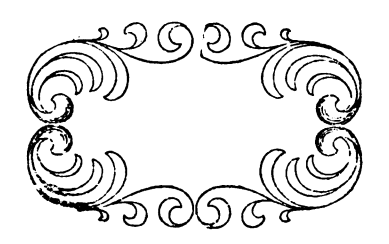
Los tres doctores, sin separarse uno de otro ni media pulgada, galopaban por el camino adelante en direccion al bosque, olvidando uno de ellos á su mujer, otro á su hija, y todos su gravedad y acompañamiento.

Inés hacia la desmayada en su silla, perdiendo el tiempo, porque

nadie hubo que de ella se acordase; y doña Beatriz, cuya silla volcó al abandonarla sus tamenes, prófugos por decontado, mas por soltar la carga que por miedo á las consecuencias del combate, sacaba por la ventanilla la mitad del cuerpo, forcejeando en vano por desasir los piés presos en los almohadones y colgaduras.

De las dos doncellas de Elvira, una cayó, dando á luz lo mas oculto de sus encantos, con gran regocijo de los alabarderos, á quienes importaba poquísimo el percance de los señores de la audiencia; finalmente, los servidores de la esposa de Avila recorrian el campo, acabando de dispersar á sus contrarios, pero mas á guisa de jente de broma que de guerreros vencedores.

Confesemos que en el primer momento no le faltaba á doña Elvira razon para reirse de tan cómico espectáculo; si bien nos vemos en la dolorosa necesidad de convenir en que la tal señora cometió aquella mañana una gravísima imprudencia, ajena de todo punto á su mucha cordura.





CAPITULO XV.

EN QUE SE ESPLICAN LAS TERRIBLES CONSECUENCIAS DE HABERSE DESBOCADO LAS MULAS DE LOS TRES DOCTORES.

MIENTRAS la belicosa consorte de D. Alonso ponia en completa derrota la jurídica comitiva de los tres doctores, y estos huian á todo el correr de sus mulas del campo de batalla, el prudentísimo D. Martin Suarez de Monroi, interponiéndose entre la cohorte municipal, por Juan de Sámano acaudillada, y los caballeros de su propia compañía, procuraba evitar un conflicto de mas sangrientas consecuencias que aquel de que en el capítulo anterior dimos cuenta.

Con tal objeto, clamando en voz estentórea:—¡Teneos, D. Alonso! —¡Reportaos, señor Sámano!—Y adelantando al mismo tiempo el caballo, colocóse, sin tocar la espada, á igual distancia de entrambos los contrarios escuadrones, alta la mano derecha, como quien pide silencio para hablar, y sin que en su semblante se advirtiese turbacion alguna.

Por lo que respecta al majistrado y los suyos, corria Suarez poco riesgo, pues ya se limitaban á defenderse, mas no así relativamente á la jente popular, que irritada por la reciente provocacion del alguacil mayor, y creyéndose invencible con el refuerzo de los caballeros, estaba ya impaciente de llegar á las manos.

Fué, pues, la arriesgada accion de D. Martin acojida con un iracundo bramido de la multitud, que gritaba:

—¡A fuera!—¡A fuera!—¡No queremos paces!—¡Viva D. Alonso!—¡Mueran los corchetes!

—Teneos, mexicanos, teneos; y escuchad la voz de la razon! Y si oirla no quereis, matadme á mí primero que á esos hombres!

Tanta serenidad, valor tan grande, acabaron por imponer respeto á los amotinados, y aunque no faltaron algunos que, con Absalon á su cabeza, se obstinaban en no darse á partido, D. Alonso, D. Bernardino, Valdestillas y los demas caballeros, precisados á secundar á D. Martin mal que les pesase, lograron por el momento contenerlos.

Entonces Suarez, acercándose á Sámano y dirijiéndose á él con cortés entereza, preguntóle cuál era el oríjen de aquella pendencia, reconviniéndole al propio tiempo por su falta de urbanidad al responder á D. Alonso.

Contestóle Sámano, cuanto á lo primero, refiriendo lo que el lector sabe sobre el desmayo de la *Garduña* y sus consecuencias; y por lo respectivo á lo segundo, dijo: que al llegar Avila no estaba ya él para escojer las frases, sino en disposicion de andar á cuchilladas con quien quiera que delante se le pusiese.

—Con todo eso, replicó D. Martin, no anduvo cuerdo el señor alguacil mayor respondiendo tan desabrido al que ya como su huésped considerar podia, puesto que, por él convidado, iba á su casa.

De buena gana dijera el majistrado municipal que D. Alonso no era á sus ojos mas que un enemigo, pero la ocasion no se prestaba á fieros, por una parte; y por otra contúvole el descubrir á lo lejos cierto apiñado grupo de peones, que por su crecido número pudiera muy bien llamarse escuadron, el cual á paso largo y levantando gran polvareda, se les iba acercando rápidamente por la parte del bosque.

Limitóse, por tanto, á contestar que le pesaba de haber disgustado á D. Alonso, y que *luego que hubiese de los culpables hecho sumaria justicia, prendiendo á los cabezas de aquel motin*, se escusaria de buena gana con el dicho caballero.

—Yo os doy por escusado, esclamó D. Alonso, que á la conversacion estaba atento, con tal de que me hagais la merced de no turbar la fiesta con prisiones.

—Imposible, repuso Sámano: ha habido resistencia á la justicia y no puedo dejarla impune.

—Culpa hay de todos, dijo terciando Bocanegra: no se hable mas del negocio, y volvámonos todos al bosque.

—Pésame, caballeros, de no poder serviros, insistió el alguacil mayor; pero si una vez se deja impune á esta canalla....

—Quisiera yo saber, esclamó iracundo D. Fernando, quién os dió derecho para llamar canalla á los mexicanos.

—Y yo, contestó tambien destemplado Sámano, cuándo se ha visto que los mancebillos se les suban á las barbas á los que peinan canas.

—Pues ¡vive Dios! gritó Valdestillas tirando de nuevo la espada, que voy á libertaros del peso de las vuestras, seor *corchete mayor!*

Apenas tuvieron tiempo Avila y Bocanegra para contener al jene-

roso irritado mancebo, y apuradísimo se vió Suarez para que el alguacil no se arrojase tambien espada en mano sobre Valdestillas; pero al fin consiguieron los tres su propósito, y con esfuerzos casi sobrehumanos logró D. Martin reanudar las interrumpidas negociaciones.

Mientras tales cosas acontecian en el grupo de las cabezas de uno y otro bando, la muchedumbre, dándole rienda suelta á la lengua, encendíase mas y mas en su odio contra los de la justicia, recordando cada cual las vejaciones que decia haber padecido, y encareciendo todos la prepotencia y brutales maneras de Sámano.

Al propio tiempo el grupo ó escuadron que hace poco mencionamos, acercábase rápidamente al lugar de la escena, y á medida que la distancia se acortaba, iba el alguacil mayor advirtiendo con mas evidencia el gran número de hombres que lo componia y el aditamento, no insignificante por cierto, de hallarse muchos, por lo menos, ya que no todos ellos, armados.

Creyó, en consecuencia, que era conveniente ir bajando sucesivamente el tono, y disminuir por grados sus pretensiones, resultando que estaba ya casi de acuerdo en darlo todo al olvido, en el momento mismo en que pudieron todos ver que el grupo famoso, compuesto de algunos bravos y de muchos indios, venia capitaneado por Alma-negra, y nada menos que en pacíficas disposiciones.

Recordará el lector que el brutal bandido, á ruegos de su camarada Absalon, habíase apartado del lugar de la escena en el momento de aparecer en ella los alguaciles; añadiremos ahora que, previendo, como era fácil, un grave conflicto, apresuróse á reunir cuanta jente *non sancta* halló al paso, con objeto de reforzar á los suyos.

Coincidió con tales precauciones, el que Cristóbal y Poyahuitl, viendo partirse á D. Alonso del bosque, ya con la noticia de lo que en el camino acontecia, tomasen por sí y ante sí la providencia de reunir cuantos indios, de los muchos congregados en torno de la quinta hallaron á mano, y partirse con ellos en seguimiento de Avila. Por manera que, encontrándose unos y otros en el camino, escuadronólos á todos rápidamente Alma-negra, y pudo presentarse, como se presentó en efecto, á la cabeza de una falanje que no bajaria de trescientos á cuatrocientos hombres, indios cazadores la mayor parte de ellos, y casi todos bien ó mal armados.

Todo era casual, mas no lo parecia sin embargo; y el alguacil mayor, para quien la fiesta que con tan malos auspicios comenzaba, fué siempre sospechosa, acabó entonces de persuadirse de que en aquel momento estallaba al fin la famosa conjuracion de los parciales del marques del Valle, para levantarse con el reino. Sin embargo, como no le faltaban sangre fria ni aplomo, en vez de manifestar sus aprensiones ó dar muestras de miedo, prosiguió negociando imperturbable, y como si solo el deseo de la paz le hiciese ir desistiendo de su primer intento, la prision y castigo de los culpables.

Con gran contento, pues, de D. Martin y aun de Avila, que pasadó el primer arrebato de ira, hízose cargo de que á nadie mas que á él le interesaba la paz aquel dia, estaban las cosas á punto de terminarse sin mas disturbios, cuando súbito aparecieron tres mulas poco menos que desbocadas, y sobre cada cual de ellas un doctor, caballero en la silla, en el pescuezo ó en la grupa, segun le era posible.

Verlos Sámano, reconocer en ellos á los oidores, y confirmarse mas que nunca en el pensamiento de que la conjuracion estallaba, ó mas bien estaba ya en las vias de hecho lanzada, fué todo instantáneo, y racional ademas, justo es decirlo; pero si fijara la consideracion en el asombro de la multitud, y en el estupor de los caballeros, convenciérase fácilmente de que tal aparicion era para todos completamente inesperada.

Paráronse las mulas de su propia voluntad al llegar al grupo de los municipales, y apenas recobró su aliento el doctor Ceinos, cuando pálido de cólera, y balbuciente el acento, esclamó:—"En nombre del "rey nuestro señor, os mando, Juan de Sámano, alguacil mayor de la "ciudad de México, prender á todos estos traidores, y á cuantos va- "rones ó hembras topáreis en el camino."

—¡Mentís! gritaron á una voz todos los caballeros; aquí no hay traidores, como no lo seais vos y los vuestros.

—¡Prendedlos! volvió á clamar Ceinos.

—¡Prendedlos! repitieron á coro Villalobos y Orozco.

—De buena gana los prendiera, y aun los ahorcara, respondió Sámano en voz baja al doctor Ceinos; pero mire vuesa merced el espectáculo que á la vista se le ofrece, y dígame si es esta ocasion oportuna de hacernos los fieros.

Siguiendo el doctor presidente el consejo del alguacil mayor, fijó en efecto la consideracion en los objetos que le rodeaban, y no sin profundo terror echó de ver que, llevado el negocio al terreno de la fuerza, estaba claro como la luz del dia que la victoria seria de sus contrarios.

—¿Qué es esto, Sámano? preguntó aterrado.

—Esto es que hemos metido la cabeza en la garganta del lobo, y que solo á fuerza de astucia es posible que no la perdamos.

—¿Conque á vos os atacaba el marido mientras la mujer á nosotros?

—¡La mujer!!!

—Sí, esa doña Elvira, tan altiva, tan vana, ese marimacho.....

—¿Pero ella os ha acometido?

—Poco menos.

—Esplicaos, señor presidente: el asunto vale la pena de que con claridad nos entendamos.

Luego que Ceinos, aunque desfigurando bastante y á su favor los hechos, le hubo referido los que tuvieron lugar entre la curial comitiva y la de la esposa de Avila, tranquilizóse en gran parte el algua-

cil mayor, comprendiendo, como hombre sereno que era, que los dos hechos, es decir entrambos conflictos, si revelaban la mala voluntad jeneral y en la familia de Avila uniforme contra la audiencia y sus parciales, no podian, sin embargo, ser considerados como partes de un todo, como tentativas ordenadas á un fin tan criminal como la rebelion abierta y descarada.

Así se lo hizo comprender, no sin trabajo, á los tres doctores, que celebraron apresurada junta, mientras sus contrarios, ignorantes del suceso que tan de improviso y fujitivos se los enviaba, perdíanse en conjeturas, mas no por eso malgastaban el tiempo.

Suarez, Avila, Valdestillas y Bocanegra, unánimes convinieron en que era preciso que hubiese ocurrido ya en México, ya en el camino, algun acontecimiento *muy grave*, para que la audiencia en cuerpo, por decirlo así, hubiese llegado á su vista tan en derrota; y en tal supuesto, lo menos que podian ellos hacer era estar preparados para lo que sobrevenir pudiese. Por tanto, y valiéndose de Poyahuitl y Cristóbal para con los indios; de Absalon y Alma-negra para con los bravos, y de algunos otros ajentes subalternos para con la jente del pueblo, dictaron sus disposiciones á fin de que, sin comprometerse por el momento con ningun acto ostensible, no les cojiesen desprevenidos los sucesos continjentes.

Las mujeres, los ancianos, los niños, todo lo inútil para un combate, fué desfilando hácia el bosque, y en pos marcharon los indios, escalonándose, empero, en el camino, y quedando en cada grupo, para dirijirlo, uno ó dos bravos europeos.

La masa de estos, capitaneada por los dos que conocemos y afectando gran desórden, pero en realidad pronta á formarse como al combate conviniera, separóse doscientos ó trescientos pasos de los caballeros, ocultándose tras de unos caseríos inmediatos; y los caballeros mismos, apartáronse de sus enemigos lo bastante para que toda sorpresa fuese imposible.

De ese modo, durante la consulta de los doctores con Sámano, logró Suarez dos objetos á cual mas importantes, á saber: primero, que desapareciese todo síntoma esterior de rebelion; y segundo, asegurar la retirada al bosque, para el caso de que por fuerzas superiores se viese atacado.

Pero el hombre propone y Dios dispone: aquello en que mas fundaba Suarez sus pacíficas esperanzas, fué precisamente lo que estuvo á punto de hacer la avenencia imposible. Digamos como, que merece la pena de saberse.

Habian los doctores vuelto la espalda á sus enemigos y colocádose detras de los armados corchetes para tratar con el alguacil mayor de lo que debia hacerse en tan críticos momentos: por manera que, al terminar su deliberacion, resolviendo admitir y dar por buenas cualesquiera disculpas que se les ofreciesen, salvo su derecho á vengar-

se mas tarde, ignoraban completamente lo que á sus inmediaciones pasaba.

Figúrese ahora el lector cuál seria su asombro hallando tan trocadas las cosas en el breve espacio de seis á ocho minutos que el campo antes cubierto por la amotinada plebe, aparecia casi desierto. Hasta el mismo Sámano, dudando un momento del testimonio de sus ojos, difirió entablar la plática que á su cargo habia tomado; mas para decir verdad, nunca con tantas veras dió crédito á la ecsistencia de una poderosa conjuracion, como al contemplar la rapidez prodijiosa, el silencio casi increible, con que la multitud habia, por decirlo así, desaparecido.

Pero si en los doctores no fué menor el asombro que en el alguacil mayor, el efecto sí completamente diverso; pues los buenos señores imajinaron que, temerosa la jente vulgar de la vara de la justicia, habia desamparado á los caballeros; é interpretando tambien como signo de cobardía el alejamiento de estos, figuróse la real audiencia que el triunfo era suyo.

Concebir tal idea, comunicársela rápidamente unos á otros, y pasar de las angustias del miedo á las ansias de la venganza, fué cosa para los doctores instantánea; así cuando Sámano, mas convencido que nunca de la necesidad de contemporizar, iba á dirijirse al grupo de los caballeros, á fin de concertar con ellos el pacto deseado, atajóle Ceinos, diciéndole:

—Id, alguacil mayor, y pedidles las espadas á esos caballeros!

Si resonara en sus oidos la trompeta del juicio en aquel instante, no fuera mayor el asombro de Sámano que al escuchar al doctor; y tal y tan grande fué, que ni á contestar acertaba, visto lo cual, añadió Villalobos:

—¡Obedeced al señor presidente; si es que vos tambien no pasais á la parte de los rebeldes.

—¡Obedezca, y sea pronto, esclamó el doctor Orozco á su vez: prenda á esos traidores!

SAMANO.

¿Pues no se convino....?

CEINOS.

Lo que conviene es hacer justicia. Prended á los reos.

SAMANO.

Señor presidente, mire vuesa merced....

VILLALOBOS.

Lo que se ve, sin necesidad de mirar mucho, es que el alguacil mayor teme habérselas con esos caballeros.

CEINOS.

Si tiene miedo....

SAMANO.

¡Miedo yo, cuerpo de Cristo! Voto á todos los santos del cielo, que quien con el pavor tiene la cabeza trastornada son vuesas mercedes, por mal de mis pecados.

OROZCO.

¡Todo esto es perder el tiempo en palabras vanas, señor alguacil; si no vais á prender vos á los culpables, yo iré, vive Dios!

SAMANO.

Pues vaya vuesa merced, si le place, que no quiero ser parte en que México se pieida este dia.

CEINOS.

En nombre del rey, como presidente de su real audiencia, y gobernador de Nueva-España, os mando, Juan de Sámano. . . .

SAMANO.

Sepa yo al menos qué causa os hizo mudar de propósito tan súbitamente.

CEINOS.

El propósito de la audiencia ha sido siempre mantener ilesa su autoridad, y que la cuchilla de la ley castigue á los culpables.

SAMANO.

¡Dios me ampare! ¡Pues no convenimos hace un momento. . . .?

OROZCO.

¡Basta de razones y obedezca!

VILLALOBOS.

Obedezca ó entregue la vara.

SAMANO.

Obedeceré, mas será protestando. . . .

CEINOS.

Obedezca.

SAMANO.

Quizá les pese, y sin tardarse mucho."

Y, en efecto, aunque convencido de que los doctores le hacian instrumento de su locura, picó espuelas al caballo el alguacil mayor, y acercándose al grupo de los caballeros, que con gran sosiego le esperaban, díjoles, despues de saludarlos cortesmente:

—Los señores de la audiencia en nombre del rey, caballeros, me mandan pedirles las espadas, y yo espero que vuesas mercedes no harán resistencia á la justicia.

SUAREZ.

[*Aquietando con una mirada á Valdestillas y á Bocanegra que ya em-*



puñaban.] Señor Sámano, para evitar disgustos, hemos procurado y conseguido que se retire la jente popular y quedádones solos. Lo que entre vuesa merced y D. Alonso ha mediado no pasa de palabras.

D. ALONSO.

Y cuando otra cosa fuera, entrambos tenemos espada.

SAMANO.

Verdad es eso, mas yo cumplo la órden que me dan.

SUAREZ.

Entendámonos: si por lo ocurrido con vos no es, no acierto cuál sea el delito porque se nos piden las espadas.

VALDESTILLAS.

Será sin duda porque se desbocaron las mulas de los doctores.

BOCANEGRA.

Decidles que para otra vez nos las pidan domadas.

D. ALONSO.

Yo me encargo de domesticarles las monturas.

SAMANO.

Señores, yo no vengo á argüir con vuesas mercedes, sino á pedirles las espadas.

SUAREZ.

¿Y si no las damos?

SAMANO.

Tomarélas.

VALDESTILLAS.

Aun con una tuviérais que hacer de sobra, cuanto mas con ocho.

BOCANEGRA.

(*Desenvainando.*) La mia está pronta, venid por ella.

SUAREZ.

Juicio, por Dios, caballeros. El señor alguacil mayor es hombre de razon, y no querrá reducirnos al estremo de usar de las armas.

SAMANO.

Os juro que si por mí fuera.... pero soy mandado.

SUAREZ.

Todo está en que vuesa merced, haciéndose cargo de la razon, se la haga entender á los doctores.
Háseles convidado á una fiesta popular; ha ocurrido en el camino un disgusto, que ya estaba terminado cuando ellos llegaron....

SAMANO.

Atropellados por doña Elvira....

D. ALONSO.

¡Por mi esposa!

SAMANO.

Por vuestra esposa, á quien disputaron el paso, y que dió con un paje en tierra; quisieron prenderla, y ella deshizo la comitiva de los señores de la audiencia.

D. ALONSO.

(*Soltando la carcajada.*) ¡Vive Dios que es doña Elvira una amazona de singular pujanza, y que comprendo la cólera de los doctores, viéndose por una mujer derrotados! Pero no es razon prender al marido porque la mujer se les escapa.

SAMANO.

(*Tambien riéndose.*) ¡Hartas veces pagan las mujeres las culpas de los maridos!

SUAREZ.

Todo esto es cosa de risa, y no hemos de trocarla en sangre; id, si os place, y procurad calmar á esos señores, diciéndoles que somos muy servidores suyos, y solo aspiramos á que la fiesta les agrade.

Sámano deseaba con toda su alma que por el momento acabase el negocio pacíficamente, por lo cual tomó en efecto sobre sí volver á donde ya impacientes le esperaban los de la audiencia. Una vez con ellos, procuró con discretas razones convencerlos de las muchas que les aconsejaban renunciar por el momento á su propósito, sin perjuicio de aprovechar la primera coyuntura favorable para vengarse: pero los doctores, creyéndose los mas fuertes, y ademas en ridículo por la derrota sufrida, obstináronse ciegamente en que habian de prender á los caballeros, mandando al alguacil mayor que emplease desde luego la fuerza para verificarlo.

Era la posicion de Sâmano desesperada: los del marques le aborrecian de muerte, y él á ellos igualmente, de modo que, indisponiéndose con la audiencia, no le quedaba mas recurso que abandonar á México, dado que el puñal de un asesino ó la mano del verdugo no le atajaran los pasos. Así, pues, aunque desaprobando en todas sus partes la resolucion de los oidores, fuéle forzoso disponerse á ejecutarla; para lo cual, poniéndose al frente de sus corchetes armados y tirando de la espada, encaminóse de nuevo al grupo de los caballeros.

Aquellos, que no perdian de vista á sus contrarios un solo instante, apenas advirtieron los preparativos que hacian, formáronse en ala, desenvainaron las espadas, y permanecieron inmóviles, esperando el ataque.

Suarez, que de hecho mandaba, silbó dos veces, é inmediatamente aparecieron cuarenta ó cincuenta hombres á pié y bien armados, que estendiéndose, como una moderna guerrilla, en torno de los jinetes, dejaron asegurados su espalda y flancos.

Verlos Sámano y hacer alto todo fué uno, porque la aparicion de los peones confirmaba plenamente todos sus recelos. Volvió, sin embargo, la cabeza hácia los atónitos majistrados, y dijo:

—¡Ya ven vuesas mercedes! ¿Prosigo mi camino?

Miráronse unos á otros, confusos y humillados los doctores; pero pudo mas la vanidad que el miedo, y contestó Ceinos resueltamente:

—¡Prosiga y cumpla con su obligacion!

—Pues adelante, y Dios sobre todo! Esclamó Sámano, echando á andar en efecto.

Suarez, saliéndole al encuentro, le dijo:

—Mirad lo que haceis, señor alguacil mayor: si á defendernos nos obligais, de lo que resulte vos sereis responsable.

—Seránlo, replicó Sámano, los que me mandan. ¡Caballeros, dénse al rey, ó tratarélos como á rebeldes!

Al concluir tal y tan terminante declaracion de guerra, salieron al trote los corchetes y su jefe: nuestros caballeros, resueltos á no tomar la ofensiva, permanecieron en sus puestos con las armas en la mano, y los peones estrecharon la distancia que de los jinetes les separaba.

Tan inminente parecia la lucha, tan inevitable ya el combate, que el mismo D. Martin Suarez, perdida del todo la esperanza de la conciliacion, desenvainó, en fin, el acero, y puesto al frente de los suyos en tan gallarda postura, que se la envidiara el guerrero mas esforzado de su tiempo, pensaba solo en ofender y defenderse.

Sámano, personalmente valeroso, pero conociendo por una parte el esfuerzo de aquellos á quienes á atacar iba tan fuera de justicia, y por otra no fiándose mucho en la bravura de sus corchetes, mas avezados á oprimir al indefenso que á luchar cuerpo á cuerpo con caballeros, en vez de proseguir de frente la marcha, varió de direccion á su derecha, como á cincuenta pasos del frente de sus contrarios, y oblicuando despues á la izquierda amenazó el siniestro flanco de aquellos. Absalon, que capitaneaba los peones de aquella parte, reuniendo súbitamente á sus bravos, repasó de algunos pasos la línea de la caballería, y agrupando á su jente, ofrecióse el primero á las alguacilescas iras. Al mismo tiempo Valdestillas y Bocanegra dieron frente al flanco amenazado.

Así las cosas, preocupados hondamente los ánimos de todos los actores de la improvisada deplorable escena que nos ocupa, hirieron el viento los confusos, lejanos y marciales ecos de algunas cajas de guerra, música tan propia de una batalla, como ajena de una fiesta cual la que D. Alonso habia preparado.

—Paréceme, dijo Avila á Suarez, que los doctores tenian resuelto acabar con nosotros. ¿No ois las cajas?

—Sí las oigo, respondió el interpelado, y no sé qué pensar de ello.

—Pensad que esa canalla de letrados se ha propuesto esterminarlos, y lo acertareis, esclamó desde su puesto Bocanegra.

—Razon de mas, dijo inflamado el jóven Valdestillas, para apresurarnos á acabar con los corchetes. Acometamos, y que cuando llegue el refuerzo no halle mas que sus cadáveres.

—¡Teneos, por Cristo! le replicó cariñosamente Suarez, enamorado de ver tanta resolucion en tan tiernos años. Bueno es siempre que la razon esté de nuestra parte.

Mientras rápidamente tenia lugar la anterior conversacion, Juan de Sámano, fuese que le sorprendiera en realidad el estrépito de los tambores, los cuales cada vez se oian mas cercanos, ó bien que acometiendo la empresa tan contra su voluntad como sabemos, deseara un pretesto, bueno ó malo, para abandonarla, no solo hizo alto, sino ademas dió hácia atras algunos pasos.

Simultáneamente los tres doctores, con ganas todos de probar si todavía eran capaces sus mulas del galope, pero sin que ninguno quisiera ser el primero á pronunciarse en derrota, ya miraban á su espalda, ya á su frente, ya cada cual al espantado rostro de sus compañeros, y maldecian unísonos interiormente el instante en que el convite de D. Alonso habian aceptado.

A la vista perspicaz de D. Martin Suarez claro está que no podian ocultarse ni la irresolucion de los oidores, ni la poca gana de llegar á las manos del alguacil mayor; y en su virtud dispuso que la mitad de sus ginetes ganase unos centenares de pasos á retaguardia. Siguieron los peones del ala derecha, al mando de Almanegra, aquel movimiento, terminado el cual retiróse tambien Suarez con los otros cuatro caballeros y la infantería de su flanco izquierdo.

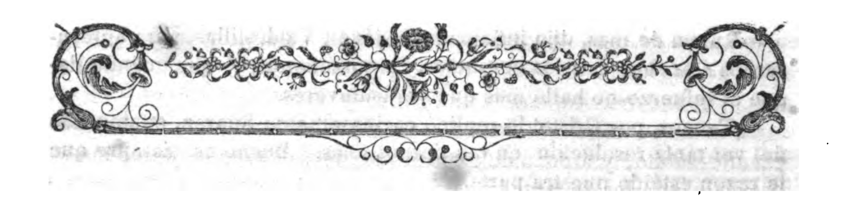
Doblóse en consecuencia la distancia que separaba á los dos contrarios bandos, y ganó el de los caballeros la ventaja de aprocsimarse mas á su base de operaciones, que era el bosque de Chapultepec.

De tal suerte permanecieron unos y otros en recíproca observacion todavía ocho ó diez minutos, al cabo de los cuales vióse llegar de la parte de México, á banderas desplegadas y tambor batiente un armado escuadron, á cuyo frente caminaba un estraño grupo compuesto de ginetes con bandas y plumas, otros sin tales adornos, damas á caballo, escuderos y pages, unos á pié y otros montados, sillas de manos, y algunos indios tamenes finalmente.

En pos y en torno de aquella falange, hormigueaba, por decirlo así, muchedumbre de gente, toda de fiesta y regocijo, que esparciéndose por el campo como las desbordadas aguas de un estanque, casi ahogaba en el estrépito de su confusa vocería el sonoro estrépito de los tambores.

Era el ejército de D. Luis de Velasco, que á las órdenes del mismo, y pasada la muestra ó revista que sabemos dispuso aquel caudillo desde la tarde anterior, previendo algun acontecimiento estraordinario, se encaminaba al sitio en que, si algunos minutos mas se tardara, pudiera haber ocurrido una sangrienta catástrofe.





CAPITULO XVI.

DONDE, CANSADO EL AUTOR DE ESCRIBIR NOVELA, HABLA DE TÁCTICA, ORGANIZACION MILITAR, Y OTRAS TALES IMPERTINENCIAS.

Ha sido desde tiempo inmemorial costumbre entre las naciones civilizadas, no celebrar fiesta alguna de importancia sin que en ella intervenga la fuerza armada; y eso, á no dudarlo, con el objeto de que se comprenda bien que, á medida que las ciencias y las artes, la filosofia y la razon progresan en las sociedades humanas, tanto mas necesario es en ellas manejar á los hombres como á las acémilas, á fuerza de palos. Solo en Inglaterra, merced al estravagante carácter de aquellos heréticos isleños, es donde se ha dado en la ridiculez de que el respeto á la ley sea mas poderoso para gobernantes y gobernados, que la fuerza de las armas. Rarezas de los tétricos moradores de la soberbia Albion, de que á Dios gracias estamos muy lejos en el continente de la culta Europa, y de que no participaban tampoco en el XVI siglo los que á Nueva-España regían, pues que, como lo digimos, á D. Luis de Velasco se le ocurrió espontáneamente la idea de formar su ejército, so pretesto de pagarle los atrasos, y los señores de la audiencia le habian ademas enviado á rogar que se preparase por lo que acontecer pudiera. Y con tales antecedentes, si en momento menos crítico oyeran las cajas, con facilidad se hicieran cargo de lo que significaban; mas era tan grande el pavor de sus corazones cuando los bélicos instrumentos sonaron en sus oidos, que llegaron á imaginar que, sublevado el reino entero, caia sobre ellos tambor batiente

Verdad es, y sea dicho en abono de los acuitados oidores, que D. Luis no les habia, en primer lugar, dado respuesta alguna; y que, á mayor abundamiento, con tanta reserva y buen tino ordenó los movimientos de su tropa, que nadie sospechaba siquiera su procsimidad, cuando súbito, y á poco de ganada por doña Elvira su descomunal batalla contra los de la audiencia, apareció el ejército en el teatro de aquella hazaña.

No hace mucho dijimos que en América, y durante la época á que nos referimos, todo el mundo llamaba *ejército* á seiscientos hombres de armas, y *capitan general* á su gefe, sin que á nadie se le ocurriese ni remotamente, la idea de que tales denominaciones, tratándose de tan reducido número de soldados, podian pasar por una burla. Seiscientos hombres, en efecto, nos parecen hoy poca jente para entrar de servicio en la plaza de los toros ó escoltar una procesion: y en los tiempos á que aludimos, como quinientos habian bastado para conquistar á Nueva-España y hacer inmortales el nombre y fama de su caudillo, creíase que bien podia llamárseles ejército, y no se dudaba de que sobrarian aquellos seiscientos soldados, en su mayor parte veteranos, para estender y afianzar la dominacion española en las recien descubiertas islas Filipinas.

De tal opinion era Velasco, y con tanto amor atendia á su organizacion, enseñanza y disciplina, como Napoleon á las de aquel *grande ejército* con que fué á enterrar su fortuna entre los hielos del Vístula y las llamas del Kremlin: permítanos el público á nosotros, como grandes aficionados que somos á las antiguallas, darle rápidamente una idea de cómo estaban organizadas las tropas españolas en el XIV siglo.

La base de los ejércitos, su mitad orgánica era entonces la *compañía*, compuesta ordinariamente de ciento cincuenta á doscientos soldados, entre *picas, arcabuces y mosquetes*, que de las tres armas constaba en la proporcion que luego diremos. Dividíase la compañía en escuadras de á veinticinco hombres cada una, y era su jefe un *cabo ó caporal*, como le llamaban los italianos, armado de un arcabuz, á fin de estar mas *espedito*, dice el autor que seguimos, *para mandar y obedecer*. Sus atribuciones eran todas las que hoy tienen los cabos de escuadra, la mayor parte de las de los modernos sarjentos, y algunas de las que incumben á los oficiales subalternos. Jefe del *detall*, segun el corriente lenguaje, era en cada compañía su único *sarjento*, encargado ademas de la instruccion de los soldados, de entenderse con el *sarjento mayor* del *tercio*, de tomar las órdenes jenerales y particulares, y de trasmitirlas á quien correspondiese; y, en fin, de la distribucion de víveres y municiones, y del alojamiento y campamento de su jente. La alabarda era el arma y la insignia del sarjento. Hombres debian de ser los que tal cargo ejerciesen, de salud robusta,

entendimiento despejado, gran memoria y espedicion prodijiosa, para atender á tantas, tan diversas y tan importantes atenciones, sin contar con que ellos solos, en parada, marcha y combate, suplian el oficio que hoy debe hacer la fila esterior, esto: es, impedir que la tropa se desbande, y cuidar de que todos y cada uno conserven su puesto.

Con todo eso, la alabarda de *sarjento* fué mucho tiempo el término esclusivamente probable de la carrera de aquellos soldados que no contaban con familia ó favorecedores poderosos, reservándose las plazas de oficiales propiamente dichas, para los caballeros y señores, sin mas escepcion que la de algunos pocos contadísimos hombres de superior mérito y mucha fortuna.

Mandaba, ó mas bien era señor de cada compañía, un *Capitan* que al rey ó á su *Capitan General* debia tal merced, despues de largos servicios como soldado *particular* ó voluntario, por hazaña especial, y alguna vez tambien por favor caprichoso ó consideracion á su parentela. Su insignia ó divisa consistia en la *Gineta*, es á saber, una pequeña lanza con cuchilla dorada y borla de oro. Cumple, en honor de la verdad, decir que mas bien se daban al nacimiento y al favor los altos cargos del gobierno y la diplomacia, y aun en ocasiones los militares mismos, que las plazas de capitanes; y en realidad la razon se comprende fácilmente. El capitan era el jefe inmediato del soldado, su administrador y maestro en paz, su guia, conductor y ejemplo en la guerra; fiar, por tanto, semejante puesto á la ignorancia ó la inesperiencia, equivaliera á asegurar la victoria del enemigo y la deshonra de las propias armas, y eso no puede quererlo gobierno ninguno.

Capitan de infantería, pues, ó capitan de caballos, equivalia á decir, salvas rarísimas escepciones, un noble que habia consumido gran parte de su patrimonio y su juventud ademas, sirviendo al rey durante largos años, ya como simple soldado, ya como alférez. Y entiéndase bien que los privilejios del soldado *particular ó voluntario* se reducian á cabalgar en rocin propio, si lo tenia, durante las marchas que no se hacian á vista del enemigo, y á ocupar la primera fila á vanguardia en el ataque, la última á retaguardia en la retirada. Cada cual alegaba y sostenia con calor sus títulos de nobleza y servicios, para que no se le disputase el puesto mas peligroso.

Aun así, rara vez se saltaba de soldado á capitan, pués era lo comun pasar antes por el cargo de *alférez* ó abanderado de una compañía.

Cada capitan elejia el suyo, que, confirmado por la superioridad, entraba en posesion de tal destino que le daba el carácter de segundo jefe de la compañía, imponiéndole la obligacion de llevar su bandera en los combates, y defenderla hasta morir. Alférez que, perdiendo su enseña, salia sano y salvo del combate, quedaba deshonrado; érale forzoso, cuando no moria, estar gravemente herido, ó rendirse

prisionero á fuerzas muy superiores y despues de una obstinada resistencia, para poder presentarse despues entre sus compañeros.

Así esplicada la organizacion de la compañía, réstanos solo decir que su fuerza en las españolas se repartia ordinariamente de modo que de cien hombres cuarenta eran *piqueros*, cuarenta y dos *arcabuceros*, y diez y ocho *mosqueteros*. La *pica* era el arma de fondo y resistencia; el *arcabuz* la usual de fuego, que ha venido á trasformarse en lo que hoy llamamos *fusil*, por no hablar ni en esto el castellano; y el *mosquete* un arma intermedia entre el arcabuz y el cañon, de que no podia servirse el soldado sino con el ausilio de una horquilla en que lo apoyaba para dispararlo, y por consiguiente mas embarazosa que útil.

La organizacion de la caballería puede decirse que era, en lo posible, idéntica á la de la infantería, salvas cortísimas diferencias, como la de haber en cada compañía un oficial mas, á saber, el teniente, oficial inmediatamente inferior al capitan, y superior al alférez. Desde principios del siglo XIV se introdujo en la caballería el uso de las armas de fuego, y hubo en cada compañía arcabuceros á caballo, que mas tarde formando cuerpo aparte, se llamaron *dragones*.

Pero la compañía no bastaba á satisfacer las necesidades tácticas de la guerra, hablando en jeneral, por cuanto lo reducido del número de sus hombres no alcanzaba á presentar nunca una masa tan compacta y profunda, cuanto entonces se requeria: porque es preciso tener presente que á la sazon, siendo muy imperfectas las armas de fuego, todas de mecha, todavía la profundidad del órden de batalla se consideraba, con razon, como importantísima.

En virtud, pues, de tal consideracion, la unidad *táctica* no era la compañía, sino el tercio, es decir, un agregado de cierto número de compañías, que es á lo que hoy llamamos batallon.

Dependia el número de compañías de cada tercio de las circunstancias de la guerra, de la calidad del enemigo, y de las fuerzas disponibles: su plana mayor constaba invariablemente de un *Maestre de campo*, jefe superior; de un *sarjento mayor*, jefe del *detall*, con dos *ayudantes*; de un *Auditor* letrado; de un *capitan* de *campaña* ó sea conductor de equipajes, encargado de bagage y almacenes; y de un *Furiel mayor*, empleo equivalente al de nuestros sarjentos de brigada.

Independientes en lo puramente económico y administrativo, los capitanes estaban sujetos á los dos jefes del tercio en todo lo relativo al servicio de armas; y en marcha, como en funcion de guerra, formaba tambien el tercio un solo cuerpo.

Digamos algo, aunque muy sumariamente, sobre las distintas formas que al tercio se daban; y entiéndase que no inventamos, la materia no lo permite, sino que copiamos á los autores competentes.

Llamábase *escuadronar* un tercio á formarlo en órden de batalla; y

escuadronábase de tres maneras, á saber: *cuadrado de jente*, *doblado*, *y cuadrado de terreno*. Por cuadrar de jente se entendia que el frente y fondo, ó las filas y las hileras, que es lo mismo, constasen de igual número de hombres; llamábase escuadron doblado, á aquel cuyo frente era duplo de su fondo; y *cuadrado de terreno* estaba el tercio cuando ocupaba un espacio cuadrado, en efecto.

Conviene advertir que para la formacion de esas masas se contaba solamente con los piqueros, destinándose los mosqueteros y arcabuceros á la formacion de *mangas* de las armas respectivas, y esas mangas á guarnecer los flancos, frente y retaguardia del escuadron. Cualquiera que fuese la forma en que el tercio se escuadronase, en el centro de su masa y en una sola fila se reunian todas las banderas de sus compañías, llevadas por los respectivos alféreces, á cada uno de los cuales acompañaban á la derecha el *abanderado*, su segundo, y á la izquierda un *tambor* con su caja, que perpetuamente lo seguia. Los flancos de aquella fila se formaban, así como la anterior y posterior, de soldados escojidos de entre los voluntarios ó particulares, porque cifrándose la honra del ejército, del tercio, de la compañía, y de cada militar en la conservacion de los estandartes, claro está que su custodia solo á los mas bravos, fuertes y meritorios podia confiarse.

A cargo del *sarjento mayor* del tercio, bajo la autoridad y direccion del maestre de campo, se entiende, estaba todo el detall, y las ordenanzas para marchas y combates; lo cual ecsijia de su parte talento, instruccion, espeiiencia, actividad, y un ánimo constantemente sereno. Bastáranos indicar que para escuadronar la jente cuadrando de hombres, érale forzoso, en el campo, estraer la raiz cuadrada de su número total; para escuadronarla en órden *doblado*, duplicar el total de la fuerza, y luego estraer la raiz cuadrada, que era el frente buscado; y en fin, para cuadrar el terreno, hacer aun operaciones aritméticas mas complicadas. Digamos por qué: para el manejo de la pica al frente de cada hombre, no era posible el contacto de codos, ni la corta distancia de pecho á espalda que permite nuestra moderna táctica. Fuera, pues, del momento de chocar masa contra masa, distaba cada soldado tres piés de los de sus costados, y siete piés de los que en su hilera le precedian y seguian inmediatamente; resultando de ello que un escuadron *cuadrado* de jente ocupase en fondo una vez y un tercio mas que de frente; y que para cuadrarlo de terreno fuese necesario tomar en cuenta una circunstancia. Por tanto, el sarjento mayor tenia, para no citar mas que dos de las reglas usuales en tales casos, que multiplicar el número de piqueros por 3, partir el producto por 7, y del cociente estraer la raiz cuadrada, que era el *fondo* del escuadron que buscaba; ó bien hacer la estraccion de la raiz del número de piqueros, duplicarla, y de ese duplo tomar el tercio, que da tambien el fondo mismo. Lo complicado y embarazoso de ta-

les operaciones en un campo, ya de instruccion, ya de batalla, se deja conocer demasiado para que á encarecerlo nos detengamos ahora: pero no podemos menos, ya que en el asunto entramos, de señalar aún alguna que otra atribucion dificilísima de los sarjentos mayores.

Los capitanes, una vez escuadronado el tercio, se repartian de este modo: dos á cada manga de mosqueteros, uno á cada manga de arcabuceros, y de los restantes mandaba cada cual el número de hileras de la masa de piqueros que á prorata le correspondia. Al cargar al enemigo, combatian en la primera fila, yendo á retaguardia de la última los respectivos sarjentos, como fila esterior. Toda esa distribucion de oficiales estaba á cargo del sarjento mayor, porque el maestre de campo, cuando solo, dirijia las operaciones; cuando dependiente de un jeneral, marchaba al frente de su tercio.

Los movimientos de tal escuadron solo eran posibles, aunque difíciles y embarazosos, en las maniobras frente al enemigo: pero en marcha, la estension misma del frente ecsijia que se subdividiese en *manípulos*, sopena de andar poco y con gran trabajo. La teoría no ofrece dificultad: dividir el número de hombres del frente en porciones iguales de cuatro, seis ú ocho hombres, segun la fuerza y la naturaleza del camino, componiendo cada manípulo las hileras correspondientes, con los capitanes, sarjentos y cabos respectivos. La mitad de los arcabuceros y mosqueteros tomaban la vanguardia; seguia el primer manípulo de la derecha, en pos del cual los demas por su órden; y las restantes mangas de arcabuces y mosquetes cerraban la retaguardia.

Considérese que incumbia al sarjento mayor ordenarlo todo, de manera que fácilmente se pasara del órden de marcha al de batalla, y viceversa; que él era responsable de que cada oficial, sarjento y cabo ocupase el puesto que le correspondia; que él alojaba la tropa; y que él tambien la acampaba; y dígasenos si no ganaba bien sus emolumentos.

La plana mayor de un grande ejército se componia como sigue: un capitan jeneral que mandaba en jefe; un maestre de campo jeneral que era lo que hoy llamamos jefe del estado mayor jeneral; un capitan jeneral, jefe superior de la caballería, segundo las mas veces del jeneral en jefe, con un lugar-teniente jeneral y un comisario jeneral; y un jeneral de artillería; mas, los ayudantes y empleados de hacienda y judiciales que se creian necesarios.

Mas si tal era la organizacion en Italia, en Flandes, y en Alemania, donde la estension de las guerras y la calidad de los enemigos ecsijian la reunion de fuerzas considerables, en América todo se hacia, en ese punto, muy en pequeño, como si la Providencia quisiera hacer evidente el contraste entre la ecsigüidad de los medios y la grandeza de los resultados.



En Nueva-España, pues, y en la ocasion á que nos referimos, llamábase ejército á un reducido tercio, compuesto de seis solas compañías de infantería: su jeneral hacia las veces de tal y las de maestre de campo, y el que se llama maestre de campo jeneral no pasaba realmente de sarjento mayor.

No obstante, el dia de la fiesta de D. Alonso, contentos los soldados con la cobranza, no muy puntual ya entonces, de sus haberes, y preocupado el caudillo con la idea de erijirse en mediador y árbitro entre los dos contrarios bandos que el reino dividian, acudieron todos al campo de revista, con las armas bruñidas, vistosos los trages, y abundantes las plumas en morriones, celadas y sombreros.

Hizo Velasco que primero formasen las compañías en la parte de México opuesta al camino de Chapultepec; pagó allí á la tropa; y luego, maniobrando y escaramuzando como si al frente del enemigo se hallase, de movimiento en movimiento, sin que nadie echase de ver sus planes, apareció súbito y oportunamente en el teatro de los acontecimientos que hemos referido en los anteriores capítulos.

Precisamente al presentarse la manga de mosqueteros que llevaba la vanguardia, sobre la senda del bosque, acababa de tener lugar la derrota de los oidores por doña Elvira; y ya aquella señora, reuniendo, no sin pena, el victorioso escuadron de sus criados, se disponia á ordenarles que acudiesen á socorrer á las dos damas de las sillas de manos, á Fortun, á su propia doncella, y á otros curiales que en el polvo yacian mas asustados que dolientes.

Ecsaltados los mosqueteros por el simulacro de combate á que se entregaban hacia cerca de dos horas, al contemplar ante sus ojos un verdadero campo de batalla, pues para que nada faltase á tal semejanza estaban los alabarderos de la guardia agrupados, como un resto de valientes resueltos á vender carísimas las vidas; ecsaltados, decimos, los mosqueteros, su primer impulso fué clavar en el suelo las horquillas, fijar las bocas de fuego, y apuntarlas contra los lacayos de la esposa de Avila; los cuales, á la vista de tan inesperada formidable insinuacion, apiñáronse en torno de su señora, no por miedo, que eran jente valerosa, sino para guardarla con sus propios cuerpos. Al propio tiempo los alabarderos, creyéndose socorridos, imajinaron que era llegado el momento de tomar la revancha, y dando grandes voces de: *Rendirse, rendirse*, marcharon sobre el grupo de los de Avila, en son de cargarlos.

Por dicha el capitan de los mosqueteros, que era hombre prudente y esperimentado, mandó alzar los mosquetes, comunicó inmediatamente á su jeneral lo que ocurria, y en tanto que la respuesta llegaba, dió voces á los alabarderos para que su marcha detuviesen.

Doña Elvira, como si fuera un soldado veterano, permaneció impávida durante aquella escena, que á cualquiera otra mujer hubiese lle-

ñado de espanto; y no solo permaneció impávida, sino que apreciando con admirable sangre fria las circunstancias en que se encontraba, tomó en consecuencia sus medidas, principiando por hacer que echasen pié á tierra sus criados todos, á escepcion de Gonzalo Nuñez y Juan de Victoria, sus caballerizos, y hombres ambos en quienes D. Alonso y ella tenian la mas completa confianza. Sin mas acompañamiento, pues, que el de aquellos dos servidores, y el de la doncella que se conservaba á caballo, encaminóse la hermosa dama derechamente á los mosqueteros, cuyo capitan, conociéndola desde luego, salióle cortesmente al encuentro y saludóla con la espada y sombrero, segun la usanza de aquellos tiempos.

Iba doña Elvira á referirle al capitan lo acaecido, cuando á rienda suelta llegaron simultáneamente á ella de una parte D. Martin Cortés con el Dean y algunos criados, de otra D. Luis Velasco con varios oficiales y pocos jinetes de escolta. Iba el capitan jeneral movido por el aviso que acababa de enviarle su capitan de vanguardia, y el bastardo de Hernan Cortés por la noticia que, al salir de México, le dió un curial fujitivo, de lo ocurrido con doña Elvira.

—¡Veis, esclamó el Dean, que iba en compañía de D. Martin; veis con cuánta razon aconsejé al marques que permaneciese en su palacio?

—Lo que sé, replicó el jeneroso hijo de doña Marina, es que hay una dama, y de nuestro bando, en peligro, y que para el hijo de mí padre es obligacion estrecha la de ampararla, señor Dean. Volveos, pues, ó quedaos, como os plazca, que yo vuelo en su ausilio. Y sin aguardar respuesta hincó D. Martin las espuelas al caballo, y salió á escape por el camino del bosque.

Un instante vaciló D. Juan Chico de Molina, un solo instante, porque su perspicaz injenio en poco tiempo veia mucho, y fué su resolucion al cabo seguir al bastardo, capaz, viéndose solo y tratándose de cumplir con la obligacion de caballero, de acometer cualquiera empresa desesperada.

Llegaron, en consecuencia, juntos D. Martin Cortés y el Dean á donde Elvira estaba, y quiso la suerte que fuese en el momento mismo en que lo verificaba igualmente el capitan jeneral D. Luis de Velasco.

Este, hechos los cumplimientos debidos al secso y calidad de la dama, y al mismo tiempo reconociendo con una sola pero intelijente ojeada, el campo de batalla buscaba la fórmula mas urbana posible para interrogar á doña Elvira, cuando ella le sacó del apuro, refiriéndole lacónica, clara y verídicamente cuanto en su encuentro con los de la audiencia habia mediado.

—Pésame, esclamó el hermano del marques, haber llegado tan tarde, que si no....

—¡Hubierais tratado de impedir tan desagradable aventura, D. Mar-



tin? Interpuso Velasco, sin dejarle concluir la frase. Así lo creo de vuestra mucha cordura.

—Sin duda, sin duda, se apresuró á decir el Dean, viendo en el rostro del bastardo la intencion decidida de recusar el pacífico sentido que D. Luis prestaba á sus palabras. Sin duda; D. Martin y yo hubiéramos cortado el lance.

—Ese es, por lo menos, el oficio que toca á los buenos eclesiásticos, señor Dean; y de vos ya se sabe que sois un modelo.

No quiso Chico de Molina meterse en deslindar si habia ó no mas de ironía que de sinceridad en aquel cumplimiento; y admitiéndolo de buena ley, hizo un saludo en respuesta, y dijo á D. Luis:

—Lo que ahora importa, pues que ya el mal ha sucedido, es atajar sus consecuencias, y que no vayan á formalizarse los doctores por cosa que en realidad es de poca monta.

—Con un poco de cordura de ambas partes.... Empezó á decir Velasco, y atajóle Elvira, esclamando altanera:

—No supongo que tengais ánimo, Sr. D. Luis, de poner en duda la mia....

—No, ciertamente, señora mia, pero por desdicha, del encuentro que tuvísteis con los de la audiencia pueden resultar otros y mucho mas graves.

—Empecemos socorriendo á los que lo han menester, interrumpió el Dean; prosigamos luego *juntos* nuestro camino al bosque, y allá veremos.

—Sea, contestó Velasco.

—Sea, dijo tambien D. Martin, si place á doña Elvira, que si no, yo por mi parte solo haré lo que á su merced cuadre.

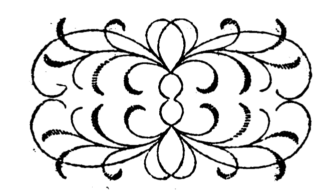
—Os doy las gracias, Sr. D. Martin, por tan caballerosa oferta, digna de persona de vuestro ilustre linaje: mas el parecer del Dean es acertado.

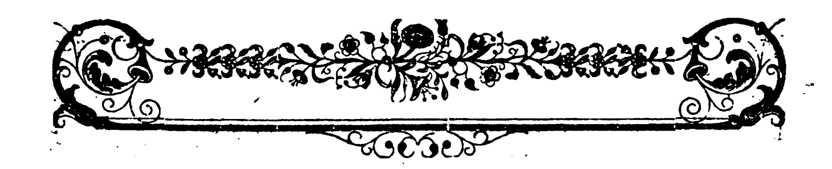
Con esas palabras de doña Elvira púsose por obra lo que el Dean aconsejaba, recojiéndose á los caidos, consolando á las damas, conteniendo á los alabarderos, y ordenando como se pudo los restos de la curial comitiva.

Mas logró aún el Dean, y fué persuadir á la esposa de Avila de la conveniencia y hasta necesidad que habia para *el bando* de evitar por entonces y en aquella ocasion un rompimiento abierto con los oidores; y conseguir, por tanto, que se prestase la altiva belleza á lisonjear con tal cual cumplimiento á las dos entonces lácias y abatidas doctoras, es á saber: doña Beatriz, y la culta sentimental doña Inés. —Pocas palabras de Elvira, pronunciadas con majestuosa afabilidad y esquisito tacto, bastaron para que, en la apariencia á lo menos, se diesen por contentas la esposa de Ceinos y la hija de Villalobos; y como durante el resto del camino la mujer de Avila se mostró con

ellas urbana y deferente, hubo un momento en que pudo creerse que estaban realmente en paz las tres mujeres.

Tal era el estado de las cosas en el momento en que, ya casi rotas las hostilidades entre Juan de Sámano, á nombre y de órden de los señores de la audiencia, y D. Martin Suarez de Monroi como jefe de los caballeros del bando del marques, apareció á vista de los contendientes el ejército de Velasco, precedido del grupo de las damas y sus acompañantes, y seguido por muchedumbre de curiosos.





CAPITULO XVII.

EN EL CUAL SE DEMUESTRA QUE CUANDO LA FUERZA Y LA MAÑA OBRAN DE CONSUNO, HACEN PRODIJIOS.

Que me maten, esclamó el Dean, hablándole al oido á D. Martin Cortés, si mientras doña Elvira maltrataba á la audiencia allá abajo, no hacia otro tanto su esposo con el alguacil mayor.

—Decid mas bien, replicó el ilustre bastardo, que en todas partes se provoca á los amigos del marques.

—Sea lo que fuere, insistió el eclesiástico, cada vez me felicito mas del consejo que dí á vuestro hermano.

—Callad ahora y apretemos el paso, pues como veis, D. Luis de Velasco se encamina á los dos enemigos escuadrones.

Tenia lugar el breve anterior diálogo ya á vista de los grupos en que respectivamente figuraban nuestros caballeros y los doctores; grupos cuya composicion y actitudes con tal claridad esplicaban sus intentos y pasiones, que, no digamos un hembre tan perspicaz como el hijo del difunto virey, sino que tambien el menos avisado, comprendiera al verlos la inminencia del conflicto que á estallar iba.

Velasco, pues, dadas rápidamente las órdenes que creyó oportunas á su maestre de campo, adelantóse al trote largo seguido por los oficiales de su acompañamiento, doña Elvira, el Dean y D. Martin Cortés, hasta ponerse en medio de los contendientes; y allí, alzándose sobre los estribos, levantando el baston, insignia de su mando, y prorumpiendo en altas sonoras voces, dijo:

—En nombre del rey y de la paz, ténganse y envainen todos las espadas, si no quieren que á verificarlo les obliguen los arcabuces que miran en torno."

Y en verdad, las mangas de arcabuceros que guarnecian los flancos del escuadron de Velasco, desplegándose con rapidez suma, habian formado instantáneamente un círculo dentro del cual se hallaron encerrados doctores, alguaciles y caballeros. En consecuencia, la intimacion de D. Luis produjo en todos el saludable, efecto de calmar el ansia desmedida de llegar á las manos; pero en lo demas cada cual formó de ella distinto concepto. En el de los doctores Velasco, no se habia esplicado con la claridad suficiente para que se comprendiese como fuera razon, que á quien trataba de ausiliar era á ellos; y los caballeros no quisieran que comenzase con voces y amenazas quien debiera presentarse como conciliador de los bandos.

Realmente á D. Luis de Velasco no se le ocultaba tampoco la ambigüedad de su conducta, ni que, por el momento, descontentaba á unos y á otros; mas en su caracter, posicion y ulteriores miras, no entraba proceder de otro modo.

Velasco, aunque de noble linaje, y debiendo el ser á un caballero que murió virey de México, era pobre, relativamente á su posicion social y elevadas aspiraciones. A la cuenta todavia, entonces los gobiernos en Ultramar no producian tanto como en tiempos mas recientes han producido y diz que producen. Velasco, deciamos, era pobre, aspiraba á suceder á su padre en el vireinato, y mas que con el favor de la corte, contaba para ello con el buen nombre del autor de sus dias, y con el apoyo que en México mismo se procuraba y en gran parte iba consiguiendo.—Mirábale bien la aristocracia, porque era de la casa del condestable, y gran caballero él mismo en todas sus acciones; el marques del Valle, con gran consideracion tratado por el virey difunto, naturalmente tenia aficion á su hijo; los franciscanos, que tuvieron en el D. Luis primero un gran devoto y bienhechor, manifestábanse declaradamente parciales del D. Luis segundo; y siéndolo los franciscanos, claro está que tambien los indios. Por manera que, si Velasco quisiera, nada mas fácil para él que figurar á la cabeza del bando del marques; pero no podia convenirle á un hombre positivo y de sangre fria lanzarse en una faccion cuyo término, y no lejano, habia de ser ó la nulidad completa, ó la rebelion declarada. Por eso desde la muerte de su padre, sin chocar de modo alguno con los descontentos, trató D. Luis de ganarse la voluntad de la audiencia, y consiguiólo en gran parte al menos.

Colocado en tal posicion, cuando con sus tropas llegó á donde prócsimos á combatir con los caballeros se hallaban los esbirros de los doctores, hubo Velasco de decirse á sí mismo:

—Si tratas como rebeldes á los del marques, te indispones hoy pa-

ra siempre con la nobleza, el estado llano y los indios; si te colocas de su parte, la audiencia te considera faccioso. Contemporiza, pues, que menos malo será entibiar momentáneamente el afecto de uno y otro bando, que hacerse enemigo mortal del uno de ellos, cuando el apoyo de entrambos se necesita.

En virtud de tal raciocinio y de propósito deliberado, hizo D. Luis rodear á todos los arcabuceros, y se constituyó en dictador supremo de aquella situacion ganando así en importancia lo que en popularidad perdia.

Suarez y Avila, aunque la paz deseaban, sintieron que de tal modo se les impusiese; Bocanegra no se mordió la lengua para decir muy alto, que "mas valiera conquistar con aquellos arcabuces las *Islas de* "*la Especería* (Filipinas), que emplearlos en afrentar á la nobleza me- "xicana, por servir á los *sopistas;*" y nuestro D. Fernando, ya iracundo de sobra con Sámano y los doctores, al ver á doña Elvira, á su entender prisionera de Velasco, perdiendo por completo los estribos, dió una alta voz diciendo:

—Se engaña el señor D. Luis, si presume que sus arcabuces nos asombran; y vive Dios que con las espadas nos sobra para hacer de ellos cañones de órgano.

Un grito jeneral, unánime y nutrido, de aprobacion y aplauso resonó en la muchedumbre congregada en torno de los principales actores de aquella escena. Las palabras de Valdestillas hallaron eco en el pueblo, por razones que ya el lector conoce.

Al oirlas el doctor Ceinos, no pudiendo tampoco contenerse clamó:

—Andaos en contemplaciones con los rebeldes, señor D. Luis, y vereis qué tal os tratan!

—Intimad al capitan jeneral, dijo á su vez Villalobos, que prenda á esos traidores, y declaradle, si no obedece, uno de tantos.

—¡Eso! ¡Pesia mi vida! ¡Eso! esclamó Sámano, que al grupo de los doctores se habia acercado. Estais viendo que D. Luis apenas pasa de mantenerse neutral, y cuando los contrarios tienen la torpeza de provocarle, vais á cometer la mucho mayor de probarle que no os inspira confianza alguna.

—Sámano dice bien, interpuso el doctor Orozco; dejémosle enemistarse con los contrarios, que entonces él se vendrá á nosotros sin necesidad de llamarle.

Pero Velasco, en primer lugar no dió grande importancia á la iracunda esclamacion de Valdestillas, esclamacion que por su imprudencia misma revelaba no haber en ella nada de meditado insulto; y por otra parte Elvira, apenas vió al doncel lanzarse, como potro desbocado, á la arena de la rebelion, acudió solícita á contenerle, sin curarse de mundanas consideraciones.

Saliendo, pues, del grupo en que estaba, y dirijiéndose al de los caballeros, dijo:

—Por el cielo santo, Valdestillas, que refreneis la lengua y las manos, no se torne la proyectada fiesta en dia de espantoso luto para México.

—Señora, respondió Fernando, mientras os veamos prisionera....

—¿Quién os ha dicho tal? D. Luis de Velasco viene acompañándome....

—Decid sirviéndoos, señora; le interrumpió el mismo Velasco.

—Perdonad entonces, volvió á decir Valdestillas, mi error en cuanto á doña Elvira; pero en todo caso bien pudiérais escusar los arcabuces que nos afrentan sin amedrentarnos.

—Sois aún muy mozo, Sr. D. Fernando, respondió grave, aunque siempre mesurado, D. Luis; sois aún muy mozo para dar consejos á los caudillos de los soldados del rey.

Disponíase nuestro jóven á replicar con calor, mas á un tiempo mismo una espresiva mirada de Elvira, y una lijera presion en el brazo causada por la mano de Suarez, retuvieron las palabras ya en sus labios casi formadas.

Monroi, que hasta entonces, se habia con Avila y Bocanegra abstenido de hablar, tomó la palabra y dijo:

—Sr. D. Luis, todo lo que de vos queremos y esperamos es que, como persona imparcial, medieis en este conflicto *provocado* por la altanería del alguacil mayor, quizá con sobra de calor por nuestra parte *fomentado*, y ahora por la obcecacion de los doctores llevado á punto de un fatal rompimiento.

—Si por vuestra parte, caballeros, hay la cordura que de tan nobles personas debo prometerme, confio en Dios que he de calmar á los señores de la audiencia; contestó el aspirante al vireinato.

—Pues no perdais tiempo, esclamó Avila, tomando parte por vez primera en la conversacion; porque mucho me engaño, si á unos y á otros no nos llegan refuerzos, que será, como si dijéramos, añadir leña al fuego.

En efecto, por el camino de México se divisaban primeramente un escuadron de alabarderos, y detras de él á no mucha distancia varios grupos de hombres armados, que con desórden y acaloramiento de malísimo agüero marchaban.

Manuel de Villegas, avisado por un corchete que le envió Sámano, habia reunido apresuradamente los alabarderos de la guardia, y á su frente iba á reforzar á su amigo y subalterno.

Al mismo tiempo Alma-negra y Absalon, despachando á la ciudad mensajeros, difundieron en ella la alarma, y reunidos apresuradamente los bravos y aventureros que aun no habian emprendido su jornada al bosque, formaban los grupos que en pos del escuadron de Villegas se veian.

En resúmen: la fiesta, ya convertida en asonada, y frisando en los límites del motin, estaba prócsima á ser una rebelion manifiesta.

Ninguno de los jefes respectivos de los bandos se hallaba preparado para tan grave acontecimiento. Hasta el instante en que con la narracion llegamos, los sucesos, eslabonándose fortuita é impensadamente, y las pasiones encendiéndose al mismo compas, arrastraron á unos y á otros al borde del precipicio; mas con la intervencion del poder neutral de Velasco, la refleccion recobró en gran parte sus derechos, y al ver el aspecto que el negocio tomaba, comprendieron todos la necesidad urjente de atajar el ya casi declarado incendio.

La verdad es que, poblado el camino de Chapultepec de indios y castellanos de todos secsos, clases, estados y condiciones, y allí tambien la nobleza entera, y las autoridades constituidas, bastara el disparo de un arcabuz, ó el golpe de una espada, para que aquel dia y en aquel instante se trabase una guerra civil, cuyas consecuencias solo Dios pudiera preveer.

Velasco, con serenidad admirable, hizo que su maestre de campo, contramarchando sobre México, se interpusiera con el escuadron de las picas entre los que al lugar de la escena se dirijian, y los que conciliar procuraba; y él, quedándose solo con los caballos y las bocas de fuego, atendió á calmar á los doctores quienes, como en todo caso no pensaban arriesgar sus personas en el combate, mostrábanse los mas belicosos.

No obstante, ausiliado por el alguacil mayor, si no logró convencer ni á Ceinos, ni á Orozco, ni á Villalobos, de que no pasando todo lo hasta entonces ocurrido de palabras mas ó menos ásperas, de pretensiones de supremacía menos ó mas inoportunas é infundadas, y en fin, de acaloramientos de damas, y de algun caballero jóven, ni era razon turbar la fiesta, ni habia justicia para proceder con rigor; si no logró convencerlos, decimos, de nada de eso, persuadiólos de que la ocasion no se les presentaba propicia para satisfacer su inmoderada sed de venganza, y sobre todo, redújolos á la paz, insinuando hábil y determinadamente que por su parte no se prestaria á servir de instrumento á ningun acto de violencia.

Conseguido lo mas difícil, que fué indudablemente reducir á términos de conciliacion á los golillas, no halló Velasco graves dificultades en los caballeros del bando del marques, porque mientras él se las habia con los doctores, D. Martin Suarez y el Dean hacian tambien oficio de pacificadores entre los suyos, ausiliados por la bella y triunfante doña Elvira.

Aquella señora, que mientras se halló sola, se habia manifestado lo que hemos visto: altanera, tenaz, y hasta violenta, apenas vió el grupo de los caballeros, cambiando súbito de tono y tendencias, hízose predicadora ardiente de la paz. ¿Por qué tal, tan repentina y completa mudanza? Primero, porque, jeneralmente hablando, las mujeres de ánimo jeneroso suelen tener mas temor á que se comprometan

por ellas los hombres, que á comprometerse á sí mismas; y ademas.... ademas.... ¿No estaba su marido entre los caballeros?.... ¿No figuraba allí tambien en primer término D. Martin Suarez de Monroi, á quien sabemos que Elvira profesaba tanta veneracion como afecto?

Algun malicioso juzgará quizá que, mas aun que por D. Alonso y por D. Martin, interesaba la paz á la bella dama á causa del seductor doncel D. Fernando de Valdestillas. Es posible que así fuese: por nuestra parte, no queriendo meternos en tales honduras, limitámonos á consignar los hechos, dejando á cada cual la libertad de interpretarlos segun su conciencia se lo aconseje.

El caso fué que al cabo de una hora de pláticas, de idas y venidas, de contestaciones y réplicas, se ajustó en fin un tratado de paz y concordia, estipulando:

"Primero: que D. Luis de Velasco recibia las escusas de todos por los escesos que hubieran podido cometer, y en nombre de unos y otros respectivamente las daba por buenas."

De ese modo y solo así pudo obviarse el gravísimo inconveniente que ofrecia la determinacion de quién era el que debia las disculpas, cuáles habian de ser estas, y en qué forma convenia presentarlas y admitirlas.

"Segundo: se convino que la comitiva de los doctores volveria á formarse de la misma manera que lo estaba cuando por el valeroso brazo de doña Elvira fué disuelta; y para que el decoro de aquella dama no padeciese, mientras el cortejo de la audiencia se organizaba, ella con su séquito se adelantaria al bosque, donde debia de hacer los honores á sus huéspedes."

"Item: acordóse igualmente que Juan de Sámano, despidiendo sus corchetes á caballo, é incorporándose á los demas convidados, prescindiese durante la fiesta de su empleo de alguacil mayor; y esa condicion se hizo estensiva á todo funcionario público."

"Otro sí: convinieron las partes contratantes en que simultáneamente fuesen disueltos los grupos de bravos, dispersos los de los indios, y regresaran á México los alabarderos de la guardia."

"Á mayor abundamiento se estipuló que no se volviese á tratar de lo pasado, dándose á perpetuo olvido tan desagradables ocurrencias."

"Y últimamente: D. Luis de Velasco, garante para con los dos bandos de la estabilidad del tratado y de la recíproca fidelidad con que ejecutarlo debian, reservóse el derecho de amonestar á quien quiera que á las pactadas condiciones intentase faltar, y en caso necesario el de compeler con la fuerza á los recalcitrantes; á cuyo fin, sus tropas debian acampar en el bosque mismo."

Sámano por parte de la audiencia, Avila mismo por la de los caballeros, fueron comisionados para noticiar la paz celebrada, tanto al alcalde Manuel de Villegas, como á los nobles y jente del pueblo, á

55



quienes solas las picas de la falanje destinada á la conquista de Filipinas habian impedido tomar parte en el felizmente cortado debate.

En honor de la verdad cúmplenos decir que nadie aceptó con placer aquel tratado; la necesidad redujo, empero, á todos á someterse á sus cláusulas.

Doctores y caballeros creyeron que su amor propio quedaba herido; las damas que no se habian tenido muy presentes sus fueros; los corchetes y curiales que se les defraudaba de los derechos de un gran proceso; los bravos que se les malograba un rico botin; los indios malcontentos que perdian una rara y feliz ocasion de vengarse de la sujecion en que vivian; los curiosos, que el espectáculo perdia gran parte de su interes; y los rateros que no habia razon para privarles de lo que á rio revuelto se proponian pescar. Quizá todos andaban acertados; pero la razon de estado, personificada por aquel dia en D. Luis de Velasco, fué y debió ser mas poderosa que las distintas pasiones allí encendidas.

Por eso doña Elvira dirijióse á galope al bosque, seguida por Suarez, Valdestillas, Bocanegra, el mismo Juan de Sámano, y los demas caballeros.

Abrióse espontáneamente la multitud, saludándola con alegres *vítores* y estrepitosos aplausos; y ella, envanecida con tal recibimiento, mas propio para una reina que para una particular señora, saludó graciosamente á derecha é izquierda, fijando alguna vez los ojos, como al descuido, en D. Fernando.

Él, incapaz de contenerse, seguíala tan de cerca como con la cortesía era compatible, es decir: á su derecha, medio cuerpo de caballo atrasado, y con el sombrero en la mano, como si á una princesa soberana acompañase.

¡Quién mas feliz que Valdestillas en aquel momento? La ovacion de que Elvira era objeto lisonjeaba mucho mas su corazon que si á su propia persona se dirijiese; y por otra parte, la dama, ecsaltada por los sucesos y las circunstancias, no solo estaba mas bella que nunca, con serlo mucho siempre, sino que en sus miradas dejaba conocer, contra su costumbre, una gran parte de los sentimientos que Fernando la inspiraba.

D. Martin Suarez, que cabalgaba á la izquierda de la esposa de Avila, parejo con ella y con el sombrero puesto, advirtiendo aquellos sobradamente claros síntomas del amor de Elvira, suspiró hondamente.... ¡De zelos quizá? ¡De lástima tal vez?... No lo sabemos; pero él suspiró con mas dolor que amargura.



CAPITULO XVIII.

QUE D. ALONSO DE AVILA SABIA MOSTRARSE TAN CORTÉS EN LA PAZ COMO OSADO EN LAS PENDENCIAS.

Si la política y las armas españolas dominaban en gran parte de la Italia durante el XVI siglo de la éra cristiana, en cambio la literatura y las artes italianas influian poderosa y eficazmente en la civilizacion de España. Garcilaso y Boscan, emancipándose de la antigua escuela castellana, reemplazaban las coplas de arte mayor con el sonoro metro endecasílabo; la magnífica octava, la silva caprichosa, el laborioso terceto, la oda pindárica, y el dificil soneto, adquiriendo entre nosotros carta de ciudadanía, casi eclipsaban al romance indíjena; y en Roma escribia Torres Naharro las primeras comedias españolas. Análogamente el renacimiento de las artes greco-romanas en el antiguo Lacio, imprimia á la arquitectura, á la pintura y á la escultura, en la península Ibérica, el sello y carácter de su poético clasicismo: por manera que á un tiempo mismo las églogas del dulcísimo cantor de "*Salicio y Nemoroso juntamente,*" ponian en olvido el laberinto de Juan de Mena; y los edificios severos, compasados y simétricos de Herrera hacian que con desden se mirasen las osadas libertades de los arquitectos góticos. La ogiva, como el arco de herradura, cedieron el puesto al jeométrico medio punto; los fantásticos pilares á la columna artística, y el *módulo* inflecsible se erijió en árbitro de las proporciones, antes en la apariencia al menos, por el solo efecto pintoresco determinadas. Simultáneamente y mientras la Iglesia de la edad media se convertia en templo clásico, desaparecian lenta y gra-

dualmente los castillos feudales y los alcázares réjios, para dar lugar á las ciudadelas y á los palacios: los trovadores se eclipsaban para que solos ocupasen la escena los juristas y los políticos; á la crónica sucedia la historia; á los altivos grandes los flecsibles cortesanos; á los caballeros temerarios, los jenerales entendidos; y hasta el amor hubo de cederle el paso á la galantería. La edad media, en resúmen, terminaba su carrera con Cárlos V y Francisco I, últimos *Andantes* de Europa. Felipe II inauguraba la época del apogeo de las monarquías absolutas: pero al mismo tiempo la Providencia permitia que brotase el jérmen, aun hoy no desarrollado todavía, de la emancipacion del pensamiento; al mismo tiempo en Alemania lanzaba la humanidad su primer grito de independencia....

¡Viven los cielos, lectores benévolos, que soy cuando escribo como ciertos pájaros que los dias tempestuosos tienden al viento las alas, y levántanse y jiran por el espacio desatentadamente, sin rumbo y sin objeto, volando por volar, moviéndose por moverse! Para deciros que en los tiempos en que los sucesos que voy narrando ocurrian, comenzaba en España la época que llaman los artistas del *renacimiento*, y que, en consecuencia, los edificios que en México erijian las personas de caudal y buen gusto construianse segun las reglas de aquella entonces novísima escuela, me he engolfado en consideraciones, si no del todo estemporáneas, por lo menos no absolutamente necesarias, y sobre todo espuestas á graves continjencias en el felicísimo tiempo que alcanzamos.

Pero Dios me hizo así: insumiso y ademas incorregible, y tan en mi mano está dejar de añadir aún, que todo se halla en armonía y consonancia en la sociedad, y que las leyes y costumbres, las artes y las ciencias, la arquitectura y hasta las modas, pintan todas, cada cual en su esfera y bien estudiadas, el grado de civilizacion de un pueblo; tan en mi mano está, repito, suprimir esa consideracion, como convertir mi flaco individuo en una cosa parecida á los robustos y florecientes cuerpos con que se engalana hoy la bienaventurada situacion de que no disfruto.

Ya desahogado, vuelvo á mi propósito y digo que D. Alonso de Avila, de quien escuso encarecer el buen gusto puesto que ya el lector sabe cuán rendido adorador era del bello secso, habia hecho construir en el bosque de Chapultepec una quinta ó casa de placer, verdadera *villa* italiana, elegante, fastuosa, coqueta y provocativa, si es lícito aplicar tal epíteto á un objeto sin vida propia.

Florecia á la sazon en Venecia, su patria, el Vicentino Paladio, uno de los Hércules de la clásica arquitectura, y de uno de sus discípulos fueron los diseños de la *villa* de D. Alonso, edificio de planta rectangular, vasto y cómodo á par que elegante y bello. De dos cuerpos simétricos constaba su alzada, jónicos ambos, es decir, á un tiem-

po esbeltos y sólidos. Avanzábase de la fachada principal el vestíbulo, que era un gracioso intercolumnio coronado por un ático ligero, y al cual se ascendia por su correspondiente escalinata de jaspe. Desde él se pasaba al zaguan, vasto y grandioso, en cuyo fondo se veia la escalera de dos brazos ó partes que iban á terminarse y confundirse en el segundo cuerpo del edificio.

La planta baja, toda construida á bóveda, contenia el comedor y otras piezas á su servicio anejas, salones de descanso y sociedad, con vistas unas al frente principal, ó al bosque, que es lo mismo, y otras al delicioso jardin que á la parte opuesta caia. A uno y otro costado de la quinta estaban las accesorias, ó sean edificios rurales propiamente hablando, que quiere decir tanto como graneros y otros almacenes, habitacion para los labradores, albergue para los animales domésticos, etc., etc., y á fin de que ni á señores ni á huéspedes importunasen nunca el estrépito y la vista de aquella parte, necesaria sí, pero no bella, de la quinta, destináronse las crugías de uno y otro lado para cuartos de criados esclusivamente, separándolos, por medio de corredores, de las habitaciones principales.

La cocina, despensa, repostería y demas oficinas análogas, ocupaban la planta subterránea primera, edificada de piedra y ladrillo, y á bóveda tambien; y he dicho planta subterránea primera, porque debajo de ella habia aún otra donde estaban las bodegas de la casa. Entrambas recibian luces y ventilacion por medio de lucernas y claraboyas hábilmente construidas, en su mayor parte á los costados del edificio.

Subamos de un salto, que con la pluma no es dificil, al piso principal, que constituia, por decirlo así, el santuario de aquel rústico templo; y en él nos hallaremos con una especie de magnífico cadáver resucitado; porque doña Elvira, recien casada cuando se construyó, intervino eficazmente en su direccion, y quiso que se modelase sobre las casas de los antiguos romanos. Desde la pieza de ingreso en que la doble escalera desembocaba, veianse, pues, severas columnas jónicas, sin pedestal y á las paredes juntas, sosteniendo un bello arquitrabe elegantemente tallado en madera de cedro, sobre el cual un estendido dorado friso, con frondosos follajes adornado, sostenia á su vez una lindísima cornisa. Desde esta arrancaba una bóveda artesonada, cuyos varios compartimientos, pintados al fresco, recreaban el ánimo, deleitando la vista con la variedad armónica de sus colores. Hablamos de las paredes antes por incidencia, y no estará de mas añadir ahora que eran, ó al menos estaban revestidas de mármoles indíjenas, alternando en los entrepaños ó huecos de columna á columna, las puertas y ventanas atrevidamente rasgadas, con las hornacinas, en las cuales se veian bellas estátuas. El pavimento de jaspe, y los muebles de bruñida caoba, completaban dignamente el conjunto de aquel magnífico vestíbulo.

Poco amigos nosotros de leer minuciosas descripciones de edificios en libros donde vamos á buscar pasatiempo de otra especie, esceptuando únicamente los del bardo escocés, cuya májica pluma envidiamos muy de lejos, economizaremos al que nos leyere el trabajo de seguirnos paso á paso por la casa de doña Elvira, contentándonos con la lijera muestra que de su magnificencia y buen gusto hemos procurado dar á nuestros favorecedores, y añadiendo solo que ni salones, ni gabinete, ni biblioteca, ni baños, ni ninguna, en fin, de las regaladas comodidades que pueda imajinar el mas refinado intelijente lujo, faltaban en aquel piso. El oro, la seda, la pluma, la pintura y la escultura, se disputaban allí el terreno pulgada á pulgada, y en medio de tanto fausto y riqueza, reinaba un cierto aire de sencillez y naturalidad que dilataba el alma. No sabremos decir si tal fenómeno procedia del tacto, simetría y perfecta intelijencia que, merced al aristocrático privilejiado instinto de nuestra Elvira, presidieron al adorno de su quinta; no nos atrevemos tampoco á afirmar que fuese efecto de la espléndida galería que esteriormente daba vuelta á todo el edificio, comunicándose con él por una série no interrumpida de anchas puertas, y que poblada, por decirlo así, de estátuas, vasos, jarrones y macetas con naranjos, limoneros, piñas, captos, y mil y mil variadas, frondosas y floridas plantas, embalsamada la atmósfera con sus aromáticas ecsalaciones: mas por una causa ó por otra, ó por todas á la vez, ella es que ni la bilis misma de los doctores acertó á resistir al encanto de aquella mansion deleitosa.

Y, en efecto, cuando guiados por D. Alonso, Ceinos y la mujer de Ceinos, doña Beatriz; Villalobos, y la hija de Villalobos, la culta Ines; con el solitario doctor Orozco, se vieron graciosa y cortesanamente recibidos en el vestíbulo antes descrito por la bella Elvira, un momento á lo menos, olvidaron las recientes afrentas y los añejos odios.

Verdad es que la esposa de Avila, rápidamente trocado el trage de cazadora por uno de damasco azul con riquísimos encajes flamencos guarnecido, ceñida al talle, quizá para que mejor se dibujase su majestuosa perfeccion, una cinta de terciopelo blanco, bordada de piedras preciosas, cuyas dos largas puntas pendian por delante casi hasta sus piés, y adornado el áureo cabello con una diadema de ópalos, diamantes y esmeraldas, mas parecia una deidad del Olimpo que humana criatura.

Tras de ella, con varonil elegancia ataviados, Suarez y Valdestillas, parecian, aquel su primer ministro, el otro.... el otro parecia lo que era, un mancebo adorable, en sincerísimo mal disimulado éstasis contemplando tanta y tan en vano idolatrada belleza.

Otros varios caballeros, no pocos criados de diferentes jerarquías, los caballerizos y escuderos, completaban, en fin, el acompañamiento casi réjio con que Elvira en el primer peldaño de la escalera, y con una sonrisa en verdad de gran señora, acojió á sus huéspedes.

Digamos algo de ellos. Rompian la marcha los de la comitiva de la audiencia, marchando en dos hileras por la escalera arriba, para no perder ni aun allí el aspecto procesional á mano airada trastornado en el campo por nuestra amazona; y detras de ellos por enmedio iban, primero D. Alonso, descubierta la cabeza, dando á Beatriz la mano derecha, y consintiendo que se la apretase con sobrada fuerza; y tomando con la izquierda la diestra de Inés, sin apretársela, por mas que ella se apoyaba encima de la suya. Seguia á D. Alonso uno de sus pajes llevándole el sombrero, puesto que no le quedaba libre mano ninguna; y al paje los tres doctores, Ceinos en medio, Villalobos á la derecha y Orozco á la izquierda. Cerraba la marcha Juan de Sámano con el alcalde Manuel de Villegas. D. Martin Cortés y el Dean, pretestando no sabemos qué causa, retrasáronse del resto del acompañamiento antes de llegar á la quinta, por no ceder ni disputar el paso á los de la audiencia: mas apenas estos habian contestado á los cumplimientos de doña Elvira, y pasado cada cual con su correspondiente criado, mientras Beatriz é Inés, con la esposa de Avila misma, á las estancias destinadas á su descanso y tocador, cuando invadieron la escalera, no solo el ilustre bastardo y el diplomático prebendado, sino que tambien otros infinitos caballeros mexicanos que sucesivamente habian ido llegando y deteniéndose por no habérselas tampoco con los golillas.

A medida que la accion lo ecsija iremos mencionando aquellos cuyo nombre requiera particular recuerdo, bastando, á nuestro entender, que citemos ahora á nuestro antiguo conocido D. Luis de Castilla con su esposa, y al bueno de Juan de Sarmiento con la andaluza Leonor.

D. Alonso, luego que con su habitual espedicion hubo saludado á todos, apretado la mano á uno, sonreídose con el otro, dicho una gracia á aquel, y embromado á este, volvióse súbito á la multitud de sus huéspedes, y tomando á Valdestillas por la mano, dijo en voz burlescamente solemne:

—Caballeros, como Dios no me ha concedido el don envidiable de estar en todas partes á un tiempo, y ahora me llaman simultáneamente la necesidad de aliñar un poco mi pobre persona, la urjencia de dar órdenes para que el desayuno nos preparen, y el gusto de agasajaros, no pudiendo partirme, que bien lo quisiera, habeis de autorizarme á que elija ministros que me ausilien y reemplacen.

Un aplauso jeneral y alegre acojió la proposicion de Avila, quien animado por el buen écsito de su ecsordio, prosiguió diciendo:

—Ahora bien, caballeros, por lo que hace al desayuno, delego mis poderes ámplios, jenerales y omnímodos, en el muy respetable y frugal señor....

—Nada de frugal tratándose de desayuno, esclamó un gastrónomo.

—Paciencia, señores, y dejad que concluya; elijo mi primer ministro bucólico al señor Dean de nuestra santa iglesia metropolitana.

—¡Vitor! ¡Vitor por el Dean! Buen ministro.

—Acepto, respondió rebosando júbilo el nombrado; acepto el encargo, y viven los cielos que os prometo dejaros tan contentos á todos, como despoblada la despensa de Avila.

—Manos á la obra, repuso este.

Y el Dean, siguiendo al mayordomo, que acudió presuroso á ponerse á sus órdenes, desapareció en direccion á la cocina, olfateando el almuerzo como un sabueso la caza.

D. Alonso volvió á tomar la palabra y dijo:

—Ahora, por lo que hace á la recepcion de los ilustres huéspedes que hoy honran esta pobre choza, ya veis, caballeros, que por el número y la calidad ecsijen mas de un ministro.

—Cierto, cierto, nombrad los que os plazca.

—Pues con ese beneplácito empezaremos por la jente popular, de la cual me harian gran merced en encargarse mis señores D. Martin Cortés y D. Martin Suarez de Monroi.

Ambos Martines manifestaron su aquiescencia con un movimiento de cabeza: apretóles tambien á entrambos la diestra D. Alonso, y fuéronse desde luego á desempeñar sus funciones.

Avila tornó á decir:

—Encárguense de los nobles D. Luis de Castilla y D. Bernardino Pacheco de Bocanegra.

—Yo acepto por lo que á mí toca, contestó Castilla, y agradeciéndoos tanta honra.

—Tambien yo considero hasta superior á mi escaso merecimiento tan distinguido encargo, contestó á su vez Bocanegra, interrumpiéndose en uno de los paseos que continuamente daba de la escalera á la galería, y de la galería á la escalera.

—¿Y aceptais? Preguntó D. Alonso.

—Haríaisme mucha merced pensando en otro; repuso D. Bernardino con forzada cortesía y visible disgusto.

Herido en su amor propio con aquella repulsa, en verdad y á todas luces intempestiva, no pudo reprimirse D. Alonso, y lanzó una mirada al tétrico amante de Catalina, tan provocativa, que á notarla Pacheco, allí fuera Troya, sin que poder humano bastase á impedirlo. Por dicha los caballeros que el vestíbulo ocupaban, tomando, como era justo, á broma todo aquel discurso, no dejaban á Pacheco, gritándole que se sometiese sin réplica á la autoridad que todos reconocian por entonces soberana. Pasó, por tanto, desapercibida la muda indignacion de Avila, y D. Bernardino por no parecer descortes hubo de allanarse, mal que le pesara, á ser recibidor de caballeros.

Terminado aquel incidente, Avila, que no habia soltado la mano de Valdestillas, adelantóse con él, y mas solemne que nunca, dijo:

—Resta el bello secso, y hé aquí á quién elijo para hacerle los honores de la fiesta. Mirad, caballeros, á este doncel; miradle bien, y decidme si cabe mejor eleccion.

Aprobóse tambien el nombramiento, pero con menos estrépito, con mucha menos espontaneidad, con infinitamente menos entusiasmo que los anteriores.

La razon es obvia: aquellos de los circunstantes que no tenian allí prenda femenina mas ó menos lejitimamente propia, se proponian vivir en la materia á costa del prójimo, por lo que no les cuadraba mucho ver revestido, por decirlo así, de poder oficial para llegarse á todas y obsequiar á cualesquiera, precisamente al hombre mas jóven; mas bello, mas simpático de toda la concurrencia. Nadie, sin embargo, osó confesar su flaqueza, y la eleccion de D. Alonso pasara desde luego en autoridad de cosa juzgada, si el favorecido mismo no se opusiera á ella intrépidamente.

Y en efecto, Fernando, aunque jóven y candoroso, y sobre candoroso inesperto, estaba enamorado, y tenia su plan, como cada hijo de vecino.

Sí, lectoras mias, tenia su plan: inocente, no decimos lo contrario: pero inocentemente queria hablar con Elvira, y que Elvira no viese que él ni aun inocentemente, hablaba con otra. La verdad es que todo el mundo tiene su plan, y no hay que fiarse, señoras mias, en los inocentes, que á lo mejor hacen una inocentada de cuyas resultas suele naufragar la inocencia misma.

D. Fernando, pues, rojo como una amapola, y tartamudeando como un orador novicio, respondió á su amigo Avila:

—Por el cielo santo, D. Alonso, que no querais que para mí solo sea un suplicio vuestra casa.

—¿Vos tambien os rebelais? *Tú coque!* (*quoque*, hubiera dicho otro). Vive Dios que hasta latin me hace hablar la ira.

—No me rebelo, y estoy pronto á obedeceros....

—Eso es hablar.

—En lo que pueda: pero á lo imposible nadie alcanza. ¿Cómo vos, que me conoceis tanto, presumís que puedo desempeñar tal encargo? Ni mi edad, ni mi jenio.... En fin, D. Alonso, dispensadme por esta vez.... Mandadme si quereis á cuidar de vuestros caballos, que la prefiero á....

—¿A cuidar de las mujeres? Cualquiera diria al oiros que estais casado.

—Dispensadle; dispensadle! Clamaron á un tiempo la mayor parte de los circunstantes, no por compasion á D. Fernando, sino por interes propio.

Avila en tanto observaba cuidadosamente al mancebo, y se decia:

—"¿Querrá este niño armarme una celada, afectando esa timidez

"escesiva?.... Bah! Imposible: en su corazon, el mas leal que co-"nozco, no hay depravacion bastante para.... ¡Hum! ¡hum! Tengo "ya los dos peores síntomas en toda víctima conyugal.... La con-"fianza en mi mujer, y el afecto á.... En fin, veremos, que á mí no "es fácil que por mucho tiempo me engañen."

En voz alta dijo:

—Sea, pues que todos lo quieren; os relevo del encargo, y decreto que de las mujeres nos encarguemos todos.

—Todos, todos! esclamó unánime la asamblea.

—En cuanto á vos, Valdestillas (prosiguió Avila), como no seria justo que siendo el mas mozo de todos, os ecsimiérais de toda carga, os nombro mi jentil-hombre, mi ayudante; no os separeis de mi *augusta* persona, y ejecutareis las órdenes que me digne comunicaros. Y para comenzar, os mando que acompañeis á estos señores á dar una vuelta por el jardin, mientras yo trueco el vestido y el Dean nos prepara el desayuno.

Dichas esas palabras, siempre en tono festivo, retiróse saludando con el buen aire y gracia natural que le caracterizaban; mas D. Fernando creyó advertir que mientras hablaba D. Alonso, tenia en su persona y rostro fijos los ojos, mirándole con una atencion cautelosa, con una intensidad desconfiada, de esas que anuncian como precursoras las tempestades morales.

Quizá fué así en realidad; quizá el continuo sobresalto en que Valdestillas vivia le hizo ver visiones, como espresivamente se dice en el lenguaje familiar; mas como quiera que fuese, la necesidad de atender á la sociedad que se le habia confiado, juntamente con D. Luis de Castilla, le distrajo pronto y casi por completo de aquel cuidado.

En cuanto á Bocanegra, ó se le olvidó su comision, ó prescindió de ella, pues fué á instalarse en la parte de la galería esterior que al camino de México miraba; tomó un *catalejo*, como entonces se llamaba á los anteojos, cerró el ojo izquierdo, aplicóse el instrumento óptico al derecho, y apoyando el cuerpo en una columna, puso la puntería al camino, y prescindió de cualquiera otra cosa.

Catalina no habia aún llegado. ¿Cómo era posible que Bocanegra tuviese sosiego, ni se hallase en disposicion de cumplir con las obligaciones de cortesía que la sociedad, en su férreo egoismo, impone lo mismo al arlequin humano que vive de reverencias, como el camaleon del aire, que al pobre mortal abrasado por una pasion invencible?

Catalina no parecia, y Bocanegra, cuya fantasía sobreescitada de continuo era sobradamente fecunda en tétricas previsiones, figurábase tan pronto que su amada le vendia, como que de la *brutalidad de su tirano* (entiéndase *marido*) era víctima.

Verdad es que, por entonces, ninguna de las suposiciones del febril amante tenia fundamento, porque Catalina estaba detenida por un percance de costurera; y el *brutal tirano*, fumando tranquilamente un tabaco, mientras el trage de *su víctima* se concluia: pero es costumbre inveterada de los amantes llamar tiranos á los maridos, y á la cuenta Bocanegra no quiso hacer escepcion á la regla jeneral.

Dejémosle desesperarse arrimado á su columna, y atendamos al Dean D. Juan Chico, que con la habilidad, el celo y la intelijencia de un gastrónomo consumado, puso instantáneamente en concertado movimiento á cocineros y marmitones, á cacerolas y sartenes, á fuelles y tenazas; logrando por feliz y rápido resultado de sus esfuerzos, que en menos de una hora se cubriese de opíparas, sabrosas y abundantes viandas la gran mesa que para el almuerzo estaba dispuesta en el jardin bajo un inmenso emparrado, cuyas verdes hojas y magníficos racimos formaban un delicioso natural doncel.

El sonoro estrépito de una gran campana anunció á todos aquel feliz acontecimiento; y, seamos justos, en menos de un cuarto de hora se reunieron hasta cien personas de ambos secsos, que por entonces no ascendia todavía á mas el número de la nobleza congregada.





INDICE

DE

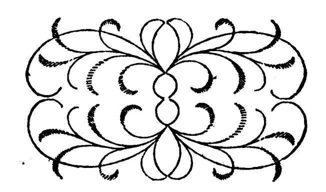
LOS CAPITULOS CONTENIDOS

En el tomo primero.

INTRODUCCION HISTORICA.

PARTE PRIMERA.

PARTE SEGUNDA.



PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS ESTAMPAS DEL TOMO PRIMERO.

L. B.

3 pl.
6 port.

